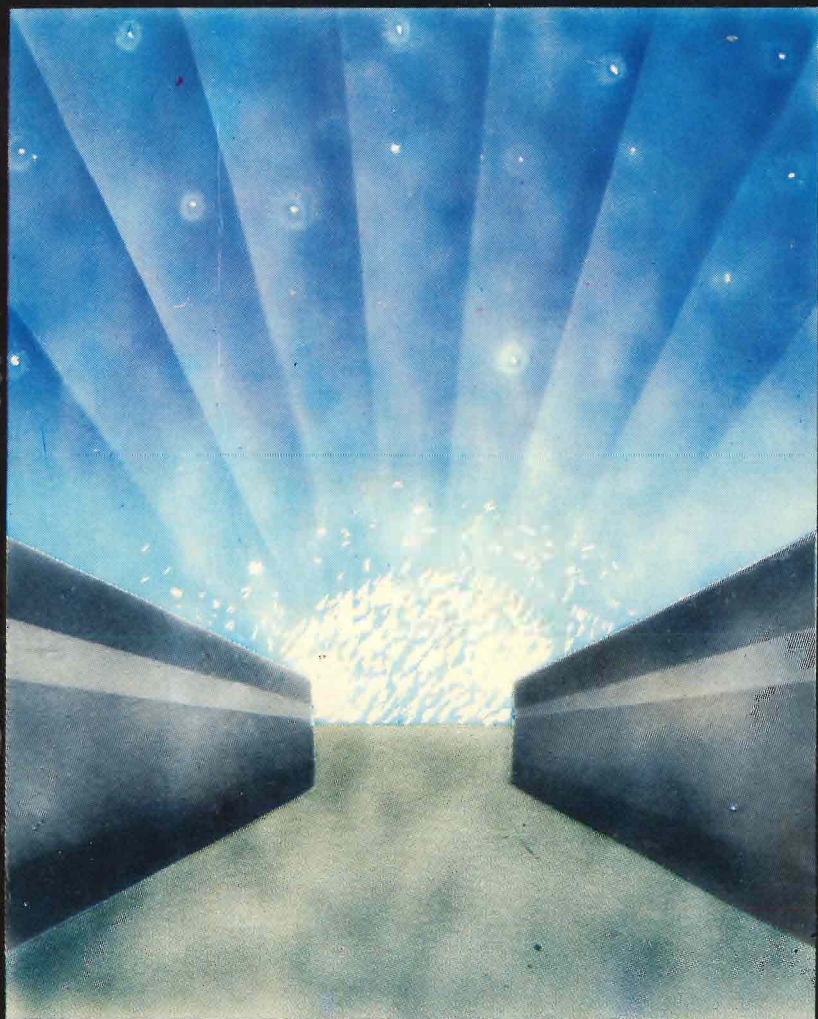


El Concurso en Lo Alto



“EL CONCURSO EN LO ALTO”
Una presentación de la historia bahá'í

(por Boris Handal Morales)

**Aprobado por la Asamblea Espiritual
Nacional de los Bahá'ís del Perú
1' Edición 1985**

**El precio de venta de este ejemplar es sin propósito de lucro.
Su finalidad es la de acrecentar el patrimonio de la
entidad para la realización de su labor cultural.**

**Este libro se terminó de imprimir en su totalidad en la Imprenta PROPACEB
Calle Galicia 176 - Higuera - Telf. 46 25 28 - Lima - Perú**

Al Consejero señor Raúl Pavón,
en el Reino de Abhá.

INDICE GENERAL

	Página
— Prólogo	9
— Prefacio	11
— Introducción a la Obra	13
I. Mullá Husayn Bushrú'í:	17
11. Los Primeros Días	19
2. El Primero en creer en Él	25
3. Las Letras del Viviente	30
4. En el Campo de la Enseñanza	37
5. En Káshán	41
6. Qum, la Ciudad Azul	43
7. Entregando la Tabla al Sháh	44
8. La Conversión de Bahá'u'lláh	50
9. El Bábu'l-Báb en K ^h urásán	57
10. Hacia Karbilá y en Sh ^h iráz	64
11. La Familia de Mullá Husayn	68
12. Mashhad y la segunda visita de Mullá Husayn	74
13. Mullá Husayn se reúne con Bahá'u'lláh	78
14. Máh-Kú, la Montaña Abierta	81
15. En Tabríz	87
16. El Tesoro Oculto se revela en Bárfurúsh	89
17. La Casa de Bábíyyih en Mashhad	92
18. Los heroicos defensores del Fuerte de Tabarsí	97
II. Vahíd:	109
1. El Comisionado de Muhammad Sháh	111
2. Bahá'u'lláh y Vahíd en Teherán	115
3. El Episodio de Yázd	120
4. Los Mártires de Nayríz	126
5. Vahíd — El Incomparable —	136
III. Quddús:	141
1. El Hogar Natal	143
2. El Peregrinaje a La Meca y Medina	149
3. "Los primeros en sufrir persecución en Persia"	154
4. Los viajes de Quddús	161
5. El encuentro de Mullá Husayn con Quddús	165

6.	Quddús en Mashhad	169
7.	La Conferencia de Badasht	173
8.	Sárf	180
9.	Aquellos días finales	187
IV.	Mullá Sádiq-i-Khurásaní:	195
1.	Allanando el camino	196
2.	Una excelente proclamación mundial	203
3.	Diseminando las semillas de la Fe	205
4.	Entre los compañeros de Tabarsí	207
5.	“Glorificado sea nuestro Señor, el Más Alto”	209
6.	Tabla de Mubalílih	214
V.	Shaykh Salmán:	215
1.	Sirviendo a su Señor	216
2.	El Mensajero del Misericordioso	222
i.	El Angel Gabriel de los Babís	222
ii.	Shaykh Salmán y el Embajador Persa	223
iii.	Una delicada misión	227
iv.	Shaykh Salmán y el Mushíru'l-Mulk	229
3.	El Hacedor de Babís	232
4.	La Pluma de la Bendita Belleza se dirige a Salmán	237
VI.	Nabíl-i-A'zam:	239
—	Breves palabras preliminares	240
1.	Su cronista	241
2.	Su Laureado Poeta	243
3.	Su Infatigable Discípulo	247
i.	El contacto inicial	247
ii.	En Iráq; Kirmánsháh y Baghdád	253
iii.	¡Oh, por el júbilo de aquellos días...!	255
iv.	Misiones en Constantinopla y Adrianópolis	263
v.	En la Tierra Santa	272
4.	Apéndice	281
i.	El Súriy-i-Damm	281
ii.	Tabla a Nabíl-i-A'zam	282
VII.	Ásíyih Khánum:	284
1.	Una Madre de Consolación	285
2.	Una oración de Bahá'u'lláh	296

3.	La Consorte de Bahá'u'lláh	297
4.	Palabras de Bahá'u'lláh dirigidas a Navváb	311
5.	La Esposa del Señor de las Huestes	313
VIII. Mírzá Mihdí:		314
1.	'Akká, la Más Grande Prisión	315
2.	La Más Pura Rama	322
3.	Los Primeros Peregrinos Bahá'ís	326
4.	El Tesoro de Dios en la Tierra Santa	329
5.	El Gran Sacrificio Redentor de la Humanidad	337
IX. Badí:		339
1.	Áqá Buzurg	340
2.	La Tabla al Sháh	346
3.	Tablilla a Badí	352
4.	El Orgullo de los Mártires de la Fe Bahá'í	355
5.	Pasajes del Lawh-i-Sultán	362
X. Varqá y Rúhu'lláh:		364
1.	La Familia de 'Atrí	365
2.	Ruḥú'lláh	371
3.	La Abuela Materna	374
4.	Umm-i-Ashraf	377
5.	Arrestados en Zanján	382
6.	El viaje a Teherán	385
7.	El martirio de Varqá y Rúhu'lláh	389
8.	Epílogo	394
—	Apéndice sobre Transliteración de Términos Orientales.	405
—	Referencias	409
—	Bibliografía	416

PROLOGO

Hace mucho, en el Centro Bahá'í de Lima, Perú, un nuevo joven bahá'í atrajo mi atención al formular preguntas muy profundas y en ese tiempo, poco familiares. Él estaba muy interesado en historias, especialmente el Islam, el cual es desafortunadamente desconocido en aquellas regiones de Sudamérica. Él tenía especial interés en la vida de los primeros creyentes, los héroes, etc.

Su nombre es Boris Handal. Los jóvenes en Lima le llamaban "Pequeño Musulmán" por su pequeña estatura y estar interesado en temas islámicos.

Él creció en la Fe. Tres años después de su enrolamiento, decidió dejar sus estudios universitarios e irse de pionero. Contra los deseos de su familia, partió para Puno, el Altiplano peruano, de clima rígido e inhóspito. Antes de un año fue nombrado miembro del Cuerpo Auxiliar para las áreas de Puno, Cusco, Madre de Dios y Apurímac.

En aquellos días había allá un puñado de asambleas locales y localidades. Ahora tenemos 440 asambleas espirituales locales, las que tienen relación muy estrecha con los servicios de Boris, aunque los otros amigos pioneros y la Radio Bahá'í tienen también una gran parte en este crecimiento. Además Boris, con este gran éxito en la Fe, es profesor de colegio y continúa sus estudios en la universidad de Puno.

Luego se interesó en publicar un libro acerca de las personalidades y héroes de la edad apostólica. Siendo esto único, recibió aliento especialmente de los Consejeros, puesto que estaría entre los primeros libros escritos enteramente por un creyente latino sobre la historia de la Fe, diferente de aquellos que ya han sido traducidos.

La porción del manuscrito que leí, cuando estuve viviendo en el Perú, me parece, si puedo juzgar, excelente y amena, así como lo son las vidas de los personajes del libro, en un estilo simple y directo, y, merece mucho ser estudiado.

Personalmente, aunque estando lejos de Latinoamérica, recomiendo a los amigos, especialmente a los jóvenes, el obtenerlo y leerlo.

En este Sagrado Lugar, oro por el éxito de Boris y por el progreso de los amigos de países de habla hispana en la Fe.

Mas'úd Khamsí
Haifa, Israel.

PREFACIO

Luego de mi peregrinaje a Tierra Santa —Israel—, cuando tuve la bendición de visitar los Lugares Sagrados Bahá'ís, propuse dedicarme de lleno a la tarea de recolectar mis apuntes biográficos de los principales personajes de la historia de la Fe Bahá'í.

Anteriormente fueron utilizados como material de estudio en Institutos y Escuelas de Verano. Es gracias al apoyo y estímulo constantes de los Consejeros señores Mas'úd Khamsí y Donald Witzel, que puedo ahora presentarlos en forma ordenada en este modesto trabajo.

Decidí en consulta con otros amigos bahá'ís elegir el título de "El Concurso en lo Alto". Con este nombre las Escrituras Bahá'ís se refieren a la congregación de almas santas en la vida venidera. En diferentes pasajes de los Escritos podemos encontrar que esa gloriosa compañía actúa como el fermento y la levadura espirituales que hacen desarrollar el mundo de la humanidad.

Desde aquella morada suprema, sus miembros están prontos a brindar el apoyo infalible a todo aquel que se levante en cualquier campo a promover los altos y nobles intereses de la Fe de Bahá'u'lláh.

Con estas páginas deseo presentar de una manera didáctica, cada una de las vidas de estos primeros creyentes y a la vez héroes, maestros, santos y mártires de la Causa de Dios. Sus vidas hablan por sí solas y, la veneración de su memoria ejemplar, se traduce hoy por hoy en continuar la Obra que ellos empezaron a edificar.

Que el Concurso Supremo nos asista en esta labor.

El autor

RECONOCIMIENTOS

Con estas breves líneas, el autor desea extender su profundo agradecimiento a las siguientes Instituciones y personas por su colaboración en la realización de esta obra.

A los Consejeros de América por su aliento permanente en cada etapa del trabajo.

A la Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís del Perú, por la revisión y aprobación del manuscrito, así como de las traducciones de los Textos hechos del inglés al español.

Al doctor Gróver Gonzales por sus interesantes comentarios sobre la historia de la Fe; al Señor César Loayza por su experta revisión de las traducciones; al profesor José Puma Riquelme por su asesoramiento lingüístico; a la señora Milagros de Grove y a la señorita Nancy Romero por la asistencia mecanográfica; a la señora Isabel de Sánchez por la colaboración editorial; además, al señor Pedro Donaires por el diseño de los mapas, y a la señorita Flavia Sales, del Brasil por la ilustración que preparó para la carátula.

Asimismo, quiero dejar constancia de mi gratitud a las siguientes editoriales que brindaron sus permisos de copyright. A la Editorial George Ronald Publisher de Oxford, a las Editoriales Bahá'ís de España, EBILA —Argentina—, Estados Unidos de Norte América —Wilmette, Illinois—, Reino Unido, la India, Kalimát Press, World Order Magazine, y, con el mismo aprecio al Centro Mundial Bahá'í en Haifa, Israel.

Finalmente, pero en primer lugar, a La Casa Universal de Justicia por su guía e inspiración, a Amatu'l-Bahá Rúhíyyih Khánum, al señor Nounum, al Departamento Audio-Visual del Centro Mundial al haber suministrado la totalidad de las fotos e ilustraciones, y en especial al doctor David S. Ruhe por su bondadosa ayuda desde Tierra Santa.

A todos ellos, muchas gracias.

Boris Handal Morales
Puno, Perú
Mayo de 1985.

INTRODUCCION

Querido lector:

A mediados de la centuria pasada se gestó un movimiento de capital importancia para el destino de la humanidad. Su origen fue el remoto y oscuro reino de Persia, por entonces gobernado por un despótico emperador —el Sháh—.

Este movimiento nació el 22 de mayo de 1844. Inmediatamente despertó el recelo de autoridades civiles y eclesiásticas, convulsionó la población entera del país y traspasó las fronteras hasta llegar a 'Iráq, Turquía, la India, Pakistán y Rusia.

Varios destacados historiadores de la época, tanto del oriente como del occidente, siguieron de cerca sus pasos y se sintieron impulsados a escribir cada etapa de su desenvolvimiento, tan dramático y lleno de adversidad. Entre ellos estaban Lord Curzon, A.L.M. Nicolas, el Conde de Gobineau, el Profesor E.G. Browne de la Universidad de Oxford, etc.

El propósito de este movimiento era anunciar la buena nueva del virtual y muy próximo acercamiento del reino prometido por Jesucristo y por todos los profetas del pasado, cuando vendría el "Maravilloso Consejero", el "Dios Fuerte", el "Padre Eterno", el "Príncipe de Paz", cuando "Grande" sería "Su Señorío y la paz no tendría fin sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia..." (Isaías 9:6); cuando "nadie hará daño, nadie hará mal en todo el Santo monte, porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor como cuando las aguas cubren el mar" (Isaías 11:9), y "juzgará muchos pueblos, y corregirá naciones poderosas, forjarán ellas sus espadas en arados" (Miqueas 4:3) y serán reunidas "Todas las naciones y lenguas" (Isaías 66:1) como las ovejas de otros apriscos en "un rebaño y un pastor" (Juan 10:16).

La fuente de tal declaración era un Joven, Quien la identificaba como pronunciada por Dios Mismo y se proclamaba como el Revelador de Sus palabras. Este Joven tomó para sí el título de El Báb (La Puerta), Quien seguro de Su eventual martirio, debido a la recalcitrante oposición del fanático clero musulmán, consiguió desplegar una amplia y devota ascendencia en el corazón de Sus seguidores.

Diecinueve años más tarde, la continuidad de esta Revelación fue unida a la aparición pública de Bahá'u'lláh (La Gloria de Dios) como el Mensajero Divino prometido por todas las religiones del pasado, cuya Misión constituiría el punto culminante de la influencia del ciclo adánico para dar comienzo a otro, aún más glorioso, de 500,000 años.

Bahá'u'lláh, posteriormente, emplazó a los más prominentes gobernantes de la época, las "testas coronadas", a reconciliar sus diferencias y morar como los miembros de una familia unida. Su mensaje fue de paz y fraternidad universales.

En el transcurso de la existencia terrenal de estas dos Manifestaciones Divinas gemelas, más de veinte mil almas se entregaron voluntariamente al verdugo, antes de negar la Fe que habían abrazado.

Para cualquier lector, los relatos que vienen a continuación, constituirán pasajes de conmovedora atmósfera ante demostraciones humanas tan verdaderas de heroísmo. Aquél que se detenga a juzgarlas detenidamente, descubrirá inmediatamente el poder increíble, acaso sobrehumano, con el cual una nueva Revelación de Dios les había dotado; de un espíritu de fe, de certeza, de entrega, y de la grandeza misma de tal Mensaje.

A esta última categoría de lector, queremos decirle, que también encontrará que el momento y las características distintivas de una aparición profética se han vuelto a dar.

Quien provenga de las filas del judaísmo recordará, con seguridad, las opresiones sufridas por el Pueblo Hebreo y las tribulaciones bíblicas de Moisés y Abraham. Para el cristiano, aunque proveniente de una religión plenamente reconocida, estas historias evocarán los Hechos de los Apóstoles, el martirio de Esteban, el incesante andar de Pablo defendiendo su fe en las sinagogas, o los primeros años cuando el clamor de los creyentes era ahogado por los baños de sangre en los circos romanos, ante la indiferencia de la población romana, entregada al culto de sus falsos dioses. El Islám mismo, hallará reminiscencias de esos aciagos días en la vida del Profeta Arabe sobre la tierra.

De esta manera, hemos de observar, que las etapas apostólicas de los grandes sistemas religiosos ahora establecidos, han atestiguado siempre el sacrificio de un sinnúmero de almas desprendidas con el propósito de vindicar sus creencias ante poderosos y enconados adversarios.

Las religiones babí (del Báb) y bahá'í (de Bahá'u'lláh) debieron demostrar también esta verdad y sufrir el peso de tal prueba. Las reiteradas advertencias de Isaías, cuando hablando con los labios de Dios declara que Él "hará estremecer los cielos, y la tierra será removida de su lugar... y los cimientos de la tierra temblarán... los habitantes de la tierra serán quemados y pocos escaparán... la tierra se balanceará de un lado para otro como un borracho..." (Isaías 13:13, 24:18, 6:20), parecían no haber hallado mayor significado en los jefes religiosos responsables de estas masacres, aun cuando dichas visiones proféticas estaban destinadas a probar la verdad y falsedad de cada profesión de fe, y eran ellos los que se proclamaban, a manera de fariseos, los "verdaderos" exponentes de sus ortodoxias.

El Día del Señor, tal como San Pedro en un lenguaje altamente místico y simbólico había tratado de describir, vendría "como Ladrón en la noche, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo y los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella estén, serán quemadas" (II Pedro 3:10)... "Cuando el cielo se hienda", había predicho Mahoma, "y cuando los mares se entremezclen y cuando las sepulturas se volteen...", cuando "cada alma recono-

cerá sus primeras y postreras acciones” (Corán 82:15). “Os digo”, advierte Jesús, “que en aquella noche, de dos que estuvieran en la misma cama, uno será tomado y dejado el otro... y de dos mujeres que estuvieran moliendo juntas, una será tomada y dejada la otra” (Lucas 17:29-37). “Quien estuviere en el terrado y sus alhajas en la casa, no descienda a cogerlas; y de la misma suerte quien estuviere en el campo no vuelva atrás” (ibid.)

Los personajes sobre quienes trata esta obra, concientes de lo maravilloso del nuevo Llamado, veían en la muerte la demostración del carácter divino de su fe, la consumación de un anhelado deseo, y por tanto, padres y madres, hermanos y hermanas, no vacilaron en entregarse con estoicismo ejemplar al genocidio que un influyente y a la vez degradado clero se esforzó por ejecutar.

¿Qué realidad espiritual, deberíamos detenernos a pensar, Dios mostró a los ojos de estas almas para que rogasen que se apresurara la hora del sacrificio? ¿Con qué espíritu recibían el momento previsto? ¿Qué fuerza los instaba a recorrer ese camino, aún cuando eran distinguidos teólogos, prósperos comerciantes, de alta nobleza y gran reputación?

Bahá'u'lláh ha dicho, dando luz a nuestro tema, que la estación espiritual lograda con tal acción es “más grande que la creación del universo y la luz de ambos mundos”.¹ No hay entonces punto de comparación material. Él también dice en las Palabras Ocultas:

¡Oh Hijo del Hombre!

Escribe cuanto te Hemos revelado con tinte de luz sobre la tabla de tu espíritu. Si esto no te es posible, haz tu tinte, entonces, de la esencia de tu corazón, y si aún esto no puedes hacerlo, entonces con aquel tinte carmesí que ha sido derramado en Mi sendero. Esto, en verdad, es más grato para Mí que todo, y su luz perdurará eternamente.²

La misma concepción de la palabra mártir en el idioma árabe —*shahíd*— implica algo más que muerte física, nos da la acepción de “testigo”. Indudablemente ellos vieron algo más de lo que la gente común podía percibir y entender. Con su sangre, lo máspreciado, testimoniarían pública y abiertamente la verdad de la Causa que amaron con tanta profundidad.

Para ellos, el martirio era el momento de la reunión, pero una reunión espiritual y de júbilo con el Bienamado. Era la expresión más pura de su amor por la Manifestación de Dios. Lejos de apagar la llama de devoción en la masa de los creyentes, el martirio de algún otro creyente los inspiraba a alturas mayores de desprendimiento.

El martirio puede ser considerado como un signo de Dios por el cual se demuestra que para los creyentes este mundo terrenal no es sino temporal y fuente de imperfecciones, y puede ser cambiado por otro que trae dicha y acercamiento celestial.

En una oración, el Báb dice con relación a estas tribulaciones:

“Estos decretos fueron ordenados por Tí, para que todas las cosas creadas atestiguen que han sido traídas a la existencia para nada sino para Tí. Tú has retirado de ellos las cosas que traen tranquilidad a sus corazones para que ellos puedan saber con certidumbre que cualquier cosa que está asociada con Tu sagrado Ser está muy lejos y exaltada sobre todo lo que les podría satisfacer; puesto que Tu indomable poder puede penetrar todas las cosas y nadie puede frustrarlo. Verdaderamente, Tú has hecho que estos importantes acontecimientos sucedan para que aquellos que están dotados de percepción puedan prontamente reconocer que fueron ordenados por Tí para demostrar la sublimidad de Tu divina Unidad y afirmar la exaltación de Tu santidad”³

“¡Con qué amor, devoción, alborozo y santo arrobamiento”, así Bahá’u’lláh se expresa de los mártires de la Fe, “sacrificaron sus vidas en el sendero del Todo Glorioso! Todos dan testimonio de esta verdad. Y, sin embargo, ¿cómo pueden despreciar esta Revelación? ¿Ha presenciado época alguna acontecimientos tan trascendentales? ¿Si estos compañeros no fuesen los que verdaderamente se afanan por llegar a Dios, a quiénes podría considerarse como tales? ¿Han sido estos compañeros buscadores de poder o de gloria? ¿Han anhelado poseer riquezas? ¿Han abrigado deseo alguno que no sea la complacencia de Dios? Si estos compañeros, con todos sus maravillosos testimonios y prodigiosas obras fuesen falsos ¿quién entonces podría dignamente pretender que tiene la verdad? Juro por Dios que sus propios actos son testimonio suficiente y prueba irrefutable para todos los pueblos de la tierra, isi ponderasen los hombres en su corazón los misterios de la Revelación divina!...”

“Considera a estos mártires de sinceridad incuestionable, cuya veracidad la testifica el texto explícito del Libro, todos los cuales, como has visto, sacrificaron su vida, sus bienes, sus esposas, sus niños y todo cuanto tenían, y ascendieron a los más elevados aposentos del Paraíso...”⁴

Invitamos al lector que investigue esta Verdad. Para los que han tenido el inestimable privilegio de identificarse con la Causa de Bahá’u’lláh, nuestra más firme y sincera esperanza al escribir estas páginas, ha sido intentar contagiar el ardor del fuego encendido en el pecho de los personajes de estos relatos, quienes seguros de su triunfo sobre la muerte, ansiosos de dar sus vidas a Dios, muriendo antes en el yo, convirtiéronse en verdaderos héroes e hicieron así que con su sangre el Árbol de la Fe Bahá’í crezca, florezca y extienda profusamente sus ramas sobre todas las regiones del globo.



MULLÁ HUSAYN—I—BUŠHRÚ'Í**Intitulado****EL BÁBU'L-BÁB — LA PUERTA DE LA PUERTA —**

¡Oh Hijo del Hombre!

¡Por Mi belleza! Teñir tus cabellos con tu propia sangre es ante Mi vista, más aún que la creación del universo y la luz de ambos mundos. Procura, entonces, ¡oh siervo, en lograrlo!

Bahá'u'lláh

NOTA: Los párrafos sin referencia han sido extraídos de "Los Rompedores del Alba".

1. Los Primeros Días

“... Entre ellos estaba Mullá Husayn, quien llegó a ser el recipiente de la refulgente gloria del Sol de la Revelación Divina. A no ser por él, Dios no se hubiera establecido en la sede de Su misericordia, ni ascendido al trono de gloria eterna”.¹

Con estas palabras, la Suprema Manifestación de Dios —Bahá’u’lláh— inmortaliza a uno de los personajes más destacados de la Fe del Báb.

De las jornadas de este héroe de Dios fueron testigos los polvorientos caminos y las antiguas ciudades del reino de Persia —Irán—, y de su hazaña mayor, un viejo santuario religioso precariamente convertido en fortín.

La historia de nuestro personaje, toda en torno a la complacencia de su Bien Amado, rápidamente se cubrió de gloria y se caracterizó para siempre como una de las gestas más grandes que han sido conocidas en los anales de las religiones del mundo.

Una heroicidad sin par, un juicio sagaz, una sabiduría consumada, agraciado de una virtuosidad plena de pureza, lo dotaba de un poder espiritual que era admirado aun por aquellos que se declararon sus adversarios.

Las acciones que tuvieron lugar corrieron como reguero de pólvora entre todas las gentes de su país y llegaron a ser fuente de inspiración para poetas y escritores durante varias generaciones.

Una parte de todo ello, había sido demostrado después de haber cumplido los dieciocho años de edad, cuando por espacio de nueve años se sentó a los pies del sabio Siyyid Kazim en la ciudad de Karbilá —Irán—. Asistió a esta escuela teológica que había sido anteriormente fundada por un distinguido religioso llamado Shaykh Ahmad. En ella, llegó a ser uno de los más estimados y dilectos alumnos.

Su nombre era Mullá Husayn-i-Bushrú’í. Según la forma oriental y de esa época para formar los nombres: Mullá, por ser un sacerdote y estudioso de teología y derecho musulmán; Husayn por nombre de cuna, y Bushrú’í por ser natural de Bushrúyih, una aldea en la provincia de Khurásán, al extremo oriental del Irán. Nació hacia el año de 1813.

Su distinguido maestro Siyyid Kázim, se había dedicado a cultivar la mente y el corazón de sus discípulos sobre el advenimiento del Mensajero divino que había sido prometido por todas las religiones de la antigüedad.

En especial, les habló sobre los signos y las profecías con los cuales ellos podrían reconocer a tan excelso Ser que pronto iba a aparecer sobre la tierra inaugurando una nueva era para la humanidad.

Habiendo sido Mullá Husayn el alumno de mayor confianza entre sus compañeros, su maestro le encargó importantes y delicadas misiones, como la vez que tuvo que entrevistarse con el renombrado sacerdote Muḥammad Báqir.

Por supuesto, Mullá Husayn siempre triunfaba en esas diligencias y, esta vez, se ganó nuevamente el encomio de su mentor.

Vamos a ver como sucedió.

Durante varios años Muḥammad Báqir, un destacado sacerdote de la religión musulmana, había estado brindando su amistad y lealtad a la causa de Shaykh Ahmad. Sin embargo, cuando éste murió y le hubo sucedido Siyyid Kázim, la mencionada protección no fue más concedida y tanto maestro como alumnos tuvieron que vérselas con los adversarios de las enseñanzas de Shaykh Ahmad, quienes habían visto en la nueva corriente religiosa una suerte de herejía.

En realidad, lo que Shaykh Ahmad y luego Siyyid Kázim enseñaron era que las profecías de los Libros Sagrados tenían una interpretación más simbólica que literal. Esto era empero, algo muy revolucionario para la conservadora Iglesia musulmana.

Mullá Husayn fue donde este sacerdote y con mucho valor le dirigió la palabra en una reunión. Había una asamblea pública en la ciudad de Isfáhán y Mullá Husayn le increpó valientemente su descuido y su negligencia al haber fallado en otorgarles el apoyo necesario. Estando ellos ahora a merced de sus detractores, habían sido fuertemente desacreditados ante la jerarquía eclesiástica, el pueblo y el gobierno mismo.

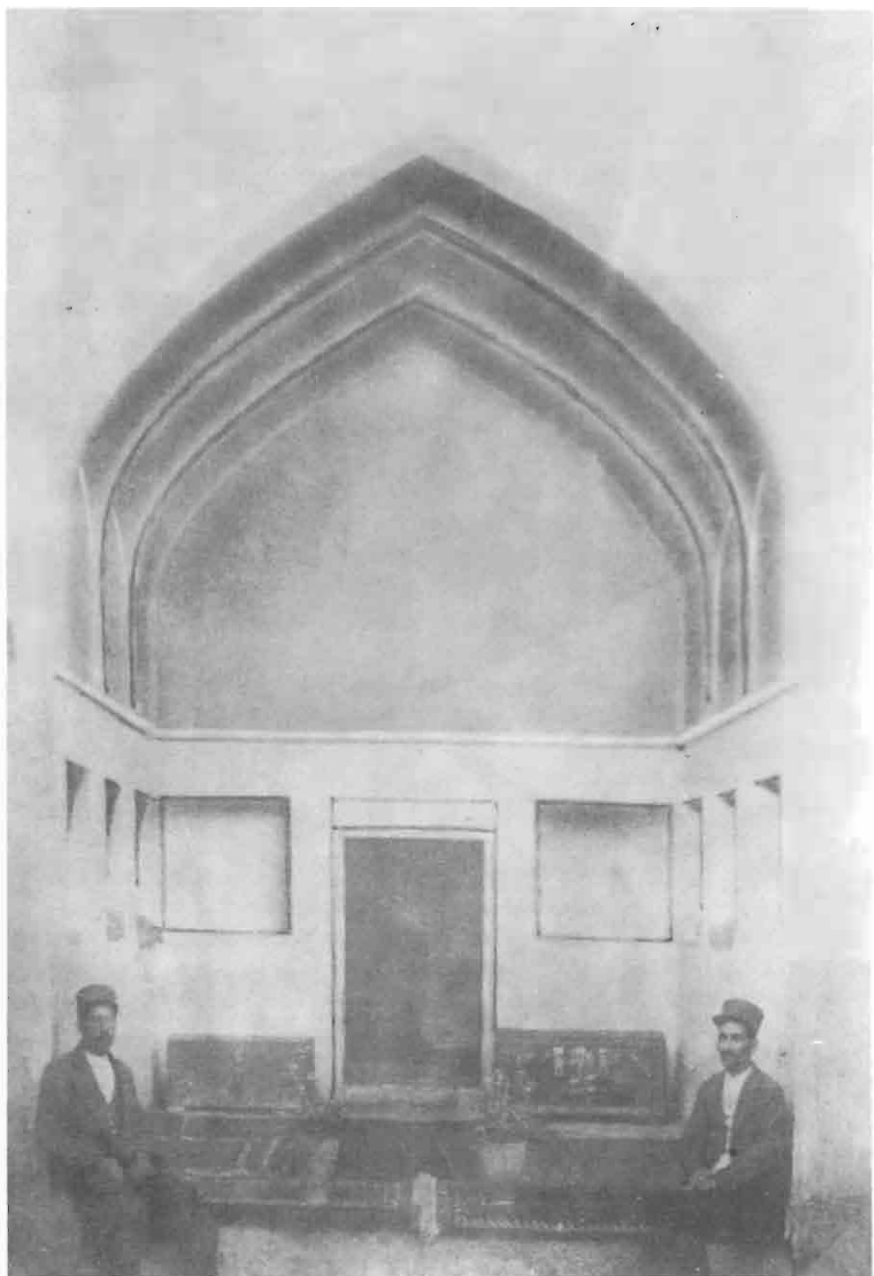
Con mucha cortesía, Mullá Husayn pasó a elucidar las dudas e inquietudes del sacerdote. Haciendo una poderosa defensa de las enseñanzas que profesaba, logró convencer a Muḥammad Báqir de aquellas verdades en las que por un tiempo se había confundido.

A raíz de ello, el prelado redactó una declaración pública en donde expresaba su simpatía a los principios del Siyyid Kázim y le extendía a la misma vez su protección.

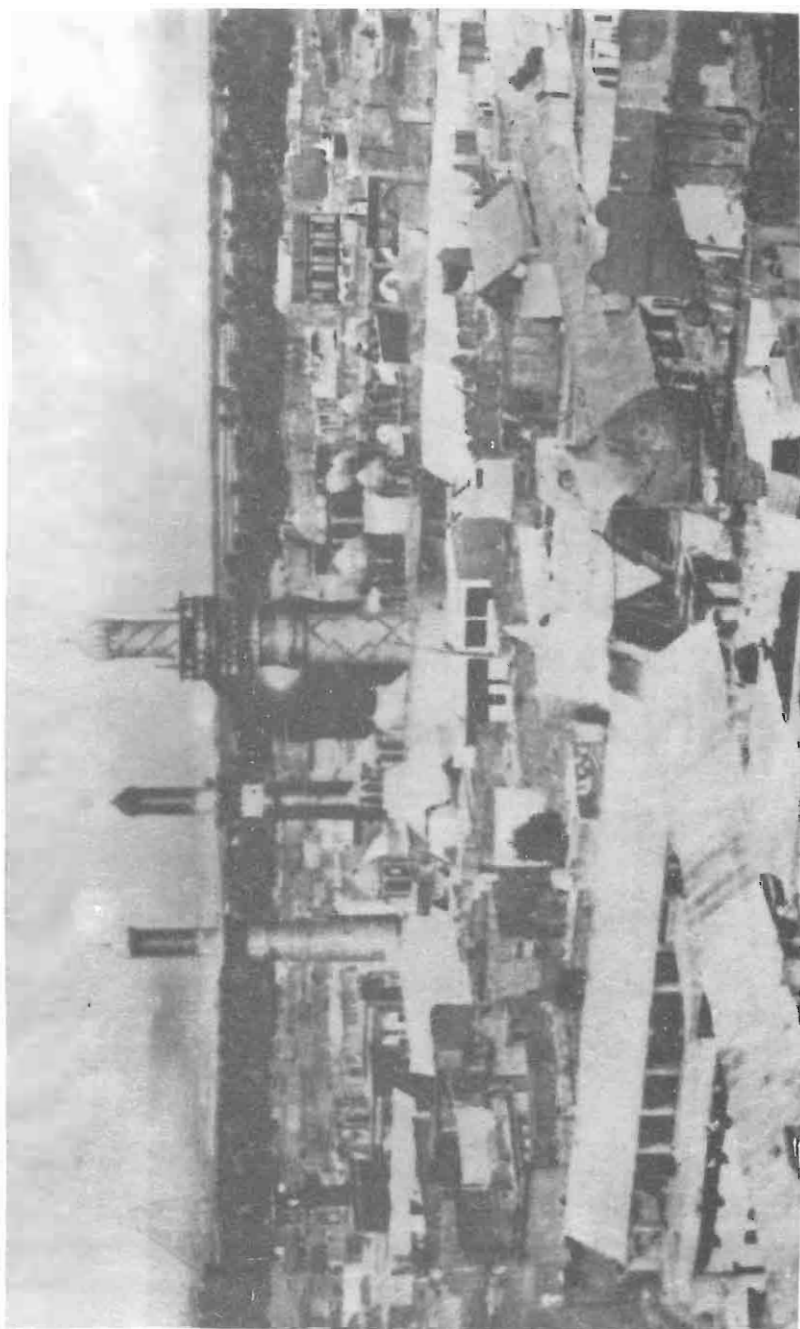
Al día siguiente, despachó un mensajero con el fin de indagar el lugar del alojamiento de Mullá Husayn. Al enterarse de la modestia de la pieza en donde permanecía, le envió una fuerte suma de dinero, la que con peculiar desprendimiento fue rechazada por Mullá Husayn.

El bendito Báb, en uno de Sus célebres libros, el “Dalá’il-i-Sab’ih” (Las Siete Pruebas), ha resaltado tanto la posición de Mullá Husayn como las habilidades que mostró aquella vez frente a Muḥammad Báqir.

“Tú sabes quién fue el primero en confesar esta Fe. Tú sabes que la mayor parte de los doctores shaikhí, siyyidíyyih y de otras sectas admiraban su ciencia y su talento. Cuando entró a Isfáhán, los pilluelos de la ciudad gritaban al verlo pasar: ‘¡Miren! Un estudiante andrajoso acaba de llegar!’ Y sin embargo, este hombre mediante sus pruebas y argumentos convenció a un Siyyid de sabiduría reconocida: Muḥammad Báqir! ¡En verdad! Esta es una de las pruebas de esta Manifestación puesto que, después de la



Casa de Mullá Husayn en Bushrúyih



Vista de la ciudad de Karbilá

muerte del Siyyid, este personaje fue a ver a la mayoría de los doctores del Islám y no encontró la verdad sino donde el Maestro de la Verdad; así fue, entonces, que alcanzó el destino que le había sido fijado. ¡En verdad, las criaturas del comienzo y fin de esta Manifestación lo envidian y lo rodean hasta el día del Juicio! ¡Quién, pues, puede acusar a este maestro de la inteligencia, de debilidad mental y superficialidad?"²

Al concluir aquella misión, Mullá Husayn siguió viaje a la ciudad de Mashhad con el fin de entrevistarse con Mírzá 'Askarí, otro renombrado teólogo. Antes envió una carta a Siyyid Kázim, informándole de lo acontecido, lo que le ganó muchos elogios ante el resto de los discípulos.

Era tanta la admiración de su maestro, que el resto de sus compañeros pensaba que era realmente Mullá Husayn aquel Mensajero prometido.

Mírzá 'Askarí apreció igualmente las nobles cualidades del joven emisario y con esos sentimientos mandó una carta a Siyyid Kázim. A su vez, el maestro mandó a su alumno preferido una gentil epístola en la que hacía referencia a su virtuosidad y a la manera como había cumplido tan satisfactoriamente sus deberes.

Mientras tanto, en la lejanía, Siyyid Kázim sentía próxima la hora cuando su alma debía remontar vuelo a la morada celestial. Llamó a sus discípulos y los exhortó a tener cuidado; no vaya a ser que en el momento de la aparición del Prometido sus posesiones terrenales se conviertan en un obstáculo para reconocer Sus signos y señales.

Les instruyó a tener un corazón puro y dispersarse con ese mismo espíritu en busca de Su bendita presencia. Deberían esparcirse sobre la faz de la tierra y sus esfuerzos deberían ser incansables hasta la consecución de la tarea.

Pero la muerte de Siyyid Kázim sorprendió a Mullá Husayn fuera de Karbilá y en pleno viaje. Acongojado, resolvió regresar inmediatamente.

Así fue y el 22 de enero de 1844 arribó encontrando a sus amigos sumidos en la tristeza. Comprendió al instante que su inmediata misión era cumplir con la exhortación de su mentor. A sus demás compañeros los animó a levantarse a servir a tan sagrada empresa. "Su primera obligación, como es también la mía", les dijo, "es de levantarse a llevar a cabo, tanto en el espíritu como en la letra, el mensaje póstumo de nuestro amado jefe".

"¿Por qué no se han dispersado y se han levantado para llevar a cabo su ferviente petición?", les observó. Algunos de ellos se excusaron diciendo: "Nuestros enemigos son muchos y poderosos. Debemos permanecer en esta ciudad y cuidar el asiento vacío vacante de nuestro jefe que ha partido". Otro de entre ellos dijo: "Me incumbe quedarme y cuidar los niños que el Siyyid ha dejado tras de sí".

Pero la mayoría de ellos salieron a buscar su parte en el destino que Dios les había determinado. Estas almas se esparcieron por diferentes direcciones en bus-

ca de algún rastro que le permitiera descubrir la identidad del Mensajero divino.

Mullá Husayn procedió igualmente, tras recibir los sentimientos de pesar que los admiradores y amigos de Siyyid Kázim le extendían, pues lo consideraban su sucesor.

Junto con Mírzá Muhammad Hasan y Mírzá Muhammad Báqir, su hermano y sobrino respectivamente, se dirigió a la ciudad de Najaf, alojándose en el templo de Kúfih. Con el transcurso de los años, estos tres personajes se convirtieron en compañeros inseparables de viaje.

En aquel lugar, permaneció retirado del mundo exterior por espacio de cuarenta días. Ocupado en la oración y el ayuno, dedicó ese tiempo a meditar acerca del propósito de su vida, rogando a Dios le guíe al Objeto de su búsqueda, el Mensajero Prometido. Dios le ayudó e hizo que él fuese el primero en creer en el Báb.

* * *

2. El Primero en Creer en Él.

De Najaf, Mullá Husayn enrumbo al puerto de Búshih, haciendo la travesía a través del Golfo Pérsico.

Abandonando para esta búsqueda todas sus posesiones terrenales, desprendido y poniendo su confianza en la Voluntad de Dios, se convirtió en un viento inspirado solamente por la Providencia.

Llegó a este puerto que es la entrada principal por mar a su país y pronto se sintió atraído misteriosamente a otra ciudad distante 300 kilómetros de allí.

Ese lugar era Shíráz, en donde Mullá Husayn iría y encontraría al Mensajero de Dios.

Shíráz es una bella ciudad situada al sur de Persia, renombrable por encontrarse en su suelo innumerables pájaros ruisiñores y árboles frutales, favorecidos todos —naturaleza y habitantes— por un agraciado clima.

Es cuna de grandes poetas y cantores, y las cúpulas de sus templos junto con los azulejos de hermosas residencias le otorgan una atmósfera especial. Se entra a la ciudad por el Arco de Alláh, en el acceso por la antigua muralla, y pronto el viajero se da cuenta que esa misma atmósfera lo invita a pasar hacia esos barrios impregnados de olorosas fragancias de limoneros, cruzados por riachuelos que le dan un encanto aun más singular al paisaje.

Mullá Husayn arribó a la ciudad y mientras andaba solo por la puerta de la ciudad, aproximadamente una hora antes de la puesta del sol, se le acercó repentinamente un Joven. Portaba un turbante verde, distinción de los descendientes del Profeta Mahoma, y con especial afabilidad le dio la bienvenida.

En el primer momento, Mullá Husayn pensó que tal vez era otro de los admiradores de Siyyid Kázim. Pero poco después iba a darse cuenta de que ese Joven no era sino el Mensajero Prometido, el Báb.

Ante su extrañeza, fue invitado con modales de extremo refinamiento a pasar a Su hogar. El encanto de la voz del Báb, la dignidad con que se había sostenido aquel primer encuentro, más aún, el toque reverente de Su comportamiento, la delicadeza y el calor de Sus expresiones, le conmovió tanto que no pudo resistir la invitación y le impulsó a mostrar un respeto mayor que los instantes iniciales le inspiraron.

De pronto emergió a su mente el recuerdo de sus compañeros de viaje quienes estaban aguardándole. Pidió entonces permiso para retornar excusándose por la suerte de sus amigos.

“Confiádeles al cuidado de Dios”, fue la respuesta, “Él, con seguridad los protegerá y cuidará”.

En seguida, fue conducido a una casa de modesta apariencia, cuya puerta fue abierta por un sirviente.

“Entrad allí en paz y seguridad”, fueron sus palabras al cruzar el umbral. En su interior, Mullá Husayn se encontró envuelto con tales muestras de bondad

y cariñosa cortesía que su espíritu se sintió dispuesto a pensar que Dios le había preparado aquella extraña experiencia.

“¿No sería posible”, reflexionó, “que mi visita a esta casa me permitiera acercarme más al Objeto de mi Búsqueda? ¿No apresuraría, posiblemente, el fin de un período de intenso anhelo, de tenaz pesquisa, de creciente intensidad, que tal búsqueda implica?”

“En cuanto nos sentamos”, relató posteriormente Mullá Husayn, “pidió —el Báb— que se trajera un aguamanil y me rogó que lavara de mis manos y pies las huellas del viaje. Pedí permiso para retirarme de Su presencia y hacer mis abluciones en la pieza contigua. Rehusó conceder mi petición y procedió a derramar el agua sobre mis manos. Después me dio de beber una bebida refrescante, hecho lo cual pidió el samovar y Él mismo preparó el té que me ofreció...”

Mullá Husayn hizo entonces sus abluciones antes de orar y luego se levantó para rezar al lado del Báb.

Invocó ansiosamente en su oración: “He luchado con toda mi alma ¡oh mi Dios! y hasta ahora he fracasado en encontrar Tu Mensajero Prometido. Soy testigo que Tu palabra no fracasa y que Tu promesa es segura”.

A continuación el Báb preguntó a Mullá Husayn sobre las señales que debería mostrar el Mensajero de Dios de acuerdo a lo que Siyyid Kázim le había enseñado.

“Él es de linaje puro”, empezó respondiendo, “de ilustre descendencia y de la simiente de Fátimih: En cuanto a Su edad, tiene más de veinte y menos de treinta. Posee sabiduría innata, es de mediana estatura, se abstiene de fumar y no tiene defecto corporal alguno”.

Fue entonces cuando luego de contestar correctamente, Mullá Husayn recibió la gran Declaración del Báb:

“¡Observad!, fue el anuncio hecho con voz vibrante, “todos estos signos están manifiestos en Mí! Observad atentamente, ... ¿podría ser otro sino Yo, la persona a quien se refirió Siyyid Kázim?”

En ese instante Mulla Husayn fue puesto a prueba frente a tan poderoso emplazamiento. Su mente se encontró presa de confusión y su corazón se halló aprisionado de angustia, al punto que lo llevaron a rechazar precipitadamente la afirmación del Báb y luego, a considerarla más prudentemente.

Con anterioridad, Mullá Husayn había preparado un tratado sobre ciertas enseñanzas de Shaykh Aḥmad y Siyyid Kázim. Se había propuesto aceptar la afirmación de quien pretenda ser el Mensajero Prometido si tan sólo pudiera desentrañar las abstrusas enseñanzas que contenían esos escritos y, si además, podría revelar infaliblemente un comentario sobre el sura de José, —un capítulo del Corán. Siyyid Kázim le había dicho que esa tarea excedía su propia capacidad y que la única persona que podría realizarla era sinó el mismo Mensajero de Dios.

Cuenta Mullá Husayn:

“Daba vueltas a estas ideas en mi mente cuando mi distinguido Anfitrión remarcó nuevamente:

—‘Observad atentamente. ¿Podría ser, otro sino Yo la Persona a quien se refirió Siyyid Kázim?

Entonces me sentí impelido a presentarle una copia del tratado que llevaba conmigo.

—‘¿Quiere Usted’, le pedí, ‘leer este libro mío y mirar sus páginas con ojos indulgentes? Le ruego no prestar atención a mis debilidades y deficiencias’.

Cortésmente, cumplió mi pedido. Abrió el libro, miró ciertos pasajes, lo cerró y comenzó a hablarme. En pocos minutos, con vigor y encanto característicos, había desentrañado todos sus misterios y resuelto todos sus problemas. Habiendo cumplido a mi entera satisfacción, en tan corto tiempo, la tarea que había esperado que hiciera, continuó exponiendo ciertas verdades que no era posible encontrar ni en las tradiciones orales de los imanes de la Fe ni en los escritos de Shaykh Aḥmad y Siyyid Kázim. Estas verdades que nunca antes había oído, parecían poseer poder y brillo refrescantes.

—‘Si no hubieras sido Mi huésped’, observó más adelante, ‘por cierto que tu posición hubiera sido grave. La gracia de Dios que todo lo abarca te ha salvado. Es de Dios probar a Sus siervos, y no de Sus siervos probarlo a Él de acuerdo con sus deficientes medidas. ¿Si Yo fracasara en resolver tus perplejidades, podría considerarse impotente la Realidad que brilla dentro de Mí, o considerase deficiente Mi conocimiento? ¡No, por la justicia de Dios! En este día, incumbe a los pueblos del Oriente y del Occidente apresurarse para alcanzar este umbral y buscar aquí la gracia vivificante del Misericordioso. Quienquiera vacile sufrirá, por cierto, gran pérdida. ¿No atestiguan acaso los pueblos del mundo que el propósito fundamental de su creación es el conocimiento y adoración de Dios? Les incumbe levantarse, con el mismo fervor y espontaneidad tuyos y buscar, con determinación y constancia, su prometido Bienamado’.

Luego prosiguió diciendo:

—‘Ahora ha llegado el momento de revelar el comentario sobre el Sura de José’.

Tomó Su pluma y con increíble rapidez reveló la totalidad de Su comentario sobre el Sura de José. El efecto sobrecogedor de la manera en que escribía era enaltecido por la suave entonación de voz con que acompañaba Su escritura. No interrumpió por un solo instante el torrente de versos que fluía de Su pluma. No se detuvo ni una sola vez hasta que había revelado la totalidad del Sura de Mulk. Permanecí sentado, extasiado por la magia de Su voz y la fuerza arrolladora de Su revelación. Finalmente me levanté de mi asiento de mala gana y pedí permiso para irme. Sonriendo me rogó que me sentara, y dijo:

—‘Si sales en tal estado, quienquiera te vea dirá con seguridad: Este pobre joven ha perdido el juicio’”.

En ese preciso instante el reloj marcaba dos horas y once minutos después de la puesta del sol. Una hora después, el Báb dispuso se sirva la comida, mediante Su sirviente etíope. La revelación de los versículos sagrados siguió fluyendo hasta el alba, cuando el almuecín entonó el llamado para que los fieles se reúnan en la oración colectiva matinal.

De esta manera fue revelado el primer libro del Báb, el Qayyúmu'l-Asmá', cuyo primer capítulo de los 111 que lo forman es el Sura de José. De esta manera nuestro personaje se convirtió en espectador y actor mismo de aquella histórica escena de ese gran drama de la humanidad que estaba por empezar. ¿No era curioso acaso, que mientras se sucedían aquellos momentos en esa pequeña pieza, la población entera dormía inconsciente de la magnitud del evento que estaba aconteciendo? ¿Y no es acaso también significativo de notar que después de más de 140 años siguen durmiendo espiritualmente, mientras que aquella inicial Declaración ahora retumba por cielo, mar y tierra?

“No había sentido sueño esa noche”, narró así Mullá Husayn. ‘Estaba arrobado por la música de esa voz que subía y bajaba mientras entonaba; ora creciendo mientras revelaba versos del Qayyúmu'l-Asmá', ora adquiriendo armonías sutiles y etéreas mientras pronunciaba las oraciones que estaba revelando. Al final de cada invocación repetía este versículo. ‘ ¡Lejos de la gloria de tu Señor, el Todo-Glorioso esté aquello que Sus criaturas afirman de Él! ¡Y la Paz sea con Sus Mensajeros! ¡Y alabado sea Dios, el Señor de todos los seres!’”.

Entonces, estas proféticas e históricas palabras pronunciadas por el Báb, se escucharon en aquel cuarto superior de la casa en donde se sucedía la entrevista.

“ ¡Oh tú quien eres el primero en creer en Mí! En verdad digo, Yo soy el Báb, la Puerta de Dios, y tú eres el Bábu'l-Báb, la puerta de esa Puerta. Dieciocho almas deben, al comienzo, espontáneamente y por su propia cuenta, aceptarme y reconocer la verdad de Mi Revelación. Sin que nadie les advierta o invite, cada uno de ellos debe buscar independientemente para encontrarme. Una vez que esté completo su número, uno de ellos debe ser elegido para acompañarme en Mi peregrinaje a La Meca y Medina. Allí entregar- el Mensaje de Dios al Sharif de La Meca. Entonces volveré a Kúfih, donde una vez más, en el Masjid de esa ciudad sagrada, manifestaré Su Causa. Te incumbe no divulgar, ni a tus compañeros ni a ninguna otra alma, aquello que has visto y oído. Ocupate en el Masjid-i-Ílkhání^a en oración y enseñanza. Yo también me uniré a ti allí en oración congregacional. Ten cuidado que tu actitud hacia Mí no delate el secreto de tu Fe. Debes continuar y mantener esa actitud hasta nuestra partida a Hijáz.^b Antes de nuestra partida daremos a cada una de las dieciocho almas su misión especial y los enviaremos a cumplir su tarea. Les daremos instrucciones que en-

^a. Un templo de la ciudad

^b. Referencia a la Meca y Medina.

señen la Palabra de Dios y vivifiquen las almas de los hombres”.

Una vez concluidas estas palabras, el Báb se despidió de Mullá Husayn, acompañándole hasta la puerta de Su hogar, la Casa de Dios.

Desde entonces, el mundo entero había cambiado para Mullá Husayn y él mismo era una nueva creación.

* * *

3. Las Letras del Viviente

Aquella noche, la noche del 22 de mayo de 1844, en un hogar de Shíráz, fue generado el impulso inicial de la Nueva Fe, la fuerza propulsora que multiplicaría otras de gran envergadura, destinadas a la vez a inaugurar un ciclo universal dentro de la historia humana que ejercería su influencia durante un período no menor de 500,000 años. Una noche por lo demás, relevante en su significado, por cuanto en esa fecha nació 'Abdu'l-Bahá.

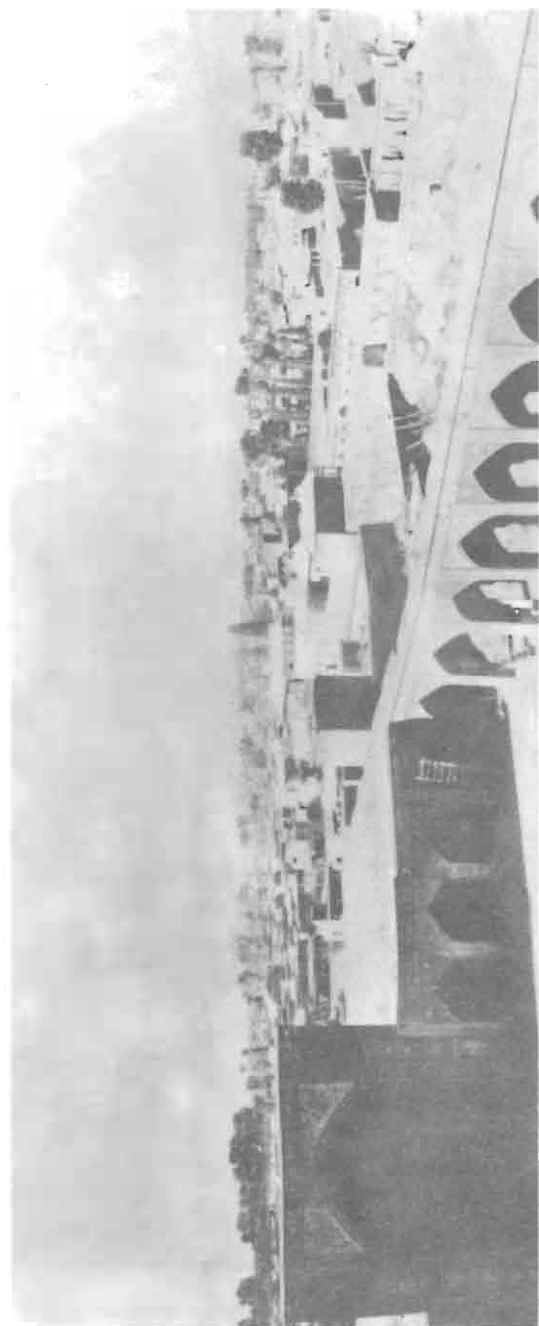
En esa memorable entrevista, el Báb señaló a Mullá Husayn la importancia con que será conmemorada en los años futuros. "Esta noche", le dijo, "esta misma hora, en días venideros, será celebrada como una de las más grandes y significativas de todas las festividades".

De otro lado, el Guardián de la Fe Bahá'í, Shoghi Effendi, ha descrito la importancia de la fecha en que el Báb declaró Su misión por primera vez como la que "Señala el comienzo del período más turbulento de la edad heroica de la Era Bahá'í, una edad que marca la apertura de la época más gloriosa en el ciclo más grande que ha atestado hasta ahora la historia espiritual de la humanidad".³

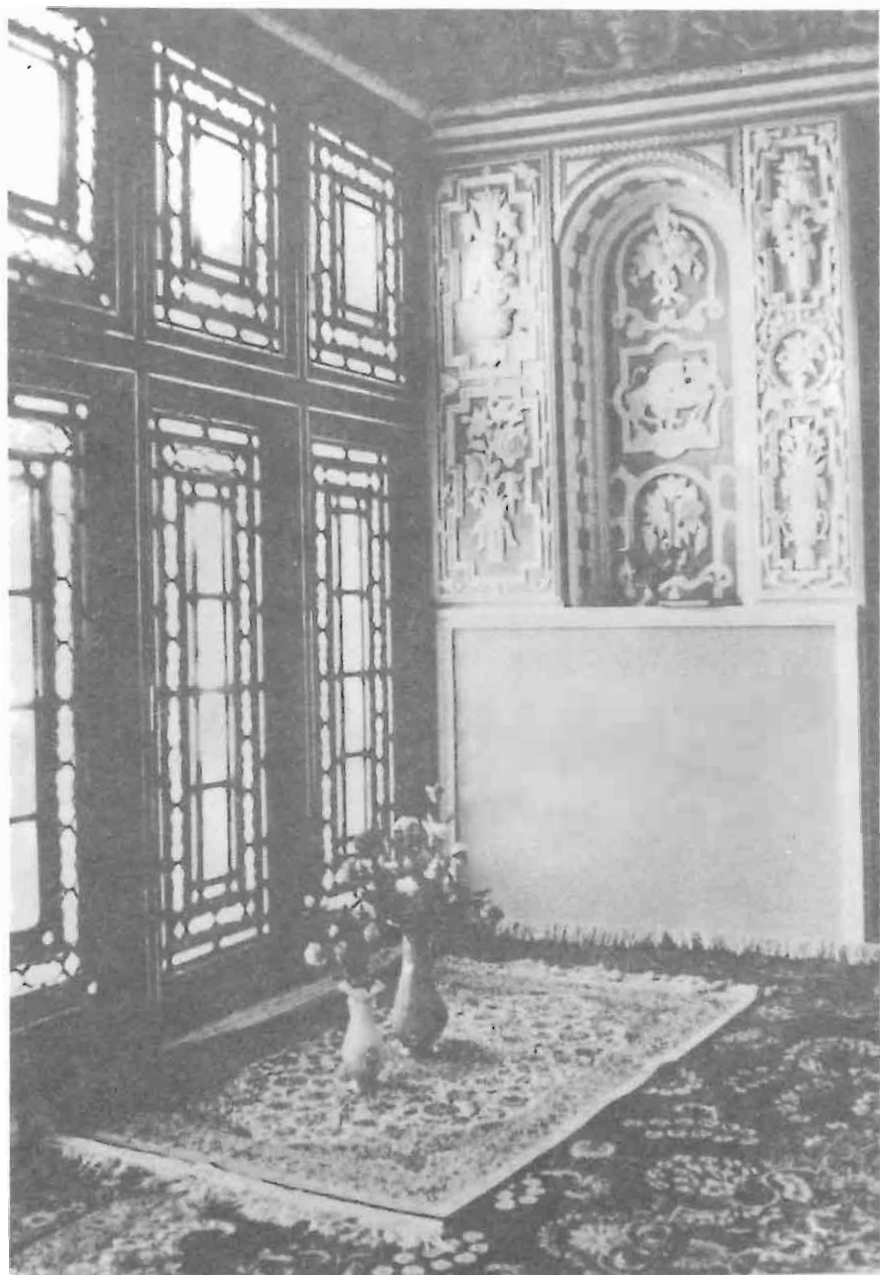
Su trascendencia estriba además, tanto en que es considerada el punto de origen del calendario bahá'í, cuanto que establece el anuncio de la culminación del ciclo profético y el comienzo del ciclo del cumplimiento.

"Esta Revelación", así describió Mullá Husayn sus sentimientos, que me sobrecogió en forma tan repentina e impetuosa, llegó como un relámpago que, momentáneamente, parecía haber insensibilizado mis facultades. Estaba cegado por su deslumbrante esplendor y subyugado por su fuerza demoledora. Excitación, júbilo, temor y admiración agitaban el fondo de mi alma. Predominando entre estas emociones se encontraba una sensación de alegría y fuerza que parecía haberme transfigurado. ¡Cuán débil e impotente, cuán deprimido y tímido, me había sentido antes! Entonces, no podía ni escribir ni caminar por lo trémulos que estaban mis manos y mis pies. Ahora, sin embargo, el conocimiento de Su Revelación había galvanizado mi ser. Parecía tener coraje y poder tales que si el mundo, todos sus pueblos y potentados, fueran a levantarse en mi contra, sólo y sin amilanarme resistiría su agresión. El universo parecía tan sólo un puñado de polvo en mis manos. Parecía que yo era la Voz de Gabriel personificado, llamando a toda la humanidad: 'Despertad, porque ¡hé aquí!, ha llegado la Luz del amanecer. Levantáos porque Su Causa se ha manifestado. La puerta de Su gracia está abierta de par en par; entrad allí ¡oh pueblos del mundo! ¡Porque Aquél quien es vuestro Prometido ha llegado!'

¡Tan gran privilegio había sido conferido a Mullá Husayn! En aquellos tiempos, en muchos y diversos lugares del planeta, aparecieron movimientos y muchos individuos preconizando la llegada de un gran Profeta a la tierra, un



Vista de la ciudad de Shiráz



Habitación en donde el Báb declaró Su misión a Mullá Husayn

Mensajero divino que los Libros Sagrados de sus religiones habían augurado y que cumpliría la gran promesa de Dios en Su Convenio eterno con la humanidad.

Muchos historiadores de la época coincidieron en afirmar la efervescencia religiosa que se suscitó en los círculos teológicos. Aparecieron puñados de gentes que se trasladaban de algún lugar a otro, sosteniendo que allí serían ellos los primeros en contemplar Su faz. Otros se vistieron de blancas túnicas y habitaron en colonias sobre las montañas esperando de esta manera ver Sus signos apareciendo en el cielo material.

Se organizaron fundaciones, se editaron libros, aparecieron nuevos grupos misioneros, ese era el tema de la época. Gentes del occidente viajaron al oriente para averiguar sobre el asunto. Sin embargo, de entre toda esa multitud de buscadores, sólo uno, Mullá Husayn, había estado predestinado por la Providencia para convertirse en el repositorio de tan incomparable gracia.

Después de él, vinieron todos los demás. En primer lugar, las restantes Letras del Viviente que se alistaron bajo el estandarte de la Fe del Báb.

Así fue que Mullá Husayn regresó de la Casa del Bab y se reunió con sus familiares. Cierta día, que regresaba de ver al Mensajero de Dios, se encontró con sus compañeros de clases quienes ya se habían enterado de su llegada a Shíráz.

Fiel a las instrucciones que había recibido, ocultó lo ocurrido y se dispuso a organizar sus clases en el templo de Íkhání. Ante su propia sorpresa, notó que el efecto de sus charlas adquirirían ahora un tono diferente. "Dignatarios eclesiásticos", señaló, "y oficiales de la ciudad también vinieron a visitarme. Se maravillaban ante el espíritu que revelaban mis charlas, sin darse cuenta que la Fuente de la cual fluía mi conocimiento no era sino Aquél cuyo advenimiento ellos, en su mayoría, esperaban ansiosamente".

Durante cuarenta días, Mullá Husayn siguió concurriendo al hogar del Báb y allí se quedaba hasta el día siguiente. Vez tras vez, era llamado por el sirviente etíope, y entonces era instruído por el Báb sobre la grandeza de la Revelación de Dios y la vida que en adelante le tocaría vivir.

Las restantes Letras del Viviente, los siguientes primeros discípulos del Báb que aceptaron Su Mensaje en esos cuarenta días, llegaron a esta condición de diferentes maneras.

Como sabemos, el Bábú'l-Báb fue el primero en creer en Él a través de sus propios esfuerzos. Los demás alcanzaron esta alta posición mediante prolongados retiros, en actitud de oración, meditación y contemplación. De entre esas dieciocho almas había una mujer, Ṭáhirih, quien leyendo algunos escritos del Báb, se había apresurado a declarar fidelidad a Su Causa, la Causa de Dios.

Quddús, la última Letra y un joven agraciado de un profundo conocimiento y genuina humildad, pudo reconocer al Báb por Su andar en una de las calles de Shíráz. Verdaderamente, i fragancias de santidad emanaban de Su Ser!

Estas dieciocho almas, junto con el Báb Mismo, constituyen las Diecinueve Letras del Viviente, el primer Váhid (Unidad).

En el Bayán Persa, el Libro de Leyes del Báb, son ellos referidos de la siguiente manera:

“Todos ellos forman el nombre del Viviente, porque son los nombres más próximos a Dios: todos los que no sean ellos son guiados por Su acción directa, porque Dios ha comenzado con ellos la creación del Bayán, y es hacia ellos que Él hará regresar esta creación del Bayán. Son luces que eternamente se han prosternado en el pasado y que se prosternarán eternamente en el futuro ante el trono celestial”.

El Guardián de la Fe cita en su libro “Dios Pasa” a las Letras del Viviente de acuerdo como son mencionadas en las Escrituras; como las “primeras Letras generadas desde el Punto Primordial”, “compañía de ángeles dispuestos ante Dios en el Día de Su venida”, aquellos “Depositorios de Su Misterio”, “Manantiales que han brotado de la Fuente de Su Revelación”, esos “primeros compañeros” quienes gozan de estrecha proximidad con Dios”, y también como aquellos “ancianos” mencionados en el Apocalipsis “que están sentados en sus siales ante Dios ataviados con blancas vestiduras” y con sus cabezas “coronadas de oro”.⁴

Otra de estas Letras fue Mullá ‘Alfí-i-Bastámí, quien se convirtiera luego en el primer mártir de la Fe. En cierta oportunidad, se aproximó a Mullá Husayn cuando regresaba de reunirse con el Báb. Mullá ‘Alfí-i-Bastámí notó de inmediato el fuego espiritual que ardía dentro de su amigo. Junto con los otros compañeros se acercó y le urgió encarecidamente le diga la causa por la cual su alma se encontraba en tal estado de paz y tranquilidad.

“Te hemos seguido a este lugar”, ellos le dijeron, “listos para reconocer a quienquiera tú aceptes, con la esperanza de encontrar el abrigo de Su protección y de pasar con éxito el tumulto y la agitación que debe necesariamente señalar la última Hora. ¿Cómo es que ahora te vemos enseñando a la gente y dirigiendo sus oraciones con la mayor tranquilidad?”

Mullá ‘Alfí-i-Bastámí, impelido por una luminosa respuesta del Bábu’-l-Báb entreviéndole su experiencia con el Báb, corrió donde el resto de sus amigos informándoles de la conversación que había sostenido con Mullá Husayn. Ellos, rápidamente se dispersaron a sus alojamientos y en estado de ayuno y oración, rogaron a Dios que remueva el velo que les impedía cumplir la misión que tenían encomendada.

Nuestro Mullá ‘Alfí-i-Bastámí, durante la tercera noche de vigilia, tuvo una visión donde se le apareció una Luz que pronto se alejó conduciéndole al lugar del Báb. Extasiado por tal sueño, no pudo reprimir su emoción y corrió en plena medianoche a la habitación de Mullá Husayn pasándole a contar su experiencia. Al día siguiente, lleno de alegría y reverencia, fue conducido a la presencia del Báb.

La promesa hecha por el Báb a Mullá Husayn en el sentido de que a la mañana siguiente llegarían trece de sus compañeros, se cumplió, y de esta forma fueron paulatinamente enroladas todas las Letras del Viviente. Siempre que ellos fueron conducidos a la presencia del Báb, eran acompañados por Mullá Husayn.

El Mensaje estaba inicialmente proclamado y dentro de poco miles de almas sacrificaríanse por él. Los anales de las religiones mundiales nunca registraron el reconocimiento a una Manifestación de Dios por parte de un número tan elevado de sacerdotes y eruditos como sucedió con la Revelación del Báb.

Los signos de la oposición pronto empezaron a sentirse en todos los rincones del reino persa, hacia donde estos bravos héroes se dirigieron. En los siguientes años, torrentes de esa sangre serían vertidos para testimoniar tanto la grandeza de corazón de estos seguidores del Báb, como la grandeza misma de la Fe a la que se habían entregado.

A cada una de estas Letras se les dio su provincia natal como el campo de acción de su apostolado. Mullá Husayn tenía sin embargo, una misión especial. Debería llevar una tablilla del Báb para Bahá'u'lláh, Quien por ese entonces era un noble persa y un hombre de bien. Otra tablilla tenía que ser entregada al Sháh de Persia. Ambas tareas eran de gran importancia dada la naturaleza de esos mensajes como también los destinatarios de los mismos.

“Los días de nuestra compañía se acercan a su fin”, fueron las palabras del Báb a Mullá Husayn a medida que llegaba la hora de la despedida. “Mi convenio contigo ya se ha cumplido. Prepárate, esfuérzate y levántate a difundir Mi Causa. No desmayes al ver la degeneración y perversidad de esta generación, porque el Señor del Convenio sin duda te ayudará. En verdad, Él te circundará con Su amorosa protección y te guiará de victoria en victoria. Así como la nube que hace llover su bondad sobre la tierra, cruza el país de extremo a extremo y derrama sobre sus pueblos las bendiciones que el Todopoderoso, en Su misericordia, se ha dignado conferirte.

Sé indulgente con los ‘ulemá^a, y resígnate a la Voluntad de Dios. Proclama la llamada: ‘Despertáos, porque ¡hé aquí!, la Puerta de Dios está abierta y la Luz Matinal derrama su fulgor sobre toda la humanidad! ¡El Prometido está manifestado; preparad el camino para Él! ¡oh pueblos de la tierra! No os privéis de Su gracia redentora, ni cerréis vuestros ojos a su refulgente gloria’.

Con aquellos que encuentres receptivos a tu llamada, comparte las epístolas y tablillas que Hemos revelado para tí, para que, quizás, estas palabras maravillosas los haga apartarse del lodazal de la negligencia y remontarse en el reino de la presencia divina.

En este peregrinaje que pronto Hemos de iniciar, Hemos elegido a Quddús como Nuestro compañero. Te hemos dejado atrás para que afrontes el ataque

^a. Altos sacerdotes musulmanes.

de un enemigo feroz e implacable. Ten la seguridad, sin embargo, que te será conferida una bendición de indescriptible gloria. Sigue el curso de tu viaje hacia el norte, visita en tu camino Isfáhán, Káshán, Qum y Teherán. Implora a la Providencia Todopoderosa que por Su bondad te permita alcanzar, en esa capital, la sede de la verdadera soberanía y entrar en la mansión del Bienamado. Mi esperanza es que participes de Su gracia y reconozcas Su esplendor.

De Teherán sigue a Khurásán y proclama nuevamente la Llamada. De allí vuelve a Najaf y Karbilá y espera el mandato de tu Señor. Ten plena seguridad que la alta misión para la cual has sido creado será cumplida, en su totalidad, por ti.

Hasta que hayas cumplido tu tarea, si todos los dardos de un mundo incrédulo fueran lanzados contra ti, no podrían dañar un solo cabello de tu cabeza. Todas las cosas se encuentran encerradas en Su poderoso puño. Él, en verdad, es el Todopoderoso, el que Todo lo Domina.

La esencia del poder mora ahora en ti, **le dijo el Báb**, y la compañía de Sus ángeles elegidos gira a tu alrededor... El que te ama, ama a Dios; quienquiera se oponga a ti, se ha opuesto a Dios. Quien haga de ti su enemigo, a él Dios hará Su amigo; y quienquiera te rechaze, a él Dios rechazará’.

* * *

4. En el Campo de la Enseñanza

Con la esperanza que le fue dada de una próxima reunión con el Báb en Shíráz, el intrépido Mullá Husayn partió en su importante misión, tocándole visitar la ciudad de Isfáhán en primer lugar.

Isfáhán es una ciudad bastante antigua. Hacía tiempo fue la capital del reino y habíase convertido en el escenario de pomposas ceremonias religiosas.

Cientos de sabios y sacerdotes vivían allí. Los persas la siguen llamando nisf-i-jihán; "medio mundo" es Isfahán. Era también famosa por la reputación y el número de sus colegios o seminarios religiosos —madrisihs—.

De la misma magnitud era el orgullo que sus habitantes sentían por la magnificencia arquitectónica de sus mezquitas. Era todo un bastión de la religión islámica.

La influencia del clero fanático musulmán era predominante en una feligresía ciega e ignorante. Poseía una riqueza material de envergadura y apropiada de innumerables aunque no aprobables modos. Entre ellas estaban los famosos "waqfes", que como los describió el Guardián de la Fe, eran "inapreciables y extensas dotaciones, propiedad en tierra del Imán esperado y que sólo en Isfahán abarcó en cierto tiempo toda la ciudad"⁵

En el Bayán, el Báb ha escrito: "Isfahán, aquella destacada ciudad, se distinguió por el fervor religioso de sus habitantes sh'íes, por la ilustración de sus clérigos y por la viva expectación que comparten los de alta y baja condición, por la llegada inminente del Sáhibu'z-Zamán.^a Se han establecido instituciones religiosas en todos los sectores de aquella ciudad".

Cuando Mullá Husayn llegó, el clero se puso en guardia, pues ya lo conocían desde la vez que fue a ver al ahora extinto Muḥammad Báqir quien le había expresado su simpatía y admiración pública. Sus miembros, celosos de la altura espiritual del forastero, preveyeron de antemano el revuelo que la acogida del populacho a las actividades de Mullá Husayn podría crear. En consecuencia, un grupo de sacerdotes no reparó en levantarse inmediatamente contra él.

Fueron donde Siyyid Asadu'lláh, el hijo de Muhammad Báqir, quien había tomado el lugar vacante de su padre. Venía de culminar estudios religiosos en los prestigiosos centros teológicos de 'Iráq. Le dijeron que las prédicas que Mullá Husayn había iniciado representaban un verdadero peligro a las verdades de la Fe del Islám. Al reconocer este Siyyid la insinceridad de la comitiva, les increpó esa misma inmadurez espiritual que antes habían mostrado a su padre. Les dijo que cualquier cosa que hiciesen solamente sería para demostrar los méritos de Mullá Husayn. "Que cada hombre examine estas aseveraciones desapasionadamente", les observó. Si se siente satisfecho, muy bien; sinó, que guarde silencio y no incurra en el riesgo de desacreditar el buen nombre de nuestra Fe".

^a Literalmente, el Señor de la Era, es decir, el Mensajero Prometido.

Aguijoneados por la rotunda negativa fueron donde otras autoridades con la esperanza de conseguir apoyo y obtener cualquier pronunciamiento en contra. Otra personalidad prominente, Muḥammad Ibráhím-i-Kalbásí, los retó: "... Si Mullá Husayn ha abrazado una nueva Fe, sin lugar a dudas, es vuestra primera obligación investigar desapasionadamente el carácter de sus enseñanzas y guardaros de denunciarlo sin antes escudriñarlas con cuidado..."

El Gobernador de la ciudad Manúshjhr Khán, a quien también fueron a tocarle la puerta, fue aún más enérgico, advirtiéndole inmediatamente las intenciones del grupo.

Este Gobernador, tiempo después, aceptó la Fe del Báb, cuando Él permaneció en Isfáhán por una temporada. Le ofreció al Báb todo tipo de atenciones en su hogar, protegiéndole del ataque de Sus adversarios. En esa oportunidad, le expresó su intención de ofrecerle la totalidad de los recursos que poseía para la promoción de Su Fe, hecho que el Báb no aceptó. El Báb le predijo su pronta partida de este mundo y las recompensas que en la vida venidera iba a alcanzar por lo noble de sus intenciones.

El incansable trabajo del Bábu'l-Báb prosiguió por las calles y púlpitos de la ciudad. Su frágil figura se transformó en un impetuoso río con toda su bravura y rugido.

El temor del clero crecía constantemente y se resistía a aceptar la elegante elocuencia, los irrefutables argumentos y el candor de este joven que atraía una enorme masa de gente y conseguía enrolar a los puros de corazón dentro de las filas de la nueva Fe.

Hubo un destacado número de juriconsultos y teólogos de fama que dijeron sí al Llamado del Báb. Uno de los primeros fue Muḥammad Taqíy-i-Hárátí, quien de inmediato sumó sus esfuerzos a los del Bábu'l-Báb.

Encendido del amor de Dios, en verdad, estaba el corazón de este joven.

Un escritor occidental, el Conde de Gobineau, describió en estos términos la agitación que se apoderó de la ciudad:

"La gente formaba grandes aglomeraciones para escuchar al predicador. Él ocupaba uno tras otros, todos los púlpitos de Isfáhán, donde hacía libremente lo que había sido prohibido en Shíráz... mostraba y leía los libros de su Maestro y hacía notar Su elocuencia y profundidad así como remarcaba la extraordinaria juventud del Vidente, relatando Sus milagros".

A pesar de las quejas de las autoridades religiosas, el Bábu'l-Báb siguió adelante sorteando los obstáculos que le pusieron. Su meta era fija: cumplir con las instrucciones del Báb. Su derrotero era esa brillante estrella: propagar el Mensaje por el camino del servicio.

El primero en aceptar el Mensaje en Isfáhán fue un humilde cribador de trigo llamado Mírzá Ja'far. Asistió a Mullá Husayn en sus deberes con dedicación. Posteriormente se convirtió en un mártir de la Fe.

Se dice que sus amigos, al verlo cierta vez corriendo ansiosamente por las calles, le preguntaban: "¿Por qué vas tan de prisa?". Él les contestó: "Con esta criba que llevo, tengo la intención de cernir a la gente de todas las ciudades por las que pase. A quienquiera encuentre dispuesto a aceptar la Causa que he abrazado, le pediré que se una a mí y se apresure al campo del martirio".

La sencillez que generalmente caracteriza a los primeros creyentes de los Profetas de Dios contrasta como la luz y la sombra con el orgullo y presunción de los grandes jefes religiosos. El caso de San Pedro dentro de la religión cristiana es también un buen ejemplo de cómo el conocimiento adquirido puede ser un velo en los ojos de los hombres.

El Báb ha escrito sobre este modesto cribador de trigo:

"Observad la tierra de Sád (Isfáhán) que es en este mundo visible, la más exaltada de las tierras. En cada rincón de sus escuelas se encuentran numerosos esclavos revestidos con el nombre de sabios y luchadores. En el instante en que tuvo lugar la elección de las criaturas, un cernidor de trigo se revistió con el manto de la primacía (sobre los demás). Es aquí que se proclama el secreto de la palabra de los Imanes sobre el tema de la Manifestación: "La más baja de las criaturas llegará a ser la más elevada y las más elevadas llegarán a ser las más viles".

Bahá'u'lláh ha elogiado a Mírzá Ja'far en Su Libro Más Sagrado, el Kitáb-i-Aqdas.

Otros destacados creyentes ganados en esa visita fueron Muhammad 'Alí-y-i-Nahrí y su hermano Mírzá Hádí. Estos dos hermanos habían sido también alumnos de Siyyid Kázim en la ciudad de Karbilá. Mientras residían allí tuvieron la bendición de conocer al Báb cuando con anterioridad a la revelación de Su estación profética, visitaba el Santuario del Imán Husayn.^a

Ellos dos le habían visto cierta vez absorto en Sus oraciones y con radiante sentimiento de devoción que, de primer momento, los dejó admirados. Una vez que el Báb en Shíráz proclamó su llamado, ellos se apresuraron a aquella ciudad con el fin de entrar a Su presencia. Sin embargo, en el camino se enteraron que había partido en un peregrinaje a La Meca y Medina.

Esperanzados en conseguir tal favor en otra oportunidad, Muhammad 'Alí-y-i-Nahrí decidió dirigirse a Isfáhán, mientras su hermano regresó a Karbilá.

Estas dos almas consagradas tuvieron luego el doble privilegio de conocer tanto al Báb como a Bahá'u'lláh. La hija de Muhammad 'Alí-y-i-Nahrí, Munírih Khánum, se unió en matrimonio con 'Abdu'l-Bahá en el año de 1873. Sabida es la historia de que Muhammad 'Alí-y-i-Nahrí y su esposa no podían tener hijos, hasta cuando el Báb pasó por Isfáhán y sirviéndose cierta vez una comida, separó una porción de lo que estaba comiendo a fin de que sea compartida por la

^a Nieto de Mahoma.

a la ciudad-prisión de 'Akká y se convierta en la esposa de 'Abdu'l-Bahá.

Otro destacado y erudito teólogo que llegó a ser un seguidor de la Causa de Dios fue Muḥammad Ridáy-i-Pá. Su conversión causó profunda consternación entre los sacerdotes conservadores de la ciudad. Posteriormente ofreció su vida en el sendero de la Fe ganando las palmas y la corona deseada del martirio.

Otro personaje enrolado gracias a la actividad del Bábu'l-Báb fue el distinguido Mullá Sádiq, discípulo también de Siyyid Kázim. Tenía el encargo de su maestro de habitar en Isfáhán con el propósito de ir preparando a la gente para la venida del gran Día de Dios. Durante los últimos cinco años había trabajado arduamente en este objetivo. Llegó a ser un firme y profundo exponente de la Fe hasta una edad muy avanzada. Después del martirio del Báb en el año 1850, se dirigió a Baghdád y alcanzó la presencia de Bahá'u'lláh. Tuvo la bondad de estar con Bahá'u'lláh, nuevamente, en la prisión de 'Akká.

De Isfáhán, portando tan grandes trofeos para la Fe de Dios, emprendió rumbo más al norte, a la ciudad de Káshán.

* * *

5. En Káshán

Detengámonos a pensar un momento en las duras condiciones de los viajes en aquel entonces, en aquellos caminos por los cuales Mullá Husayn andaba.

De hecho, las antiguas rutas diferían ampliamente de las actuales vías tal como las conocemos. Las grandes distancias, interminables en sus jornadas, eran además sumamente peligrosas, dado el constante acecho de los salteadores de caminos, razón por la que los viajeros —con el objeto de proteger sus vidas— se trasladaban en caravanas protegidas por hombres armados.

Se empleaban camellos, caballos, mulas que avanzaban en largas filas, o simplemente se caminaba. Los vastos desiertos, candentes, con sus polvaredas de arena, eran los únicos derroteros de los viajeros cuya vista tenía de inmutable paisaje el horizonte sin fin.

En el transcurso de las rutas existían unas posadas llamadas caravanserais, donde los viajeros podían descansar, quizás a la orilla de algún oasis, o pasar la noche, cuando esta caía sobre ellos acerca de algunas de estas estancias.

Káshán es una bella ciudad situada en el lugar nor-oriental de Persia. Algunas tradiciones muy antiguas sostienen que desde este poblado provenían aquellos tres sabios conocidos dentro de la cristiandad como los Tres Reyes Magos y cuya historia la encontramos en la Biblia:

“Cuando Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalem unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle... y hé aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo donde estaba el niño. Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo...” (Mateo, 2).

Aquellos magos, no eran sino los famosos sacerdotes de la religión zoroastriana conocidos originalmente en el oriente con ese nombre. Aquella religión era muy difundida en la antigua Persia y sus tradiciones enseñaban la venida de un Mensajero de Dios en el oriente.

Los magos eran también expertos en el conocimiento de los astros y ellos, en el tiempo de la aparición de Jesús, descubrieron un signo especial en el movimiento de las estrellas.

En la histórica Belén, en el sitio original del nacimiento de Jesús, existe la Iglesia de la Natividad, una de las más antiguas del mundo. El visitante puede apreciar en uno de los frescos a estos mismos magos pintados con vestidos de la antigua indumentaria persa.

Bahá'u'lláh ha explicado en el Kitáb-i-Íqán (Libro de la Certeza) el significado de aquellas referencias en las profecías de las religiones sobre la aparición de un signo en los cielos. Por ejemplo, Jesús dijo que en Su segunda venida “Aparecerá el signo del Hijo del hombre en el cielo...” (Mateo 24:30).

Bahá'u'lláh enseñó que este signo viene a ser a la vez un signo visible e

invisible. En el libro mencionado leemos acerca del significado del término "cielo" y "signo" en los Libros Sagrados de la antigüedad:

" 'Cielo', designa el cielo visible, ya que cuando se acerque la hora en que ha de aparecer el Sol del cielo de la justicia y navegue el Arca de la guía divina sobre el mar de la gloria, aparecerá una estrella en el cielo, que anunciará a su pueblo el advenimiento de esa máxima luz. De igual modo, en el cielo invisible aparecerá una estrella que actuará ante los pueblos de la tierra como heraldo del amanecer de esa verdadera y exaltada Mañana. Este doble signo, en el cielo visible e invisible, ha anunciado la Revelación de cada uno de los Profetas de Dios, como comúnmente se cree"⁶

En la Dispensación de Jesús el signo visible fue Juan el Bautista, pues él fue Su anunciador. Y como anotamos, el signo visible fue la famosa estrella del oriente, descubierta por algunos seguidores del Profeta Zoroastro, cuya mayoría vivían y viven aún en Persia.

En la Dispensación del Báb, el signo invisible estuvo representado por Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim, pues estos dos sabios fueron los heraldos de la Nueva Manifestación. El signo visible, vino también a ser un signo doble en el cielo material. Durante el tiempo de estos dos personajes, empezó el estudio de las estrellas dobles o gemelas, más propiamente de la estrella Sirio, una de las más brillantes del cielo.

En 1844, el mismo año de la Declaración del Báb, el astrónomo Bessel hizo público su descubrimiento que Sirio era en realidad una estrella doble. En 1833, se produjo una lluvia de estrellas, que impulsó a científicos y religiosos por igual al estudio de los temas de las profecías sobre el "signo del cielo".

Saliendo del inacabable estudio de las profecías y su interpretación, encontramos que la actividad apostólica del Bábú'l-Báb fue de mucha intensidad.

Un comerciante famoso de nombre Hájí Mírzá Jáni decidió aceptar la Causa. Años después, llegó a ser un firme creyente e instructor de la Fe, teniendo el privilegio de hospedar en su hogar al Báb cuando pasó por Káshán en el año de 1847. Aunque iletrado, fue dotado por Dios de hermosa elocuencia y gran sabiduría, haciendo silenciar fácilmente a prestigiados teólogos, pero adversarios de estas enseñanzas divinas.

Mullá Husayn se encontró otra vez con Siyyid 'Abdu'l-Báqir, un anterior alumno de Siyyid Kázim. Este sacerdote, sin embargo, fracasó en responder adecuadamente al Mensaje de Dios por temor a perder su rango y condición social. El Báb tiempo después, reveló una tablilla en su presencia, pero igualmente falló en aceptar Su Revelación.

Cuando luego se hubo enterado de ante Quien se había encontrado, deploró amargamente su torpeza y ceguera espiritual.

6. Qum, la Ciudad Azul

De Káshán prosiguió a la ciudad de Qum, conocida como la Ciudad Azul, por las cúpulas verduzcas de las mezquitas y los bonitos azulejos que revisten las muchas residencias.

Dentro de Persia, es considerada una ciudad sagrada, pues en su interior se encuentra el sepulcro de la hermana de un Imán de la Fe de Mahoma, es decir, ambos descendientes directos del Profeta Árabe. El Imán se encuentra sepultado en la ciudad de Mashhad, y la gente fanática que es casi la mayoría, asegura que cada viernes viene a visitarla desde su santuario.

En Qum, están enterrados un gran número de reyes de Persia. Una cantidad extensa de sacerdotes residen allí. Es considerada una sede de ilustración y erudicción religiosa dentro del reino. No obstante, el Báb en cierta oportunidad desistió de entrar a la ciudad por considerarla una ciudad corrupta.

Parece ser que el Bábu'l-Báb no consiguió ubicar alguien receptivo a escucharle, con la excepción de Hájí Mírzá Músá quien eventualmente alcanzó la presencia de Bahá'u'lláh, y se hizo un creyente y ofreció luego su vida.

Mullá Husayn decidió dejar pronto la ciudad, así como cuando entró sin mayores expectativas en una estadía muy corta. Quizás su pensamiento más reconfortante era llegar rápido a Teherán —la capital— para descubrir las maravillosas cosas que el Báb le había prometido que vería.

Antes de iniciar el recorrido restante, pudo recordar nuevamente las palabras del Báb:

“El grado de vuestro desprendimiento debe ser tal que, en cualquier ciudad en que entréis a proclamar y enseñar la Causa de Dios, en ningún caso debéis esperar ni carne ni recompensa de sus gentes. Nó. Cuando partáis de esa ciudad, debéis sacudir el polvo de vuestros pies. Así como habéis entrado en ella puros y sin mancha, de igual manera debéis partir de esa ciudad. Porque en verdad os digo, el Padre celestial siempre está con vosotros y os cuida. Si le sois fieles, con toda seguridad Él entregará en vuestras manos los tesoros de la tierra y os exaltará sobre todos los gobernantes y reyes del mundo”.

* * *

7. Entregando la Tabla del Sháh

Teherán es la capital de Persia desde el año 1788. Su pasado, sin embargo, se remonta a setecientos años atrás.

Dentro de las antiguas murallas que la rodeaban vivía el Sháh (emperador) junto con su corte real.

Mucha gente notable residía en ese lugar, y aunque era el centro de la actividad del país, en realidad, no reflejaba más de lo que la nación persa era en esos momentos. Del pasado glorioso de este país, abarcando cerca de 2,500 años de continua civilización, había caído por entonces en su nivel más bajo.

De lo que había sido en sus primeros siglos y luego en su apogeo, una gloriosa cuna de hombres de ciencias, artes y humanidades extendida sobre un vasto territorio, hallábase convertida en un rincón oscuro del mundo, dominada por el fanatismo y la ignorancia, y el rechazo y desprecio prejuicioso a todo lo que podía ser innovación y cambio.

Bahá'u'lláh nació en esta ciudad en el año de 1817. A pesar de su estado, la Bendita Belleza la amaba mucho. En Sus escritos se refirió a ella como la "Madre del Mundo", "Fuente de Alegría para toda la humanidad", la "Morada de Suprema Felicidad", "Fuente de Luz para todo el mundo", la "santa y resplandeciente ciudad", la "Tierra de Tá'á".

La "Aurora de la Causa de Dios" es otra hermosa alusión de la Pluma Gloriosa. Por aurora entendemos los primeros rayos del sol que rompen al amanecer. Y es que Teherán se convirtió desde muy temprano en el escenario de acontecimientos trascendentales en la Causa de Dios.

En esta ciudad Bahá'u'lláh recibió las primeras intimaciones de Su misión profética, mientras se hallaba encarcelado por ser un seguidor del Báb.

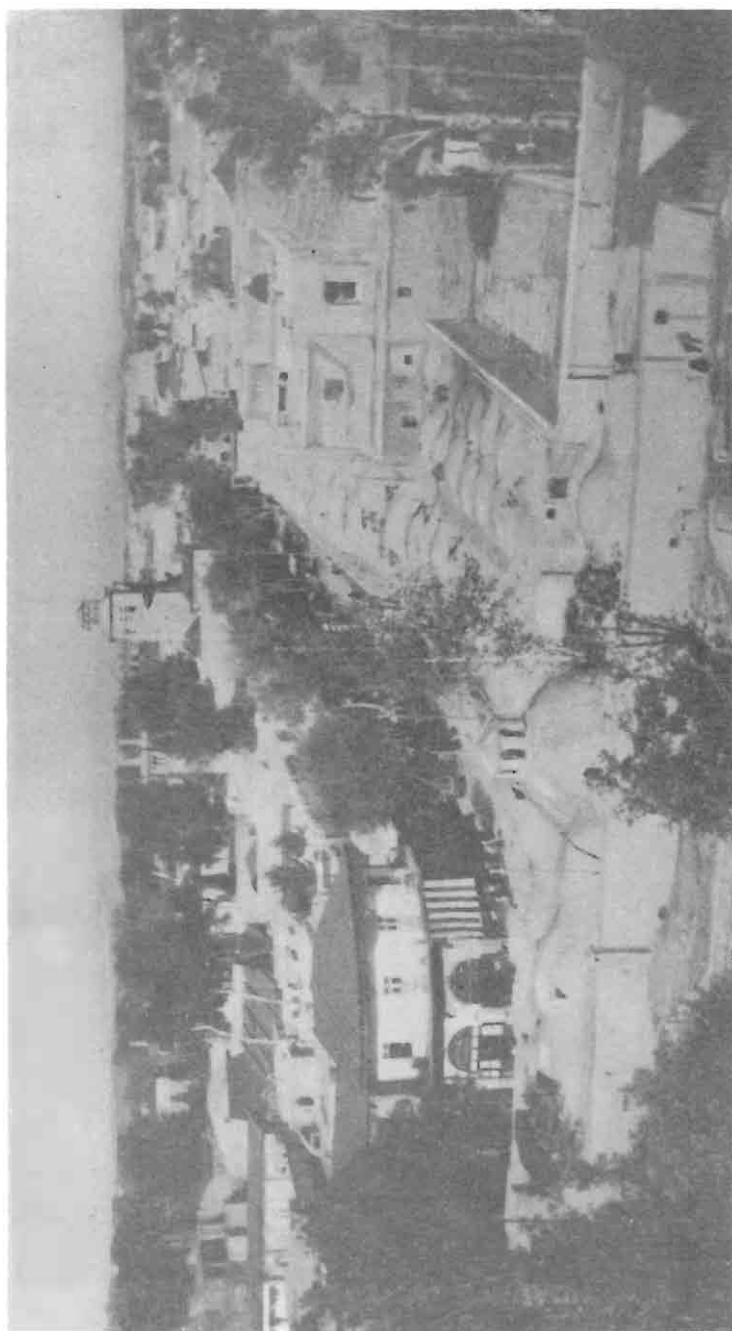
También aquí se produjo la muerte de siete destacados creyentes en el año de 1850, un hecho más conocido como los Siete Mártires de Teherán y que fue el vehículo para el cumplimiento de una antigua profecía en donde se mencionaban "siete cabras" que en el Día del Juicio "caminarían delante del Qá'im Prometido", en clara referencia al martirio del Báb unos meses más tarde.

De una magnitud mayor en horror y crueldad, fue la oleada de represión feroz a los babís que se desató en 1852 y que ahogó la vida de miles de ellos, como consecuencia de un atentado que, contra la vida del soberano persa, cometieron dos jóvenes babís obsecados por la desaparición de su Maestro. Aunque se probó que esos muchachos no estaban en sus cabales y que las armas ridículas que portaban no podían causar mayor daño alguno, la comunidad babí de Teherán cayó presa de una abierta persecución.

Táhirih cayó víctima inocente del mismo odio promovido por el clero musulmán fanático y el cuerpo de esa agraciada poetisa y líder de la emancipación de las mujeres de su nación, fue arrojado a un pozo y cubierto de piedras después que hubo sido ejecutada, sin ninguna defensa, ya que a nadie le era per-



Muhammad Shah



Vista de Teherán

mitido esgrimir sus derechos.

Bahá'u'lláh Mismo fue echado a una prisión conocida como el pozo negro —Síyáh Chál— durante cuatro meses, con cadenas tan pesadas que apenas le permitían moverse, no vaya a ser que cualquier movimiento causase agudo dolor a quienes se hallaban atados con los mismos grillos. A un gran número de creyentes que fueron arrestados junto con los elementos más bajos de la sociedad, se les torturó mientras permanecían en el mismo subterráneo. Al ser conminados a negar su Fe, valientemente ellos escogerían la muerte y así eran diariamente ejecutados en el patio que daba a la única entrada del calabozo ante la indiferente mirada de esa generación.

En las mañanas, antes de salir a recibir la muerte, iban donde la Bendita Belleza, pedían Su bendición y con desprendimiento sumo se enfrentaban a su glorioso final.

“Recuerda oh tierra de Tá (Teherán)”, es el testimonio de la **Manifestación de Dios para Su ciudad nātal**, “los días pasados en que tu Señor te había hecho la sede de Su trono y te había envuelto con la refulgencia de Su gloria. ¡Cuán vasto el número de aquellos seres santificados, aquellos símbolos de certidumbre, quienes en su gran amor por ti han entregado sus vidas y sacrificado todo por ti! La alegría sea contigo y la suprema felicidad sea con aquellos que en ti moran. Testifico que, como lo sabe todo corazón discerniente, de ti procede el hálito viviente, de Aquél Quien es el Deseo del mundo. En ti ha sido revelado el Invisible y de ti ha salido aquello que estaba oculto a los ojos de los hombres. ¿A quién recordaremos de la multitud de tus sinceros amantes cuya sangre ha sido vertida dentro de tus muros y cuyo polvo yace oculto bajo tu suelo? Los dulces aromas de Dios se han esparcido incesantemente y continuarán esparciéndose eternamente sobre ti. Nuestra Pluma se siente impulsada a conmemorarte y ensalzar a las víctimas de la tiranía, aquellos hombres y mujeres que yacen bajo tu polvo”.⁷

Este glorioso eslabón de mártires y hazañas heroicas en la Causa de Dios dentro de Teherán, tienen un punto de inicio en la visita de Mullá Husayn a esta ciudad, en cumplimiento de las instrucciones del Báb.

No es posible determinar con exactitud la fecha cuando Mullá Husayn llegó a la capital. Sabemos por palabras del Guardián de la Fe que se produjo tres meses después de su primera e histórica entrevista con el Báb en el mes de Mayo de 1844. De todas maneras, su permanencia no pudo prolongarse más allá de la primera quincena del mes de Agosto del mismo año.

El Bábu'l-Báb no hizo esta vez proclamaciones públicas ni enseñó abiertamente, hasta lo que sabemos. Se limitó por un lado, a buscar y descubrir aquel “Misterio de tan excelsa santidad” —Bahá'u'lláh— que el Báb le prometió iba a encontrar en Teherán, y de otro lado, entregar un mensaje del Mismo Báb a Muḥammad Sháh, el emperador persa.

En el tiempo que le restó mientras trataba de cumplir fielmente esas delicadas diligencias, pudo visitar a unos cuantos personajes del lugar y mantuvo con ellos entrevistas personales.

Se alojó en un colegio religioso siendo su costumbre invariable salir muy temprano por la mañana. Regresaba pasada una hora después de la puesta del sol y permanecía en su habitación hasta el día siguiente. Sus actividades las cumplía durante el día.

Tenía él, pues, que dirigirse al lugar donde se encontraba el Sháh y entregarle la Tabla del Báb personalmente. Pequeño se debe haber sentido nuestro joven amigo al mirar aquel magnificente edificio del palacio, lleno de tantos oficiales e instancias. Llegar a la presencia del Sháh era una verdadera odisea. Debería uno ser rico, noble o un renombrado teólogo.

Mullá Husayn no era nada de eso y seguramente realizó más de un intento buscando algún canal para acercarse al monarca. Decimos así pues no hay ningún relato de lo que le pasó a nuestro personaje.

Algunas cosas reales sí sabemos. Por ejemplo, la corte estaba inquietada, por no decir alarmada, y a la vez, curiosa de conocer al principal promotor de las enseñanzas que ya empezaban a alborotar importantes provincias por las cuales él había pasado.

También conocemos algo de lo acontecido, cuando el Báb cuatro años más tarde le escribe a Muhammad Sháh desde Su cautiverio:

“Oh Muhammad, el decreto de tu Señor fue cumplido hace cuatro años; y aún desde el inicio de la Causa de tu Señor, te he advertido temer a Dios y no ser de los ignorantes. Te envié un mensajero (Mullá Husayn) con una, en verdad, resplandeciente Tabla, pero los seguidores del demonio se apartaron de él desdeñosamente, y se interpusieron entre él y tú. Ellos los expulsaron de la tierra en donde tú eres el soberano indiscutible (Teherán)”.⁸

En otra Tabla revelada alrededor del mismo período, entre otras cosas el Báb le hace recordar la visita de Mullá Husayn, el mismo año (1844) “cuando Dios benignamente infundió Mi alma con las conclusivas evidencias y el poderoso conocimiento que caracteriza a Aquél quien es el Testimonio de Dios”. A la misma vez, el Báb señala a Muhammad Sháh el resultado de la misión de Mullá Husayn: “El Libro no fue introducido a vuestra presencia debido a la intervención de los que se consideran a sí mismos los bien querientes de vuestro gobierno”. “A la fecha, cuando han pasado cerca de cuatro años, ellos no lo han presentado debidamente a Vuestra Majestad”.⁹

La presentación del Mensaje del Báb mediante Mullá Husayn a Muhammad Sháh, marca el inicio de la Proclamación del Báb a prominentes personajes, tanto gobernantes como del orden eclesiástico de esa época. A ellos se les envió Tablillas o Epístolas en las que el Mensajero de Dios les anunciaba Su misión profética y los emplazaba a rendir lealtad y sumisión a Su Fe.

Junto al deber de aceptar Su Fe, también se les señaló la obligación que tenían de levantarse y ser los primeros en anunciar la Buena Nueva. En el Qayyúmu'l-Asmá están contenidas las siguientes palabras:

“ ¡Oh Concurso de Reyes! Entregad con veracidad y a toda prisa, los versículos que Nosotros hemos enviado a los pueblos de Turquía y de la India, y más allá de ellos... a tierras tanto de Oriente como de Occidente”.¹⁰

En particular, el Mensaje a Muḥammad Sháh contenía un fuerte llamado en el cual se le pedía acatar la Voz de Dios para la humanidad. Los pasajes de esta poderosa invocación, que fueron revelados la noche del 22 de Mayo de 1844, son de tanta majestad y severidad, que en una oportunidad una copia de este documento cayó en manos de un gobernador quien inmediatamente denunció pública e irasciblemente al Autor por tratar en forma tan irreverente a su soberano.

Esta imperativa exhortación a Muḥammad Sháh es precedida por una demanda al “concurso de reyes e hijos de los reyes” para que desechen “todos sin excepción” su “dominio que pertenece a Dios”.¹¹

La Epístola es redactada así:

“ ¡Oh Rey del Islám! Ayuda con la verdad, después que hayas ayudado al Libro, a Aquél Quien es Nuestra Más Grande Mención, pues Dios en verdad ha destinado para ti y para quienes te rodean, en el Día del Juicio, una responsable posición en Su Sendero. ¡Juro por Dios, oh Sháh! Si muestras enemistad a Aquél Quien es Su Mención, en el Día de la Resurrección Dios te condenará, ante los reyes, al fuego infernal, y, en verdad, no encontrarás en ese día ayudador fuera de Dios, el Exaltado. Limpia, oh Sháh, la tierra sagrada (Teherán) de quienes han repudiado el Libro, antes del día en que vendrá la Mención de Dios,^a terrible y repentinamente, con Su poderosa Causa, por consentimiento de Dios, el Altísimo. Dios en verdad, ha ordenado someterte a Aquél Quien es Su Mención y Su Causa, y, con la verdad y Su consentimiento, dominar a los países, pues en este mundo ha sido misericordiosamente investido de soberanía, y en el próximo habitarás junto a la Sede de Santidad con los moradores del Paraíso de Su complacencia. Que tu soberanía no te engañe, oh Sháh, pues ‘toda alma probará la muerte’, y esto, en verdad, ha sido consignado como decreto de Dios”.¹²

* * *

^a. Referencia a Bahá'u'lláh.

8. La Conversión de Bahá'u'lláh

Como se mencionó en la sección anterior, Mullá Husayn tenía una misión gemela. Al mismo tiempo que se afanaba en cumplir una de ellas, al igual trataba de llevar a cabo la otra.

Si bien en su mente, durante ese largo viaje de 920 kms. de Shiráz a Teherán, pensaba en encontrar la manera apropiada para entregar la epístola al monarca, dentro de su corazón se revolvían todo tipo de sentimientos en su deseo de desentrañar aquel "Misterio", ese "Secreto" que el Báb le dijo encontraría en la capital.

A través del trayecto no dejaba de pensar en ello y se sentía obsesionado por descubrir la identidad de aquel Bienamado. Y tenía toda la razón para actuar así pues su Señor le había confiado en Shiráz en un lenguaje maravilloso el privilegio de que iba a ser objeto.

"... encaminaré tus pasos hacia aquella ciudad —Teherán—", se le había dicho, "que encierra un Misterio de tan excelsa santidad que ni Hijáz ni Shiráz pueden rivalizar".

"Implora a la Providencia alcanzar en esa capital la sede de la verdadera soberanía y entrar en la Mansión del Bienamado. En esa ciudad yace oculto un secreto. Cuando se manifieste transformará la tierra en un paraíso. Mi esperanza es que participes de Su gracia y reconozcas Su esplendor".

Aquel Bienamado no era sino Bahá'u'lláh. Como sabemos, el Báb era el Heraldo de Bahá'u'lláh. Su misión era preparar el camino para Su venida. El Báb había escrito en el Bayán:

"Bienaventurado es aquel que fija su mirada sobre el Orden de Bahá'u'lláh, y da gracias a su Señor. Porque con seguridad, Él será manifiestado. Dios lo ha ordenado irrevocablemente en el Bayán".¹³

En ese libro, Él dejó innumerables y claras alusiones sobre la aparición de Bahá'u'lláh.

Pues bien, en el tiempo de la vida del Báb, Bahá'u'lláh aún no había recibido el Llamado de Dios, lo que ocurrió en el año 1852. En ese entonces, era conocido como Mírzá Husayn 'Alí de Núr y era un noble persa, hijo de uno de los principales Visires del reino.

Sin embargo, la nobleza de Su alma superaba extensamente la nobleza de Su abolengo. Era muy querido por todas las personas que lo conocían, quienes distinguían y apreciaban Sus cualidades espirituales y Su gran corazón. Amaba vivir en el campo y poseía varias residencias, entre las cuales estaba una en la capital y otra en Núr, el lugar de donde provenía Su antigua familia.

La conversión de Bahá'u'lláh a la Causa del Bab, durante la visita de Mullá Husayn, fue una noticia que llenó de intensa felicidad al corazón del Báb en cuanto se enteró.

Inmediatamente después de abrazar las nuevas enseñanzas, Bahá'u'lláh se

levantó con denodado vigor a llevar el Mensaje a Núr cosechando abundantes éxitos.

En la Narración de Nabíl encontramos un relato verdaderamente memorable que refiere la actuación de Mullá Husayn entregando unos escritos del Báb a Bahá'u'lláh. La lectura por parte de Bahá'u'lláh de estos escritos como vamos a ver, dio lugar a Su conversión inmediata y espontánea a la Fe del Báb.

Un creyente, Muhammad-i-Mu'allim, fue el medio por el cual esas páginas llegaron a manos de la Bendita Belleza. Posteriormente relató:

"En aquel tiempo se me reconocía como uno de los discípulos predilectos de Hájí Mírzá Muhammad^a y vivía en la misma escuela en que él enseñaba. Mi pieza estaba al lado de la suya y éramos asociados íntimos. Cierta día en que estaba ocupado en una discusión con Mullá Husayn, pude oír su conversación de principio a fin y me sentí profundamente afectado por el ardor, la fluidez y la sabiduría de ese joven extraño. Me causaron sorpresa las respuestas evasivas, la arrogancia y el comportamiento despreciativo de Hájí Mírzá Muhammad. Ese día me sentí atraído con fuerza por el encanto de ese joven, y me invadió profundo resentimiento por la conducta indigna que mi maestro tuvo para con él. Sin embargo, oculté mis sentimientos y pretendí ignorar sus discusiones con Mullá Husayn. Un deseo ferviente de conocer a éste se apoderó de mí y a medianoche, me aventuré a ir a visitarlo. No me esperaba, pero golpeé a su puerta y lo encontré despierto, sentado al lado de su lámpara. Me recibió con afecto y me habló con extraordinaria cortesía y bondad. Descargué mi corazón ante él y, mientras hablaba, lágrimas que no podía reprimir, saltaban de mis ojos.

- 'Ahora sé', me dijo, 'por qué he elegido vivir en este lugar. Vuestro maestro ha rechazado con desprecio este Mensaje y ha menospreciado a su Autor. Mi esperanza es que su alumno, a diferencia de su maestro, pueda reconocer su verdad. ¿Cuál es vuestro nombre y cuál es la ciudad de su origen?'
- 'Mi nombre', respondí, 'es Mullá Muhammad y mi apellido es Mu'allim. Mi hogar es Núr, en la provincia de Mázindarán'.
- 'Dígame', inquirió Mullá Husayn, '¿hay hoy día, entre los miembros de la familia del extinto Mírzá Buzurg-i-Núrí, quien tenía fama por su carácter, su encanto y su habilidad artística y literaria, alguien que se haya mostrado capaz de mantener las altas tradiciones de esa casa ilustre?'

^a. Él fue también un alumno de Siyyid Kázim y era la cabeza de sus antiguos discípulos en la capital. Era a la vez un instructor del colegio religioso en donde se alojó Mullá Husayn. No aceptó la Fe del Báb.

- ‘Sí’, contesté, ‘entre sus hijos que aún viven, se ha distinguido uno por las mismas características de Su padre. Por Su vida llena de virtud, Sus grandes dotes, Su cariñosa bondad y liberalidad, ha probado ser un noble descendiente de un padre noble’.
- ‘¿Cuál es Su ocupación?’, me preguntó.
- ‘Animar a los desconsolados y alimentar a los que tienen hambre’, le contesté.
- ‘¿Qué de Su rango y posición?’
- ‘No tiene ninguno’, le dije, ‘fuera de brindar amistad a los pobres y extraños’.
- ‘¿Cuál es Su nombre?’
- ‘Husayn ‘Alí’
- ‘¿En cuál de las escrituras de Su padre sobresale?’
- ‘Su escritura favorita es shikastih-nasta’liq’
- ‘¿Cómo pasa Su tiempo?’
- ‘Vaga por los bosques y goza con las bellezas del campo’
- ‘¿Qué edad tiene?’
- ‘Veinte y ocho años’^a

La impaciencia con que me interrogó Mullá Husayn y la sensación de gozo con que dio la bienvenida a cada detalle que le daba, me causaron gran sorpresa. Volviéndose hacia mí nuevamente, con el rostro radiante de satisfacción y alegría, me preguntó:

- ‘Me imagino que usted Lo ve con frecuencia’.
- ‘A menudo visito Su casa’, contesté.

^a En realidad, 26 años.

- ‘¿Podría usted entregar en Sus manos un encargo de mi parte?’, me dijo.
- ‘Por cierto’, contesté.

Entonces me dio un rollo de papel envuelto en un pedazo de tela y me pidió que se Lo entregara al día siguiente, al amanecer.

- ‘Si se dignara contestarme’, agregó, ‘¿sería usted tan amable como para darme a conocer Su respuesta?’

Recibí el rollo de sus manos y, al amanecer, me levanté para llevar a cabo su deseo.

Al acercarme a la casa de Bahá’u’lláh, reconocí a Su hermano Mírzá Músá, quien estaba de pie en el portón y a quien comuniqué la razón de mi visita. Entró a la casa y pronto volvió con un mensaje de bienvenida.

Fui conducido a Su presencia y presenté el rollo a Mírzá Músá quien lo puso ante Bahá’u’lláh. Nos pidió a ambos que nos sentáramos. Desdobló el rollo, dio una ojeada a su contenido y comenzó a leer en voz alta para nosotros, algunos de sus pasajes. Sentado, me sentí extasiado al escuchar el sonido de Su voz y la dulzura de Su melodía.

Había leído una página del rollo, cuando, volviéndose a Su hermano, dijo:

- ‘¿Músá, qué tienes que decir a esto? En verdad Yo digo, quienquiera cree en el Corán y reconoce su origen Divino y sin embargo vacila, aunque sea por un instante, en admitir que estas palabras conmovedoras poseen el mismo poder regenerador, sin lugar a dudas se ha equivocado en su juicio y se encuentra perdido, lejos del sendero de la justicia’.

No dijo nada más. Me despidió de Su presencia y me encargó que llevara a Mullá Husayn, como dádiva Suyá, un pan de azúcar ruso y un paquete de té y que le expresara Su afecto y aprecio.

Me levanté y lleno de felicidad, me apresuré en volver donde Mullá Husayn y le entregué el regalo y el mensaje de Bahá’u’lláh. ¡Con qué alegría y excitación los recibí! No tengo palabras con qué descubrir la intensidad de su emoción. Se puso de pie de un brinco, recibió de mis manos la dádiva, con la cabeza inclinada y la besó con fervor. Luego me tomó en sus brazos, besó mis ojos y dijo:

- ‘¡Mi muy querido amigo! Oro que así como has alegrado mi corazón, Dios te conceda eterna felicidad y llene tu alma con gozo imperecedero’.

Me sentí sorprendido ante el comportamiento de Mullá Husayn. ¿Cuál podrá ser, pensé, la naturaleza del lazo que une a estas dos almas? ¿Qué podrá haber encendido una fraternidad tan ferviente en sus corazones? ¿Por qué Mullá Husayn, a cuyos ojos la pompa y circunstancia de la realeza eran una bagatela,

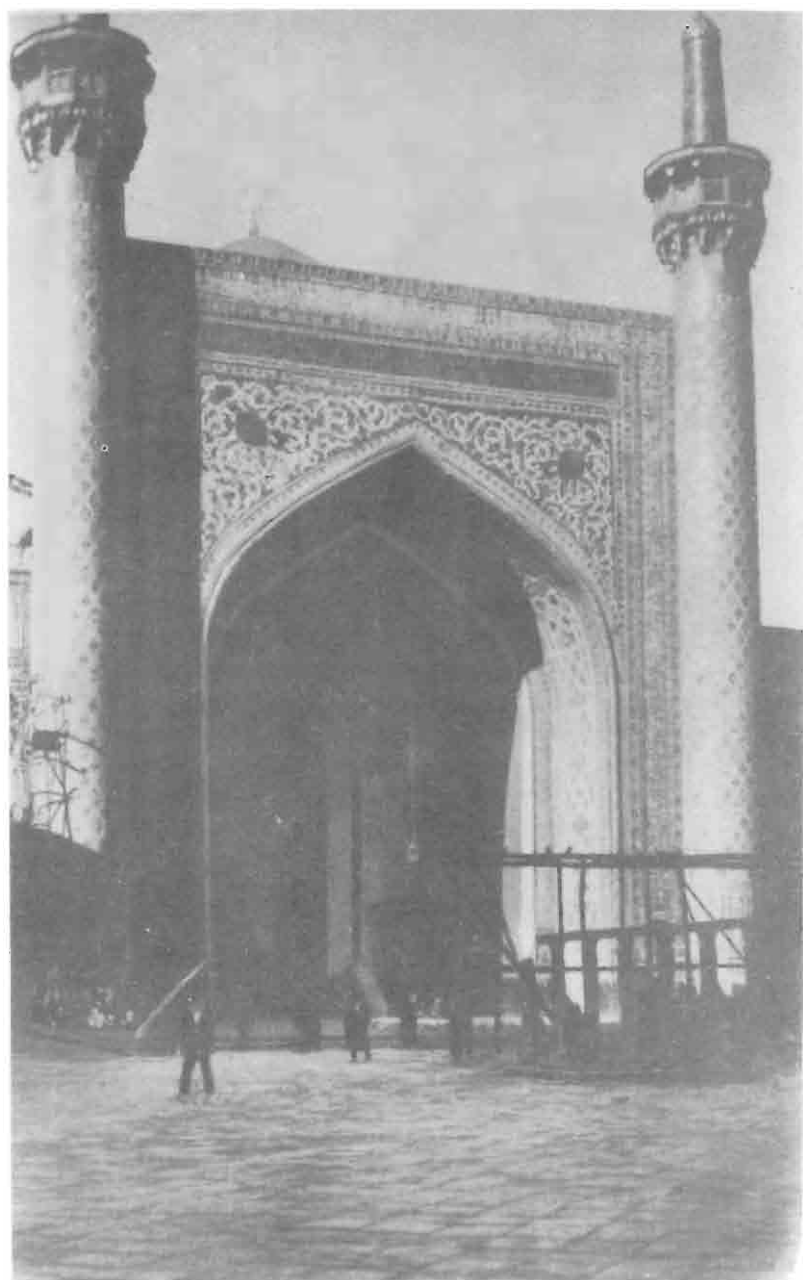
había mostrado alegría tan grande al ver una dádiva tan insignificante de manos de Bahá'u'lláh? Me sentí desconcertado por esta idea y no podía desentrañar su misterio.

Pocos días más tarde Mullá Husayn partió a Khurásán. Al despedirse de mí dijo:

— 'No digas a nadie lo que has visto u oído. Deja que este sea un secreto oculto en tu pecho. No des a conocer Su nombre, porque los que envidian Su posición se levantarán para hacerle daño. En tus momentos de meditación ora porque el Todopoderoso Le proteja; que, mediante Él, pueda exaltar a los oprimidos, enriquecer a los pobres y salvar a los caídos.

El secreto de las cosas se encuentra oculto a nuestros ojos. Nuestro es el deber de levantar la llamada del Nuevo Día y proclamar este Mensaje Divino a todos los pueblos. Muchas almas en este Día, derramarán su sangre en este sendero. Esta sangre regará el Arbol de Dios, hará que florezca y dé sombra a toda la humanidad'."

* * *



La mezquita de Gawwhar-Shad en Mashhad



Interior de la mezquita de Gawwhar-Shad en Mashhad visitada frecuentemente por Mullá Husayn

9. El Bábu'l-Báb en Khurásán

“De Teherán sigue a Khurásán y proclama la Llamada”, era el plan trazado por el Báb a Mullá Husayn. Por tanto, dado este paso, se dirigió a aquella provincia cuya capital es la ciudad de Mashhad.

Con un corazón anhelante de complacer la voluntad de su Señor, se dispuso a conquistar las ciudadelas de los corazones de los principales personajes de la región y alistarlos así para la promoción y la defensa de la Causa.

Tan grande y genuina era la devoción que irradiaba de él y tan vehemente la fuerza de su oratoria, que su dinámica presencia en cualquier lugar donde pasaba, arrastraba el interés y se convertía en el foco de la atracción en el momento. Inclusive el más indiferente de entre la gente se sentía conmovido por lo ferviente de esos sentimientos. El entusiasmo que inspiraba añadido a la fidelidad que reflejaban sus palabras a sus acciones, todo en torno a la Causa del Báb, rápidamente sobrecogía los ánimos de cualquier oyente, espectador o audiencia.

Inclusive el clero mismo, cedía inevitable y ligeramente la resistencia y oposición ante las prédicas y maduros conocimientos que detentaba, a pesar que el Bábu'l-Báb denunciaba públicamente sus vicios y prácticas inmorales.

Esa arrollante oratoria, llena de pruebas y argumentos irrefutables, venía con facilidad a los pocos y osados oponentes que quedaban, y tenían todavía el coraje de enfrentársele. Una sorprendente corriente de buscadores venía entonces a buscarlo jurándole fe a la Causa que profesaba. De cualquier condición de donde salían, las actividades de Mullá Husayn los había impulsado a proseguir con igual celo y tenacidad la diseminación de las semillas de la Verdad.

Para Mullá Husayn toda persona, sin que importara su rango o extracción, tenía el deber de escuchar acerca de la Fuerza que a él le daba vida. Portaba en sus viajes manuscritos y copias de la revelación de Su Santidad El Exaltado, y con ellos se dirigía a prominentes autoridades eclesiásticas y del gobierno mismo teniendo cuidado de no revelar el nombre de su Bienamado, sino más bien, de acuerdo a Sus explícitas instrucciones, se refería a Él por Sus títulos. Esto fue hasta cierto tiempo después del cual la proclamación fue irrestringida.

Cuando entraba a una mezquita, desatendiendo la presencia de quienes estuviesen, subía al púlpito y comenzaba desde allí a anunciar la Buena Nueva proclamada desde Shíráz. Sin ni siquiera meditar el peligro con que un clero extremadamente cruel, fanático y a la vez degradado lo hostilizaba, continuaba emplazando a la población a acercarse y beber de la Misma Fuente de Vida. Aprovechaba la menor de las ocasiones para hablar de la Manifestación de Dios. Era como un fuego que inesperadamente se prende en la noche durante el sueño de la ciudad y termina devorándola en llamas.

El Guardián de la Fe lo llamó el “leonino Mullá Husayn”, pues en verdad, era osado y audaz en sus intervenciones, impetuoso y fiero para promover el mensaje que portaba e incontenible cuando con habilidad, arrojo y destreza

se proponía ganar victorias para la Causa de Dios. Como un felino, la presencia del Babú'l-Báb causaba confusión especialmente entre los débiles de corazón que le deseaban mal, al parecer convencidos de los méritos superiores de Mullá Husayn. Parecía estar al frente de huestes de ángeles y se tornaba valiente e inflexible cuando arremetía mordazmente y declaraba como falsos aquellos dogmas considerados por tanto tiempo como verdades fundamentales de la religión.

Sus principios de vida eran elevados y nobles. Consideraba que la enseñanza de su religión era en sí un servicio a su nación y a sus compatriotas. Su carácter decidido en el campo de las realizaciones, no quitaba lugar a su naturaleza suave y delicada, de manera que estas dos facetas de su personalidad, le agregaban un brillo especial. Sentía marcada afinidad especialmente por la poesía y había desarrollado un penetrante juicio y gusto literario.

Un creyente persa, escribió las siguientes líneas; "Una Mano de la Causa una vez me enseñó como Mullá Husayn, ese héroe inmortal de nuestra Fe, tenía escrito sobre una pared de su casa algunas estrofas de una poesía. El poeta comienza diciendo: 'Los hombres verdaderos han obtenido sus logros sólo por grandes esfuerzos y luego dirigiéndose a sí mismo pregunta: ¿Y qué piensas tú, oh débil criatura que gastas tu tiempo enteramente en cuidarte a tí mismo? Los verdaderos caminantes ya andan por sus senderos; hacia dónde vas tú por ese otro camino?' "14

La visita del Babú'l-Báb era esperada, vivamente por el lado de sus admiradores, y con mucho recelo de parte de sus antagonistas que habían ya escuchado hablar de él. Como el historiador Conde de Gobineau se ha referido en uno de sus libros: "Cuando Mullá Husayn-i-Bushrú'í llegó a Mashhad encontró, por una parte a la población conmocionada y dividida por su causa; de otra parte el clero, sobre aviso, muy inquieto, llevado a extremo y decidido a oponer una vigorosa resistencia a los ataques de que había sido objeto" 15

En esas circunstancias, el Babú'l-Báb se dispuso a enviar al Báb una carta, donde pasaba a explicarle los logros obtenidos y todos los éxitos que coronaron cada una de las misiones encomendadas. Incluyó además una relación de los nuevos creyentes así como de aquellos que fracasaron en responder a la llamada y rechazaron las enseñanzas.

Este deseo del Báb fue también expresado a las restantes Letras del Viviente cuando se les dijo que remitieran la nómina de quienes se enrolaban en la nueva Fe. En dicha oportunidad les señaló: "Clasificaré estas líneas en 18 grupos con 19 nombres cada una. Cada grupo constituirá un Váhid (Unidad). Todos estos nombres en estos 18 grupos junto con el primer Váhid; que consiste en Mi propio Nombre y el de las 18 Letras del Viviente, constituirán el número Kull-i-Shay (361)".

Esta epístola era ansiosamente esperada por el Báb, al punto que antes de despedirse en Shíráz, expresó a Mullá Husayn Su intención de condicionar la

partida del peregrinaje que se aprestaba a emprender, a la llegada del informe. Se cuenta que el Báb estaba muy feliz de la carta del Bábu'l-Báb y que exclamó: "Cuán maravilloso, cuán extremadamente maravilloso es aquello que ha acontecido entre los meses de Jamádí y Rajab". En ese período Mullá Husayn llevó a cabo los deseos de su Señor, un viaje que había constado de 1,830 kilómetros en la totalidad.

Entre los principales nuevos creyentes se encontraban Shaykh 'Abdu'l-Khaliq y su hijo Mullá Shaykh 'Alí llamado el Joven. Ellos recibieron el Mensaje mientras Mullá Husayn pasaba en ruta por el pueblo de Níshápúr.

'Abdu'l-Khaliq era un sacerdote judío converso al Islam. Se dice que tenía costumbres muy severas y era conocido como uno que profesaba las enseñanzas de Shaykh Ahmad, por lo que se le decía Shaykh. Un historiador lo describe como un "doctor (en religión) y una personalidad célebre por su elocuencia y sabiduría y por su prestigio entre el pueblo". Su nombre ha quedado inmortalizado por la Pluma de la Bendita Belleza en el Kitáb-i-Iqán, como un distinguido sacerdote que creyó en la Manifestación del Báb.

Su hijo Shaykh 'Alí el Joven, había recibido el rango de mujtahid principal de la ciudad. Un mujtahid es considerado un exponente autorizado de la teología islámica y obtiene ese grado de ciertas instituciones religiosas situadas en Irak. Por esta razón, era ampliamente respetado por la población de Níshápúr.

Cuando expresó su voluntad de ser un babí, los sacerdotes del lugar cayeron presas de una gran confusión por la deserción de sus filas de este renombrado teólogo.

Tanto él como su padre empezaron de inmediato a difundir las enseñanzas de la Revelación del Báb desde los púlpitos de las mezquitas, condenando severamente los excesos de la ortodoxia musulmana. Tenía: Shaykh 'Alí un gran entusiasmo, rasgo que fue varias veces comentado por Mullá Husayn y Quddús, cuando estuvieron sitiados todos en el Fuerte de Tabarsí varios años después, y en donde ganaron finalmente la preciada corona de los mártires.

Es en Níshápúr donde se encuentra localizada una de las minas de turquesas más ricas de Persia, la misma que era de propiedad de 'Abdu'l-Majid, otro nuevo babí enrolado por Mullá Husayn. Este creyente fue el padre del inmortal Badí.

De entre todo Khurásán, el primero en convertirse fue Mírzá Ahmad Azghandí, "el más erudito, sabio y eminente de los 'ulemá de la provincia". Era altamente apreciado en la región como un sacerdote de profunda devoción y conocimiento. Este Mírzá Ahmad, anticipándose a la venida del Báb, había recopilado alrededor de 12,000 tradiciones o dichos atribuidos al Profeta Mahoma, todas ellas autorizadas. Mediante esta compilación se proponía instruir a la gente de su país sobre los signos que iban a preceder la venida del Mensajero Prometido.

Ordenó a sus alumnos para que los citaran públicamente en cualquier reu-

nión donde se encontrarán. Desafortunadamente, un no simpatizante suyo destruyó el valioso trabajo, perdiéndose para futuras generaciones.

Pronto él se convirtió y se destacó como un celoso trabajador de la Causa de Dios en Khurásán. Cierta vez, cuando fue la Bendita Belleza desterrada a la ciudad prisión de 'Akká y los creyentes persas, al no recibir ninguna noticia del destino del exilio, llegaron a suponer que la Familia Sagrada había sido echada al mar, Mírzá Ahmad permaneció convencido que Bahá'u'lláh seguía con vida y este incidente fue posteriormente celebrado por Él.

La segunda persona en abrazar la Fe en Khurásán mediante los esfuerzos consagrados de Mullá Husayn fue un distinguido shaykh de la provincia llamado Mullá Ahmad Mu'allim. Este apellido Mu'allim quiere decir maestro, y él fue el profesor de los niños de Siyyid Kázim en Karbilá.

Otro destacado nuevo babí fue Mullá Shaykh 'Alí quien estuvo íntimamente asociado con el Báb en la ciudad de Shíráz, y a quien se le encargó ciertas misiones. El Báb en uno de Sus últimos libros, el "Kitáb-i-Panj-Sha'n" (Los Cinco Rangos), le aseguró que llegaría a conocer a Aquél a quien Dios hará manifiesto —Bahá'u'lláh— y le afirmó que eventualmente mostraría firmeza en Su sendero.

En efecto, como consecuencia de estar implicado en el atentado contra la vida del Sháh en 1852, fue acusado y arrestado en el Pozo Negro donde conoció a Bahá'u'lláh, siendo el último de los babís arrestados en ser muerto por esta acusación. El Báb le dio el título de 'Azím (el Grande).

Mullá Mírzá Muhammad Furíghí, fue otro ilustre personaje de la época que entró a la Fe. Se dice que solamente Mírzá Ahmad lo sobrepasaba en conocimientos. Su amor al Báb lo movieron a unirse a la gloriosa compañía de los babís en el Fuerte de Tabarsí. Cuando después el enemigo —el ejército real— logró capturarlos en forma traicionera e iban a ser ejecutados, este ilustre clérigo fue liberado de ese fin debido a su fama y posición. Fue conducido a la capital y allí fue liberado por un rescate que se ofreció. Un sobrino suyo, joven y piadoso, adornó en aquella oportunidad su vida con las palmas del martirio. Cuando se introdujo dentro de los Bahá'ís el saludo Alláh-u-Abhá (Dios es el Más Glorioso), estando Bahá'u'lláh exiliado en Adrianópolis, Muhammad Furíghí lo llevó a Persia para el uso de los creyentes.

De entre todos los nuevos babís, el primero en enrolarse en la misma ciudad fue Mírzá Muhammad Báqir llamado Hárátí. Nacido en Qáyín, dentro de esta misma provincia, llegó a ser un activo defensor y valiente babí. Con la hospitalidad que le caracterizaba, hospedó en su hogar a Mullá Husayn e hizo lo mismo y siempre con los creyentes de paso por Mashhad.

Aunque las actividades del Bábu'l-Báb en aquella capital levantaron mucho polvo, sin embargo Muhammad Báqir programó y arregló para él un número de entrevistas y encuentros con personalidades de la ciudad.

Muy entendido sobre construcciones, levantó posteriormente junto con



El púlpito de la mezquita de Gawwhar-Shad en Mashhad. Allí Mullá Husayn predicaba la nueva Fe



Hájí Mirzá Aqásí
"El Anticristo de la Revelación Bábí"

Mullá Husayn el Bábíyyih, un centro de reunión de los babís y de posada a los viajeros y adonde acudieron los creyentes de todos los rincones de Persia para encontrarse con el Bábu'l-Báb y Quddús.

Por esta misma habilidad suya, diseñó las estructuras del Fuerte de Tabarsí, cuando junto con su menor Muḥammad Kázim se unió a los defensores de aquel fortín.

Después de los luctuosos acontecimientos que acaecieron en ese lugar el año de 1849, él fue capturado y hecho prisionero y así sucumbió muriendo como un héroe. Su hijo se salvó de la masacre y con el correr del tiempo, logró ser un firme y entusiasta maestro de la Fe.

En los siguientes años, Khurásán se convirtió en un poderoso baluarte de la Fe del Báb en suelo persa.

¡Viva Khurásán!

* * *

10. Hacia Karbilá y en Shíráz

Cuando Mullá Husayn decidió abandonar Mashhad y partir a Karbilá, tenía en mente alcanzar al Báb y darle la bienvenida luego del peregrinaje que había realizado junto con Quddús a las ciudades santas de La Meca y Medina.^a

Sin embargo, la llegada repentina de una epístola del Báb dirigida a los creyentes reunidos en Karbilá, informaba que Él estaba regresando por otra ruta. De acuerdo a los deseos expresados en la misma carta, este pequeño grupo debería dirigirse a Isfáhán y esperar nuevas instrucciones. Aquella comitiva esperaba igualmente saludar a su Señor y acompañarle durante el trayecto que restaba.

Mientras tanto, Mullá Husayn no había llegado a completar la jornada y estaba todavía en camino. Se hallaba en el pueblo de Kangávar y a su sorpresa, cierto día, la mencionada comitiva arribó y de esta manera pudo enterarse de las últimas novedades. Con el mismo espíritu, se unió al resto de los babís camino a Isfáhán.

La permanencia de Mullá Husayn en Kangávar tomó pocos días. Era una breve parada, pero muy necesaria por cierto, porque lo que en realidad estaba haciendo era nada menos que cruzar el territorio de su patria de extremo a extremo. En su corta estancia se dedicó a dirigir entre los babís las oraciones colectivas y a la vez les profundizó en su fe.

Es interesante notar la actitud con la que aquellos creyentes recibieron el cambio de los planes señalados. Los más de ellos vieron en este episodio la conclusiva Voluntad de Dios y acataron obedientes el decreto. Se levantaron resueltos a cumplir al pie de la letra los deseos de Su Santidad. Pero unos pocos, fueron probados y eso fue necesario para dejar percibir la debilidad de su fe y la insinceridad de sus corazones.

Un tiempo después, en Shíráz, sus propósitos encubiertos los llevarían a protagonizar un comportamiento que por poco dañó el prestigio creciente de la Causa y por los que el Báb manifestó Su abierta condena. No solamente decidieron calumniar a Mullá Husayn, celosos de la simpatía y admiración que recibía, sino que empezaron a sembrar las semillas de disensión entre los amigos de Dios.

La jornada de viaje fue larga y cuentan que el Bábu'l-Báb se adelantaba en el camino dejando atrás a los demás, con el propósito de ofrecer la oración temprana de la mañana, y luego, cuando lo alcanzaban, terminaba sus observancias en compañía de los otros viajeros.

“Era el primero en reiniciar el viaje”, narró Nabíl, “y era alcanzado otra vez por ese grupo devoto a la hora del amanecer, cuando interrumpía una vez la marcha para ofrecer su oración. Sólo cuando lo presionaban sus amigos observaba la forma congregacional de adoración. En tales casos, a veces, seguía a

^a. El Báb había dicho que se reúnan en Karbilá a fin de ayudar al “Qá’ím” cuando éste aparezca (Ver págs. 74 y 174).

uno de sus acompañantes que los dirigía. Tal fue la devoción que encendió en sus corazones que algunos de sus compañeros de viaje llegaban a desmontar de sus cabalgaduras para ofrecérselas a aquéllos que iban a pie y ellos mismos los seguían, completamente indiferentes a las dificultades y fatigas de la marcha”.

Cuando llegaron a Isfáhán, Mullá Husayn consideró conveniente que los miembros del grupo deberían entrar separadamente por las puertas que daban ingreso a la ciudad, a fin de no despertar la alarma de las autoridades locales. Permanecieron en este lugar por escasos días hasta cuando la estadía fue interrumpida por la noticia que el Báb estaba de regreso en Shíráz y se había levantado una ola de violencia en contra de Él.

El Báb, en efecto, había sido insolentemente tratado por el Gobernador de la localidad. En medio de una asamblea pública durante la cual estaba siendo interrogado el Báb, fue violentamente golpeado por orden de ese tirano, después que Él había respondido una respuesta citando como argumento un pasaje del Corán.

Sólo después que el principal clérigo de la ciudad se pronunció estimando en nada perjudiciales las aseveraciones formuladas por el Báb, y tras haber Su querido tío depositado una fianza, fue puesto en libertad y fuera del alcance de las garras del opresor.

El incidente produjo una tensa atmósfera en la ciudad; una sola chispa podría haber hecho estallar una conflagración peor.

Mullá Husayn llegó a enterarse de la situación y partió para Shíráz. Para no ser descubierta, se disfrazó a la usanza de los jinetes de Hizárah y Qúchán, ambos pueblos de su provincia natal, colocándose un jubbih (sobretudo) y un kuláh (sombrero). Al arribar, dio instrucciones a su hermano para que vaya a la presencia del Báb en la medianoche y le anuncie su llegada.

Muhammad Hasan entregó el recado y para el día siguiente recibió un mensaje: sería recibido una hora después de la puesta del sol por el distinguido tío del Báb.

Por intermedio suyo, Mullá Husayn consiguió el permiso para ingresar a la presencia del Báb. Poco después se darían recomendaciones para la venida del resto de creyentes congregados a la espera en Isfáhán; se les aconsejaba ingresar silenciosamente por las murallas, tomando cualquier empleo que se les presentase, así como de hospedarse en las posadas especialmente designadas para los viajeros.

Para el Bábu'l-Báb habría terminado un largo período de trabajo, de arduos viajes, de múltiples experiencias, de satisfactorios triunfos y también de incontables obstáculos. Su encuentro otra vez con su Señor lo encontraba en la condición de aquel sediento que encuentra por fin un vaso con agua.

Apenas sus ojos se posaron sobre su querido Maestro, una sensación de gozo irreprimible se apoderó de su ser. Mediante las sucesivas entrevistas que sostuvo en aquella misma Casa donde encontrara una experiencia imborrable, dio

rienda suelta a sus ansiedades y puso ante sí el corazón para que sea el depósito de Sus recompensas, Su amor y Sus bendiciones.

Verdaderamente, merecedor de ser llamado por el Báb como el "bien amado de Mi corazón", se nutrió de Sus consejos y obtuvo una vislumbre de los años tumultuosos y heroicos que se avecinaban.

Esta fue la penúltima vez en que estuvieron juntos. La próxima y última oportunidad se presentaría tres años después cuando el Báb se encontraría en Su cautiverio en la fortaleza de Máh-Kú. De todas maneras, la integridad de su espíritu ya estaba sublimizado para actuar con mayor brío en el sendero de la Causa por todos esos años, aunque fuera en la mayor y más grave dificultad.

Aquel período de paz y sosiego fue repentinamente interrumpido al descubrir los antagonistas de la Fe la presencia del Bábu'l-Báb en la ciudad. Ellos lo veían como un formidable adherente de la Fe, pues si recordamos, el año anterior en que se produjo la primera declaración del Báb a Mullá Husayn, habían ellos acudido donde él con el fin de escuchar sus disertaciones y solicitar sus consejos.

Ahora la situación era diferente. Cayeron sobre su persona una lluvia de insultos y acusaciones, no ahorrando ninguna oportunidad para denunciarlo y conseguir se le expulse de la ciudad.

La amenazante circunstancia hizo que el Báb resolviera que Mullá Husayn deje la ciudad y se dirija nuevamente a Khurásán, por la vía de Yazd, y en donde una mayor libertad de acción le permitiría sacar mejor provecho a cualquier tarea que deseara emprender. Los otros compañeros, a su vez, deberían permanecer en Ishfáhán.

Antes de cerrar esta sección leamos lo que un antiguo creyente llamado Hájí 'Alí-Askar relató con ocasión de haber sido el acompañante de Mullá Husayn en su viaje a Mashhad.

Antes recordemos, por un instante, la elevada posición que el protagonista de nuestro relato detenta entre los seguidores del Báb. Fue designado por su Señor como el "Espejo Primordial". Un espejo es un objeto que refleja fielmente la imagen del sol y por medio del cual podemos apreciar su luz y calor.

El Báb usó el término de "Espejo" para referirse a determinados discípulos Suyos merecedores de alguna distinción. A otros los denominó como "Guías" y "Testigos". Testigos, o más propiamente, "Testigos del Bayán" fueron aquellas personas que cuidarían de testificar la validez y autenticidad de la Palabra del bendito Báb hasta la aparición de Bahá'u'lláh.

Todos ellos juntos: espejos, guías y testigos, constituyen lo que vino a ser la jerarquía de la Revelación Babí.

Hé aquí algo de esa misteriosa relación mística entre el Sol Divino —El Bab— y aquél quien fue llamado a servirle como el primero y fundamental de los espejos, el Espejo Primordial, el Bábu'l-Báb.

"Recuerdo cómo", fue la experiencia de Hájí 'Alí-Askar, "durante mi aso-

ciación con Mullá Husayn me sentí impresionado por las múltiples muestras de su perspicacia y extraordinario poder. Tuve el privilegio de acompañarle en su viaje desde Shíráz a Mashhad, y visité con él las ciudades de Yazd, Tabas, Bushrúyih y Turbat.

“En aquellos días deploré mi triste fracaso en encontrarme con el Báb en Shíráz. ‘No sientas pesadumbre’, me aseguró confiadamente Mullá Husayn, ‘el Todopoderoso sin lugar a dudas será capaz de recompensarte en Tabríz por la pérdida que has sufrido en Shíráz. No una sino siete veces puede Él hacer posible que compartas la felicidad de Su presencia, en compensación por una visita que has faltado’.

“Me sentí sorprendido ante la confianza con que pronunció estas palabras. Hasta el momento de mi visita al Báb en Tabríz cuando, a pesar de circunstancias adversas, fui admitido en varias ocasiones a Su presencia, no recordó aquellas palabras de Mullá Husayn y me maravillé de su extraordinaria previsión.

“Cuán grande fue mi sorpresa cuando durante mi séptima visita al Báb, le oí decir estas palabras: ‘Alabado sea Dios, quien te ha hecho posible completar el número de tus visitas y quien te ha dado Su amorosa protección’ “.

* * *

11. La Familia de Mullá Husayn

Bushrúyih es el nombre del pueblo donde nació Mullá Husayn y de donde procedía también su familia. Se halla situado en la provincia de Khurásán, cerca de la capital.

Los servicios rendidos por los miembros de esta familia, actuando juntos o separadamente, así como sus sufrimientos en el sendero de la Fe, sintetizan una lección de devoción y desprendimiento.

Aunque desafortunadamente los relatos sobre sus vidas, constituyen narraciones fragmentarias y dispersas, no por ello dejan de ofrecernos una visión general que representa una valiosa fuente de inspiración para cualquier trabajador de la Causa.

Pues bien, durante los días que siguieron al fallecimiento de Siyyid Kázim en la ciudad de Karbilá, el 31 de Diciembre de 1843, un número de sus discípulos estuvieron confundidos sobre su suerte al haber sido privados de la guía de aquel distinguido maestro. Parte de ello era debido que estaban desatendiendo las instrucciones que les había dado antes de morir.

Este ilustre personaje de la época les había dejado explícitas instrucciones, entre las cuales les señaló que no tendría sucesor alguno. Todo el deber de ellos consistía en diseminarse sobre la faz de la tierra para encontrar al Mensajero Prometido, de Quien él aseguró, se encontraba viviendo en esos momentos.

La historia recuerda a Hájí Mírzá Karím Khán al tratar de asumir una ilusa sucesión y a quien se le unieron algunos de sus compañeros. Esta persona llena de egoísmo negó la Revelación del Báb aun cuando Él envióle una Tabla recordándole la obligación espiritual que tenía de reconocer la Fe de Dios. No solamente se caracterizó como un enemigo de las enseñanzas y de los creyentes, sino que se empeñó en la oposición mediante diatribas y publicaciones.

Otro grupo de los alumnos se quedó en Karbilá hasta cuando llegó Mullá Husayn y entonces los emplazó a cumplir con su deber. El Bábu'l-Báb fue el primero en dar el ejemplo, dejando tras de sí todo cuanto le retenía de hacerlo.

Por cierto, él era el campeón de todos sus compañeros. En una oportunidad, refiriéndose a su deseo de culminar con éxito aquel llamado, manifestó que "desde el principio de esta sagrada empresa que he emprendido, he jurado sellar con mi sangre mi propio destino. Por Su causa he dado la bienvenida a un océano de tribulaciones. No deseo las cosas de este mundo. Sólo ansío cumplir los deseos de mi Bien Amado. Hasta que derrame mi sangre por Su Nombre, no se apagará el fuego que brilla dentro de mí".

Su solemne juramento y el atesorado deseo de su corazón se cumplió años más tarde cuando murió heroicamente en el Fuerte de Tabarsí.

Como el ojo del huracán, arrastró en la vorágine a los otros miembros de su familia. La profundidad de los sentimientos de sus parientes difícilmente podríamos sondear y describir apropiadamente.

Bien sabido es que la historia gloriosa de nuestra Causa, desde sus tempranos días hasta el tiempo presente, ha sido construída en una gran proporción por hechos valerosos de mujeres. Entre ellas se encuentra Táhírih (La Pura), la mujer más sobresaliente en la Fe del Báb y además poetisa y heroína.

A finales de 1843, esta dama se ingenió del pretexto de ir a Karbilá y visitar sus lugares sagrados, cuando en realidad se proponía conocer a Siyyid Kázim. Su padre y su esposo, ambos conocidos sacerdotes de su ciudad natal —Qazvín—, accedieron muy gustosos a su pedido y así ella pudo partir a Karbilá.

Grande fue su tristeza y desilusión cuando al arribar se enteró de la muerte del sabio. En la pena se recuperó, y con determinación se abocó a dirigir las clases de Siyyid Kázim. Es en este punto de la vida de Táhírih en que se asoman las figuras de la madre y de la hermana de Mullá Husayn. A esta última, Bahá'u'lláh le confirió el título de *Varaqtu'l-Firdaw* —el Ruiseñor del Paraíso— y con este nombre fue más conocida en la comunidad de los babís.

A través de *Varaqtu'l-Firdaw*, Táhírih vino a asociarse en Karbilá con otra piadosa mujer llamada *Shams-i-Duhá* por Bahá'u'lláh. Ella también se destacó como una distinguida personalidad femenina en la Causa del Báb. Su título significa el Sol de la Mañana e hizo en verdad justicia a su designación pues la calidad de su carácter era reconocida por todos. Incluso los musulmanes le llamaban la Dama Bahá'í de la Luz. Ella fue esposa de un creyente admirado y nominado como el Rey de los Mártires.

La Causa de Dios presenció en los primeros años una formidable asociación y empuje con estas cuatro relevantes damas: *Varaqtu'l-Firdaw*, su madre y también de Mullá Husayn, Táhírih y *Shams-i-Duhá*. Desprendimiento, sacrificio, valentía, pureza y consagración, son todos atributos de ellas.

Debemos recordar por un instante que en el oriente y particularmente en esa época, la mujer era relegada a una posición inferior al hombre y eran tratadas con mucho prejuicio negándoseles el acceso a derechos sociales tal como ahora los entendemos. Ver pues a estas cuatro mujeres andando solas y enseñando una Causa que por lo demás era razón de serio conflicto religioso, no deja de admirarnos sobremanera.

Entonces, no es de extrañar, que cuando Táhírih aceptó y proclamó abierta y resueltamente la nueva Revelación, se produjo un gran tumulto entre diversos sectores de la ciudad, cuanto más entre aquellos contados como que no pudieron vencer la habilidad y sabiduría de ella.

El populacho, enardecido y azuzado, se movió en la forma de un tropel a su casa, llegó, rompió la puerta y por error tomaron a *Shams-i-Duhá* quien en esos momentos se encontraba allí. Ciegamente la sacaron de inmediato de la casa, la arrastraron por las calles y le hicieron el objeto de burlas e insultos por parte de la población fanática.

Entre todo este laberinto y bullicio pudo escucharse la voz de un oficial del gobierno informando que Táhírih había sido arrestada y que equivocada-

mente habían agarrado a otra mujer. En ese momento, el gentío dejó de maltratar a Shams-i-Duhá.

Pero el arresto de Táhirih se prolongó demasiado debido a que las autoridades de Karbilá decidieron esperar instrucciones de Baghdád y Constantinopla para proceder. En dichas ciudades se hallaban ubicadas las sedes del gobierno del Sultán de Turquía.

Táhirih al ver la demora con que tardaban en pronunciarse las autoridades, ofrecióse valientemente en dirigirse por su cuenta a Baghdád y recibir allí las órdenes. Sin mayor problema le fue dado el permiso respectivo para abandonar Karbilá junto con Varaqatu'l-Firdaw, su madre y Shams-i-Duhá. Su partida fue acompañada por los ataques con piedras que le hicieron los fanáticos junto con sus insultos.

Cuando ellas arribaron a Baghdád se alojaron donde un tal Shaykh Muhammad-i-Shibl, lugar desde donde se empeñaron otra vez y con todas sus energías y celo a propagar las enseñanzas de la Fe del Báb. Sin embargo, no tardó mucho en sentirse la actividad y la presencia de estas almas y, al igual que en Karbilá, los sectores conservadores levantaron su voz de protesta despertándose un clamor general en toda la población.

La conmoción que se produjo y la aprehensión de estas damas por cualquier eventual agresión del populacho, hizo que trasladasen su morada a una residencia de propiedad de la familia de Táhirih. No obstante, las cosas tomaron mayor fuerza y la protesta pública animada por los sacerdotes creció mucho, de manera que el Muftí (Juez) tomó acción y ordenó las traslades a su propia casa. Allí permanecieron tres meses, aprovechando siempre los días para diseminar las semillas de la Fe.

Estas condiciones se mantuvieron hasta cuando llegó la orden del gobierno obligándolas a salir del territorio del Sultán, pues Karbilá, Baghdád y Constantinopla se hallaban situados en el dominio de este monarca. De esta manera tuvieron que emprender la larga jornada de regreso hasta Persia. A su satisfacción, ya habían hecho mucha labor.

Varaqatu'l-Firdaw, la hermana de Mullá Husayn, fue la esposa de Shaykh Abú-Turáb-i-Qazviní. Antes de ser un babí, él había sido un discípulo destacado de Siyyid Kázim y con el tiempo, un distinguido servidor del Báb y de Bahá'u'lláh.

Al inicio de la Fe del Báb, este cuñado de Mullá Husayn pensó ocultar sus creencias no obstante su gran amor al Báb. Pero luego, las actividades emprendidas por él bastaron para que fuese reconocido, siendo denunciado por esta razón. Años después, fue arrestado en el Síyáh Chál, la misma prisión donde estuvo encarcelado Bahá'u'lláh, y ahí el murió.

"... Era un erudito y filósofo", es el testimonio de alguien que le conoció, "como rara vez se encuentran y creía con la mayor sinceridad y pureza de intención, mientras que su amor y devoción hacia el Báb eran tales que si alguien

no hacía sino mencionar el nombre de Su Santidad Suprema (que las almas de todos junto a la suya sean Su sacrificio) no podía refrenar sus lágrimas. A menudo lo he visto, cuando estaba leyendo los libros de Su Santidad Suprema, poco menos que transtornarse de éxtasis y casi desmayarse de alegría. De su esposa (Varaqtu'l-Firdaw) —la hermana de Mullá Husayn— solía decir: 'Me casé con ella hace tres años en Karbilá. Era entonces sólo una estudiante mediocre incluso en Persa, pero ahora ella puede exponer textos del Corán y puede explicar las preguntas más difíciles y los aspectos más sutiles de la doctrina de la Unidad Divina en tal forma que jamás he visto a un hombre que la iguale en esto o en rapidez de comprensión. Estas dádivas las ha obtenido por las bendiciones de Su Santidad el Altísimo y mediante conversación con Su Santidad, la Pura (Qurratu'l-Ayn). He visto en ella una paciencia y resignación raras, incluso entre los más resignados de los hombres, porque durante estos tres años, aun cuando no le he enviado un solo dinár para sus gastos y se ha podido mantener a sí misma sólo con gran dificultad, nunca ha dicho una sola palabra y aun cuando, de acuerdo con los deseos de Jináb-i-Bábu'l-Báb,^a desea ir a K_hurásán, y literalmente no tiene nada que ponerse excepto el vestido muy gastado que usa, nunca pide ropa o dinero para viaje e incluso busca excusas razonables con las cuales hacerme sentir tranquilo y evitar que yo sienta vergüenza. Su pureza, castidad y virtud no tienen límites y durante todo este tiempo ninguna persona indigna del privilegio ha oído siquiera su voz'".

La madre de Mullá Husayn llegó también a ser una firme sierva de la Causa. Basta saber que sus hijos Mullá Husayn y Mírzá Muhammad Hasan Khán, su nieto Muhammad Báqir y dos yernos suyos ganaron para sí las gloriosas palmas del martirio, para entender lo que esa mujer, madre y creyente, soportó hasta el resto de sus días. Su vida es una lección de completa entrega.

Mírzá Husayn de Hamadán, un notable historiador de la Fe, escribió referente a la madre de Mullá Husayn, el siguiente relato que escuchó de labios de otra persona: "Pero las virtudes de la hija eran sobrepasadas por las de la madre quien era poseedora de raras dotes y cualidades y había compuesto muchos poemas y elocuentes elegías sobre las aflicciones de sus hijos. A pesar que Jináb-i-Bábu'l-Báb les había advertido sobre su próximo martirio, y le había profetizado las calamidades por venir, ella seguía mostrando la misma devoción entusiasta y alegre resignación, regocijándose porque Dios había aceptado el sacrificio de sus hijos e incluso oraba que ellos pudieran lograr esta elevada distinción y no se vieran privados de una bendición tan grande. Es por cierto maravilloso meditar sobre esta familia virtuosa y santa, los hijos tan sobresalientes por su devoción y autosacrificio inquebrantables, la madre y la hija tan pacientes y resignadas".

Mírzá Muhammad Hasan Khán y Mírzá Muhammad Báqir, hermano y so-

a. Su Alteza, el Bábu'l-Báb.

brino de Mullá Husayn respectivamente, fueron a la vez los acompañantes suyos durante la totalidad de sus viajes, a excepción del peregrinaje que una vez emprendió a Máh-Kú donde el Báb estaba encarcelado.

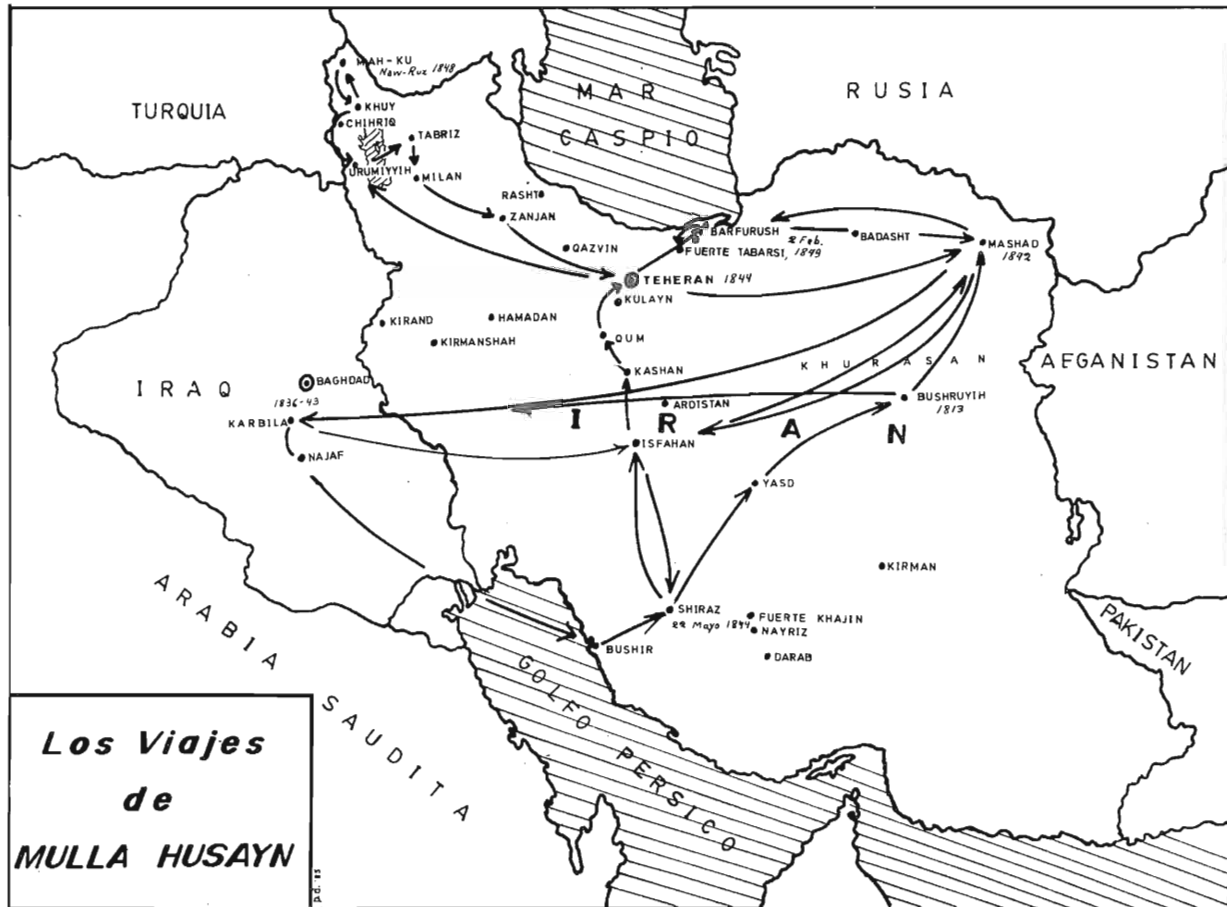
Viajaron juntos desde el tiempo de Siyyid Kázim, estuvieron también en Shíráz la noche del histórico encuentro con el Báb el 22 de mayo de 1844, les fue conferido el rango de Letras del Viviente, y continuaron infatigablemente hasta cuando sacrificaron sus vidas en el Fuerte de Tabarsí en el mes de mayo de 1849.

Con respecto a este hermano de Mullá Husayn, debemos anotar que cuando se produjo aquella masacre de babís, él fue encadenado y después ejecutado. El mismo relator citado anteriormente señaló: "Cuando yo, Mírzá Jání, conocí a Mírzá Muḥammad Ḥasan, él sólo tenía diecisiete años de edad, sin embargo ví en él una dignidad, gravedad, compostura y virtud que me asombraron. Después de la muerte de Jináb-i-Bábu'l-Báb, Haḍrat Quddús^a le confirió la espada y turbante de ese glorioso mártir y le hizo capitán de los ejércitos del Rey Verdadero".

Otro notable miembro de la familia martirizado en las mismas circunstancias era cuñado de Mullá Husayn. De acuerdo al testimonio de Nabíl era padre de Mírzá 'Abu'l-Hasan y Mírzá Muḥammad Husayn y, cuando este destacado narrador escribía su obra (1887-1888), Varáqatu'l-Firdaw se encontraba bajo el cuidado de estas dos almas.

* * *

a. Su Santidad Quddús.



12. Mashhad y la segunda visita de Mullá Husayn

Mashhad es, como se anotó, la capital de la provincia de Khurásán. Literalmente significa "lugar de martirio", nombre que se deriva de haber sido asesinado en sus alrededores, en Tús, el Imán Ridá, un ilustre expositor y descendiente del Profeta de Mahoma. Esto sucedió en el año de 787 D.C. por órdenes del Califa Mansúr, un adversario y detractor del Imán.

Como es sabido, la religión musulmana se encuentra dividida en dos grandes sectas que se atribuyen la posesión absoluta de la verdad de esta Fe. Una es llamada sunní y la otra es conocida como shí'ih. Esta profunda escisión en la masa de los seguidores del Profeta de Arabia se remonta a Su fallecimiento cuando Abú-Bakr quien era un prominente creyente, rompió el Convenio de Mahoma asumiendo violentamente la sucesión.

El manto de esta, en realidad, correspondía a 'Alí. 'Alí, primo y a la vez yerno del Profeta de Dios, era un joven reconocido desde antes por su sabiduría, santidad y valor. A una edad muy temprana abrazó la Revelación de su querido Pariente y se levantó para defenderla, consumando de esta manera acciones que hasta hoy son celebradas.

Vivió en estrecha asociación con Mahoma, uniéndose posteriormente en matrimonio con Su hija, Fátimih, una mujer que es conocida como la más conspicua de su sexo dentro de la historia de la Fe del Islam.

'Alí es conocido por los seguidores shí'ihes como el legítimo sucesor de Mahoma, es decir, el reconocido intérprete de Sus doctrinas, no sólo por sus cualidades brillantes, sino también por las claras referencias hechas sobre él por el mismo Mensajero de Dios, tanto públicamente como en el Corán, en el cual Él otorga las más altas prerrogativas a Su familia.

En este Libro sagrado, Su familia es considerada como un testimonio para los fieles luego de Su ascensión.

'Alí y once más de Sus descendientes por línea directa son llamados Imanes y constituyen los exponentes de las verdades de la religión mahometana. El último de éstos desapareció en el año 844 D.C. y se dice que aparecerá en los últimos días.

El Báb es identificado como el regreso de éste último y duodécimo Imán, el Imán Mihdí, o también como el Qá'im que quiere decir Aquél que se levantará.

Los shí'ihes son los seguidores de 'Alí en la actualidad. La gran mayoría de ellos vive dentro de las fronteras de Persia. El Báb y Bahá'u'lláh fueron creyentes de ese movimiento. El Báb era descendiente por rama materna y paterna del Profeta Mahoma, razón por la cual se le llamaba siyyid.

De otro lado, a Abú-Bakr, el iniciador de la corriente sunní extendida en las restantes áreas del mundo islámico, y también a aquellos que le sucedieron, se les da el nombre de Califas, es decir jefes.

Hasta la fecha un antagonismo y un odio incitado por el fanatismo y el prejuicio ha movido a sus partidarios a innumerables e inhumanos derramamientos de sangre, manchándose así el brillo de la religión musulmana. Los sunnís tienen una recalcitrante aversión a los Imanes y a los Siyyids, una de cuyas víctimas fue el Imán Riḍá. Los shííes corresponden a esta enemistad con un desprecio hacia todo lo que representa la doctrina y el orden eclesiástico de los sunnís.

La obra de los doce Imanes de la Fe musulmana viene a ser un valioso aporte y un legado único dentro de la historia, literatura y teología del Islám, contribuyendo en especial a la elucidación de temas de profundidad contenidos en el Corán.

Bahá'u'lláh en el "Kitáb-i-Íqán" (Libro de la Certeza) se ha referido a ellos como las "incandescentes luces de guía divina".

Finalmente, queremos agregar, que el recuerdo de los Imanes es muy celebrado, así como también el lugar que se asocia con sus personas. Maṣḥad, en consecuencia, viene a ser un lugar muy venerado, el más sagrado en Persia, por cuanto allí yace enterrado el Imán Riḍá, en tanto que los otros Imanes fueron muertos tras los límites del dominio persa.

El santuario del Imán Riḍá se convirtió en el centro principal del peregrinaje del Islám Shííh. Alrededor de este edificio el fanatismo ha confeccionado las más absurdas leyendas, las que se han perpetrado en el pensamiento popular. Se le atribuye el poder de curar enfermos, hacer milagros y tantas otras cosas además de ser asilo inviolables para criminales y perseguidos.

Se asegura dentro de la ortodoxia musulmana que el día en que aparezca el Imán Mihdí, saldrá del santuario para mostrarse al mundo. Anteriormente mencionamos las "visitas" que el extinto Imán realiza a su hermana enterrada en Qum.

Pero la superchería tejida en torno a esta tumba es oscurecida todavía más por la presencia inmoral de la iglesia musulmana, la cual ve en esa masa de peregrinos una prolífica fuente de ingresos eclesiásticos.

Un renombrado historiador occidental escribió al respecto: "No me extenderé sobre los centenares de milagros que han sucedido y aún suceden en este santuario; basta saber que todos los años miles de peregrinos visitan esa tumba y sólo regresan después que los sagaces explotadores de ese negocio lucrativo los ha hecho separarse de su último centavo. El torrente de oro fluye interminablemente para beneficio de funcionarios codiciosos, pero estos funcionarios necesitan de la cooperación de muchos socios, para cazar en sus redes a los innumerables incautos. Esta es, sin duda, la industria mejor organizada de Persia. Si la mitad de la ciudad obtiene su medio de subsistencia de la Mezquita, la otra mitad está igualmente interesada en el gran número de peregrinos".¹⁶

La aceptación general de estas actividades, que han llevado a un historiador inglés Lord Curzon a caracterizarla como la ciudad más inmoral del continente

asiático, se acentúa con la existencia del llamado sighih (concubinato).

Con este nombre se denomina a una modalidad pública de prostitución o de "maridos por un día", fomentada y animada por el clero.

Lord Curzon en su obra "Persia y el Problema Persa" ha descrito esta práctica social: "En reconocimiento de los largos viajes que han hecho, de las incomodidades que han sufrido y de las distancias que los separan de su familia y hogar, se les permite (al peregrino), con la complicidad de la ley y oficiales eclesiásticos, contraer matrimonio transitorio durante su permanencia en la ciudad. Hay una gran población permanente de esposas, apropiadas para tal propósito. Se busca un mullá (sacerdote) bajo cuya sanción se establece un contrato que es firmado y sellado finalmente por ambas partes, se paga una cuota y se cumple legalmente la unión."

Después del transcurso de quince días o un mes, o cualquier otro período que se haya especificado, termina el contrato; el marido transitorio vuelve a sus propios "lares et penates" en algún lugar distante; y la dama, después de un período de celibato obligatorio de catorce días, reinicia su carrera de repetidos matrimonios. En otras palabras, un sistema gigantesco de prostitución, bajo la sanción de la iglesia prevalece en Mashhad".¹⁷

Aunque una gran parte de la ciudad conocía o había escuchado de Mullá Husayn en su anterior visita, sin embargo ellos temblaron cuando nuevamente empezó a hablar abiertamente de los excesos y vicios de la población. Sin presentársele en esta labor ninguna persona que se reconociese digno de refutarle, el Bábu'l-Báb proclamó en alta voz y con habilidad característica las nuevas enseñanzas y se dedicó a refrescar las semillas sembradas en su anterior visita.

Alojado en el histórico y todavía existente hogar de Mírzá Muḥammad Báqir, el primer creyente de Mashhad, pasaba el íntegro de su tiempo tratando de presentar el Mensaje que portaba. A los mismos babís les alentaba a afrontar el desafío de enseñar la Fe, sin reparar en las dificultades.

Una y otra vez, Mullá Husayn se mezclaba con la gente en todos los lugares y compartía las enseñanzas divinas, aun cuando era continuamente hostilizado por aquellos que eran el blanco de sus retadoras palabras.

En el mismo tiempo de la estadía del Bábu'l-Báb en esa ciudad, en otro lugar de Persia se desarrollaban eventos de alto significado para la Causa de Dios.

El Báb había sido confinado en la prisión de Máh-Kú, una fortaleza enclavada en una montaña en una frontera del reino. Mientras que por un lado el gobierno pensaba que habiendo encarcelado al Báb en el rincón más remoto, la Fe que había proclamado iba por tanto a quedar en completo abandono, por el otro lado, podía observarse un efecto contrario a esas maquinaciones, pues la Fe iba creciendo con ímpetu renovado por los esfuerzos que los creyentes persas venían desplegando en la propagación de su credo, esfuerzos ahora aumentados por el pensamiento de separación y reunión con su Bienamado.

Este confinamiento del Báb se llevaba a cabo a la vez que brotes de violencia y rebeldía se agitaban contra el gobierno y empezaban a cobrar una forma crítica.

Este giro en la suerte de la administración persa parecía haberse iniciado a la vez que un decreto emitido por el soberano se había interpuesto súbitamente en la realización de una entrevista que este mismo monarca había concertado con el Báb en la capital. Aunque el Báb se encontraba ya en camino, a un día de llegada, y los preparativos estaban consumados, el intempestivo edicto cambiaba el pronunciamiento del encuentro a un encarcelamiento severo en aquella prisión de Máh-Kú.

Detrás de ello, se reflejaba la naturaleza débil e indecisa del soberano debido a la marcada influencia que sobre él ejercía Hájí Mírzá Aqásí, el primer ministro del país y sobre todo autor intelectual del destierro.

Era nativo del pueblo de Máh-Kú y esperaba con esta medida aplicada en su lugar de nacimiento, que la gente le muestre la mayor hostilidad al bendito Prisionero.

Cuando este enemigo jurado de la Fe iniciaba precisamente sus ataques más severos contra el Centro de la Causa, precisamente las riendas de la autoridad se debilitaban, y con ello se precipitaba providencialmente la caída y ruina final de este "Anticristo de la Revelación Babí", como lo llamó el Guardián de la Fe Shoghi Effendi.

Debido a su torpeza e incapacidad, había llevado al país a la bancarrota. El pueblo, quien era el menos favorecido en el desorden político que se producía, pronto se alzó e insurreccionó a la autoridad del Sháh en dos rebeliones, una en Khurásán y otra en Kirmán.

En Khurásán, particularmente, los disturbios se iniciaron a comienzos de 1845 sin mayor ventaja para los insurgentes y continuaron hasta cuando luego de un recrudecimiento de la situación, fueron aplastados por las fuerzas de la Corona alrededor de setiembre de 1847. En un principio era el mismo gobernador de la provincia quien encabezaba la revuelta, pero luego se retractó y, su hijo, el Sálár, dirigió entonces la rebelión.

El Sálár conocía de la fama y la popularidad de Mullá Husayn, y éste último pronto advirtió su propósito de aprovecharse de la creciente simpatía que la gente del lugar le deparaba.

Por dicho motivo hizo rápidamente los preparativos para dejar Mashhad. Se propuso caminar a pie hasta Máh-Kú y encontrarse con su Maestro en los días de la Fiesta Nacional de Naw-Rúz (Año Nuevo). Partió de medianoche acompañado de Qambar 'Alí, su asistente, y a quien de primera instancia aconsejóle quedarse en la ciudad. Los ruegos de este amigo lograron a la postre persuadirle para hacer juntos el largo y fatigoso peregrinaje.

13. Mullá Husayn se reúne con Bahá'u'lláh

La jornada a Máh-Kú era difícil y extenuante. Era pues un camino precario, pedregoso, en un inacabable andar, subiéndolo y bajando cuestas, cruzando la interminable distancia de 1,750 kilómetros.

Para Mullá Husayn era más que un simple desplazamiento de un punto a otro; para él, era la peregrinación a la montaña y corte de la Manifestación de Dios en donde permanecía cautiva. Su voto de peregrino era alcanzar la presencia sagrada. No importaba cuán duro era el viaje, ni cuán melladas y débiles sus capacidades físicas luego de varios años de servicio sacrificado. Para este fin cruzó ni más ni menos que su país natal de un rincón a otro, y a pie, como había sido su inamovible promesa.

Los ofrecimientos de los creyentes, por los pueblos por donde pasaba, para mitigar los rigores fueron cortésmente desestimados por él. Algunos atraídos por el espíritu devoto y entusiasta del Bábu'l-Báb, se ponían a su disposición sin condiciones e implorábanle ser sus acompañantes, en cada aldea o población por donde llegaba y en donde todos veían en su persona a un ejemplar babí. A su vez, él correspondía este afecto con expresiones de amor y aliento. Les inculcaba las mismas sobresalientes cualidades que lo caracterizaban y les urgía a consagrar sus esfuerzos para el triunfo de la Fe.

De esta manera, su paso por los pueblos era una efectiva manera de profundizarlos. Los que le conocían lo admiraban más, y quienes solamente habían escuchado hablar en torno suyo, al conocerle, quedaban encantados.

Estando en ruta a Máh-Kú, decidió realizar una breve parada en Teherán. En esta capital, los creyentes en crecido número, tuvieron la oportunidad de conocerle.

“Parecía a nuestros ojos la personificación de la constancia, piedad y virtud”, relató Áqáy-i-Kalím —hermano de Bahá'u'lláh—; “Cuando Mullá Husayn llegó a Teherán yo y un grupo grande de creyentes fuimos a visitarlo. Nos inspiró con su conducta recta y su apasionada lealtad. Tal era la fuerza de su carácter que él sólo y sin ayuda, sería capaz de lograr el triunfo de la Fe de Dios”.

Cumplíendose un deseo largamente atesorado por su corazón, fue llevado secretamente a la presencia de Bahá'u'lláh y por primera vez pudo conocerle personalmente. Eran días de mucho peligro para los creyentes pero la magistral figura Suya empezaba a crecer como un orbe dentro de la esfera de la comunidad de los babís.

Estando el Báb en la prisión, como lo expresó el Guardián Shoghi Effendi, Bahá'u'lláh “pudo estimular su crecimiento, elucidar sus principios, reforzar sus bases éticas, satisfacer sus necesidades urgentes, desviar algunos de los peligros inmediatos que la amenazaban, y de participar en forma efectiva en su desarrollo y consolidación”.¹⁸

Ahora tenía Mullá Husayn a Bahá'u'lláh ante sus ojos, a ese “secreto”

que cuando revelado —según las seguridades del Báb— “convertiría la tierra en un paraíso”, Aquel “Bien Amado” que Dios haría manifiesto, el “Remanente de Dios”, “el Grande y Omnipotente Maestro”, aquel “Jirón de Dios”. Cuatro años atrás, Mullá Husayn había sido guiado en sus pasos para entregarle un mensaje del Báb, pero por una razón misteriosa no habíase realizado un proyectado encuentro.

No conocemos más de lo que sucedió en esa entrevista. Años después, cuando Bahá'u'lláh fue desterrado a la ciudad de Baghdád y Mullá Husayn había desaparecido de este mundo terrenal, la Bendita Belleza rindió tributo a su memoria en el Kitáb-i-Iqán aclamándole como “el recipiente de la refulgente gloria del Sol de la Revelación Divina”, que “A no ser por él, Dios no se hubiera establecido en la sede de Su misericordia, ni ascendido al trono de gloria eterna”.¹⁹

Las alusiones en las Escrituras sobre el rango y posición de Mullá Husayn son elocuentes e inspiradoras. Su estación espiritual sobrepasa a la mayoría de los creyentes de la Fe Babí con la sola excepción de Quddús. En una de Sus Tablas, Bahá'u'lláh ha asegurado que la posición de una Letra del Viviente, como lo fue Mullá Husayn, “es diez mil veces más gloriosa que cualesquiera de las alcanzadas por los apóstoles de la antigüedad”.²⁰ Y ‘Abdu'l-Bahá, de otro lado, respondió a un creyente que preguntaba por las alusiones del Báb y Bahá'u'lláh al rango de las Letras del Viviente, que esas menciones tenían sólo por objeto ensalzar la posición de Mullá Husayn.

Debemos de acotar que la segunda entrevista de Mullá Husayn con Bahá'u'lláh se llevó a cabo al regreso de ese mismo peregrinaje a la montaña de Máh-Kú, también en la capital. La tercera y última se dio en el Fuerte de Tabarsí cuando junto a sus valerosos compañeros sucumbió en heroísmo frente a las fuerzas de la oscuridad.

Finalmente, cabría señalar que el Báb precisó que el más destacado creyente de un Profeta de Dios, es aquella alma que al aparecer el siguiente Mensajero Divino es la primera en reconocerle. Siendo Mullá Husayn el primero en aceptar al Báb, de acuerdo a ese principio espiritual, se convierte en el más destacado creyente del Profeta Mahoma.

Sobre la magnitud de la grandeza espiritual de Mullá Husayn, leemos las siguientes palabras de Bahá'u'lláh:

“Considera la Revelación del Punto del Bayán,^a exaltado sea su gloria. Él declaró que el Primero^b en creer en Él fue Muḥammad,^c el Mensajero de Dios. ¿Corresponde que alguien dispute con Él diciendo que tal hombre es de Persia, el otro de Arabia, o que ese hombre se llamaba Husayn, mientras que el otro llevaba el nombre de Muḥammad? No, juro por el santo Ser de Dios, el Exalta-

- a. El Punto del Bayán es el Báb
- b. Referencia a Mullá Husayn
- c. Muḥammad es Mahōma

do, el Más Grande. Seguramente, ningún hombre inteligente y perspicaz jamás prestará atención a las limitaciones o nombres, sino más bien a aquello con que estaba investido Muḥammad, lo cual no era otra cosa que la Causa de Dios. Tal hombre perspicaz de igual modo consideraría a Husayn y la posición que ocupaba en la Causa de Dios, el Omnipotente, el Exáltado, el Conocedor, el Sabio. Y como el Primero en creer en Dios en la Dispensación del Bayán, estaba investido con un mandato similar a aquél con que estaba investido Muḥammad, el Mensajero de Dios, por lo tanto el Báb lo declaró ser éste, es decir su retorno y resurrección. Esta posición está santificada de toda limitación o nombre, y nada puede verse en ella salvo Dios, el único, el Sin Par, el Omnisciente".^a

* * *

^a. Extraído de "Tablas de Bahá'u'lláh"; (pág. 217).

14. Máh-Kú, la Montaña Abierta

Pocos días después, Mullá Husayn reanudó la marcha a Máh-Kú. Llegó allí la víspera de la celebración de la Fiesta de Naw-Rúz en el año de 1848.

El Báb permaneció en la fortaleza mencionada desde el mes de Julio de 1847 hasta el mes de Abril de 1848 cuando fue trasladado a la prisión de Chihriq.

Había sido muy grande la torpeza de la autoridad real al imaginar que el olvido, la soledad, la humillación, apagarían el corazón divino del Báb. Aquella llama encendida en Shíráz estaba predestinada a dar su prístina luz en aquella montaña. Lejos, muy lejos, estaba el monarca y sus ministros de frustrar la Voluntad de Dios. El cénit de la naciente Fe dio su máxima luz y ardió con la mayor intensidad en esa desolada región.

Este confinamiento se prolongó por nueve meses. Ese período dio lugar a los momentos más fértiles de la revelación escrita del Báb. Esta abundancia en los escritos emanados de Su pluma que alcanzaron la increíble cifra de 500,000 versículos, fue acompañada por la intensificación del ardor de Sus adeptos en sucesos tan relucientes en suelo persa como lo fue la Conferencia de Badasht, en la que fueron abolidos los preceptos de la religión musulmana y se produjo la proclamación de las nuevas leyes que ahora sustituirían al viejo y decadente orden.

En esta, a pesar de todo, relativa tranquilidad, fue revelado el "Dalá'il Sab'ih" (Las Siete Pruebas), el "más polémico de los libros del Báb" y fueron enunciados formalmente las leyes de la Fe en el Bayán Persa (Exposición), una obra de mucho valor en la Dispensación del Báb.

Este destacado Libro se distingue entre el resto de las demás obras del Báb por las aseveraciones referentes a los principios fundamentales de la naciente Fe. Comprende tanto las normas que desde entonces regirían la vida de la floreciente comunidad como también, la elucidación de antiguas y oscuras profecías. Fueron expresadas igualmente las alusiones de tanto valor en torno a Bahá'u'lláh como "Aquél a quien Dios hará manifiesto", un tema recurrente que abarca un espacio considerable del Libro.

"Todo cuanto ha sido revelado", afirma el Báb en el Bayán, "no es sino un anillo en Mi mano, y Yo Mismo, en verdad, no soy sino un anillo sobre la mano de Aquél a quien Dios hará manifiesto... El lo hace girar según Su voluntad para cualquier cosa que sea Su voluntad, sobre cualquier cosa que sea Su voluntad".²¹

Sobresale igualmente en ese mar de Revelación la Tabla a Muḥammad Sháh, relevante por los términos enfáticos con que es dirigida al soberano, en la que se le increpa su torpe actitud de haber decretado el encarcelamiento. Se le da además a conocer el efímero y despreciable valor que había adquirido su poder al ponerse a disposición de propósitos tan malvados. Asimismo, es informado de las penosas circunstancias en las cuales se encontraba habitando el Mensa-

jero de Dios: "Finalmente llegué a esta aldea cuyos habitantes son ignorantes y toscos. Declaro ante Dios, que si supiérais el lugar que habito seríais el primero en tener lástima de Mí. Es un fortín en la cumbre de una montaña, y es a vuestra bondad que debo semejante morada, Mis compañeros son dos hombres y cuatro perros. Imagináos como transcurren Mis días".

En efecto, la cámara donde se encontraba el Báb era de una deplorable rusticidad. Aunque de ladrillos cocinados al sol, sin puerta alguna de acceso, esta fue llamada "el mayor de los jardines del paraíso", donde se hallaba plantado el "Árbol de la Verdad".

Cuatro murallas coronadas por redondas torres, dentro de las cuales se hallan todavía muchas habitaciones de forma cuadrada, junto con patios y plataformas, componen la estructura del castillo.

Debajo del piso principal se encuentran bóvedas destinadas para almacén. El fuerte es de una sólida estructura de piedra y se encuentra enclavado en el corazón de una montaña a pocos metros del valle donde está ubicada la aldea de Máh-Kú.

Esta montaña que domina la ciudad, posee una formación cóncava de manera que para los pobladores les es imposible observar la luna llena cuando esta ocurre. Por esta razón la gente dice que Máh-Kú significa "¿dónde está la luna?" en el idioma local.

El Báb la llamó Jabál-i-Básit, que quiere decir, la Montaña Abierta. De la fortaleza sale un camino que cruza el pueblo hasta las puertas de la ciudad.

El historiador Nabíl ha registrado las circunstancias relacionadas con la llegada, permanencia y despedida final de Mullá Husayn de la fortaleza de Máh-Kú.

"La noche antes de su llegada a Máh-Kú, que era la víspera del cuarto Naw-Rúz desde la declaración de la Misión del Báb y que cayó en ese año, el año 1848, 'Alí Khán (el guardián del castillo) tuvo un sueño. "Mientras dormía", relata así su historia, "me sentí sorprendido ante la repentina información que Mahoma, el Profeta de Dios, pronto iba a llegar a Máh-Kú, que iba a venir directamente al castillo con el objeto de visitar al Báb y congratularlo en ocasión del Festival de Naw-Rúz. En mi sueño salí corriendo a Su encuentro, ansioso de dar al Visitante tan sagrado una humilde expresión de bienvenida. En estado de alegría indescriptible fui rápidamente y a pie en dirección al río y, al llegar al puente que se encontraba a la distancia de un maydán^a del pueblo de Máh-Kú, vi que dos hombres se acercaban a mí. Pensé que uno de ellos era el Profeta de Dios en persona, mientras que el otro que caminaba detrás de Él, era uno de Sus distinguidos compañeros. Me apresuré a arrojarme a Sus pies y me inclinaba a besar el ruedo de Su manto, cuando desperté repentinamente. Mi alma se inundó de gran júbilo. Sentí como el paraíso mismo, con todas sus delicias, se

a. Unidad de medida de longitud.

hubiera introducido en mi corazón. Convencido de la realidad de mi visión, hice mis abluciones, ofrecí mi oración, me vestí con mi mejor ropaje, me rocié un poco de perfume y proseguí al lugar en que la noche anterior, en mi sueño, había contemplado el rostro del Profeta. Había dado instrucciones a mis ayudantes que ensillaran tres de las cabalgaduras más rápidas y que las llevaran inmediatamente al pueblo. El sol acababa de salir cuando solo y sin escolta, salí caminando del pueblo de Máh-Kú en dirección al río. Al acercarme al puente descubrí admirado, a los dos hombres a quienes había visto en mi sueño caminando uno detrás del otro, que avanzaban hacia mí. Instintivamente caí a los pies del que creía era el Profeta y los besé con devoción. Le rogué a Él y a Su compañero que montaran los caballos que había preparado para su entrada a Máh-Kú. '¡No!', fue su respuesta, 'he prometido cumplir todo mi viaje a pie. Caminaré hasta la cúspide de la montaña y allí visitaré tu Prisionero' ''.

Esta extraña experiencia de 'Alí Khán hizo más profunda su reverente actitud hacia el Báb. Su fe en el poder de Su revelación se hizo aún mayor y su devoción a Él aumentó enormemente. En actitud de humilde sumisión, siguió a Mullá Husayn hasta que llegaron a la puerta del castillo. En cuanto los ojos de Mullá Husayn contemplaron el rostro de su Maestro, quien estaba de pie en el umbral de dicha puerta, se detuvo instantáneamente y, haciendo una profunda reverencia ante Él, permaneció inmóvil a Su lado. El Báb extendió afectuosamente Sus brazos y lo abrazó. Tomándole de la mano, lo condujo a Su cámara. Hizo llamar entonces a sus amigos a Su presencia y celebró en su compañía la Fiesta de Naw-Rúz (Año Nuevo). Platos de confituras y de las mejores frutas fueron servidos ante Él. Los distribuyó entre Sus amigos allí reunidos y, al ofrecer algunos de los membrillos y manzanas a Mullá Husayn, dijo: "Estas sabrosas frutas han llegado hasta nosotros desde Milán... y han sido recogidas y consagradas especialmente para esta fiesta..."

Hasta ese momento no había sido permitido a nadie, fuera de Siyyid Husayn-i-Yazdí y su hermano, de entre los discípulos del Báb, pasar la noche dentro del castillo. Aquel día 'Alí Khán se acercó al Báb y dijo: "Si es Su deseo mantener a Mullá Husayn aquí esta noche, estoy dispuesto a acatar Su voluntad, porque no tengo voluntad propia. Por el tiempo que permanezcan aquí, me comprometo a cumplir Su mandato". Los discípulos del Báb siguieron llegando en números crecientes a Máh-Kú e inmediatamente y sin la menor restricción eran admitidos a Su presencia.

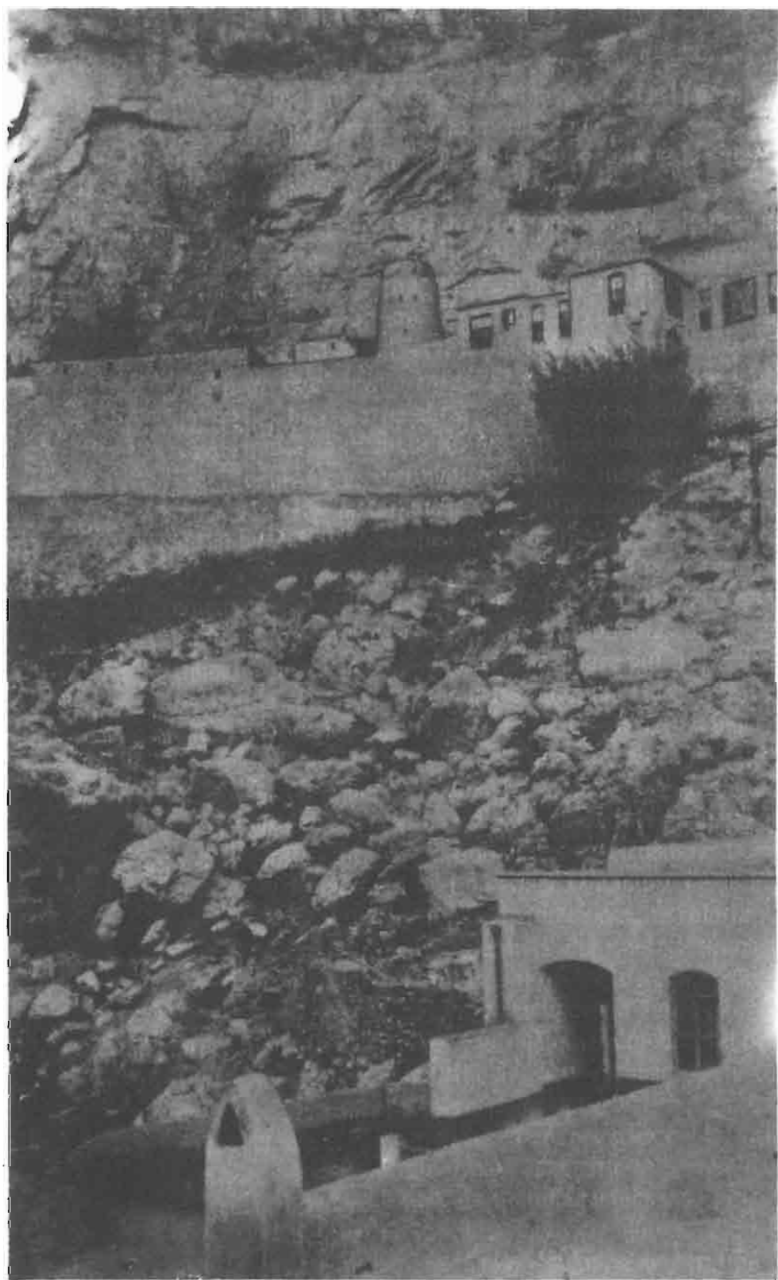
Cierto día, mientras el Báb, en compañía de Mullá Husayn, contemplaba el paisaje circundante desde el techo del castillo, miró hacia el oeste y, al ver el Araxes serpenteando su curso a lo lejos, debajo de Él, se volvió a Mullá Husayn y le dijo: "Aquél es el río y esta es la ribera de los que el poeta Háfiż ha escrito, diciendo: '¡Oh céfiro!, si pasaras por las riberas del Araxes, deposita un beso en la tierra de aquel valle y haz fragante tu aliento! ¡Loor, mil veces loor a tí, oh morada de Salmá! ¡Cuán querida es la voz de tus camelleras, cuán dulce el tin-

teinar de tus campanas!'. Los días de tu permanencia en este país se aproximan a su fin. Si no hubiera sido por la brevedad de tu estadía, te habríamos mostrado la 'morada de Salmá'. ''.

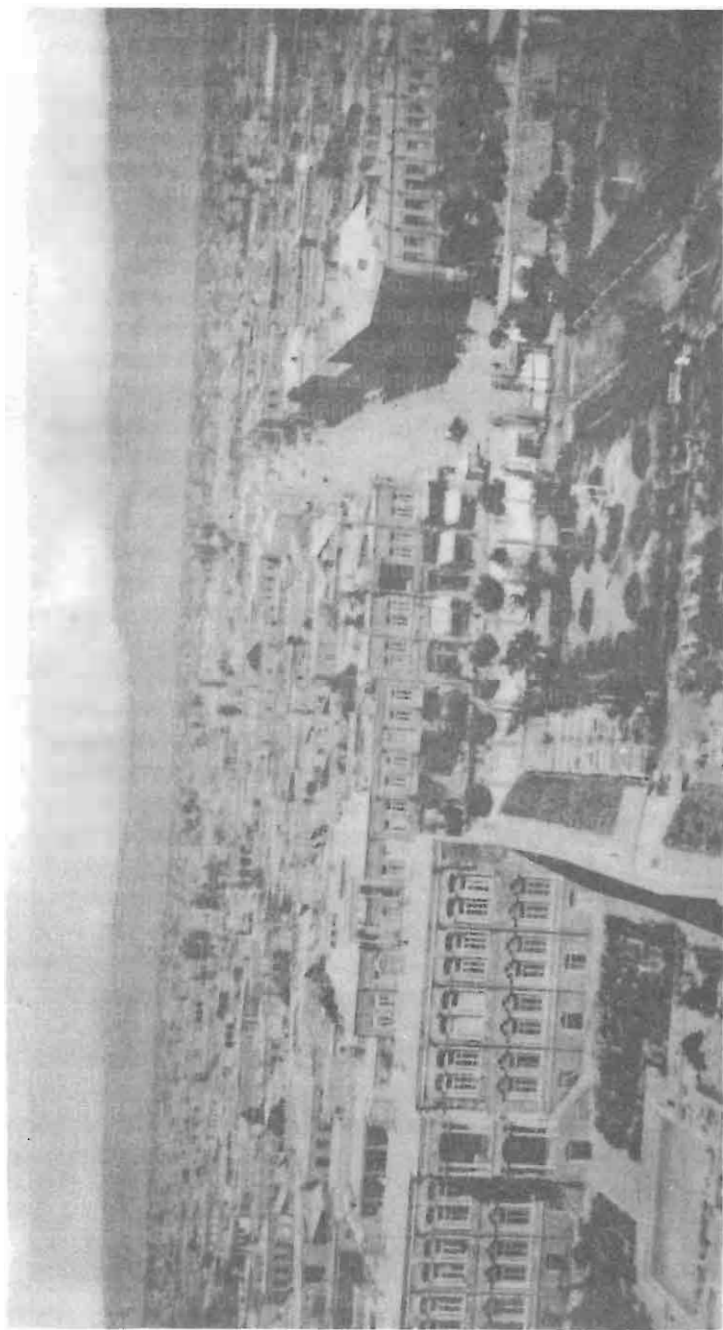
El Báb quiso significar el pueblo de Salmás, que se encuentra en las vecindades de Chihríq y al que los turcos llaman Salmás. Siguiendo con Sus observaciones el Báb dijo: "Es la influencia inmediata del Espíritu Santo que hace que palabras como estas fluyan de la lengua de los poetas, cuyo significado ni ellos mismos se hallan a menudo capaces de comprender. El versículo siguiente también es de inspiración divina: 'Shíráz se verá envuelto en tumulto; un joven de almiarada lengua aparecerá. Temo no vaya a ser que el hálito de Su boca provoque agitación y trastornos en Baghdád'. El misterio de este verso se encuentra oculto ahora; será revelado después de Hín^a. Después el Báb citó esta bien conocida tradición: 'Hay tesoros ocultos debajo del trono de Dios, la llave de esos tesoros es la lengua de los poetas'. Entonces, relató, uno tras otro, a Mullá Husayn aquellos acontecimientos que debían suceder en el futuro y le rogó que no los mencionara a nadie. "Algunos días después de tu partida de este lugar", le informó al Báb, "Nos llevarán a otra montaña, antes de llegar a tu destino, te habrá alcanzado la noticia de Nuestra partida de Máh-Kú' ''.

* * *

^a. Referencia al año 1852 en que Bahá'u'lláh recibió las primeras intimaciones de Su misión profética.



El Castillo de Mäh-Kú



Vista de la ciudad de Tabriz

14. En Tabríz

Tabríz, al noroeste de Persia, es la ciudad más populosa de Persia después de Teherán y Mashhad. Es capital de la provincia de Ādhirbáyján, y cuando fue visitada por Mullá Husayn era gobernada por el entonces heredero del trono.

El Bábu'l-Báb pasó una corta estadía cumpliendo con los deseos del Báb. Estaba aún en la ciudad cuando se enteró del traslado de la Manifestación de Dios a la prisión de Chihríq, lo que se produjo el 10 de abril de 1848.

El bendito Báb le había confiado una nueva misión en el campo de la enseñanza. Le había dicho: "Has venido a pie todo el camino desde tu provincia natal a este lugar. De igual manera a pie debes regresar hasta que llegues a tu destino; porque tus días de jinete están aún por venir. Estás destinado a mostrar tal valor, tal pericia y heroísmo que eclipsarán las hazañas más extraordinarias de los héroes del pasado. Tu valentía te ganará las alabanzas y la admiración de los moradores del Reino. Debes visitar en tu camino a los creyentes de K̄huy, Urúmíyyih, Marághig, Milán, Tabríz, Zanján, Qazvín y Teherán. A cada uno llevarás la expresión de Mi amor, ternura y afecto. Tratarás de encender sus corazones nuevamente con la llama del amor a la belleza de Dios, y te esforzarás a fortalecer su fe en Su Revelación. De Teherán debes proceder a Mázindarán donde te será manifestado el tesoro oculto de Dios. Se te pedirá que ejecutes acciones tan grandes que eclipsarán las más grandes conquistas del pasado. La naturaleza de tu trabajo te será revelada en aquel lugar, y te serán conferidas fuerzas y guías para que puedas estar en condiciones de rendir tus servicios a Su Causa".

Esta fue la última reunión terrenal del Báb y su querido discípulo. Duró nueve días en lugar del período acostumbrado del peregrinaje a Su presencia por tres días. Muchas fueron las cosas que escuchó sobre los días por venir. No le mencionó nada sobre la posibilidad de un próximo encuentro, sólo se refirió a una Fiesta del Sacrificio que pronto vendría.

'Alí Khán, el carcelero, le ofreció su hospitalidad para que se quede unos días más en el pueblo, lo que él cortésmente declinó y así, con Qambar 'Alí, retomó el camino con paradero final en Mázindarán.

En el pueblo de Tabríz realizó su habitual labor de enseñanza. Se entrevistó con Mullá Muḥammad Mámáqání, otro alumno del extinto Siyyid Kázím. Este sacerdote rechazó la Fe del Báb, entre una de sus razones, por la juventud del Mensajero de Dios.

Sin embargo, en el Qayyúmu'l-Asmá, Él advierte sobre esta prueba de fe:

"No digas: ¿Cómo puede Él hablar de Dios mientras en verdad Su edad no es más de veinticinco años? Presta oídos hacia Mí. Juro por el Señor de los cielos y la tierra: Yo soy verdaderamente un siervo de Dios. He sido hecho el portador de irrefutables pruebas de Aquél quien es el largamente esperado Re-

manente de Dios.^a Aquí está Mi Libro ante vuestros ojos, como está realmente grabado en la presencia de Dios en el Libro Madre. Dios, verdaderamente, me ha bendecido, en dondequiera que esté, y Me ha instruído observar la oración y la fortaleza tanto como Yo viva entre ustedes sobre la tierra".²²

Curiosamente, este clérigo, "un renegado tuerto de barba blanca", se encontraba entre el grupo que quería atribuir años atrás la posición del Mensajero prometido a Mullá Husayn. Fue él quien en julio de 1850 firmó la sentencia de muerte del Báb en esta misma ciudad.

Otro lugar para visitar fue Qazvín, la cuna de Táhiri, ciudad que además se destaca por encontrarse dentro de sus muros más de cien de los principales sacerdotes del Islám. Se dice que fue en esta ciudad donde Mullá Husayn tuvo la oportunidad de contactarse con esa distinguida poetisa y heroína, aunque ello pudo suceder anteriormente y no en esa oportunidad.

A su paso por las demás poblaciones, trasmitió a los creyentes las seguridades del amor del Báb y los alentó a seguir en sus actividades.

En Teherán logró nuevamente el privilegio de reunirse con Bahá'u'lláh. Entonces, viró rumbo a Mázindarán a buscar el "tesoro oculto" aludido por el Báb.

* * *

a. Referencia a Bahá'u'lláh.

16. El Tesoro Oculto de Dios se revela en Bárfurúsh

Mázindarán es una muy pintoresca provincia orillada por el Mar Caspio, el lago más grande del mundo.

No muy lejos de sus orillas se encuentra el pueblo de Babol, el lugar natal de Quddús —la última Letra del Viviente—.

Por ese tiempo Quddús se encontraba residiendo en la casa de su padre. Al llegar Mullá Husayn, inmediatamente se dirigió a visitar a éste su viejo amigo.

De esta manera se encontraron la Primera y Última Letra del Viviente, los discípulos más queridos del Báb, y quienes iban a protagonizar los papeles principales del trágico episodio del Fortín de Tabarsí. Los dos se habían sentado juntos a los pies de Siyyid Kázim y de allí venía esa amistad.

Aquellos sentimientos se renovaron en la reunión que sostuvieron el día de la feliz llegada. Cuando los demás creyentes se retiraron a sus casas, el joven Quddús inquirió de Mullá Husayn las últimas novedades relacionadas al encarcelamiento de su Maestro y Señor.

Mullá Husayn le respondió así:

Numerosas y variadas fueron las cosas que oí y atestigué en el curso de los nueve días de mi asociación con Él. Me habló de puntos relacionados directa e indirectamente con Su Fe. Sin embargo, no me dio instrucciones precisas, respecto del camino que debía seguir para la propagación de Su Causa. Todo lo que me dijo fue esto: “En tu camino a Teherán debes visitar a los creyentes en cada pueblo y aldea por donde pases. De Teherán debes ir a Mázindarán, porque allí yace oculto un tesoro que te será revelado, tesoro que descubrirá a tus ojos, el carácter de las tareas que estás destinado a llevar a cabo”. Sin embargo, por sus alusiones, sólo pude percibir vagamente la gloria de Su Revelación y pude discernir signos de la futura grandeza de Su Causa. De Sus palabras pude comprender que eventualmente se me pediría que sacrificara mi indigna persona en Su sendero, porque en ocasiones anteriores, cuando me despedía de Su presencia, el Báb siempre me aseguró que sería llamado nuevamente a verlo. Esta vez, sin embargo, al decirme Sus palabras de despedida, no me dió tal promesa, ni tampoco aludió a la posibilidad de que lo viera cara a cara en este mundo. ‘La Fiesta del Sacrificio’, fueron las últimas palabras que me dijo, ‘se acerca rápidamente. Levántate, esfuérzate y no permitas que nada te impida alcanzar tu meta. Una vez que hayas llegado a tu destino, prepárate para recibirnos porque Nosotros también muy pronto te seguiremos’ ”.

Luego de ello, Quddús le preguntó si portaba consigo algún manuscrito del Báb y si le era posible proporcionárselo. A la respuesta negativa de Mullá Husayn, Quddús le entregó un manuscrito y le solicitó que lo leyese, a lo cual el Babu'l-Báb accedió.

Tan pronto hubo leído los primeros párrafos de esos escritos, dióse cuenta que no provenían sino de alguien con estrecha asociación espiritual y mística con

el Canal de la Revelación divina.

Mullá Husayn poniendo a un lado el manuscrito, expresó:

“Bien puedo comprender que el Autor de estas palabras ha tomado su inspiración de aquella Fuente que se encuentra muy por encima de aquellas en que se origina corrientemente la sabiduría de los hombres. Atestiguo mi aceptación sin reservas de la sublimidad de estas palabras y mi reconocimiento de todo corazón de la verdad que revelan”.

Del silencio que guardaba Quddús y de la expresión de su rostro, Mullá Husayn dedujo que nadie sino su anfitrión pudo haber escrito aquellas palabras. Inmediatamente se levantó de su asiento y de pie, declaró con reverencia:

“El tesoro oculto de que ha hablado el Báb se encuentra descubierto ante mis ojos. Su luz ha disipado la penumbra de la perplejidad y la duda. Aun cuando mi Maestro se encuentre oculto entre las agrestes montañas de Ādhlrbáyján, el signo de Su esplendor y la revelación de Su poder se hallan manifiestos delante de mí. He encontrado en Mázindarán el reflejo de Su gloria.”

De este modo, el Báb casi imperceptiblemente había conducido a Mullá Husayn a reconocer el rango y la posición de Quddús, el cual seguía solamente al de la Manifestación de Dios misma.

El genio innato que Mullá Husayn había recibido y que le permitía a través de su agudo sentido espiritual percibir todo aquello que emanaba de la Divinidad, ahora, por razón del destino, así como fue la vez que había reconocido al Báb cuando por primera vez escuchó de Sus labios los versículos sagrados la noche de mayo de 1844 y que lo llevaron a convertirse en Su primer discípulo, ahora a través de ese juicio sagaz había tenido la humildad, y en consecuencia la grandeza que nace de ella, de reconocer la estación espiritualmente superior de ese joven colega.

El Báb los había juntado nuevamente para que luego de una etapa de dura preparación, puedan ellos unir sus potencialidades y así demostrar al mundo la grandiosidad de la Revelación de Dios. Habían sido reunidos dos genios; Quddús —el representante del Báb desde Su remoto cautiverio— y Mullá Husayn, quien se había armado con la confianza de que si se precipitara la desaparición de su Bienamado, su nuevo jefe bastaría para llevar adelante la Causa de Dios hacia la victoria final.

Los dos, al convertirse en asociados principales de esa gran empresa espiritual de la época, escribirían con sus próximas acciones un capítulo memorable en la historia humana.

Para el día siguiente, los amigos reunidos al alba se maravillaron de la actitud de Mullá Husayn, quien la noche anterior era el huésped de honor de la casa y ahora se comportaba en actitud reverente de obediencia, parado en el umbral.

Aquel mismo día, recibió de Quddús dos importantes misiones.

Tenía él que encontrarse con el Sa'ídu'l-'Ulamá, el principal clérigo de la

ciudad. Luego debería ir a la ciudad de Mashhad en donde debería edificar un centro de reunión de los creyentes.

Temprano, al alba, el Bábu'l-Báb se dirigió al lugar donde se encontraba el sacerdote, quien estaba en medio de una asamblea pública. Lo emplazó abiertamente a reconocer la Fe del Báb y con energía y conocimiento refutó cada uno de los argumentos con que este individuo trató de acallararlo. Ante su incapacidad de responder con propiedad a las palabras de Mullá Husayn, se defendió con insultos. Dándose cuenta nuestro personaje de la ceguera espiritual del sacerdote, prefirió retirarse.

Dio el encargo a uno de los presentes en el debate que al parecer estaba atraído por la sabiduría de Mullá Husayn, para que se dirigiese donde Quddús y le diera los detalles y el resultado de lo sucedido.

Entonces, poniendo su confianza en Dios, partió hacia Khurásán, su destino fijado, pensando en la mejor manera de conseguir su objetivo, el levantar una estructura destinada a servir de punto de unidad a todas las almas que se habían cobijado al amparo de las enseñanzas del Báb.

Semanas después, Quddús partió a Mashhad y se reunió con Mullá Husayn, viviendo en aquella sencilla edificación que en adelante fue conocida como la Casa de Bábíyyih, la Casa Babí.

Dentro del horizonte de la Causa se avisoraban grandes acontecimientos. El Báb desde Su prisión había revelado una tablilla dirigida a todos los babís para que se apresuraran a la "Tierra de Khá" (Khurásán).

Era entonces los últimos meses de la primera mitad de 1848, un período de decisión y cambio por los sucesos que se dieron en esa región para sellar la independencia de la Fe, un momento de expectativa y unidad de los babís, durante el cual algo grande, providencial e histórico, se estaba gestando antes del crucial desenlace del drama que se estaba acercando rápidamente para llegar a su fin lleno de gloria.

* * *

17. La Casa de Bábíyyih

Mullá Husayn se dedicó a hacer realidad el deseo de Quddús en cuanto a la casa que debería construir.

“En la ciudad de Mashhad”, le había dicho, “deberías construir una casa diseñada de modo que pueda servir tanto para nuestra residencia particular como un lugar con facilidades adecuadas para la recepción de nuestros huéspedes. Luego iremos allí y moraremos en aquella casa. A ella invitarás a toda alma receptiva que esperamos, sea guiada al Río de vida eterna. Los prepararemos y exhortaremos a que se reúnan y proclamen la Causa de Dios”.

En efecto, en cuanto arribó, Mullá Husayn adquirió un predio de terreno en la calle Bálá-Khíyábán de la ciudad, cerca a la propiedad de nuestro ya conocido Muḥammad Báqir, y con su ayuda levantó la Casa de Bábíyyih, el hogar de los bábís.

Poco después, Quddús vino a Mashhad y tomó alojamiento en esta casa de un solo piso. Esta construcción todavía existe y pertenece a la todavía perseguida Comunidad Bahá'í de Irán.

“Un torrente ininterrumpido”, atestigua el historiador Nabíl, “a quienes la energía y celo de Mullá Husayn habían preparado para la aceptación de la Fe, se precipitó en presencia de Quddús, y voluntariamente se alistaron bajo su estandarte. La vigilancia permanente con que Mullá Husayn luchó por difundir el conocimiento de la nueva Revelación y la forma magistral con que Quddús estimuló a sus adherentes cada vez más numerosos, dio lugar a una ola de entusiasmo que se difundió por todas partes de la ciudad de Mashhad y cuyos efectos se difundieron rápidamente más allá de los confines de Kḥurásán”.

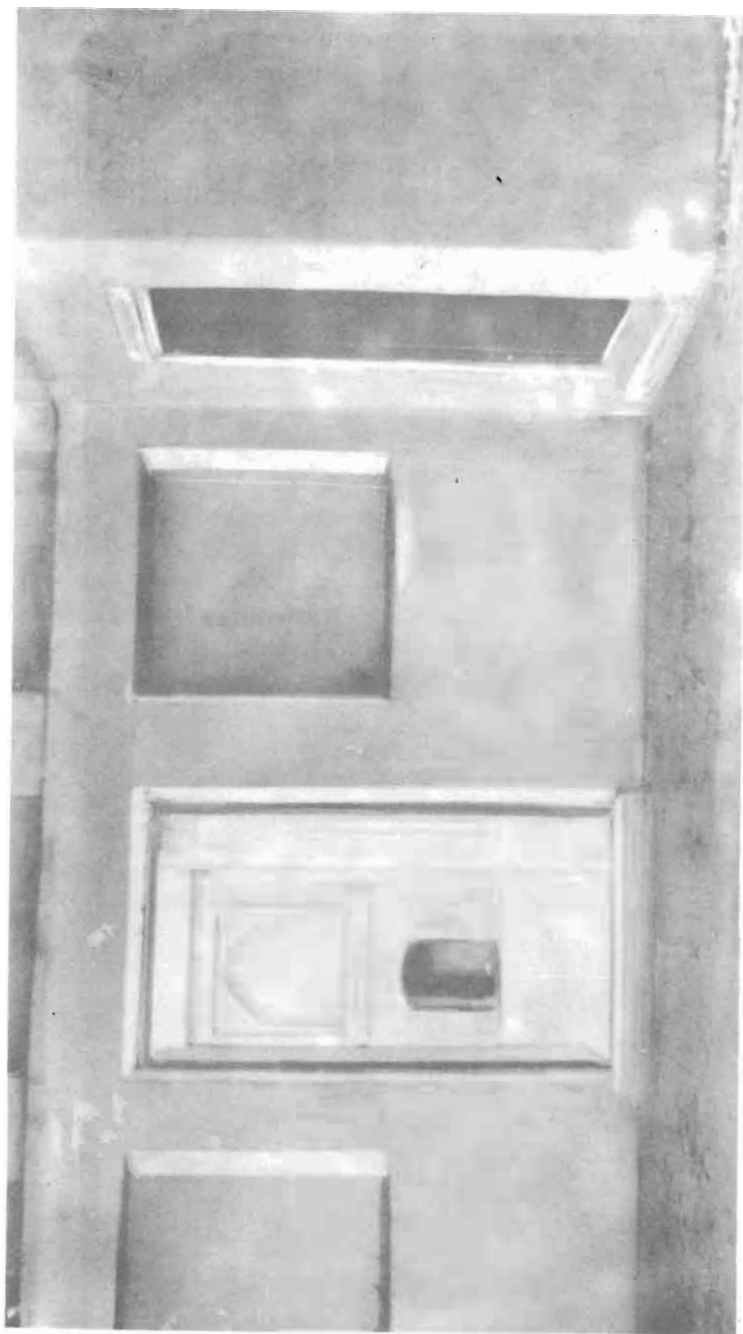
Estas reuniones en la Casa de Bábíyyih vienen a ser recuerdo preservado de las primeras reuniones hogareñas en los tempranos días de la Causa. Pronto esta se convirtió en el punto de atracción de los amigos de Dios, quienes venían de todas partes de Persia, debido a que apenas se difundió el pedido mencionado el Báb, un flujo increíble de creyentes y simpatizantes se dirigió a aquella dirección; un llamado que, por lo demás, traspasó las fronteras de aquel país.

De ahí saldrían los valientes soldados celestiales y las huestes de luz que con su sangre sellarían su fe en la Causa del Báb. El amor y entusiasmo que se encendió en el pecho de estas almas, inflamó completamente sus cuerpos, de manera tal que en los días por venir, se convertirían de personas inexpertas en el uso de las armas, en las encarnaciones de los más aguerridos héroes de la antigüedad. Pero con la diferencia que nunca eran los agresores, sino que el peligro de la amenaza cernido continuamente sobre ellos, los impulsaba a utilizar cualquier medio por el cual podían defenderse y defender su creencia en la Causa que habían llegado tanto a amar y adorar.

“Mi pluma”, es otro pasaje de la Narración de Nabíl, “jamás puede describir la devoción que Mullá Husayn había logrado encender en los corazones del



La Casa de Bábiyyih en Mashhad



Interior de la Casa de Bábiyyih

pueblo de Mashhad, ni tampoco puede tratar de sondear el grado de su influencia. En aquellos días su casa estaba asediada por muchedumbres de personas ansiosas que imploraban que les permitiera acompañarle en su proyectado viaje. Las madres trajeron a sus hijos, las hermanas a sus hermanos, y con lágrimas en los ojos le rogaban que los aceptaran como su más añorado ofrecimiento en el Altar del Sacrificio”.

La Casa de Bábíyyih, debido a su creciente popularidad y el nutrido número de sus asistentes, llegó empero a despertar las susceptibilidades de las autoridades locales y además también del clero local. Ellos veían minadas sus prerrogativas e influencia a medida que la masa de los fieles aumentaba.

Este malestar dentro de las autoridades civiles se hizo evidente cuando, con el objeto de amedrentar a la población y disminuir el celo de los babís, hicieron arrestar a Hasan, uno de los asistentes de Mullá Husayn.

Le hicieron un agujero en la nariz a través del cual pasaron un cordel con el que lo jalaban haciéndole desfilar por las calles de la ciudad. La noticia de la ignominia llegó a oídos del Bábú'l-Báb quien se encontraba en esos momentos acompañado de Quddús. Sin despertar las sospechas de su ilustre jefe, trató desde un primer momento de enfriar los caldeados ánimos de los babís, quienes a una palabra suya se encontraban dispuestos a vengar la violenta suerte corrida por su compañero. Él les urgió a guardar moderación, ser prudentes, y les aseguró que pronto lo traería de regreso a casa.

Pero un pequeño grupo de ellos se dirigió adonde se encontraba Hasan y lo liberaron al grito de Yá Sáhibu'z-Zamán! (Oh Tú, Señor de la Era). Sin considerar los efectos que podría haber, se lanzaron locamente por las calles y dieron muerte a quienes estaban conduciendo a Hasan entre el gentío.

El problema suscitado llegó a preocupar sobre manera al Príncipe Hamzih Mírzá, que se encontraba listo a aplastar por cualquier precio aquello que pudiera trastornar la tranquilidad de la población. Mashhad como vimos anteriormente, se encontraba todavía tensa a consecuencia de la insurgencia del Sálár.

Tan pronto se produjo el derramamiento de sangre de los guardias, Mullá Husayn se enteró de la desobediencia y los llamó a su presencia. Indignado por el comportamiento les increpó duramente las consecuencias que se pudieran derivar por haber incumplido sus instrucciones. Aludiendo a su propio y eventual martirio les dijo: “Habéis rehusado tolerar las tribulaciones a que ha sido sometido Hasan; ¿Cómo podéis reconciliaros con el martirio de Husayn?”.

En ese estado de cosas, el príncipe temía que la situación pudiese agravarse y tratando de ganarse el favor del gobernador, ordenó inmediatamente la detención de Mullá Husayn. En su campamento, pensó él, permanecería hasta que vuelva la normalidad, tan violentamente interrumpida. Comisionó para tal efecto a uno de sus principales oficiales del destacamento con el objeto de traer a la fuerza al Bábú'l-Báb. A su sorpresa, el oficial se negó rotundamente a ser el vehículo de tales designios, y llegó a oponerse ofreciendo su propia vida con el

fin de evitar tal acción. Él apreciaba mucho a Mullá Husayn.

El príncipe, tratando de no producir ninguna desaveniencia con su indispensable oficial, decidió redactar de su puño y letra una carta en la cual cortésmente pasaba a invitar a Mullá Husayn para permanecer algún tiempo en su campamento militar. Se comprometió a extenderle la protección necesaria mientras se dejaba pasar unos días y la ciudad pueda recuperar su paz. Dispuso además que su propio alojamiento sea destinado para su huésped.

Al recibir la comunicación, Mullá Husayn fue rápidamente donde Quddús y le pidió su concejo. Él le aconsejó actuar de acuerdo a la invitación y retirarse donde el príncipe.

Le manifestó además su intención de partir esa noche a su provincia natal. "No te puede sobrevenir ningún daño", le aseguró Quddús al momento de la triste despedida; "En cuanto a mí, esta misma noche partiré en compañía de Mírzá 'Alí-i-Qazvíní, una de las Letras del Viviente, a Mázindarán. Si Dios quiere, más adelante, tú también, a la cabeza de un grupo numeroso de fieles y precedido por los Estandartes Negros partirás de Mashhad y te reunirás conmigo. Nos juntaremos en cualquier lugar que el Todo Poderoso pueda haber decretado".

Y nuestro Mullá Husayn, con la plena confianza en la guía y la capacidad de Quddús, se despidió de él con mucha emoción. Aquella tarde hizo los preparativos, y a caballo y con plena serenidad y dignidad partió al campamento. Con reverentes muestras de respeto, el príncipe lo condujo al alojamiento especialmente acondicionado para él.

En aquel campamento —levantado en las afueras de la ciudad—, permaneció hasta el mes de julio de 1848.

Quddús, entretanto, se encontraba con Bahá'u'lláh y Tahirih, y alrededor de 80 babís, todos congregados en la histórica Conferencia de Badasht, proclamando la abolición del viejo orden y la inauguración de la Nueva Era.

"La Casa de Bábíyyih muy luego se convirtió en un centro de reunión de una multitud de fieles encendidos con una resolución inflexible para demostrar por todos los medios a su alcance, las enormes energías inherentes a Su Fe".

* * *

18. Los heroicos defensores del Fortín de Ṭabarsí

El regreso de Mullá Husayn del campamento del príncipe de la corona, marcó el punto inicial de la cadena de acontecimientos que se sucederían rápidamente antes de la hora de su heroico martirio.

Este mismo príncipe ofrecióse en costear el íntegro del proyectado viaje que Mullá Husayn realizaría a la ciudad de Karbilá.

Karbilá es una ciudad sagrada situada en Irák. Esta vez, Mullá Husayn pensaba hacer un peregrinaje a ese lugar donde está enterrado el Imán Husayn, nieto de Mahoma.

El principal lugarteniente del príncipe, dispuso también sus recursos a los pies del Bábu'l-Báb. De esto, tomó solamente un caballo y una espada, los símbolos o instrumentos de una soberanía que pronto iba a cobrar ascendencia.

Estas fueron sus herramientas, las que ligadas a su vital confianza en Dios, le armarían con un poder sobrehumano para lograr el triunfo suyo y el de sus huestes sobre las fuerzas del fanatismo y la ignorancia. Al príncipe le rechazó la suma de dinero que le ofreció y, le recomendó más bien, que la dedicase al cuidado de los menesterosos.

Poco después arribó un mensajero con un encargo del Báb. Le traía las buenas nuevas que le había sido conferido un nombre nuevo: Siyyid 'Alí, que era el nombre del Báb Mismo, y, Su propio turbante como obsequio.

De acuerdo con los deseos del Báb debería dirigirse a Mázindarán —la Isla Verde— en auxilio de Quddús, quien en esos momentos se hallaba detenido en Sárí por orden de un sacerdote del lugar.

Pero antes, Mullá Husayn tenía que desplegar el "Estandarte Negro", el gesto que simbolizaba el cumplimiento de una profecía de Mahoma que proclamaría el advenimiento del Mensajero Prometido.

El 21 de julio de 1848, y a la cabeza de 202 babís, emprendió la marcha a Mázindarán en su nuevo plan. En el transcurso del viaje mostraron orgullosos y entusiastas aquel estandarte y a la vez, hacían referencia a las palabras de Mahoma: "Si tus ojos contemplaran los Estandartes Negros procedentes de Kúrásán, apresúrate en ir a encontrarlos, aunque tuvieses que arrastrarte sobre la nieve, ya que proclaman el advenimiento del Míhdí Prometido, el Vice-Regente de Dios".

El lugar destinado por la Providencia para servir de escenario luminoso de su martirio, era el santuario de un santón musulmán, comúnmente llamado el Santuario de Shaykh Ṭabarsí. Antes de llegar, tuvieron que hacer un largo viaje y atravesar varios pueblos. En cada uno de ellos, proclamaron públicamente su mensaje y contagiaron a sus pobladores el calor de su alegría.

En el pueblo de Níshápúr, se enroló al grupo el padre del joven Badí, quien posteriormente fue martirizado. En un gesto de desprendimiento, el padre dejó tras de sí, una rica y próspera mina de turquesas de su propiedad.

Luego pasaron a Míyámay, en donde, un día viernes, en una mezquita, Mullá Husayn hizo un poderoso argumento sobre el significado de los Estandartes Negros, lo que motivó la adherencia de 33 nuevos compañeros.

Pasaron a Chashmih-'Alí, donde Mullá Husayn y los amigos optaron por hacer una breve parada. Al presentársele allí la encrucijada de escoger uno de dos caminos, resolvió esperar confiado el decreto de la Providencia y, así sucedió cuando un fuerte viento arrancó una de las ramas del árbol junto al cual habían acampado. Esto fue interpretado por el Bábu'l-Báb como una señal de la inminente pérdida del poder del actual soberano, una predicción que fue confirmada cuando se proclamó la muerte de Muḥammad Sháh poco después.

Retomaron todos nuevamente la marcha a Sári, y pronto se acercaron al pueblo de Bárfurúsh. En esta localidad Mullá Husayn era conocido con motivo de la visita que anteriormente había hecho a Quddús y porque había desafiado abiertamente al clérigo principal en una asamblea pública.

En Bárfurúsh iban a recibir su bautizo de sangre.

Mullá Husayn advirtió que 72 de los compañeros habrían de sacrificar sus vidas en los días que se venían y, en consecuencia, señaló que aquellos que no se encontraran preparados y dispuestos para afrontar su momento final en el sendero de Dios, ahora tenían la oportunidad de dejar la hueste. Veinte de ellos decidieron proceder así.

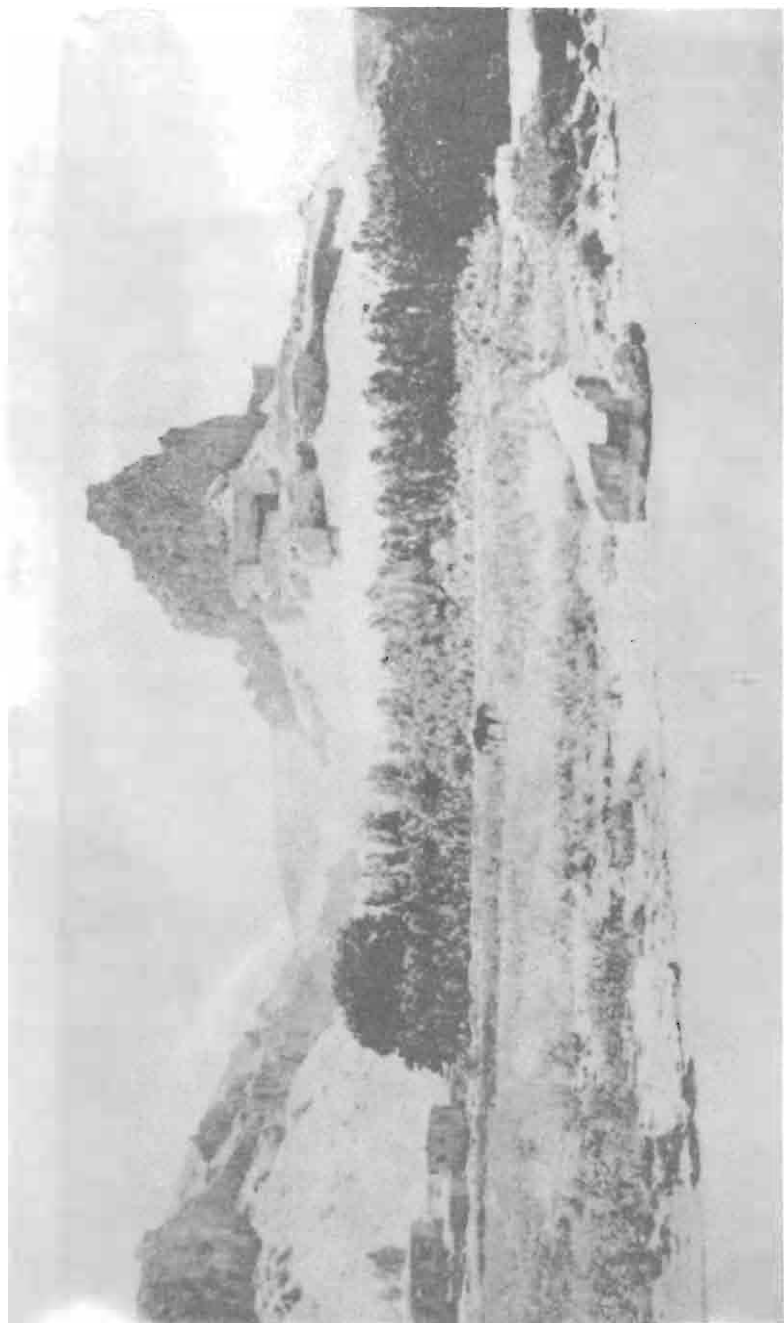
Al entrar al pueblo, encontraron que el Sa'ídu'l-'Ulamá, el sacerdote señalado, había estado incitando a su feligresía a que se levanten en armas contra los babís que se aproximaban, aduciendo la defensa de los intereses de su secta. Una turba fanática se enfrentó a los viajeros y se armó una batalla campal, que en un comienzo produjo la muerte de un babí muy apreciado.

La paciencia y la moderación que hasta ese instante Mullá Husayn había procurado guardar rebasó el límite de la tolerancia. Se dirigió al árbol tras del cual el autor del crimen se había guarecido y, en lo que constituye un sobre natural y certero golpe de espada salido de la mano frágil del Bábu'l-Báb y de su delicada textura, cortó en dos, a hombre, árbol y mosquete conjuntamente.

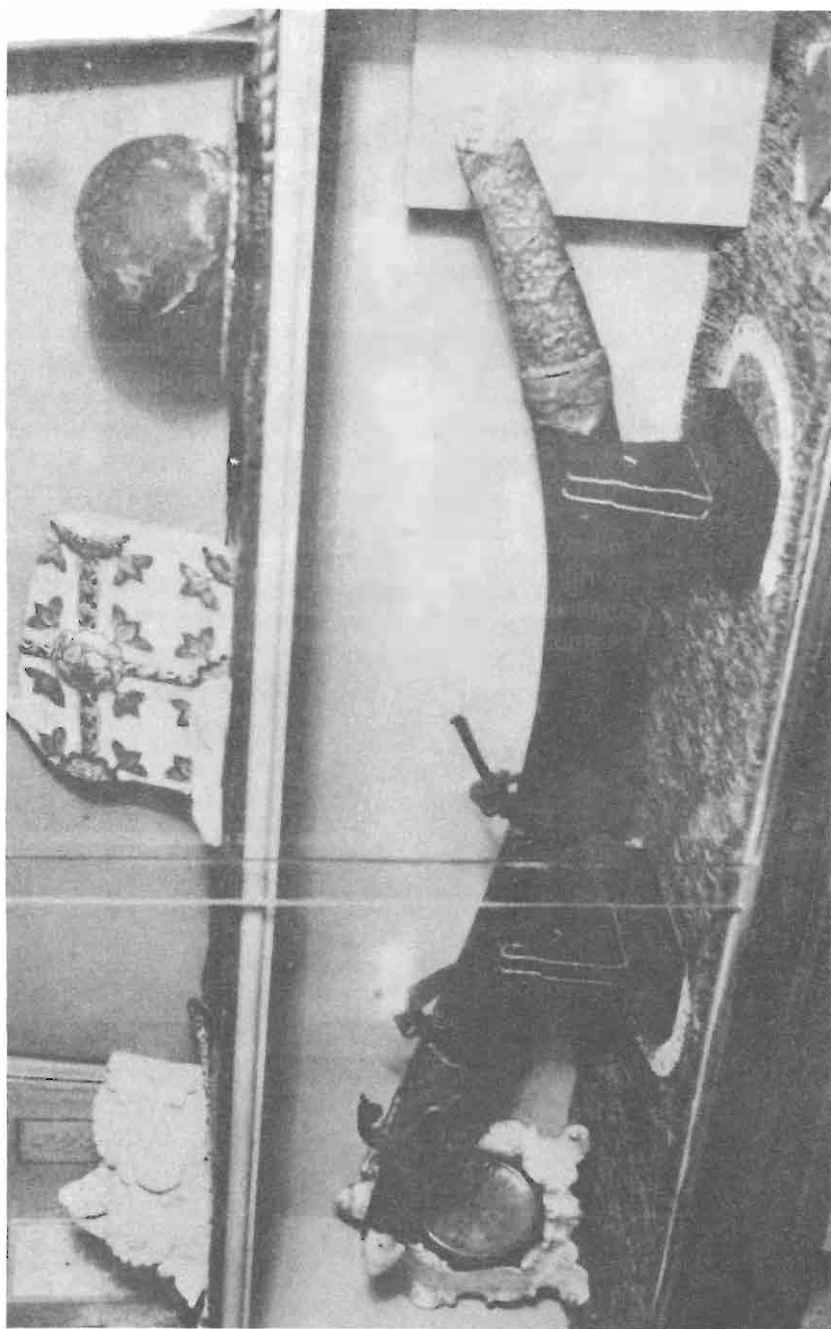
Esta hazaña inexplicable inflamó los ánimos de los babís y motivó el desconcierto y pánico entre las filas agresoras que terminaron huyendo rápidamente. Mullá Husayn se dirigió directamente al lugar donde se había refugiado el Sá'ídu'l-'Ulamá y con voz potente y tono enérgico llamó atención a su cobardía y comportamiento ruin. No pasó mucho cuando el pueblo pidió y clamó por paz, la cual fue concedida generosamente aquella misma tarde.

La sinceridad de la solicitud iba pronto a ser probada. Cuando la comitiva de babís se encontraba descansando en una de las posadas a puertas cerradas, el gentío nuevamente arreció con furor. Era al mismo tiempo que el Bábu'l-Báb había solicitado que alguien se dirigiese al techo de la posada para entonar el llamado a la oración.

Un joven, decidido resueltamente a cumplir tal deseo, se apresuró de in-



Ruinas de la Fortaleza de Chihriq



La espada de Mullá Husayn

se unió en ese momento como un servidor del Bábu'l-Báb

Se dieron inmediatamente las primeras instrucciones a Muhammad Báqir, el constructor de la Casa de Bábíyyih para acondicionar el viejo santuario en una segura defensa.

Desde ese día hasta el mes de mayo de 1849 en que cayó el último defensor del precario fuerte, se desarrolló una ininterrumpida batalla abierta y feroz por cierto, de parte de las fuerzas aliadas del clero y del gobierno persa, unidas en un ejército adiestrado y equipado con poderosas armas, contra un puñado de estos estudiosos de religión que eran nuestros amigos, febriles en todo momento en su deseo de demostrar la legitimidad de su fe, pero sin ninguna capacitación en el uso de armas, ni menos poseerlas, y que utilizaban para su defensa cualquier objeto que se les presentaba. Sin más seguridad en el triunfo, que sólo la confianza que Dios en trágicos momentos sabe inspirar en el corazón de aquellos que son Sus amados.

Estos en verdad sangrientos episodios, cuando los creyentes fueron sitiados por regimientos del ejército persa, a manera de una insoportable pesadilla, fueron soportados —no obstante— con valor y coraje, con fe y certeza, con sacrificio y desprendimiento. Su amor por el Báb, en esos momentos en prisión, les animaba a proseguir la defensa de los intereses sagrados de su Fe por el entonces único y digno camino de esgrimir cualquier medio con tal de no renunciar a la Revelación que habían abrazado, inclusive cuando la amenaza de muerte inminente se cernía sobre ellos noche y día.

En esa interminable espera de últimas consecuencias, los amigos de Dios se dedicaban a entonar oraciones y alabar a su Creador. Los oficiales y soldados del ejército se maravillaban de tal espíritu y no eran pocas las oportunidades en que debían ser reprendidos los subordinados cuando durante las noches, tras la jornada diaria, comentaban de la incapacidad de la fuerza imperial para derrotar y tomar el fuerte, y se preguntaban dudosos, ¿qué poder era el que hacía fortalecer a los sitiados?

Los detalles de la larga contienda los podemos leer en la Narración de Nabíl, y no es nuestro deseo hacer un recuento pormenorizado de lo que Nabíl ya hizo, y de una manera admirable.

‘Abdu’l-Bahá se refiere al sufrimiento de estos siervos del Báb:

“Considerad, por ejemplo, como el enemigo había rodeado completamente el Fuerte, e interminablemente se les arrojaba las balas de cañón desde el sitio atacante. Los creyentes... llevaban dieciocho días sin comer. Ellos vivían del cuero de sus zapatos. Esto también fue pronto consumido y no tenían nada sino agua. Bebían una bocanada cada mañana y así yacían hambrientos y exhaustos dentro de su Fuerte. Cuando eran atacados, sin embargo, se ponían instantáneamente de pie en un salto y manifestaban ante el enemigo un coraje magnífico y una asombrante resistencia, y rechazaban al ejército desde sus murallas. El hambre duró dieciocho días. Era una terrible prueba. Cuando todo empezó,

estaban lejos del hogar, rodeados e incomunicados por el enemigo; mas aún estaban hambrientos y así entonces eran el blanco repentino del ejército y las bombas llovían y estallaban en el interior del Fuerte. Bajo tales circunstancias 'mantener una fe y paciencia firmes es extremadamente difícil, y soportar tales horribles aflicciones un raro fenómeno'.²³

Inicialmente los creyentes sitiados pudieron tener comunicación con el exterior; pero llegó a un extremo cuando todo contacto cesó, y eso fue lo que el Maestro ha descrito líneas arriba.

En esa primera parte, hubo acontecimientos de trascendencia como la visita de Bahá'u'lláh al Fuerte y el arribo de Quddús.

La nueva de la próxima llegada de Bahá'u'lláh al Fuerte de Ṭabarsí embargó de felicidad al corazón de Mullá Ḥusayn. Inmediatamente comunicó a sus compañeros la feliz noticia y les inculcó el amor y la reverencia que deberían mostrar a tan especial Visitante.

Ellos a la vez, realizaron los preparativos para la recepción y, contagiados por la alegría del Bábu'l-Báb alistaron todo lo necesario.

Bahá'u'lláh llegó y los alentó impartiendoles fuerzas para seguir firmes en el sendero de la Causa de Dios. Dio también instrucciones en torno a la edificación. En una de Sus observaciones dijo: "Lo único que necesita este Fortín y compañía es la presencia de Quddús. Su asociación con esta compañía la haría completa y perfecta".

Bahá'u'lláh permaneció un tiempo allí, después de lo cual se retiró. Rápidamente Mullá Ḥusayn dio las instrucciones preliminares para la liberación de Quddús, enviando una delegación al pueblo de Sári, el lugar donde se encontraba confinado. Poco después Quddús arribó.

Durante esos mismos días, Bahá'u'lláh aseguró a los defensores del Fuerte de Ṭabarsí Su deseo de unirse nuevamente con ellos. Tal intención no pudo cumplirse pues cuando Él se aprestaba a ir por segunda vez, fue detenido por un destacamento del gobernador y luego encarcelado y torturado.

Mientras durante la primera visita el asedio no era muy riguroso como lo fue después, debido a que los principales funcionarios y oficiales se hallaban atendiendo la ceremonia de coronación real pues había un nuevo monarca, durante la segunda visita proyectada, el cerco y la situación habían arreciado.

El nuevo soberano, Naṣiri'd-Dín Sháh, falto de experiencia, e instigado por sus cortesanos, ordenó el aplastamiento total de los babís congregados en el santuario de Ṭabarsí. Durante la lucha que se entabló, y cuando todo era un remolino de odio y fanatismo sobre los creyentes, el soberano no obstante tuvo la lucidez de pedir se delegue un emisario a través del príncipe que comandaba las tropas, para que indague la naturaleza y el propósito de los babís. Al emisario, Mullá Ḥusayn le dió a entender en términos claros que la misión de los babís era espiritual y que de ninguna manera tenían una intención política oculta, como estaban queriendo atribuirles los detractores del nuevo Movimiento.

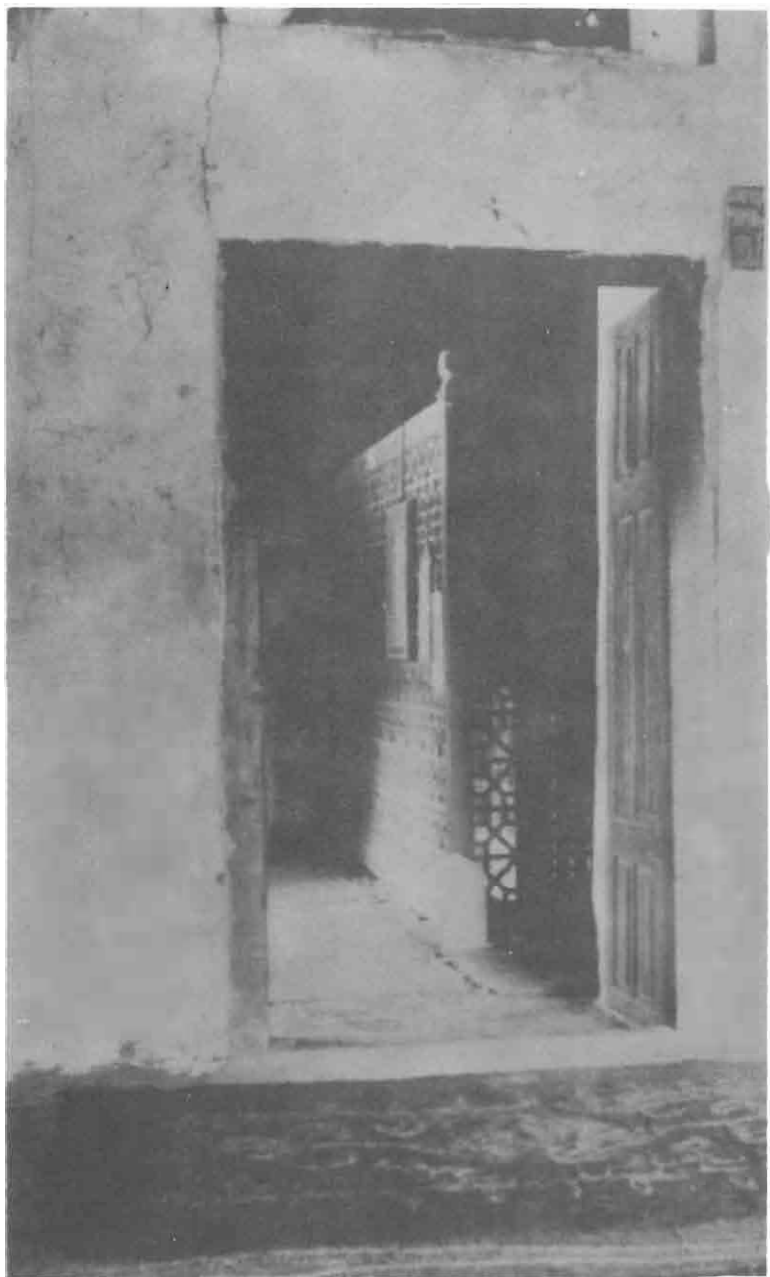
Tras esos acontecimientos es cuando se produce el arribo de Quddús. Nabíl narra así los pormenores:

“La noticia de la próxima llegada de Quddús provocó gran agitación entre los ocupantes del Fuerte Tabarsí. Al acercarse a su destino, envió a un mensajero para que anunciara su llegada. Las buenas nuevas les dieron valor y fuerza. En un estallido de entusiasmo que no podía reprimir, Mullá Husayn partió presuroso, escoltado por más o menos cien compañeros, a recibir al visitante esperado. Puso dos velas en las manos de cada uno, las prendió él mismo y les rogó que salieran al encuentro de Quddús. La oscuridad de la noche se disipó ante el fulgor de estos alegres corazones mientras marchaban a recibir su distinguido huésped. En medio del bosque de Mázindarán, sus ojos reconocieron inmediatamente el rostro que añoraban contemplar. Se apretujaron ansiosos alrededor de su cabalgadura y, con múltiples señales de devoción, le rindieron tributo de afecto y lealtad inquebrantable. Con las velas encendidas aún en sus manos, lo escoltaron a pie hasta su destino. Quddús, mientras cabalgaba en medio de ellos, aparecía como el lucero del alba que brilla entre sus satélites. Mientras se encaminaban lentamente hacia el fortín, resonó el himno de glorificación y alabanza entonado por la banda de sus entusiasmados admiradores. ‘Bendito, bendito el Señor, nuestro Dios, el Señor de los ángeles y del espíritu!’... Mullá Husayn cantó el alegre estribillo al que todos respondieron. El bosque de Mázindarán retumbó con el sonido de sus aclamaciones”.

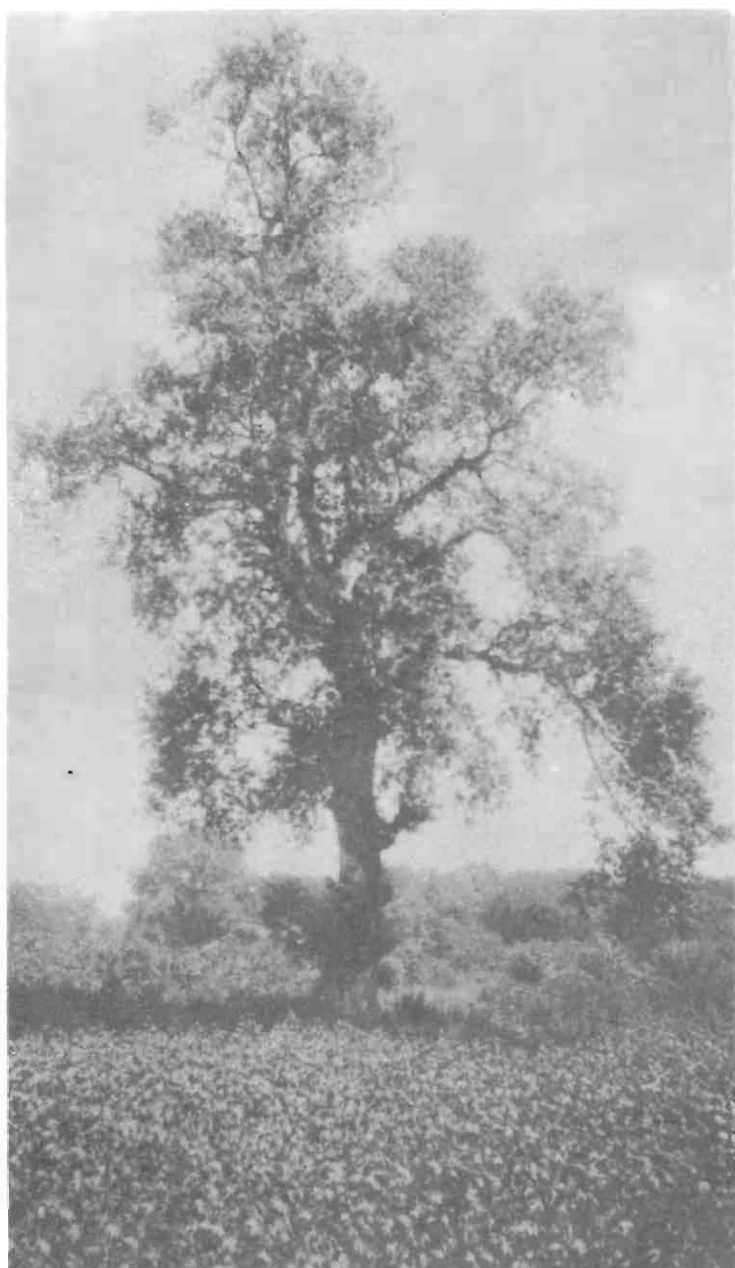
Una y otra vez, sin descanso, cada día en un grado mayor, el ejército arremetía contra el Fuerte. Aunque dotados de armas y peritos en los usos de la guerra, los regimientos eran entonces rechazados por los indomables babís en sus intrépidas salidas. Tales demostraciones de valentía llenaban de asombro a los encargados del bando real. Al grito de Mullá Husayn. “¡Montad vuestros corceles, oh héroes de Dios!”, se abrían las puertas del Fuerte y una hueste de aquellos seres intoxicados de Dios, salían a hacer su parte en esa odisea cuyas escenas empezaron a hacerse habituales.

Cuando el suministro de agua se cortó, es decir, lo más indispensable que requerían para subsistir, los enemigos sintieron confiados que pronto los ocupantes se rendirían. Se recurrió a todos los medios. Los oficiales y la plana mayor empezaban a ser recriminados públicamente y en todas las esferas de la nación, pero especialmente en la corte real en donde los tildaban de incapaces al no poder someter a una banda de religiosos.

Cierto día se vieron obligados a cavar un pozo. Mullá Husayn entonces señaló: “Hoy tendremos toda el agua necesaria para nuestro baño. Limpios de toda mancha terrenal, buscaremos la corte del Todopoderoso y nos apresuraremos a nuestra morada eterna. Quienquiera esté dispuesto a compartir la copa del martirio, que se prepare y espere la hora cuando pueda sellar con su sangre su fe en Su Causa. Esta noche, antes de la hora del amanecer, que los que deseen acompañarme estén listos para salir detrás de estas mūrallas y, dispersando



El Santuario interior del Shaykh Tabarsi



El árbol desde el cual se disparó a Mullá Husayn

una vez más las oscuras fuerzas que se han interpuesto en nuestro camino, ascender sin amarras a las alturas de gloria”.

Sintiendo así la cercanía de su propio martirio, hizo sus abluciones, se colocó la mejor ropa y el turbante que le había dado el Báb. Alrededor de la media noche, al grito de “¡Oh Tú, Señor de la Era!”, y a la cabeza de sus hombres, irrumpió en las barricadas levantadas alrededor del Fuerte, causando el pánico y desconcierto entre los soldados.

En plena embestida, su caballo se enredó en una de las sogas de una carpa, y en el intento por salir de la situación, recibió por la espalda un balazo que le disparó un oficial que se había ocultado en la copa de un árbol y que seguía de cerca sus movimientos. La descarga hizo derribar violentamente a Mullá Husayn al suelo.

Al ver la escena, tres de sus compañeros fueron presurosos donde yacía ensangrentado, y cargándole fue llevado inconsciente al recinto.

“Déjenme solo con él”, fueron las palabras de Quddús mientras pedía a Muḥammad Báqir que cerrara la puerta y rehusara permiso a quienquiera deseaba verle; “Hay ciertos asuntos confidenciales que deseo que sólo él sepa”.

“Unos instantes después”, así narraron después unos creyentes las dolientes escenas, “nos sentimos sorprendidos al oír la voz de Mullá Husayn que contestaba preguntas de Quddús. Durante dos horas siguieron conversando juntos. Nos sorprendió ver a Muḥammad Báqir muy preocupado. ‘Estaba observando a Quddús’, nos informó posteriormente, ‘por una rendija de la puerta. En cuanto pronunció su nombre vi a Mullá Husayn levantarse y sentarse como acostumbraba en cuclillas a su lado. Con la cabeza gacha y los ojos entornados, escuchó cada palabra que caía de los labios de Quddús y respondió a sus preguntas. —Has apresurado la hora de tu partida— oí decir a Quddús, —y me has abandonado a la misericordia de mis enemigos. Quiera Dios, antes de mucho, me una contigo y guste la dulzura de los goces inefables del cielo—. Pude escuchar las siguientes palabras pronunciadas por Mullá Husayn: —Que mi vida sea un rescate por tí. ¿Estás contento conmigo?—’.

Pasó largo rato antes que Quddús pidiera a Muḥammad Báqir que abriera la puerta y admitiera a sus compañeros. ‘Me he despedido por última vez de él’, dijo mientras entrábamos en la pieza, ‘cosas que antes consideraba imposible decir, ahora las he compartido con él’. Al llegar encontramos que Mullá Husayn ya había expirado. Aún quedaba en su rostro una leve sonrisa. Tal era la paz de su semblante, que parecía estar dormido. Quddús se preocupó de su entierro, lo vistió con su propia camisa y dio instrucciones que lo colocaran descansando hacia el sur y contiguo al santuario del Shaykh Tabarsí. ‘Bien has hecho en permanecer fiel, hasta el último momento, al Convenio de Dios’, dijo él al despedirse con un beso sobre los ojos y frente. ‘Ruego a Dios que conceda que nunca se produzca una división entre tú y yo’. Habló con tanto dolor que los siete compañeros que estaban de pie a su lado derramaron abundantes lágrimas y desearon

haber sido sacrificados en su lugar. Quddús, con sus propias manos, colocó el cuerpo sobre la tumba y advirtió a los que estaban cerca de él que guardaran el secreto sobre el lugar en que descansaba y que no lo revelaran ni siquiera a sus compañeros”.

Era el 2 de febrero de 1849 y tenía entonces 36 años de edad. Habíase apagado heroicamente una de las luminarias más brillantes del firmamento de la Dispensación del Báb. Su muerte, que precedió meses antes al martirio de Quddús, causó profunda tristeza al corazón del Báb.

“El Báb estaba transido de dolor”, relató posteriormente. Su amanuense, “al recibir esta noticia inesperada. Se sintió desfallecer de pena, una pena que acalló Su voz y detuvo Su pluma... las lágrimas llovían sin cesar de Sus ojos y expresiones de angustia brotaban constantemente de Sus labios”.

A su muerte, el Báb reveló en su honor “elogios, oraciones y tablas de visitación equivalentes a tres veces el volumen del Corán”. Poco después comisionó a uno de Sus distinguidos discípulos para que se dirigiera en Su nombre al lugar donde reposaban sus restos y le encargó traer para Sí un puñado de esa tierra... “el polvo de cuya sepultura, según lo había declarado aquella misma Pluma, era de tal potencia que podía alegrar a los apenados y curar a los enfermos”.²⁴



II

SIYYID YAḤYÁ—I—DARABÍ

Intitulado

VAḤID —EL INCOMPARABLE—

¡Oh Hijo del Hombre!
Magnífica Mi Causa y He de
revelarte los misterios de
Mi grandeza y brillar sobre
tí con luz de eternidad.

—Bahá'u'lláh—

1. El Comisionado de Muhammad Sháh

Siyyid Yahyá-i-Darábí, llamado Vahíd, nació en la aldea de Daráb cerca de Shíráz, dentro de la provincia persa de Fárs.

Su familia era de noble linaje. Su padre, Siyyid Ja'far, era un descendiente del Profeta Mahoma y a la vez un personaje muy reconocido por su carácter piadoso y su amplia cultura, especialmente dentro del campo filosófico y religioso.

Por su fama y méritos ganó el nombre de Kashfí, que significa el descubridor.

La familia de Vahíd era además poseedora de una vasta riqueza. Las pertenencias se extendían a tres palacetes, uno en Yazd, otro en Nayríz y uno más en Daráb; todos ellos amoblados con mucho lujo.

De niño, Vahíd dio a sus parientes sorprendentes muestras de haber heredado las cualidades de su progenitor y a la vez maestro. Siendo ya joven, ganó el respeto y admiración que le eran deparados a su padre.

'Abdu'l-Bahá ha dicho de él que "había memorizado no menos de 30,000 tradiciones y era tenido en muy alta estimación y admirado por toda clase de persona. Había alcanzado renombre universal en Persia y su autoridad y erudición eran ampliamente reconocidos".¹

Durante un tiempo Vahíd fue a radicar a Teherán —la capital—, y allí siguió desarrollando estos dones, pudiendo tener contacto con la corte real y relacionarse con el soberano Muhammad Sháh e importantes funcionarios del reino.

El emperador y su primer ministro lo tenían en alta consideración y, por sus elevadas normas de rectitud, conocimiento y confiabilidad le fue confiada una misión de prestigio, la que vino a ser el camino para su acercamiento a la Causa de Dios.

Como vamos a ver, Vahíd llegó a ser uno de los más amados discípulos del glorioso Báb.

Por esos días precisamente, cuando Vahíd contaba con 35 años de edad, el nuevo Movimiento proclamado desde Shíráz comenzaba a dar sus señales de maravilloso poder de crecimiento y su influencia penetrante amenazaba, a los ojos de sus opositores, extenderse velozmente a ciudades enteras y diferentes estratos sociales.

El revuelo que causó la aparición de las enseñanzas del Báb prendió una chispa de cuestionamiento a los principios fundamentales de la vieja ortodoxia musulmana, cuyos exponentes consideraron de primer momento detenerla a costa de cualquier esfuerzo y recurso.

Muhammad Sháh eligió a Vahíd de entre todas las personas bajo su confianza para que se dirigiese a Shíráz, el centro de la floreciente Fe, e investigue en su nombre la naturaleza y los alcances de la Revelación del Báb.

A través de Mírzá Lutf-'Alí, el maestro de ceremonias de la corte y anfitrión de Vahíd en su propia casa por encargo del rey, comunicó el carácter confidencial de la misión que el monarca le encargaba personalmente.

Vahíd partió a Shíraz a fin de obtener la información necesaria de la misma Fuente de Revelación y luego arribar a una conclusión, teniendo después que mandar un informe final al soberano.

Pero los próximos días demostrarían el efecto sobrecogedor que la Manifestación de Dios —el Báb— ejercería en el corazón de Vahíd durante tres entrevistas hasta haber cautivado totalmente su ser.

La primera de estas audiencias se realizó en la casa de Hájí Mírzá Siyyid 'Alí, el tío del Báb. Esta sirvió para que pudiera formular al Báb las intrincadas preguntas que había preparado de antemano. Tenía en mente encontrar algún punto débil dentro de Sus enseñanzas, pero las respuestas que obtuvo, brillantes más bien por su concisión, erudición y sencillez, trastocaron en humillación el insulso orgullo con que había ingresado a la reunión.

Dándose cuenta de su inferioridad, prometió de todas maneras regresar. Esta vez, para plantear le sean aclarados ciertos temas teológicos de abstruso entendimiento. Al disponerse a iniciar su interrogatorio encontró a su sorpresa que lo que tenía que preguntar de súbito se había borrado de su memoria. Su asombro creció cuando el Báb empezó a darle una elucidación completa de cada una de las cuestiones que se proponía formular.

Completamente confuso ante tan poderosa confirmación del maravilloso y sobrehumano poder del Báb, decidió retirarse para tratar de poner en orden sus ideas.

“Resolví que”, así relató posteriormente aquellos momentos, “en mi tercera entrevista con el Báb, en lo más íntimo de mi corazón, le pediría que revelara un comentario sobre el Sura de Kawthar.^a Decidí: no mencionar esa petición en Su presencia. Si Él, sin que yo se lo pidiera, revelara este comentario en un estilo que inmediatamente lo distinguiera a mis ojos de los tipos prevalecientes comunes entre los comentaristas del Corán, estaría convencido del carácter divino de Su Misión, y sin vacilaciones abrazaría Su Fe, sinó, rehusaría reconocerlo.

En cuanto entré a Su presencia, un sentimiento de pavor, para el que no hallaba explicación, se apoderó repentinamente de mí. Mis miembros temblaban mientras contemplaba Su rostro. Yo, que en repetidas ocasiones había sido introducido a la presencia del Sháh y jamás había mostrado huella de timidez ni la había sentido, ahora estaba tan sobrecogido e impresionado que no podía permanecer erguido sobre mis pies.

El Báb, al ver mi condición, se levantó de Su asiento, se acercó a mí, y tomándome de la mano, me sentó a Su lado.

a. Un capítulo del Corán.

—‘Busca de Mí’, dijo, ‘cualquier cosa que desee tu corazón. Yo te lo revelaré’.

Estaba mudo de asombro. Como un bebé que no puede comprender ni hablar, me sentí impotente para responder. Sonrió mientras me miraba y dijo:

—‘Si yo revelara para tí el comentario sobre el Sura de Kawthar, ¿reconocerías que Mis palabras nacen del Espíritu de Dios? ¿Reconocerías que en ningún momento Mis palabras pueden ser atribuidas a nigromancia o magia?’

Las lágrimas corrían de mis ojos cuando le oí decir estas palabras. Todo lo que pude decir fue este versículo del Corán: ‘¡Oh nuestro Señor! Hemos procedido injustamente con nosotros mismos: si Tú no nos perdonas y tienes piedad de nosotros, seguramente seremos de los que perecen’.

Era aún temprano en la tarde cuando el Báb pidió a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí que le trajera Su caja de plumas y papel. Entonces empezó a revelar Su comentario sobre el Sura de Kawthar. ¿Cómo describiré esta escena de inexpresable majestad? Los versos fluían de Su pluma con una rapidez que era en verdad asombrosa. La increíble velocidad de Su escritura, la suave y dulce entonación de Su voz y la fuerza estupenda de Su estilo me dejaron pasmado y desconcertado. No se detuvo hasta que completó la totalidad del Sura. Entonces dejó Su pluma y pidió té. Poco después empezó a leerlo en voz alta en mi presencia. Mi corazón brincaba locamente mientras Le escuchaba derramar, en acento de indescriptible dulzura, los tesoros encerrados en ese comentario sublime.

Estaba tan encantado por su belleza que en tres ocasiones estuve a punto de desmayar. Trató de fortalecer mis debilitadas energías rociándome la cara con agua de rosas. Esto resplandeció mi vigor y me hizo posible continuar escuchando Su lectura hasta el final”.²

Vahíd entonces había abrazado la Nueva Fe.

Cumplió con su obligación de dar a conocer a la corte imperial, con un informe, las experiencias que había vivido en presencia del Báb. Pero él ya no regresó. Comprendió de inmediato y a cabalidad la grandeza de la Causa que había abrazado y con la misma facilidad desechó su alta posición y se convirtió en un maestro viajero de la Fe.

Mediante esos encuentros, adquirió una confianza inamovible en la victoria de la Causa de Dios y, pleno de esta convicción, se levantó encima de cualquier obstáculo y con denodada firmeza al servicio del ahora su Señor.

Mas la noticia de su conversión corrió como reguero de pólvora. Siendo el más destacado y erudito de sus colegas en la corte, algunos de ellos temieron de la influencia que podría tener en las personas de posición allegadas a él.

El primer tropiezo lo halló en la residencia donde estaba hospedado, es decir, en la casa del en verdad rapaz y sanguinario Husayn Khán, gobernador de la provincia.

Esta persona, al sentir que Vahíd seguía pasando mucho tiempo en la compañía del Báb, en lugar de frecuentar a los principales del lugar que acudían ha-

cia él, envió al soberano una carta explicativa calumniando a Vahíd.

Grande fue su sorpresa, cuando el soberano en su respuesta le manifestaba que "está estrictamente prohibido a todos nuestros súbditos decir cualquier cosa que tienda a menoscabar la exaltada posición de Siyyid Yahyá-i-Darabí. Es de noble linaje, hombre de gran erudicción, de perfecta y completa virtud. Bajo ninguna circunstancia inclinaría su oído a ninguna causa a no ser que la crea conducente al progreso y mejores intereses de nuestro reino y el bienestar de la Fe del Islám".³

Aunque esta epístola anuló nominalmente lo que planeaba hacer, siguió empeñado ocultamente en promover la discordia.

Para ese tiempo, Vahíd recibió un mandato del Báb por el cual debería ir a Burújird a enseñarle la Fe a su padre, Fue donde su padre, pero éste no aceptó aunque tampoco rechazó el Mensaje. Decidió, mas bien, seguir su propio camino.

Desde esos momentos Vahíd inició una serie de visitas extensivas a diferentes pueblos del reino, difundiendo con vigor las enseñanzas. Pasó en incesante labor por Kurdistán, Teherán, Ardistán, Ardikán. Luego a Yazd y finalmente a Nayríz, sede de su eventual martirio.

* * *

2. Bahá'u'lláh y Vahíd en Teherán

Dentro de este itinerario, en la capital, Vahíd conoció a Bahá'u'lláh. Este acontecimiento sucedió en el tiempo cuando la Bendita Belleza era conocida entonces por la gente como Mírzá Husayn 'Alí, y aún no había recibido Su misión como Mensajero de Dios.

Por ese entonces, El era conocido por los creyentes como Jináb-i-Bahá^a y Su augusta figura, tras el destierro y cautiverio del Báb en las agrestes montañas de Adhírbáyján, se alzaba como el líder y la fuerza inspiradora de la perseguida comunidad babí.

Estos todavía pequeños grupos de creyentes, dispersos a lo largo y ancho del territorio persa, creían con toda sinceridad en la Revelación del Báb y estaban dispuestos a derramar su sangre, presentado el momento. Aunque no tenían un conocimiento general de la Revelación, quiere decir, que vivían todavía dentro de los preceptos de la religión musulmana, su fe natal, ellos sin embargo mantenían una firmeza sorprendente en Su Causa.

Para la fecha de la visita de Vahíd a la capital, ya se habían producido los luctuosos acontecimientos del Fuerte de Tabarsí en donde Mullá Husayn, Qudús y más de trescientos babís habían sucumbido heroicamente ante las combinadas fuerzas militares y eclesiásticas.

Este suceso convulsionó la vida interna del dominio y habíase convertido en un verdadero dolor de cabeza a los oponentes de la Nueva Fe. Empero, la masacre sirvió para avivar el fuego que latentemente ardía en los corazones de los babís para promover su doctrina. A medida que esta cruenta lucha se desarrollaba, de diferentes direcciones acudían los creyentes y se ofrecían para alistarse en las filas de Mullá Husayn, como defensores del Fuerte. Hubo el caso de padres y madres que entregaban a sus hijos como una inmolación a la Causa de Dios.

Bahá'u'lláh se encontraba también entre quienes ofrecieron Su ayuda a los compañeros sitiados. En una segunda oportunidad, sin embargo, no pudo concretar Su deseo, en vista de las condiciones que por entonces habían recrudecido. Al tratar de acercarse al Fuerte, fue arrestado y después maltratado y torturado.

Vahíd era también uno de los que se disponían a unirse a las filas del glorioso Tabarsí. Cuando a su paso por Teherán se encontró con la infortunada noticia que todo contacto con los compañeros había sido cortado, se sintió muy triste, pero por un poco tiempo, pues para esos instantes Bahá'u'lláh regresaba del intento de llegar al interior del Fuerte y reunirse con sus defensores.

Aunque la nueva de la suerte de los babís frustró el deseo suyo por el que esperaba de similar manera rendir algún servicio notable a su Fe, el encuentro

a. Su Alteza Bahá.

con la Bendita Belleza trocó en alegría su amargura pues además se convirtió en Su huésped.

Vahíd llegó a entender la verdadera grandeza de la estación de Bahá'u'lláh a través del período que estuvo en Su casa.

En esos días, pasó por la residencia de Bahá'u'lláh un destacado creyente llamado Sayyáh. Regresaba de un peregrinaje a las tumbas de Mullá Husayn y Quddús a pedido del Báb. Estos dos grandes babís habían muerto como consecuencia de la tragedia del Fuerte de Tabarsí.

Serían los mediados del año de 1849 cuando se da la estadía de Sayyáh en Teherán, la misma que es descrita así por un testigo presencial.

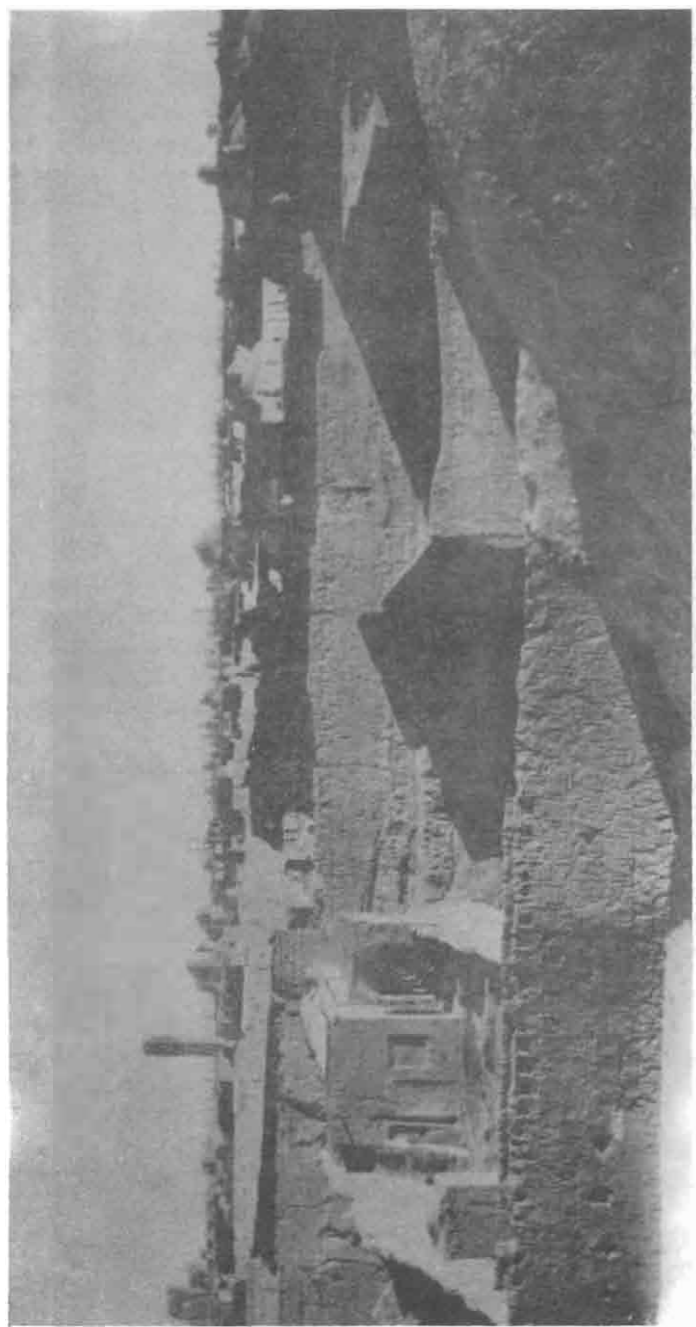
“Era pleno invierno cuando Sayyáh, de regreso de su peregrinaje, vino a visitar a Bahá'u'lláh. A pesar del frío y la nieve de un invierno riguroso, se presentó vestido con la indumentaria de un derviche, con ropas pobres, descalzo y desgarrado. Su corazón estaba ardiendo con la llama que ese peregrinaje había encendido. Apenas había sido informado Siyyid Yahyá-i-Darabí, de apellido Vahíd, que en aquel entonces era huésped de Bahá'u'lláh, del regreso de Sayyáh del Fuerte de Tabarsí, cuando olvidando la pompa y circunstancia a que estaba acostumbrado a causa de su posición, se apresuró a lanzarse a los pies del peregrino.

Tomando sus piernas, que estaban cubiertas de barro hasta las rodillas, entre sus brazos, las besó con devoción. Me sorprendí ante las numerosas evidencias de afecto que Bahá'u'lláh mostró ese día a Vahíd. Le dispensó favores tales como no le he visto mostrar a nadie. La naturaleza de Su conversación no me dejó duda alguna de que ese mismo Vahíd se distinguiría antes de mucho, con acciones no menos extraordinarias que las que habían inmortalizado a los defensores del Fuerte Tabarsí”.⁴ “Sayyáh permaneció algunos días en esa casa. Sin embargo, no pudo percibir, como lo hizo Vahíd, la naturaleza de ese poder que yacía latente en Su Anfitrión”.⁵

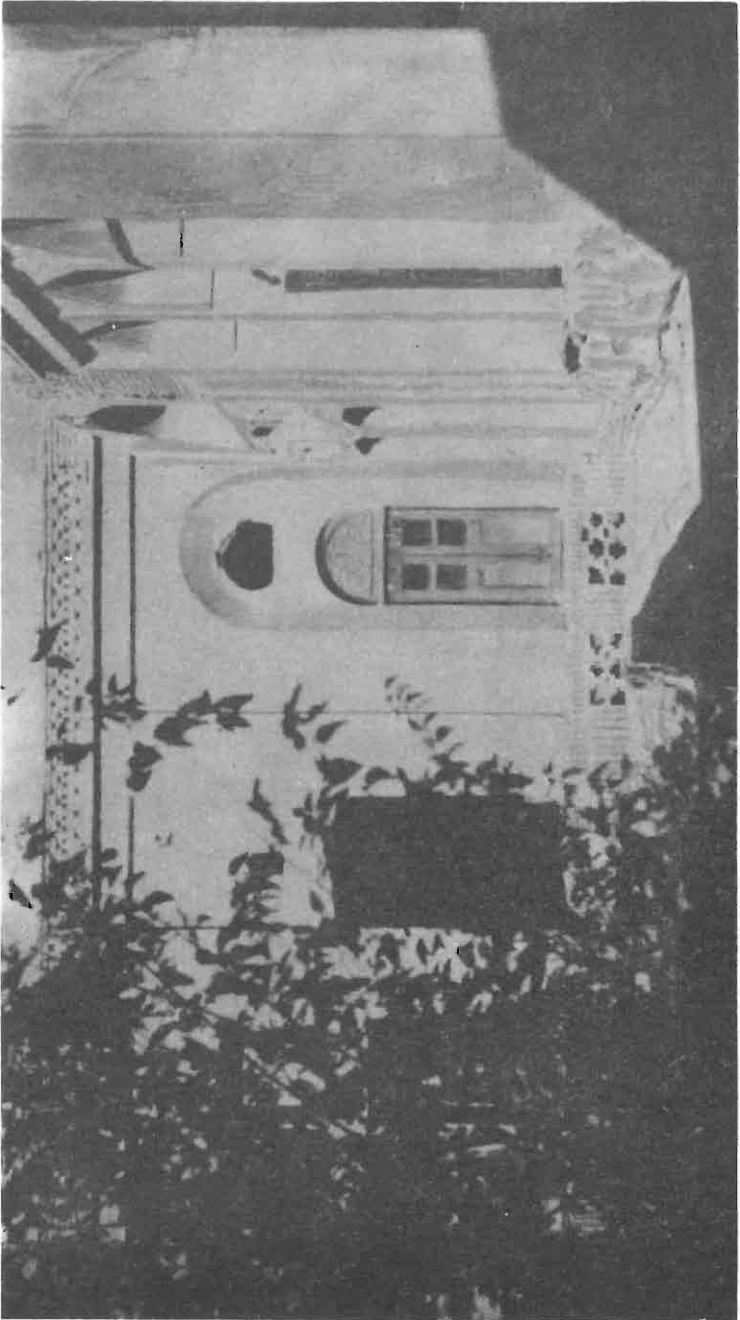
Otra persona de la época escribió: “Después del transcurso de algún tiempo, cuando tuve una vez más el honor de encontrarme con Áqá Siyyid Yahyá (Vahíd) en Teherán, pude observar en su augusto rostro las señales de una gloria y poder que no había notado durante mi primer viaje con él a la capital, ni en otras ocasiones que lo encontré, y me dí cuenta que estas señales presagiaban la aproximación de su partida de este mundo. Posteriormente, dijo en varias ocasiones durante la conversación: ‘Este es mi último viaje y después de este ya no me volverás a ver más’, y a menudo, ya sea en forma explícita o por insinuación, expresó el mismo pensamiento...”⁶

‘Abdu'l-Bahá en Su libro “Memoria de los Fieles”, relató cómo estando Él sentado, siendo muy niño, en el regazo de Tahírih, escuchaba una discusión entre esta heroína y Vahíd, al otro lado de la cortina. Indudablemente hubo otros de estos encuentros en los que tuvieron la oportunidad de conocerse.

Muy probablemente, estas reuniones se realizaron en la casa de Bahá'u'lláh,



La ciudad de Yazd



La Casa de Vahid en Yazd

pues aunque era ella virtualmente prisionera en la residencia del alcalde de la ciudad se presume que debido a la posición social de Bahá'u'lláh, le era permitido salir en ciertas ocasiones bajo Su garantía y fianza.

Lady Blomfield, quien estuvo presente cuando 'Abdu'l-Bahá dio una charla en Londres, mencionando la cercanía de Bahá'u'lláh, Tahírah y Vahíd, escribió años después: "Él ('Abdu'l-Bahá) siendo un pequeño niño estaba sentado sobre las rodillas de Qurratu'l-'Ayn (Tahírah), quien estaba en el salón privado de Su madre, Asíyih Khánum, estando abierta la puerta de ese cuarto, pudieron escuchar detrás de la cortina la voz de Siyyid Yahyá quien hablaba 'arguyendo con Mi Padre' ".⁷

* * *

3. El Episodio de Yazd

Vahíd sirvió al Báb con todo su amor y devoción. Luego de aquellas tres entrevistas no necesitaría prueba adicional de la validez de Su divina Misión. Aunque dotado de un conocimiento magnífico, este sólo le sirvió al final para proclamar autorizadamente Su Causa. Y de inmediato no vaciló en clarificar estas evidencias ante los ojos del pueblo, de la corte y del clero. Indudablemente, para muchos de ellos, cualquier expresión salida de sus labios era considerada la verdad misma.

La fecha de estas audiencias, de acuerdo a su testimonio, se ubican dentro de los meses de abril y mayo de 1846.

De Teherán decidió encaminar sus pasos hacia Yazd, ciudad en donde poseía una lujosa residencia.

Cuando anteriormente, en el encargo de la misión que le dió el rey para investigar las enseñanzas del Báb, él cruzó esta misma ciudad, ocasión en la cual habló públicamente a la población de la razón de su viaje a Shíráz. La gente yazdí, conocedores de las capacidades propias de él, le dio las seguridades de atenerse a cualquier veredicto al que arribase.

La llegada de Vahíd coincidió simultáneamente con la Fiesta de Naw Rúz^a y el aniversario de la Declaración del Báb. Él mismo ofreció en su residencia un espléndido banquete al que fueron invitados los dignatarios y funcionarios de mayor peso dentro de la jurisdicción.

Ellos ya en gran número acudieron para darle la bienvenida, pero la suntuosa recepción fue la causa de envidia de más de uno, particularmente de un tal Navváb.

Tratando Navváb de incomodar a los asistentes y por cierto a Vahíd, adujo con malicia que detrás de la hospitalidad se escondía otro propósito fuera de la celebración de la Fiesta Nacional de Naw-Rúz.

A todas estas actitudes, Vahíd le lanzó una sagaz y certera respuesta dejándolo en ridículo en medio de las risas de la concurrencia. Pero, sobre todo, Vahíd aprovechó el momento para declarar abiertamente la Misión del Báb y explicando finalmente cómo había decidido abrazar Su Causa y estaba empeñado en esparcirla.

En realidad, a su vasta erudicción nadie atreviase a refutarle, ni menos cuando mostrando lúcidamente las pruebas y señales de la Nueva Manifestación de Dios los invitó a seguirle.

Determinado número de los presentes se sintieron movidos a identificarse con él y ser nuevos babís. Otros, no respondieron adecuadamente y cultivaron en silencio un resentimiento hacia su persona y a la Causa que, luego se hizo evidente, al condenar su presencia en la ciudad.

a. Fiesta Nacional persa de Año Nuevo.

Vahíd siguió imperturbable con su labor y rodeado de los fieles. Dentro de su casa atendía diligentemente a los cuantiosos amigos y creyentes que venían de diferentes puntos buscando su guía.

Pero los ánimos de sus opositores se exacerbaban ante su impotencia de detener la ascendencia creciente de Vahíd y fue cierto día, cuando su casa se vio rodeada de una tropa del gobernador, azuzado éste por las intrigas de Navváb.

Una turba que también se había sumado a los guardias, trató de forcejear amenazadoramente la entrada. Cuando unos minutos después la situación se había hecho incontenible y el peligro más riesgoso, los creyentes pidieron a Vahíd su consejo.

Él les replicó:

“Este sable que yace ante mí, me fue obsequiado por el Qá’ím Mismo. Dios sabe que si hubiera sido autorizado por Él para librar la guerra santa contra esta gente, sólo y sin ayuda, hubiera aniquilado sus fuerzas. Sin embargo, se me ordena evitar tal acción. Este mismo caballo me fue obsequiado por el extinto Muḥammad Sháh para que con él pudiera cumplir la misión que me había confiado, la de hacer una investigación imparcial de la naturaleza de la Fe proclamada por Siyyid-i-Báb. Me pidió que le informara personalmente los resultados de mi investigación ya que yo era el único de los dirigentes eclesiásticos de Teherán en quien podía poner toda su confianza.

Emprendí la misión con el firme propósito de refutar los argumentos de ese Siyyid y de inducirle a que abandonara sus ideas, y reconociera mi jefatura y de llevarlo conmigo a Teherán como testigo del triunfo que iba a lograr. Cuando entré a Su presencia, sin embargo, y escuché Sus palabras, sucedió lo contrario de lo que me había imaginado.

Durante mi primera audiencia con Él, me sentí avergonzado y confundido; al fin de la segunda, me sentí tan impotente e ignorante como el polvo bajo Sus pies. Por cierto que había dejado de ser el despreciable Siyyid que me había imaginado anteriormente.

Para mí era la Manifestación de Dios Mismo, la personificación viviente del Espíritu Divino. Desde ese día he ansiado dar mi vida por Él. Me regocijo ver que el Día que he ansiado atestiguar se acerca rápidamente”.⁸

No había pasado mucho tiempo cuando se escuchó la voz de un creyente llamado Muḥammad ‘Abdu’lláh a quien creían desaparecido. Éste y otros amigos habían dispersado las fuerzas atacantes al grito de “¡Yá Şáhíbu’z-Zamán!” (¡Oh Tú, Señor de la Era!). En su apuro los asaltantes habían tratado de refugiarse en el Fuerte Nárín.

Victoria tan sobresaliente sirvió para demostrar el espíritu elevado de los que seguían a Vahíd y también su presteza para defender a cualquier precio su Fe.

Vahíd luego se explayó sobre las circunstancias que en el futuro empezaban a arrear. Instruyó a Muhammad 'Abdu'lláh para abandonar la ciudad y de esta manera evitar cualquier otra fricción que pudiera inflamar más la caldeada atmósfera.

Mientras tanto, Navváb parecía resistirse a creer en la superioridad espiritual y moral del puñado de creyentes más que en su resistencia física.

Se encontraba preparando un ataque más reforzado, cuando Vahíd se enteró de ello y ordenó a uno de los presentes para que se dirigiese por las calles de la ciudad proclamando la naturaleza y propósito de la Revelación del Báb y, conminando a la gente a no intentar agredir a Vahíd y sus filas y guardar un estado de paz.

El impacto que produjo la alocución elocuente de ese creyente, calmó los ánimos y atrajo la simpatía de una gran cantidad de personas.

Para esos momentos, Muhammad 'Abdu'lláh había desobedecido la palabra de Vahíd y se había dirigido al Fuerte Nárín persiguiendo a las tropas que desesperadas buscaban refugio. Y el obstinado Navváb, no renunciando a sus bajos designios, provocó otra vez a ciertos elementos de la población, induciéndoles a combatir contra Muhammad 'Abdu'lláh.

El gobernador trató de sacar ventaja de esta idea y envió un regimiento para reforzar el ataque al grupo de los desatentos creyentes. Por último, éstos salieron mal parados de la batalla campal y Muhammad 'Abdu'lláh fue llevado herido del pie a la presencia de Vahíd.

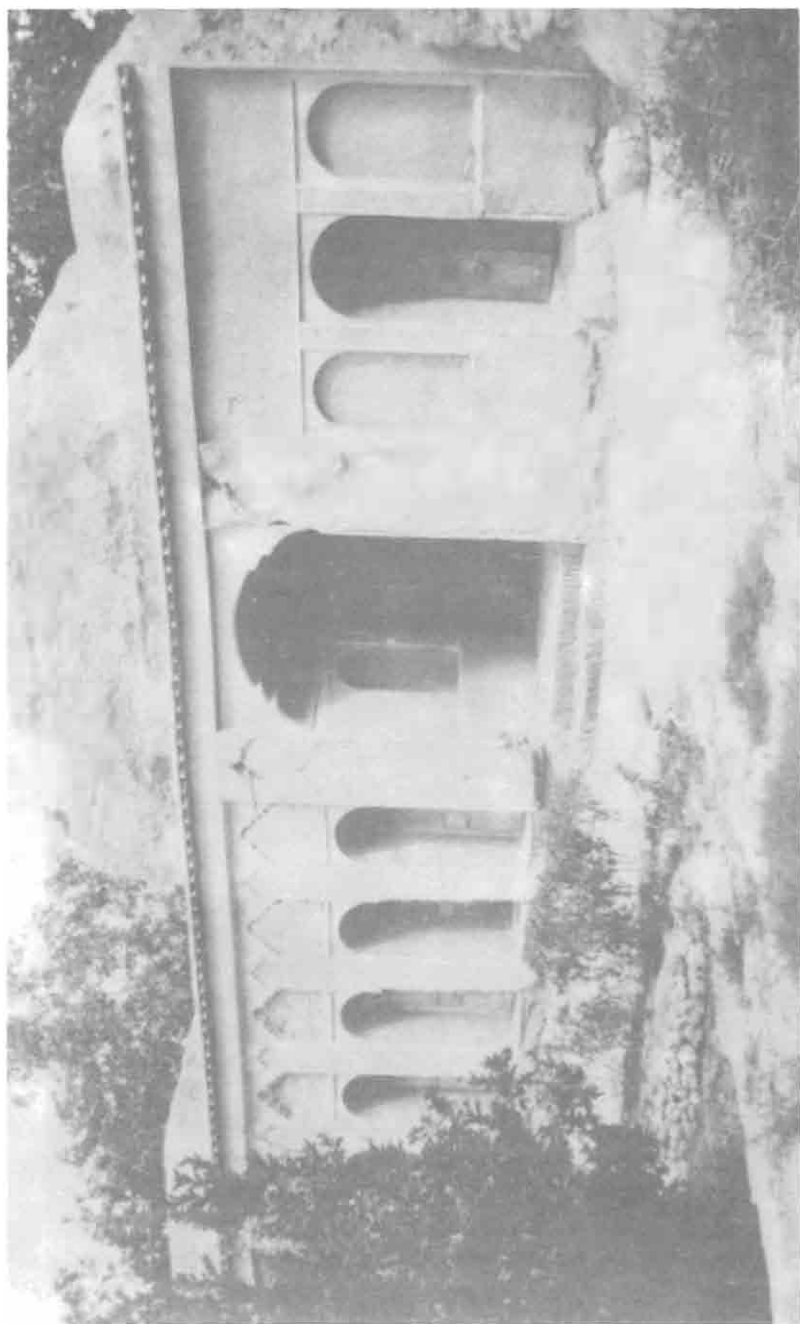
La enardecida turba se trasladó a la casa de Vahíd pidiendo el cadáver del babí. Ante la gravedad de la situación, Vahíd determinó la salida de una banda de siete creyentes a quienes seleccionó de su alrededor.

Al grito de Alláh-u-Akbar (Dios es el Más Grande) repelieron impetuosamente el ataque.

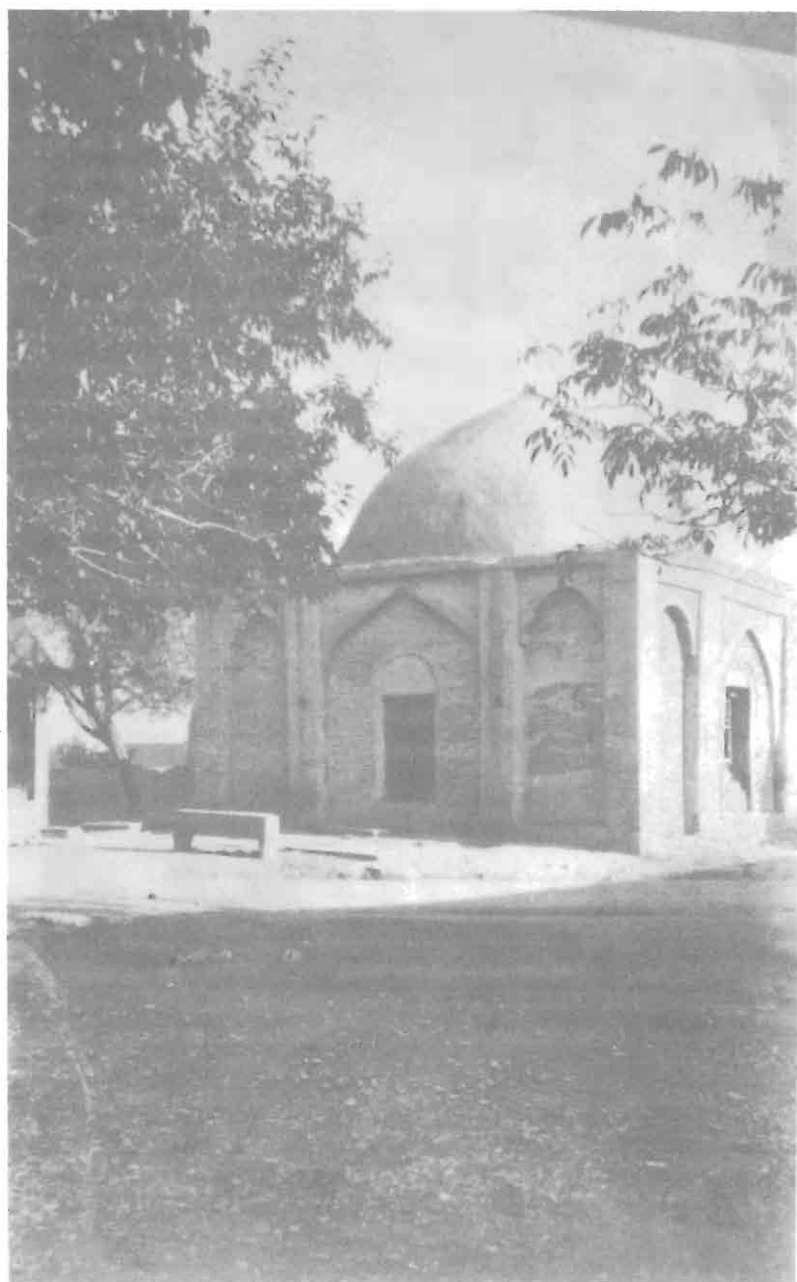
Nuevamente la victoria recayó sobre los babís y demostró el carácter arrollador de la Fe del Báb. Inmediatamente Vahíd decidió dejar Yazd en compañía de dos de sus cuatro hijos encomendando su esposa a los otros dos. Asimismo les dijo a los amigos que deberían dispersarse y abandonar la ciudad.

En esos instantes de tanta emoción se refirió a la suerte final de su lujosa mansión. Dijo:

"Esta residencia palaciega la he construído con la única intención de que eventualmente fuera demolida en el sendero de la Causa, y los muebles suntuosos con que la he adornado los he adquirido con la esperanza que algún día podría sacrificarlos por mi Bien Amado. Entonces, tanto mis amigos como mis enemigos se darán cuenta que aquel que poseía esta casa tenía una herencia tan grande e inapreciable que, una mansión terrena, no importa cuán suntuosamente adornada y equipada, no tenía valor alguno a sus ojos; que había caído, a su parecer, al estado de un montón de huesos por los que sólo los perros de la tierra podrían sentir atracción. ¡Ojalá prueba tan competente del espíritu de



La Casa de Vahid en Mayriz



Sepulcro de Vahid en Nayriz

renunciación pudiera abrir sus ojos a esta gente perversa y provocara en ellos su deseo de seguir los pasos de aquel que mostró tal espíritu!"⁹

* * *

4. Los Mártires de Nayríz

La salida de Vahíd de la ciudad de Yazd fue la señal para que una turba descontrolada se moviese hacia su morada, asaltándola para finalmente dejarla en ruinas, o sea, en la condición que su propietario había predicho.

Entonces Vahíd se dirigió a Nayríz, en cuya jurisdicción poseía otra envidiable mansión. La gente igualmente alababa allí su posición y erudicción.

Abriéndose paso entre las agrestes montañas, caminando a través de largas distancias, logró por último hacerse un pequeño refugio en una caverna. Esta distaba poco de la vivienda de un hermano suyo, quien le proveyó con los recursos indispensables para proseguir la marcha que restaba a través de las distintas aldeas que le tocaría pasar hasta su llegada a Nayríz.

El elevado espíritu de Vahíd le permitía descifrar su propio destino más allá de lo que los demás podían entender. En cierta oportunidad en que se disponía a dejar Teherán por última vez, manifestó a otro creyente: "... los santos de Dios pueden predecir los acontecimientos por venir y juro por el Amado en el poder de cuya mano yace mi alma que sé y puedo decir dónde y cómo seré muerto y quién será el que me dará muerte. ¡Cuán glorioso y bendito es que mi sangre sea derramada para enaltecer la Palabra de la Verdad".¹⁰

Nabíl asegura la existencia de una Tablilla del Báb dirigida a los creyentes de Nayríz en general, siendo realmente Vahíd quien a su arribo, reveló las verdades contenidas en esa epístola.

No es de extrañar que a medida que se acercaba a Nayríz, sentía próximo su martirio, y que iba intuyendo la sublimidad de los días restantes que los iba pasar difundiendo intensamente la Fe.

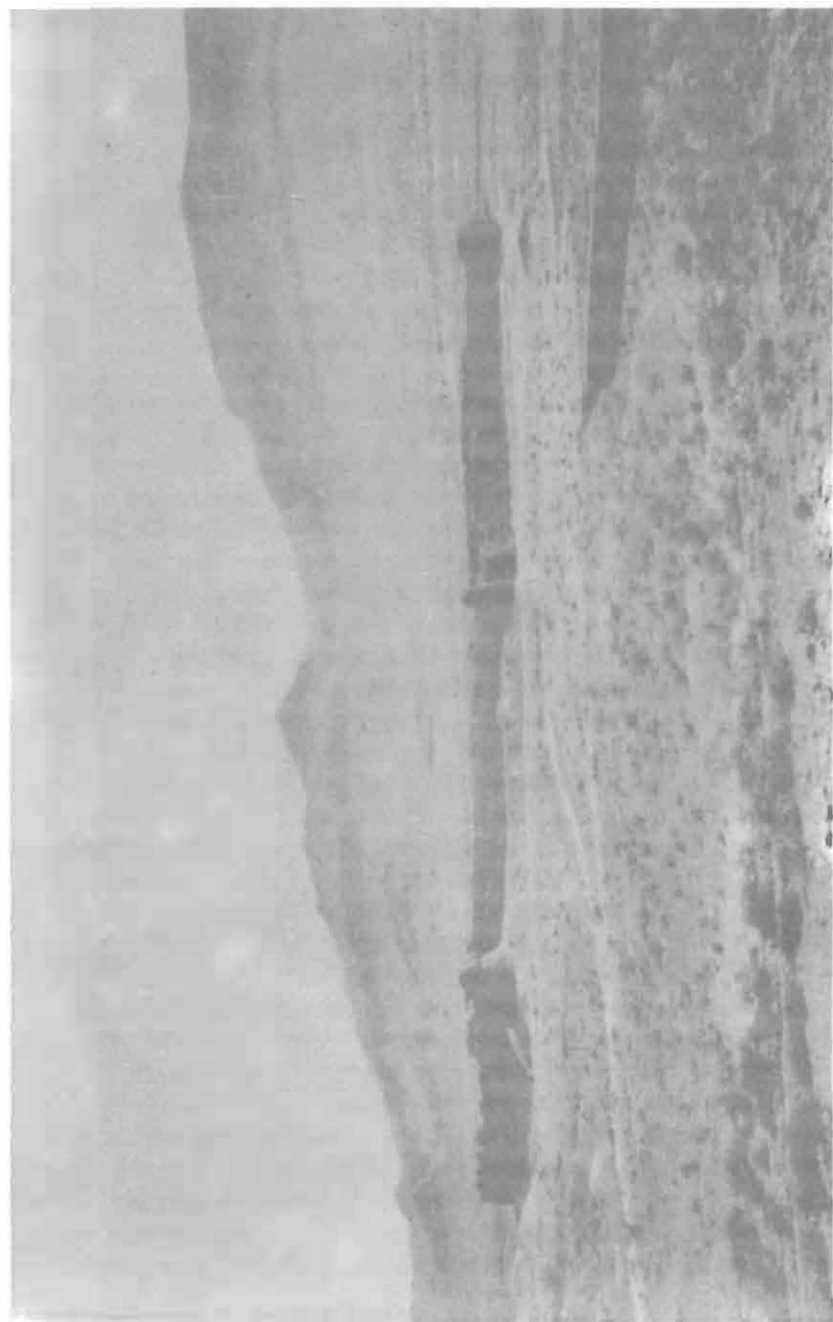
"Por cualquier aldea que paso", se le oía decir, "en que no inhale de sus habitantes la fragancia de la Fe, no tengo agrado de su alimento y bebida".

Su costumbre invariable apenas desmontaba de su caballo consistía en ir al templo y proclamar la Causa del Báb.

En Bavánát-i-Fárs consiguió enrolar al sacerdote de más prominencia. Prosiguiendo su camino, hizo luego una parada en Rúníz y días después fue recibido por una comitiva procedente de la localidad de Chinár-i-Súkhthih. La numerosa delegación se había apresurado a darle la bienvenida sabedores de su viaje a Nayríz. En los siguientes días continuaron viniendo un gran número de admiradores de diferentes direcciones, no obstante las medidas de represalias dictadas por el gobernador Zainu'l-'Ábidín Khán dispuesto a tomar contra sus familiares.

Esta autoridad había sentido seguramente la creciente ascendencia de las enseñanzas del cual Vahíd era portador distinguido. Se llenó de un sentimiento de temor por la pérdida de su poder, al punto que decidió atrincherarse en uno de los fortines en los alrededores de la ciudad.

Mientras tanto, Vahíd y su grupo se acercaban más y más a la ciudad. De-



El Fuerte de Khájih



El cuarto de Vahid en el Fuerte de Khajih

tuviéronse por un corto tiempo en un santuario cercano a una aldea, cuyos moradores salieron a recibirlo pese a las estrictas prohibiciones del clero local.

El acercamiento paulatino, las especulaciones tejidas alrededor del carácter de la Revelación del Báb, las expectativas despertadas dentro de los pobladores acerca del desenlace de la tensión suscitada, hicieron que la noticia de su arribo se esparciera como reguero de pólvora por todo el distrito y que la curiosidad popular se multiplicase.

Llegaron de esta manera a un sector muy cercano a Nayríz, en el que se había congregado una multitud con el propósito de verlo y escucharlo.

Vahíd inmediatamente fue al templo principal y pronunció en su recinto un elocuente discurso, proclamando abiertamente el advenimiento del Mensajero Prometido.

“¿No soy yo acaso”, observó al nutrido auditorio, “a quien vosotros habéis considerado como vuestro pastor y guía? ¿No habéis dependido siempre de mi enseñanza para guiar vuestras conciencias por el sendero de la salvación? ¿No soy yo cuyas palabras de consejo habéis obedecido siempre? ¿Qué ha sucedido que me tratáis como si yo fuera vuestro enemigo y el enemigo de vuestra religión? ¿Qué acciones establecidas por la ley he prohibido? ¿Qué acciones ilícitas he permitido? ¿De qué impiedad me acusáis? ¿Os he guiado en alguna oportunidad al error? Y ¡hé aquí! ahora porque os he dicho la verdad, porque con lealtad he tratado de instruiros, se me somete a opresión y se me persigue. ¡Mi corazón arde de amor hacia vosotros y vosotros me perseguís! ¡Recordadlo! ¡Recordadlo bien que quienquiera me entristece, entristece a mi antepasado Mahoma, el glorioso Profeta, y quienquiera me ayuda, ayuda a Él también. En el nombre de todo lo que es sagrado para vosotros, que todos aquellos quienes aman al Profeta me sigan”.¹¹ La multitud respondió: “¡Hemos oído y obedecemos!”.

De tanto peso fueron los argumentos y las evidencias que presentó, tan magníficamente se refirió a la grandeza de este Nuevo Día, tan sobrecogedor fue el espíritu que generó y contagió a sus oyentes que, nada menos que 1,500 almas declararon su fe esa misma tarde.

Entre ellos se hallaban quienes posteriormente llegaron a ser indismayables y ejemplares seguidores de Su Santidad El Báb.

La cólera del gobernador se inflamó en un grado mayor al saber de estos recientes sucesos. Tratando de acabar de raíz la influencia de Vahíd, ordenó el reclutamiento de cerca de mil hombres para luego ordenar un arresto.

Vahíd supo de esto y mandó a un puñado de quienes lo rodeaban a tomar el fuerte de Kháji, en las vecindades de la ciudad, como medida de precaución. Les instruyó para que levantasen defensas y acondicionaran la estructura para repeler algún eventual ataque. Al desatarse la contienda, Vahíd mismo se unió al resto de los ocupantes.

A partir de ese momento no cesaron las hostilidades y las incursiones de

las fuerzas del gobernador aumentaron. Sin embargo; para el asombro de las tropas, a través de estos ataques fue mostrado el carácter extraordinario de la Fe que eran portadores los babís asediados. Al terminar cada una de estas batallas campales, el espectáculo no era tan sólo desolador por el saldo a favor de los creyentes, sino también era descorazonador por la frustración de la derrota constante entre las fuerzas adversarias.

A pesar de los continuos refuerzos que se agregaban a estas últimas, el gobernador todavía no podía comprender, ni menos resignarse, a quedar como derrotado ante este puñado de 72 almas, ancianos decrepitos y jóvenes en el umbral de su vida.

Llegó un momento de desesperación tal por aplastarlos que ordenó un reclutamiento general en toda el área circundante. Después de hacerlo dispuso que se construyera una serie de trincheras alrededor del fortín.

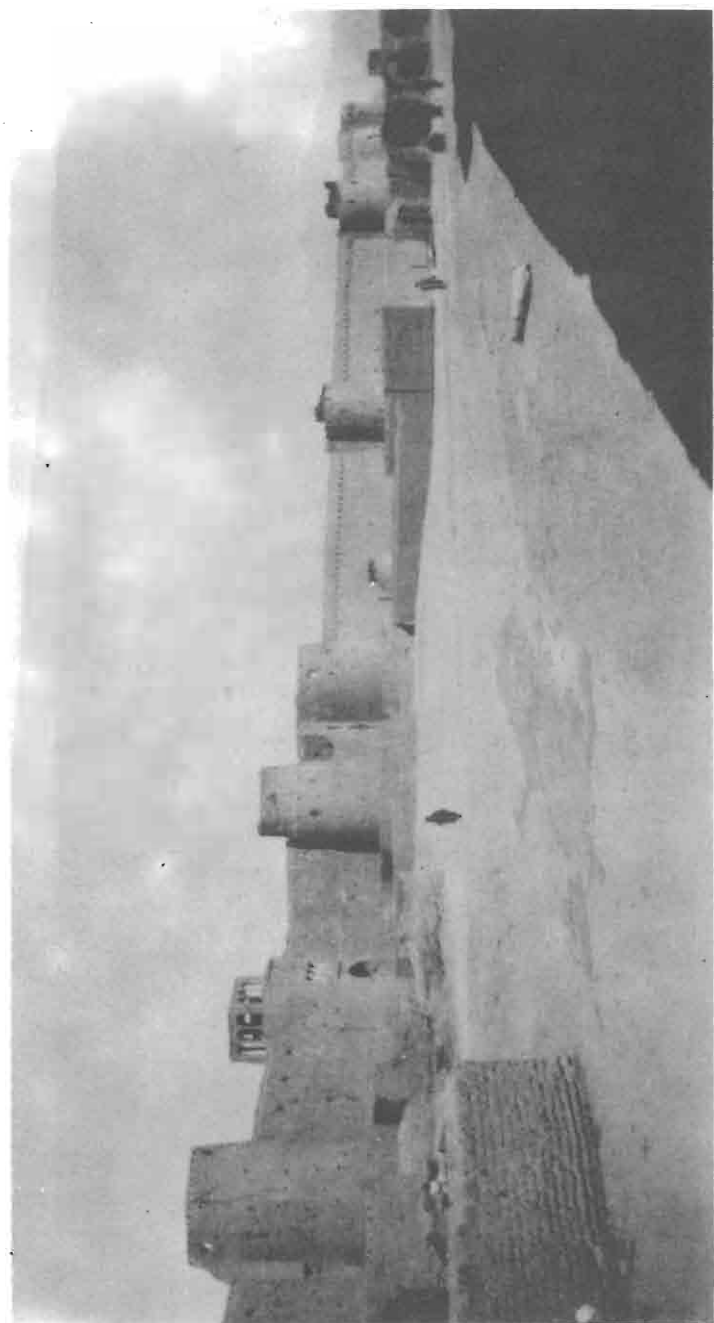
Para su tristeza, encontró que el espíritu de los creyentes había crecido y que ningún poder aparente estaba en la capacidad de derrotarlos.

En lo que constituyó la última de las agresiones, Zaynu'l-'Ábidín Khán lanzó una organizada incursión en gran escala. Poco antes, Vahíd había recibido un mensaje en donde se le conminaba rendirse y entregarse a la autoridad. Vahíd en su respuesta le dio a entender el carácter espiritual de su misión, pasó a increparle su descortesía al recibirlo hostilmente, las acciones que había provocado contra él y sus compañeros y, le manifestó su presta disposición para defender su fe por todos los medios a su alcance.

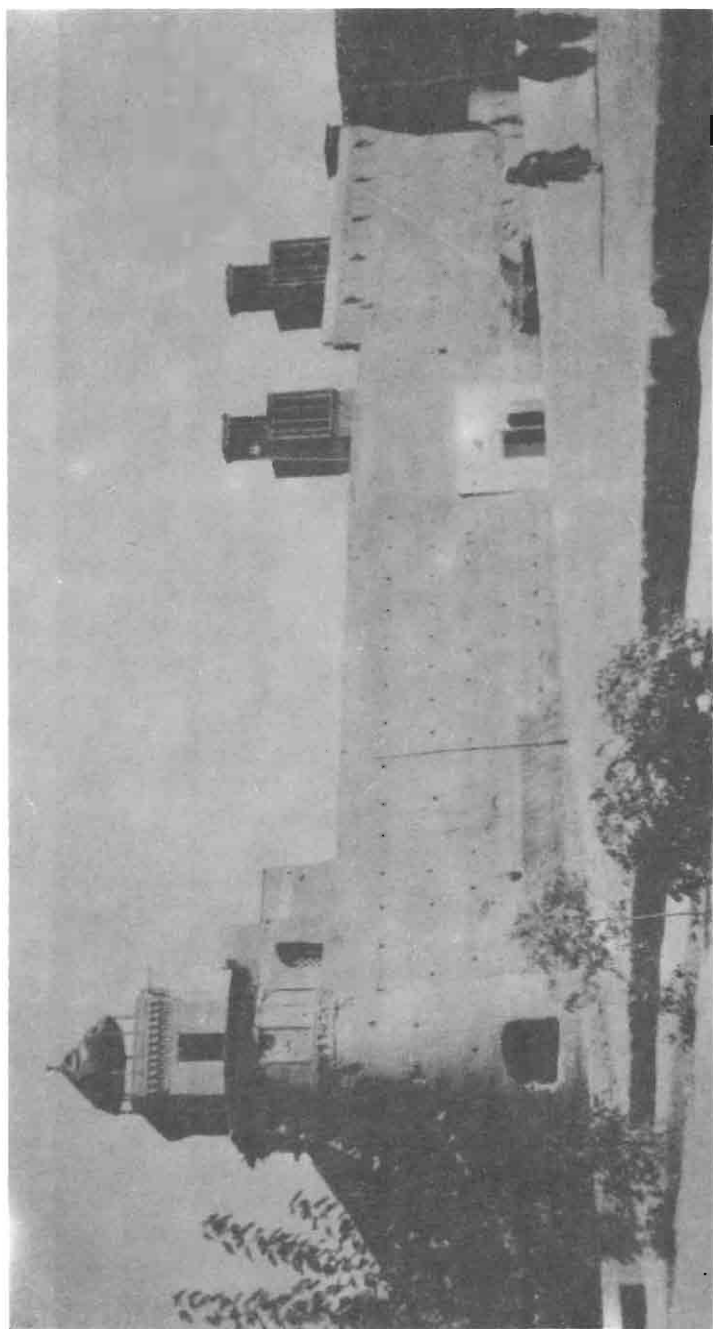
En una salida intrépida, quince babís salieron del fuerte al grito de Alláh-u-Akbar (Dios es el Más Grande) y lograron repeler las fuerzas numéricamente superiores del gobernador para ganar triunfo tan sobresaliente, que definitivamente acabó por apagar las esperanzas suyas en cuanto a aplacar el fervor de los babís y ganarse el favor del Príncipe de Shíráz, su protector.

Nabil describió el incidente en su crónica:

“Apenas Vahíd había dado la señal, se levantaron tomando sus rifles y, montando sus caballos, salieron por la puerta del fortín. Sin amilanarse ante el fuego que salía de los cañones y por las balas que llovían sobre ellos, se lanzaron en medio de sus adversarios. Este repentino encuentro se prolongó por más de ocho horas durante las cuales esa banda intrépida pudo demostrar tal habilidad y valentía que dejaron asombrados a los veteranos de las filas del enemigo. Desde la ciudad de Nayríz, así como de sus fortalezas circundantes, vinieron rápidamente refuerzos a ayudar al pequeño grupo que había resistido con tanta valentía las fuerzas combinadas de todo un ejército. A medida que se extendía la lucha, las voces de las mujeres de Nayríz, que habían subido a los techos de sus casas para aclamar el heroísmo que se exhibía en forma tan sorprendente, se oyeron por todas partes. Sus aclamaciones aumentaban el ruido de los cañones, que se acentuaba más al grito de ‘iAlláh-u-Akbar!’ que los compañeros vociferaban, frenéticos de excitación, en medio del tumulto. El ruido de sus mu-



El Fuerte de Narín



El Fuerte de Narín

jeros, junto con su extraordinaria audacia y confianza en sí mismos, desmoralizó completamente a sus adversarios y paralizó sus esfuerzos. El campo del enemigo quedó desolado y abandonado y ofrecía un triste espectáculo a medida que los vencedores regresaban al fuerte".¹²

Esta demostración de infalible superioridad impulsó al gobernador a buscar otro método por el que pudiera salir airoso. Decidió por tanto, apoyado por sus oficiales, tender una trampa a Vahíd con el fin de conseguir su salida del Fortín y así echarle mano. La traición se presentó en sus mentes, como la única forma de subyugarlo.

Sin duda, para cualquier fiel creyente en la Fe de Mahoma, una promesa sellada en un ejemplar del Corán constituía un compromiso ineludible, más bien sagrado.

El gobernador, tratando, de cualquier forma, de ganarse la confianza de Vahíd e inducirle a que deje el fuerte, se propuso enviarle un mensaje comunicándole su pesar en haber fallado en reconocer el verdadero propósito de la Causa que Vahíd defendía. En tono cortés, el muy hipócrita le invitaba a su campamento para conversar más serenamente sobre su creencia. Para darle prueba de sus intenciones le remitió un Corán con su compromiso escrito.

Vahíd recibió el Corán con reverencia y lo besó con devoción. Dióse cuenta rápidamente que el único sentimiento que abrigaba el gobernador era tenderle una emboscada. Vahíd empero, aceptó esta invitación diciendo: "Ha llegado nuestra hora señalada. Nuestra aceptación de su invitación le hará sentir, con seguridad, la vileza de su traición".

A medida que se despedía por última vez de sus compañeros les prohibió en su ausencia, emprender cualquier incursión, pero les aconsejó guardar diligentemente la defensa del recinto.

Durante tres días y tres noches, Vahíd fue cèrmoniosamente atendido junto con sus otros cinco acompañantes que componían la comitiva. Fue objeto de las mayores consideraciones. En el primer día, ante una reunión en la que estaban presentes el gobernador y altos oficiales, les dirigió la palabra en un tono altamente elocuente y pleno de majestad: "He venido a ustedes armado con el testimonio que Dios me ha confiado. ¿No soy acaso yo descendiente del Profeta de Dios? ¿Por qué se han alzado a darme muerte? ¿Por qué han pronunciado mi sentencia de muerte y han rehusado reconocer los derechos irrecusables que me inviste mi linaje?".¹³ Estas expresiones calaron profundamente en más de uno que lo escuchaba. Los inclinó a considerar con mayor consideración las afirmaciones de Vahíd y despertó en algunos sentimientos de afecto y respeto hacia su persona.

Dentro de este ambiente, el menos afectado era el gobernador, dispuesto como estaba a terminar con la vida de Vahíd lo antes posible. Desde luego que sus málvados deseos se hallaban apuntados a la misma vez contra el remanente de creyentes tras las murallas del Fuerte.

Intentó valerse de otras estrategias con lo cual pudiera provocar la evacuación final y completa del fuerte. De esta manera convertiría a ellos en presas indefensas en sus sangrientas garras.

Hizo que Vahíd diese expresamente su consentimiento ordenando a los amigos su salida del fortín. Aunque Vahíd prevenía ya de antemano lo que ello ocasionaría, entregó una nota adicional y confidencial al portador del mensaje. En esta nota Vahíd les decía que no se atengan a la comunicación, pues en realidad, los planes del gobernador eran diferentes. Más bien, les encareció tratar de dispersarse en la oscuridad de la noche a un lugar a salvo.

Lamentablemente la persona a quien se le confió el mensaje fue donde el gobernador y se lo mostró. Éste ordenó no entregar la nota y le comisionó comunicar a los sitiados en el nombre de Vahíd, la falsa noticia de que el ejército entero se había convertido a la Fe y había llegado la hora de regresar pacíficamente a sus hogares.

Así fue como sucedió. Aunque de primera instancia, los amigos quedaron sorprendidos ante tal información, decidieron obedecer lo que supusieron eran los consejos de su querido jefe. Entre tanto, el gobernador había ordenado a sus tropas interceptar la evacuación del fortín.

A la vez, otro grupo de oficiales se dirigió al templo principal con el igual propósito de bloquear la prevista huída de los babís a ese recinto, en donde según la costumbre, podrían encontrar protección.

Los desesperados creyentes, traicionados y desconcertados por este ardid, cayeron en gran número víctimas de la trampa, mientras que unos buscaban refugio de cualquier manera.

En seguida, Zaynu'l-'Abidín Khán decidió echar mano a aquél quien era el principal cabecilla de aquella gloriosa banda. Obrando con implacable odio, desenrollaron el turbante de Vahíd, signo de su sagrado linaje, y lo amarraron a su cuello.

El populacho enardecido por las proclamas del ahora jubiloso clero local y de los soldados lo paseó a través de las calles de la ciudad. A tal punto, fue encendido el fuego del fanatismo que las mujeres de Nayríz en un espeluznante espectáculo, bailaban alrededor de su agonizante cuerpo al compás del címbalo y los tambores.

En medio de esta macabra diversión se podía escuchar la voz de Vahíd exclamando: "¡Tú sabes, oh mi Bienamado!, que he abandonado el mundo por Tu causa y he puesto mi confianza sólo en Ti. Estoy impaciente por apresurarme hacia Ti porque la Belleza de Tu rostro me ha sido revelada. Eres testigo de los malvados designios que mis perversos enemigos me han inflingido. No, nunca me someteré a sus deseos ni les juraré lealtad".¹⁴

"La extinción de aquella vida", registra Nabíl para la posteridad, "fue la señal para un ataque feroz a las vidas y propiedades de los que se habían identi-

ficado con su Fe. Se designaron no menos de cinco mil hombres para esa malvada tarea. A los hombres se les apresaba, maltrataba y finalmente se les se les ejecutaba. A las mujeres y niños se les encarcelaba y sometía a castigos brutales que ninguna lengua puede describir. Su propiedad fue confiscada y sus casas fueron destruidas. El Fuerte de Khájih fue incendiado hasta sus cimientos. A la mayoría de los hombres se les condujo en primer lugar, a Shíráz y allí, casi todos sufrieron una muerte cruel. Aquellos quienes Zaynu'l-'Ábidín había hecho encerrar, para fines de lucro personal, en calabozos subterráneos, fueron entregados, en cuando hubo conseguido su propósito, a manos de sus rufianes quienes les inflingieron indecibles crueldades. Eran paseados por las calles de Nayríz, después de lo cual se les sometió a toda clase de atrocidades con la esperanza de obtener cualquier ventaja material que sus opresores no habían conseguido hasta entonces. Habiendo satisfecho su avaricia, a cada víctima se le hizo sufrir una muerte cruel. Todos los instrumentos de tortura que los verdugos podían inventar fueron utilizados para saciar su sed de venganza. Se les aplicaron hierros candentes, se les arrancaron las uñas, fueron azotados, se les hizo incisiones en la nariz a través de las cuales se les pasaba un cordel, se clavaron sus pies y manos a martillazos y en ese estado lastimoso se les arrastraba por las calles como objetos de desprecio y ridículo para todos".¹⁵

El cuerpo inerte de Vahíd fue sometido a la más humillante barbarie. Le fue cortada la cabeza, luego de haber sido él asesinado a pedradas, le fue cortada la piel y su cráneo lo rellenaron con paja enviándoselo al príncipe de Shíráz como trofeo de guerra.

Aquella fecha fue grabada en las páginas de la historia de oro de la Fe como el día 29 de junio de 1850.

Diez días después, el Báb era martirizado en la ciudad de Tabríz.

* * *

5. Vahíd, el Incomparable

La historia de Vahíd es la historia de un buscador. Buscó sinceramente la verdad, la investigó y la halló para después dar la vida por ella. Puso tras de sí cualquier eventualidad que le impidiera reconocerla, y así perseveró hasta el final.

Encendió en su corazón tal felicidad por portarla y enseñarla, que no reparaba a su alrededor, menos en aquellos que enconadamente trataron de inducirle a renunciar a ella o se levantaron en su contra. El fuego del amor a Dios inflamó su alma en el servicio. El ardor de ese mismo fuego lo impelió a la vez a sortear cualquier obstáculo, poner a un costado riqueza, honores y posiciones, y renunciar a cualquier cosa que no estuviera en la complacencia y deseo de su Señor.

La vida de Vahíd es, para cualquier estudioso de la Revelación Babí, un tema inagotable en el que debería detenerse y ponderar.

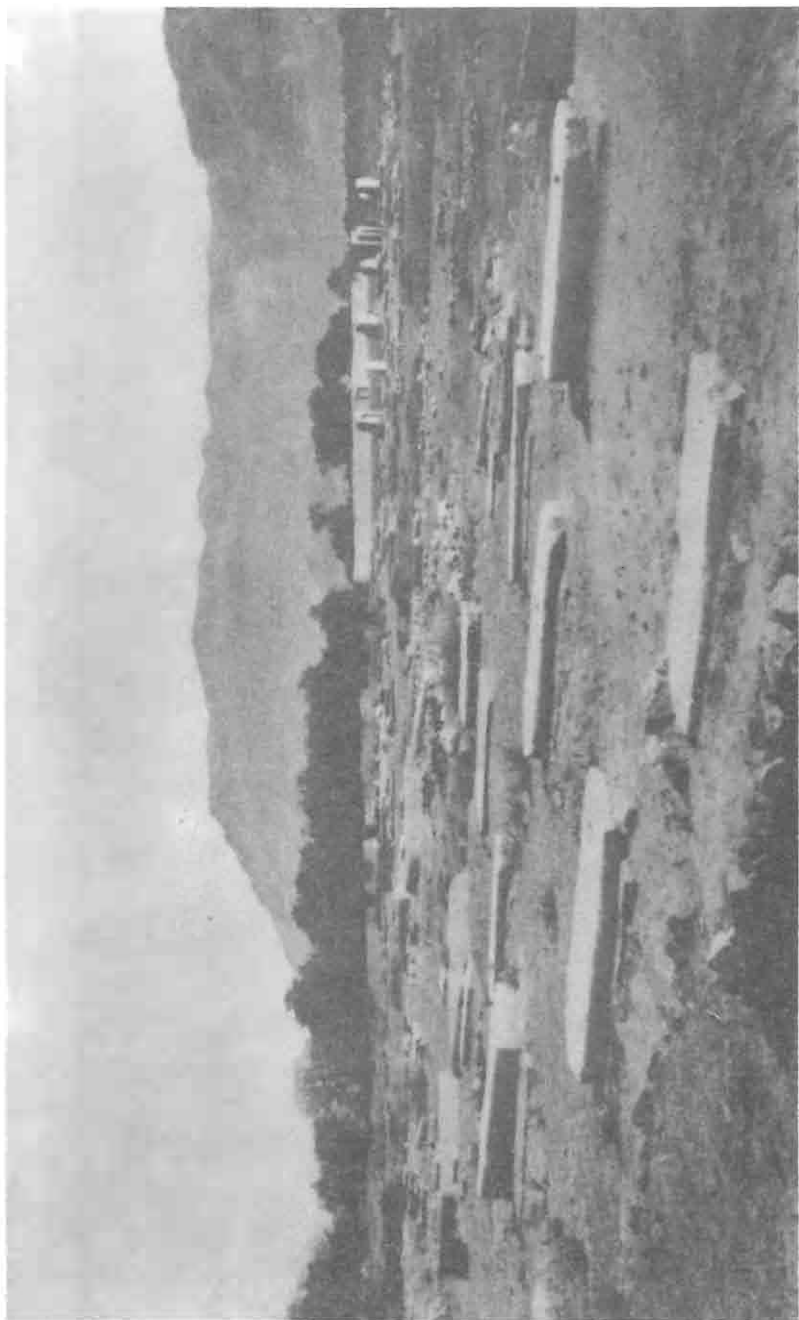
Los tributos a su memoria dados por las plumas sagradas del Bendito Báb, Bahá'u'lláh, 'Abdu'l-Bahá y Shoghi Effendi, conforman un legado singular y altamente valioso, tanto por las hermosas alusiones con que se le describe, como también, porque nos revelan la verdadera grandeza de su posición. Su vasto conocimiento, la firmeza de su fe, su reverente amor para el Báb, la prístina luz de su comportamiento recto, su alto sentido de justicia y el esplendor de su espíritu, echan sobre él un halo inconfundible dentro de la historia de la Causa.

En el "Dalá'il-Sab'ih" (Siete Pruebas), un libro escrito por el Báb durante su encarcelamiento en el castillo de Máh-Kú, Su Santidad El Exaltado se refiere a Vahíd con las siguientes palabras:

"Observad una vez más al número del nombre de Dios (Siyyid Yahyá-i-Darabí, Vahíd). Este hombre vivía una vida tranquila y santa en tal forma que nadie podía negar sus talentos o su santidad, todos admiraban su grandeza en ciencias y las alturas que había alcanzado en cuestiones de filosofía. Referíos al comentario sobre el Súratu'l-Kawthar y a los otros tratados escritos por él, que prueban cuán alto es el lugar que ocupa a los ojos de Dios!"¹⁶

Bahá'u'lláh lo llamó en el Kitáb-i-Íqán como "aquella figura, única y sin par en su época".¹⁷ Y en el Lawh-i-Ayyúb (Tabla de Job) o también conocida como Suriy-i-Sabr (Sura de la Paciencia), una obra revelada por la Lengua de Grandeza en honor a un creyente que participó en la revuelta de Nayríz, Él hace recordar al puñado de Sus seguidores reunidos en el Jardín de Ridván durante el evento de Su Declaración, el altruísmo con que Vahíd y sus compañeros soportaron los sufrimientos de manos de las fuerzas adversarias.

"En el Suriy-i-Sabr", comenta el historiador Adíb Taherzadeh, "Bahá'u'lláh ensalza la posición de Vahíd en palabras tales que ninguna pluma puede convenientemente describir. Él da un creciente tributo a la firmeza de su fe y a lo elevado de su visión, declara que ha quedado fiel al Convenio de Dios, y afirma que



Tumbas de los mártires de Nayríz



El lugar de los martirios de Nayríz

ha cumplido su promesa a su Señor. Él lo invita a regocijarse entre el Concurso en lo Alto por haber sido recordado en esta Tabla, Tabla tan exaltada que los Libros Sagrados del pasado han derivado su esencia de ésta".¹⁸

El Maestro 'Abdu'l-Bahá se refiere a Vahíd como "un hombre renombrado, un alma preciosa",¹⁹ como el "gran Siyyid Yahyá"²⁰ y, finalmente el Guardián de la Fe lo señaló como "un hombre de inmensa erudición y la figura más preeminente que se enroló bajo el estandarte de la nueva Fe",²¹ o también como "el más erudito, influyente y de mayores méritos de los adeptos del Báb".²²

En verdad, él fue Vahíd, el Incomparable.

* * *

III

MÍRZA MUHAMMAD 'ALÍY-I-BÁRFURÚSHÍ

intitulado

QUDDÚS – EL SANTO –

“¿Quién ha de ser preferido, aquél que se ha amparado tras cortinas, o el que se ha ofrendado en el sendero de Dios?¹

– Bahá'u'lláh –

1. El Hogar Natal

En el costado nor-oriental del antiguo Imperio Persa, hoy el país de Irán, se ubica el Mar Caspio, poniendo a cada uno de sus lados a Rusia e Irán.

Desde sus orillas hacia el interior del país se extiende la provincia de Má-zindarán y con ellas se desplaza también la cadena de montañas conocidas con el nombre de Alburz, cuyo pico más alto es el Demavand con 5,604 metros de altura. Al otro lado de la cordillera, a manera de una inmensa alfombra de arena, se halla el desierto de Kabir.

De una naturaleza pintoresca y exótica, cruzada densamente por ríos y arroyos en medio de una tupida vegetación, esta región fue llamada por el Báb como la "Isla Verde".

Llena de flores, árboles y bosques, Má-zindarán da al viajero un hermoso paisaje para recrear su vista. Muchos místicos y sabios encontraron en sus parajes un lugar apropiado para orar y meditar. Hay varias leyendas que se han tejido sobre esta provincia.

Por ejemplo, se dice que allí crecería un árbol celestial cuyas ramas alcanzarían el cielo. El fruto de ese árbol sería de provecho para la humanidad toda. Quizás, en su mensaje, esta leyenda se estaba refiriendo a la aparición de Bahá'u'lláh, Quien de niño se crió en su colorida naturaleza. Aún hay gente que va a buscar este árbol en la esperanza de encontrarlo.

En su extensión se encuentran diversos pueblos, grandes y pequeños, que encierran el pasado glorioso de los primeros años de la Edad Heroica de la Causa de Dios.

Dentro de sus fronteras está localizada Núr (Luz), el hogar ancestral de Bahá'u'lláh. La palabra árabe "Bahá'u'lláh" puede traducirse también como "Luz de Dios". El Corán profetiza: "... Es Luz sobre Luz..."² Bahá'u'lláh dijo cierta vez, "Mi nombre es Bahá'u'lláh (Luz de Dios) y mi país es Núr (Luz). Estád informados de ello".³

También está Sárí, hollada por los pasos de la Bendita Belleza y donde sufrió humillación. Igualmente está Ámul, la capital, donde Él fue torturado con el bastinado hasta que Sus pies sangraron y fueron heridos gravemente.

Cerca a sus límites se desarrolló la histórica Conferencia de Badasht. De la misma manera encontramos al pueblo de Bárfurúsh, del cual nos ocuparemos en esta historia pues se trata del lugar de nacimiento de Quddús, el héroe del relato que viene en seguida.

A mediados del siglo pasado, en que tenemos que ubicarnos, Bárfurúsh distaba de ser un pueblo de envergadura. Su población, como la mayoría de la nación persa, era musulmana de religión, y aunque existía una autoridad civil, sin embargo, la influencia predominante en lo que a decisiones tanto civiles como eclesiásticas se trataba, eran dominadas por el clero mahometano, particularmente por el principal clérigo el Sa'ídu'l-'Ulamá, aquel "histórico, cruel y

tiránico''⁴ religioso.

En Bárfurúsh, hoy llamada Babol, empieza la vida de ese santo y héroe de la Fe, y ahí vuelve asimismo para terminarla trágicamente. Su nacimiento ocurrió alrededor de 1822 y su muerte en mayo de 1849, como veremos más adelante. Su nombre original era Muḥammad 'Alí, pero llegó a ser conocido como Quddús (El Santo), una designación que recibió de Bahá'u'lláh.

Su familia era originaria de aquel mismo pueblo. Por parte de su madre, era un slyyid, es decir, un descendiente del Profeta Mahoma, razón por lo cual ella era apreciada y respetada. Murió siendo Quddús muy joven.

Su padre se casó por segunda vez con una respetable dama. Esta mujer encontró en Quddús un verdadero hijo y mostró por él un cariño y amor excepcional. Ella ansiaba algún día presenciar su boda y vivía con el temor de que una repentina muerte le arranque el codiciado deseo. El joven Quddús le decía respondiendo a su inquietud: "El día de mi matrimonio no ha llegado aún. Ese día, será de indescriptible gloria. No dentro de los confines de esta casa, sino en el campo abierto, bajo la bóveda del cielo, en medio del Sabzih-Maydán (la plaza del mercado), a la vista de las multitudes, allí celebraré mis nupcias, y atestiguaré la consumación de mis esperanzas".⁵ Con esas palabras, el predeciría la manera de su abierto martirio, el mismo que ocurrió en la misma forma.

Con respecto a su progenitor, éste muere según se asegura, varios años antes de la declaración del Báb en 1844, y entonces el joven queda en la orfandad completa mientras estudiaba en la ciudad de Mashhad en el colegio religioso de Mírzá Ja'far.

Llegó siempre a distinguirse por su humildad y la virtual maestría sobre temas teológicos y místicos que adquirió durante su formación. Dueño de una gran ansia de conocimiento espiritual, en especial, de las profecías que concernían al advenimiento del Mensajero Prometido, llegó a conocer al sabio Siyyid Kázim, de quien bebió abundantemente a fin de saciar su sed de entendimiento.

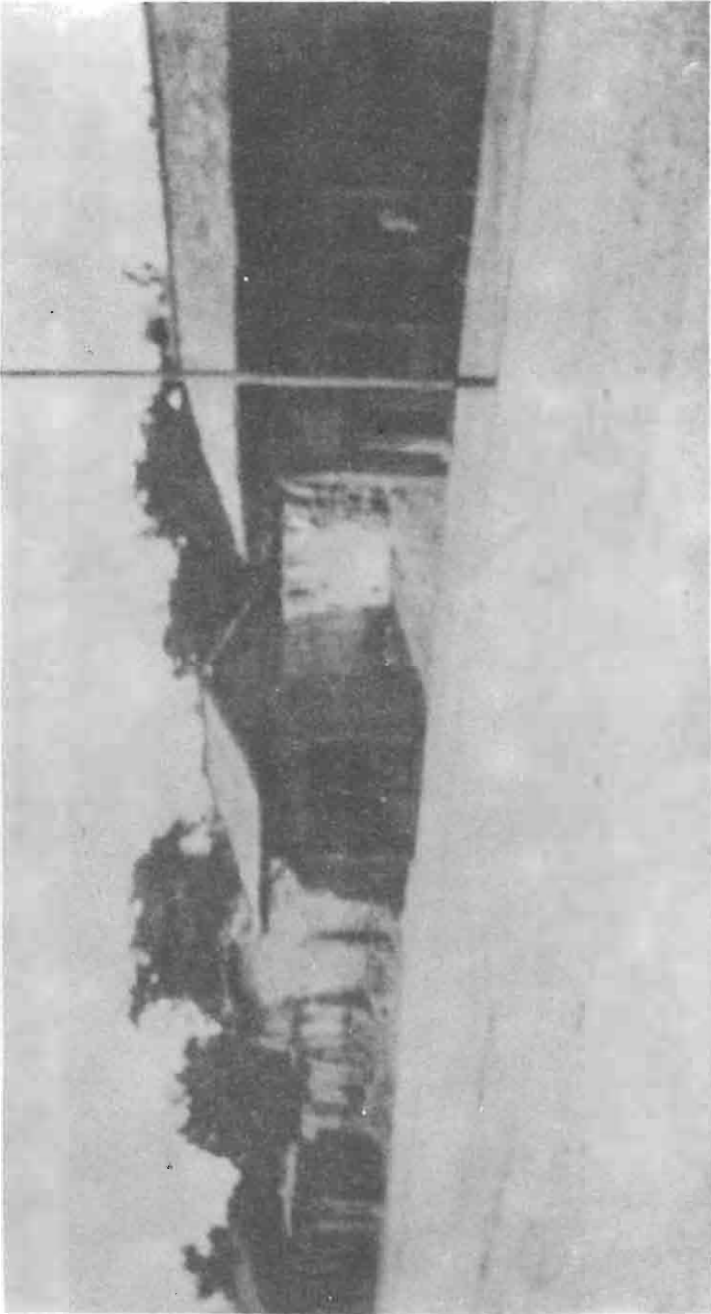
Desde los dieciocho años de edad, durante cuatro años, permaneció en compañía de ese erudito de la época, en la ciudad de Karbilá^a y llegó a ser conocido como uno de sus discípulos ejemplares, de quien se enorgullecía.

Generalmente llegaba tarde, se dice, y silenciosamente se sentaba en los últimos asientos, con mucha modestia. Con los mismos sentimientos se retiraba, sin sentirse, una vez concluidas las sesiones.

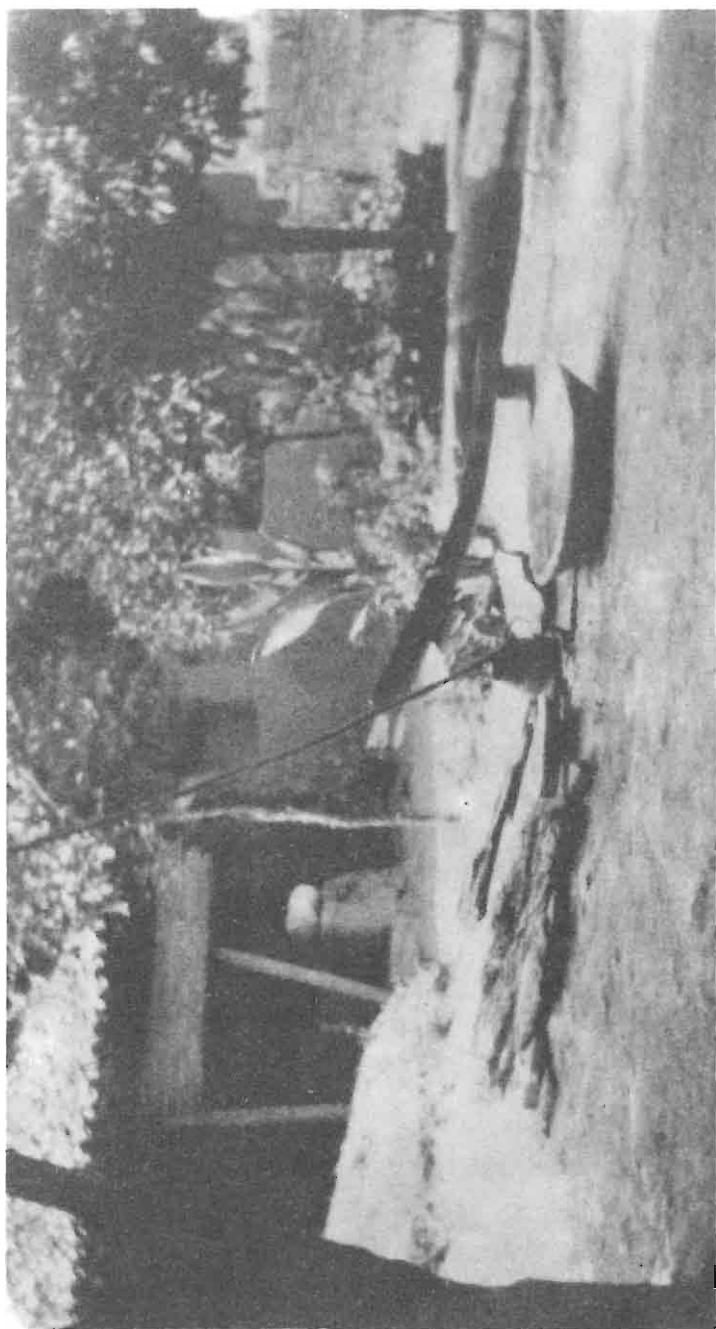
Siyyid Kázim observaba en silencio aquellos rasgos de su piadoso carácter y ocasional e indirectamente se refería a él ante el resto de la clase, pero los demás alumnos suyos se encontraban inconscientes del objeto de esas alusiones. Algunos de ellos se disputaban el merecimiento de los elogios.

Todo esto sucedió hasta que llegó el momento del fallecimiento de ese maestro, el último día del año de 1843. Cada uno de los días de ese sabio, fueron

^a. Situada en el país de Iráq.



Casa del padre de Quddús en Bárfurúsh (Babol)



Interior de la Casa del padre de Quddiús

pasados dedicados a promover el interés por el advenimiento del Mensajero Prometido por todas las religiones del pasado. En grados mayores y menores, consiguió inculcar este ideal en el corazón de sus pupilos. Les instruyó cuidadosamente en las profecías reveladas sobre ese Día de Dios y los llamó a levantarse a la hora de su fallecimiento, en espíritu de desprendimiento y consagración, para alcanzar la bendición inapreciable de estar en Su presencia, aunque para ello fuera necesario cruzar la vastedad del mundo y tocar sus confines.

Quddús, y muchos de los demás, se propusieron cumplir al pie de la letra aquellas exhortaciones y en actitud de oración, salieron ellos de la ciudad y se dispersaron con la confianza puesta en Dios, a la búsqueda del Prometido. De una manera u otra llegaron poco a poco a la ciudad de Shíráz, el lugar donde moraba la prometida Manifestación de Dios, el Báb.

El primero en reconocer al Báb fue Mullá Husayn. Y el último de aquel primer grupo de dieciocho creyentes conocidos como las Letras del Viviente, resultó ser el joven Quddús.

La manera como fue guiado por la mano de Dios para alcanzar su noble propósito, nos la da a conocer Nabíl, el destacado historiador de la Fe:

“Una noche, durante Su conversación con Mullá Husayn, el Báb dijo las siguientes palabras: ‘Hasta el momento se han enrolado diecisiete Letras bajo el estandarte de la Fe de Dios. Falta uno para completar el número. Estas Letras del Viviente se levantarán a proclamar Mi Causa y establecer Mi Fe. Mañana por la noche llegará la Letra que falta y completará el número de Mis discípulos elegidos.

Al día siguiente, al atardecer, el Báb, seguido por Mullá Husayn, regresaba a Su hogar, cuando apareció un joven desgreñado y sucio por el viaje. Se acercó a Mullá Husayn, lo abrazó y le preguntó si había alcanzado su meta. Al principio Mullá Husayn trató de calmar su agitación y le aconsejó descansar un momento, prometiendo que después le daría explicaciones. Sin embargo, ese joven rehusó aceptar su consejo. Fijando su mirada en el Báb, dijo a Mullá Husayn: ‘¿Por qué tratas de ocultármelo? Puedo reconocerlo por Su marcha. Con confianza atestiguo que nadie fuera de Él, ya sea en el este o en el oeste, puede reclamar ser la Verdad. Ningún otro puede manifestar el poder y la majestad que irradian de Su sagrada persona’.

Mullá Husayn se maravilló ante sus palabras. Le pidió que le excusara, sin embargo, y le indujo a refrenar sus sentimientos hasta el momento en que pudiera darle a conocer la verdad. Dejándolo, se apresuró a ir donde el Báb y Le informó de su conversación con ese joven. ‘No te maravilles’, observó el Báb, ‘por su extraño comportamiento. Hemos estado en comunicación con ese joven en el mundo del espíritu. Ya lo conocemos. En verdad esperábamos su llegada. Vé donde él y llámalo inmediatamente a Nuestra presencia’.

Inmediatamente Mullá Husayn recordó la siguiente tradición oral al oír

las palabras del Báb: En el último Día, los Hombres del Invisible, en las alas del espíritu, atravesarán la inmensidad de la tierra, lograrán la presencia del Qa'ím prometido y buscarán de Él el secreto que resolverá sus problemas y dilucidará sus perplejidades' "6

De esta manera, la aceptación del Mensaje del Báb por parte de este joven de apenas 22 años de edad, completó el número de las Letras del Viviente.

Poco después todos ellos serían llamados a dispersarse por sus provincias natales y proclamar la Buena Nueva de la aparición de la Manifestación de la Providencia.

Cierto día el Báb llamó a las Letras del Viviente a Su presencia para la hora de la despedida y les habló con palabras tales, que ahora ellos, la grey de "los portadores del nombre de Dios en este Día", y los "elegidos como los depositarios de Su misterio", eran pedidos de emular las acciones de los discípulos de Jesús y dispersarse dedicando hasta la última onza de sus energías a la enseñanza de la naciente Fe.

Con la consigna "Levantáos en Su nombre, poned toda vuestra confianza en Él y estad seguros de la victoria final", estos valientes héroes de Dios partieron a Shíráz y colocaron los cimientos de la Causa de Dios a través de Persia, India, 'Irák, Turquía, Pakistán y Rusia.

Quddús fue retenido por el Báb junto a Sí, pues estaba proyectado que le acompañaría en Su planeado peregrinaje a las ciudades santas del Islám —Meca y Medina— en la península de Arabia.

* * *

2. El Peregrinaje a Meca y Medina

El peregrinaje que el Báb había previsto iniciar en compañía de Quddús y Su sirviente etíope Mubárák, empezó en el mes de Octubre de 1844.

En el grupo, estaban peregrinos de la provincia de origen del Báb, todos quienes se embarcaron desde el puerto de Bushir sobre las orillas del Golfo Pérsico. Antes de viajar, el Báb encomendó a Su esposa y a Su madre al cuidado de Su tío materno.

La travesía, que era por barco fue difícil y dura de soportar. En ese tiempo se contaban con frágiles embarcaciones, que además de sus antihigiénicas condiciones, eran prácticamente juguetes en medio de las olas, especialmente en tiempo de tormentas. El viaje largo y penoso, como el Báb aseguró, se prolongó por casi dos meses durante cuyo transcurso el barco paró sólo en un puerto. Aquellos días, tuvieron que contentarse con el jugo de limones dulces, ante la escasez severa de agua.

Pese a todas esas incomodidades y sufrimientos, el Báb dio a los demás peregrinos —cuya conducta dejaba que desear— un modelo de lo que representaba un peregrino y con desprendimiento y actitud ejemplar, se dedicaba a revelar los versículos sagrados que Quddús febrilmente se encargaba de copiar y transcribir.

Llegaron al puerto de entrada a Arabia, y el Báb, con el atuendo blanco de peregrino, se dirigió a la ciudad santa de La Meca, el lugar de nacimiento de Mahoma. Quddús, a pie, tomaba las riendas del camello sobre el cual montaba el Báb, desistiendo de aceptar el deseo del Maestro en el sentido de disponer facilidad similar. Feliz y radiante, Quddús atravesaba el largo camino del desierto, sin considerar las dificultades y el cansancio. Mientras durante el día caminaba al lado del Báb, por la noche se preocupaba de Su bienestar y comodidad.

Sucedió un interesante episodio. Cierta vez el Báb desmontó con el propósito de hacer Sus oraciones. De repente se acercó un beduino al lugar donde estaban las pertenencias de la comitiva y furtivamente se apoderó de una de las alforjas que contenían los escritos sagrados. Mubárák, que se había percatado de la presencia del ladrón, decide agarrarlo cuando advierte que el Báb con una señal de la mano, ocupado como estaba en Sus devociones, le hace ver que no lo siga persiguiendo. "Si te hubiera dejado", diría luego, "sin duda lo habrías alcanzado y castigado. Pero no tenía que ser así. Los papeles y escritos que contiene aquella alforja están destinados a alcanzar, por medio de ese árabe lugares a los que nunca hubiéramos logrado llegar. No te apesadumbres por lo tanto, a causa de la acción, porque tal fue el decreto de Dios, el Ordenador, el Todopoderoso".⁷

A través de esos días, es cuando el tierno espíritu de Quddús es sublimado por asociación tan estrecha y continua con la Manifestación de Dios. Tales se-

manas producirían la transformación de aquel joven, que aun sin entrar en la madurez de la vida, iría a detentar una posición solamente inferior a la sagrada posición del Báb Mismo. No es de sorprender, por tanto, que en los días venideros, evidenciaría esa ascendencia espiritual y aquella capacidad igualmente espiritual, ganadas durante ese tiempo para la posteridad.

Dijimos que el Báb estaba yendo a la península de Arabia en un peregrinaje a La Meca, la tierra natal de Mahoma, y luego a Medina donde se encuentra Su santuario.

En efecto, entre los cinco preceptos principales de la Fe de Mahoma, el Profeta de Dios, se encuentra el observar la profesión de fe, la oración, el ayuno, la limosna y el peregrinaje a La Meca.

En lo que respecta a la profesión de fe, toca a cada alma reconocer a Mahoma como el Mensajero de Dios que vino después de Jesús dentro del Plan de la Revelación Progresiva de Dios a la humanidad. Es sabido que Mahoma apareció alrededor del año 622 D.C. y con ello se cumplieron numerosas profecías tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento que se referían a la venida de un Mensajero divino, el "Santo del Monte Parán" (Habbakuk 3:3).

En el Corán, Mahoma dice que la profesión de fe en Su Revelación se expresa a través de la aceptación y repetición del versículo "No hay más dios que Dios y Mahoma es el Mensajero de Dios". En otro pasaje de ese Libro Sagrado encontramos: "¡Oh fieles! creed en Dios, en Su enviado, en el Libro que Dios envió a Su profeta Mahoma y en las Escrituras que antes envió. Pues el que no creyera en Dios, en Sus ángeles, en Sus profetas y en el Juicio final, se halla en un error lejano de la verdad" (Corán 11:4)

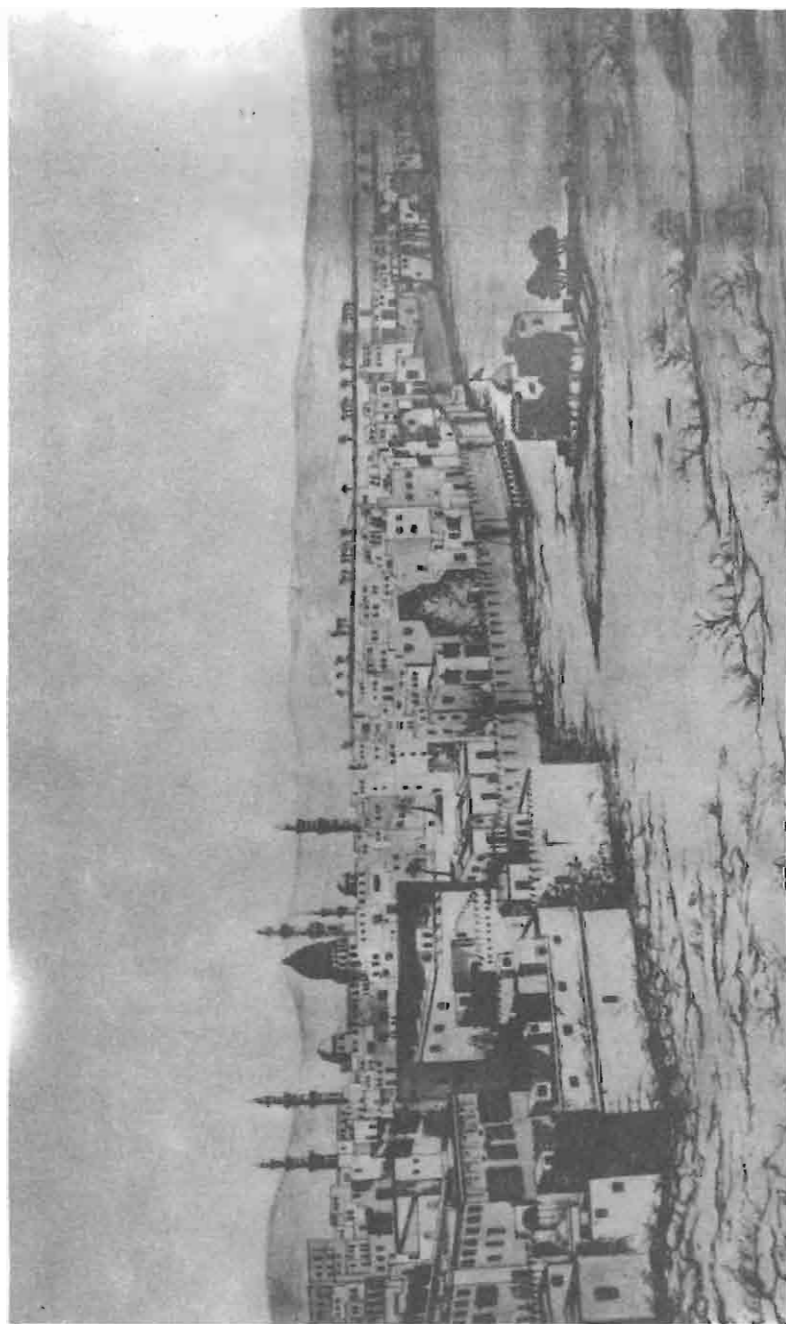
A la misma vez, todo fiel creyente debe hacer cinco oraciones obligatorias durante el día: antes de la salida del sol, al mediodía, en la tarde, a la puesta del sol y en la noche. Debe además observar el ayuno durante un mes específico del calendario mahometano y además, dar limosnas para los pobres.

"Cumplid la peregrinación a La Meca", es la exhortación contenida en el Corán, "por lo menos una vez en la vida y la visita al Templo^a en honor a Dios... La peregrinación se hace en los meses prescritos. . . Tomad provisiones para el viaje y sabed que la mejor provisión es la piedad" (Cr. 2:192-195). . "De lugares lejanos, a pie, o camello, den la vuelta. . ." (Ibid).

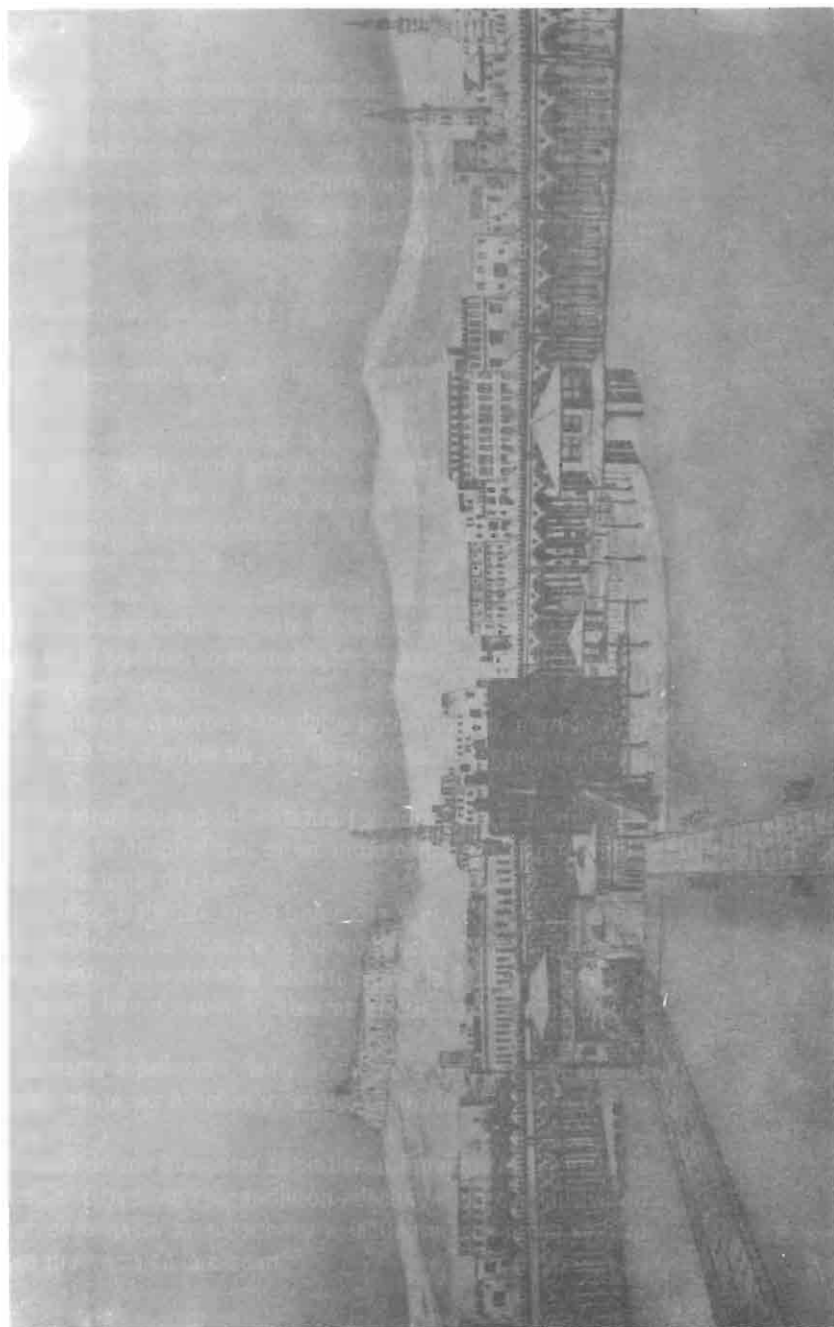
Los pueblos del Occidente, del cual nosotros venimos, han sido educados con prejuicios sobre lo que significa la Fe de Mahoma. Los bahá'ís, sin embargo, reconocen en Él a un Mensajero divino que vino para guiar a la gente en un momento de oscuridad. Mientras más nos esforcemos en estudiar la religión musulmana sin prejuicio, iremos encontrando muchas perlas de sabiduría y guía.

Tanto el Báb como Bahá'u'lláh fueron criados desde Sus nacimientos en los preceptos del Corán. Bahá'u'lláh ensalza a Mahoma como "el primer Mar que

^a. El Santuario de la Caaba, dentro de La Meca.



Vista de Medina



Vista de Mecca

salió del océano de la Divina Esencia", "la Primera Alborada que asomó en el horizonte de Unidad", el "Primer Sol que apareció en el cielo de la Eternidad", como "El Primer fuego que fue encendido por la luz de la Preexistencia en la Lámpara de Unidad"⁸. El Báb Mismo era un descendiente directo de Mahoma, razón por la cual se le llamaba Siyyid-i-Báb. Siyyid quiere decir que proviene de la familia de Mahoma.

El Báb, con este peregrinaje, además de practicar esta observancia y visitar la tumba de Su sagrado Antecesor, se proponía hacer la Declaración Pública de Su Revelación Divina en el mismo corazón del mundo islámico. Aunque tal declaración había sido hecha a las Letras del Viviente, sin embargo, fue en cierta manera reservada, pues por un lado Él no había dado a conocer Su Misión abiertamente a la gente, y por otro, había dicho a esos primeros creyentes que no informen a los demás de Su identidad.

En realidad, todos los Profetas de Dios encubren por un tiempo Su posición hasta cuando llega el tiempo cuando proclaman públicamente y sin restricción alguna la grandeza de la Causa que traen. Cristo, por ejemplo, esperó hasta Su entrada a Jerusalén cuando fue aclamado "¡Hosana! Bendito el que viene en nombre del Señor" (Mc 11:9), pero antes, de acuerdo al testimonio bíblico, "Él mandó a Sus discípulos que no dijese a nadie que Él era el Cristo" (Mt. 16:20).

Algo similar sucedió con Abraham, Moisés y Mahoma. Bahá'u'lláh, asimismo, manifestó Su misión en Baghdád entre el 21 de abril y el 2 de mayo de 1863, después de ocultar a los ojos de los hombres el Mensaje Divino por 10 años.

El Báb, en ese momento grandioso de Su vida sobre la tierra, se dirigió acompañado de Quddús, donde un conocido teólogo islámico y también donde el Sharif o sacerdote principal de La Meca. A ambos, el Báb los llama a volver sus corazones hacia Su Causa y seguir de ahora en adelante aquello que ha sido ordenado por Dios en esta época a través de Su nueva Manifestación.

Al primero, el Báb le hace un firme emplazamiento personal. Al segundo, le informa de la Buena Nueva a través de una epístola entregada por Quddús. Ellos dos, a pesar de todo, fracasan en reconocer el Mensaje.

De La Meca, el Báb, Quddús y Mubárak, se dirigieron a Medina para finalmente terminar ese histórico viaje y regresar a Persia nuevamente por mar.

* * *

3. “Los primeros en sufrir persecución en Persia”

La comitiva llegó al puerto persa de Bushir entre finales del mes de febrero y comienzos de marzo del año de 1845.

En seguida encontraremos a Quddús en un incansable andar esparciendo la Fe, soportando a la vez tribulaciones, pero con un alto sentido de devoción, valor y fortaleza.

Pues andar tan seguro y persistente sobre el camino de espinas que el Báb le anunciaría iba a pasar, era una de sus cualidades indiscutibles. ‘Abdu’l-Bahá se refiere a ello cuando escribe que “este personaje se puso él mismo a exaltar la palabra del Báb con la máxima firmeza, y el Báb con toda justicia lo alabó, encomiándole y glorificándole, descubriendo su aparición como un ayudante del Invisible. En entrega y estilo él era una ‘magia evidente’, y en firmeza y constancia superior a todos”⁹

A la hora de la última y final despedida, el Báb le instruyó a fin de que partiera a Shíráz y le preveyó los sufrimientos que padecería hasta el último momento cuando iría a ofrecer su vida en el sendero de la Causa de Dios. Le prometió asimismo que eventualmente conocería a Bahá’u’lláh.

“Los días de tu compañía conmigo se acercan a su fin”, fueron las últimas palabras del Báb al despedirlo, “Ha sonado la hora de la separación; separación a la que no seguirá reunión alguna excepto en el Reino de Dios, en presencia del Rey de la Gloria. En este mundo del polvo no te han sido asignados más que nueve meses de asociación conmigo. En las playas del Gran Más Allá, sin embargo, en el reino de la inmortalidad, júbilo y unión eterna nos esperan. La mano del destino antes de mucho te sumergirá en un océano de tribulaciones por Su causa. Yo también te seguiré; Yo también me sumergiré en sus profundidades. Regocíjate con gran alegría, porque has sido elegido portaestandarte de las huestes de la aflicción y estás en la vanguardia de un noble ejército que sufrirá el martirio en Su nombre. En las calles de Shíráz te cubrirán de indignidades y tu cuerpo sufrirá severas heridas. Sobrevivirás a la conducta ignominiosa de tus enemigos y lograrás alcanzar la presencia de Aquél^a quien es el único objeto de nuestra adoración y amor. En Su presencia olvidarás todas las vejaciones y desgracias que te hayan sobrevenido. Las huestes del Invisible avanzarán rápidamente para ayudarte y proclamarán a todo el mundo tu heroísmo y gloria. Tuya será la gloria inefable de libar la copa del martirio por Su Causa. Yo también hallaré el sendero del sacrificio y Me reuniré contigo en los reinos de la eternidad”¹⁰

Es esos últimos instantes junto al Báb, Quddús recibió de Sus manos una carta para ser entregada a Su tío materno quién residía en Shíráz, y en la cual le informaba de Su arribo. También Le entregó una copia del “Khasá’il-Sab’ib” (Las Siete Calificaciones), “un tratado en el que exponía los requisitos esenciales

^a. Referencia a Bahá’u’lláh.

para aquellos que habían alcanzado a conocer la nueva Revelación y habían reconocido su demanda".¹¹ Finalmente, le encargó que transmitiera las expresiones de Su amor a cada uno de los creyentes en Shíráz.

Luego de este último contacto con el Báb, Quddús dejó aquel puerto con dirección a la ciudad de Shíráz, 300 Kms. distante.

No bien llegó, se dirigió a la casa del pariente del Báb quien lo recibió con mucho afecto y le pidió que le informara sobre la salud y las nuevas de su querido Sobrino.

Hájí Mírzá Siyyid 'Alí, como se llamaba, había ya escuchado sobre la naciente Fe, pero en esos momentos no podía entender con profundidad Su Mensaje. Quddús, al verlo receptivo, le enseñó en un grado mayor los alcances de la Revelación del Báb y pudo finalmente ganarlo para las filas de los primeros adherentes babís, o sea los seguidores del Báb.

Con el trascurso de los años, resultó ser un verdadero y fiel creyente, sirviendo devotamente al crecimiento de la nueva religión, hasta cuando se ofendió en la arena del martirio con aquel mismo espíritu como la vez que decidió abrazar las enseñanzas.

Más adelante se encontró con Mullá Şádiq, un creyente anteriormente convertido por Mullá Husayn, la primera Letra del Viviente. Puso a su disposición la copia del tratado que el Báb le había entregado y le enfatizó el cumplimiento de los preceptos encerrados en el Libro, uno de los cuáles ordenaba agregar un nuevo versículo al adhán, la fórmula tradicional de llamar a la oración congregacional. El versículo innovador se refería al nombre del Báb y a Su Advenimiento.

"Mullá Şádiq", relata Nabíl, "que en aquel tiempo había estado ensalzando desde el púlpito, ante grandes congregaciones, las virtudes de los imanes^a de la Fe, se sintió tan extasiado por el tema y el lenguaje de ese tratamiento que, sin vacilaciones, resolvió llevar a cabo todos los preceptos que indicaba. Impulsado por la fuerza propulsora inherente de esa tablilla, cierto día, al dirigir su congregación en oración en el Templo de Naw, pronunció, repentinamente, mientras proclamaba el adhán, las palabras adicionales prescritas por el Báb. La multitud que lo escuchó, se mostró asombrada por sus palabras. Desconcerto y consternación se apoderaron de toda la congregación. Los distinguidos teólogos que ocupaban los primeros asientos y que eran reverenciados a causa de su piadosa ortodoxia, clamaron y protestaron en alta voz diciendo '¡Pobre de nosotros, guardianes y protectores de la Fe de Dios! ¡Observad!, este hombre ha enarbolado el estandarte de la herejía. ¡Abajo este infame traidor! Ha blasfemado. Arrestadlo, porque es un desprestigio para nuestra Fe'.

'¿Quién?', exclamaron iracundos, 'se atreve a autorizar desviación tan grave a los preceptos establecidos en el Islám? ¿Quién presume arrogar para sí esta suprema prerrogativa?'

^a. Los sucesores Shí'ih del Profeta Mahoma.

un cordel a través de la incisión y, con esta rienda, se les condujera a través de la ciudad. 'Será una clara lección para la gente de Shíráz', declaró Husayn Khán, 'que sabrá el castigo que corresponde a la herejía'. Mullá Šádiq, tranquilo y dueño de sí, con los ojos clavados en el cielo, recitó en alta voz esta oración: '¡Oh Señor nuestro Dios! ¡Por cierto que hemos escuchado la voz de Uno que llamaba! Nos llamó a la Fe 'Creed en el Señor, vuestro Dios!' —y hemos creído. ¡Oh Dios, nuestro Dios! Perdona, pues, nuestros pecados y oculta nuestras malas acciones a nuestra vista y haz que muramos con los justos'. Con magnífica fortaleza ambos se resignaron a su destino. Los que habían recibido instrucciones de aplicar este castigo salvaje cumplieron su tarea con rapidez y vigor. Nadie intervino en defensa de estas víctimas ni se sintió inclinado a abogar por su causa. Poco después ambos fueron expulsados de Shíráz. Antes de ello se les advirtió que, si intentaban volver alguna vez a esa ciudad, ambos serían crucificados".¹²

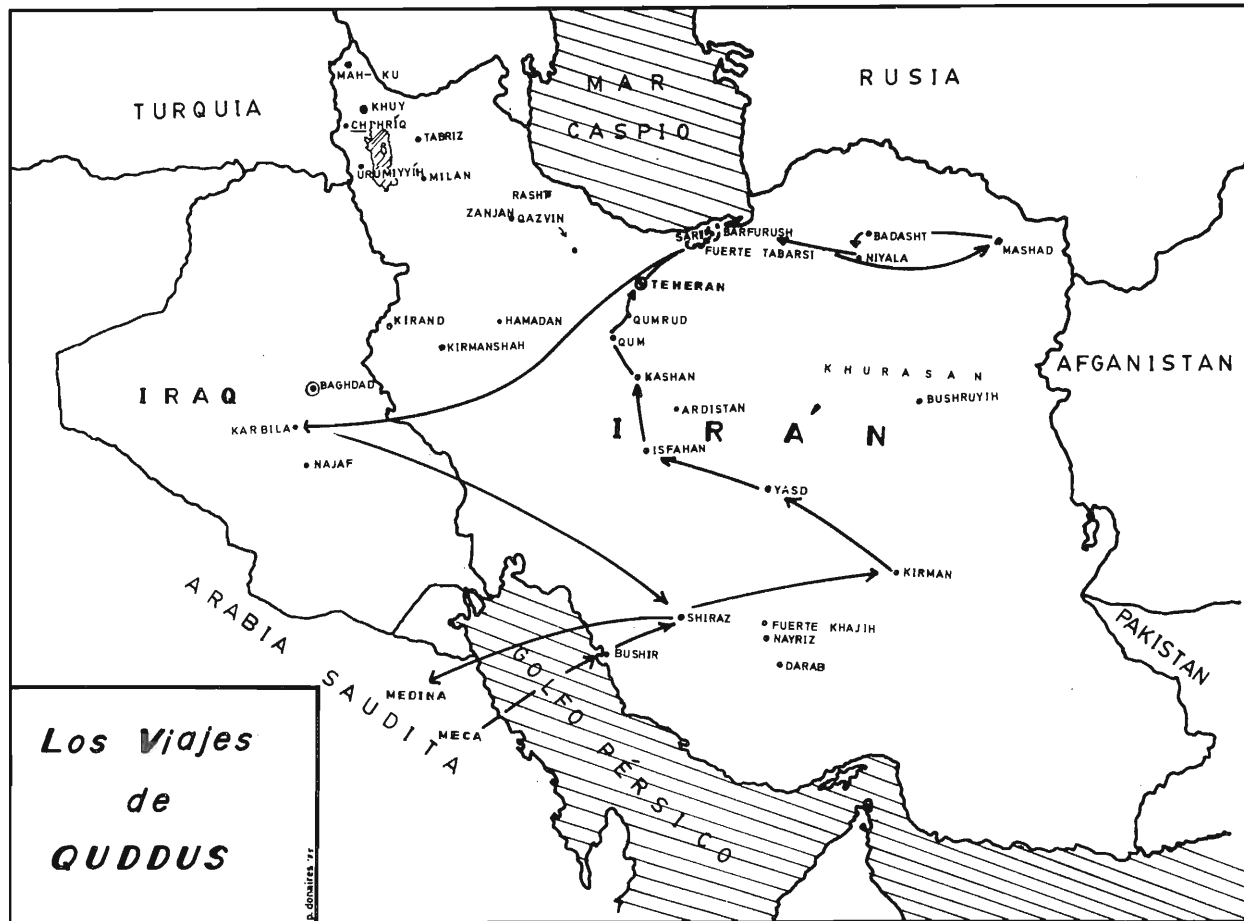
Junto a ellos también se hallaba 'Alí-Akbar Ardistání, quien a la misma vez sufrió el peso de las torturas. Los tres babís fueron luego expulsados de la ciudad.

El sufrimiento por el que pasaron los armó de mayor fortaleza para seguir más firmes que nunca. Seguidamente hicieron un viaje de enseñanza juntos, visitando pueblos y aldeas, dando a conocer abiertamente las buenas nuevas de la manifestación del Báb.

Más adelante, el grupo entusiasta se disolvió, partiendo Quddús para Kirmán y Mullá Šádiq hacia Yazd. Mullá Šádiq siguió ejemplarmente con su labor misionera y se uniría nuevamente con Quddús sólo para participar en la heroica jornada del Fuerte de Tabarsí.

Mullá Šádiq fue nombrado póstumamente por 'Abdú'l-Bahá, una Mano de la Causa de Dios, y hasta su muerte acaecida en Hamadán, siguió desplegando sus esfuerzos y conocimientos para el progreso de la Fe.

* * *





Siyyid Javád



Muhammad Shah

4. Los viajes de Quddús

Al dirigirse a la ciudad de Kirmán, Quddús tenía en mente encontrarse cara a cara con Hájí Mírzá Karím Khán.

Ambos, ellos dos, habían sido anteriormente discípulos del difunto Siyyid Kázim. Como recordaremos, este distinguido teólogo había dejado claras y amplias instrucciones a sus alumnos para que a su fallecimiento se dispersasen a la búsqueda del Mensajero Prometido. En sus continuas exhortaciones señaló que era la tarea de todos cumplir este cometido y por lo tanto, no había lugar alguno para que tenga un sucesor.

Karím Khán, quien ya había mostrado deslealtad a los principios de Siyyid Kázim durante esos años, cayó en error y, no dando oídos a esas admoniciones, trató por todos los medios de aparecer como el sucesor de Siyyid Kázim y exponente de sus enseñanzas. Claro estaba, por lo demás, que su comportamiento vergonzoso en la ciudad, dejaba mucho que desear.

En una desviación aún más grave, rechazó al Báb y se apartó con desdén del llamado divino. No contento con ello, se convirtió en un enemigo jurado de la Causa de Dios. Su atrevimiento y rebeldía lo llevaron al extremo de escribir un tratado atacando al Báb, al mismo tiempo que se alió con todo tipo de gente que buscaba minar el avance de la Causa de Dios.

Quddús, en esa oportunidad llevaba una carta del Báb dirigida a ese impostor; a la vez de visitarle, decidió frenar los ataques y calumnias que venía difundiendo.

Era el verano de 1845. Llegó y se hospedó en casa de un distinguido ciudadano de nombre Hájí Siyyid Javád, muy respetado por la población de Kirmán por razón de su carácter piadoso y conocimiento.

Este personaje había sido también otro discípulo de Siyyid Kázim. Por intermedio de Quddús en aquella vez, aceptó la Fe del Báb. Por un tiempo, prefirió ocultar su fe, en el convencimiento de que así podría ayudar mejor al crecimiento de la Causa.

Nabíl relató en su narración lo que sucedió por esos días:

"En todas las reuniones celebradas en su hogar^a, invariablemente asignó a su joven invitado el asiento de honor y lo trató con extrema deferencia y cortesía. Preferencia tan marcada demostrada hacia una persona tan joven y en apariencia tan mediocre encendió la envidia de los discípulos de Hájí Mírzá Karím Khán quienes, describiendo en lenguaje vívido y exagerado los honores que se le estaban haciendo a Quddús, trataron de excitar la hostilidad latente de su jefe. 'Observad', susurraron en sus oídos, 'aquél quien es el discípulo más querido y de mayor confianza del Siyyid-i-Báb, ahora es el huésped de honor del habitante más poderoso de Kirmán. Si se le permite vivir en estrecha compañía con Hájí

^a. (de Hájí Siyyid Javád).

Siyyyid Javád, sin lugar a dudas que infundirá su veneno en su alma y lo modelará como el instrumento por medio del cual tendrá éxito en destruir vuestra autoridad y extinguir vuestra fama'. Alarmado por estas malvadas murmuraciones, el cobarde Hájí Mírzá Karím Khán apeló al gobernador y le indujo a visitar en persona a Hájí Siyyid Javád y pedir que se pusiera término a esa peligrosa asociación. La representación del gobernador inflamó la cólera del destempleado Hájí Siyyid Javád.

'¡Cuántas veces te he dicho', protestó con violencia, 'que ignores las maledicencias de ese malvado conspirador! Mi tolerancia le ha dado valentía. Que tenga cuidado, no vaya a ser que sobrepase los límites. ¿Es que trata de usurpar mi posición? ¿No es acaso él, quien recibe en su hogar a miles de personas abyectas e innobles y los colma de servil halago? ¿No ha tratado una vez tras otra de enaltecer al impío y silenciar al inocente? ¿No ha sido él, quien, año tras año, al reforzar la mano de los malvados ha buscado aliarse con ellos y satisfacer sus deseos carnales? ¿No persiste acaso hasta este día en blasfemar contra todo lo que es puro y sagrado en el Islám? Mi silencio parece haber hecho aumentar su temeridad e insolencia. Se toma la libertad de cometer las acciones más viles y rehusa permitirme recibir y honrar en mi casa a un hombre (Quddús) de tanta integridad, erudición y nobleza. Si rehusa desistir de esta práctica, que se dé por advertido que los peores elementos de la ciudad, bajo mi instigación, lo expulsarán de Kirmán'.

Desconcertado, por denuncias tan vehementes, el gobernador se excusó por su acción. Antes de retirarse, aseguró a Hájí Siyyid Javád que no tenía por qué sentir temor alguno, que él mismo trataría de despertar a Hájí Mírzá Karím Khán a la comprensión de la torpeza de su comportamiento y le induciría a arrepentirse.

El mensaje del Siyyid Javád aguijoneó a Hájí Mírzá Karím Khán. Convulsionado por un sentimiento de profundo resentimiento que le era imposible ni reprimir ni satisfacer, abandonó toda esperanza de conquistar la dirección de la gente de Kirmán. Ese desafío abierto fue el golpe de gracia a su más acariciadas ambiciones..."¹³

De esta manera Quddús pudo moverse con mayor libertad dentro de la ciudad y así proclamar las enseñanzas de la Fe a la gente. Sostuvo igualmente largas reuniones con su anfitrión. Le habló en detalle de cómo había reconocido al Báb, del peregrinaje y sus recientes viajes en pro de la promulgación del nuevo día.

Luego de todo ello, y dejando en buen recaudo el prestigio y dignidad de la Fe,^a continuó su andar visitando diferentes ciudades como Yazd, Ardikán, Káshán, Qum, para llegar a Teherán, la capital de Persia.

a. De acuerdo al testimonio del mismo Karím Khán, Quddús fue expulsado de la ciudad. Sin embargo, por varias razones, la Narración de Nabil es más confiable.

En esa ciudad conoció a Bahá'u'lláh. El Báb le había prometido que alcanzaría la bendita presencia de "Aquél quien es el único objeto de Nuestra adoración y amor". "En Su presencia", le había dicho, "olvidarás todas las vejaciones y desgracias que te hayan sobrevenido"¹⁴

"El encanto de su persona", cuenta Aqáy-i-Kalím, el hermano de Bahá'u'lláh quien lo vio esa vez, "su extrema afabilidad, junto con la dignidad de su porte, llamaban la atención aun del observador más atolondrado. Quienquiera se asociaba íntimamente con él se sentía poseído de una admiración insaciable por ese atrayente joven. Le observamos practicar sus abluciones cierto día y nos llamó la atención la gracia que lo distinguía de los demás adoradores en la práctica de un rito tan ordinario. Parecía ser, a nuestros ojos, la encarnación misma de la pureza y gracia"¹⁵

Por cierto que esta promesa del Báb, de conocer algún día a Bahá'u'lláh —Aquél a Quien Dios haría manifiesto— había sido dada a otros creyentes como Mullá Husayn, Mullá Báqir, Sayyáh, Shaykh Hasan y 'Azím.

Sin embargo, de entre todos los creyentes babís, había sido sobre Quddús, la última Letra del Viviente, el más joven de todos ellos, sobre quien el Báb y Bahá'u'lláh depararon bondad y gracia especial, por encima de todos los miembros de esa comunidad, lo cual puede ser apreciado en las elocuentes y significativas designaciones de que fue objeto en las Escrituras.

En una de Sus tablas, el Báb lo inmortaliza como: Ismulláhu'l-Akhar (el Último Nombre de Dios), mientras que en el Bayán Persa encontramos que la "única persona que Le reconoció y realizó el peregrinaje con Él es aquél (Quddús) alrededor de quien giran ocho Vahíds, que Dios se ha glorificado ante el Concurso en lo Alto por virtud de su desprendimiento absoluto y por su ser enteramente consagrado a la voluntad de Dios"¹⁶

Su designación —Quddús, el Santo— conferida por Bahá'u'lláh, nos da gran luz sobre el grado de pureza de su vida espiritual. En otra oportunidad, Él lo ensalza en la "sublime designación"¹⁷ de Nuqtíy-i-Ukhrá (el Último Punto) que lo coloca primero en rango de entre todos los creyentes de la Dispensación del Báb, una afirmación hecha en Lawh-i-Kullu't-Ta'am (la Tabla de la Completa Comida),¹⁸ una Tabla revelada por la Bendita Belleza, años después.

De otro lado, Bahá'u'lláh declaró que si el Báb no hubiese sido señalado por Dios, Quddús habría sido investido por Dios como la Manifestación designada. Y cuando en el año de 1849 se produce el cruel martirio de este "portestandarte de las huestes de la aflicción"¹⁹ en el umbral de la vida, un episodio que sumió al Báb en infinita tristeza, Bahá'u'lláh aseguró que ni Jesucristo había enfrentado tal padecimiento en la hora de su mayor agonía.

Es pues motivo de admiración y aprecio, los numerosos pasajes en las Escrituras Sagradas, que encontramos a manera de joyas, sobre la condición de este destacado joven. En el Corán, es identificado por el Báb como uno de los "Mensajeros acusados de impostura" (Cr. 36: 13) mientras que en el libro del Apoca-

lipsis del Nuevo Testamento es señalado como uno de los "dos testigos en quienes 'antes que el segundo ¡ay! haya pasado', debe entrar 'el espíritu de vida procedente de Dios' ".²⁰

Así como era la prístina luz de su pureza, así era en igual medida su humildad y vasta erudición, insuperable en cualquier circunstancia. Encontramos que durante el sitio del Fuerte de Tabarsí escribió el grueso de su famoso comentario sobre el Sura de Samad, el cual abarcaba alrededor de 500,000 versículos rebosantes de sabiduría y buen estilo, y que cautivaba a sus heroicos compañeros en esos días de duro sufrimiento.

De acuerdo al testimonio de 'Abdu'l-Bahá, "en firmeza y constancia era superior a todos".²¹ Él era el "venerado Quddús",²² como lo llamó el Guardián de la Fe.

Los amigos de Dios veían en él al representante del Báb Mismo y se sometían a sus consejos con obediencia y sin vacilación. Lo tenían como un personaje reverenciado. Cuando se referían a él, decían Jináb-i-Quddús, Su Alteza Quddús.

Y sobre el lazo místico entre aquella tierna alma con el Ser todo glorioso de Su Bendito Maestro, a cuya existencia Él Mismo se había referido cuando afirmó que con él, antes de su conversión instantánea a los 22 años de edad, ya había "estado en comunicación en el reino del espíritu",²³ sobre aquella santa asociación que con motivo de aquel peregrinaje había calado tan hondamente en el espíritu del joven y que al concluirse en el regreso a Persia, en el momento de la despedida final Él le había predicho que "no seguiría reunión alguna excepto en el Reino de Dios, en presencia del Rey de la Gloria... en las playas del Gran Más Allá... en el reino de la inmortalidad"²⁴ en clara alusión a un futuro próximo y a la vez trágico al que una brillante trayectoria le conduciría; sobre tan mística e indescriptible relación, 'Abdu'l-Bahá —el Centro del Convenio— se ha referido con estas palabras, con las cuales cerramos este capítulo: "... Y aquel Sol de Realidad (el Báb) y aquella Luna de Guía (Quddús), los dos, así como Cristo, se ocultaron tras el horizonte supremo y ascendieron al Reino de Dios".²⁵

5. El Encuentro de Mullá Husayn con Quddús

En la sección anterior hablábamos de quién era Quddús y cuán alta es su posición. Ahora haremos una breve referencia a esa otra alma distinguida dentro de la Fe del Báb, como fue Mullá Husayn.

En alguna y otra parte de los relatos de sus vidas, los encontramos a ambos juntos, prácticamente dos gigantes espirituales de esa época, cada uno haciendo el rol histórico que fueron llamados a jugar en la arena del servicio.

Quddús y Mullá Husayn, habían sido muy buenos amigos desde hacía mucho tiempo, quizás ocho años. Habían estado juntos durante esos primeros cuatro años en las clases de Siyyid Kázím en la ciudad de Karbilá, con anterioridad a la Declaración del Báb.

Mullá Husayn era uno de los alumnos más antiguos, pero ellos dos llegaron a ser los alumnos predilectos del maestro.

Quddús, muy joven, de 18 años, había destacado especialmente por su humildad, pureza y conocimiento. Mullá Husayn, nueve años mayor, se distinguió por su valentía, su erudicción y la sensibilidad de su juicio por aquello que era la Palabra de Dios y los escritos sagrados. Claro está, en un nivel general, todas estas cualidades eran compartidas por los dos.

Su amistad era verdadera y en los mejores o en los más difíciles momentos habían estado juntos. Cuando el Báb se manifestó a Mullá Husayn en el mes de mayo de 1844, Mullá Husayn y Quddús fueron honrados como la Primera y Última Letra del Viviente, respectivamente.

Por aquellas cualidades espirituales que habían mostrado en el sendero de Dios, el Báb se había referido a ellos en Sus escritos, con referencias elocuentes y significativas. Mullá Husayn había sido llamado el "Espejo Primordial", el "Bienamado de Mi corazón", la "Puerta de la Puerta",²⁶ que "las criaturas al comienzo y al final de la Manifestación lo envidian y lo rodean hasta el Día del Juicio".²⁷ Quddús, de otro lado, había sido elogiado como el primero en rango de entre toda la comunidad babí, una posición por lo demás, sagrada.

Tanto el uno como el otro ofrendaron eventualmente sus vidas en el sendero de la Causa de Dios en el mismo año. Mientras Mullá Husayn había tenido el privilegio de estar tres veces, en diferentes años, ante la bendita presencia de su Bienamado y había rendido devotos servicios en extensos y riesgosos viajes de enseñanza, Quddús entretanto, tuvo, igualmente, el honor de estar en Su compañía aunque sólo una vez, por nueve meses, en la ocasión del peregrinaje a La Meca y, había estado entre los primeros en sufrir persecución por la Causa de Dios en Irán, luego de lo cual había visitado diferentes ciudades sembrando las semillas de la Fe.

Por aquel tiempo el Sol de la Realidad —el Báb— había sido confirmado en una lejana prisión del reino,^a en el intento de opacar su intenso brillo. La Luna

^a Máh-Kú.

de Guía —Quddús— asumiría su papel de reflejar esa luz en ausencia del Astro Rey. Era como había sido Abraham con Jacob; Moisés y Aarón; Cristo con Pedro; Mahoma y 'Alí, con la diferencia de que en este caso el Profeta había sobrevivido a su discípulo más destacado y amado, ante la inminencia de la aparición de Bahá'u'lláh.

De un carácter a la vez dulce, suave y delicado, agraciado por su juventud, Quddús había estado entonces residiendo en su pueblo natal de Bárfurúsh, en la casa que perteneció a su padre. Por espacio de dos años, sus actividades y energías habían sido dedicadas a levantar una comunidad de creyentes en esa población. Se afirma que en menos de una semana había hecho ingresar 300 almas a las filas de la Fe.

Quizás porque su radio de acción se había circunscrito a su pueblo y alrededores cercanos, el Báb lo llamó "el tesoro oculto de Dios" y había pedido a Mullá Husayn, la última vez en la prisión de Máh-Kú, que se dirigiera a la provincia de Mázindarán a fin de que pudiera descubrir esa joya preciosa de incalculable valor.

Mullá Husayn, imperceptible de lo que representaba aquel tesoro espiritual, enrumbó a esa provincia y, a su paso por el pueblo de Bárfurúsh, se dirigió al hogar de Quddús.

Ese encuentro de gigantes espirituales, como queremos llamarlo, se realizó uno de los días del mes de abril de 1848. No se veían desde aquella vez en Shíráz cuando luego de intensa búsqueda llegaron a reconocer al Báb y abrazaron Su llamado.

Durante esos largos años de no verse, sucedieron muchas cosas. De estudiantes de religión, había pasado por pruebas y episodios tan extraordinarios, que era poco en realidad lo que tenían de su condición original. Se podría decir que habían sido forjados de nuevo con la raza de los héroes y de los santos.

Si encontrarse con un viejo amigo es una grata experiencia al desempolvar recuerdos y hablar con entusiasmo y curiosidad de la marcha de los años, no es de extrañar lo especial que pudo ser aquella reunión entre Mullá Husayn, viajero por excelencia, y Quddús, quien, "por la dulzura de su carácter y la amplitud de su erudición había conquistado el afecto y la admiración sin límites de los habitantes de aquel pueblo"²⁸

Esa visita, aunque corta —prácticamente dos días— fue revestida de un carácter especial pues, no sólo fue el encuentro formal de dos viejos amigos, sino que fue el medio por el que uno de ellos —Mullá Husayn— reconoció los méritos propios de la superioridad del otro —Quddús—, dándose cuenta entonces que había encontrado en él al "tesoro oculto" prometido por el Báb.

De allí en adelante, Mullá Husayn se pondría bajo sus órdenes, y con la mayor confianza, se fortalecería con el pensamiento de que aun cuando el bendito Bab estaba oculto en Su confinamiento, Quddús podría asumir con justicia

y capacidad las riendas de la comunidad de los babís.

Desde ese momento, a la amistad franca y cordial, se sumó un sentimiento de reverencia y respeto ante quien ahora iba a ser su reconocido jefe. Vamos a ver como sucedió.

Cuando Mullá Husayn arribó a Bárfurúsh, fue directamente a la casa de Quddús, quien con mucho afecto le dió la bienvenida y le atendió personalmente, limpiándole del polvo del viaje y las heridas en el pie, producto de las largas jornadas. Algunos amigos y creyentes, que de alguna manera se habían enterado de su venida, se acercaron para conocerle y saludarle, mientras Quddús con mucha cortesía les presentaba al visitante, al que, con marcado respeto, le ofreció el asiento de honor de su casa.

Por la noche, invitó a los creyentes del pueblo a su casa para una cena en presencia de Mullá Husayn. Todos ellos se regocijaron de su venida pues habían escuchado ya de los rasgos del personaje. Aunque no existe mayor información, comprendemos que la reunión levantó el espíritu, que los animó y los confirmó en su unidad y servicio.

Luego de terminada la comida y que los invitados fueron despedidos, Quddús muy intranquilo se acercó a Mullá Husayn y con intensa inquietud le preguntó sobre las últimas novedades de la vida de su Bienamado. Mullá Husayn le respondió diciéndole los puntos que había captado de Sus palabras, como por ejemplo, Sus instrucciones sobre el servicio que debería rendir en los días venideros, especialmente sobre una "Fiesta del Sacrificio" en la cual El Mismo también sería inmolado.

Esta vez, el Báb no le había dado al despedirse la promesa de verle nuevamente, de lo que dedujo que pronto sería sacrificado en Su sendero. El Báb, —siguió relatando Mullá Husayn; le señaló que debería ir a Mázindarán donde encontraría un tesoro oculto, "tesoro que descubrirá a tus ojos el carácter de las tareas que estás destinado a llevar a cabo".²⁹

Cuando terminó de narrar sus impresiones, Quddús le preguntó si traía algún escrito del Báb. Mullá Husayn dijo que no. Entonces Quddús le alcanzó un manuscrito y le solicitó que lo lea.

Mullá Husayn así lo hizo y al terminar de leer una de sus páginas, se dibujó en su rostro una expresión de profunda sorpresa y asombro.

Era evidente en ese momento que el especial contenido de aquella hoja había impresionado su ser de una manera especial, particularmente cuando su sensible juicio hacia todo aquello que era sagrado e inspirado, era una de las cualidades más sobresalientes de su genio. Inmediatamente se sintió movido a declarar que el autor de ese escrito había derivado su inspiración de "aquella Fuente que se encuentra muy por encima de aquellas en que se origina corrientemente la sabiduría de los hombres".³⁰

Al comprender que Quddús, por el silencio que venía guardando, era el escritor de esas líneas, se puso de pie e inclinando su cabeza, declaró solemne-

mente que aquel "tesoro oculto" no era sino su anfitrión y que "aun cuando mi Maestro se encuentre oculto entre las agrestes montañas de 'Adhírbáyján, el Signo de su Esplendor y la revelación de Su poder se hallan manifiestos delante de mí. He encontrado en Mázindarán el reflejo de Su gloria".³¹

A la mañana siguiente, los babís reunidos nuevamente en casa de Quddús se sintieron sorprendidos de la escena que sus ojos veían. Mientras el día anterior, era Mulla Husayn el objeto de toda consideración, ahora los papeles habían cambiado y era Quddús el centro de la reverencia, pues Mullá Husayn se hallaba de pie ante el umbral de la puerta dando a entender su completa humildad.

Los creyentes llegaron a entender así el rango y posición del dueño de la casa, quien pacientemente los había traído a la Fe.

Aquel segundo y último día, Quddús dio a Mullá Husayn la misión de ir donde el sacerdote principal del pueblo y clarificar para él las verdades de la Causa, a pesar que ya este clérigo musulmán, pérfido y cruel, se había vuelto un enemigo jurado de las enseñanzas, y por tanto de Quddús, que era la cabeza de la comunidad local.

Mullá Husayn partió al alba del día siguiente y siguiendo los consejos de Quddús fue donde el Sa'ídu'l-'Ulamá y valientemente defendió su Fe en medio de una asamblea pública. El sacerdote, incapaz como era de responder a las palabras de Mullá Husayn, arremetió en insultos. Viendo que no había mayor esperanza, Mullá Husayn salió de la reunión, no sin antes dirigirse a uno de los presentes que le había estado escuchando con interés, y pedirle que se acerque a la casa de Quddús y le informe de lo que había visto. "Decidle", le encomendó, "En cuando no me encomendó específicamente buscar su presencia, he decidido partir inmediatamente a Khurásan. Procedo a cumplir en su totalidad aquello que me ha dado instrucciones para llevar a cabo".³²

Con estas últimas palabras, Mullá Husayn quería referirse a la tarea gemela que Quddús le confió, de ir a la ciudad de Mashhad, capital de la provincia de Khurásán, y construir allí una casa apropiada para ser centro de reunión de los creyentes a la misma vez que sirva para su vivienda particular y de sus huéspedes. La casa sería un punto de promulgación de las enseñanzas divinas y estaría abierta a todos los buscadores interesados en abrazar la Causa de la Verdad.

Esta casa, que Mullá Husayn edificó cumpliendo cabalmente el deseo de Quddús fue conocida por la población como la Casa de Bábíyyih (la Casa Babí) y llegó a ser un verdadero eje motriz de la actividad febril de los creyentes.

6. Quddús en Mashhad

Una vez concluido ese modesto hogar, Quddús se trasladó a la ciudad de Mashhad y vivió allí por un tiempo. Mullá Husayn hizo también su residencia en la casa de Bábíyyih.

En su interior se fundiría y se generaría el espíritu que animaría a los babís a realizar las grandes hazañas de los próximos meses. La gente se sintió atraída en tropes a este lugar y entraban y salían, aunque en la mayoría de los casos ya identificados con el Mensaje.

En las palabras de Nabíl: "En aquel tiempo toda la provincia de Khurásán se hallaba sumida en la angustia de violenta agitación. Las actividades iniciadas por Quddús y Mullá Husayn, su coraje, su celo, y su lenguaje franco, habrían despertado al pueblo de su letargo y encendido en algunos corazones los nobles sentimientos de la fe y devoción y despertado en el pecho de otros los instintos malvados de un fanatismo apasionado. Multitud de buscadores llegaban como torrentes desde todas direcciones hacia Mashhad, indagaban con ansias la residencia de Mullá Husayn y, por intermedio de él, eran conducidos a la presencia de Quddús".³³

Poco después sucedió un lamentable incidente provocado por el celo de las autoridades al observar el crecimiento vertiginoso de las actividades de los babís.

Un creyente muy allegado a Mullá Husayn fue apresado, y en el afán de socavar el prestigio ganado por la Fe en la ciudad, lo hicieron pasear por las calles arrastrándolo de un cordel que pasaron por un agujero que hicieron en la nariz del desventurado amigo.

Al ver esta escena, un grupo de creyentes se acercó a Mullá Husayn y le pidieron que vengara esta afrenta.

Pero él, en cambio, les recomendó paciencia asegurándoles que el afligido Hasan, que así se llamaba, estaría con ellos al día siguiente.

Un puñado de ellos, desobedeciendo los consejos de Mullá Husayn y en el intento de liberar a Hasan, mataron en la calle a unos cuantos soldados que iban arrastrándole.

El desorden que se despertó y las protestas de los sacerdotes musulmanes, hicieron que el Príncipe Hamzih Mírzá, encargado de la tranquilidad de la ciudad, invitara a Mullá Husayn a permanecer un tiempo en su campamento hasta que el orden se restablezca. En realidad era una solicitud conminatoria.

Quddús, a quien recurrió para su guía, le aconsejó aceptar la invitación. Esa tarde en el momento de la despedida, Quddús le prometió una próxima reunión en cualquier lugar que la Providencia decretare.

Le instruyó además que, después que todo el barullo pasara, saliera de la ciudad e izara y desplegara el Estandarte Negro, un símbolo que proclamaría

el advenimiento de la Nueva Revelación de Dios, como estaba escrito en antiguas profecías.

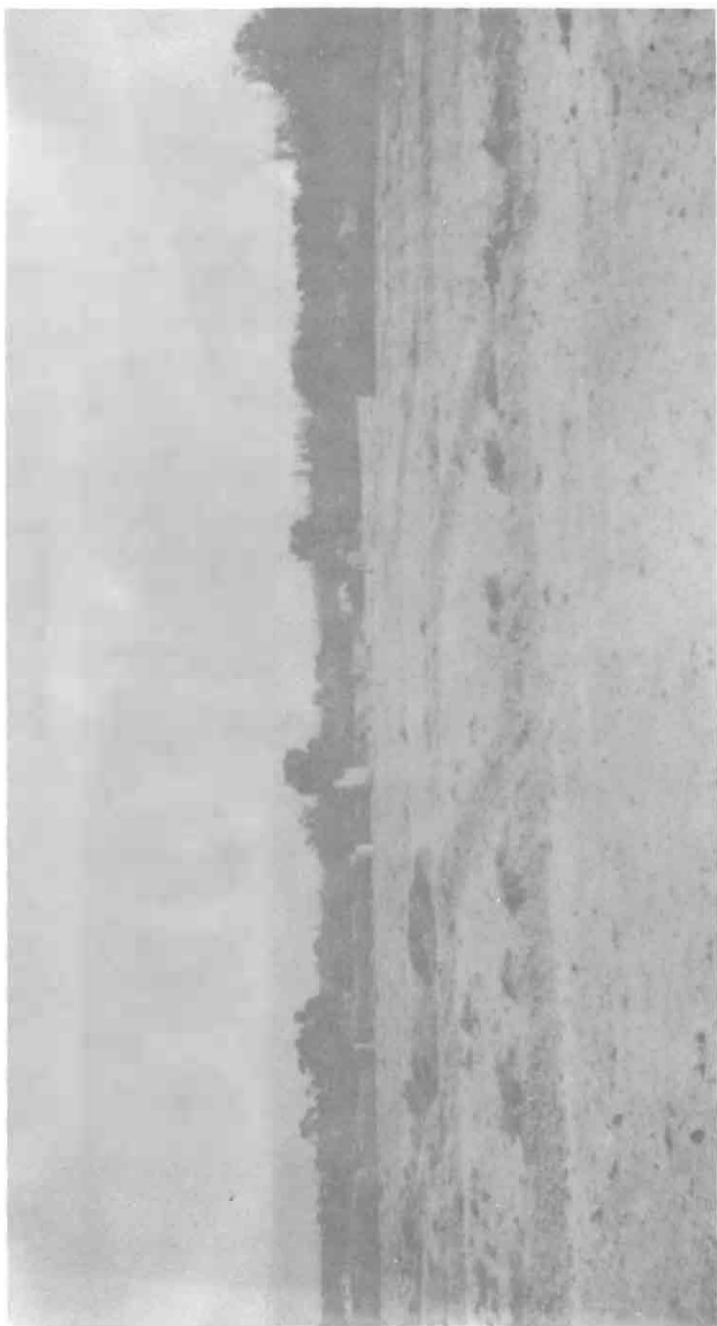
“Mullá Husayn mostró gran alegría”, dice Nabíl, “se lanzó a los pies de Quddús y le aseguró su firme determinación de llevar a cabo con fidelidad las obligaciones que le habían impuesto. Quddús lo tomó cariñosamente en sus brazos y, besándolo sobre los ojos y la frente, le encomendó a la inagotable protección de Dios”.³⁴

Esa misma noche Quddús dejó Mashhad partiendo a Mázindarán como era su propósito. Antes de hacerlo, llamó a los principales creyentes y les enfatizó la necesidad de obedecer completamente a Mullá Husayn. Les advirtió: “Violentas son las tormentas que tenemos por delante. Los días de tensión y violentas conmociones se aproximan rápidamente. Aferráos a él, porque en la obediencia a su mandato está vuestra salvación”.³⁵

* * *



El pueblo de Shah-Rud



La Aldea de Badasht

7. La Conferencia de Badasht

En el mes de mayo de 1848 cuando Quddús y Mullá Husayn aún residían en la ciudad de Mashhad, capital de Khurásán, el Báb desde Su cautiverio reveló una tablilla en la cual pedía a cada uno de Sus seguidores en suelo persa que se apresuren en ir a aquella provincia del noroeste del país.

El llamado se difundió rápidamente y pronto cubrió a la mayoría de los babís, más aún, trascendió las fronteras del reino. Los creyentes sintieron en sus corazones aquella exhortación y con entusiasmo se levantaron a cumplirla desde todas partes.

Por alguna razón, Quddús estaba saliendo de esa tierra rumbo a la provincia colindante de Mázindarán, casi al tiempo cuando Bahá'u'lláh y Táhirih —la famosa heroína de la Fe—, Uno después del otro, tomaban el mismo camino, cada uno avanzando por su lado.

En efecto, Bahá'u'lláh se dirigía a Khurásán en cumplimiento de la petición del Báb. Venía de Teherán, la capital, donde había virtualmente logrado la liberación de Táhirih de manos fanáticas. A ella había la enviado por delante.

Al ir avanzando, Bahá'u'lláh se enteró por un babí que había encontrado a Quddús en el camino, que este personaje había pasado en el amanecer por la aldea de Badasht y que se estaba dirigiendo al pueblo de Sháh-Rúd.

Bahá'u'lláh y Su comitiva se encontraban por esos lugares. En el deseo de encontrar a Quddús, partió a caballo por la tarde del mismo día con dirección al pueblo mencionado donde finalmente le encontró.

Al día siguiente, juntos, partieron a la aldea de Badasht. Badasht, era un pequeño villorio de escasa población, situado en la frontera de Khurásán y Mázindarán. Un grupo grande de babís provenientes de diferentes ciudades del interior, habían ya arribado y estaban sólo aguardando que Bahá'u'lláh pase por allí para acompañarle en el viaje que tenía proyectado a Khurásán.

Llegaron Bahá'u'lláh, Quddús y Táhirih a ese lugar algún día del mes de junio, cuando comenzaba la temporada de verano del año de 1848. Todos los presentes reunidos sumaban el número de 81 amigos.

Bahá'u'lláh fue el anfitrión de todos ellos y arrendó tres jardines. Uno fue para Táhirih, a quien los babís consideraban igual a la casta Fátimih, la hija de Mahoma. El otro jardín fue destinado a Quddús, en ese tiempo muy reverenciado por los amigos. El restante, fue usado por Bahá'u'lláh quien por entonces era un miembro de la nobleza persa, y un alma muy devota al Báb con Quien tenía continua y estrecha correspondencia.

Por aquellos años, Bahá'u'lláh era conocido con Su nombre original de Mírzá Husayn 'Alí. Táhirih lo era como Qurratu'l-'Ayn (Solaz de los Ojos), y, Quddús como Mírzá Muhammad 'Alí.

La llegada a Badasht fue la ocasión para iniciar una reunión de babís, quienes de acuerdo a un plan ideado por Bahá'u'lláh y Quddús de antemano, procla-

marían abiertamente la abrogación del viejo orden y la promulgación de las nuevas leyes que el Báb había revelado para el nuevo Día.

Aquel encuentro cumbre duró 22 días y fue conocido en adelante como la Conferencia de Badasht en honor de la sencilla aldea que servía como escenario.

Los dos grandes ausentes eran el Báb Mismo, encarcelado en la prisión de Chihríq, y Mullá Husayn, que estaba en el campamento del Príncipe Hamzih Mírzá en Mashhad, recluído a manera de una invitación.

Como lo señaló el Guardián de la Fe:

“El propósito fundamental de dicha reunión era implementar la revelación del Bayán con una ruptura repentina, completa y dramática con el pasado, con su orden, su organización eclesiástica, sus tradiciones y sus ceremonias. El propósito secundario de la Conferencia era considerar los medios para emancipar al Báb de Su cruel confinamiento en Chihríq. El primero tuvo gran éxito, el segundo estaba condenado, desde el comienzo, a fracasar”.³⁶

Para esa época, cuatro años desde el inicio de la Fe, los babís habían creído tremendamente, pero una gran mayoría —no todos—, se encontraban inconscientes de lo que la Manifestación del Báb representaba en toda su dimensión. Aunque Él no había declarado formalmente y públicamente Su alta estación de ser el esperado Qá’ím (Aquel quien se levantará)^a, de todas maneras Él Mismo la había aludido en sus escritos de una manera velada. Con todo, algunos pensaban que la Manifestación del Báb venía a cumplir estrictamente la ley islámica y que el expectado Qa’ím vendría a traer un reino de paz, justicia y felicidad, y que todos los signos de las antiguas profecías deberían cumplirse literalmente.

Haciendo una comparación, podemos remontarnos a épocas pasadas y recordar la actitud de los judíos esperando al Mesías a manera de un Rey material que aplastaría el yugo romano y los liberaría de su opresión.

Para algunos babís por falta de adecuada información y los musulmanes por prejuicio, les era difícil pensar que el Qá’ím vendría a anular las leyes de la religión mahometana y que en su remplazo implantaría otras.

Pero sabemos que este es el caso de la venida de cada Profeta de Dios al mundo y que las leyes son cambiadas de época en época, cada vez que aparece un Mensajero de Dios. Por ejemplo, Cristo cambió las leyes del Antiguo Testamento sobre el divorcio, el sábado, la ley del Talión, la prohibición de comer ciertos alimentos, etc.

De todas maneras, cuando el Báb asoció abiertamente Su identidad como el Qá’ím, lo que sucedió poco después de la Conferencia de Badasht, la masa de los babís comprendió más las implicaciones de las enseñanzas que habían abraza-

a. La voz Qá’ím proviene de la expresión Qá’ím-í-Alí-Muhammad (Aquel que se levantará de la Familia de Mahoma). El Qá’ím era un Mensajero Divino prometido y esperado en el Islám durante 1,000 años.

do y su entusiasmo por difundirlas aumentó más. Es de resaltar la carencia de libros y la falta de información y diseminación de los escritos del Báb, y a la vez es sorprendente observar la calidad de esos creyentes, que aunque parcialmente informados, brillaron por su fe y constancia.

El Báb hizo eso: derogó las leyes tradicionales. En Su libro de Leyes, el Bayán (Exposición), revelado en la Fortaleza de Máh-Kú, anuló muchas y diferentes ordenanzas establecidas en el Corán y también del clero mismo, como las referidas a los detalles de la oración, el ayuno, el matrimonio, el divorcio, etc., y las sustituyó por otras de reglas diferentes.

Estas leyes de la nueva Dispensación, como el Báb señaló, no eran permanentes sino que tenían vigencia de un corto tiempo hasta cuando aparecería Aquél a Quien Dios haría manifiesto —Bahá'u'lláh—. Tenían un carácter transitorio, de anulamiento de la ley islámica, hasta la venida de Bahá'u'lláh.

El Báb había dicho refiriéndose a Él: "Contemplo su aparición como la del sol en medio del cielo, y la desaparición de todo como la de las estrellas de la noche a la llegada del día".³⁷

Cuando se produjo la Declaración de Bahá'u'lláh en el año de 1863 como la Suprema Manifestación de Dios, el camino ya estaba allanado y los babís gozosos, además de preparados, empezaron a aceptar sin reservas y en conversión masiva e instantánea la Palabra de Bahá'u'lláh.

La Conferencia de Badasht atestiguó en cada uno de sus días la anulación de algún precepto y la promulgación de otro. Para el lector latinoamericano esto no parece mayor problema, pero en realidad sí lo era para el pueblo fanático y degradado de ese país, comparable a la condición ciega de los judíos del tiempo de Jesús. A la cabeza de esa gente ignorante y envuelta en la más profunda oscuridad de dogmas y tradiciones muchas veces irracionales, estaban sus sacerdotes, celosos al extremo en el estricto cumplimiento de las reglas religiosas, listos a apelar a cualquier recurso para castigar al transgresor.

La proclamación valiente y abierta con que se anunciaba la ruptura con alguna ley, hacía que los creyentes poco a poco se vieran desligados de las antiguas normas y miraran con nuevos ojos el horizonte de la grandeza de la Causa de Dios. En adelante se sentirían más orgullosos de la Fe que habían adoptado. Quedó en claro para todos ellos el carácter independiente de la Revelación del Báb y llegaron a ser más profundos en sus enseñanzas. Con alegría y confianza renovada, salieron de la Conferencia una vez concluída y se diseminaron a compartir sus experiencias con sus demás correligionarios en el país.

Bahá'u'lláh, Quddús y Táhírih, eran las tres estrellas que guiaron prudente y sabiamente la consulta diaria, pero era indudablemente Bahá'u'lláh el director de la reunión.

Cada uno de esos días, Él revelaba en anonimato una tabla a cada uno de los participantes y les confiaba un nuevo nombre. Posteriormente el Báb revela-

ría tablas a esos mismos asistentes y se les dirigiría con el nuevo nombre con que habían sido designados.

Desde ese momento histórico, Bahá'u'lláh fue conocido con el nombre de Bahá (Gloria), así como Quddús (el Santo) y Táhiriḥ (La Pura).

Como para algunos ese cambio brusco de una a otra ordenanza religiosa era un choque muy fuerte para ser aceptado tan de repente, Quddús y Táhiriḥ idearon un plan por medio del cual el efecto del giro sería suavizado de alguna manera. Entre los dos, idearon aparentar ante la concurrencia su desacuerdo y reprobación del uno para el otro. Mientras Táhiriḥ insistiría en la independencia de la Fe del Báb y la acatación absoluta de los preceptos innovadores, Quddús fingiría aferrarse a las antiguas ordenanzas y se le opondría constantemente.

Cierto día iba a ser descartado el velo, una costumbre antiquísima y acatada rigurosamente, que todas las mujeres musulmanas portaban en señal de su castidad y pureza. Para ellos, era imposible pensar que una dama se mostrase sin llevar la obligada prenda, y, si alguna lo hacía, inmediatamente era insultada y condenada. El Báb había descartado su uso y había dicho a los babís que nada debería interponerse entre ellos y las caras de sus esposas.

Un testigo de aquel memorable día expresó:

“Un día Bahá'u'lláh se vio obligado a guardar cama a causa de una enfermedad. Quddús, en cuanto supo que estaba indispuerto, se apresuró en ir a visitarlo. Al ser llevado a Su presencia, se sentó a la diestra de Bahá'u'lláh. Los demás compañeros fueron admitidos gradualmente a Su presencia y se agruparon a Su alrededor. Apenas se habían reunido cuando Muḥammad Ḥasan-i-Qazvíní, el mensajero de Táhiriḥ, al que le había sido conferido recientemente el título de Fata'l-Qazvíní, entró repentinamente con una invitación perentoria a Táhiriḥ a Quddús, para que la visitara en su propio jardín.

— ‘Me he separado completamente de ella’, replicó audaz y decisivamente. ‘Rehusó verla’.

El mensajero se retiró inmediatamente, pero pronto volvió reiterando el mismo mensaje y rogándole que hiciera caso de su urgente llamada.

— ‘Ella insiste en que la visite’, fueron sus palabras. ‘Si usted persiste en su negativa, ella misma vendrá a verle’.

Al percibir su decisión de no ceder, el mensajero desenvainó su espada, la puso a los pies de Quddús y dijo:

— ‘Rehusó irme sin usted. O bien elige acompañarme a la presencia de Táhiriḥ o córteme la cabeza con esta espada’.

— ‘Ya he declarado mi intención de no visitar a Táhiriḥ’, respondió con enojo Quddús, ‘estoy listo para cumplir la alternativa que has elegido presentarme’.

Muḥammad Ḥasan, quien se había sentado a los pies de Quddús, había puesto su cabeza en posición para recibir el golpe fatal cuando, repentinamente,

apareció la figura de Táhiriĥ, adornada y sin velo, ante la vista de los compañeros allí reunidos. Inmediatamente todos sintieron profunda consternación. Todos se pusieron de pie ante esta repentina e inesperada aparición. Ver su rostro sin velo, era, para ellos, inconcebible. Aún mirar su sombra era algo que consideraban indecoroso ya que en su estimación era como la encarnación de la misma Fátimih,^a el emblema más noble de la castidad a sus ojos.

Tranquilamente, sin hacer ruido y con la mayor dignidad, Táhiriĥ se adelantó y, avanzando hacia Quddús, se sentó a su derecha. Su completa serenidad contrastaba vivamente con las caras asustadas de los que contemplaban su rostro. Miedo, ira y consternación conmovían lo más profundo de sus almas. Esa repentina revelación parecía haber anonadado sus facultades. 'Abdu'l-Kháliq-i-Išfáhání se sintió tan agitado que se cortó el cuello con sus propias manos. Gritando y cubierto de sangre, en su excitación huyó del rostro de Táhiriĥ. Unos pocos, siguiendo su ejemplo, abandonaron a sus compañeros y renunciaron a su Fe. Algunos permanecieron de pie sin poder hablar delante de ella, confundidos. Mientras tanto Quddús, con la espada desenvainada en sus manos y una expresión indescriptible de ira en su rostro, había permanecido sentado en su lugar. Parecía estar esperando el momento propicio para dar su golpe fatal a Táhiriĥ.

Su actitud amenazadora no logró conmovérla, sin embargo. Su rostro mantuvo esa misma expresión de dignidad y confianza que había mostrado en el primer momento de su aparición ante los creyentes reunidos. En ese instante su faz estaba iluminada por un sentimiento de alegría y triunfo. Se levantó de su asiento y, sin preocuparse por el tumulto que había provocado en el corazón de sus compañeros, comenzó a hablar al resto de aquella asamblea. Sin premeditación y con lenguaje que guardaba gran semejanza con el Corán expresó su llamada con elocuencia y profundo fervor. Terminó lo que quería decir con el siguiente versículo del Corán: 'En verdad, entre jardines y ríos vivirán los piadosos en la sede de la verdad, en presencia del poderoso Rey'. Al decir estas palabras dio una mirada furtiva hacia Bahá'u'lláh y Quddús, de tal manera que los que la miraban no podían saber a cuál de los dos aludía. Inmediatamente después declaró: 'Yo soy la Palabra que el Qá'im ha de pronunciar. la Palabra que hará huir a los jefes y nobles de la tierra'.

Táhiriĥ invitó a los presentes a celebrar en forma digna aquella ocasión. 'Este es el día de las festividades y del regocijo universal', agregó ella, 'el día en que las cadenas del pasado han sido rotas. Dejád que aquellos que han compartido esta gran hazaña se pongan de pie y se abracen entre sí' ".³⁸

Muchos se hallaban en estado de completo desconcierto. Entonces Bahá'u'lláh ordenó se lea el Sura de lo Inevitable.^b

a. La hija de Mahoma.

b. Un capítulo del Corán que se lee en ocasiones especiales.

“... Cuando se toque la trompeta una sola vez, y la tierra y los montes sean alzados y pulverizados de un solo golpe, ese día sucederá el Acontecimiento...” (Corán).

“Ese día memorable”, escribió Nabil, “y los que vinieron inmediatamente después vieron los cambios más revolucionarios en la vida y costumbres de los discípulos del Báb allí reunidos. Sus modos de adorar sufrieron transformación repentina y fundamental. Las oraciones y ceremonias mediante las cuales habían sido disciplinados esos devotos adoradores fueron descartados irrevocablemente...”

El objeto de esta reunión memorable había sido logrado. La clarinada del Nuevo Orden había sonado. Los anticuados convencionalismos que habían encadenado la conciencia de los hombres fueron desafiados con valentía y barridos a un lado sin temor. Se había preparado el camino para la proclamación de las leyes y preceptos destinados a inaugurar la nueva Dispensación. Los restantes compañeros que se habían reunido en Badash^t decidieron, de común acuerdo, partir a Mázindarán. Quddús y Táhiri^h se acomodaron en el mismo ‘howdah’^a que había sido preparado por Bahá’u’lláh para su viaje. Mientras viajaban, Táhiri^h compuso cada día una oda y dio instrucciones a aquellos que la acompañaban que la entonaran mientras seguían su howdah. Las montañas y los valles retumbaban con las aclamaciones con que ese grupo entusiasta, al viajar a Mázindarán, daba la bienvenida al nuevo día y la extinción del viejo.

La estadía de Bahá’u’lláh en Badash^t se prolongó veintidós días. Durante su viaje a Mázindarán, algunos de los discípulos del Báb trataron de abusar de la libertad que el repudio de las leyes y castigos de una Fe anticuada les había conferido. Vieron en la acción sin precedentes de Táhiri^h de descartar el velo, una señal para transgredir los límites de la moderación y para satisfacer sus deseos egoístas. Los excesos en que incurrieron algunos provocaron la ira del Todopoderoso y produjo la inmediata dispersión. En la aldea de Níyálá sufrieron graves pruebas y padecieron severas injurias en manos de sus enemigos. Esta dispersión apagó el transtorno que algunos de los irresponsables de entre los adherentes de la Fe habían tratado de encender y conservó inmaculado su honor y dignidad.

He oído a Bahá’u’lláh en persona descubrir ese incidente: ‘Estábamos todos reunidos en la aldea de Níyálá y descansábamos al pie de la montaña cuando, al amanecer, nos despertaron repentinamente las piedras que la gente de las vecindades estaban arrojando sobre nosotros desde lo alto de la montaña. La furia de su ataque indujo a nuestros compañeros a huir aterrorizados y consternados. Vestí a Quddús con mi propio abrigo y lo envié a un lugar seguro donde era mi

a. “Una litera llevada por un camello, mula, caballo o elefante para viajes”. (Rompedores del Alba, pág. 646).

intención reunirme con él. Cuando llegué encontré que se había ido. Ninguno de nuestros compañeros había quedado en Níyálá excepto Táhírih y un joven de Shíráz, Mírzá 'Abdu'lláh. La violencia con que se nos había atacado trajo la desolación a nuestro campamento. No encontré a nadie a cuyo cuidado podía entregar a Táhírih excepto aquel joven. . . Cuando el tumulto había pasado, Me acerqué a algunos de los habitantes de la aldea y pude convencerlos de lo cruel y vergonzoso de su comportamiento: Posteriormente logré recuperar una parte de la propiedad que nos habían saqueado' " 39

Bahá'u'lláh luego reinició Su viaje de retorno con dirección a Núr, Su hogar ancestral, en compañía de Táhírih.

Quddús, entretanto, había sido secuestrado durante el incidente y confinado en el pueblo de Sári en casa de Muḥammad Táqí, el sacerdote principal de aquel lugar.

Los demás amigos llevaron a sus lugares de origen el resultado de la Conferencia de Bagasht. Corría el mes de julio de 1848. Algo maravilloso acababa de suceder. Los babís estaban ahora preparados para vindicar a cualquier precio el carácter sagrado de su Fe.

* * *

8. Sárí

Durante los 95 días en que Quddús permaneció confinado en casa del clérigo principal del pueblo de Sárí, tras el incidente de Niyálá, había estado tratando de convencerle de las verdades fundamentales de la Causa, aunque con resultados infructuosos.

En todo ese tiempo pudo sustentar sus afirmaciones y extenderse sobre el significado de las enseñanzas. Se dice que combinaba hábilmente el peso de sus argumentos con un delicado tono humorístico de modo que no había lugar para acaloramientos, que en estos casos suelen suscitarse.

Quddús aprovechó las circunstancias para empezar a escribir un profundo trabajo conocido como el comentario sobre el Sura de Samad, el cual a medida que progresaba iba impresionando al sacerdote y lo disponía a mostrar una mayor consideración hacia su joven autor. Además, lo protegió y defendió de los insultos de un sector de la población.

El pedido original hecho a Quddús sobre aquel comentario del Sura del Corán, llegó a ser al momento de su culminación, de un volumen seis veces mayor que ese Libro de Dios.

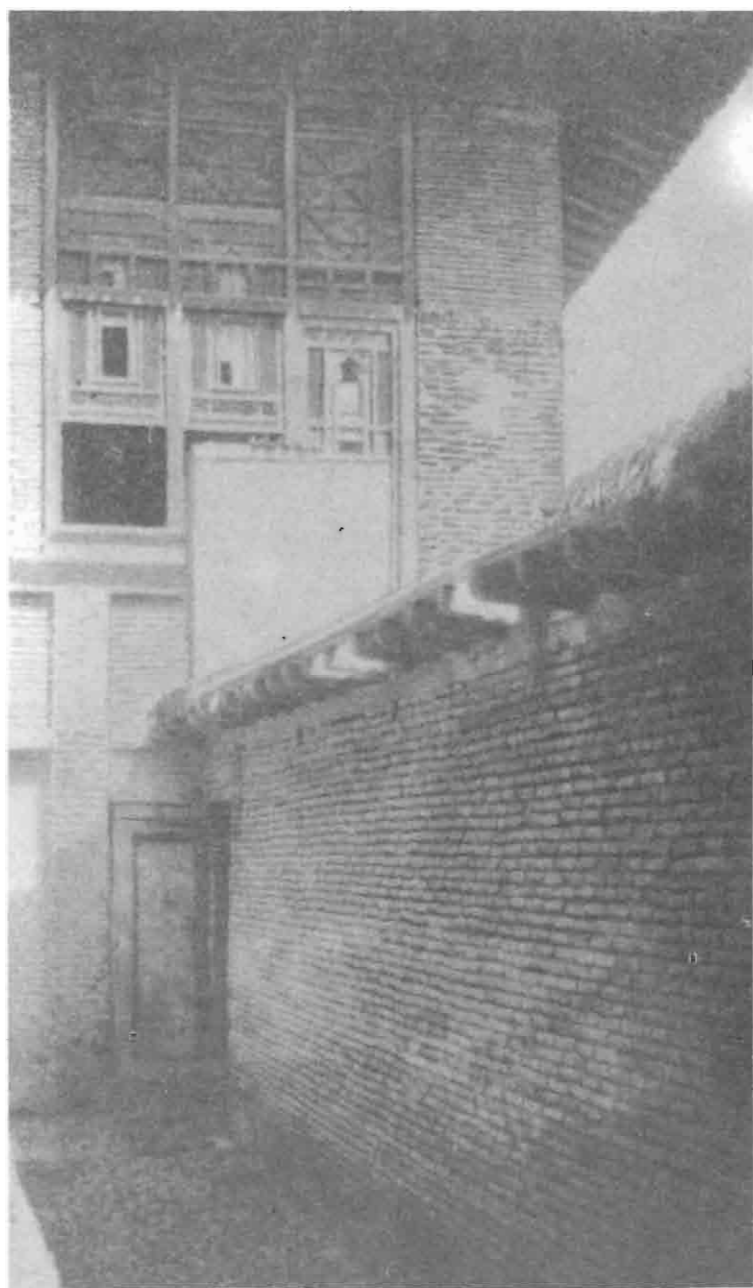
Mientras Quddús permanecía en ese pueblo, Bahá'u'lláh pasó, y como Él relató: "En Sárí nos vimos expuestos nuevamente a los insultos de la gente. Aun cuando la mayoría de los personajes prominentes de aquel pueblo eran Nuestros amigos y, en varias oportunidades habían estado con nosotros en Teherán, en cuanto el pueblo Nos reconoció, mientras caminábamos con Quddús por las calles, comenzaron a lanzarnos sus invectivas. El grito '¡Babí! ¡Babí!'. Nos recibió dondequiera íbamos. No pudimos librarnos de sus amargas denuncias".⁴⁰

Muhammad Táqí, como se llamaba este prelado, estaba emparentado con Quddús y como se señaló, sentía por él marcado respeto y admiración. Nunca admitió que lo había determinado sino que lo consideraba como un huésped suyo.

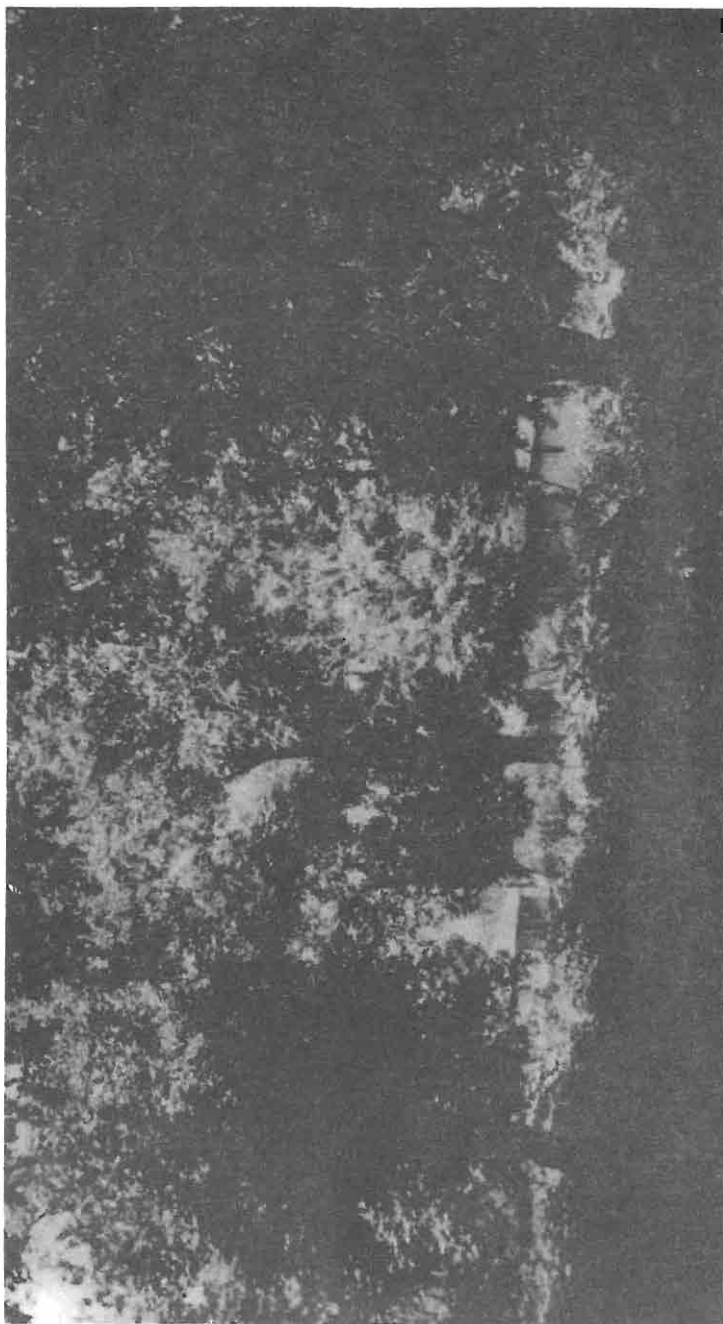
Quddús tenía también la suficiente libertad de recibir las visitas de los creyentes a quienes les alentaba a su vez, a unirse a Mullá Husayn, su noble compañero. Él, junto con un puñado de valerosos babís, había sido sitiado en el Fuerte de Tabarsí por las tropas reales, instigados por el fanatismo de los musulmanes.

Aquella lucha entre el puñado de 313 babís, jóvenes, ancianos y niños, sin mayor adiestramiento en cuestiones de defensa personal, contra las fuerzas organizadas del gobierno persa, duraron un período de ocho meses, desde octubre de 1848 hasta el mes de mayo de 1849. La acusación clásica, al igual como los judíos condenaron a Jesús y a Sus seguidores, era de ser "herejes" y "enemigos de la religión".

A través de todo ese largo tiempo habían sido cercados e intimidados para que renieguen de su fe, una amenaza a la que ellos no solamente no se doblega-



La Casa en Sárí en donde Qudús estuvo confinado



El Santuario de Tabarsi

ron, sino que asentó en sus corazones un amor más grande por el Báb.

Cuando vieron los oficiales del ejército, que las agresiones que hacían contra esa gente febril y entusiasta por defender sus creencias eran inútiles, y que estaban imbuídos de un valeroso espíritu a pesar de las crecientes hostilidades, entonces, les cortaron todo suministro de alimentos y agua, pretendiendo así minar sus fuerzas físicas.

Los defensores del Fuerte, un recinto fortificado precariamente adaptado sobre la base de un viejo santuario religioso, se vieron finalmente obligados a comer la suela de sus zapatos y el pasto que crecía en el recinto o desenterrar algún caballo recientemente muerto a fin de no caer en la inanición total.

Porque estas nobles almas demostraron a los elementos ortodoxos mahometanos, el poder de su fe, la falsedad de las acusaciones que llovieron sobre ellos y sus espíritus puros y sinceros.

Con el arma de la confianza en Dios, esgrimida siempre en las persecuciones a los apóstoles de la antigüedad, conseguían repeler el ataque de las incursiones de las tropas, y dejar anonadados a los soldados y oficiales del bando contrario.

Poco antes que el cerco al Fuerte se recrudeciera, Bahá'u'lláh pudo ir allí y unirse con esa banda de creyentes. Les ofreció Su ayuda material y espiritual, y les prometió regresar nuevamente. Pero para la segunda vez, ya las condiciones imperantes eran más duras de soportar y era casi imposible acercarse a las murallas del Fuerte. En el intento, Bahá'u'lláh fue arrestado y torturado, no pudiendo cumplir lo que era Su acariciado propósito.

Cuando Bahá'u'lláh llegó al Fuerte de Tabarsí la primera vez, fue recibido afectuosamente y con marcada reverencia por los compañeros, a cuya cabeza estaba Mullá Husayn. Inspeccionó la construcción y alabó los esfuerzos que habían hecho. "Lo único que necesita este fortín y compañía, expresó, "es la presencia de Quddús. Su asociación con esta compañía la hará completa y perfecta"⁴¹. Él mismo instruyó para que una delegación de siete amigos se dirigiera donde Muḥammad Táqí, a Sárí, y obtuvieran la liberación de Quddús. Luego de encomendarlos a la voluntad de Dios, Baha'u'llán partió de regreso.

La liberación de Quddús no tuvo mayor complicación pues el clérigo dio su inmediato asentimiento.

Los defensores del Fuerte recibieron con júbilo la noticia de la venida de Quddús. Mullá Husayn dispuso que cien de ellos salieron a su encuentro en el bosque que conducía al camino, cada uno portando una vela en cada mano en señal reverente de recibimiento.

Mientras avanzaban, se encontraron con Quddús que a caballo, saludó alegremente a la deslumbrante comitiva, haciendo todos juntos el trayecto al Fuerte, entonando un feliz estribillo: "Bendito, bendito, el Señor nuestro Dios, el Señor de los ángeles y del espíritu".

Apenas Quddús hubo desmontado de su caballo dejó ver la grandeza del

momento histórico que estaban viviendo. Aludió en seguida a una profecía que señalaba el advenimiento del Prometido y sus huestes celestiales.

Mientras apoyaba sus espaldas en una de las paredes del santuario exclamó: "El Baqíyyatu'lláh^a será lo mejor para ti si eres de los que creen". Con esas palabras quería referirse a Bahá'u'lláh —el Remanente de Dios— que un corto tiempo atrás había estado presente allí. Al contar el número total de compañeros, sumaron 313, lo que confirmó la exactitud de la profecía del Profeta Mahoma en lo que se refería a las Huestes celestiales.

Los días que siguieron a su arribo fueron testigos de la especial ascendencia de Quddús entre los babís.

Cuando el Báb desde Su prisión se enteró de la severidad del asedio, urgió a todos los amigos a unirse a Quddús y a Mullá Husayn y salir en su ayuda. Él dijo: "Si no hubiera sido por mi encarcelamiento en el Jabal-i-Shadíd^b, la fortaleza de Chihríq, Me hubiera incumbido prestar Mi ayuda personal a Mi querido Quddús. . ."⁴²

Uno de los participantes que sobrevivió a la tragedia de Ṭabarsí, relató: "Poco después Quddús confió a Mullá Husayn algunas homilías que le pidió leer en voz alta a sus compañeros. La primera homilía que leyó estaba dedicada por entero al Báb, la segunda se refería a Bahá'u'lláh y la tercera concernía a Ṭáhirih. Nos aventuramos a expresar a Mullá Husayn nuestras dudas de si las referencias en la segunda homilía eran aplicables a Bahá'u'lláh, quien parecía ataviado con la indumentaria de la nobleza. El asunto pasó en consulta a Quddús quien nos aseguró que, Dios mediante, su secreto nos sería revelado a su debido tiempo. Completamente ignorantes en aquel tiempo, del carácter de la Misión de Bahá'u'lláh éramos incapaces de comprender el significado de aquellas alusiones y nos hacíamos conjeturas sobre su probable significado.

En mi ansiedad por desentrañar las sutilezas de las tradiciones referentes al Qá'ím prometido, en varias oportunidades me acerqué a Quddús y le pedí que me ilustrara sobre este tema. Aun cuando al principio se mostró poco dispuesto a hacerlo, eventualmente accedió a mi petición. La manera en que me contestó, sus explicaciones convincentes y lúcidas, sirvieron para enaltecer el sentimiento de reverente temor que su presencia inspiraba. Disipó todas las dudas que aún persistían en nuestras mentes y fueron tales las pruebas de su perspicacia que llegamos a creer que le había sido dado el poder para leer nuestros pensamientos más íntimos y tranquilizar las angustias más profundas de nuestros corazones.

Noche tras noche vi a Mullá Husayn circundar el santuario dentro de cuyos recintos dormía Quddús. ¡Cuán a menudo lo vi emerger en las viglias de la noche de su habitación y enfilear sus pasos hacia ese lugar y susurrar ese mismo

^a. El Remanente de Dios.

^b. La Montaña Penosa, Chihríq, una de las prisiones del Báb.

versículo en el que todos habíamos dado la bienvenida a nuestro querido visitante".⁴³

A pesar del intenso fuego de la artillería adversaria y el peligroso asedio, ellos continuaron ejemplarmente observando sus devociones.

La primera de esas hostilidades fue cuando el suministro de alimentos fue completamente interceptado, lo que sucedió también con el agua.

Algunos pocos entre ellos, empezaron a sentir temor, pero la Providencia siempre presente aliviaba sus aprietos de una forma u otra. Cuando se presentó la escasez de líquido, por ejemplo, una cierta noche cayó inesperadamente una fuerte lluvia que, por un lado malogró las municiones del enemigo, y por otro suplió de gran cantidad de agua a los compañeros, la que llegó a servir por un buen tiempo.

Para la siguiente noche el ejército preparaba una feroz acometida, la cual, anticipada por Quddús y Mullá Husayn, hizo que salieran del fuerte con otros babís, y pusieran el desconcierto en las tropas. En cuarenta y cinco minutos, pese a la diferencia de armas, derribaron cuatrocientos trece soldados.

Otra vez, a la arenga de "Montad vuestros corceles, ¡oh héroes de Dios!", salieron Mullá Husayn y doscientos dos compañeros, e irrumpieron en el cuartel del adversario atacando a los tres regimientos de infantería y otro de caballería, con tal estrépito, que los hicieron correr desesperadamente, inclusive al mismo príncipe quien en su apuro escapó descalzo por una de las ventanas.

Cuando entraron los babís a las habitaciones abandonadas del príncipe, encontraron valiosos objetos de arte y joyas que ellos no tocaron en un gesto de desprendimiento que hizo exclamar más de una palabra de admiración a esos mismos adversarios que se habían empeñado en desprestigiar los verdaderos motivos de los amigos.

A la mañana siguiente fueron enfrentados en un ataque masivo que fue repelido inmediatamente. Durante el choque, Quddús fue herido por una bala que le impactó en la boca, en la lengua y la garganta, haciéndole sangrar profusamente. Mullá Husayn quien vio la escena corrió para auxiliar a su jefe. En su desesperación iba a golpearse la cabeza, pero Quddús le previno. Le alcanzó su espada y de esta forma se ganó el resto de la batalla.

Llegó el día cuando las provisiones de agua estaban a punto de agotarse. Los babís empezaron a cavar un pozo con el fin de hallar alguna reserva. Fue entonces que Mullá Husayn les expresó confiadamente que esa misma noche se conseguiría el agua suficiente, pero que ella serviría para su último baño terrenal.

Esa noche, limpios de cualquier mancha, transpasarían este plano de limitaciones y se hallarían ante la presencia de Dios.

A medianoche, luego que Mullá Husayn sostuviera una emotiva conversación con Quddús en torno a su Bienamado, salió él con un puñado de jinetes y

con ímpetu sobrehumano derribaron las barricadas contrarias una y otra vez.

En uno de esos movimientos, la pata del caballo de Mullá Husayn se enredó al cordel de una carpa. Un oficial del ejército que se había parapetrado tras un árbol contiguo y que venía observando a Mullá Husayn a la espera de asestarle un golpe fatal, aprovechó la circunstancia y de un disparo por la espalda lo derribó al suelo.

Dos babís corrieron presurosos al lugar donde Mullá Husayn yacía ensangrentado y lo llevaron rápidamente al interior del fuerte. Quddús tomó su cuerpo y lo llevó a una habitación donde permaneció unos minutos con él a puerta cerrada.

A pesar que no daba ya señales de vida, Mullá Husayn se despertó y se sentó al lado de Quddús, cuando éste último pronunció su nombre. En un momento conmovedor le dijo: "Has apresurado la hora de tu partida y me has abandonado a la misericordia de mis enemigos. Quiera Dios, antes de mucho, que me una contigo y guste la dulzura de los goces inefables del cielo", a lo que Mullá Husayn replicó, "Que mi vida sea un rescate por ti. ¿Estás contento conmigo?"⁴⁴

Luego se permitió abrir la puerta y los creyentes consternados pudieron ver con gran pena a Mullá Husayn muerto sobre el lecho. Era la noche del 2 de febrero de 1849. El entierro en medio de una atmósfera de sangre, tensión y dolor fue tal, así como también la profundidad del dolor de Quddús quien lo vistió con su propia camisa, que los compañeros presentes desearon haber estado en su lugar.

* * *

9. “Aquellos Días Finales”

Aunque la última salida de Mullá Husayn al grito de “¡Yá Şáhıbu'z-Zamán!” (¡Oh Tú Señor de la Era!), echó la batalla en favor de los babís, sin embargo, la noticia de su muerte que un traidor hizo llegar al príncipe encargado del ejército, hizo que esta persona arrogante se armase de renovado ánimo para derrotar a los babís. En realidad, ya se hallaba bajo las críticas de sus superiores y en los círculos del gobierno se comentaba de su incapacidad en apagar el fervor de los compañeros.

Quddús entonces ordenó a Muḥammad Báqir —quien había construido la Casa de Bábíyyih—, para que salga con 18 creyentes y castiguen duramente las pretensiones del príncipe. Así lo hicieron, y con mucho valor y sin ninguna herida, regresaron finalmente al Fuerte.

No obstante las penurias y la situación agravante por la que atravesaban, Quddús y todos los amigos de Dios, celebraron con alegría la Fiesta Nacional de Naw-Rúz.

Siempre aquel estribillo “Loor, loor, al Señor nuestro Dios, el Señor de los ángeles y del espíritu” saludaba cualquier contrariedad y cargaba sus almas con más fe.

Quddús, con su aliento e inspiración, levantaba el espíritu y les hacía pasar por alto su hambre. Cada amanecer y cada atardecer escuchaban su comentario sobre el Sura de Samad y, como una comida espiritual acabada de concluir, quedaban satisfechos.

Ya Quddús por intermedio de un mensaje escrito les había advertido de las pruebas crecientes que les rodearían y de la imperativa necesidad de adquirir más firmeza y no vacilar ante las demostraciones de fuerza que veían diariamente.

En efecto, el príncipe había puesto sus regimientos más cerca del fuerte; intensificó el bombardeo, mandando edificar una torre donde puso otros cañones apuntando y disparando hacia el interior.

De acuerdo a la intención de Quddús, Muhammad Báqir irrumpió del fuerte con dieciocho compañeros al grito de “Yá Şáhıbu'z-Zamán”, ahora más fuerte que nunca, logrando nuevamente imponer la ascendencia espiritual de ellos sobre la capacidad militar reconocida.

Por un corto tiempo, tuvieron una relativa tranquilidad debido a una explosión en el depósito de municiones del enemigo. Los compañeros, languidecientes por la inanición, salieron a recoger el pasto que encontraron alrededor y luego lo hervían para el sustento diario. Habían consumido todo lo que era posible de hacerlo: la carne de sus caballos, las cabalgaduras, la corteza de los árboles, el cuero de sus cinturones y la vaina de sus espadas.

Sólo quedaba de valiosa propiedad una vaca de cuya leche diariamente preparaban un postre para Quddús. Él apartaba para sí unas cucharadas y compartía

ese delicioso banquete con los demás amigos. Cierta día su necesidad llegó al extremo, luego de su consulta, de desenterrar el caballo de Mullá Husayn que había muerto esa vez con su amo.

A fines del mes de abril de 1949 se produjo el último de estos sangrientos enfrentamientos, cuando las fuerzas contrarias desataron una dura ofensiva con el propósito de tomar por asalto el fuerte. Quddús, no tan pronto percibió la intención, dispuso que Muḥammad Bâqir saliese al encuentro al mando de treinta y seis hombres.

Con esa misma habilidad, aquel lugarteniente de Quddús consiguió repeler la agresión y poner el desconcierto en las filas reales. En esa oportunidad cayeron muertos cinco de los valerosos babís.

Esta desconcertante muestra de resistencia física, mental y espiritual de los seguidores del Báb —completamente abandonados a su suerte—, hizo que el príncipe desestimara cualquier medio similar a los que había estado llevando a cabo desde los pasados meses. Muy preocupado de la incapacidad inexplicable de sus tropas y de la suya propia, llamó a su consejo de guerra y por tres días consecutivos consultaron la modificación de sus planes. La resolución final en que concluyeron era la antigua táctica de recurrir a la traición encubierta.

Idearon un plan, tan infame y cobarde como sus mentes, y enviaron un mensajero al fortín con una comunicación a Quddús proponiéndole una paz negociada.

Aunque Quddús se dio cuenta de la traición que se deslizaba por debajo del protocolo y de las palabras corteses, aceptó finalmente la propuesta como parte de su buena disposición y de esta manera comisionó a dos respetables creyentes para que se acerquen al campamento del príncipe y le den a conocer su respuesta.

En cuanto llegaron fueron tratados con marcado respeto. En un gesto de integridad rechazaron el alimento que les ofrecieron. Indudablemente ¿cómo podrían comer algo si en esos momentos los compañeros no tenían nada que llevarse a la boca?

El príncipe les explicó los detalles del plan que aparentemente proponía para así saciar su sed de sangre. Tomó en sus manos una edición del Corán y escribió con su puño y letra un juramento en el que rogaba a todos que salgan del fuerte y les aseguraba que en todo momento estarían bajo la protección del gobierno, el cual tenía toda la intención de acabar con esa infructuosa lucha y deseaba que regresen en paz a sus hogares.

La comitiva regresó a la presencia de Quddús y le informó de la solemne promesa que había sentado el príncipe. Quddús, tomando el ejemplar del Corán con reverencia, exclamó, "¡Oh nuestro Señor! Decide entre nosotros y nuestro pueblo con verdad; porque el que mejor puede decidir eres Tú". (Cr. 7:88)

A la misma vez instruyó a los amigos a abandonar el fuerte. "Por nuestra respuesta a su invitación", se dirigió a ellos, "les permitiremos demostrar la in-

sinceridad de sus intenciones”.

Poco después el príncipe envió, de acuerdo a su promesa, uno de sus caballos para que montase Quddús hacia su campamento. Él se puso el turbante verde que el Báb le había obsequiado anteriormente, montó el caballo y en compañía de otros babís se dispuso a partir.

Llegaron a las carpas que se habían instalado. A la puesta del sol se sirvieron de comer, empero, él rechazó los alimentos y los demás siguieron lealmente esa honrosa actitud. Les había dicho, “Deben mostrar resignación ejemplar, porque tal comportamiento de ustedes engrandecerá nuestra Causa y redundará en su gloria. Cualquier cosa que no sea desprendimiento total sólo servirá para manchar la pureza de su nombre y opacar su brillo. Oren al Todopoderoso que conceda que hasta el último momento les ayude a contribuir su parte a la exaltación de Su Fe”.⁴⁵

Pero el príncipe no cumplió su promesa de reunirse con Quddús para tratar la liberación final de los babís. Al contrario, encontrando que todo estaba ahora en sus manos, recurrió al engaño para así caer sobre el remanente de babís que permanecía en el fuerte.

Ahora el príncipe tenía las puertas abiertas para ejecutar cuidadosamente el plan diseñado para saciar su deseo de matanza. A algunos de los babís los tomó prisioneros. Apartó a Quddús y a unos pocos más que tenían reputación notable en la sociedad y a quienes pensaba llevarlos a la capital. Al primero, para someterlo a la autoridad del Sháh y, a los otros, para pedir un rescate sustancioso como precio a cambio de su liberación.

El astuto príncipe y sus oficiales ordenaron una carnicería humana de tales magnitudes como pocas veces se ha visto en la historia de la humanidad. Los encargados de ejecutar la orden se ensañaron con aquellas víctimas inocentes que se hallaban en el fuerte, quienes hasta el último instante de sus vidas imploraron la ayuda de su Señor, a Quien tan fervorosamente habían llamado. En sus últimas palabras se les oía decir, “Loor, loor, oh Señor nuestro Dios, Señor de los ángeles y del espíritu”.

De diferentes maneras y con participación del populacho fanatizado, estos firmes creyentes ganaron para sí la corona y las palmas gloriosas del martirio, ya sea al filo de la espada, amarrados a árboles y luego desmembrados, disparados por la boca de los cañones, quemados vivos, sin excepción de edad. A otros se les recostó en el suelo y con los sables abrieron sus vientres encontrando a su sorpresa el pasto que ingerían.

En Bárfurúsh, la tierra natal de Quddús, a veintidós kilómetros del lugar de los hechos, se había encendido un clamor asqueroso de sangre, todo instigado por el Sa’ídu’l-Ulamá, el clérigo principal.

El príncipe se detuvo en ese pueblo a su paso a Teherán, llevando como rehén a Quddús. El populacho lo recibió aclamándolo por lo que había logrado

conseguir y le pidió que le entregue a Quddús a fin de matarlo con sus propias manos.

Habían puesto banderas, encendido fogatas en las calles y festejaban el suceso.

Durante los tres días que se detuvo este príncipe, no dio muestras de ceder al pedido del Sa'ídu'l-'Ulamá, a pesar que este sacerdote se había puesto muy insistente en sus demandas y había utilizado todos los medios posibles para persuadirle a que entregue su prisionero.

Pero el príncipe, poco dispuesto como estaba a exponer a Quddús —su valioso rehén— al salvajismo de ese individuo, reunió a todos los 'ulemás —los clérigos de rango más alto para ver el camino de apaciguar a la soliviantada multitud.

Nabíl describió los detalles de la reunión:

“Apenas se habían reunido los 'ulemás, el príncipe dio la orden para que trajeran a Quddús a su presencia. Desde el día en que había dejado el fuerte, Quddús, quien había sido encomendado al cuidado del Farrásh-Báshí^a, no había sido llamado a su presencia. En cuanto llegó el príncipe se puso de pie y le invitó que se sentara a su lado. Volviéndose al Sa'ídu'l-'Ulamá le encargó que su conversación con él se condujera desapasionadamente y conscientemente.

- ‘Vuestras afirmaciones’, afirmó, ‘deben basarse y girar en torno de los versículos del Corán y las tradiciones de Mahoma, que es el único medio por el cual pueden demostrar la veracidad o falsedad de sus afirmaciones’.
- ‘¿Por qué motivo’, preguntó con impertinencia el Sa'ídu'l-'Ulamá, ‘al ponerse un turbante verde, se ha atribuído el derecho que sólo puede reclamar un descendiente del Profeta? ¿Sabe Ud. que el que desafía esta tradición sagrada recibe la maldición de Dios?’
- ‘¿Era Siyyid Murtaadá?’, replicó tranquilamente Quddús, ‘a quien todos los 'ulemás de prestigio alaban y aprecian, descendiente del Profeta por el lado de su padre o de su madre?’

Uno de los presentes declaró inmediatamente que sólo la madre era un siyyid.

- ‘¿Por qué, entonces, me objetan’, replicó Quddús, ‘ya que mi madre siempre fue reconocida por los habitantes de este pueblo como descendiente del Imán Hasán?^b ¿Acaso no fue por su descendencia que todos ustedes la honraban, más aún, la veneraban?’

Nadie se atrevió a contradecirle. El Sa'ídu'l-'Ulamá estalló en un acceso de indignación y desesperación. Iracundo lanzó su turbante al suelo y se levanta

^a. El asistente principal del príncipe.

^b. Nieto de Mahoma.

tó para dejar la reunión.

– ‘Este hombre’, rugió, ‘ha logrado probarles que es un descendiente del Imán Ḥaṣan. Antes de mucho, justificará su afirmación de que Dios habla por su intermedio y que es el revelador de Su voluntad’.

El príncipe se sintió impulsado a hacer la siguiente declaración:

– ‘Me lavo las manos por cualquier daño que pueda sobrevenirle a este hombre (Quddús). Están ustedes libres para hacer lo que quieran con él. Ustedes mismos responderán por ello ante Dios en el Día del Juicio’.

Inmediatamente después de decir estas palabras, pidió su caballo y, acompañado por su séquito, partió rumbo a Sárí. Intimidado por las imprecaciones de los ‘ulemá y olvidado de su juramento, entregó cobardemente a Quddús en manos de un enemigo implacable, esos lobos hambrientos que anhelaban el momento en que pudieran saltar sobre su presa con violencia descontrolada y desencadenar sobre ella toda la venganza y odio de sus feroces pasiones.

Apenas los había librado el príncipe del control que ejercía sobre ellos, los ‘ulemá y la gente de Bárfurúsh, bajo las órdenes del Sarídu'l-'Ulamá, se levantaron a perpetrar sobre el cuerpo de su víctima acciones de crueldad tan atroces que no hay pluma que puede describirlas”.⁴⁶

Aquel día, el 16 de mayo de 1849, a la edad de 27 años, esa incomparable figura juvenil de nuestra Fe ganó el inmortal aprecio y cariño de todos los creyentes, de las pasadas, la actual y las futuras generaciones de bahá'ís, quienes recuerdan con nobles sentimientos el valor de ese sacrificio.

Encadenado, descalzo y despojado de sus vestimentas, fue paseado por las calles de la ciudad junto con otros compañeros, acompañado del repique de tambores. En cada parada que hacían eran duramente castigados. El turbante verde que le había obsequiado el Báb le fue arrebatado y enlodado.

Al llegar a la plaza del mercado, el gentío completamente exasperado y brutal se avalanzó sobre él con sus hachas y cuchillos. Hicieron hoyos en su cuerpo y mutiláronlo con sus manos, echando sus miembros despedazados al fuego.

En medio de la dolorosa e intensa agonía, se le oía decir:

– “Perdona, ¡oh mi Dios!, los pecados de esta gente. Trátalos con Tu misericordia, porque ignoran lo que nosotros ya hemos descubierto y atesoramos. He tratado de enseñarles el sendero que conduce a su salvación; ¡ve como se han levantado para derribarme y poner fin a mis días! Muéstrales, ¡oh mi Dios!, el sendero de la Verdad y transforma su ignorancia en fe”.⁴⁷

A uno quien le había traicionado durante el sitio del fuerte y que estaba burlándose de las torturas, le replicó: “Que Dios te recompense por tu acción, ya que con ello has ayudado a aumentar la medida de mis aflicciones”.

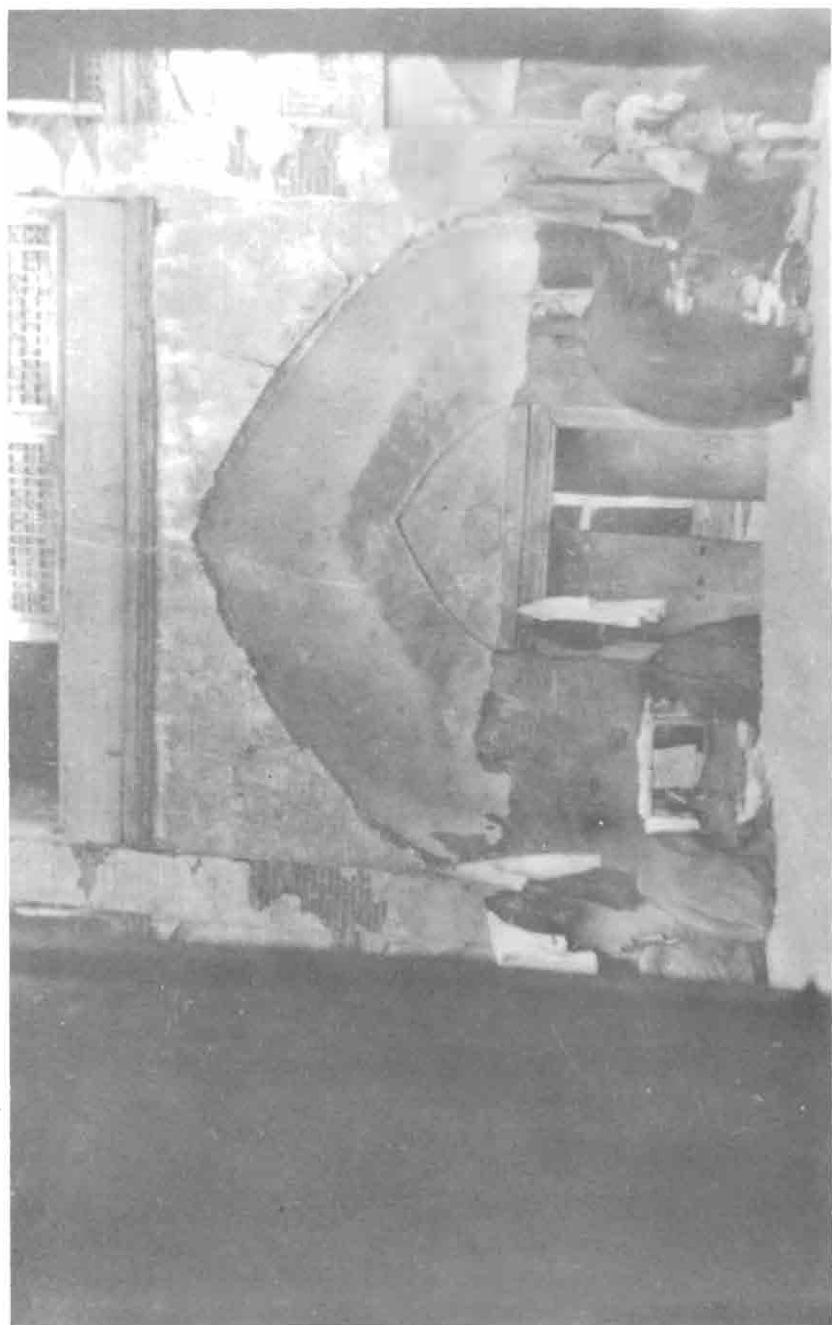
Cerca al lugar de su martirio, dijo: “¡Ojalá estuviera conmigo mi madre y pudiera ver con sus propios ojos el esplendor de mi boda!”

Durante esa noche macabra, un sacerdote admirador de Quddús envió a

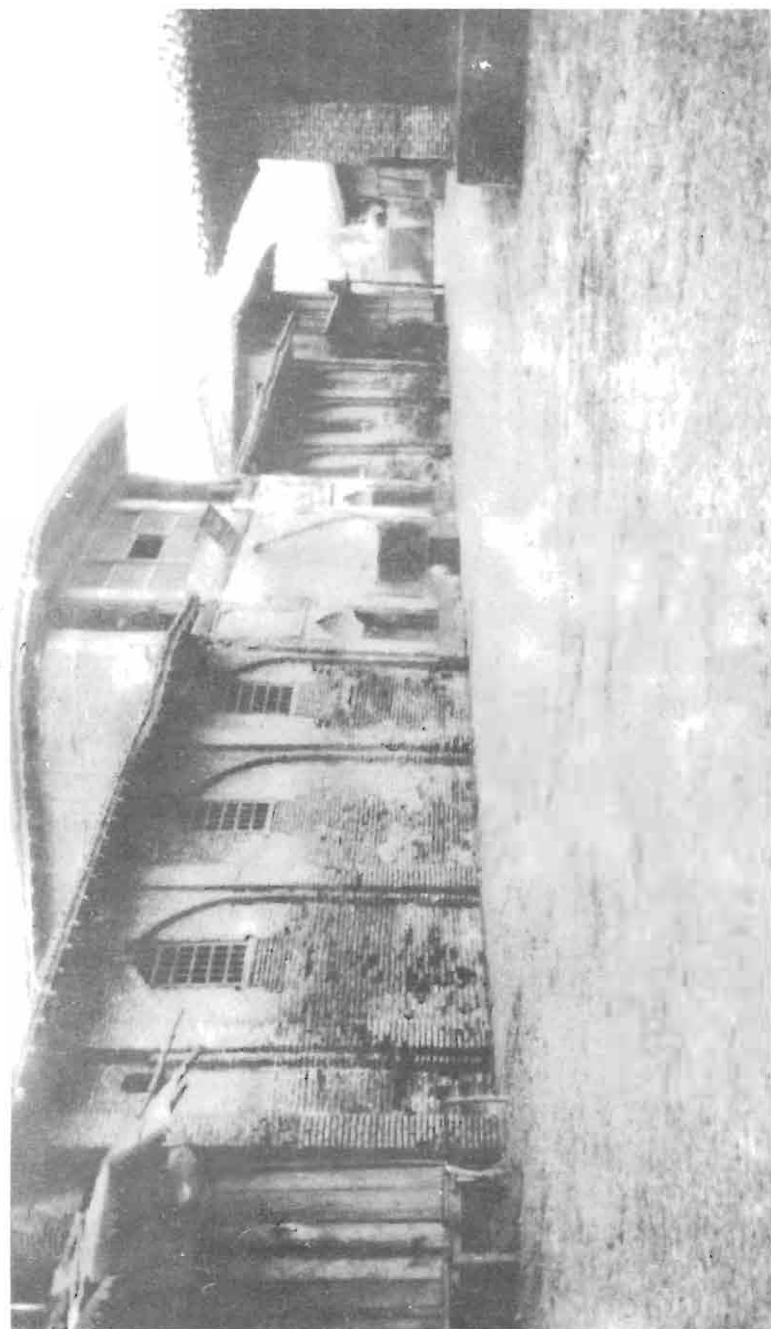
unas pocas personas para que recojan los restos carbonizados y los pongan a mejor recaudo, enterrándolos en un lugar cercano.

Había ascendido esa alma preciosa al Concurso en lo Alto, ante quienes, como lo habían afirmado antes el Báb, Dios Mismo se había enorgullecido de él "por virtud de su desprendimiento absoluto y por su ser enteramente consagrado a la Voluntad de Dios".⁴⁸





Interior del sitio en donde está el Sepulcro de Qaddis.



Lugar donde está enterrado Quddús

LA MANO DE LA CAUSA DE DIOS
MULLÁ MUHAMMAD ŞÁDIQ-I-KHURÁSÁNÍ
INTITULADO ISMU'LLÁHU'L-AŞDAQ
—EL NOMBRE DE DIOS, EL VERDADERO—

“ ¡Cuán grande es la Causa; cuán abrumador
el peso de su Mensaje!”¹

Bahá'u'lláh

1. Allanando el Camino

Mullá Muḥammad-Şádiq-i-Khurásáni, o Mulla Şádiq como es mejor conocido, fue un hombre de naturaleza muy espiritual, por lo que la gente lo llamó Muqqadas (Santo).

Cuando abrazó la Causa de Dios, se convirtió en un verdadero maestro de las enseñanzas, y, tras su muerte, ‘Abdu’l-Bahá lo nombró póstumamente Mano de la Causa de Dios.

En el Libro “Memoria de los Fieles”, ‘Abdu’l-Bahá dice también que él fue “verdaderamente un siervo del Señor desde el inicio de su vida hasta el último aliento”.²

Bahá’u’lláh le confirió el título de Ismu’lláhu’l-Aşdaq —el Nombre de Dios, el Verdadero— y lo quiso mucho, pues sirvió con devoción ejemplar a la Fe de Dios durante las vidas de Báb y de Bahá’u’lláh.

Ismu’lláh —el Nombre de Dios— como también es llamado, nació en la provincia de Khurásán, Persia. De joven estuvo muy interesado en el estudio de la teología y obtuvo buen dominio de esas materias. Destacaba también por su carácter piadoso y buen obrar, llegando a la vez a ser muy conocido en los renombrados círculos religiosos de ‘Irák, país vecino a Irán.

Siendo joven aún, Ismu’lláh se enroló en la escuela del distinguido sabio Shaykh Ahmad y luego de su sucesor, Siyyid Kázim.

“Esas resplandecientes luces gemelas”³ como los llamó Bahá’u’lláh, habían iniciado un movimiento religioso que, por un lado, predicaba la interpretación simbólica de los términos usados en las profecías tales como la “resurrección” la vuelta”, el “cielo”, etc., y por otro lado, anunciaba el pronto advenimiento del Mensajero Prometido por todas religiones del pasado.

Destacó como uno de los mejores estudiantes e incrementó de manera especial sus conocimientos sobre este tema.

Siyyid Kázim le había instruído para que resida en la ciudad de Isfáhán a fin de que prepare el camino para la venida de la anunciada Revelación divina. Se encontraba viviendo por casi cinco años en ese lugar, cuando su maestro falleció siendo el último día de 1843. Sin embargo, Mullá Şádiq siguió adelante en la tarea encomendada.

Corrían los últimos meses del año de 1844.

En el mes de mayo del mismo año, el Báb (La Puerta) proclamó a Su primer creyente, Mullá Husayn, que Él era el prometido Mensajero de Dios. Mullá Husayn junto con otras diecisiete almas que abrazaron desde el inicio de la Fe del Báb las nuevas enseñanzas fueron llamadas las Letras del Viviente.

Una vez que consiguieron el honor de llegar a la presencia del Báb y reconocer Su misión divina, salieron de la ciudad de Shíráz con dirección a sus provincias natales para de allí empezar su labor apostólica de difundir la Buena Nueva a todos los pueblos de Dios.

Fue por ese tiempo que Mullá Husayn pasó por la ciudad de Işfáhán. Mullá Şádiq se hallaba residiendo todavía en dicha región empeñado como estaba en cumplir fielmente el encargo de preparar los corazones de las gentes para la venida del Día de Dios.

Apenas supo de la llegada de ese primer discípulo del Báb, cuando fue a visitarlo y aquella misma noche aceptó gozosamente la verdad de la aparición del Báb.

Él mismo, años después, dio testimonio de lo que pasó en ese inolvidable encuentro:

“Pedía Mullá Husayn que divulgara el nombre de Aquél quien pretendía ser la nueva Manifestación. Contestó:

- ‘Indagar ese nombre así como divulgarlo está prohibido’.
- ‘¿Me sería, entonces, posible’, le pregunté, ‘así como las Letras del Viviente, buscar independientemente la gracia del Todo-Misericordioso y, mediante la oración descubrir Su identidad?’
- ‘La puerta de Su gracia’, contestó, ‘nunca está cerrada ante el rostro del que busca encontrarlo’.

Inmediatamente me retiré de su presencia y pedí a su anfitrión que me concediera un cuarto privado en su casa donde, solo y sin que nadie me molestara, pudiera tener comunión con Dios. En medio de mi contemplación recordé repentinamente el rostro de un joven a quien había observado con frecuencia, en actitud de oración, con su rostro bañado en lágrimas, de pie, a la entrada del santuario del Imán Husayn,^a mientras estuve en Karbilá. Ese mismo rostro reapareció ahora ante mis ojos. En mi visión me parecía contemplar esa misma cara, esos mismos rasgos que expresaban alegría tal que jamás la podría describir. Se sonrió mientras me miraba. Me acerqué a Él, listo para postrarme a sus pies. Me inclinaba hacia adelante cuando ¡hé aquí!, esa figura radiante desapareció de mi vista. Subyugado por el júbilo y la felicidad, salí corriendo en busca de Mullá Husayn quien me recibió extasiado y me aseguró que, finalmente, había alcanzado el objeto de mis deseos. Sin embargo, me rogó que controlara mis sentimientos.

- ‘No declares a nadie tu visión’, me encareció, ‘no ha llegado aún el tiempo para ello. Has cosechado el fruto de tu paciente espera en Işfáhán. Ahora debes ir a Kirmán y allí debes dar a conocer este mensaje a Hájí Mírzá Karím Khán. De allí debes viajar a Shíráz y tratar de despertar de su negligencia a la gente de esa ciudad. Espero reunirme contigo en Shíráz y compartir contigo la bendición de una feliz reunión con nuestro Bienamado’⁴

Aquella experiencia despertó su corazón, y estaba ahora atraído por las fragancias de la Fe. Sin embargo, no fue hasta que Ismu'lláh estuvo en Shíráz

a. El nieto de Mahoma.

cuando llegó a ser un creyente como tal, y donde obtuvo su 'partida de nacimiento' en la Causa de Dios.

Él posteriormente conocería al Báb y recibiría de Él la designación de "testigo del Bayán", una posición muy alta dentro de la jerarquía de la Dispensación del Báb. Por ese rango, Ismu'lláh estaba comisionado para guardar la autenticidad y validez del Bayán —el Libro de Leyes del Báb— hasta la aparición de Aquél a Quien Dios haría manifiesto —Bahá'u'lláh—.

En esa ciudad de Shíráz, a donde luego llegó, empezó a hablar públicamente de las profecías que concernían a la aparición del Báb. Nadie podía refutarle con autoridad, pues sobre ese campo era un virtual maestro de maestros.

"Él era un gran erudito", dijo 'Abdu'l-Bahá, "y era el más renombrado de entre los inigualables y singulares teólogos. Como un maestro de la Fe, hablaba con tal elocuencia, tal poder extraordinario que sus oyentes eran ganados con facilidad"⁵

Para su felicidad, Quddús, una de las Letras del Viviente, arribó también a Shíráz y se encontró con él.

Quddús, un joven de profundo conocimiento y piedad había anteriormente emprendido un peregrinaje a La Meca, acompañando al Báb. Habían ya retornado a Persia, pero mientras Quddús habíase dirigido a Shíráz, el bendito Báb estaba aún en Bushir, el puerto de entrada al país.

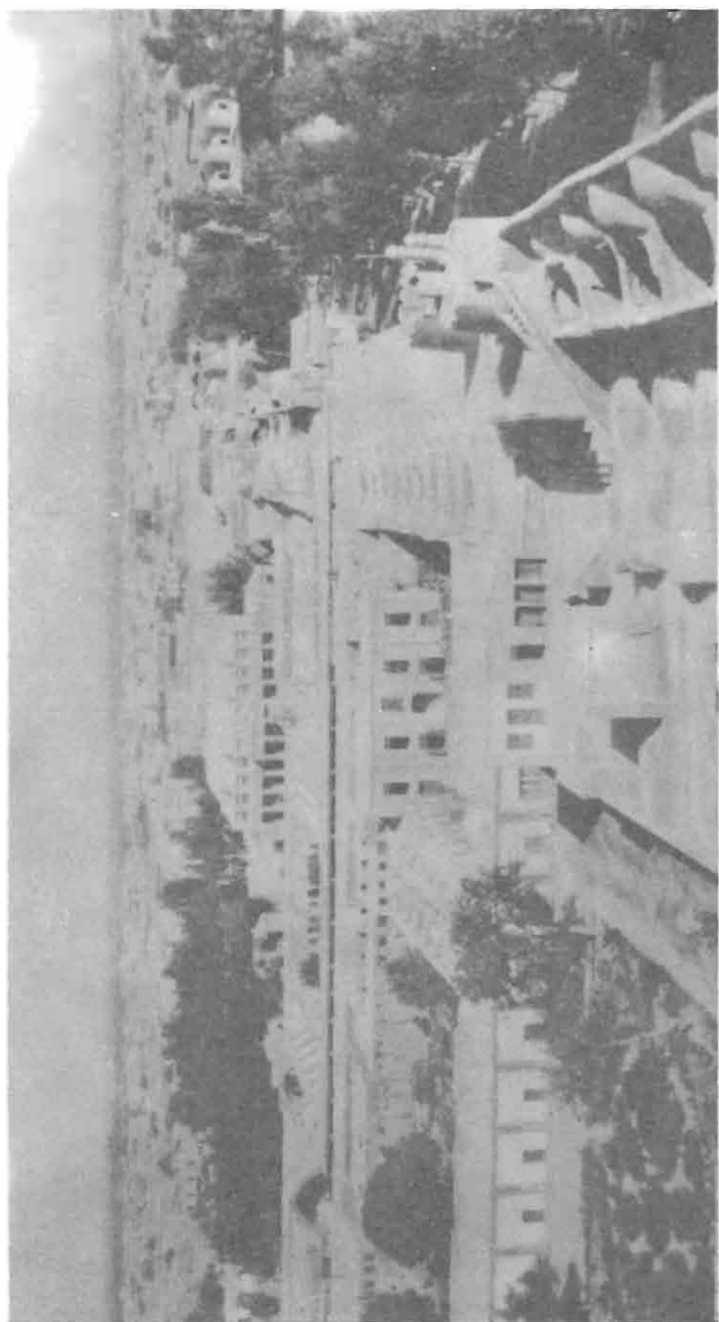
Mullá Šádíq, junto con Quddús y otro creyente Mullá 'Alí-Akbar, estuvieron entre los primeros en sufrir persecución por la Causa de Dios en suelo persa aquella vez.

Todo sucedió cuando Quddús entregó a Ismu'lláh un tratado compuesto por el Báb llamado el 'Khasá'il-Sab'ih' (las Siete Calificaciones). En este libro el Báb señalaba los requisitos esenciales de un verdadero creyente de Su Fe. A la misma vez, exhortaba a cada uno de ellos a modificar el Adhán, el llamado a la oración congregacional, agregando un versículo innovador: "Soy testigo de aquél cuyo nombre es 'Alí Kabl-i-Muḥammad es el siervo del Baqíyyatu'lláh". Con esta expresión se aludía a la identidad del Báb y de Bahá'u'lláh, respectivamente.

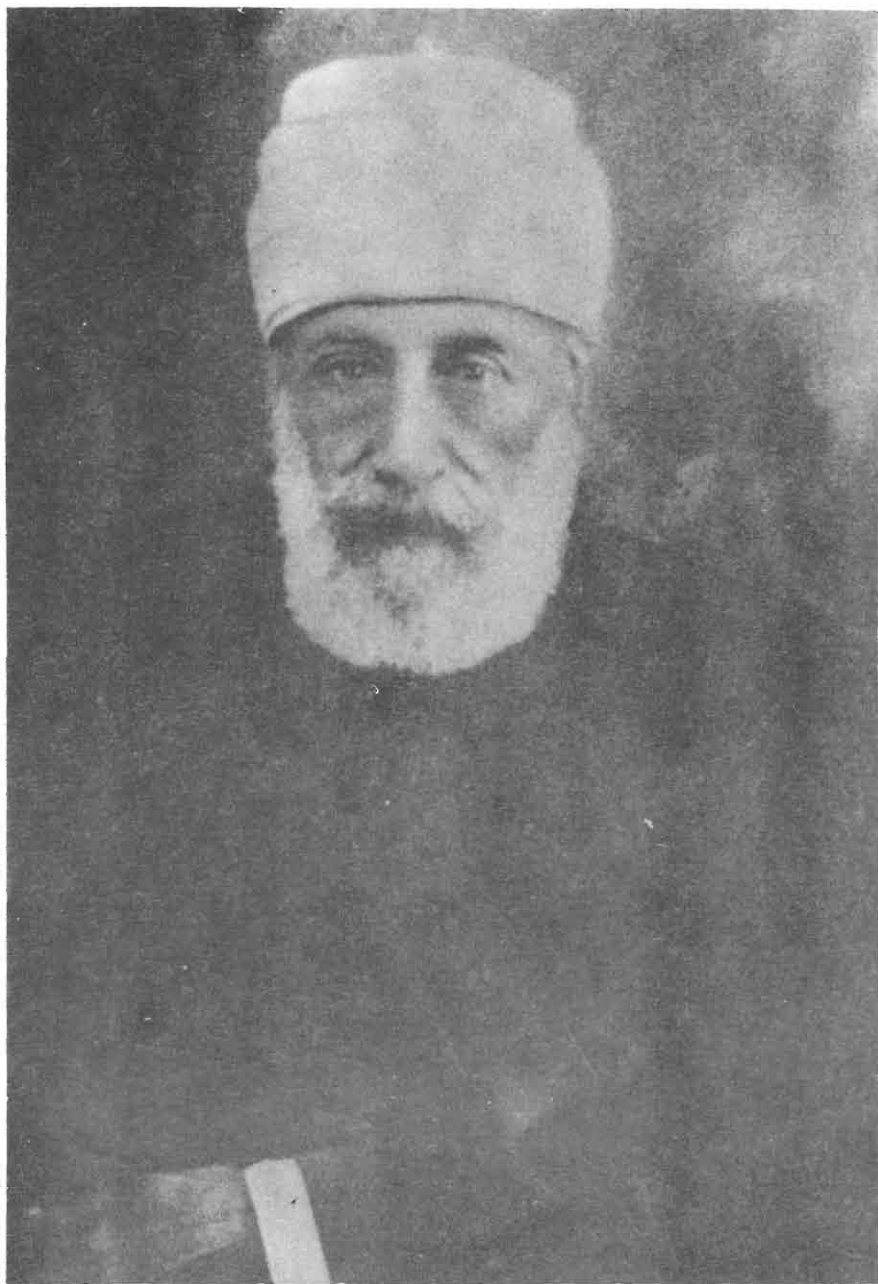
Mullá Šádíq se entusiasmó sobre manera con el contenido del tratado y se propuso recitar el texto ante la congregación que dirigía en una de las mezquitas principales de la ciudad.

Tan pronto lo hizo, los teólogos sentados en primera fila, y luego el gentío movido por las protestas que levantaron, se pusieron de pie y condenaron unánimemente la acción de Mullá Šádíq.

En su vocinglería, clamaron que la integridad de la Fe de Mahoma estaba siendo destruída por esa herejía, como ellos la señalaron. La conmoción que se produjo en aquel momento desbordó los recintos del templo y, exacerbada por las histéricas quejas de los sacerdotes, se extendió por la ciudad. En sus gritos pidieron el castigo a Ismu'lláh.



Vista de Isfahán



Ibn-Aşdaq, hijo de Mullá Sádiq

El gobernador de la provincia se sintió también afectado por los disturbios que amenazaban presentarse. Se le informó que un ciudadano de Shíráz —el Báb— había declarado ser el portavoz de Dios, de cómo aún permanecía en Bushir y de las actividades que sus adeptos estaban realizando.

Además, le dijeron, que estaba exhortando para que todo verdadero musulmán abraze la verdad de Sus enseñanzas, lo que asimismo era considerado un deber espiritual.

El gobernador, instigado por el clero local, arrestó a Quddús, a Şádiq, y probablemente también en ese momento a Mullá 'Alí-Akbar. En grillos fueron llevados donde el gobernador. Como Quddús era joven y de apariencia no muy grave, la autoridad volcó su ira hacia Ismu'lláh, de mayor edad.

Este gobernador había leído los primeros párrafos del Qayyúmu'l-Asmá', un libro del Báb que le fue arrebatado a Mullá Şádiq por la policía cuando apasionadamente y en voz alta leía su contenido en la mezquita. En este escrito, el Báb se dirigía a los reyes y gobernantes de la tierra y los instaba a deponer su soberanía terrenal.

Al leerlo, la autoridad se sintió confundida por esos términos tan enfáticos y, furiosa preguntó a Ismu'lláh, si también se referían y aplicaban al Sháh de Persia, su soberano, y a su misma condición de gobernador de la provincia.

Mullá Şádiq contestó que así iba a cumplirse porque tal era la Palabra de Dios y que poco importaba si se refería al Sháh o a otro monarca, pues el Propósito divino no podía ser alterado.

La contestación de Mullá Şádiq amargó al gobernador, y en ese instante éste lo insultó y maldijo. A fin de satisfacer su cólera implacable ordenó que a todos les perforasen las narices y los paseasen con un cordel pasado a través del agujero, por las calles de la ciudad, en medio del insulto y las burlas de los pobladores.

De acuerdo al historiador Nabíl, no se contentó con esa crueldad, y dispuso que les quemasen las barbas. Dio órdenes para que a Mullá Şádiq lo desnuden y le apliquen mil azotes.

Resignado a su suerte, pero contento de sufrir tribulación en el sendero de Dios, Ismu'lláh recitaba algunas palabras del Corán:

“¡Oh Señor, nuestro Dios! ¡Por cierto que hemos escuchado la voz de Uno que llamaba! Nos llamó a la Fe —‘Creed en el Señor, vuestro Dios!’ y hemos creído. ¡Oh Dios, nuestro Dios! Perdona nuestros pecados y oculta nuestras malas acciones a nuestra vista y haz que muramos con los justos”⁶.

A pesar de su avanzada edad y la fragilidad de su cuerpo, nadie protestó para detener la dureza del tormento. Se le desnudó y por turnos los verdugos continuaron en su cruel labor sobre la sangrienta espalda.

Una persona presente se sintió admirada por la fortaleza de Ismu'lláh y se extrañó que a medida que proseguía la tortura, él se tapaba la boca con la ma-

no y parecía no sentir ninguno de esos dolorosos golpes.

Poco después, relató que los primeros siete golpes fueron muy dolorosos, pero a partir del siguiente hasta concluir el último, había perdido la sensación del efecto de los latigazos. Él mismo se maravilló de la veracidad de la afirmación que dice que las penas y sufrimientos en el camino de Dios se convierten en alegría.

El desafortunado grupo fue echado de la ciudad, no sin antes amenazarlos que si regresaban serían crucificados.

* * *

2. Una Excelente Proclamación Mundial

Bahá'u'lláh ha expresado que, "El moverse en sí de lugar a lugar, hecho por amor a Dios, siempre ha ejercido su influencia en el mundo, y puede ahora ejercerla"⁷

La sabiduría de estas palabras puede ser mejor apreciada, analizando los efectos que trajo esta primera persecución de la Fe de Dios en su cuna natal debido al sufrimiento que soportaron Ismú'lláh, Quddús y Mullá 'Alí-Akbar.

Todo esto no fue en vano, pues pocos meses después, apareció un artículo en The Times de Londres —el periódico más leído en el occidente por ese entonces— con la primera referencia al mundo cristiano de la aparición del Báb.

En efecto, en su edición regular del 1 de Noviembre de 1845, se publicó un artículo bajo el título "Persia", que relataba el viaje del Báb a La Meca, su arribo a Persia y el sufrimiento de los babís en Shíráz.

Como "el relámpago que viene de oriente a occidente"⁸, esa noticia iluminó a los continentes de Europa y América, y a otros lugares del mundo, con la proclamación de la Manifestación del Báb.

El artículo dice así:

"Hemos sido favorecidos con la siguiente carta fechada Bushir 10 de Agosto: Un mercader Persa (el Báb), quien ha regresado recientemente de un peregrinaje a la Meca, ha estado un tiempo aquí haciendo esfuerzos para probar que es uno de los sucesores de Mahoma y por consiguiente tiene el derecho a requerir a todos los musulmanes mencionarlo como tal en la profesión de fe de ellos; él ya ha reunido un buen número de seguidores, quienes secretamente lo ayudaron a fomentar sus ideas. En la noche del 23 de junio último, he sido informado de una fuente confiable, que cuatro personas a quienes se les ha escuchado repetir su profesión de fe de acuerdo a la forma prescrita por el nuevo impostor fueron apresadas, procesadas y halladas culpables de imperdonable blasfemia. Fueron sentenciados a perder sus barbas con fuego. La sentencia fue ejecutada con todo el celo y fanatismo propios de un verdadero creyente de Mahoma. No estimando la pérdida de sus barbas como castigo suficiente, fueron aun sentenciados al día siguiente a exponer sus caras tiznadas de negro y ser expuestos a través de la ciudad. Cada uno de ellos fue conducido por un MIRGAZAH (verdugo) quienes hicieron un agujero en su nariz, pasaron por allí un cordel, el que a veces era tirado con tal violencia, que los infelices compañeros clamaban alternadamente por la misericordia y por la venganza del cielo. Es la costumbre en Persia en tales ocasiones, recoger dinero de los expectadores, y particularmente de los mercaderes en el Bazaar. En la noche, cuando los verdugos se habían llenado de dinero, guiaron a los infelices compañeros a la puerta de la ciudad y allí les dijeron:

'El mundo estaba todo ante ellos, donde podrían escoger el lugar de su descanso, y a la Providencia como su guía'.

Después de lo cual los Molláhs^a de Shíráz enviaron hombres a Bushir con el poder para coger al impostor y llevarlo a Shíráz, donde al ser interrogado, negó rotundamente el cargo de apostasía echado contra él, y de esta manera escapó el castigo".⁹

El relato, como vemos, muestra una desinformación respecto al Báb y sus enseñanzas y también del incidente. De todas maneras, el hecho de que esta noticia se produjera antes de cumplirse diecinueve meses desde la Declaración del Báb, es algo digno de elogio, y de gran admiración.

* * *

a. Sacerdotes Mahometanos.

3. Diseminando las Semillas de la Fe

Tras su expulsión de Shíráz, los tres valientes babís visitaron diferentes ciudades enseñando y propagando el Mensaje del Báb con celo y ardor.

Por ejemplo visitaron Ardistán donde se enroló Mírzá Fath ‘Alí, quien llegó a ser un distinguido creyente. Su hijo posteriormente se casó con la hija de Mullá ‘Alí-Akbar.

Un tiempo después el grupo se disolvió. Quddús fue a Kirmán mientras Şádiq partió a la fanática ciudad de Yazd.

El interés principal de Ismu’lláh al dirigirse a Yazd era su curiosidad por saber de las actividades de Mírzá Aḥmad, quien por ese tiempo se había dedicado a escribir una compilación que contenía 12,000 tradiciones islámicas referentes a la venida del Qá’ím, el Mensajero Prometido dentro del Islám shí’ih.

Cuando supo de esto enrumbó directamente a la mezquita en donde Mírzá Aḥmad daba su prédica.

Inflamado de entusiasmo por sus recientes experiencias, Ismu’lláh se sentó en primera fila y se unió a la oración congregacional.

Tan pronto acabó la ceremonia, sin mediar invitación subió al púlpito y, ante la sorpresa de los fieles, se dirigió a ellos con una de las famosas homilías del Báb. Luego de lo cual, intrépidamente expresó:

“Dad gracias a Dios ¡Oh hombres eruditos!, porque ¡hé aquí! la Puerta del Conocimiento Divino, que Uds. estiman estar cerrada, está abierta de par en par. El Río de vida eterna ha fluído desde la ciudad de Shíráz y está confiriendo bendiciones sin límites sobre la gente de esta tierra. Quienquiera haya compartido una gota de este Océano de Gracia Celestial, no importa cuán humilde e ignorante sea, ha descubierto dentro de sí el poder para desentrañar los temas más abstrusos de antigua sabiduría y se ha sentido capaz de explicar los misterios más profundos. Y quienquiera haya elegido fiarse de su propia competencia y poder y haya desdeñado el Mensaje de Dios, aunque sea el más erudito expositor de la Fe del Islám, se ha condenado a pérdida y degradación irremediables”.¹⁰

Tan desafiantes expresiones tocaron el nervio del fanatismo de esa gente ignorante y ciega.

A medida que se dirigía a la feligresía, esta, escandalizada ante las afirmaciones revolucionarias, empezó a gritar y vilipendiar a Mullá Şádiq, al punto que cuando descendió del púlpito estaba tan exacerbada que se abalanzó encima de él, dejándolo mal parado y lleno de contusiones.

Si no hubiera sido porque Siyyid Husayn, el tío de Mírzá Aḥmad, y quien dirigía las oraciones, pudo intervenir a tiempo, el daño hubiera sido más grave.

Aquel Siyyid, con fuerza y decisión, dispersó a los atacantes de Ismu’lláh

y proclamó que estaba bajo su custodia. Insinuó a la turba que podría ser el caso que el intruso no estuviese en sus buenos cabales. Si no fuera así, de probarse su culpabilidad, él mismo se comprometía a aplicarle el castigo correspondiente.

De esta manera, Mullá Şádiq fue librado de las garras de la muchedumbre. Fue trasladado, magullado y sin su bastón, a la casa de Siyyid Husayn en donde estuvo salvo y seguro.

Fue por esos días cuando pasó por la ciudad una Letra del Viviente llamado Mullá Yúsuf, y quien asimismo debió sufrir de manos de los musulmanes del lugar.

Juntos decidieron salir de Yazd y enrumbar a Kirmán. Allí fue nuevamente expuesto a la humillación y mal trato de Hájí Mírzá Karím Khán, un anterior discípulo de Siyyid Kázim.

Hájí Mírzá Karím Khán, a la muerte de ese sabio, se había declarado por su cuenta el sucesor y líder del movimiento shaykhí, desobedeciendo las advertencias que Siyyid Kázim había dejado.

Mullá Şádiq tenía en mente darle a conocer por primera vez el mensaje del Báb. Para este efecto trajo consigo versos del Qayyúmul-'Asmá' los cuales entregó a este individuo.

Pero fue infructuoso todo esfuerzo pues Karím Khán ya estaba decidido a acabar con la Fe del Báb y sus seguidores. En su ceguera espiritual había escrito un tratado atacando al Báb. A.L.M. Nicolas, el escritor francés y viajero de la época, escribió de lo que sucedió:

“Una lucha enconada estalló entre Muqqadas (Ismu'lláh) y Karím Khán quien, como es sabido, había asumido el rango de jefe de la secta Shaykhí después de la muerte de Kázim. La discusión tomó lugar en presencia de muchas personas y Karím desafió a su contendor que probara la verdad de la misión del Báb. ‘Si tienes éxito’, le dijo, ‘yo me convertiré y mis alumnos conmigo; pero si fracasas, haré que en los bazares se proclame: ‘Mirad a aquél que pisotea la Sagrada Ley del Islám!’’. ‘Yo sé quién eres, Karím, replicó Muqqadas. ‘¿No recuerdas a tu maestro Siyyid Kázim y aquello que él dijo: —Perro, no quieres acaso que yo muera para que, después de mí, aparezca la verdad absoluta?—. Mira como hoy, urgido por tu pasión por las riquezas y la gloria, te mientes a tí mismo’.

Comenzada en esta forma, la discusión no tuvo otra alternativa que ser breve. De inmediato los alumnos de Karím desenvainaron sus puñales y se abalanzaron sobre aquel que estaba insultando a su jefe. Afortunadamente el Gobernador de la ciudad se interpuso; hizo arrestar a Muqqadas y lo llevaron a su palacio donde lo retuvo por algún tiempo y, una vez que se hubieron aquietado los ánimos, lo hizo salir de la cárcel durante la noche, escoltado por diez hombres armados hasta haber recorrido varias millas”.¹¹

4. Entre los Compañeros de Ṭabarsí

A pesar de las dificultades encontradas esparciendo la Fe en esos primeros años, tanto en Shíráz como en Yazd y Kirmán, Ismu'lláh tuvo que soportar una de sus mayores aflicciones en el episodio del Fortín de Ṭabarsí, donde fue un participante activo y decidido.

Siguiendo a su estadía en Kirmán, Mullá Sádiq fue a Khurásán, su provincia natal, donde era bien conocido y estimado. En su hogar en Mashhad, llevaba a cabo reuniones de enseñanza.

Eran los días de las pujantes actividades de Quddús y Mullá Husayn, cuando se había construido la Casa de Bábíyyih (la Casa Bábí), cuando la ciudad de Mashhad hervía del entusiasmo de los creyentes por proclamar las enseñanzas. La ciudad se había convertido en un ir y venir de los amigos de toda Persia, pues, éstos, a un llamado general del Báb desde Su prisión, estaban acudiendo a ella en masa y desde distintos y distantes lugares.

Esta avalancha incontenible de entusiasmo y fervor, crecía día a día, ante la mirada llena de recelo de los religiosos musulmanes.

Cierto día, el 21 de julio de 1848, Mullá Husayn con un grupo de 202 babís, partió de la ciudad con rumbo a la provincia de Mázindarán. Su objetivo era cumplir con el pedido explícito del Báb para que ayude a Quddús, que se encontraba confinado en casa de un clérigo.

En el trayecto visitaron varios pueblos de cuyas poblaciones varios ciudadanos se unieron a esa banda contagiante.

Pero en el pueblo de Bárfurúsh fueron recibidos hostilmente, y se vieron obligados a tomar refugio en un viejo santuario religioso conocido luego como el Fortín de Ṭabarsí.

Ante la amenaza que se cernía sobre ellos, lo tomaron de inmediato y lo transformaron con los pocos medios a su alcance en un precario fortín.

Desde esa fecha hasta el mes de mayo de 1849, fueron progresivamente acorralados por regimientos del ejército venidos a instrucciones del Sháh de Persia, pero bajo la instigación de los fanáticos, que atribuyeron a la Fe del Báb el carácter de herejía.

Las penas y sufrimientos por los que pasaron ese grupo heroico de babís fueron indecibles. Por un largo período fueron presa de un sitio que se fue reduciendo hasta cuando la masacre total se desató.

El suministro de alimentos que les proveía fue cortado; y los bombardeos por artillería pesada por parte de esos regimientos, junto con las incursiones que hacían contra los defensores del fortín, demostró ante los atónitos sentimientos de los oficiales y de toda la nación finalmente, que aquellos compañeros —un puñado de ancianos y estudiantes de religión— estaban imbuidos de un poder sobrenatural, difícil de subyugar por el poderío de las armas.

Entre ellos estaba también Ismu'lláh, quien a pesar de su avanzada edad, tuvo un rol importante dentro de los acontecimientos.

Como lo atestigua 'Abdu'l-Bahá en el libro Memoria de los Fieles, mencionando especialmente a Mullá Sádiq, durante 18 días estuvieron en inanición, tratando en su penosa hambre de devorar el cuero de sus zapatos y el pasto que crecía en los alrededores. En las mañanas tomaban una bocanada de agua y así yacían en el suelo. Pero cuando eran agredidos se levantaban de un salto y se defendían con el valor de los héroes.

La profunda espiritualidad que los embargaba, la firmeza de su fe y completa confianza en Dios, era para sorprender al más escéptico.

Este estado de cosas permaneció hasta el mes de mayo de 1849 en que a través de un engaño pudieron tomar el fortín y martirizar a los babís congregados dentro de sus muros.

Estos creyentes, víctimas de una fuerza militar que los aventajaba largamente, fueron asesinados en la forma más atroz. Bastaría leer la obra inmortal de Nabíl, los Rompederos del Alba, para percibir la magnitud del salvajismo en que incurrió aquella vez el pueblo persa.

Algunos de posición eminente y distinguida, como Ismu'lláh, se salvaron del holocausto, acaso por la idea de los oficiales de conseguir algún rescate a cambio de su liberación.

Esos pocos sobrevivientes fueron los que pudieron relatar para la historia los detalles de esos días aciagos.

Mullá Sádiq junto con otros babís fue encadenado y paseado por las calles de Bárfurush en un desfile acompañado del repique de tambores. Cuando paraban en determinado lugar, entonces recibían el castigo a la vista de la población.

'Abdu'l-Bahá relató la suerte de Ismu'lláh:

"Lo tomaron prisionero en el Fuerte y lo entregaron a los jefes de Mázin-darán para llevarlo y finalmente matarlo en cierto distrito de esa provincia. Cuando atado con cadenas, Ismu'lláh fue traído al lugar señalado, Dios puso algo en el corazón de un hombre para liberarlo de la prisión en la mitad de la noche y llevarlo a un lugar donde estuviera a salvo".¹²

Mullá Sádiq quedó más firme que nunca en la Causa de Dios. Siguió enseñando con todas sus energías. Demostró ser una antorcha brillante en el servicio. A pesar de las separaciones con su familia, siguió evidenciando su devoción y completa consagración.

'Abdu'l-Bahá le nombró póstumamente una Mano de la Causa de Dios. Con el correr del tiempo, su hijo Mírzá 'Alí Muḥammad^a resultó ser digno de la herencia espiritual de su padre y por los servicios que rindió y su lealtad a la Fe, Bahá'u'lláh le nombró entre las cuatro primeras Manos de la Causa de Dios.

a. Más conocido como Ibn-i-Asdaq (el hijo de Asdaq)

5. "Glorificado sea nuestro Señor, el Más Alto"

Pocos años después del episodio del Fortín de Tabarsí, se desató una campaña de persecución a los creyentes en Teherán —la capital— y víctima de ella cayó también Mullá Šádiq junto con su hijo.

Esta vez, fue arrestado con su pequeño hijo y encarcelados en el Sýáh-Chál, el pozo negro, aquella mazmorra subterránea infestada de suciedad y sabandijas. Había sido antes uno de los depósitos de agua de un baño público de la ciudad.

Dentro de esa cárcel, como sabemos, también estuvo encarcelado Bahá'u'lláh cuando recibió las primeras intimaciones de Su misión divina.

Cierto día, el niño cayó enfermo y fue necesario que acudiese un médico. Vino un doctor judío de la corte real y el niño llegó a recuperarse, pero el médico estaba ya tan impresionado de la erudicción y carácter de Mullá Šádiq que regresaba continuamente y pasaba horas seguidas con él. Las preguntas que hacía fueron contestadas con profundidad y claridad y finalmente su corazón fue ganado por Ismu'lláh para la Fe.

Desde entonces, este médico llamado Hakím Masih es conocido como el primer creyente de origen judío. Poco después de esa conversión un gran número de gente de esa religión aceptaron la Fe, especialmente en la región de Hamadán, donde un día Mullá Šádiq descansaría para siempre.

Salió liberado de la prisión y algún tiempo después viajó a la ciudad de Baghdád donde tuvo el honor y la bendición de conocer a Bahá'u'lláh.

Por ese tiempo, Bahá'u'lláh no había hecho aún la Declaración Pública de Su misión, y era conocido como Jináb-i-Bahá.^a

Era tal el regocijo de Ismu'lláh cuando entraba en la presencia de Bahá'u'lláh, que era prácticamente un hombre transformado, al punto que los creyentes inconscientes algunos de la estación de la Bendita Belleza, se extrañaban de ver la reverencia y la completa humildad de Mullá Šádiq cuando estaba frente a su Bienamado.

Por cierto, Ismu'lláh era un personaje muy reverenciado por todos los babís de Persia.

Su amor por la Manifestación de Dios lo llevaba a postrarse a los pies de Bahá'u'lláh, un gesto que Él desaprobaba. Intoxicado de alegría se olvidaba del mundo alrededor y de todos los sufrimientos por los que había pasado.

Mullá Šádiq tenía una manera muy jovial de enseñar la Fe. Veamos como 'Abdu'l-Bahá narra un incidente de los días de Baghdád.

"Luego que él había llegado a Baghdád y alcanzado la presencia de Bahá'u'lláh, se encontraba un día sentado en el patio de las habitaciones de los hombres cerca al pequeño jardín. Yo estaba justo en las habitaciones de arriba

a. "Su alteza Bahá".

que dan al patio. En ese momento un príncipe persa, un nieto de Fath-'Alí Sháh^a arribó a la casa. El príncipe le dijo '¿Quién eres tú?'. Ismu'lláh, respondió, 'Yo soy un siervo de este Umbral. Soy uno de los cuidadores de esta puerta'. Y así mientras Yo escuchaba desde arriba, él empezó a enseñar la Fe. El príncipe, de primera instancia, objetó violentamente; y sin embargo, en un cuarto de hora, gentil y benignamente, Jináb-i-Ismu'lláh lo tranquilizó. Después de que el príncipe había negado tan acremente lo que se dijo, y que su faz había reflejado tan claramente su furia, ahora su cólera se había cambiado a sonrisas y expresaba la gran satisfacción de haberse encontrado con Ismu'lláh y escuchar lo que él tenía que decir".¹³

De acuerdo a 'Abdu'l-Bahá, "Él siempre enseñó jovialmente y con alborozo, y respondería gentilmente y con buen humor, no importa cuán apasionado pudiera ser el enojo que recibiera de la persona con quien hablaba. Su forma de enseñar era excelente. Él era verdaderamente Ismu'lláh, el Nombre de Dios, no por su fama, sino porque era un alma escogida".¹⁴

Después de Baghdád, Bahá'u'lláh fue exiliado a la ciudad de Adrianópolis y es en ese período cuando Mullá Sádiq escucha de la exaltada posición de Bahá'u'lláh como la más grande Manifestación de Dios y, siendo consciente de esa realidad, gozosamente abraza su Fe.

Algunos años después, Bahá'u'lláh desde Su Más Grande Prisión^a revela una Tabla en su honor invitándole a reunirse con Él.

Ismu'lláh, muy anciano, residía entonces en Khurásán. En esa Tabla le instruye además, para que viaje en compañía de un bahá'í debido a su edad y al largo viaje, y que deje a su hijo en casa.

Mullá Sádiq arriba a 'Akká, probablemente al comienzo del año 1874. Se dice que cuando alcanzó en esa segunda oportunidad, la presencia de la Suprema Manifestación de Dios, exclamó: "Glorificado sea nuestro Señor, el Más Alto".

Permaneció varios meses en 'Akká rodeado de esa atmósfera celestial hasta cuando Bahá'u'lláh en una tablilla le dice que regrese a su hogar.

En varias Tablas, la Bendita Belleza reveló la posición santa y heroica de Ismu'lláh. Entre ellas están el Lawh-i-Ahbáb (Tabla de los Amigos) y el Lawh-i-Aqdas (La Tabla más Sagrada).

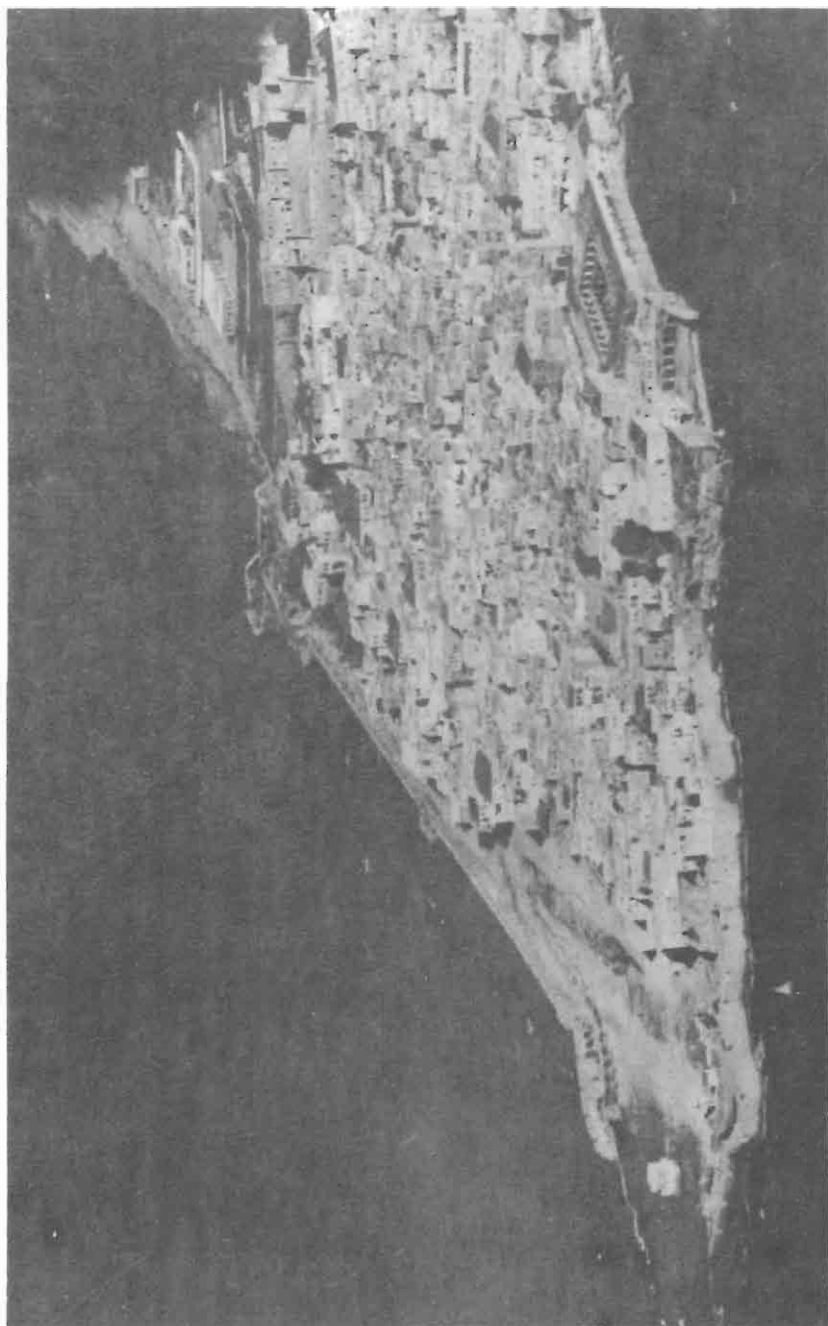
"Él se parecía a un agitado mar, a un halcón que se remonta a lo alto", es el testimonio de la pluma de 'Abdu'l-Bahá. "Su semblante radiante, su lengua era elocuente, su fortaleza y firmeza, sorprendentes. Cuando abría sus labios para enseñar, las pruebas fluían; cuando entonaba u oraba, sus ojos derramaban lágrimas como una nube primaveral. Su faz era luminosa, su vida espiritual, su

^a. Un monarca persa muerto en 1834.

^a. 'Akká, en tierra Santa.



La Ciudad de Baghdád



Vista aérea de la Ciudad-Prisión de 'Akká

conocimiento adquirido e innato; y celestial era su ardor, su desprendimiento del mundo, su rectitud, su piedad y temor a Dios.

La Tumba de Ismu'lláh está en Hamadán. Más de una Tabla para él fue revelada por la Pluma Suprema de Bahá'u'lláh, incluyendo una Tabla de Visitación especial después de su ascensión. Él fue una gran personalidad, perfecto en todas las cosas.

“Tales seres benditos, han dejado ahora este mundo. Gracias a Dios ellos no sobrevivieron para atestiguar las agonías que siguieron a la ascensión de Bahá'u'lláh —las intensas aflicciones; porque las firmemente enraizadas montañas se sacudirán y temblarán por causa de ellas, y las sobresalientes y altas colinas se inclinarán.

“Él fue verdaderamente Ismu'lláh, el Nombre de Dios. Afortunado es quien circunda esa tumba, quien se bendice a sí mismo con el polvo de ese sepulcro. Sobre él sean saluciones y alabanza en el Reino de Abhá”.¹⁵

* * *

Extractos de la Tabla de Mubalílih revelada por Bahá'u'lláh en Adrianópolis, en honor de Mullá Muhammad Şádiq-i-Khurásaní.

“ ¡Oh Muḥammad! É¹, quien es el espíritu, ha salido en verdad de Su habitación, y con É¹ han salido las almas de los elegidos de Dios y las realidades de Sus Mensajeros. Observad, entonces, los moradores en los reinos de lo alto sobre Mi cabeza, y todos los testimonios de los Profetas en Mi puño. Dí: Si todos los teólogos, los sabios, todos los reyes y gobernantes de la tierra se juntasen, Yo, en verdad los enfrentaría, y proclamaría los versículos de Dios, el Soberano, el Todopoderoso, el Omnisapiente. Yo soy aquél quien a nadie teme, aun cuando todos los que están en el cielo y todos los que están sobre la tierra se levantan en Mi contra... Esta es Mi mano que Dios ha hecho blanca para que todo el mundo la vea. Esta es Mi vara; si fuésemos a lanzarla al suelo, en verdad, tragaría todas las cosas creadas”¹⁶

—Bahá'u'lláh—



V

SHAYKH SALMAN

“EL MENSAJERO DEL MISERICORDIOSO”

“Un hombre humilde, sin conocimientos, pero lleno del Espíritu Santo, es más poderoso que el más profundo erudito sin esa inspiración”.

—‘Abdu’l-Bahá—

1. Sirviendo a su Señor

Salmán fue el nombre que Bahá'u'lláh confirió sobre Shaykh Khanján, uno de sus más queridos discípulos evocando la memoria de su homónimo, el fiel mensajero de Mahoma.

Shaykh Salmán provenía de un estrato social muy pobre. Nunca asistió a escuela alguna y por tanto, su conocimiento adquirido era escaso, más aún, era analfabeto. Empero, su escuela fue la vida misma, y sus maestros fueron Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá, Quienes a la vez mostraron mucho afecto por él.

Este fiel y dedicado baha'í escuchó por primera vez de la Fe del Báb en alguna fecha entre fines de 1849 y comienzos del año de 1850, y abrazó entonces la Causa de Dios en su aldea natal de Hindiyán, al suroeste de Persia. Inmediatamente después, viajó a pie a la ciudad de Teherán, —1000 kms. distante—, con el fin de conocer a la congregación de babís en esa capital.

Poco a poco, desde aquel tiempo, escuchando las charlas y conversaciones de los amigos de Dios, Shaykh Salmán se fue familiarizando con las enseñanzas de la Fe, al punto que podía entender y explicar cuestiones profundas con facilidad y gracia, pese a su falta de ilustración.

Como tantas almas sencillas que aparecen en los inicios de los días apostólicos de cada Profeta de Dios, él brilló por su candor, su simpleza y su comprensión. San Pedro, también iletrado, es un caso similar dentro de la cristiandad.

En el año 1853, cuando Bahá'u'lláh fue desterrado a 'Irak por orden del gobierno persa, Shaykh Salmán fue el primero en llegar a Su presencia, y recibir aquellas bendiciones de las cuales siempre fue objeto.

En esa oportunidad, Bahá'u'lláh reveló tablillas a los creyentes de Hindiyán como signo de Su amor y fue precisamente Shaykh Salmán quien a su retorno tuvo el encargo de llevarlas.

Podemos decir que por ese tiempo empiezan los servicios de Shaykh Salmán como el mensajero de la Manifestación de Dios.

El amor de la Bendita Belleza lo transformó e hizo relucir en adelante, la fidelidad y el espíritu de sacrificio, quizás lo más valioso de su personalidad. Él no podía, como otros distinguidos creyentes, transcribir las Palabras Sagradas sentándose por horas en una mesa, o dirigirse elocuentemente a la congregación de algún templo o sostener una conversación con un erudito teólogo, o aparecer con imponente semblante ante los círculos de las nobleza y del gobierno.

Él solamente se puso bajo la palabra de Bahá'u'lláh y trató, lo más fielmente como fue posible, en servirle con toda devoción y así fue como prestó sus servicios memorables durante muchos años y entre tanta adversidad.

Esta labor de correo, de distribuir las tablas que Bahá'u'lláh revelaba a los creyentes en Persia y de llevar las súplicas escritas de estos mismos amigos a los diferentes lugares donde Él fue desterrado, se extendió por un espacio de cuarenta años, prolongándose luego del Día de la Ascensión de Bahá'u'lláh, hasta los



Shaykh Salmán



Mushir'd-Dawlih, el Embajador persa ante el gobierno turco.

años del ministerio de 'Abdu'l-Bahá.

El papel que jugó en la comunicación entre Bahá'u'lláh, sea estando El en 'Iráq, Adrianópolis o 'Akká, y las muy diversas y dispersas comunidades Bahá'ís de Irán, nunca podrá dejar de ponderarse.

Los caminos tan peligrosos de esa época, infestados de ladrones y asaltantes, por los que muchas veces tenía que andar, los recorridos interminables a veces hasta de seis meses desde Irán a Tierra Santa, llevando la copiosa correspondencia de peticiones y las respuestas de Bahá'u'lláh, además del riesgo latente, acaso mortal, que podría acarrearle en caso de ser descubierto por los fanáticos musulmanes, representaba todo, una difícil misión que sólo alguien como Shaykh Salmán pudo llevar a cabo con eficiencia, valentía, confiabilidad y gran fortaleza física. El se alimentaba en esos extensos viajes con sólo panes y cebollas.

También era muy delicado conseguir sacar las tablas sagradas de la ciudad-prisión de 'Akká y luego introducirlas en las ciudades de Irán, las cuales eran amuralladas y en cuyas puertas de ingreso los forasteros eran revisados.

A pesar de las contrariedades en todos esos años de ejemplar labor, Salmán nunca falló. Nunca se le extravió o le fue sustraída alguna de esas preciosas cartas. Eso sí, fue víctima frecuente de las persecuciones como un babí y un bahá'í. Más de una vez, tuvo que soportar las torturas y castigos que las manos de los fanáticos le inflingieron.

Pero su fe nunca desfalleció, ni su constancia menguó.

En algunas ocasiones era detenido bajo sospecha, pero él de una manera u otra no permitía que las tablas cayesen en manos ajenas, ni menos de exponer las vidas de los bahá'ís al dar a conocer sus nombres.

Cierta vez, cayó detenido cuando se dirigía a la prisión de 'Akká. En su poder llevaba consigo muchas cartas de los creyentes dirigidas a Bahá'u'lláh. Ingeniosamente, Salmán llevaba oculta la correspondencia en un forro especial dentro de su largo abrigo.

De primer momento no encontraron nada en él que pudiese delatarlo, pero aun así, lo pusieron en prisión hasta el día siguiente en que iba a ser cuidadosamente examinado.

Por la noche, Salmán pidió al gendarme del calabozo, que por ser un hombre viejo y acabado, necesitaba una jarra con agua para poder conciliar el sueño.

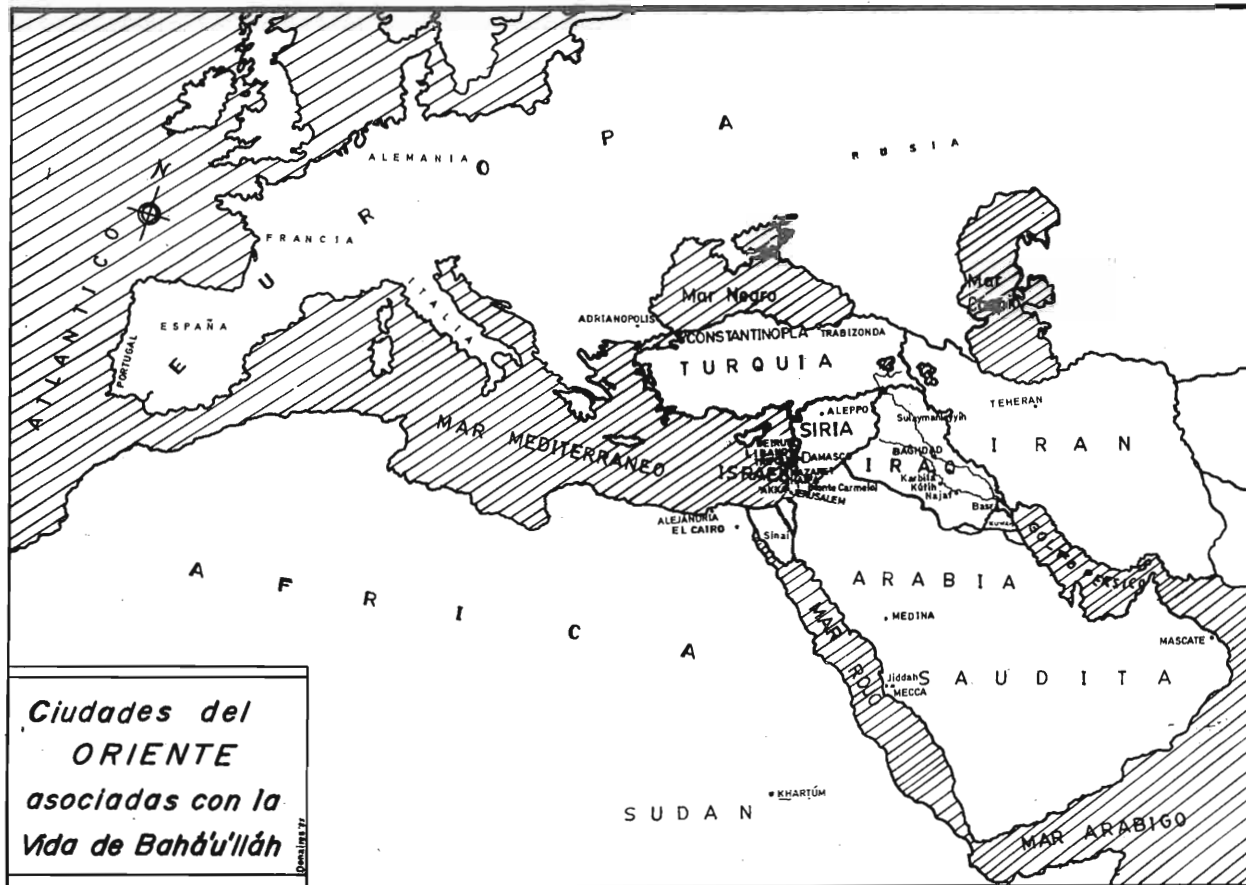
El guardia satisfizo el pedido y le alcanzó lo que pidió. En cuanto se dio media vuelta, Salmán comenzó a comerse por pedazos las cartas ayudándose con el líquido. Al día siguiente, cuando fueron a revisarle no pudieron hallar en su poder nada con que podían acusarlo y en consecuencia lo liberaron.

Prosiguió viaje a Tierra Santa y relató lo sucedido a Bahá'u'lláh, Quien le aseguró que todas esas súplicas habían sido contestadas. Regresó a Persia, y los bahá'ís le preguntaron sobre las respuestas.

Salmán les replicó que su Señor ya había respondido pero que de ahora en

adelante escriban por favor en papeles más delicados!!

* * *



*Ciudades del
ORIENTE
asociadas con la
Vida de Bahá'u'lláh*

2. El Mensajero del Misericordioso

A continuación, vienen algunos otros episodios por los cuales Salmán pasó. Hay muchos de ellos, cada uno impregnado por las facetas tan especiales de su personalidad.

Por sus devotos servicios a la Causa de Dios, Bahá'u'lláh lo llamó el "Mensajero del Misericordioso".

i. "El Angel Gabriel de los Babís".

'Abdu'l-Bahá en el libro "Memoria de los Fieles", narra uno de los tantos momentos de dificultad en que la Providencia ayudaba a nuestro personaje.

Un día, siendo un babí, estaba pasando por un bazar de la ciudad de Teherán acompañado por uno de los creyentes. Los guardias y policíás le siguieron y descubrieron el lugar donde vivía.

En esos tiempos de cruel persecución, un babí era detenido bajo la única acusación de profesar la Fe del Báb.

Al día siguiente, un grupo de gendarmes regresó y le llevaron detenido donde el jefe de la policía.

- '¿Quién es Ud.?', el jefe preguntó.
- 'Yo soy de Hindiyán', contestó Salmán, 'He venido a Teherán y estoy de paso a Khurásán para hacer un peregrinaje al Santuario del Imán Ridá'.^a
- '¿Qué estaba haciendo ayer', el jefe preguntó, 'con aquel hombre de ropaje blanco?'

Salmán respondió:

- 'El día anterior le vendí un abá (túnica) y ayer él estaba para pagarme'.
- 'Usted es un forastero aquí', dijo el jefe, '¿Cómo pudo Ud. confiar en él?'
- 'Un cambista garantizó el pago'. Salmán contestó.

Él estaba pensando en el respetado creyente Aqá-Muhammad-i-Sharaf (cambista).

El jefe se volvió a uno de sus guardias y le dijo:

- 'Llévalo donde el cambista y averigua todo'.

Cuando llegaron, el guardia se fue directamente al lugar.

- '¿Qué ha sido todo eso', él dijo, 'de la venta de un abá y de vuestro aval para el pago? Explíquese usted'.
- 'Yo no sé nada al respecto', respondió el cambista.
- 'Vamos', dijo el guardia a Salmán, 'todo está claro por fin. Tú eres un babí'.

Sucedió entonces que el turbante que Salmán llevaba en la cabeza era similar

a. Véase pág. 74.

a los que usaban en Shúshtar. Cuando ellos pasaban por una esquina, salió de la tienda un hombre de Shúshtar. Abrazó a Salmán y exclamó:

— ‘¿Dónde has estado, Khajih Muḥammad ‘Alí? ¿Cuándo llegaste?
¡Bienvenido!’

Salmán respondió:

— ‘Vine hace unos pocos días y ahora la policía me ha arrestado’

— ‘¿Qué quiere Ud. de él?’ el comerciante preguntó al guardia,
‘¿Qué busca?’

— ‘Él es un babí’, fue la respuesta.

— ‘¡Dios lo prohíba’ exclamó el hombre de Shúshtar

‘Lo conozco muy bien. Khájih Muḥammad ‘Alí’ es un musulmán temeroso de Dios, un shí‘ih, un seguidor devoto del Imán ‘Alí’. Le dio una suma de dinero al guardia y Salmán quedó libre.

Ellos entraron a la tienda y el comerciante empezó a preguntar a Salmán cómo se encontraba. Salmán le dijo:

— ‘Yo no soy Khájih Muḥammad ‘Alí’

El hombre de Shúshtar estaba estupefacto.

— ‘Ud. es exactamente igual a él’, exclamó, ‘Uds. son idénticos.

Puesto que Ud. no es él, devuélvame el dinero que le pagué al guardia’.

Salmán inmediatamente le dio el dinero, salió, y se fue directamente por la puerta de la ciudad rumbo a Hindíyán”.²

Como un creyente de la Fe, Salmán llegó a ser bien conocido y querido y, del otro lado, los musulmanes admiradores suyos le habían dado el apelativo de “Angel Gabriel de los Babís”.

ii. Shaykh Salmán y el Embajador de Persia ante el gobierno Turco.

Alrededor del año de 1870, Salmán venía de Persia con destino a ‘Akká, la Más Grande Prisión. Al pasar por la ciudad de Alepo –Siria^a– fue detenido llevando consigo cerca de trescientas súplicas de los bahá’ís.

Inmediatamente le confiscaron todo lo que tenía y lo pusieron bajo investigación del Mushíru’d-Dawliḥ, el Embajador de Persia, quien se encontraba de paso por aquella ciudad.

El mismo Shaykh Salmán relató cierta vez los detalles de lo que sucedió en esa oportunidad:

“Una noche, él [el Embajador] y los cónsules con sus séquitos estaban andando en el patio. Yo lo vi y le escuché decir:

— ‘Creíamos y estábamos seguros que la Causa de Bahá’u’lláh era una causa política, y que Su propósito era obtener poder y soberanía y amasar ri-

^a. En ese entonces, dentro del Imperio Turco.

quezas con el fin de hacerse un hombre para Sí mismo. En consecuencia hemos tratado duramente de reprimirlo y hemos hecho planes en ese sentido. Pero no importa cuánto mal le hemos hecho, cuántas veces lo hemos desterrado y bregamos contra Él acosándolo con los plenos poderes de dos estados, verdaderamente, no importa lo que hicimos, Su poder y autoridad y fama, Su grandeza y grandiosidad fueron acrecentándose. Estamos muy sorprendidos, perdidos en nuestra extrañeza, tratando de buscar razón. Ahora veo que este hombre [Salmán] tiene algo como trescientas peticiones con él. En estas, no hay mención de política, gobierno, estado y nación. A pesar de todos los agravios, a pesar de todos los encarcelamientos, destierros, ejecuciones y pillajes infligidos sobre los bahá'ís duramente todo este tiempo, no se hace de ello ninguna mención y no hay queja. Estas peticiones que trae consisten todas de súplicas y están limitadas a asuntos espirituales como '¡Oh Dios! Guárdame a salvo de la maldad, del egoísmo y deseos carnales, dame constancia, hazme firme en Tu amor, concédeme la bondad del servicio, confírmame en el servicio de Tu Causa, hazme libre de todo salvo de Ti, confírmame con aquello en que podamos servir a la gente de todo el mundo, besar la mano del verdugo y batir las palmas, bailar y correr hacia el cadalso'.

Entonces, pidió que le trajeran dos o tres de esas peticiones y las leyó en voz alta. Todos se quedaron admirados de la elocuencia y la excelencia del estilo y la composición.

Entonces el embajador dijo:

- '¿Por qué tenemos que reprimir a gente semejante que ama a Dios, busca a Dios y habla de Dios? En Su Libro, el Corán, Dios ha relatado la historia del creyente de la Casa del Faraón, a fin de avisarnos, acordarnos y hacernos recuerdo de que si hay falsedad, aquél quien es falso no perdurará, pero si aquél con quien estamos disputando es el portador de la verdad, ello repercutirá sobre nosotros y nos acabará; seremos los perdedores y pagaremos un fuerte castigo. Ningún detrimento a la nación y al estado ha sido visto en los actos de ellos o se ha reflejado en sus palabras. Cualquier cosa que ha sido oída, ha venido ya sea de sus enemigos quienes los rechazan, o de aquellos desprovistos de conocimiento. Más aún, todos hemos visto, y ha sido nuestra experiencia, que mientras más los reprimíamos, los insultábamos y degradábamos, mientras más buscábamos su muerte y exterminio, más grande llegaba a ser su número y mayor su fortaleza y poder, su fuerza y fama. En la actualidad están viviendo en la mayor salud, gloria y bendición'.

Mushíru'd-Dawlih estaba hablando así y los demás decían que estaban de acuerdo con él, citando ejemplos. A la mañana siguiente ordenó llamarme y me pidió disculpas:



Munírih Khánum, esposa de 'Abdu'l-Bahá



Sepulcro de Munírih Khánúm en las laderas del Monte Carmelo

— 'Hemos estado extraviados. Estoy muy agradecido con usted pues me ha hecho ver la verdad del asunto. El gobierno no debe interferir en cuestiones espirituales, en asuntos relacionados con la fe y la conciencia'.

Me devolvió todas las peticiones, y dijo a su vez que traigan todas las mercaderías y otros artículos que me habían sido confiscados, y en su propia presencia me los devolvieron. Y él escribió una carta de recomendación al vicecónsul de Beirut diciéndole: 'Dé la mayor consideración al Shaykh y vea que llegue a 'Akká con todo lo que posee, a la presencia de Su Santidad 'Abbás Effendi ['Abdu'l-Bahá']

Entonces me dijo:

— 'Besa Sus manos en mi nombre, ofrécele mis disculpas, implora Su perdón, y suplica la confirmación que pueda ser yo capaz de resarcir el pasado'."³

Fue pues, por intermedio de Shaykh Salmán, que este alto funcionario del gobierno persa, se volviera amistoso y con simpatía hacia Bahá'u'lláh, y que en adelante, siempre tratara de proteger a los bahá'ís y elogiar las enseñanzas.

Aunque años atrás había sido el responsable de los exilios de Bahá'u'lláh a Constantinopla, Adrianópolis y a 'Akká, ahora se mostraba con simpatía para la Fe.

Bahá'u'lláh diría de él muchos años más tarde, "Lo que hizo su difunta excelencia (el Mushíru'd-Dawlih) —que Dios exalte su posición— no fue causado por su amistad hacia este Agraviado, sino que fue dictado por su propio juicio sagaz y por su deseo de realizar el servicio que secretamente contemplaba prestar a su gobierno. Testifico que era tan fiel en el servicio a su gobierno, que la deshonestidad no desempeñaba parte alguna, y por eso era menospreciado dentro de la esfera de sus actividades"⁴

De esta manera fue perdonado.

iii. Una Delicada Misión

En el mes de Octubre de 1846, el bendito Báb pasó por la ciudad de Isfáhán, luego de una ola de hostilidades que se hubo levantado en Shíráz.

En esa ciudad se quedó por varios meses, en medio de un ambiente de paz y tranquilidad, que pronto iba a ser seguido por un encarcelamiento largo y riguroso.

En esos días, varios creyentes tuvieron la bendición de estar cerca a Él. Entre ellos estaba Mírzá Ibráhím, cuyo hermano, Mírzá Muḥammad 'Alí, no había podido tener hijos durante su matrimonio.

Cierta vez, durante una comida en la casa donde el Báb se hospedaba, Mírzá Ibráhím se le acercó y le explicó el caso de su hermano rogándole que le bendiga e intercediera por él.

El Báb, escuchando su súplica, apartó una porción de la comida que se

venía sirviendo, a fin de que sea compartida por el hermano y su esposa.

Un tiempo después nació en ese hogar una niña a quien le dieron el nombre de Fátimih.

Fátimih a quien Bahá'u'lláh confirió el nombre de Munírih (Luminosa), fue elegida por Él para ser la esposa de Su querido Hijo mayor, 'Abdu'l-Bahá.

Era el año de 1872. Ella residía por esos días en Isfáhán cuando Shaykh Salmán llegó para cumplir la misión encomendada por Bahá'u'lláh de llevarla segura a 'Akká.

Con ese propósito, al arribar, se dirigió donde un fiel creyente y luego mártir, llamado "El Rey de los Mártires" y quien era el primo de Munírih.

"He traído buenas nuevas de una maravillosa bondad", le dijo. "He sido comisionado para llevar a tu prima, la hija del extinto Mírzá Muhammad 'Alí, a la Tierra Santa, por el camino de La Meca como peregrinos. . . Debes hacer los arreglos para que podamos salir de Isfáhán en el período de la peregrinación, y viajar a Shíráz y Bushir. Estos preparativos deben ser hechos silenciosamente y nadie debe saber de nuestro viaje hasta que hayan pasado algunos días después de nuestra partida"⁵

Se hicieron los preparativos y así llegó el día de partir. Con Shaykh Salmán irían Munírih Khánum^a, su hermano y un sirviente. Todos ellos partieron a Shíráz, 500 kms. distante.

Arribando a aquella ciudad, tomaron alojamiento en una posada, pero llegaron pronto miembros de la Familia del Báb a recibirlos.

Acogiéndose a una invitación se trasladaron a sus casas.

Por ese tiempo, vivía un Shíráz la viuda del Báb.

De allí salieron al puerto de Bushir y entonces por mar, rumbo a La Meca, donde llegaron en febrero de 1873. Las instrucciones sobre el viaje, largo, penoso y de mucho riesgo, habían sido dadas detalladamente por Bahá'u'lláh a Shaykh Salmán.

Luego de visitar esa ciudad sagrada de los musulmanes, regresaron al puerto de Jiddah donde se encontraron que había llegado un telegrama del amanuense de Bahá'u'lláh. En este les decía que deberían esperar un tiempo hasta que los peregrinos de La Meca hayan salido de Arabia.

Cuando esto ocurriese, deberían proseguir el viaje y Alejandría, y allí quedarse a la expectativa de otro telegrama de la Tierra Santa, conteniendo nuevas instrucciones.

La razón era que las condiciones del confinamiento de Bahá'u'lláh se habían recrudecido en la ciudad prisión de 'Akká.

En Jiddah fueron objeto de mucha sospecha por parte de los mahometanos y estuvieron en una situación muy riesgosa. Se embarcaron posteriormente

^a Khánum significa Señora.

para Alejandría donde se encontraron con diecisiete bahá'ís.

De la misma manera estuvieron esperando hasta que llegó un telegrama de Bahá'u'lláh permitiéndoles que por barco se dirigiesen a la ciudad prisión. Así fue y ellos hicieron por mar la travesía.

Entraron por ese medio al puerto de la ciudadela en la oscuridad de la noche. Como de acuerdo a las instrucciones, no podían desembarcar hasta que un creyente los reciba, permanecieron a la espera, hasta que vino un bahá'í en un pequeño bote, gritando "Shaykh Salmán, Shaykh Salmán".

De esta manera, Salmán cumplió esta delicada misión confiada por su Señor.

Al día siguiente, Shaykh Salmán, Munírih Khánum, Mírzá Ibráhím y el sirviente que los acompañaba, fueron conducidos a la presencia de Bahá'u'lláh.

Las primeras palabras de la Bendita Belleza fueron: "Os hemos traído a la ciudad-prisión, en un tiempo cuando las puertas de la prisión estaban cerradas a la faz de todos, para hacer claro y evidente a todos el poder de Dios".⁶

iv. Shaykh Salmán y el Mushíru'l-Mulk^a

Hájí Muḥammad Táhir, fue un renombrado bahá'í, quien tuvo la bendición inapreciable de estar en la presencia de Bahá'u'lláh en Mazra'ih –Tierra Santa– alrededor del año 1878.

En su viaje de regreso de Tierra Santa estuvo acompañado por Shaykh Salmán. Posteriormente en sus memorias contaría un aspecto del genio de este hombre sencillo.

"Antes de nuestro arribo a Shíráz, en la villa de Zargán, Shaykh Salmán escribió una carta a Hájí Siyyid Ismá'íl-i-Azghandí (un bahá'í) solicitándole que venga y se reúna con nosotros fuera de la ciudad. La razón de ello era que Shaykh Salmán tenía con él una cierta cantidad de Tablas y otras reliquias bahá'ís y como una precaución, él quería que este hombre las lleve a Shíráz, pues cada pasajero que viajaba con las caravana sería registrado por los oficiales antes de entrar a la ciudad.

En respuesta a esta carta Hájí Ismá'íl vino en su burro a Zargán y se llevó las tablas y otros artículos a Shíráz. Nosotros mismos le seguimos a su debido tiempo y después de ser registrados en el control fuimos directamente a su casa en Shíráz.

Nuestro anfitrión pasaba mucho de su tiempo en compañía de Mushíru'l-Mulk. Éste último se había retirado recientemente de su puesto en el gobierno y su sobrino le había sucedido en este alto cargo. Desde que se retiró, Mushíru'l-Mulk acostumbraba pasar la mayoría de su tiempo en su tierra natal. Fue allí

^a. Una alta autoridad civil

que, a través de su jardinero. . . un bahá'í, fue atraído hacia la Fe.

Poco después de su conversión, Mushíru'l-Mulk diputizó a su amigo Hájí Siyyid Ismá'íl para que alcance la presencia de Bahá'u'lláh y le obsequió en su nombre la suma de mil tumanes y un finísimo estuche de plumas. Bahá'u'lláh bondadosamente aceptó el estuche de plumas pero rehusó aceptar el dinero el cual dio al portador. Él reveló una tabla para Mushíru'l-Mulk que fue traída por Shaykh Salmán a Shíráz y se la entregó a través de su amigo Hájí Siyyid Ismá'íl.

Al oír que Shaykh Salmán se encontraba en Shíráz, Mushíru'l-Mulk expresó confidencialmente su deseo de reunirse con él y solicitó a su amigo que traiga a Shaykh Salmán a su casa para el día siguiente. Él no aceptó la invitación, dando la excusa que no tenía tiempo, pues estaba apurado por dejar Shíráz. Mushíru'l-Mulk estaba sin embargo, muy ansioso y respondió el mensaje diciendo: 'Ya que Shaykh Salmán está apurado por irse, iré yo en cambio a su lugar de residencia por la mañana'.

Cuando le alcanzaron esta noticia, Shaykh Salmán se volvió hacia mí y me dijo: 'Juntemos nuestras pertenencias y dejemos este lugar'. Abandonamos el hogar de Hájí Siyyid Ismá'íl y nos mudamos a una posada de viajeros de la ciudad.

Hájí Siyyid Ismá'íl no podía entender el por qué Shaykh Salmán no quería reunirse con Mushíru'l-Mulk y le rogó que cambie de opinión. Pero él no aceptó diciendo: 'Si Mushíru'l-Mulk se encuentra conmigo perderá su fe y abandonará la Causa'. Cuando se le presionó para que dé sus razones, Shaykh Salmán respondió: 'Mushíru'l-Mulk ha escuchado muchas tradiciones e historias sobre Salmán, el discípulo de Mahoma. Por ejemplo, ha escuchado la fantástica historia de que el fuego no tenía efecto en los pies de Salmán, y que acostumbraba colocar sus propios pies dentro del fuego, en vez de madera, para así cocinar con ellos y las ollas. Sin duda, Mushíru'l-Mulk espera ver cosas parecidas de mí o piensa que tengo un rostro radiante y tan bello como el de un ángel. Cuando vea mi horrible rostro y tosca apariencia, dejará la Fe'.

Posteriormente esta historia fue contada a Bahá'u'lláh Quien confirmó que Shaykh Salmán había estado en lo cierto y que Mushíru'l-Mulk habría dejado la Fe si aquella reunión hubiera tenido lugar''⁷

"Shaykh Salmán", comenta el señor Adíb Taherzadeh, hijo del autor de las líneas de arriba, "a través de su larga asociación con los amigos y su profundo entendimiento del espíritu de la Fe, había adquirido una extraordinaria percepción hacia los Escritos de Bahá'u'lláh. Por ejemplo, se asegura que el mismo Hájí Muḥammad Táhir ha dicho que en sus viajes los cuáles hacían juntos, Shaykh Salmán estaba llevando muchas Tablas para distribuirlas entre los creyentes en Persia. Pero ninguna de esas Tablas llevaba el nombre o dirección del destinatario. Esto se debía quizás para la protección de los amigos. Cuando en el curso de este viaje, Shaykh Salmán llegaba a un lugar seguro, sacaba estas Tablas y,

siendo él mismo un iletrado, pediría a Hájí Muḥammad Táhír que las lea para él. Del contenido y tono de las palabras de Bahá'u'lláh, Shaykh Salmán sabía a quiénes las Tablas estaban dirigidas. Él pediría entonces a Hájí Muḥammad Táhír que ponga en ellas los nombres.’⁸

* * *

3. "El Hacedor de Babís"

Como acabamos de ver, Shaykh Salmán, pese a su poco conocimiento, era poseedor de un sagaz juicio y una fina percepción espiritual. Tenía también una gran sed de conocimiento y comprendía fácilmente cuestiones de peso y profundidad.

Pedía a algunos creyentes señalados como de conocimiento vasto, que le expliquen alguna materia que no podía entender. A veces tropezaba con algún presumido, y sin mediar cortesía lo trataría con poca consideración. A veces esto causaba algún problema en la comunidad de los bahá'ís.

Mírzá Haydar 'Alí, llamado el "Ángel del Carmelo" y un iluminado maestro viajero bahá'í de aquel entonces, escribió de su experiencia al conocer a nuestro personaje.

"Eh Shíráz me encontré con Salmán, el Mensajero del Misericordioso. Visitar a esta gran alma es un gozo sin palabras para cualquiera de los creyentes. Aunque era iletrado y su forma de vida era extremadamente simple, él era la esencia de la inteligencia y conocimiento. Cuando quiera que los amigos se enredaban en alguna pregunta difícil, él era capaz de responderla y explicar el asunto bajo discusión en pocas palabras. Nunca vimos en él la más leve huella de ego, lo cual arrastra tan insidiosamente los corazones de los hombres. Salmán no adulaba a nadie, ni hacía compromisos en materia relacionadas con la Causa de Dios. Los creyentes que eran de carácter puro lo amaban y buscaban su presencia, pero habían unos cuantos que no lo querían.

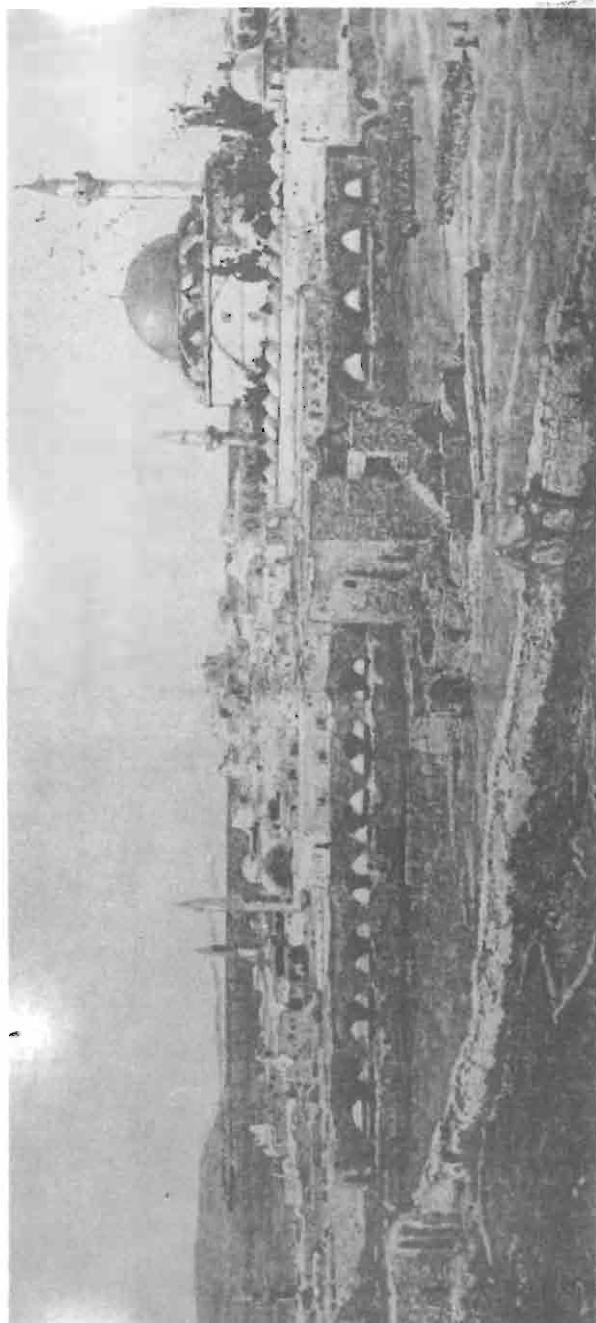
Durante una de sus muchas visitas a la Tierra Santa, la Antigua Belleza^a se dirigió a Salmán y dijo: 'Respetar a aquellas personas importantes en las reuniones y no les des poca importancia'; a esto él inmediatamente respondió: 'Nadie excepto la Antigua Belleza y el Maestro son grandes para mí. Ellos pueden ser importantes pero ellos no son los grandes'. Su recompensa por esta intrépida respuesta fue una dulce sonrisa de Bahá'u'lláh".⁹

En una oportunidad pidió a Mirzá Yahyá, el medio hermano de Bahá'u'lláh, que le explicara el significado de una composición de un poeta persa. La contestación que recibió no agradó a Salmán y comenzó a divulgar el incidente haciendo notar la incapacidad del orgulloso Mirzá Yahyá. El mismo Bahá'u'lláh debió de intervenir, como muchas veces lo hizo, para que los creyentes no descubran el grado de Su propio hermano.

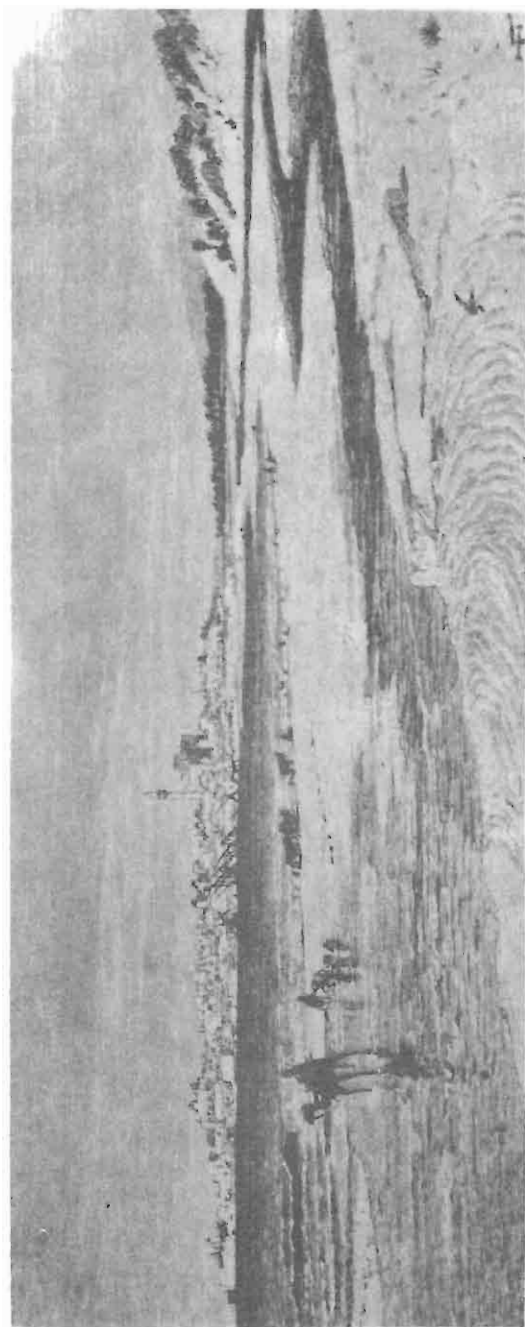
La Bendita Belleza reveló para Salmán diversas Tablas, varias de ellas sobre explicaciones de alto contenido místico.

Cierta vez Salmán pidió le expliqué el significado de la 'Unidad de Dios', un tema que entre los teólogos mismos suscitaba acaloramiento y largas discu-

^a. Bahá'u'lláh.



La Ciudad-Prisión de 'Akká en el siglo pasado



‘Akkâ, alrededor de 1880

siones. Bahá'u'lláh en contestación a su solicitud, reveló la Tabla de Madínatu'l-Tawhíd (La Ciudad de la Unidad de Dios), en el riquísimo y expresivo idioma árabe.

Ella contiene profundas y claras explicaciones sobre este penetrante tema, y, fue revelada en los días de Baghdád.

Años más tarde, Bahá'u'lláh revelaría en su honor el Lawh-i-Salmán I y II (Tablas a Salmán).

En uno de los pasajes de Madínatu't-Tawhíd, la Bendita Belleza dice: "Cuidaos, oh creyentes en la Unidad de Dios, de ser tentados en hacer distinción alguna entre las Manifestaciones de Su Causa, o de menospreciar los signos que han acompañado y proclamado Su Revelación. Esto es, de cierto el verdadero significado de la Unidad Divina, si sois de los que comprenden esta verdad y creen en ella. Además estad seguros de que las obras y hechos de cada una de estas Manifestaciones de Dios, más aún, todo lo que a ellas atañe y todo lo que manifiesten en lo futuro, está ordenado por Dios y es un reflejo de su Voluntad y Propósito. Quienquiera haga la más leve diferencia entre sus personas, sus palabras, sus mensajes, sus hechos y costumbres en verdad ha dejado de creer en Dios, ha repudiado Sus signos y traicionado la Causa de Sus mensajeros".¹⁰

El importante rol que Shaykh Salmán cumplió dentro de los anales de la Fe, además de mensajero de Bahá'u'lláh se extendió a otros papeles como el de alegrar los corazones de los amigos persas trayéndoles noticias recientes de su Bienamado. Cada año haría estos viajes.

Como un maestro de la Fe, no se quedaba atrás. Debido a las noticias de los frecuentes conversos que hacía y que dirigían sus súplicas a Bahá'u'lláh, Él lo llamó el "Hacedor de Babís". Bahá'u'lláh lo amó bastante. Los bahá'ís también lo querían mucho especialmente por su sencillez e integridad.

En realidad, es admirable todo lo que hizo este hombre analfabeto y carente de cultura humana.

"Con cuanta frecuencia", ha escrito el Guardián de la Causa, "—y la primera historia de la Fe ofrece en su país natal muchos testimonios sorprendentes— los más humildes adherentes de la Fe, sin enseñanza y completamente carentes de experiencia y sin reputación alguna y en algunos casos desprovistos de inteligencia, han sido capaces de ganar victorias para su Causa, ante las cuales han palidecido las más brillantes hazañas de los eruditos, los sabios y los experimentados".¹¹

Cuando se produjo la ascensión de Bahá'u'lláh en 1892, Salmán ya avanzado en años quedó muy triste. Pero a diferencia de los necios, de los arrogantes, quedó firme en la obediencia a 'Abdu'l-Bahá, el designado Centro del Convenio de Bahá'u'lláh.

Continuó sirviendo a su Maestro con el mismo corazón sencillo de siem-

pre, yendo y viniendo a la Tierra Santa, hasta cuando falleció en Shíráz.

“Desde la aurora de la historia hasta el presente día” **son las palabras de ‘Abdu’l-Bahá**, “no ha habido un mensajero tan merecedor de confianza, no ha habido nunca un correo que se pueda comparar con Salmán. . . Sobre él sea la gloria que Dios, el Todo Glorioso; hacía él sean saluciones y alabanzas”.¹²

* * *

4. La Pluma de la Bendita Belleza se dirige a Salmán

“¡Oh Salmán! La puerta del Conocimiento del Antiguo Ser, siempre ha estado y siempre estará cerrada a la faz de los hombres. El entendimiento de hombre alguno, jamás tendrá acceso a su sagrada corte. Sin embargo, como una muestra de su misericordia y como una prueba de su amorosa bondad, Él ha manifestado a los hombres los Soles de su divina guía, los Símbolos de su divina unidad y ha ordenado que tener conocimiento de estos seres santificados sea idéntico a tener conocimiento de su propio Ser. Quienquiera les reconozca ha reconocido a Dios. Quienquiera escuche su llamado ha escuchado la Voz de Dios, quienquiera atestigüe la verdad de su Revelación ha atestiguado la verdad de Dios, y quienquiera no haya creído en ellos no ha creído en Dios. Cada uno de ellos es el Camino de Dios, que conecta este mundo con los reinos de lo alto y el Estandarte de su Verdad para todos en los reinos de la tierra y del cielo. Ellos son las Manifestaciones de Dios entre los hombres, las pruebas de su Verdad y los signos de su gloria”¹³.

“¡Oh Salmán! Todo lo que hayan dicho los sabios o místicos nunca ha excedido las limitaciones a que ha estado estrictamente sujeta la mente finita del hombre, ni podrán jamás esperar excederlas. A cualquier altura que se remonte la mente de los más exaltados de los hombres, por muy grandes que sean las profundidades en que penetre el corazón comprensivo y desprendido, tal mente y corazón no podrán nunca trascender aquello que es lo creado por sus propios conceptos y el producto de sus propios pensamientos. Las meditaciones del pensador más profundo, las devociones del más santo de los santos, las más elevadas expresiones de alabanza de lengua o pluma humanas, no son sino un reflejo de aquello que ha sido creado dentro de ellos mismos, mediante la revelación del Señor, su Dios. Quienquiera pondere esta verdad en su corazón fácilmente admitirá que hay ciertos límites que ningún hombre puede transgredir. Todo intento que, desde el principio que no tiene principio, se haya hecho para representarse a Dios y conocerle, está limitado por las exigencias de su propia creación, creación que Él ha hecho existir por la acción de su propia Voluntad y no para los propósitos de nadie sino para los de su propio Ser. Inmensamente exaltado es Él sobre los afanes de la mente humana para concebir su Esencia, o los de la lengua humana para descubrir su misterio. Ningún lazo de relación directa podrá jamás unirle a las cosas que Él ha creado, ni pueden las más abstrusas ni las más remotas alusiones de sus criaturas hacer justicia a su ser. Por su voluntad que penetra el mundo, Él ha hecho existir a todas las cosas creadas. Él está velado en la antigua eternidad de su propia Esencia exaltada e indivisible, siempre lo ha estado, y continuará eternamente encubierto en su inaccesible majestad y gloria. Todo lo que hay en el cielo y todo lo que hay en la tierra ha venido a existir por su mandato, y por su Voluntad han salido de la nada

absoluta al reino de la existencia. ¿Cómo puede, entonces, la criatura que la Palabra de Dios ha modelado comprender la naturaleza de Aquél quien es el Antiguo de los Días?"¹⁴

"Advierte, oh Salmán, a los amados del Dios único y verdadero que no juzguen con ojo crítico los dichos y escritos de los hombres. Que más bien consideren tales dichos y escritos con espíritu de imparcialidad y amorosa simpatía. Sin embargo, aquellos hombres que, en este Día, han sido llevados a atacar en sus escritos enardecidos, las normas de la Causa de Dios, deben ser tratados en forma diferente. Incumbe a todos los hombres, cada cual de acuerdo con su habilidad, refutar los argumentos de aquellos que han atacado la Fe de Dios. Así ha sido decretado por Aquél quien es el Omnipotente, el Todopoderoso. Aquél que desee promover la Causa del Dios único y verdadero, que la promueva mediante su pluma y lengua, y no recurriendo a la espada ni la violencia. En una ocasión previa revelamos este mandato, y ahora lo confirmamos, si sois de aquellos que comprenden. Por la rectitud de Aquél quien, en este Día, exclama dentro del corazón íntimo de todas las cosas creadas: "¡Dios, no hay otro Dios fuera de mí!" Si algún hombre se levantara para defender, en sus escritos, la Causa de Dios contra sus acometedores, tal hombre, por muy insignificante que fuere su aporte, será tan honrado en el mundo venidero que el Concurso en lo alto envidiaría su gloria. Ninguna pluma puede retratar la sublimidad de su posición, ni puede lengua alguna descubrir su esplendor. Porque a quien quiera que se mantenga firme y constante en esta santa, esta gloriosa y exaltada Revelación, le será dado el poder, que lo habilitará para arrostrar y resistir todo lo que hay en el cielo y en la tierra. De esto Dios mismo es testigo.

¡Oh vosotros, amados de Dios! No reposéis en vuestros lechos, no, más bien, conmovéos tan pronto como reconozcáis a vuestro Señor, el Creador, y oíd de las cosas que le han sucedido, y apresuráos para ayudarle. Desatad vuestras lenguas y proclamad sin cesar su Causa. Esto será para vosotros mejor que todos los tesoros del pasado y del futuro, si sois de aquellos que comprenden esta verdad"¹⁵

—Bahá'u'lláh—



YÁR-MUHAMMAD-I-ZARANDÍ
INTITULADO
NABÍL-I-A‘ZAM –EL MAS GRANDE SABIO–
“EL LAUREADO POETA, CRONISTA E INFATIGABLE
DISCIPULO DE BAHÁ’U’LLÁH”

“Por Dios, aunque el cansancio Me debilitara, y el hambre Me destruyera, aunque Mis compañeros fueran las bestias del desierto, Yo no retrocederé sino que seré paciente, como son pacientes los resueltos y determinados, en el poder de Dios, el Rey de la Preexistencia, el Creador de las naciones; y bajo todas circunstancias, Yo daré gracias a Dios”.¹

Bahá’u’lláh

Breves Palabras preliminares

Bien puede llamarse a Nabíl-i-A'zam el Padre de los historiadores bahá'ís y el mejor cronista de la Fe Babí y Bahá'í, a las cuales tuvo el privilegio de servir devotamente desde casi sus inicios.

Siendo testigo y actor de los principales acontecimientos de la Causa de Dios, tuvo la genial idea de ponerlos después sobre el papel en su inmortal Narración.

La primera de las dos partes en que está separada su crónica, vio la luz en una edición inglesa ilustrada ampliamente con fotografías en el año de 1932. Esta es más conocida como "Los Rompedores del Alba" y contiene los detalles de las enseñanzas y actividades de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim, la Declaración de la Misión del Báb, la conversión de Bahá'u'lláh y sus primeras acciones, las trágicas escenas de los sitios de Mázindarán, Nayríz y Zanján, así como también relata extensamente la vida del Báb hasta Su ejecución pública. Este volumen de veintiséis capítulos termina narrando el encarcelamiento de Bahá'u'lláh en Teherán y se explyea finalmente en los detalles de Su primer destierro a 'Irág.

El segundo volumen aún inédito, es una vívida crónica de la vida de la Bendita Belleza. Algunos pasajes de esta porción de la historia de la Fe han sido traducidos por el amado Guardián Shoghi Effendi y pueden ser leídos en el libro "Dios Pasa". En el transcurso de este trabajo sobre la vida del Más Grande Sabio, han sido incluidos algunos fragmentos, así como también de otros autores que serán oportunamente citados.

"Rompedores del Alba" ha sido, además, publicado en varios idiomas y los bahá'ís del mundo están muy familiarizados con su contenido.

La vida de Nabíl corre simultáneamente con el desarrollo de su Narración, como vamos a ver. Empezó a escribir su obra monumental alrededor de los años 1887 y 1888 estando en la Tierra Santa, y empleó un año y medio en completarla. Los primeros pasajes fueron revisados por Bahá'u'lláh. Mismo por intermedio de Su amanuense Mírzá Áqá Ján. Otros fueron vistos y contaron con la aprobación de 'Abdu'l-Bahá.

Contó con la ayuda personal de Áqáy-i-Kalím, hermano de Bahá'u'lláh. "¡Cuán abundantemente!", describe cierta vez que sometió parte de su trabajo a Bahá'u'lláh, "han sido recompensados mis esfuerzos por El que es el único cuyos favores busco y para cuya satisfacción me he empeñado en esa tarea!. Me confirió la bondad de llamarme a Su presencia y me dio Su bendición. Estaba en mi casa en la ciudad prisión de 'Akká, y vivía cerca de la morada de Áqáy-i-Kalím, cuando me llegó la llamada de mi Bienamado. Aquel día, el 11 de diciembre de 1888, no se me olvidará jamás".²

Empezaremos con sus logros como historiador, seguiremos con sus frutos como poeta y luego con sus servicios e iniciación en la Causa.

1. Su Cronista.

La Narración de Nabíl ha adquirido un valor histórico de gran envergadura, especialmente para quienes desean profundizarse en la historia de los días tempranos de la Fe.

Los relatos que él narró fueron en muchos casos observados por el propio Nabíl, o, fueron obtenidos de fuentes fidedignas, las cuales él cita cuidadosamente, con el propósito de no perder la fidelidad y autenticidad del evento. Se da el caso que Nabíl preparaba secciones sobre la base de informes o relatos escritos que eran enviados desde Persia para Bahá'u'lláh y también entrevistando a los creyentes veteranos de la Fe con quienes se asociaba mientras vivía en la Tierra Santa.

En el prefacio a su obra, hace la siguiente aseveración:

“En algunos casos me preocuparé de dar algunos detalles, en otros me contentaré con un breve resumen de los acontecimientos. Dejaré constancia escrita de aquellos episodios que yo mismo he atestiguado, así como también aquellos que han sido relatados por informantes reconocidos y dignos de confianza, especificando sus nombres y posición. Aquellos para con quienes tengo la principal deuda son los siguientes: Mírzá Aḥmad-i-Qazvíní, el amanuense del Báb; Siyyid Ismá'íl-i-Dhabíh; Shaykh Hasan-i-Zunúzí; Shaykh Abú-Túráb-i-Qazvíní; y, en último lugar, pero no inferior, Mírzá Músá, Áqáy-i-Kalím, hermano de Bahá'u'lláh”³.

Este es el gran mérito de su producción histórica, que así se eleva sobre otros relatos de la época, muchas veces deformados por la tradición oral o de oscura procedencia.

Nabíl muestra uno de los atributos del historiador, la imparcialidad; y como escritor se distingue por su claridad, precisión y gusto. Con humildad reconoce los lugares en los cuales no ha podido adentrarse más por falta de adecuada información y hace en una oportunidad la siguiente declaración:

“Cualquier hecho que mi pluma no ha dejado consignado, tengo la esperanza que será reunido y preservado para la posteridad por generaciones venideras. Son muchos los vacíos en mi narración, es justo confesarlo, por ello pido disculpas a mis lectores. Es mi esperanza sincera que estos vacíos sean llenados por los que se levantarán después de mí y recopilarán un relato completo y digno de estos acontecimientos conmovedores, cuyo significado sólo podemos percibir vagamente ahora”⁴.

Es pues gracias a él, que no se han perdido aquellos acontecimientos de valor espiritual e histórico incalculable.

Igualmente, al revisar cuidadosamente las páginas de su libro, es fácil comprender cómo percibe en su magnitud correcta la importancia del evento que describe. Se da cuenta muy bien de la relación entre cada suceso y los siguientes,

aun cuando la cantidad de temas que se trata parece, a veces, mostrar desconectado el desenvolvimiento secuencial.

Su escritura es ágil y resalta por el vívido cuadro con que pinta los episodios; su acertado uso de metáforas y el espíritu que impregna su pluma, da al lector una atmósfera de cálida sugestión. Difícilmente podría uno lanzarse a construir con otras palabras y giros algún pasaje que él compuso.

Por ejemplo, cuando estaba escribiendo sobre la respuesta efectiva de Bahá'u'lláh en el año de 1844 al Mensaje del Báb, Nabíl captó de esta manera la impresión sentida por el Báb: "Tal convicción fortaleció Su espíritu y lo llenó de esperanzas. Desde ese instante lo abandonaron completamente Sus temores de riesgo y peligros inminentes. Como un fénix, dio la bienvenida al fuego de la adversidad y se deleitaba ante el brillo y ardor de su llama"⁵. Pasajes como estos son descubiertos en el transcurso de la Narración.

Nabíl provenía de un origen bastante sencillo. Nació el 21 de julio de 1831 en la aldea de Zarand. Él mismo se toma un tiempo para escribir de su infancia y familia: "Mi padre pertenecía a la tribu de Táhírí, que llevaba vida nómada en la provincia de Khurásán. Su nombre era Ghulám-'Alí, hijo de Husayn-i-'Arab. Se casó con la hija de Kabl-'Alí y de ella tuvo tres hijos y tres hijas. Yo fui el segundo hijo y se me dio el nombre de Yár-Muḥammad. . . Yo era pastor de profesión y en mi niñez se me dio una educación muy rudimentaria. Ansiaba dedicar mi tiempo a mis estudios, pero me fue imposible debido a las exigencias de mi situación. Leí el Corán con avidez, memoricé numerosos fragmentos y los entonaba mientras seguía a mi rebaño en los campos. Amaba la soledad y en la noche observaba las estrellas con deleite y asombro. . . Con frecuencia mi padre me llevaba consigo a Qum donde me familiaricé con las enseñanzas del Islám y los métodos y costumbres de sus dirigentes. Él era devoto seguidor de la Fe y estaba estrechamente relacionado con los dirigentes eclesiásticos que se reunían en aquellas ciudad. . . Gradualmente comencé a percibir su insinceridad [de los sacerdotes] y a aborrecer la degradación de su carácter. Ansioso como estaba de comprobar la veracidad de los credos y dogmas que me trataban de imponer, no encontraba ni el tiempo ni las facilidades con que satisfacer mi deseo. . ."⁶.

Sólo por este amor, devoción genuina y constante en el dedicado servicio que rindió a Bahá'u'lláh, y en consecuencia, haber sido por Su gracia habilitado a alcanzar tales alturas de entrega personal, ha sido él considerado como un Apóstol de Bahá'u'lláh.

En la actualidad, su obra es obligadamente una fuente de referencia para cualquier historiador y estudioso de la Fe.

Con justicia, es el Nabíl-i-A'zam, el Más Grande Sabio, historiador arquetipo de los historiadores de la Fe.

2. Su Laureado Poeta

Un famoso escritor inglés lo llamó "El Laureado Poeta de Bahá'u'lláh"⁷.

Muchos fueron los peregrinos a la Tierra Santa que en tiempos de la Manifestación de Dios lo recordaron como uno que alegraba sus días y les dedicaba hermosos e inspiradores poemas místicos que él mismo se encargaba de componer.

Nabíl poseía este especial don y llegó a tener una vasta producción literaria. Una porción grande de su tiempo libre, acostumbraba pasarlo escribiendo poemas y odas dedicados a su Señor, Bahá'u'lláh.

Gustaba de hacerlos en forma artística, en forma pentagonal o hexagonal, y así los compartía con el resto de los creyentes quienes reconocían la belleza y la profundidad del misticismo de estos trabajos. Reunía a los creyentes en grupos y entonaba entonces sus versos.

'Abdu'l-Bahá, a Quien Nabíl amaba mucho, dijo de él que era un "talentoso poeta, y su lengua muy elocuente; un hombre de ardor, y encendido con apasionado amor"⁸. "Su genio nativo era pura inspiración..."⁹.

'Abdu'l-Bahá se ha referido particularmente a su oda "Bahá, Bahá", la cual Él asegura fue escrita en estado de éxtasis. Unas líneas de esta oda nos hemos permitido traducirlas y compartirlas con nuestros lectores. Sin duda, en el futuro los creyentes se levantarán a compilar la fructífera labor literaria de Nabíl.

"Aunque la "Interminable Noche de Separación"
se parezca a Tu cabello negro-noche
Bahá, Bahá.

Aun así, al final nos encontraremos
y ha pasado la oscuridad al fulgor de Tu relámpago
Bahá, Bahá.

Para mi corazón desde Ti hubo una señal
que yo a todos los hombres debería hacer saber
Para que ellos como balón que a la meta vuela
se encaminen hacia Ti,
Bahá, Bahá.

A este llamado mío, desde los cuatro puntos cardinales
que los corazones y las almas de los hombres
se apresuren a Tu morada;
¿Qué, en verdad, podría atraerlos más
que aquella bella región?
Bahá, Bahá.

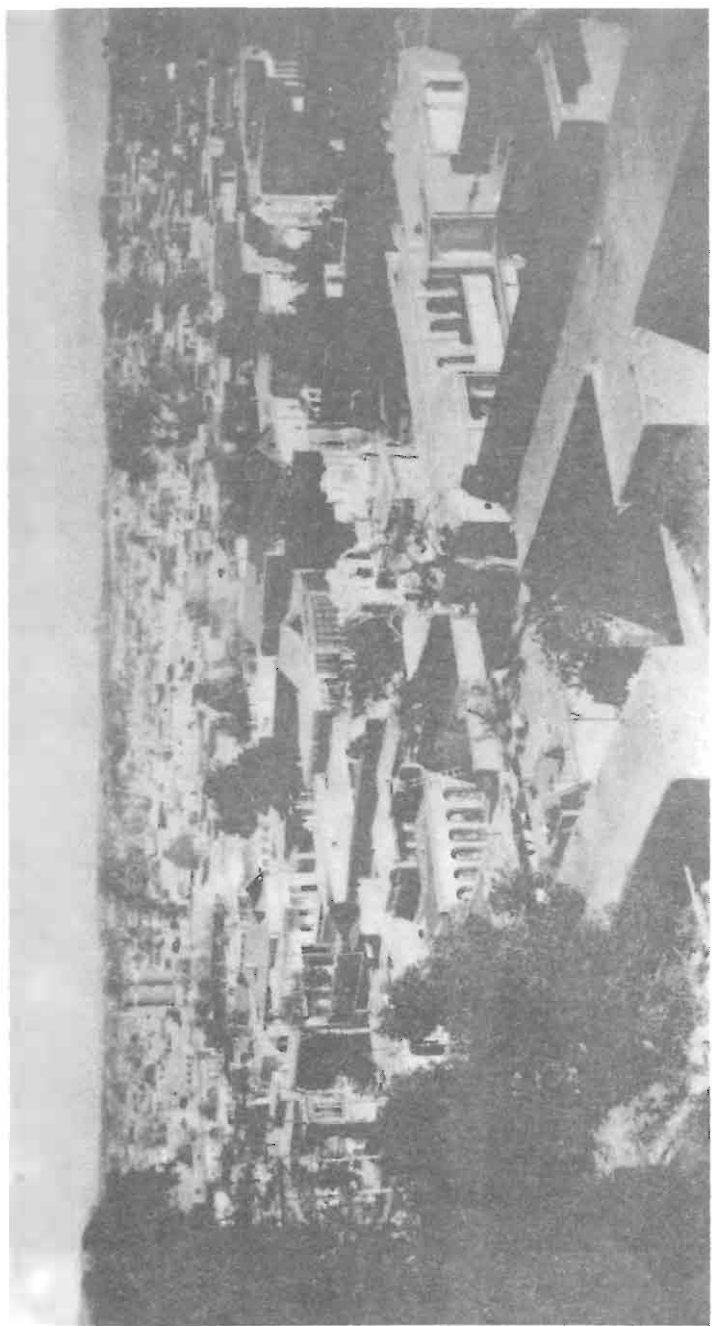
El mundo ha logrado el valor del cielo,
y un paraíso la faz de la tierra es,
desde que al final sobre ella una brisa ha soplado
de Tu naturaleza tan excelsa,
Bahá, Bahá.

Bondadoso eres Tú, como lo saben los hombres todos;
de una mirada Tú regalarías dos mundos,
incluso a las manos suplicantes de Tu más
horrendo enemigo,
Si él hiciera su oración,
Bahá, Bahá¹⁰

* * *



Nabil-i-A'zám



Teherán

3. Su Infatigable Discípulo

El Contacto Inicial. Como Nabíl anotara, él aceptó la Fe de Báb siendo un joven. Tenía entonces 18 años, cuando en 1847 escuchó accidentalmente de las enseñanzas mientras se encontraba en una aldea.

“¿Has oído”, dijo uno de los dos hombres que se hallaban conversando, “que el Siyyid-i-Báb ha sido llevado a la aldea de Kinar-Gird y está en camino de Teherán?”.

El relato con que continuó la conversación de estas personas, fascinó al joven Nabíl. Al instante se sintió conmovido y con muchos deseos de saber más de la nueva Revelación. Estas ansias hallaron tranquilidad cuando cierto Siyyid Husayn Zavarí'í pasó por Zarand —su aldea natal— y le informó más ampliamente del significado y naturaleza de la Declaración del Báb.

Este viajero, adepto de la Fe, lo dirigió a un primo suyo de nombre Siyyid Ismá'íl que había llegado a alcanzar la presencia de Báb y, que invariablemente tenía por costumbre ir cada primavera a la ciudad de Qum, donde lo podría encontrar y adentrarse más en el significado de esta nueva Fe.

En aquella oportunidad le mostró una obra de Báb. La lectura de este documento causó gran impresión a su corazón y lo animó a concretar el viaje.

Logró convencer a su padre para que le permitiera ir bajo el pretexto de perfeccionar su conocimiento del idioma árabe. Como sabemos, en Irán se habla el idioma persa y el árabe es considerado una lengua culta.

Nabíl relata que a los pocos días de arribar a Qum, llegaron su madre y hermana, quienes se sumaron a él en su profesión de fe. Se encontró con Siyyid Ismá'íl quien llega a ilustrarlo más ampliamente de las verdades de la Causa y recibió así una visión global de su grandeza.

Cuando inflamado por su deseo de prestar algún servicio notable, el joven Nabíl le pregunta a su maestro de qué manera podría hacerlo, recibe en respuesta la información del episodio de Tabarsí que en esos momentos estaba produciéndose bajo la dirección de Quddús. Inmediatamente Nabíl se ofrece para brindar su ayuda, pero Siyyid Ismá'íl recomienda a él y a otro muchacho también entusiasmado, que esperen un mensaje que les iba a mandar desde Teherán.

La tan aguardada carta no llegó. Nabíl entonces decide emprender viaje y más tarde le sigue su amigo. Al llegar, encuentra a Siyyid Ismá'íl cuando se disponía echar la misiva en el correo. Pero la noticia de la masacre de los valientes defensores del Fortín de Tabarsí les llega, y los sume en consternación pues además estaban haciendo los preparativos para unirse a ese grupo de babís.

No pasan muchos días cuando se encuentra con su tío materno, quien le pide regresar a Zarand. De acuerdo al consejo de Siyyid Ismá'íl, Nabíl parte de regreso y en su pueblo logra conquistar a su hermana para la Fe.

Nuevamente logra de su padre el permiso para retornar a Teherán y en esa capital conoce por intermedio de Siyyid Ismá'íl a un iluminado creyente llamado

Mírzá Ahmad.

Mírzá Ahmad se ganaba la vida como escriba y en sus tiempos libres se dedicaba a transcribir las Escrituras haciendo copias del **Bayán**, un libro del **Báb**. La asociación con tal alma representó para el joven **Nabíl** una experiencia personal muy valiosa, tanto porque llegaría a profundizarse más en las enseñanzas, como también porque pasaría a su lado una importante porción de su vida y, por ende, una gran fuente de inspiración y aliento para sus futuros servicios a la Fe.

“Aún siento”, escribió mucho tiempo después, “después del trascurso de 38 años desde nuestra primera entrevista en Teherán, el calor de su amistad y el fervor de su fe”.

Mediante **Mírzá Ahmad**, **Nabíl** fue presentado a la comunidad de los creyentes. Aprendió bastante de su mentor. En ocasiones, se encargaba de llevar las copias a manera de obsequios a los amigos de Dios. Él recuerda las veces cuando iba donde la esposa de uno de los combatientes de **Ṭabarsí** y le entregaba esos especiales presentes.

Esos días de su permanencia en la capital se caracterizaron por sus frecuentes visitas al hogar de **Bahá'u'lláh**. Llegó a conocer a la Bendita Belleza y a compartir con los miembros de Su familia.

Él relata cierta experiencia con 'Abdu'l-Bahá, entonces de corta edad.

“En otra ocasión, cuando visité aquella misma casa, estaba a punto de entrar en la pieza ocupada por **Mírzá Yahyá^a** cuando **Aqáy-i-Kalím**, a quien conocía antes, se acercó y me rogó, ya que **Isfandíyár**, su sirviente, había ido al mercado y aún no regresaba, que llevara a **Aqá^b** al **Madrisiy-i-Mírzá Sáliḥ**. Accedí gustoso y, en el instante en que me iba, vi a la Más Grande Rama^c, niño de extraordinaria belleza usando un **kulah** y vestido con el **jubbiy-i-hizárí'í**, salir de la pieza que ocupaba Su Padre y descender las escaleras que llevaban al portón de la casa.

— ‘Caminaremos juntos’, dijo, tomándome de la mano y conduciéndome fuera de la casa.

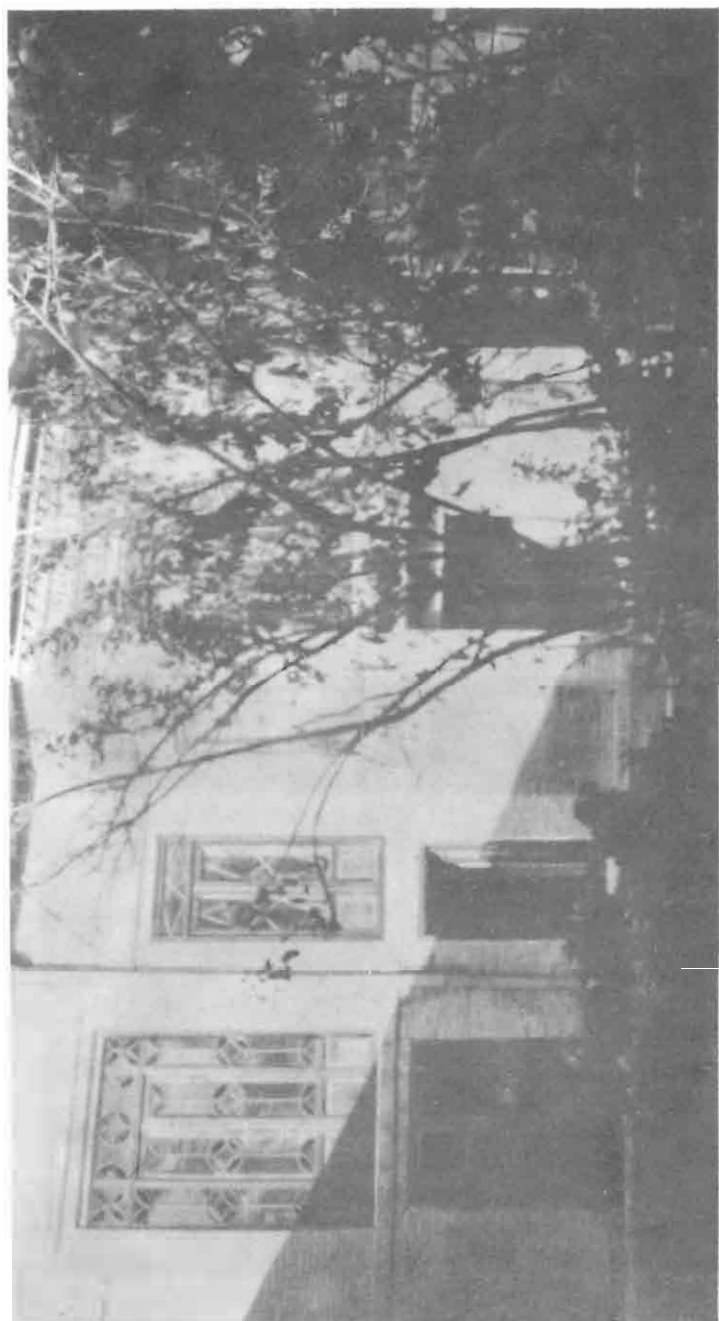
Conversamos mientras caminábamos de la mano en dirección a **madrisih** conocido en aquellos días como **Pá-Minár**. Al llegar a su sala de clases, se volvió hacia mí y me dijo:

— ‘Venga de nuevo esta tarde y lléveme de regreso a mi casa porque **Isfandíyár** no puede venir a buscarme. Mi Padre lo va a necesitar hoy día’.

Accedí gustoso y regresé inmediatamente a la casa de **Bahá'u'lláh**. Allí me encontré nuevamente con **Mírzá Yahyá** quien me entregó una carta y me pidió que la llevara al **Madrisiy-i-Sadr** para entregársela a **Bahá'u'lláh** a quien encontraría, se me dijo, en la habitación ocupada por **Mullá Báqir-i-Bastámí**.

^a. Hermanastro de **Bahá'u'lláh**

^b y ^c. Referencia a 'Abdu'l-Bahá



Casa de Bahá'ú'lláh en Teherán



Casa de Bahá'u'lláh en Teherán

Me pidió que regresara inmediatamente con la respuesta. Cumplí el recado y regresé al *madrisih*^a a tiempo para llevar a la Más Grande Rama¹¹.

Igualmente narra Nabíl como la esposa de Bahá'u'lláh le cura de una afeción al ojo con un ungüento preparado por ella y refiere también, como se da cuenta de la naturaleza baja de Mírzá Yahyá y de su incapacidad en asuntos de la Fe.

Asimismo, visita a Hájí Mírzá Siyyid 'Alí, el gran tío de Báb y luego mártir de la Causa, y entrevé los elevados rasgos de su carácter. Es también en esa época cuando conoce a Vahíd.

Hasta aproximadamente los primeros meses del año de 1850 transcurre en esta apacible atmósfera, la misma que es interrumpida al producirse una sangrienta tormenta producida por los enemigos de la Fe, y dirigida contra la comunidad babí de la ciudad. A primera fila de las hostilidades se hallaba el Alcalde de la ciudad.

El momento álgido de las persecuciones se da cuando un traicionero Siyyid^b entrega una lista de nombres y direcciones de los creyentes a las autoridades y así, se ordenan los arrestos.

Logran al final encarcelar a catorce de ellos, pero la mitad de aquellos se retractan de su Fe bajo las amenazas de la muerte. Los restantes siete han quedado registrados en las páginas gloriosas de la Causa de Dios como los Siete Mártires de Teherán.

Poco después la represión se encendió con mayor ferocidad por todo el país y el bendito Báb es ejecutado abiertamente en la plaza central de Tabríz el 9 de julio de 1850.

A esta altura del relato es cuando Nabíl fue visitado por su tío y su hermano quienes permanecen un día con él y luego se marchan nuevamente. Al regresar Nabíl al lugar donde se hospedaba, encuentra en su habitación un mensaje de Mírzá Aḥmad. En la nota le ponía al tanto de la peligrosidad del momento y se le urgía a reunirse con él en el *Madrisih Sháh*, en donde estaría a salvo.

Entretanto Bahá'u'lláh envió una carta a Mírzá Aḥmad dándole a conocer los propósitos siniestros del Primer Ministro del gobierno. En la comunicación, se le pide a Mírzá Aḥmad que deje la ciudad e instruya a su discípulo —el joven Nabíl— para que regrese a Zarand.

Por las noticias que habían llegado y llegaban de la capital, los parientes suyos hallábanse muy preocupados por la suerte que habría corrido. Su padre recibió la noticia incorrecta que había sido arrestado y estaba próximo el momento de su ejecución. Sus familiares van a la capital, encuentran a Nabíl y le piden que regrese con ellos. De esta manera se despide de Mírzá Aḥmad y llega

a. Colegio religioso.

b. Un Siyyid es un descendiente de Mahoma.

a su hogar en el momento cuando se festejaba la festividad nacional persa del Naw-Rúz (Año Nuevo).

La llegada del joven fue celebrada alegremente por toda su familia y se le rodeó de los mayores cuidados dentro del hogar. Pero la mente y corazón de Nabíl se hallaban en lontananza, preocupado del destino de sus compañeros, escribió:

“En medio de las festividades que mis parientes celebran en Zarand, mi corazón estaba vuelto hacia Teherán y mis pensamientos giraban en torno de la suerte que podían haber corrido mis condiscípulos en esa agitada ciudad. Ansiaba tener noticias que estaban a salvo. Aun cuando estaba en la casa de mis padres y me hallaba rodeado de los cuidados de mis parientes, me sentí obsesionado a pensar que estaba separado de la pequeña banda, cuyos peligros bien me los imaginaba y cuyas aflicciones ansiaba compartir. El terrible suspenso bajo el que vivía, mientras estaba en mi hogar, recibió alivio inesperado por la llegada de Sádiq-i-Tabrízí, quien vino de Teherán y fue recibido en la casa de mi padre. Aun cuando me libró de la incertidumbre que había pesado tanto sobre mí, con gran horror de mi parte, me contó una historia de crueldad tan horripilante que las angustias del suspenso palidecieron ante la horrible luz con que ese relato tenebroso alumbró mi corazón”¹². Era la historia de los Siete Mártires de Teherán.

* * *

En **‘Iráq, Kirmánsháh y Baghdád**. Nabíl abrigaba dentro de sí el deseo de reunirse nuevamente con Mírzá Ahmad. Este sentimiento lo llevó a dejar Zarand y decidir encontrarse con él. Nabíl fue a Qum pero no lo encontró. Sin embargo recibió la información que lo hallaría en la ciudad de Káshán. Partió a ese lugar, pero regresó desilusionado de no verle.

Otra vez en Qum, fue informado por cierto amigo asociado a su tutor, que hace poco había acompañado a Mírzá Ahmad a la localidad de Kirmánsháh. Por intermedio de contactos fue guiado a la próxima ciudad de Hamadán, donde se le dio una dirección, asegurándosele que la persona que lo recibiría lo conduciría a la presencia de Mírzá Ahmad.

Así fue como sucedió y Nabíl se reunió con él. “Pocos días después de mi llegada”, relató Nabíl una de sus experiencias durante esos días, “Mírzá Ahmad me informó que había tenido éxito, mientras estaba en Qum, en enseñar la Fe a Ídrím Mírzá, hermano de Khánlar Mírzá, a quien deseaba obsequiar una copia del ‘Dalá’il-j-Sab’ih” (Las Siete Pruebas) y expresó el deseo de que yo fuera el portador. Ídrím Mírzá era, en aquel tiempo, gobernador de Khurram-Ábád, en la provincia de Luristán y había acampado con su ejército en las montañas de Khavíh-Valíshar. Me sentí muy feliz de acceder a su petición y expresé que estaba listo a partir inmediatamente en ese viaje. Con un guía kurdo atravesamos los bosques y las montañas durante seis días y seis noches, hasta que llegamos al cuartel general del gobernador. Entregué el encargo en sus manos y regresé con un mensaje escrito de él para Mírzá Ahmad en que expresaba gratitud por el regalo, asegurándole su devoción a la Causa de su Autor.

A mi regreso, Mírzá Ahmad me dio la buena nueva de la llegada de Bahá’u’lláh a Kirmánsháh. Al ser conducido a Su presencia, como era el mes de Ramadán, lo encontramos leyendo el Corán, y recibimos la bendición de oírle los versículos de ese libro sagrado. . . Le presenté el mensaje escrito de Ídrím Mírzá a Mírzá Ahmad. ‘La fe que profese un miembro de la dinastía Qájár’, observó después de leer la carta, ‘no es digna de confianza. Sus declaraciones no son sinceras. Como espera que algún día los babís asesinen al soberano, anida en su corazón la esperanza que ellos lo aclamen su sucesor. El amor que profesa por el Báb tiene ese motivo’. Pocos meses más tarde supimos la verdad de Sus palabras. Ese mismo Ídrím Mírzá dio orden que cierto Siyyid Basír-Hindí, un ferviente adherente a la Fe, fuera condenado a muerte”¹³.

Bahá’u’lláh permaneció en la ciudad por cerca de un mes antes de partir para Karbilá. Entonces, llamó ante Su presencia a Nabíl y a Mírzá Ahmad y les expresó Su deseo de que regresaran a Teherán. Al primero, particularmente, le encargó llevar a Mírzá Yahyá a determinado lugar de la capital hasta que Él Mismo regresara.

“Mírzá Yahyá, a quien entregué el mensaje”, consignó la pluma de Nabíl, “rehusó salir de Teherán y, en vez, me dio instrucciones de ir a Qazvín. Me obli-

gó a cumplir con sus deseos y llevar conmigo ciertas cartas que me pidió entregara a ciertos amigos suyos en aquella ciudad. Cuando regresé a Teherán, me vi obligado, en vista de la insistencia de mis familiares, a ir a Zarand. Sin embargo, Mírzá Aḥmad me prometió que haría los arreglos necesarios para que regresara nuevamente a la capital, promesa que cumplió. Dos meses más tarde estaba vi- viendo nuevamente con él en un caravansera^a fuera de la puerta de Naw, donde pasé todo el invierno en su compañía. Pasaba sus días transcribiendo el Bayán Persa y el Dalá'il-Sab'ih, trabajo que llevé a cabo con admirable entusiasmo. Me encargó dos copias de esta última, pidiéndome que se las presentara de su parte, a Mustawfíyü'l-Mamálik-i-Ásh-tíyaní y a Mírzá Siyyid 'Alíy-i-Tafarshí. . . El primero se sintió tan afectado que se convirtió inmediatamente a la Fe. En cuanto a Mírzá Siyyid 'Alí, las ideas que expresó eran de carácter diametralmente opuestas.

En una reunión en que estuvo presente Áqáy-i-Kalím, comentó desfavorablemente las continuas actividades de los creyentes.

— 'Esta secta', declaró públicamente, 'vive aún. Sus emisarios trabajan con fervor, difundiendo las enseñanzas de su jefe. Uno de ellos, un joven, vino a visitarme el otro día y me presentó un tratado que considero sumamente peligroso. Cualquiera de la gente del pueblo que lea ese libro seguramente será engañado por su tono'.

Áqáy-i-Kalím comprendió inmediatamente por sus alusiones que se refería a que Mírzá Aḥmad le había enviado el libro y que yo había actuado como su mensajero. Ese mismo día, Áqáy-i-Kalím me pidió que lo fuera a visitar y me aconsejó que regresara a mi hogar a Zarand. Me pidió que indujera a Mírzá Aḥmad a partir inmediatamente a Qum ya que ambos, en su opinión, estábamos expuestos a gran peligro. Obrando de acuerdo a las instrucciones de Mírzá Aḥmad, logré inducir al Siyyid que devolviera el libro que le había sido ofrecido. Poco después me separé de Mírzá Aḥmad a quien no volví a ver jamás. . . "14.

Nabíl entonces, prosiguió viaje a Zarand.

* * *

^a. Posada para viajeros.

“Oh, por el júbilo de aquellos días...” Después de la muerte del Báb en 1850, la comunidad de Sus seguidores cayó sumida en una condición de letargo e inacción. Para entonces, muchas de sus principales figuras habían desaparecido y el buen nombre de la congregación fue mancillada por la irresponsabilidad y mala conducta de algunos de sus miembros.

Bahá'u'lláh había sido encarcelado en la más sucia y horrible prisión de la capital para luego ser desterrado a Baghdád en donde se encontraba viviendo. Se le había despojado de sus bienes terrenales y confiscado la totalidad de sus propiedades.

No obstante este estado de cosas, los babís permanecían atentos a las promesas que el Báb les había dejado sobre la aparición muy próxima de un Mensajero más grande que El Mismo, para Quien había venido a preparar el camino.

En una vasta porción de sus escritos, explicó que “Aquél a quien Dios hará manifiesto”, aparecería públicamente a los ojos de los hombres en el transcurso del año de 1863. Durante el tiempo que transcurrió desde Su martirio en 1850, varias fueron las personas que se atrevieron a pretender tal estación, como sabemos, destinada por la Providencia a Bahá'u'lláh.

Nabíl, al contemplar la baja condición en que había caído la comunidad babí, de una reputación que había sido ganada con la sangre de miles de mártires, tuvo ciertas pretensiones atribuyéndose la posición del Mensajero profetizado. Otros creyentes también se atrevieron a levantar tal presunción. Muchos de estos, como Nabíl, terminaron arrepintiéndose sinceramente ante los pies de Bahá'u'lláh en Baghdád.

Esta fuerte declinación de los babís hizo que Bahá'u'lláh dejase la ciudad y se retirase a una vida solitaria en las montañas de Sulaymáníyyih. En el Kitáb-i-Iqán, El describe de esta manera la suerte de esos días:

“En los primeros días de Nuestra Llegada a este país¹, al ver las enseñanzas de acontecimientos inminentes, decidimos retirarnos antes de que ocurrieran. Nos fuimos al desierto, y allí solo y apartado, llevamos durante dos años una vida de completa soledad. De nuestros ojos caían lágrimas de angustia y en Nuestro corazón sangrante se agitaba un océano de dolor. Muchas noches no tuvimos alimento para subsistir y muchos días Nuestro cuerpo no encontró descanso. ¡Por Aquél Quien tiene en sus manos Mi existencia! No obstante esta lluvia de aflicciones e incesantes calamidades, Nuestra alma estaba envuelta en gozosa alegría, y todo Nuestro ser mostraba indescriptible regocijo...”¹⁵.

Nabíl observaba con decepción la atmósfera reinante, especialmente cuando miraba tristemente que aquellos que se consideraban los mejores creyentes llevaban una vida indigna de tal posición.

El Guardián de la Fe escribió: “El mismo Nabíl, quien por ese tiempo viajaba por la provincia de Khurásán, el escenario de las primeras victorias tu-

^a. Baghdád 'Irak.

multuosas de una naciente Fe, resumió sus impresiones de la condición prevaliente. 'El fuego de la Causa de Dios', atestigua él en su narración, 'casi había sido extinguido en todas partes. No pude percibir señal alguna de calor en ningún lado'. En Qazvín, según el mismo testimonio, lo que quedaba de la comunidad se había dividido en cuatro facciones, amargamente contrapuestas entre sí y presas de las doctrinas y fantasías más absurdas..."¹⁶.

"A medida que declinaba el carácter de los adherentes declarados del Báb, y se multiplicaban las evidencias de la confusión cada vez más profunda que padecían los promotores de discordia, que se hallaban al acecho, y cuyo único propósito era aprovecharse del deterioro progresivo de la situación, en beneficio propio, se hicieron cada vez más audaces. La conducta de Mírzá Yahyá, quien aseguraba ser el sucesor del Báb, y que se enorgullecía de sus altisonantes títulos de Mir'atu'l-Azalíyyih (Espejo Sempiterno), de Şubh-i-Azal (Mañana de la Eternidad) y de Ismu'l-Azal (Nombre de la Eternidad), y en particular las maquinaciones de Siyyid Muḥammad, a quien él elevó al rango de primero entre los 'Testigos' del Bayán, estaban asumiendo ahora gravedad tal, que el prestigio de la Fe se estaba viendo comprometido directamente, y su futura seguridad estaba en serio peligro"¹⁷.

Nabíl buscaba desesperadamente un pilar firme e inmune de los males que habían aquejado a todos ellos. A pesar de haber notado la insinceridad de Mírzá Yahyá, el hermanastro de Bahá'u'lláh, quien ahora vivía oculto, se propuso conocerlo nuevamente.

La manera franca y conmovedora con la que Nabíl abordó la búsqueda de "Aquél a quien Dios hará manifiesto", nos permite apreciar su carácter resuelto, su voluntad inquebrantable y sobre todo su profunda devoción a la Fe del Báb.

Dejemos que la Mano de la Causa señor Hasan Balyuzí nos dé un esclarecedor recuento de lo que Nabíl debió atravesar antes de refugiarse bajo la sombra de la protección infalible de Bahá'u'lláh.

"Mullá Muḥammad-Zarandí, luego llamado Nabíl-i-A'zam, destinado a ser el más grande cronista e historiador de la Fe Babí-Bahá'í, y quien tuvo ciertas pretensiones, llegó a Baghdád, cuando Bahá'u'lláh estaba en Sulaymáníyyih. Por su propia cuenta, él aún creía que Mírzá Yahyá era un hombre importante y buscó una reunión con él. Mírzá Músá, Aqáy-i-Kalím^a, a quien Nabíl encontró en el puente, lo llevó a su hogar (a la Casa de 'Alí Madad) a reunirse con la Más Grande Rama ['Abdu'l-Bahá] entonces de escasamente 10 años de edad. Por Mírzá Músá se enteró que Mírzá Yahyá no se reunía con nadie, tanto así, que ni siquiera Mírzá Yahyá mostró su faz, sino que envió un mensaje a Nabíl, urgiéndole a dejar Baghdád y buscar la seguridad de Karbilá donde Siyyid

^a. Hermano de Bahá'u'lláh.



Las montañas de Sulaymáníyyih, a donde Bahá'í'lláh se retiró por dos años



La Casa de Bahá'u'lláh en Baghdád

Muhammad-i-Iṣfáhání^a había decidido vivir.

En Karbilá, Nabíl observó cuidadosamente el desenfrenado comportamiento de Siyyid Muhammad^b y sus pueriles presunciones y, eventualmente las anotó.

Él estaba infeliz. Se había atrevido a reclamar el liderazgo; no había encontrado en Mírzá Yaḥya un "pastor" de un golpeado y mutilado rebaño. Él escribe muy emocionantemente de su odisea espiritual —del retorno de Bahá'u'lláh de Sulaymáníyyih, de alcanzar Su presencia, encontrando en Él todo lo que deseaba, de hacer penitencia en Su puerta, de encontrar a Áqá Muhammad^c barriendo la calzada y llevarse la escoba para hacer lo mismo (el acto de un humilde penitente), de realizar una ablución ceremonial en el Tigris (símbolo de borrar todas las manchas del pasado), de despojarse él mismo de su vestido de futuro sacerdote. Con su renacimiento compuso un translúcido poema, el cual Bahá'u'lláh amorosa y graciosamente reconoció, asegurándole a Nabíl que el poema había puesto el sello y había redimido completamente el pasado. Ahora, por fin, Mullá Muhammad-i-Zarandí [Nabíl] estaba en paz consigo mismo y con el mundo. Cuando Bahá'u'lláh hubo escuchado que Mullá Muhammad, a quien eventualmente Él honró con la designación de Nabíl-i-A'zam^d, había estado barriendo la calzada exterior de su casa, Él dirigió un suave reproche a Su sirviente por haber permitido esto, y dijo. 'Esto me hace sentir avergonzado', lo cual, cuando Nabíl escuchó, trajo a su mente las famosas líneas del poeta Sa'dí (la reflexión de un verso en el Corán).

'Considerad la generosidad y bondad del Señor, el siervo ha pecado, pero avergonzado está El' "¹⁸

Como señal de su propia humillación, se cortó la barba. Nabíl permaneció por espacio de tres meses en Baghdád, luego de los cuales Bahá'u'lláh lo envió a enseñar la Fe a Persia, a Qazvín. El viaje fue costado por la Bendita Belleza aunque de primer momento no quiso aceptar el dinero que un creyente le alcanzó en la puerta de la ciudad. Al final, por la insistencia, terminó por aceptar agradecidamente, de la misma manera como había recibido devotamente los medios de subsistencia de manos de Bahá'u'lláh durante su permanencia en esta ciudad.

Las experiencias de ese viaje parecieron quedar indeleblemente grabadas en su mente: "A cada instante una nueva puerta se abría de par en par ante sí. Era como si tuviera alas para remontarse en el cielo del Amado, no sentía necesidad de compañía en el viaje y no tenía temor de los salteadores de caminos"¹⁹.

^{a, b}. Mencionado líneas arriba.

^c. Un bahá'í.

^d. Literalmente, El Más Grande Sabio.

A su regreso a Baghdád, fue instruido por Bahá'u'lláh para verificar la fidelidad de una copia de un escrito del Báb que Siyyid Ismá'il, a quien recordamos como uno de sus primeros maestros, estaba realizando. Nabíl asegura que el trabajo le ocupó dieciocho días. Siyyid Ismá'il murió poco después como un sacrificio en el sendero de la Causa y fue llamado por Bahá'u'lláh como el "Amado y Orgullo de los Mártires".

Las crónicas inéditas de Nabíl abarcan todos esos días. Él compartía junto con otros creyentes una casa muy cerca de un lugar visitado continuamente por la Bendita Belleza. Obrando de acuerdo a Su consejo, la totalidad de los amigos, entre ellos Nabíl, tomaron para sí la nacionalidad turca, de manera que podrían en adelante recibir la protección de las autoridades del gobierno turco.

La atmósfera que rodeaba las reuniones de los amigos babís, su gran amor por Bahá'u'lláh y la extraordinaria ascendencia que Él logró desplegar en sus corazones, hacen pensar en uno de los momentos más sugestivos de la vida de nuestro personaje.

Nabíl, envuelto también en aquellos festivos y jubilosos días, escribió:

"Tan embriagados, tan transportados se sentían todos por los dulces sabores de la Alborada de Divina Revelación que —pienso— que de cada espina brotaron montones de capullos, y cada semilla dio innumerables cosechas". "La habitación de la Más Grande Casa que se reservó especialmente para recibir a las visitas de Bahá'u'lláh, no obstante su estado ruinoso, y de haber sobrepasado hacía tiempo su utilidad, competía, por haber sido hollada por los benditos pasos del Bienamado, con el Más Exaltado Paraíso. De techo bajo, sin embargo parecía llegar hasta las estrellas, y aun cuando tenía sólo un sofá, hecho de ramas de palmera, sobre el que se acostumbraba a sentar Él quien era el Rey de los Nombres, atraía hacia sí, como un imán, los corazones de los príncipes"²⁰.

"Tan intoxicados se hallaban aquellos que habían bebido de la copa de la presencia de Bahá'u'lláh, que a su vista los palacios de los reyes parecían más efímeros que una tela de araña. . . Las celebraciones y festividades que fueron suyas eran tales como las que los reyes de la tierra jamás soñaron". "Yo mismo con otros dos vivimos en una pieza que carecía de muebles. Bahá'u'lláh entró cierto día y, mirando alrededor suyo, observó: 'Su vacuidad me agrada. En mi opinión es preferible a muchos palacios espaciosos por cuanto en ella los amados de Dios están ocupados con el recuerdo del Amigo Incomparable, con corazones que están completamente limpios de la herrumbre de este mundo. . .

"Muchas noches, no menos de diez personas subsistieron con nada más que un penique de dátiles. Nadie sabía a quien pertenecían realmente los zapatos, las capas o las túnicas que se hallaban en sus casas. Quienquiera iba al bazar podía asegurar que los zapatos que llevaba era los suyos, y cada cual que entraba en presencia de Bahá'u'lláh podía afirmar que la capa o túnica que llevaba le

pertenecía. Se habían olvidado de sus propios nombres, sus corazones estaban vacíos de todo lo que no fuese adoración por su Bienamado. . . ¡Oh, por el júbilo de aquellos días, y la felicidad y asombro de aquellas horas"²¹.

"Muchas veces", prosigue Nabíl, "Mírzá Áqá Ján^a acostumbraba a reunirlos en su habitación, cerraba la puerta, encendía numerosos candiles alcanforados y entonaba en alta voz para ellos las recién reveladas odas y Tablas que tenía en su poder. Completamente olvidados de este mundo contingente, totalmente sumergidos en los reinos del espíritu, olvidados de la necesidad de comer, dormir y beber, de súbito descubrían que la noche se había convertido en día y que el sol se acercaba a su cénit"²².

Aquel regocijo espiritual tenía, sin embargo, su fin. pues se interrumpió cuando vino el decreto real del Sultán de Turquía llamando a Bahá'u'lláh, Su familia y un grupo de creyentes, a la ciudad capital de Constantinopla y sede del gobierno. Aunque con denominación de ser una invitación, no pasaba de ser un destierro obligado y promovido por Sus opositores.

Antes, sin embargo, Bahá'u'lláh se retiró con Sus discípulos durante doce días al jardín de Najíbíyyih, en las afueras de Baghdád. Este fue el escenario de la Declaración a Su familia y a un puñado de Babís como la Más Grande Manifestación predicha por el Báb y todos los Mensajeros del pasado.

El anuncio llenó de alegría los corazones de los creyentes durante aquel período y el espíritu de ellos llegó a su nivel más alto.

Tres de esos doce memorables días han sido registrados en especial. El primero, es cuando Bahá'u'lláh cruza la ribera del río y arriba al jardín con Su comitiva el día 21 de Abril de 1863 a las tres de la tarde aproximadamente. El segundo, es el noveno día cuando los miembros de Su familia ingresan al jardín, ahora llamado el Jardín de Ridván (El Jardín del Paraíso); y el tercero, que viene a ser el último cuando se produce la salida hacia Constantinopla.

Nabíl, presente durante el período de la Declaración de Bahá'u'lláh, evocó luego con su pluma aquellos días, en lo que viene a ser la descripción más auténtica de lo acontecido dentro del Jardín del Paraíso.

"Cada día", registró Nabíl para el recuerdo de la humanidad, "antes de la hora del amanecer, los jardineros acostumbraban recoger las rosas que bordeaban las cuatro avenidas del jardín, y las amontonaban en el centro del piso de Su bendita tienda. Era tan grande el montón que cuando sus compañeros se reunían para beber el té, por la mañana, en su presencia, no podían verse el uno al otro a través de él. Bahá'u'lláh entregaba, con sus propias manos, todas estas rosas a aquellos que despedía de su presencia cada mañana, para que se las entregasen, en su nombre, a sus amigos árabes y persas de la ciudad". "Cierta noche, la novena noche de la luna creciente, me tocó en suerte ser uno de los que vigilaban al lado de su bendita tienda. Al acercarse la hora de la medianoche, vi que

^a. El amanuense de Bahá'u'lláh.

Él salió de su tienda, pasó por los lugares donde algunos de sus compañeros dormían, y comenzó a caminar de aquí para allá por las avenidas del jardín, iluminadas por la luna y bordeadas de flores. Era tan fuerte el canto de los ruiseñores por todos lados, que sólo los que se hallaban cerca de Él podían oír su voz claramente. Siguió caminando hasta que, deteniéndose en medio de una de estas avenidas, observó: 'Considerad estos ruiseñores. Es tan grande su amor por estas rosas que, sin dormir, desde el ocaso hasta el amanecer, gorjean sus melodías y comulgan con ardiente pasión con el objeto de su adoración. ¿Cómo, entonces, pueden desear dormir aquellos que aseguran estar encendidos con la rosácea belleza del Bienamado?'. Por tres noches sucesivas vigilé y circulé su bendita tienda. Cada vez que pasé cerca del sofá donde reposaba, lo hallaba despierto, y todos los días, desde la mañana hasta el atardecer, lo veía continuamente ocupado en conversación con el torrente de visitas que seguía fluyendo desde Baghdád. Ni una sola vez pude descubrir en las palabras que Él dijo, huella alguna de disimulo"²³.

Bahá'u'lláh dejó el Jardín el 3 de mayo de 1863. Aunque el nombre de Nabíl no había sido incluido en la lista de los veinte creyentes que deberían acompañar a Bahá'u'lláh a Constantinopla, él se puso luego un vestido de derviche y se unió a la comitiva entusiastamente en el transcurso del viaje en el lugar denominado Ma'dán-Mis.

A Constantinopla, la antigua Bizancio y hoy Estambul, arribaron el 16 de agosto de 1863.

* * *

Misiones en Constantinopla y Adrianópolis Nabíl estuvo en compañía de Bahá'u'lláh durante 3 meses y medio de Su permanencia en Constantinopla. Esta estadía terminó cuando el Sultán de Turquía se pronunció en un edicto ordenándose el destierro de la Bendita Belleza a la ciudad de Adrianópolis.

Era evidente que los adversarios de la Fe habían instigado a la corte real para que este nuevo exilio tenga lugar. Las autoridades turcas decidieron elegir una ciudad en donde la influencia de la Causa fuera menor. Por ello, decidieron Adrianópolis, una ciudad bastante antigua, mayormente habitada por gente cristiana, que pensaron, no sería receptiva a las enseñanzas de la Fe. Bahá'u'lláh la llamó la "Remota Prisión".

Antes de la partida, los creyentes fueron despedidos de la ciudad por Bahá'u'lláh, a excepción de unos cuantos que continuarían el viaje. Les fue dado dinero para cubrir los gastos del viaje y a Nabíl particularmente, la noche anterior de la partida, le fue confiada la misión de ir a Persia.

'Abdu'l-Bahá señaló: "En Constantinopla, él fue instruido para que retorne a Persia y allí enseñe la Causa de Dios; también para viajar a través del país, y hacer saber a los creyentes en las ciudades y villas de todo lo que había acontecido"²⁴

Nabíl registró en su crónica las duras condiciones de la jornada a Adrianópolis soportadas por Bahá'u'lláh:

"Un destierro soportado con tanta mansedumbre que la pluma derrama lágrimas cuando lo relata, y las páginas se avergüenza de soportar su descripción". "Un frío de tal intensidad se produjo ese año, que los nonagenarios no podían recordar otro igual. En algunas regiones, tanto en Turquía como en Persia, los animales sucumbían a causa de su severidad y morían en la nieve. Las fuentes del Eufrates, en Ma'dar-Nuqrih, por varios días estuvieron cubiertas por el hielo —un fenómeno que no tenía precedentes— mientras que en Díyár-Bakr el río se congeló por no menos de cuarenta días"²⁵.

Adrianópolis fue el escenario de la Proclamación de la Misión de Bahá'u'lláh al mundo. Allí, el Prisionero de dos imperios, se dirigió a través de epístolas a las "testas coronadas" de la época y los emplazó a reconocer al Sol de la Revelación Divina.

'Abdu'l-Bahá prosigue sobre las actividades de Nabíl en el campo de la enseñanza:

"Cuando esa misión fue cumplida y los repiqueteos de '¿no soy tu Señor?' redoblaron —porque era el año ochenta—;^a Nabíl se apresuró a Adrianópolis, gritando a medida que iba, 'Sí, verdaderamente, Tú eres, ¡Sí, verdaderamente!', y, '¡Señor, Señor, heme aquí!'. Él entró a la presencia de Bahá'u'lláh y bebió del vino de lealtad y reverencia"²⁶.

Cuando Mírzá Yahyá desató abiertamente su ira en contra de su Hermano,

^a. Referencia al año 1863, equivalente al año 1280 del calendario musulmán.

Nabíl fue el portador de una Tabla revelada por la Pluma suprema en la cual a este Mírzá Yahyá se le emplazaba a esclarecer sus pretenciones en forma pública. Este individuo, como sabemos, desde hacía años atrás estaba empeñado en sembrar la discordia entre la comunidad de los babís—ahora bahá'ís—, y pretendía ser el sucesor del Báb.

Como consecuencia de esta rebelión, Bahá'u'lláh rompió todo contacto y relación con este cobarde impostor y trasladó Su residencia a otro lugar. Para este tiempo ya había sido revelado el Súriy-i-Damm (Sura de la Sangre) en honor de Nabíl), al cual se hace referencia en el apéndice.

Como hemos observado y seguiremos viendo, Nabíl fue destinatario privilegiado de delicadas y trascendentales misiones en el nombre mismo de la Manifestación de Dios. En otra oportunidad, es enviado a la Anatolia (la actual Turquía) con el encargo de llamar a Aqáy-i-Kalím de regreso a la ciudad.

Este fiel hermano de Bahá'u'lláh se había dirigido a la mencionada región con el objeto de aclarar el incidente levantado por Mírzá Yahyá, a un creyente llamado Mír Muḥammad.

“Fue durante esos días que Nabíl”, escribe el Guardián de la Fe, “honrado recientemente con el título de Nabíl-i-A'zam, en una Tabla que le fue dirigida específicamente, en la que se ordenó “entregar el Mensaje” de su Señor, “al Este y al Oeste”, a pesar de persecuciones intermitentes, se levantó para rasgar el “el más penoso velo”, para implantar el amor de un Maestro adorado en los corazones de sus compatriotas, y para defender la Causa que, bajo circunstancias tan trágicas, había proclamado su Bienamado. Fue durante esos mismos días que Bahá'u'lláh dio instrucciones a este mismo Nabíl para que recitase, en su nombre, las dos recién reveladas Tablas del Peregrinaje, y que efectuase, en su lugar, los ritos prescritos en ellas, cuando visitase la Casa del Báb en Shiráz y la Más Grande Casa de Baghdád; una acción que señala el comienzo de una de las observaciones más sagradas que, en época posterior, iba a ser establecida formalmente en el Kitáb-i-Aqdas”²⁷.

En este Libro Más Sagrado se designa a estas dos Casas como las de mayor valor, a los ojos de Dios, sobre la tierra, y se prescribe como obligación para todo fiel, el observar el peregrinaje a estos lugares bendecidos por la presencia de las dos Manifestaciones gemelas.

Nabíl cumplió con unción la realización de los ritos. El ceremonial específico a la Casa del Báb, empieza desde afuera de la ciudad y continúa por el camino que lleva a la Casa y prosigue aún dentro de ella. Se dice que cuando la gente vio a Nabíl por las calles enteramente absorto en el cumplimiento del extenso rito, pensó que quizás él había perdido la razón.

Las dos Tablas del peregrinaje se denominan Súriy-i-Hajj, I y II. En esa ocasión, Nabíl además llevó obsequios para la esposa del Báb.

‘Abdu'l-Bahá se ha referido a la incansable faceta de Nabíl como maestro viajero de la Fe:

“Le fueron entonces dadas órdenes específicas para viajar por todas partes y en cada región levantar el llamado que Dios se había hecho ahora manifiesto, para esparcir las dichas nuevas que el Sol de la Verdad había se levantado. Él estaba ardiendo, llevado por un impasible amor. Con gran fervor, pasaría a través de una región brindando lo mejor de estos mensajes y reviviendo los corazones. Él flameaba como una antorcha en cada compañía, era la estrella de cada asamblea, a todos quienes venían a él, los hacía asirse a la copa embriagadora...”²⁸.

El viaje de Nabíl a Baghdád y Shíráz se extendió a otros lugares como la provincia de Khurásán y la capital. En el pueblo de Nishápúr conoció a Badí, por entonces un joven rebelde y sin ningún interés por las enseñanzas de la Fe, a pesar de que su padre era devoto y fiel. Nabíl relata que hace llamar al joven y comparte con él pasajes de una oda muy conmovedora escrita por la Bendita Perfección, en la cual describe Sus tribulaciones en Su retiro a las montañas de Sulaymáníyyih. La lectura de esos versos produjo una instantánea y milagrosa transformación en el comportamiento y actitud de Badí, llevándolo a las lágrimas. Abrazó de inmediato la Fe y años después murió martirizado como un emisario de Bahá'u'lláh al Sháh de Irán.

A su regreso de Persia, otra vez le es confiada una importante misión. Se trataba de Mírzá Haydar-‘Alí, un destacado maestro bahá'í, quien mientras enseñaba la Fe en Egipto, fue arbitrariamente detenido por las autoridades y desterrado y puesto en prisión en el Sudán.

En tal sentido, Bahá'u'lláh le comisionó para que se dirija ante el Khedive^a de Egipto y apele ante él por la liberación de este creyente y otros seis más en similar suerte.

Nabíl emprendió viaje. Mientras andaba por las calles de la ciudad de El Cairo, fue descubierto por elementos del Consulado Persa, el cual estaba alerta por la presencia de cualquier bahá'í que pudiera haber.

Por cuanto Nabíl tenía la ciudadanía turca, el Cónsul Persa no tenía derecho legal para detenerlo como luego lo hizo. Este magistrado se ingenió de una treta y, con el pretexto de llevarlo al Seraye (Gobernación), hizo que sus hombres lo llevaran a su casa donde fue detenido y arrestado.

Pero un viajero persa, Mírzá Safá, comunicó esta arbitrariedad al gobierno turco y Nabíl entonces es transferido a manos de las autoridades de Alejandría.

En este estado de cosas sucede un incidente muy interesante. Estando en el tejado de la cárcel, Nabíl observa cierto día a un compañero de exilio de Bahá'u'lláh, a quien conocía de antes, caminando por la calle acompañado de un policía. En realidad, hasta ese momento el paradero de Nabíl era desconocido para todos. Le llama entonces en voz alta y se entera mediante este bahá'í que un barco llevando a Bahá'u'lláh, Su familia y un grupo de bahá'ís a la prisión de ‘Akká, estaba en ese preciso momento anclado en el puerto de la ciudad.

^a. Título que llevaba el Virrey de Egipto.
Egipto en ese tiempo formaba parte del Imperio Turco.

Esto aconteció en los días finales del mes de agosto de 1868. Los pormenores de todo lo sucedido, él mismo nos lo da.

“Yo fui a Mânsuriyyâh por la vía del tren (después de llegar de Adrianópolis), busqué a Aqá Siyyid Husayn (de Kashán), lo encontré y le dije por qué estaba allí. Él dijo que Mírzá Hasan Khán, el cónsul (persa), desde el día que se las ingenió para mandar a aquellos siete a Sudán, temió por su vida, y ha puesto espías por todas partes para que ellos puedan informarle cada vez que un extranjero llegue a Egipto.

— ‘Es mejor que dejes tu Mathnaví (poemario) conmigo; no lleves nada de los escritos sagrados contigo y ve al Cairo. Allí toma posada en el Takyí-i-Malaví con Shaykh Ibrahím-i-Hamadání, quien recibe un estipendio de Ismá’íl Pashá y quédate hasta que el Khedive retorne, cuando nosotros podamos hallar los medios para enviarte tu Mathnaví’”.

Yo fui a El Cairo y me hospedé con Shaykh Ibrahím, sin saber que era también un espía. Una noche, en las tempranas horas de la mañana, vi a la Bendita Perfección en el mundo de los sueños. Él dijo:

— ‘Algunos han venido pidiendo permiso para dañar a Mírzá Hasan Khán.^a ¿Qué dices tú?’

Cuando me desperté supe que algo sucedería ese día. Fui a la plaza Sayyad-ná Husayn y caminé por cerca de una hora o dos. Entonces me encontré rodeado por un número de personas quienes decían:

— ‘Están preguntando por ti en el Seraye (Gobernación)’.

Pero en cambio me llevaron a casa de Mírzá Hasan Khán (el cónsul persa). Entonces, me di cuenta que me habían engañado mencionando el Seraye, de modo que yo mismo debí ceder, y no decir que no era un súbdito persa. Después de largas conversaciones con el Cónsul, fui llevado donde un oficial que me encadenó. Varias veces me mandaron buscar. Cierta vez, un número de comerciantes persas, tales como Mírzá Siyyid Javad-Shírází, quien era un súbdito británico pero lideraba a los persas, Hájí Muḥammad Taqíy-Namází, y Hájí Muḥammad Hasan-i-Kázirúní, estuvieron allí sentados sobre sillas y me hicieron sentar con ellos.

De cualquier modo, yo estaba con fiebre y debilitado. Me dieron una foto de la Más Grande Rama y me preguntaron si lo conocía y quién era. Yo dije:

— ‘Sí, es el Hijo Mayor de Bahá’u’lláh, Quien es conocido como ‘Abbás Effendí. Lo he visto a Él muchas veces en la sala de Khurshíd Pashá, el Válf^b de Adrianópolis’.

Ellos entonces me mostraron el Kitáb-i-Íqán^c y me dijeron que se los lea. Yo dije:

— ‘Tengo fiebre y no lo puedo entonar’.

^a. El Cónsul Persa

^b. Gobernador

^c. El Libro de la Certeza, revelado por Bahá’u’lláh.

El cónsul dijo:

– ‘El teme que se burlen si lo leyera’.

Yo le repliqué:

– ‘Que cualquier otro lea y tendrá mi parte de la buena acción de burlarse’.

El libro fue pasado a Hájí Muhammad Taqíy-i-Namází. Él leyó el relato del desprendimiento y autósacrificio de los seguidores del Punto del Bayán (El Báb); si ellos no estaban en la razón (se pregunta), entonces por qué pruebas podría uno demostrar la verdad de la Causa de la gente de Karbilá. El siguió leyendo y ellos seguían riéndose.

Entonces Mírzá Javád se volvió hacia mí y preguntó:

– ‘¿Por qué te has hecho babí? Si la causa del Báb hubiera sido verdadera, yo me hubiera hecho babí, porque soy tanto un Siyyid como un Shirází^a’.

Yo respondí:

– ‘Pero ni se ha demostrado que soy un babí, ni que tú eres otro. Como el poeta Háfiz ha dicho:

De Basrah vino Hasan, de Habash vino Bilál

De Shám vino Suhayb, pero del suelo de Mecca
se levanta Abú-Jahl, que estraño!^b

Con esto, todos los presentes estallaron en risa y Mírzá Javád se puso cabizbajo. El Cónsul notó que la gente allí no tenía causa alguna para alegrarse y me envió de vuelta a prisión. Y yo supliqué a Dios no volver a verle otra vez.

Ese mismo día, él fue llamado a Alejandría para algunos negocios; y yo tuve otro sueño, en el cual la Bendita Perfección estaba diciéndome:

– ‘Dentro de los siguientes ochenta y un días, te vendrá alguna causa de regocijo’.

Entonces Mírzá Şafá arribó de Mecca y escuchó que Mírzá Hasan Khán había encarcelado a un viajero en un oscuro y lúgubre lugar.

– ‘Dile’, ellos dijeron, que por lo que más quiera libere a ese inocente

Mírzá Şafá discutió con él y telegrafió para entregarme a las autoridades egipcias y enviarme a Alejandría. Cuando fui llevado allí, el extinto Siyyid Husayn dirigió un memorial a Shari Pashá y escribió que este viajero era un súbdito turco a quien el Cónsul Persa había encarcelado ilegalmente y torturado. Después de lo cual fui transferido del piso bajo al alto de la prisión. Y se dispuso que el Cónsul Persa sea reprendido.

Un médico estaba allí en esa prisión. Él trató de convertirme a la Fe protestante. Tuvimos largas conversaciones y él se convirtió en un bahá’í.

En el octogésimo primer día de mi sueño, desde el techo de la casa-prisión,

^a. El Báb era un Siyyid (descendiente de Mahoma) y un Shirází (oriundo de Shiráz).
^b. El mayor enemigo del Mahoma (Abú-Jahl) vino de la Meca; mientras no fue así con las otras distinguidas personas que se mencionan. Mahoma nació en La Meca.

pude ver Áqá Muḥammad-Ibrahím-i-Názír^a, pasando a través de la calle. Lo llamé y él subió. Le pregunté que estaba haciendo allí y él me dijo que la Bendita Belleza y los compañeros estaban siendo llevados a Akká^b, y que él había desembarcado en compañía de un policía para hacer algunas compras.

- ‘El policía’, dijo, ‘no me permitirá pararme aquí por mucho tiempo. Iré y avisaré de tu presencia aquí a Áqá (La Más Grande Rama, Abdu’l-Bahá). Si el barco permaneciera aquí más tiempo, quizás venga y te vea otra vez’.

Él hizo arder mi ser y se fue. El médico no estaba ahí en ese momento. Cuando vino, me encontró derramando lágrimas y recitando estas líneas: ‘El Amado está a mi lado y estoy lejos de Él, estoy a la orilla de las aguas de la proximidad y sin embargo impedido me encuentro. ¡Oh Amigo, tócame, tócame a un lugar en el barco de cercanía! Estoy desvalido, estoy derrotado, un prisionero soy!’.

Fue al atardecer cuando Fáris (que era el nombre del médico) vino, y vio mi tristeza. Dijo:

- ‘Tú me estabas diciendo que al octagésimo primer día de tu sueño, deberías recibir alguna causa de regocijo, y hoy día es el octagésimo primero, ahora al contrario, te veo muy alterado’.

Yo repliqué:

- ‘Verdaderamente esa causa de regocijo ha llegado, pero ¡ay!, “El dátil está en la palmera y nuestras manos no pueden alcanzarlo”’.

Él dijo:

- ‘Dime lo que ha sucedido, quizás pueda hacer algo al respecto’.

Y así le conté que la Bendita Perfección estaba en ese barco. Él también como yo, estuvo muy conmovido y dijo:

- ‘Si el próximo día no fuera viernes^c y el Seraye no estuviera cerrado, nosotros dos podíamos haber conseguido un permiso para abordar el barco y alcanzar Su presencia. Pero todavía algo se puede hacer. Escribe lo que desees, yo también escribiré. Mañana uno de mis conocidos vendrá aquí. Le entregaremos estas cartas para que las lleve al barco’.

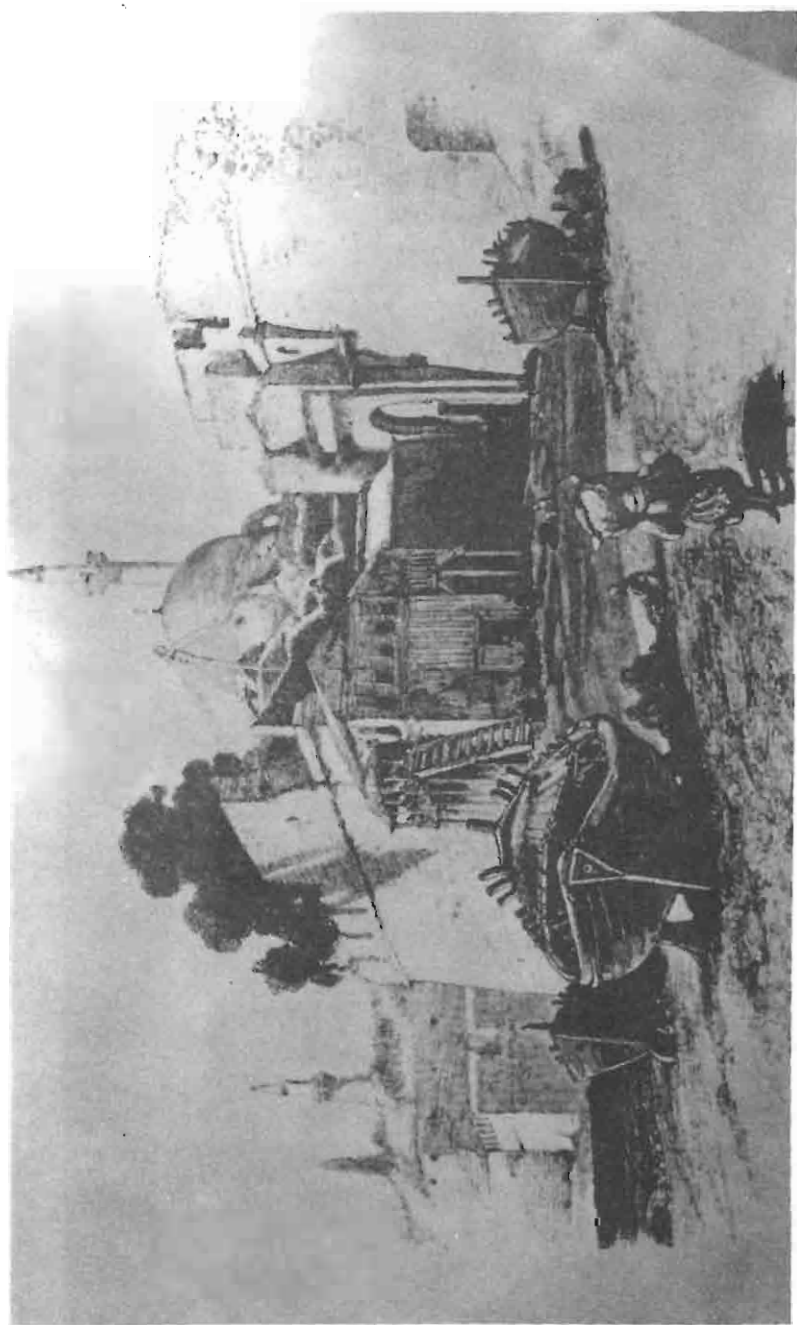
Escribí mi historia y reuní todos los poemas que había compuesto en la prisión. Fáris, el médico, también escribió una carta y expresó su gran pena. Fue muy emocionante. Todo lo puso en un sobre, el cual lo entregó a un joven relojero llamado Constantino, para llevarlo temprano en la mañana. Le di el nombre de Khádím (Mírzá Aqá Ján)^d y de algunos otros compañeros; le dije como iden-

^a Un bahá’í.

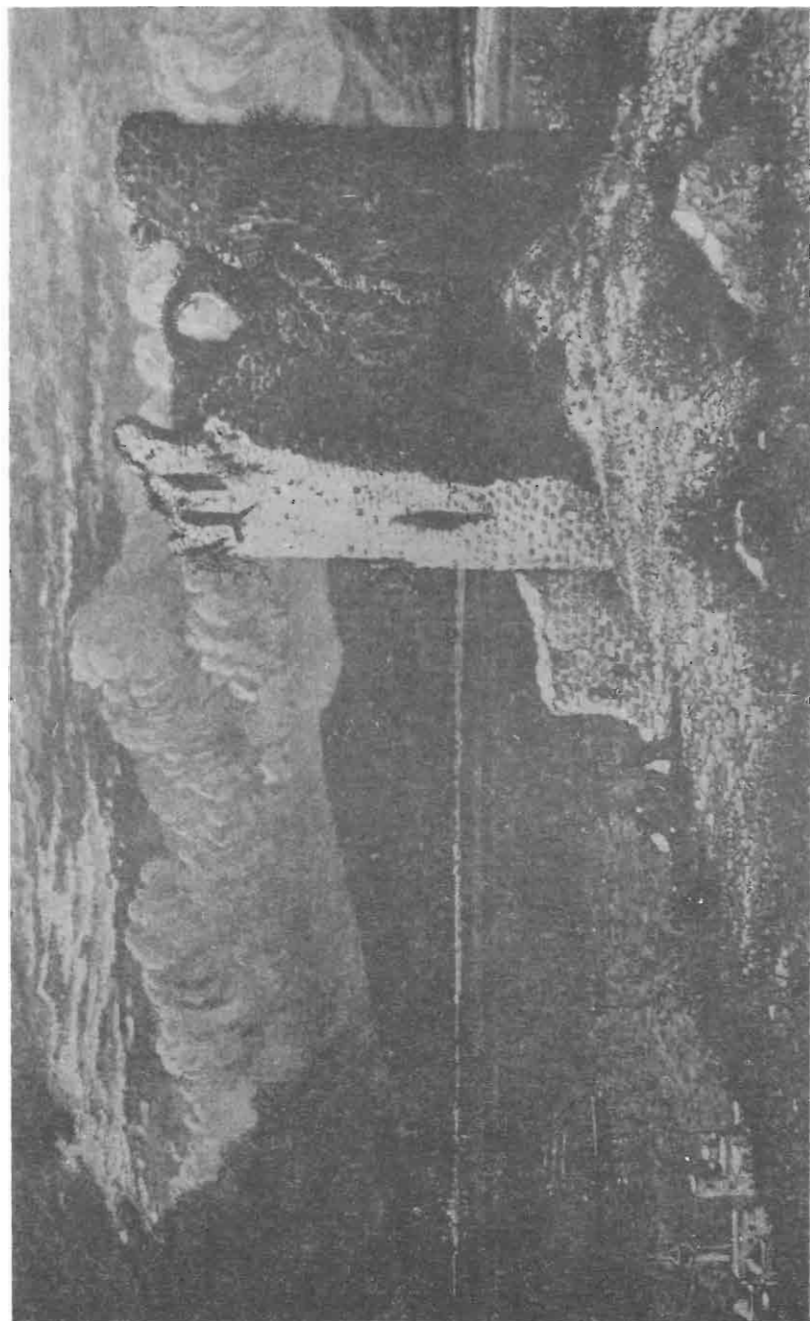
^b Tierra Santa, Palestina.

^c Viernes es el día sagrado de los mahometanos

^d El amanuense de Bahá’u’lláh.



'Akká, la puerta por tierra (Ilustración del siglo pasado)



La bahía de Haifa en el mar Mediterráneo; en tiempos de Bahá'u'lláh

tificarlos e influí sobre él para no entregar el sobre hasta que no haya encontrado a uno de ellos. Él partió por la mañana. Nosotros estábamos mirando desde el techado. Escuchamos primero la señal y luego el sonido del barco en movimiento, y estábamos perplejos de miedo que no le hubiera logrado. Entonces el barco paró y partió otra vez después de un cuarto de hora. Estábamos en ascuas, cuando repentinamente Constantino llegó.

Él me entregó un sobre y un paquete en un pañuelo, y exclamó:

— ‘¡Por Dios! Vi al Padre de Cristo!’

Fáris, el médico, besó sus ojos y dijo:

— ‘Nuestra suerte fue el fuego de la separación, la tuya fue la bondad de contemplar al Amado del Mundo’.

En respuesta a nuestras peticiones, había una Tabla, en la ‘Escritura de la Revelación’, una carta de la Más Grande Rama,^a y un papel lleno de almendras nuql (dulce) enviado por la Más Pura Rama.^b

En la Tabla, el médico había sido particularmente honrado. Uno de los sirvientes ha escrito: ‘Varias veces he atestado evidencias del poder de las cuales nunca podré olvidar. Y así ocurrió hoy. El barco estaba en movimiento, cuando vimos a lo lejos un bote. El capitán paró el barco, y este joven relojero nos alcanzó y llamó en voz alta mi nombre. Nosotros fuimos donde él y nos dio un sobre. Todos los ojos estaban puestos en nosotros, que somos exiliados. Sin embargo, nadie cuestionó la acción del capitán’.²⁹ Era el 27 de agosto de 1868.

El historiador Adib Taherzadeh escribió en su tercer volumen de ‘The Revelation of Bahá’u’lláh, acerca de la Tabla a Fáris: “La Tabla estaba escrita por Su amanuense Mírzá Áqá Ján en la forma de la ‘Escritura de la Revelación’. Esta impartió un nuevo espíritu de amor y dedicación a Fáris... Como Bahá’u’lláh prometió, Fáris fue liberado de la prisión tres días después. Luego de su liberación se levantó entre su pueblo para la propagación de la Fe... En más de una Tabla, Bahá’u’lláh Mismo ha descrito el episodio de Fáris en Alejandría como una muestra del Poder de Dios. Bahá’u’lláh relata que mientras el barco estaba anclado en Alejandría. Él recibió una poderosa carta de las manos de un cristiano, de la cual Él podía inhalar la fragancia de santidad. Era una de quien habíase desprendido de todo lazo terrenal y había abrazado Su Causa. Bahá’u’lláh asegura que Él deseaba que Radár-Rúh (un bahá’í) hubiera estado presente para escuchar la vibrante Voz de su Señor cuando Él leía en voz alta a sus compañeros en el barco la carta de súplica y dedicación de fe. Esta carta está escrita en árabe, muestra una apasionada fe en la Causa de Bahá’u’lláh, un profundo conocimiento de Su Revelación y un verdadero reconocimiento de Su estación”.

a. Referencia a ‘Abdu’l-Bahá.

b. Referencia a Mírzá Mihdí, hijo menor de Bahá’u’lláh.

Bahá'u'lláh ordenó se hagan copias de partes de la carta de Fáris y sean enviados a ciertas personas en Persia como prueba del poder de la Palabra de Dios. La carta empieza diciendo: "¡Oh Tú la Gloria del Más Glorioso! Escribo esta carta y la presento a Uno quien se ha sometido a los mismos sufrimientos que Jesucristo... Incumbe a nosotros ofrecer alabanza y agradecimiento a Dios..."

Presumiblemente, Fáris es el primer cristiano en aceptar la Fe Bahá'í.

En la Tierra Santa. Por último, Nabíl-i-A'zam es liberado y subsecuentemente desterrado a la Anatolia.

De allí, parte él para la isla de Chipre al enterarse que un grupo de Bahá'ís habían sido transferidos a la fortaleza de Famagusta, Mírzá Yahyá había sido incluido también en el decreto.

Pero sobre todo, Nabíl tenía en su mente el propósito de alcanzar la presencia de Bahá'u'lláh en 'Akká. De esta manera, Nabíl permanece sólo un corto tiempo en esta isla del Mar Mediterráneo.

Al arribar a la ciudadela fortificada de 'Akká, encuentra que su Señor estaba confinado severamente en el presidio dentro de la ciudad-prisión y que todo contacto con él y los compañeros exiliados estaba estrictamente prohibido.

A 'Akká había llegado junto con ellos, un remanente de los rompedores del Convenio, es decir, los seguidores de Mírzá Yahyá. Aunque éstos estaban también considerados dentro del edicto de exilio, sin embargo, a través de conversaciones oscuras con las autoridades locales, fueron absueltos de los rigores y estaban comprometidos para denunciar ante el gobernador la eventual presencia de algún bahá'í que arribe a la puerta de la ciudad. Habían hecho su morada cerca de la única puerta de acceso y en esta posición les era fácil mantener vigilancia. Ellos estaban familiarizados con los seguidores de Bahá'u'lláh.

Ellos descubren a Nabíl y advierten a la autoridad: "Él ha venido para saber noticias de Bahá'u'lláh. Él es un persa, no es, como parece, un hombre de Bukhárá". Nabil es interceptado y sometido a un interrogatorio. Él responde que la razón de su estadía era realizar algunas compras. Pero su argumento no es aceptado y es expulsado de la ciudad.

Abrumado de pena, empieza un vagabundear por las regiones de Galilea, por Safá, Hebrón, Nazareth, Haifa, hasta que después hace su hogar en una caverna en el Monte Carmelo no muy lejos de 'Akká. Allí él vivió completamente separado de todo, orando y comulgando con su Señor, anhelando la hora de la reunión.

Se cuenta que al pisar 'Akká y estar impedido de llegar a la celda de la Manifestación, hallábase merodeando por las fosas circundantes de la fortaleza, cuando es advertido por Él quien a través de las rejas de la ventana de Su cámara extiende Su mano y le expresa Su saludo. Ese mismo día Nabíl fue honrado con

una oración especialmente revelada para él.

El tiempo vino cuando las restricciones aminoraron en su severidad y le fue permitido entrar a los recintos del presidio por un período de ochenta y un días, desde el 21 de marzo hasta el 9 de junio de 1870. Él estaba lleno de gozo.

Unos pocos meses después, Bahá'u'lláh deja "las barracas" y se le permite habitar en una vivienda, con mayor libertad, pero siempre como un prisionero dentro de esta ciudad prisión.

Durante aquellos subsiguientes años, tuvo Nabíl el privilegio de residir en la Tierra Santa sirviendo a su Bienamado. Casi diariamente era admitido a la santa Presencia.

A solicitud de Bahá'u'lláh transcribe el texto del Calendario creado por el Báb para uso de los creyentes. Esto fue en el año de 1870.

Estos años de relativa tranquilidad cuando, presenciamos a Nabíl en estrecha asociación con la Bendita Perfección, se ven perturbados por el deshonesto comportamiento de algunos bahá'ís quienes asesinaron a tres azalís (seguidores de Mírzá Yahyá) pretendiendo vengar la suerte que de sus manos había corrido Bahá'u'lláh. Este hecho mereció la posterior y enérgica condenación por parte de la Manifestación de Dios.

La comunidad bahá'í en la Tierra Santa había venido creciendo en gran prestigio a los ojos de la gente del lugar, y la fama de la inocencia, santidad y sabiduría de Bahá'u'lláh se había esparcido tremendamente. Sin embargo, tal incidente mancilló el nombre de la Fe y motivó desagradables momentos para Bahá'u'lláh cuando, por ejemplo, fue conducido a la gobernación para un interrogatorio y arrestado una noche. Otros creyentes fueron además encarcelados.

Esto se produjo en enero de 1872 y otro bahá'í, Áqá Muḥammad Hasan, quienes no componían oficialmente el grupo de exiliados fueron detenidos por unos días y luego obligados a soportar un destierro de Trípoli, cerca de Beirut.

A su regreso a la Tierra Santa y cuando la normalidad y el afecto a los seguidores de la Fe retornó, encontramos que sus actividades continúan y, es en este período cuando empieza a escribir su inmortal Narración la cual es presentada a Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá.

Nabíl recuerda muy en especial una noche cuando junto con otros creyentes estuvieron en la presencia de la Bendita Belleza, y tuvieron la bendición de escuchar de Sus labios un ilustrativo recuento de la historia de la Fe.

"Cuando terminé de escribir la lucha de Zanján", señaló Nabíl, "fui conducido a Su presencia y recibí, junto con cierto número de otros creyentes las bendiciones que en dos oportunidades se dignó conferirnos. Ambas visitas, se efectuaron durante los cuatro días que Bahá'u'lláh decidió pasar en casa de Áqáy-i-Kalím. La segunda y cuarta noche después de Su llegada a la casa de Su hermano, lo que sucedió el día nueve de enero de 1889, yo, junto con cierto número de peregrinos venidos de Sarvistán y Farán, así como algunos creyen-

tes residentes, fuimos admitidos a Su presencia. Las palabras que nos dijo se encuentran grabadas para siempre en mi corazón y siento que tengo la obligación de compartir el sentido general de Su conversación con mis lectores...

'Alabado sea Dios', dijo Bahá'u'lláh, 'que todo lo esencial que debe ser dicho a los creyentes en esta Revelación, ha sido revelado. Sus deberes han sido definidos claramente y las acciones que se espera lleven a cabo se han expuesto en Nuestro Libro. Ha llegado ahora el momento para que se levanten a cumplir con su deber. Que traduzcan en hechos Nuestras exhortaciones. Que tengan cuidado que el amor a Dios, amor que brilla tan intensamente en sus pechos, no los haga transgredir los límites de la moderación y pasen más allá de las medidas que les hemos propuesto... Estad agradecidos a Dios por haberos permitido reconocer Su Causa. Quienquiera ha recibido esta bendición, antes de ser aceptado, debe haber efectuado alguna acción que, aun cuando él mismo no se dio cuenta de su carácter, fue designada por Dios como un medio por el cual ha sido guiado a encontrar y abrazar la Verdad. En cuanto a los que han permanecido privados de tal bendición, sólo sus propias acciones les han impedido reconocer la verdad de esta Revelación. Anidamos la esperanza que vosotros, que habéis logrado alcanzar esta luz, haréis todo lo posible por disipar la oscuridad de la superstición e incredulidad entre la gente. Puedan vuestras acciones proclamar vuestra Fe y os permitan conducir a los que yerran, al sendero de eterna salvación. El recuerdo de esta noche nunca se olvidará. Ojalá nunca se borre con el pasar del tiempo y que su recuerdo permanezca para siempre en los labios de los hombres'.³⁰

Y cuando Bahá'u'lláh fue a vivir en la Mansión de Bahjí, Nabíl era admitido cada martes a la presencia de Bahá'u'lláh, un honor inestimable y no permitido a cualquiera.

El día llegó en Bahjí cuando Bahá'u'lláh ante el dolor de los fieles, ascendió a los Reinos en lo Alto, en la madrugada del 29 de mayo de 1892.

Su fallecimiento fue precedido por una corta enfermedad en la que Nabíl tuvo una entrevista privada con Su Santidad. De sus palabras leemos:

"Nueve meses antes de este acontecimiento, dijo Bahá'u'lláh en una ocasión a 'Abdu'l-Bahá que no quería quedarse más tiempo en este mundo. Desde entonces siempre que se encontraba con los amigos hablaba de un modo que todos presentían cercana su separación. Con toda prisa hacía los preparativos, aunque claramente no decía nada".

"La noche anterior al domingo, día 8 de mayo de 1892, le vino un ligero ataque de fiebre, pero no lo reveló a los amigos. Al día siguiente recibió a algunos en su presencia. Por la tarde la fiebre había subido y no recibió más que a uno de los creyentes. El tercer día me recibió a mí a mediodía y durante media hora me honró con sus dulces palabras, andando por la habitación o sentado. ¡Oh! si hubiera sabido que este era nuestro último encuentro, le hubiera pedido

que me aceptara como sacrificio para morir en vez de Él. El mismo día llegó un creyente de Egipto y Bahá'u'lláh le recibió a él y a algunos otros amigos. Después ya nadie tuvo permiso para visitarle. Todos los amigos estaban en la máxima tensión hasta el noveno día de su enfermedad, en que 'Abdu'l-Bahá vino a la casa de los peregrinos. Trajo saludos de Bahá'u'lláh para todos y el mensaje de que no debían estar desesperados, sino levantarse a propagar la Fe con firmeza y constancia; que Bahá'u'lláh estaría siempre con ellos y ellos perdurarían en su pensamiento. Las palabras de este mensaje crearon una perturbación y tristeza tales que estaban a punto de desfallecer. El martes, día décimo, nos llegó la noticia del mejoramiento del Bienamado y nos llenó a todos de gozo''.

“El día quince de su enfermedad, recibió Bahá'u'lláh por la tarde a todos los que estaban en la mansión de Bahjí, un buen número entre residentes y peregrinos. Esta fue la última entrevista con sus amados, seis días antes de su ascensión. Mientras descansaba en su lecho, apoyado en 'Abdu'l-Bahá gentil y afectuosamente, y todos le rodeaban con ojos llorosos, les dirigió El las siguientes palabras: 'Estoy muy contento de todos vosotros. Habéis rendido muchísimos servicios y habéis venido aquí. Que Dios os asista para permanecer unidos. Quiera Él ayudaros para exaltar la Causa del Señor de los seres'. Luego dirigió unas palabras similares a las mujeres, incluidas las de su familia, que rodeaban su lecho. Al fin les aseguró que en un documento confiado a 'Abdu'l-Bahá los había encomendado a todos a su cuidado''.³¹

Nabíl no pudo con el peso de su pena. Él escribió de la aflicción reinante y de su propio dolor, luego de la desaparición del Señor:

“Pienso que la conmoción espiritual producida en el mundo del polvo, había hecho que todos los mundos de Dios temblasen... Mi lengua interior y exterior son impotentes para describir la condición en que nos hallábamos... En medio de la confusión prevaleciente, se pudo ver a una multitud de los habitantes de 'Akká y de las aldeas vecinas, que se habían apiñado en los campos que rodeaban la mansión, llorar golpeándose la cabeza, y expresando en alta voz su dolor''.³²

‘Abdu'l-Bahá comisionó a Nabíl para que seleccionara los pasajes de los Escritos que constituyen la Tabla de Visitación que es leída ahora en el Sepulcro de Bahá'u'lláh. Esta labor le fue dada quizás para calmar su angustiante tristeza y apartarlo así de la idea de buscar la muerte.

Nabíl amaba mucho a 'Abdu'l-Bahá. Pero la agobiante idea de la desaparición de su Bienamado lo llevó a quitarse la vida ahogándose en las aguas del Mar Mediterráneo, en cuyas playas, poco después, fue hallado inerte.

El epitafio sobre su tumba, extraído de uno de sus últimos poemas, expresa sus sentimientos:

“Nabíl ha sido inmerso en el océano de la misericordia de su Glorioso Señor. Abre un camino para que lo vea un corazón que se consume''.

Antes del día en que decidió remontar vuelo a las cercanías de su Bienamado, escribió una elegía en homenaje a 'Abdu'l-Bahá en la que refiere la fecha de su muerte y su decisión. Él escribió la palabra "Gharíq" que significa "ahogado". El valor numérico de esta palabra según el arte abjad viene a ser 1,310 que en el calendario musulmán nos da el año 1892. En una de sus odas él concluye: "El Señor ha partido de este mundo". Otra vez, el valor numérico de la expresión nos da el año 1892.

Nada más elocuente e iluminante que estas palabras de 'Abdu'l-Bahá, cuando cierra una corta biografía de la vida de Yár-Muhammad Zarandí, el sencillo pastor de ovejas que se convirtió en el Más Grandê Sabio de la Fe Bahá'í.

"A través de toda su vida, desde su temprana juventud hasta cuando estaba débil y anciano, él pasó su tiempo sirviendo y adorando al Señor. Él aguantó penalidades, vivió a través de infortunios, sufrió aflicciones. De los labios de la Manifestación escuchó cosas maravillosas. Le fueron mostradas las Luces del Paraíso; él ganó su carísimo deseo. Y al final, cuando la Estrella del Día del mundo se hubo puesto, no pudo soportar más, y se arrojó él mismo al mar. Las aguas del sacrificio lo envolvieron; se había ahogado y partió finalmente a Lo Más Alto. Sobre él sean bendiciones abundantes; sobre él sean tiernas mercedes, Que él gane una gran victoria y una manifiesta gracia en el Reino de Dios".³³

* * *



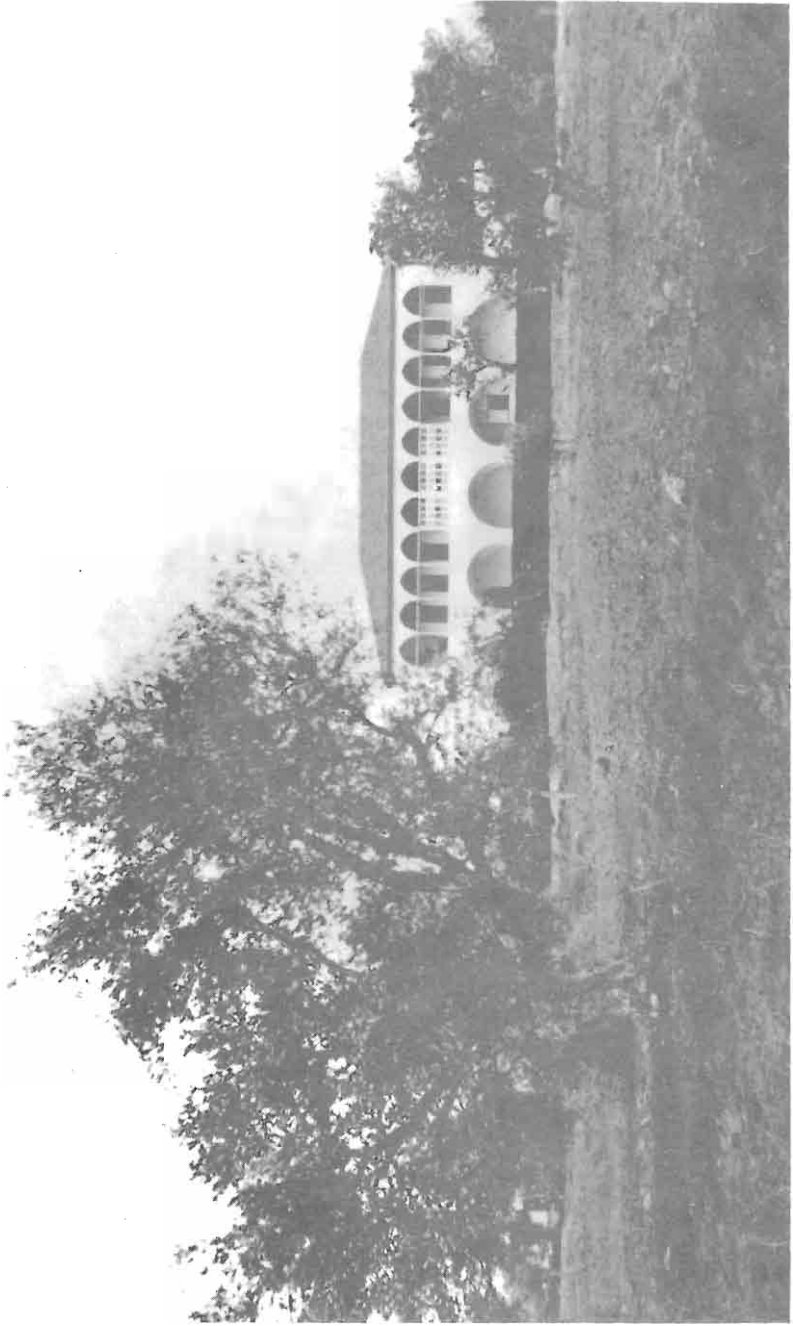
'Abdu'l-Bahá
El Centro del Convenio de Bahá'u'lláh



La mansión de Bahjí, hace muchos años atrás, sin los jardines actuales



La mansión de Bahjí en la actualidad



La mansión de Bahjí, "el lugar que Dios ha ordenado como la más sublime visión del género humano".

4. Apéndice

Nabíl fue agraciado en recibir varias Tablas de Bahá'u'lláh. De entre los que destacan está el Súriy-i-Damm, (Sura de la Sangre), un valioso documento en idioma árabe, revelado muy probablemente cuando Nabíl regresó de un viaje de enseñanza en Persia y había alcanzado nuevamente la presencia de Bahá'u'lláh en Adrianópolis.

"En el Súriy-i-Damm", comentó el historiador de la Fe Adib Taherzadeh, refiriéndose al contenido de esta emanación de la Pluma de la Bendita Belleza, "Baha'u'lláh aconseja a Nabíl adornarse con Sus características, a esparcir la fragancia impregnada del almizcle de santidad sobre los creyentes y soportar con resignación y fortaleza los sufrimientos y persecuciones que le puedan infligir penosamente. Le recuerda que la resignación y sumisión están entre Sus propios atributos y asegura que de todos los actos no hay nada más meritorio en la estimación de Dios que los suspiros del agraviado y del oprimido quienes soportan sufrimientos con paciencia y fortaleza. Él urge a Nabíl a buscar la compañía de los amados de Dios a donde él vaya, a aparecer entre la gente con dignidad y serenidad, a enseñar la Causa de Su Señor de acuerdo a la capacidad de quienes lo escuchen, y confiar en Dios para Su asistencia y confirmaciones".³⁴

A continuación presentamos unos pasajes del Súriy-i-Damm, en el cual además se enuncia la unidad esencial entre los Mensajeros divinos a través de la Revelación Progresiva de Dios al mundo.

"Alabado seas, oh Señor mi Dios, por las maravillosas Revelaciones de tu inescrutable mandato y las múltiples aflicciones y pruebas que Tú has destinado para mí. En una época Tú me entregaste en manos de Nimrod; en otra Tú permitiste que la vara del Faraón me persiguiera. Sólo Tú, mediante tu conocimiento que todo lo abarca y la acción de tu Voluntad, puedes valorar las incalculables aflicciones que he sufrido en sus manos. Otra vez, Tú me arrojaste al calabozo de los descreídos, sólo porque me sentí impulsado a susurrar a los oídos de los bienamados de tu Reino, un indicio de la visión, con que Tú, mediante tu conocimiento me habías inspirado y cuyo significado me habías revelado mediante la potencia de tu poder. Posteriormente, Tú decretaste que la espada del infiel cortara mi cabeza. En otra ocasión fui crucificado por haber descubierto ante los ojos de los hombres las gemas ocultas de tu gloriosa unidad, por haberles revelado los maravillosos signos de tu soberanía y eterno poder. ¡Cuán amargas las humillaciones que fueron amontonadas sobre mí, en una época posterior, en la llanura de Karbilá! ¡Cuán solitario me sentí entre tu pueblo! ¡A qué estado de impotencia fui reducido en aquella tierra! Insatisfechos con tales indignidades, mis perseguidores me decapitaron y llevando en alto mi cabeza de país en país, la exhibieron a la vista de la multitud incrédula y la depositaron en las moradas de los perversos e infieles. En otra edad fui suspendido

y mi pecho se convirtió en blanco de los dardos de la maliciosa crueldad de mis enemigos. Mis miembros fueron acribillados con proyectiles y mi cuerpo despedazado. Finalmente, mira cómo en este Día, mis traidores enemigos se han aliado contra mí y están continuamente conspirando para inculcar el veneno del odio y malicia en las almas de tus servidores. Están tramando, con todo su poder para llevar a cabo su objetivo... A pesar de lo penosa que es mi tribulación, oh Dios, mi Bienamado, te doy gracias y mi Espíritu está agradecido por todo lo que me ha acontecido en el sendero de tu complacencia.

Estoy contento con todo lo que Tú has ordenado para mí y doy la bienvenida a las penas y sufrimientos que tengo que soportar, por calamitosas que sean".³⁵

Existe otra bella y significativa Tabla de Bahá'u'lláh dirigida a Nabíl, también traducida por el Guardián de la Fe y que nos permitimos transcribirla aquí, pues son exhortaciones en general, dirigidas a todos los miembros de la humanidad.

"Presta atención, oh Nabíl-i-A'zam, a la Voz del Antiguo de los Días, que te llama desde el Reino de su Nombre todo glorioso. Es Él quien proclama desde los dominios en lo alto y dentro de la esencia íntima de todas las cosas creadas: "Yo, verdaderamente, soy Dios, no hay otro Dios sino Yo. Yo soy Aquél quien desde siempre, ha sido la Fuente de toda soberanía y poder, Aquél quien continuará, por la eternidad, ejerciendo su dignidad soberana y dando su protección a todas las cosas creadas. Mi prueba es la grandeza de mi poder y mi soberanía que abarca a toda la creación"...

Bendito eres tú, oh mi nombre, por cuanto has entrado en mi Arca, y te deslizas, por la fuerza de mi soberano y muy exaltado poder, sobre el océano de grandeza, y te cuentas entre mis favorecidos cuyos nombres ha inscrito el Dedo de Dios. Has bebido de la copa que es en verdad la vida de las manos de este Joven, en torno de quien giran las Manifestaciones del Todo Glorioso, y el brillo de cuya presencia aquellos que son las Auroras de Misericordia ensalzan de día y de noche.

Su gloria sea contigo, por cuanto has ido de Dios hacia Dios y has entrado en las márgenes de la Corte de esplendor inmarcesible, Lugar que el hombre mortal no podrá nunca describir. Allí la brisa de santidad, cargada del amor de tu Señor, ha conmovido tu espíritu dentro de ti, y las aguas del entendimiento te han lavado de las manchas de alejamiento e impiedad. Has sido admitido en el Paraíso del Recuerdo de Dios, por tu reconocimiento de Aquél quien es la Personificación de ese Recuerdo entre los hombres.

Por tanto, sé agradecido a Dios, porque te ha fortalecido para ayudar a su Causa, porque ha hecho que las flores del conocimiento y la comprensión broten en el jardín de tu corazón. Así te ha envuelto su gracia, como ha envuelto toda la creación. Cuidado, no permitas que algo te apene. Líbrate de todo

apego a las vanas alusiones de los hombres y arroja tras de ti las vanas y sutiles disputas de aquellos que están separados de Dios por velos. Proclama, entonces, lo que el Más Grande Espíritu te hará pronunciar en el servicio de la Causa de tu Señor, para que conmuevas las almas de todos los hombres y atraigas sus corazones hacia esta muy bendita y toda gloriosa Corte...

Sabe que hemos anulado la regla de la espada como ayuda a nuestra Causa, y la hemos sustituido por el poder nacido de la proclama de los hombres. Así lo hemos decretado irrevocablemente, en virtud de nuestra gracia. Dí: ¡oh pueblo! No sembréis las semillas de discordia entre los hombres, y absteneos de contender con vuestro prójimo, pues vuestro Señor ha encomendado el mundo y las ciudades de éste al cuidado de los reyes de la tierra, y los ha hecho emblemas de su propio poder, en virtud de la soberanía que Él ha elegido para conferirles. Él ha rehusado reservar para sí parte alguna del dominio de este mundo. Esto lo atestigua Aquél quien es, Él mismo, la Verdad Eterna. Lo que Él ha reservado para sí, son las ciudades de los corazones de los hombres, para que Él pueda limpiarlos de toda inmundicia terrenal y habilitarlos para aproximarse al Lugar santificado que las manos de los infieles no podrán nunca profanar. Abrid, oh pueblo, la ciudad del corazón humano con la llave de vuestra palabra. Así Nosotros, de acuerdo con una medida preordenada, os hemos prescrito vuestro deber.

¡Por la rectitud de Dios! El mundo y sus vanidades, y su gloria, y todas las delicias que puede ofrecer, son todos, a la vista de Dios, tan viles como polvo y cenizas, no, y aún más despreciables que éstos. ¡Si los corazones de los hombres pudieran comprenderlo! Limpiáos completamente, oh pueblo de Bahá, de la contaminación del mundo, y de todo lo que le pertenece. Dios mismo es mi testigo. Las cosas de la tierra no os convienen. Desechadlas para quienes las deseen, y fijad vuestros ojos en esta muy santa y refulgente Visión.

Lo que os conviene es el amor a Dios, y el amor a Aquél quien es la Manifestación de su Esencia, y la observancia de todo lo que Él elija para prescribiros, si sólo lo supierais.

Di: Que la veracidad y la cortesía sean vuestro adorno. No permitáis ser privados del manto de la paciencia y justicia, para que los dulces aromas de santidad sean exhalados desde vuestros corazones sobre todas las cosas creadas. Di: Cuidado, oh pueblo de Bahá, no sea que andéis por los caminos de aquellos cuyas palabras difieren de sus hechos. Esforzáos que seáis habilitados para manifestar a los pueblos de la tierra los signos de Dios y reflejar sus mandamientos. Que vuestros hechos sean una guía para toda la humanidad, pues lo que profesa la mayoría de los hombres, sean nobles o humildes, difiere de su conducta. Es por vuestros actos que podéis distinguiros de los demás. Por ellos puede ser derramado sobre toda la tierra el brillo de vuestra luz. Feliz es el hombre que atiende mi consejo y guarda los preceptos prescritos por Aquél quien es el Omnisciente, el Omnisapiente".³⁶

VII

ASIYÍH KHÁNUM LLAMADA NAVVÁB

Intitulada

VARAQIY-I-'ULYÁ

—LA HOJA MAS EXALTADA—

LA ESPOSA DE BAHÁ'U'LLAH

¡Oh Poseedor de Dos ojos! Cierra un ojo y abre el otro. Cierra uno ante el mundo y todo lo que hay en él, y abre el otro ante la sagrada belleza del Amado.

— Bahá'u'lláh—

1. Una Madre de Consolación

Entre las mujeres más grandes de la Fe Bahá'í y apóstoles de la Causa de Dios, se encuentra Ásíyih, la santa esposa de Bahá'u'lláh.

Diferentes personas que la conocieron en el transcurso de los años, han dado fe del carácter ejemplar de su vida, como la consorte de Bahá'u'lláh, fiel creyente y sacrificada madre de familia.

La Bendita Perfección le llamó Navváb —Alteza— que era la forma como los nobles persas se dirigían a sus esposas. También le honró con la designación de ser la "Hoja Más Exaltada". En ese entender, Bahá'u'lláh representa el Árbol de Vida, mientras que Sus parientes femeninos asumieron el nombre de "Hojas" y los varones recibieron la denominación de "Ramas" de ese mismo Árbol bendito.

Los servicios y la paciencia que esa ilustre dama evidenció cada día de su vida, trasciende la habilidad del autor en su deseo de rendirle un justo homenaje. Solamente pueden ser apreciadas esas cualidades por las palabras mismas de la Manifestación de Dios cuando se refirió a ella, las cuales son citadas al final de este capítulo.

Allí, en esas expresiones, podemos ver también a Bahá'u'lláh como Esposo y a la vez Profeta, derramando Su afecto sobre Navváb y Sus Ramas y Hojas, todos quienes compartieron con magnanimidad de corazón la severidad de los sucesivos destierros y encarcelamiento.

De acuerdo a Shoghi Effendi, ella "por casi cuarenta años, siguió mostrando una fortaleza, una piedad, una devoción y una nobleza de alma que le ganaron de la pluma de su Señor, el tributo póstumo y sin rival de haber sido hecha 'su perpetuo consorte en todos los mundos de Dios'.¹

Navváb era la hija de un acaudalado Visir (ministro de la Corte) de Persia llamado Mírzá Ismá'íl de Yalrúd. Provenía al igual que su ilustre Esposo de los círculos más altos y distinguidos de la nobleza persa.

Llevaba de nombre Ásíyih, al igual que la mujer más distinguida de la Fe de Moisés, quien era la esposa del Faraón de Egipto y, que por creer en ese Mensajero Divino, la pusieron en el desierto bajo el ardiente sol, amarradas sus manos a cuatro estacas y con una pesada roca sobre su pecho.

El verdaderamente fastuoso matrimonio ocurrió alrededor del mes de octubre de 1835. Un joyero especialmente contratado trabajó en la casa de Ásíyih durante seis meses con el fin de hacer el trabajo de las joyas del ajuar y de la ceremonia. Basta decir, para mejor comprender la magnitud de la fortuna, que los botones del traje de boda eran de oro engastados con piedras preciosas, y que el ajuar de la novia debió ser llevado a la casa de Bahá'u'lláh cargado en cuarenta mulas.

Durante mucho tiempo se siguió comentando esta unión en los medios

allegados a la corte real; tal fue la excelencia de la boda.

Cuando antes, la hermana de Bahá'u'lláh se casó con el hermano de Ásíyih, las festividades fueron de tal orden, que la gente, además de asombrarse de las fastuosas nupcias, decía que están "agregando riqueza a la riqueza".

De ese hogar, brotaron joyas espirituales que a manera de diamantes iluminaron el mundo de la humanidad. Fueron los vástagos de esa bendecida pareja: 'Abdu'l-Bahá, Bahíyyih Khánum,^a Mírzá Mihdí y otro pequeño que murió en los años del exilio en Baghdád.

La grandiosidad material, empero, nunca superó a la grandeza espiritual de Navváb, sino que le dio un resplandor especial. Y estas cualidades de su personalidad eran reconocidas por todos; su belleza, su aguda inteligencia, su encanto especial y una agraciada virtuosidad.

Su hija Bahíyyih Khánum le acompañó "mano a mano" en las tribulaciones que durante la vida de Bahá'u'lláh ella debió de asumir igualmente.

En una Crónica Hablada, ella contó cómo era su querida madre tal como la recordaba en los primeros años mientras vivían en Teherán, la capital de Persia. También da cuenta de las escenas que le tocó vivir al inicio del ministerio de Bahá'u'lláh.

Bahíyyih Khánum, al fallecimiento de su madre, recibió la misma designación de ser "La Hoja Más Exaltada".

Pero dejemos que Bahíyyih Khánum nos haga revivir esos momentos. "... Quisiera que la hubieses visto tal como la recuerdo al comienzo, alta, delgada, graciosa, los ojos color azul oscuro, una perla, una flor entre las mujeres.

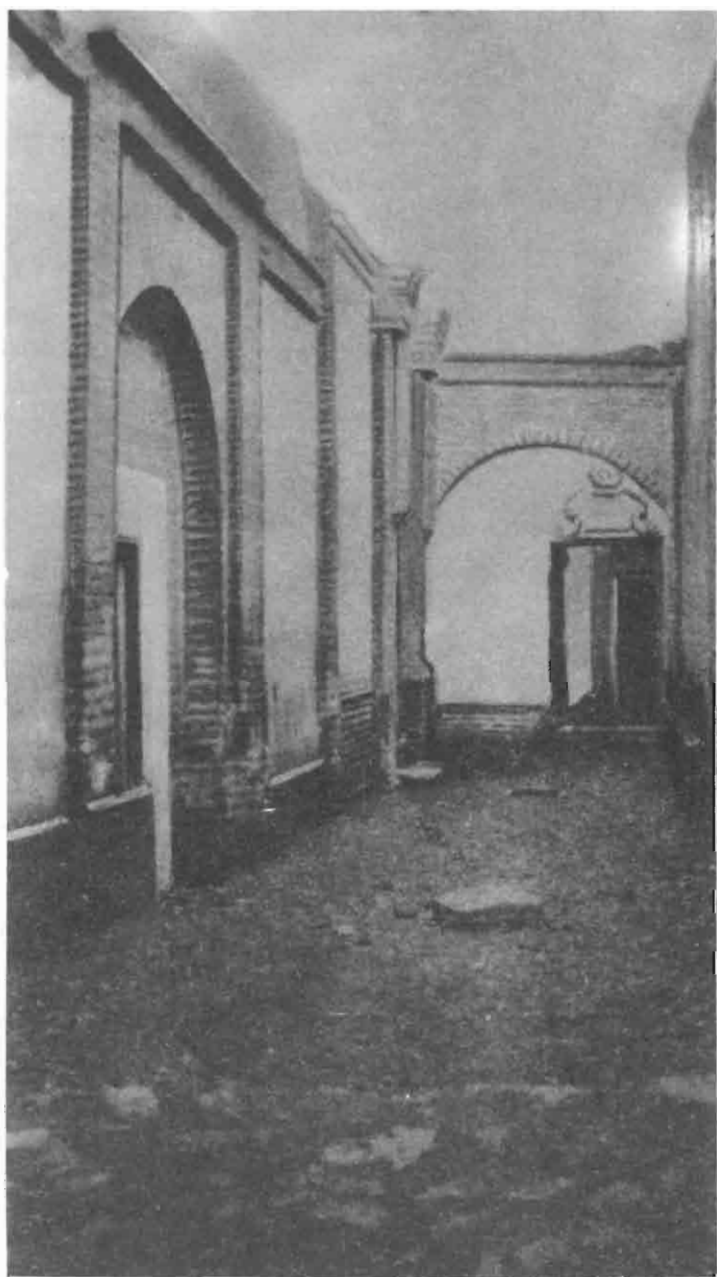
Me dijeron que aun cuando era joven, su sabiduría e inteligencia eran extraordinarias. Siempre la recuerdo como en aquellos primeros días de mi memoria, tan digna y hermosa como una reina, llena de consideración para todos, gentil, de un desprendimiento y falta de egoísmo maravillosos; nunca dejó de demostrar la bondad de su puro corazón; su mera presencia parecía crear una atmósfera de amor y felicidad dondequiera que ella fuese, envolviendo a todos los presentes en una fragancia de gentil cortesía.

Inclusive en los primeros años de vida matrimonial, tanto mi Padre como mi madre, tomaban lo menos posible parte en las funciones de estado, en las ceremonias sociales y en las fastuosas costumbres que generalmente tenían en Persia las familias de alta posición social y adineradas; ella y su Esposo de tan noble corazón, consideraban vacías estas satisfacciones mundanas y preferían ocuparse más bien en cuidar a los pobres y a todos aquellos que eran infelices o que se hallaban en dificultad.

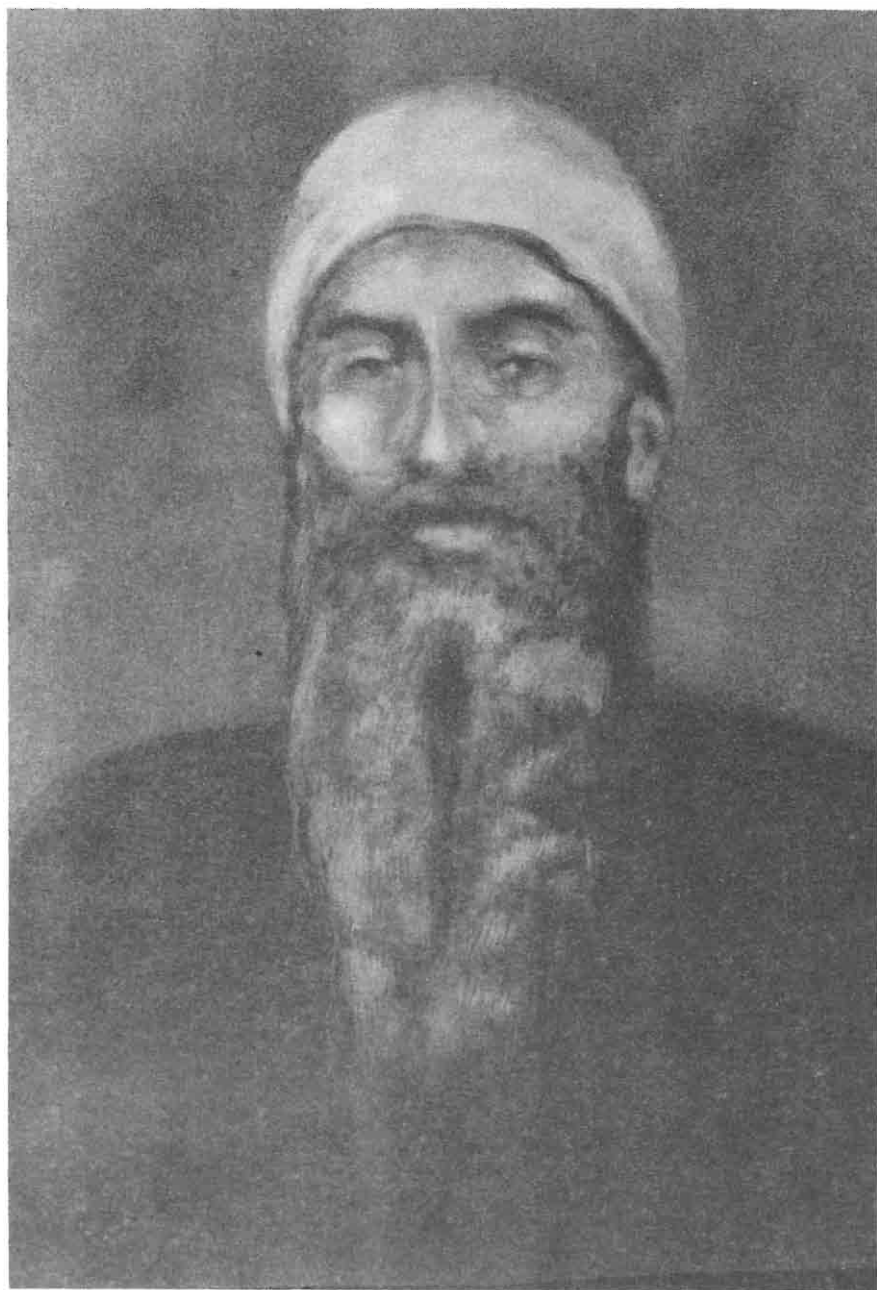
De nuestra puerta nunca fue despedida persona alguna y la mesa estaba siempre puesta para quienquiera que llegase.

Constantemente las mujeres pobres venían a mi madre y se desahogaban

^a. Khánum significa señora.



Sección de la Casa de Bahá'u'lláh en Teherán



Mírzá Músa, Aqáy-i-Kalím
Apóstol de Bahá'u'lláh

refiriéndoles sus historias de dolor y eran confortadas y consoladas por su valiosa ayuda.

Mientras la gente llamaba a mi Padre 'El Padre de los Pobres', se referían a ella como la 'Madre Consoladora', aunque naturalmente, sólo las mujeres y los niños pudieron ver su rostro descubierto.

Así pasaron nuestros días apacibles. Acostumbrábamos ir algunas veces a nuestra casa en el campo; a mi hermano 'Abbás^a y a mí, nos gustaba jugar en los hermosos jardines donde había toda clase de deliciosas frutas y hermosas flores y árboles floridos; pero, conservo, de esta parte de mi vida temprana, una memoria muy vaga.

Un día, lo recuerdo muy bien, aunque tenía solamente seis años de edad, un joven babí medio trastornado atentó contra la vida del Sháh.

Mi Padre se encontraba ausente de casa en la villa de Niyavárán, propiedad Suya, cuyos habitantes eran todos y cada cual cuidados por Él.

Súbitamente entró un sirviente alarmado y dijo angustiado a mi madre: 'El Maestro, el Maestro ha sido arrestado, lo he visto! ¡Ha caminado muchas millas! ¡Oh, le han pegado! Dicen que ha sufrido la tortura del bastinado!^b ¡Sus pies están sangrando! ¡No lleva zapatos! ¡Su turbante ha desaparecido! ¡Sus vestidos han sido desgarrados! ¡Tiene cadenas en Su cuello!'

El rostro de mi madre se volvió pálido y más pálido. Los niños estaban terriblemente asustados y sólo podían llorar amargamente.

Inmediatamente todos, nuestros familiares, amigos y sirvientes, huyeron de nuestra casa aterrorizados; solamente un sirviente Isfandíyár y una mujer se quedaron. Nuestro palacio y las casas más pequeñas que formaban parte de éste, pronto fueron saqueados; muebles, riquezas, todo fue saqueado por la turba.

Mírzá Músá, hermano de mi Padre, quien siempre había sido muy cariñoso con nosotros, ayudó a mi madre y a sus tres niños a escapar a un escondite. Logró ella salvar unas pocas cosas de su dote de matrimonio, lo cual fue todo lo que nos quedó de nuestras vastas riquezas. Estas cosas fueron vendidas; con el dinero mi madre pudo pagar a los carceleros para que le llevaran alimentos a mi Padre en la prisión y para cubrir los gastos que tuvimos después.

¡Oh!, ¡qué terrible aflicción tuvo que pasar mi querida madre entonces! Seguramente mayor que la que mujer alguna podía tener el valor de soportar en vísperas de ser madre (según supe después).

La prisión^c en que mi Padre había sido arrojado era un lugar terrible, siete gradas debajo del suelo; estaba hasta el talón lleno de inmundicias, infestado de

^a. Nombre de 'Abdu'l-Bahá.

^b. Tortura que consistía en golpear los pies del detenido con una vara hasta sangrar.

^c. Más conocida como Siyáh-Chál (mazmorra negra).

horribles gusanos y sabandijas, y era de indescriptible asquerosidad. Agregado a esto, no había vislumbre de luz en aquel lugar repugnante. Entre sus paredes fueron amontonados cuarenta bahá'ís; asesinos y ladrones de caminos también se hallaban prisioneros allí. Mi padre fue arrojado a este negro agujero, cargado de pesadas cadenas; cinco babís^a estaban encadenados a El durante noche y día y allí permaneció durante cuatro meses. Imagínense ustedes el horror de estas condiciones.

Cualquier movimiento hacía que las cadenas laceraran más profundamente, no solamente la carne de uno de ellos, sino que la de todos aquellos que estaban encadenados juntos, y ningún sueño o reposo era posible allí. No se les daba alimentos y fue con gran dificultad que mi madre pudo arreglárselas para lograr que algún alimento o bebida fuera llevada a aquella horrenda prisión.

Mientras tanto, el espíritu que sostuvo a los babís nunca les hizo perder el valor ni por un momento, aun bajo condiciones tales. Ser torturados hasta la muerte, lo que sería la Corona del Martirio de la Vida, era su fin y deseo.

Recitaban plegarias noche y día.

Cada mañana uno o más de estos bravos y devotos amigos fueron sacados para ser torturados y muertos en diversas formas de horror.

Los fanáticos se enfurecieron más y más y cuando notaron que no podían ahogar el espíritu asombroso de estos ardientes y devotos babís que permanecían invencibles cantando plegarias, pidiendo a Dios perdón y bendición para sus asesinos y alabando a Dios mientras les quedaba un soplo de vida. La masa se aglomeraba para ver aquellas escenas horrendas y proferían sus abominaciones a grandes voces, y, mientras se desarrollaba todo ese pandemonio tocaban un tambor ruidosamente.

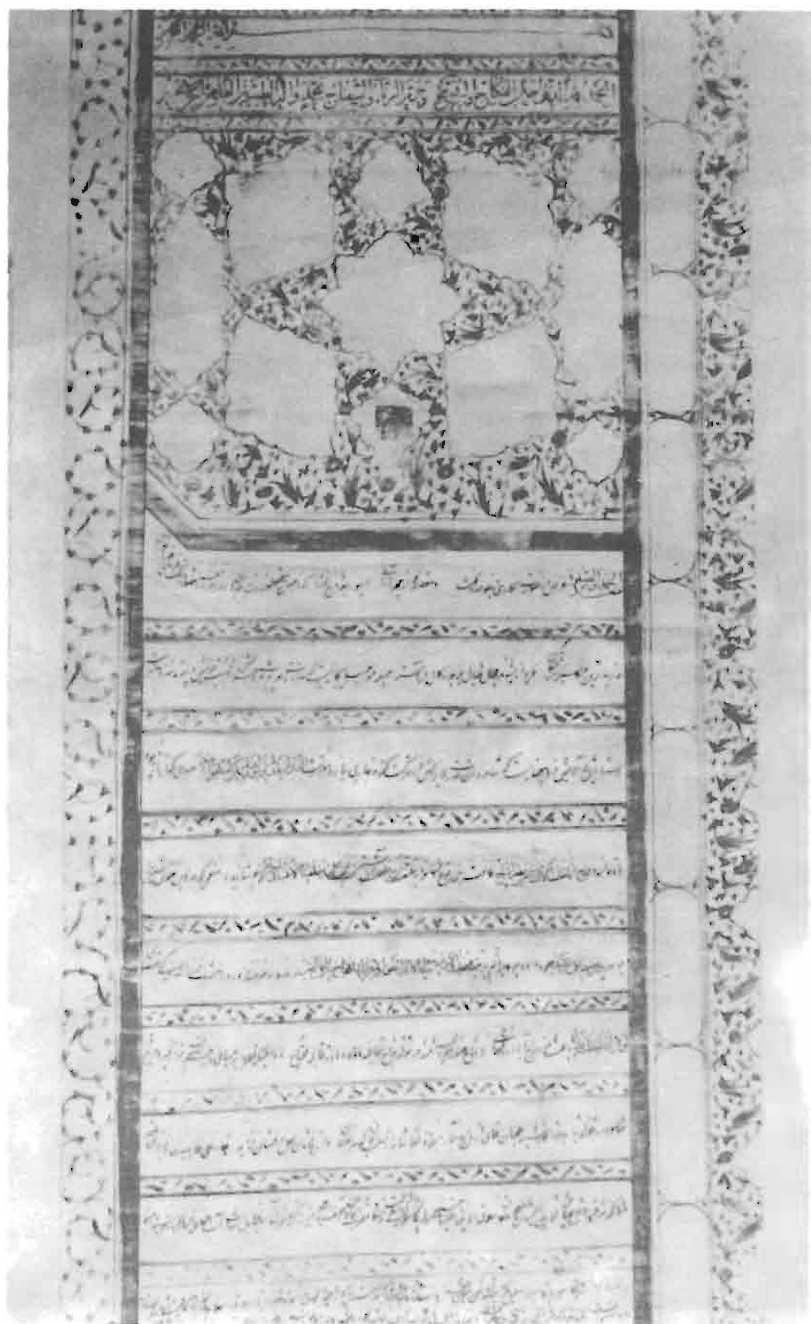
Estos ruidos horribles los recuerdo muy bien, porque nosotros tres colgábamos de nuestra madre, no sabiendo ella si la víctima era su adorado Esposo. Ella no podía saber si El estaba vivo todavía hasta tarde en la noche o muy temprano en la mañana cuando se aventuraba a salir desafiando el peligro para ella y para nosotros, porque no se libraban ni mujeres ni niños.

Cuán bien lo recuerdo, agachada en la noche, con mi pequeño hermano, Mírzá,^b la Más Pura Rama, en esa época con dos años de edad, en mis brazos, quien no era muy fuerte, mientras que yo tenía solamente seis. Temblaba de terror, porque sabía algunas de las terribles cosas que estaban sucediendo y sabía que ellos hubieran prendido aun a mi madre.

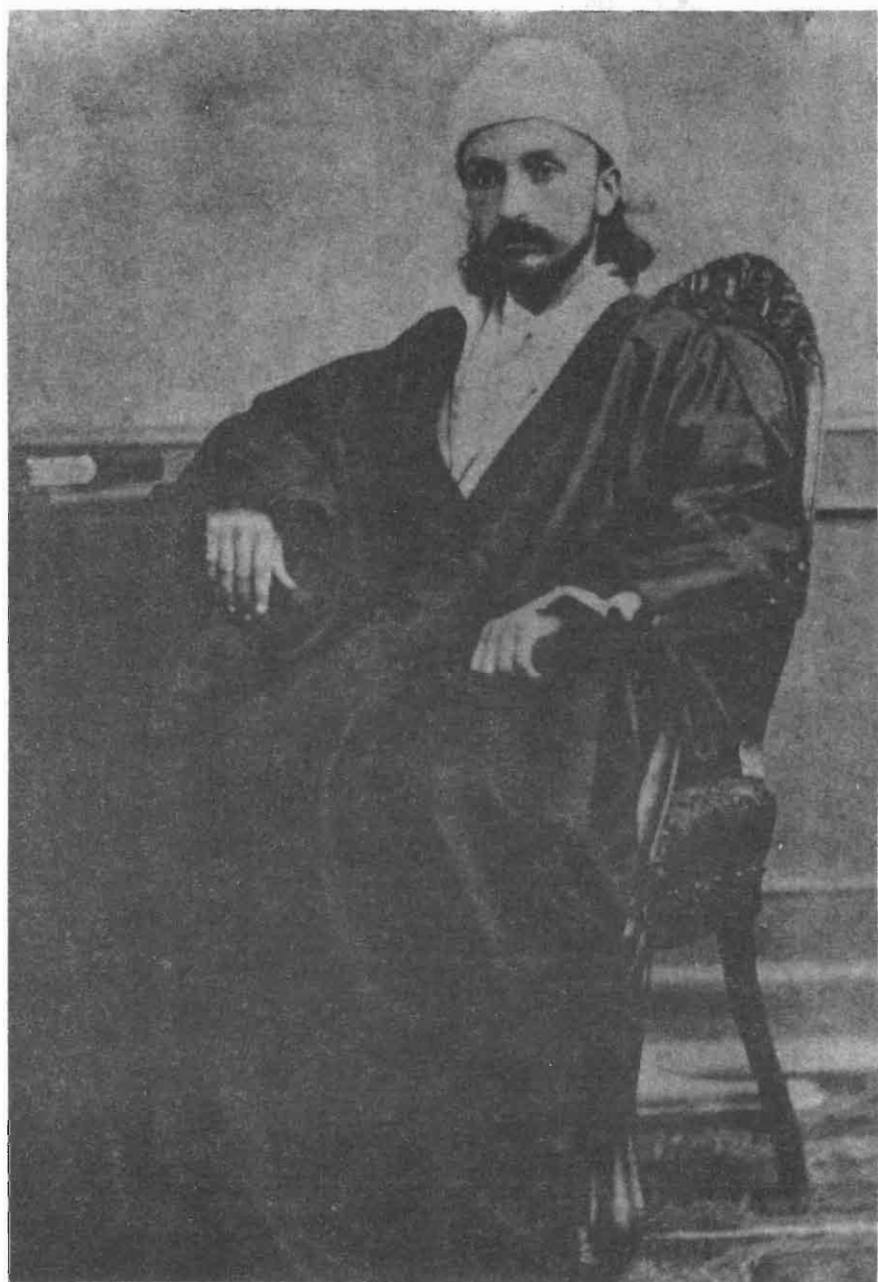
Así fue que esperaba y esperaba hasta que ella regresaba. Entonces Mírzá Músá, mi tío, quien estaba oculto, se aventuraba a salir para averiguar las últimas

^a. Se refiere a los seguidores del Báb. En el año 1852, cuando suceden estos acontecimientos, Bahá'u'lláh era un creyente del Báb.

^b. Mírzá Mihdí.



El Certificado de Matrimonio de Bahá'u'lláh



'Abdu'l-Bahá en Adrianópolis

noticias que mi madre hubiera podido recoger.

Mi hermano 'Abbás generalmente la acompañaba en estas angustiosas correrías. Nosotros escuchábamos ansiosamente el relato que ella hacía a mi tío.

Esta información venía por gentileza de una hermana de mi abuela, casada con Mírzá Yúsif, un ciudadano ruso, muy amigo del Cónsul ruso en Teherán. Este caballero, mi tío abuelo por matrimonio, iba a las Cortes a averiguar los detalles acerca de las víctimas escogidas para su ejecución cada día, y así pudo aliviar en cierto modo la ansiedad abrumadora de mi madre durante estos días espantosos.

Fue Mírzá Yúsif quien pudo ayudar a mi madre a mandar alimento a mi Padre y quien nos llevó a las dos pequeñas habitaciones cerca de la prisión, donde estuvimos escondidos. Él tuvo que tener mucho cuidado en desafiar así a las autoridades, aunque el peligro en este caso fue mitigado por el hecho de estar él bajo la protección del Consulado de Rusia, como ciudadano ruso.

Ninguno de todos nuestros amigos y relacionados se atrevió a venir a ver a mi madre durante estos días de muerte, salvo la esposa de Mírzá Yúsif, la tía de mi Padre.

Un día descubrió Mírzá Yúsif que nuestros incansables enemigos, los más fanáticos de los mullás,^a estaban complotando la muerte de Mírzá Husayn 'Alí,^b mi Padre.

Mírzá Yúsif consultó al Cónsul Ruso y aquel amigo poderoso decidió que este plan debía ser frustrado inmediatamente.

Una escena asombrosa tuvo lugar en la Corte donde se dictaban las sentencias de muerte. El Cónsul Ruso se levantó e intrépidamente se dirigió a los de la Corte:

'¡Escuchadme! Tengo palabras de suma importancia que deciros!', (resonó su voz, el presidente y los oficiales estaban demasiado sorprendidos para responder).

'¿No os habéis vengado suficientemente ya? ¿No habéis asesinado ya a un gran número de gente inofensiva por esta acusación cuya absurda falsedad vosotros conocéis bien? ¿No habéis tenido ya suficiente orgía de tortura brutal para sentirnos satisfechos? ¿Cómo es posible que podáis siquiera pretender pensar que este agosto prisionero planeara aquel estúpido atentado de matar al Sháh?

¿No sabéis que el arma usada por aquel pobre joven no podía matar ni a un pájaro siquiera? Además el pobre muchacho estaba evidentemente trastornado. Vosotros sabéis muy bien que esta acusación, no solamente es falsa, sino que es claramente ridícula. ¡Debéis poner fin a todo esto!

Estoy resuelto a extender la protección de Rusia a este noble inocente,

^a. Sacerdotes musulmanes.

^b. Nombre de Bahá'u'lláh.

¡así que cuidado! Porque, si un solo pelo de su cabeza fuese tocado, desde este momento ríos de sangre correrán en vuestra ciudad como castigo. Haréis bien en prestar atención a mi advertencia porque mi país está detrás de mí en este asunto'.

Mírzá Yúsif relató a mi madre esta escena aquella noche, la que refirió ella a mi tío, Mírzá Músá, cuando fue a obtener noticias.

Demás está decir cuán ansiosamente mi madre y yo escuchamos y cómo lloramos todos de alegría. Muy pronto después supimos que, temiendo desatender la severa advertencia del Cónsul de Rusia, el Gobernador dio órdenes para que se permitiese salir a mi Padre de aquella prisión con vida. También fue decretado el destierro de Él y Su familia.

Debía salir de Teherán a Baghdád. Se les concedió diez días para que se prepararan porque el querido prisionero estaba muy enfermo.

Así fue como Él llegó a nuestras dos pequeñas habitaciones, ¡oh, la alegría de Su presencia!

¡Oh, el horror de aquel calabozo donde había pasado aquellos terribles meses! Jamál-i-Mubárak (nombre dado a mi Padre, que literalmente quiere decir Bendita Belleza) dijo muy poco de los terribles sufrimientos pasados entonces! Nosotros que vimos las señales de lo que había sufrido, las marcas donde las cadenas habían lacerado la delicada piel, especialmente la del cuello, Sus pies heridos, por tanto tiempo descuidados, las evidencias de la tortura del bastinado, cómo lloramos con mi querida madre!

Él, por Su parte, refirió la firme fe de los amigos que habían ido a encontrar su muerte a manos de sus torturadores, con alegría y regocijo, para merecer la corona del martirio.

La Gloria había ganado tan grande victoria, que la vergüenza, los dolores, los pesares y el escarnio fueron comparativamente de ninguna importancia.

Jamál-i-Mubárak (Bahá'u'lláh) tuvo una experiencia divina y maravillosa mientras estuvo en la prisión.

Notamos un nuevo resplandor que parecía envolverlo como una vestidura radiante; su significado íbamos a saberlo años más tarde. En ese tiempo solamente vimos la maravilla, sin comprenderla, sin ni aun habérsenos dado los detalles de tan sagrado acontecimiento.

Mi madre hizo todo lo que pudo por cuidar a nuestro amado Padre, a fin de que pudiera tener alguna fuerza para emprender aquel viaje dentro de diez días.

¡Ahora se presentaba la gran dificultad!

¿Cómo podía preparar este viaje?

La pobre, querida señora, vendió casi todo lo que le quedaba de su dote matrimonial, joyas, trajes bordados y otras pertenencias, por lo cual recibió ella cerca de cuatrocientos tumanes.^a Con este dinero pudo ella obtener algu-

^a. Moneda de Irán.

nas provisiones para el terrible viaje. (El gobierno no proveía en nada a las necesidades de aquellos que desterraba).

Este viaje estuvo lleno de dificultades indescriptibles. Mi madre no tenía experiencia, no tenía sirvientes ni provisiones y le quedaba muy poco dinero. Mi padre estaba extremadamente enfermo, no pudo recobrase de las pruebas de las torturas y la prisión. Ninguno de nuestros amigos y relacionados se atrevió a venir en nuestra ayuda, ni aun a despedirse de nosotros, fuera de una vieja señora, la abuela de Asíyih Khánum.

Nuestro fiel sirviente, Isfandíyár, y la mujer negra que no temieron quedarse con nosotros, hicieron lo que pudieron. Pero éramos tres niños muy pequeños; mi hermano tenía ocho años y yo seis. Mírzá Mihdí, la Más Pura Rama, se hallaba muy delicado de salud y mi madre dejó que le persuadieran en dejar al pequeño niño, aunque la separación de él fue muy triste.

Por fin empezamos aquel horrible viaje que duró cerca de tres meses; el tiempo era terriblemente frío, había nieve en el suelo.

En el viaje a Baghdád algunas veces acampamos en lugares desiertos; en aquel mes de diciembre el frío era intenso y nosotros no estábamos bien provistos!

¡Mi pobre madre! ¡Cómo sufrió en aquel viaje, montada en una cabalgadura sobre una mula de peso duro! ¡Y esto sucedió solamente seis semanas después de haber dado a luz al menor de sus hijos!

Nunca profirió ella alguna palabra de queja, siempre estaba pensando en hacer alguna gentileza a alguien y prodigó su simpatía a todos en sus dificultades".²

* * *

2. Una oración de Bahá'u'lláh

Esta oración fue revelada en el destierro que Él sufrió con Su esposa, hijos y dos de Sus hermanos.

¡Mi Dios, mi Maestro, mi Deseo!... Tú has creado este átomo de polvo mediante la consumada fuerza de tu poder, y lo has alimentado con tus manos, que nadie puede encadenar... Has destinado para Él, pruebas y tribulaciones que ninguna lengua puede describir, y que ninguna de tus Tablas puede adecuadamente relatar. El cuello que Tú acostumbraste al roce de la seda, al final, lo has ceñido con fuertes cadenas, y el cuerpo al que acomodaste con brocados y terciopelo, Tú finalmente, lo has sometido a la degradación de un calabozo. Tu decreto me ha ligado con innumerables grillos, y ha colocado sobre mi cuello cadenas que nadie puede romper. Ha transcurrido cierto número de años durante los cuales las aflicciones, como lluvias de misericordia, han caído sobre mí... ¡Cuán numerosas las noches cuando el peso de las cadenas y grillos no me permitieron reposo, y cuán numerosos los días durante los cuales la paz y la tranquilidad me fueron negados, a causa de aquello con que las manos y las lenguas de los hombres me han atormentado! Tanto el pan como el agua que Tú, por Tu misericordia, que todo lo abarca, has concedido a las bestias del campo, ellos han negado, por un tiempo a este siervo, y aquello que rehusaron inflingir sobre aquellos que se han apartado de Tu Causa, eso mismo me inflingieron a mí, hasta que, finalmente tu decreto fue establecido irrevocablemente, y tu mandato ordenó que este siervo partiese de Persia, acompañado por un grupo de hombres endebles y niños de tierna edad, en este momento cuando el frío es tan intenso que no se puede incluso hablar, y el hielo y la nieve abundan tanto que es imposible avanzar".³

* * *

3. La Consorte de Bahá'u'lláh

En los años cuando Bahá'u'lláh vivía todavía en Irán, habíase Él convertido en el campeón de la enseñanza de la Fe del Báb, visitando constantemente muchas veces a caballo, los diferentes pueblos y aldeas de Su provincia natal y de otras regiones, y participando en eventos históricos como la Conferencia de Badasht y el episodio de Tabarsí.

Tenía Su residencia en Teherán la cual era un foco de las actividades de los amigos persas. A Su casa afluyeron distinguidos babís de la época como Mullá Husayn, Quddús, Vahíd, Nabíl, Hujjat, Táhiri, etc.

Frecuentemente Él se ausentaba del hogar para sortear situaciones adversas a fin de promover los intereses de la Causa del Báb.

Su ayuda material y espiritual siempre fue brindada en los momentos que se requería. Tres veces fue encarcelado en suelo persa, antes de Su destierro a Baghdád, bajo condiciones indecibles. Fue torturado hasta sangrar varias veces, puesto bajo el peso de cadenas de cincuenta kilos, privado de alimento y bebida, despojado finalmente de Sus posesiones terrenales.

Asíyih abrió su casa para la Fe. Nabíl, el destacado historiador de la Fe, recuerda una vez que le curó de una afección al ojo con un ungüento que ella misma preparó. También Asíyih se contactó con otras brillantes mujeres como Táhiri, quien por un tiempo vivió en su casa.

Y cuando por ese decreto del Sháh de Persia, la Familia Sagrada, tuvo que cruzar las fronteras del país por siempre, Navváb con desprendimiento sumo cambió las comodidades que una vasta riqueza le deparó con las dificultades y privaciones que estos sucesivos destierros en tierras extrañas, sin familia ni amigos, le acarrearón.

Así lo hizo, tanto en Baghdád —Irak— como en Constantinopla, Adriánópolis, y por último, la Más Grande Prisión de 'Akká.

Se encargaba ella con diligencia en las tareas domésticas a pesar de que sus manos nunca fueron adiestradas en ello.

Bahíyyih Khánum relató de los días del viaje a Baghdád.

En la misma Crónica Hablada leemos:

“Cuando llegamos a una ciudad, mi querida madre llevaría las ropas y las lavaría en el baño público; ... Ella traería las frías y húmedas ropas en sus brazos —secarlas era una tarea casi imposible; sus bellas manos, al estar ocupadas en ese rudo trabajo, llegaron a estar muy adoloridas.

Por algunas veces estuvimos en un caravanserai —un tipo de incómoda posada. Nos era permitido una habitación para toda la familia, y sólo por una noche. No era permitido el tener luz de noche y no había camas. Algunas veces pudimos hacer té, o a tener unos pocos huevos, un poco de queso, o algún pan duro.

Mi Padre estaba tan enfermo que no pudo comer la ruda comida —mi madre estaba muy afligida y trataba de ver la manera de conseguir alimento diferente, mientras Él se ponía más débil porque no comía nada.

Un día ella pudo conseguir un poco de harina, y una noche cuando arribamos al caravanserai, ella hizo un dulce pastel para Él. ¡Oh! —la mala suerte— siendo muy oscuro, ella puso sal en vez de azúcar. El pastel no se podía comer. Todo una tragedia.

El Gobernador de Teherán envió soldados con nosotros hasta la frontera donde los soldados turcos vinieron y nos llevaron escoltados a Baghdád.

Apenas llegamos allí, tuvimos una casa muy pequeña, que consistía de un cuarto para mi Padre, y otro para mi madre, en el que estuvieron también mi hermano mayor, el bebé y yo misma.

Cuando venían unas damas árabes para vernos, este era el único salón de recepción. Estas damas, venían, pues Táhiriḥ —Qurratu'l-Ayn— les había enseñado cuando ella visitó Baghdád.

Un día, cuando una señora de edad estaba allí, se me pidió que prepare el samovar^a —era muy pesado el cargarlo por las escaleras y mis brazos no eran lo suficientemente fuertes—. La señora de edad dijo: 'Una prueba de que la enseñanza babí es maravillosa es que una niña muy pequeña sirvió el samovar'.

Mi Padre se divertía, solía decir: 'Aquí está la señora convertida por haberte visto sirviendo el samovar'.

... Mírzá Músá era siempre muy devoto a Bahá'u'lláh.

Este tío, Mírzá Músá, quien vino en el exilio con nosotros, era un cariñoso ayudante en todo. Alguna vez, él hizo casi todo lo referente a la cocina, pues en eso tenía talento; él también ayudaría en el lavado.

Asíyih Khánum, mi querida madre, estaba delicada de salud, su vigor había disminuido por las durezas que había experimentado, pero siempre trabajó más allá de su capacidad.

Algunas veces mi Padre en persona le ayudaba en la cocina, pues este duro trabajo era mucho para la delicada, refinada y gentil señora. Las durezas que soportó entristecían el corazón de su divino Esposo, quien también era su Señor. Él prestó esta ayuda antes y después de su viaje al desierto de Sulaymáníyyih..."⁴

Durante dos años, Bahá'u'lláh se alejó de Su familia y de la comunidad babí para ir a esas montañas. Fueron momentos de oración y meditación que tuvo la Bendita Belleza, antes de la fecha cuando algunos años después iba a declarar Su Misión divina.

Al salir de su casa, el 10 de abril de 1854, sin aviso, Él no regresó más. "Ahora nuestra mayor ansiedad", contó Bahíyyih Khánum, de esa larga

^a. El samovar es una estufa oriental para preparar el té.



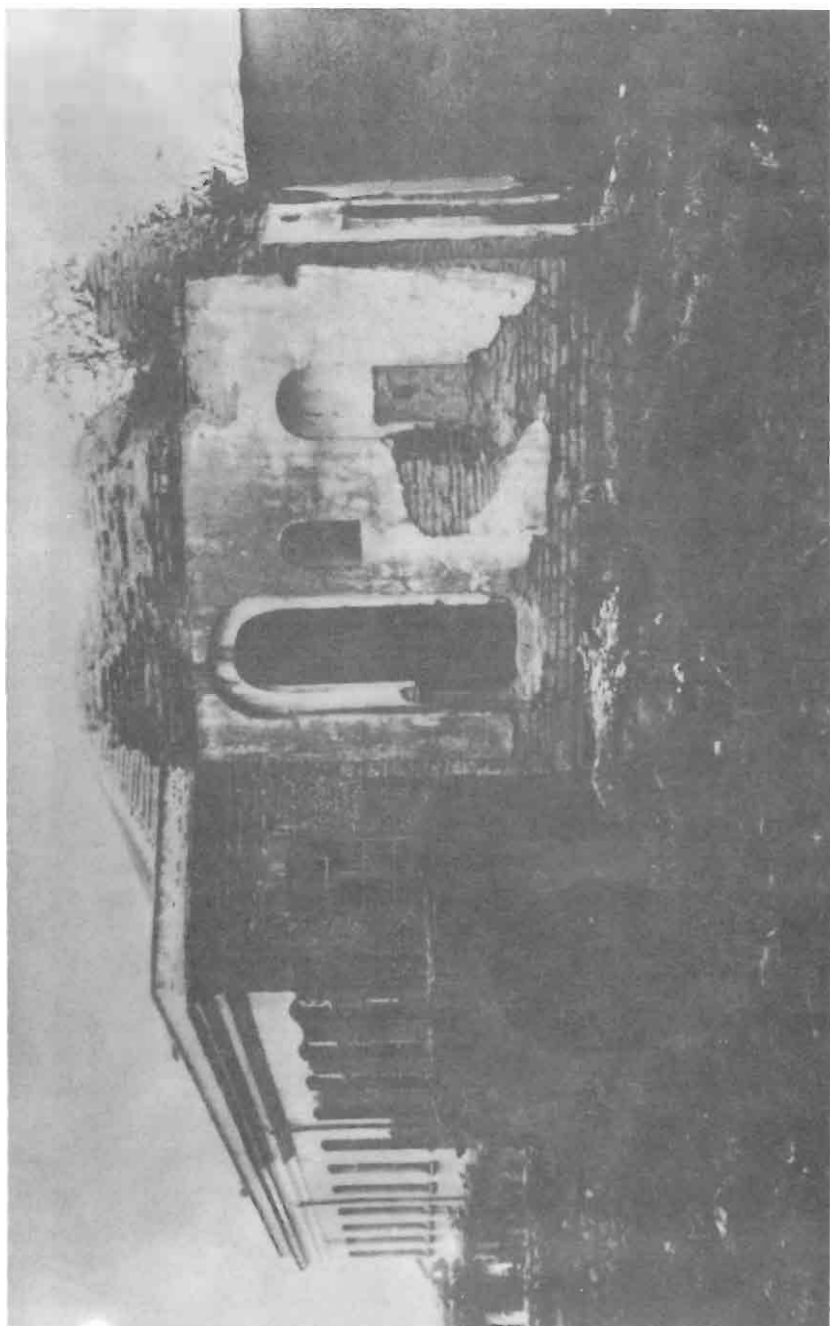
Bahíyyih Khánum, la Hija de Bahá'u'lláh



El Sepulcro de Bahíyyih Khánum en el Monte Carmelo



Una de las Casas habitadas por la Familia Sagrada en Adrianópolis. Llamada Casa de Rida Big



Ruinas de la Casa de 'Izzat Aghá, en Adrianópolis, habitada en un tiempo por Bahá'u'lláh y Su Familia

separación, "concernía al paradero de Jamál-i-Mubárak, Bahá'u'lláh. Todo ese tiempo, mi madre y Mírzá Músá hicieron toda averiguación posible. La pena de mi hermano^a ante la prolongada ausencia era conmovedora. En una ocasión, oró toda la noche con una sola intención, que nuestro Padre volviera a nosotros.

Al día siguiente, Él y nuestro tío Mírzá Músá, oyeron a dos personas hablando de alguien maravilloso, que vivía como un derviche en el distrito de la montaña abierta de Sulaymáníyyih. Ellos lo describieron como 'Aquel desconocido' que estaban magnetizando a la aldea con Su amor. Y ellos supieron inmediatamente que éste tenía que ser nuestro Amado (Bahá'u'lláh).

Aquí por fin había una pista. Sin demora Shaykh Sultán, nuestro leal amigo, con otro de los discípulos salieron a la búsqueda. Inútil es decir como nuestros corazones fueron con ellos, y que nuestras oraciones por el éxito eran incesantes.

La esperanza proyectó entonces su brillo sobre la oscura sombra de nuestra ansiedad, que había entristecido nuestras vidas por dos años.

Al paso de estos días de intensa espera, nuestra fe tanto como nuestra esperanza aumentaron y crecieron. Sabíamos que en días muy cercanos, a nuestro alcance, nuestro errante, nuestro Padre, estaría otra vez con nosotros.

Mi madre había hecho una chaqueta para Él, de unas piezas de preciosa tela persa (tirmih – vestido rojo) que ella había cuidadosamente guardado de los restos de su tesoro de casamiento para ese propósito, ahora estaba listo para vestirlo. ¡Por fin! ¡Por fin! Así, mi madre, mi hermano y yo, sentados en un estado de expectación sin aliento, escuchamos un paso. Era un derviche^b. A través del disfraz vimos la luz de la presencia de nuestro Amado!

Nuestra alegría al abrazarnos a Él no puede ser descrita. Puedo ahora ver a mi amada madre, serena y dulce, y a mi hermano tomando con firmeza la mano de su Padre, como pensando que nunca más podía dejar que se perdiera de su vista, casi envuelto el amoroso muchacho en la extraña vestimenta del disfraz derviche. Nunca podré olvidar esta escena tan conmovedora y feliz"⁵

La felicidad de esos días fue coronada cuando de Persia fue traído el tierno Mírzá Mihdí.

La Familia Sagrada habitaba en una sencilla casa, de techo bajo hecho de lodo y paja, y adornada con un pequeño jardín. En su interior había un solo sofá, hecho de ramas de palmera en donde se sentaba Bahá'u'lláh.

Muchos creyentes de Persia, al igual que príncipes, campesinos, teólogos, ricos y pobres, empezaron a acudir a esa casa y buscar la presencia de la Bendita Perfección. A pesar de esa pobreza, siempre había un plato de comida para compartir con los visitantes numerosos.

Muchas veces su ropa tenía que ser lavada y secada por la noche, para ser usada al día siguiente, pues esto era lo único que Él tenía.

^a. 'Abdu'l-Bahá.

^b. Especie de religioso mahometano que vive en soledad y retiro.

Señala 'Abdu'l-Bahá: "El contentamiento es la verdadera riqueza. Si uno desarrolla dentro de sí mismo el don del contentamiento llegará a ser independiente. El contentamiento es el creador de la felicidad. Cuando uno se encuentra contento no se preocupa de riquezas o pobreza. Vive por encima de las influencias e indiferente a ellas. Cuando estuvimos en Baghdád a menudo con una libra de carne servíamos la cena a 15 o 20 personas. Hacíamos con ella el estofado persa, y llenábamos de agua la olla, de manera que todos pudieran tener un plato de sopa. A pesar de esto estábamos muy felices y pensábamos que la nuestra era la cena más deliciosa"⁶.

La permanencia en Baghdád se prolongó por un período de diez años. En todo ese tiempo la ascendencia espiritual de la Bendita Belleza y, la fama que se esparció en la ciudad a causa de Su sabiduría y santidad, despertó empero la envidia y el celo de los adversarios de la Causa.

Por medio de sus influencias hicieron que el gobierno turco llame a Bahá'u'lláh a la ciudad de Constantinopla, la capital del Imperio.

La orden del Sultán, promovida con el apoyo de Sháh de Persia, rompió la tranquilidad que la vida entre la población estaba empezando a recobrar. Antes de salir de Baghdád, se retiró a un jardín en las afueras de la ciudad y en ese lugar la Bendita Belleza declaró Su misión a unos miembros de Su familia y a un grupo de creyentes, Sus compañeros.

Durante el viaje de más de tres meses fueron acompañados por oficiales y guardias.

En Constantinopla, la "Cúpula del Islám", permanecieron pocos meses, hasta cuando el soberano ordenó un subsecuente destierro a Adrianópolis, tan severo en su rigor como había sido el primero.

Se cuenta que en la ruta los compañeros sufrieron de intenso frío y tuvieron que prender fogatas para calentarse y también fundir el hielo de los manantiales para obtener una provisión de agua.

Debieron de continuar la marcha forzada, a veces de noche y bajo la descarga de fuertes lluvias.

A esta ciudad, Bahá'u'lláh se refirió como "el lugar que nadie entra excepto aquellos que se han rebelado contra la autoridad del soberano". "Nos expulsaron desde tu ciudad", le increpa al soberano, "con una degradación, con la que ninguna degradación; en toda la tierra, se puede comparar". "Ni mi familia, ni aquellos que me acompañaron, tenían la vestimenta necesaria para protegerse del frío en ese clima helado". "Los ojos de nuestros enemigos lloraron por nosotros; y después de ellos, los de toda persona con discernimiento"⁷.

Llegados todos a Adrianópolis, se instalaron en una posada para viajeros, la cual fue cambiada poco después por una casa. La pobreza reinante hacía que por momentos el único alimento en el hogar sea pan y queso.

Desde esa ciudad, situada en continente europeo, y habitada mayormente

por cristianos, Bahá'u'lláh dirigió Sus históricos y trascendentales llamados a los reyes y soberanos de la tierra.

La Familia Sagrada y el grupo de bahá'ís exiliados permanecieron cerca de cinco años en dicho lugar. En los años finales, los Rompedores del Convenio —enemigos de la Fe encabezados por Mírzá Yahyá—, desataron una campaña de calumnias contra Bahá'u'lláh.

Este medio hermano, convulsionado de celos por la ascendencia de Bahá'u'lláh, decidió darle muerte en varias ocasiones, una de las cuales ha sido descrita por el Guardián de la Fe.

“Aproximadamente un año después de su llegada a Adrianópolis, comenzaron a agitar su mente planes desesperados para envenenar a Bahá'u'lláh y a sus compañeros, para reanimar de este modo su propia fenecida jefatura. Consciente de la erudicción de su medio hermano, Áqáy-i-Kalím,^a en cuestiones de medicina, bajo diversos pretextos, buscó de él ilustración sobre los efectos de ciertas hierbas y venenos y entonces, contrariamente a su costumbre, comenzó a invitar a Bahá'u'lláh a su casa en la que, cierto día, después de haber untado la taza de su té con una mezcla que había preparado, logró envenenarle lo suficiente como para producir una seria enfermedad, que duró nada menos que un mes, y que iba acompañada de fuertes dolores y fiebre, cuya secuela fue dejar a Bahá'u'lláh con mano temblorosa, hasta el fin de su vida. Era tan grave su estado, que fue llamado un médico extranjero, llamado Shíshmán, para que lo atendiese. El médico se sintió tan aterrado por su tono lívido, que estimó que el caso no tenía esperanzas y, después de arrodillarse a sus pies, se retiró de su presencia, sin prescribir ningún remedio. Pocos días después, ese médico se enfermó y falleció. Antes de su muerte, Bahá'u'lláh insinuó que el doctor Shíshmán había sacrificado su vida por Él. El doctor dijo a Mírzá Áqá Ján^b, que lo visitó por indicación de Bahá'u'lláh, que Dios había respondido a sus oraciones y que, después de su muerte, debía ser llamado en su lugar cierto Dr. Chúpán, que él sabía que era de confianza, siempre que fuese necesario”⁸. Mírzá Yahyá, en otra oportunidad, envenenó el pozo de agua de donde la Familia Sagrada extraía agua para su consumo diario.

Por todos los medios, Mírzá Yahyá y sus seguidores, trataron de desacreditar a Bahá'u'lláh. Todas las cosas que hicieron precipitaron una crisis de suma gravedad.

A esta campaña se involucraron adversarios de mucha influencia en el gobierno. El 26 de julio de 1968, el Sultán de Turquía firmó finalmente el edicto por la cual Bahá'u'lláh, Su familia y un grupo de bahá'ís eran nuevamente condenados al destierro.

Esta vez se dictó cadena perpetua a la colonia penal de 'Akká, la peor que

^a. Mírzá Músá.

^b. El amanuense de Bahá'u'lláh.

se podía hallar en todo el imperio otomano.

El dolor de la Familia Sagrada llegó a su punto crítico. Los ministros de la corte, el mismo monarca, el embajador persa, impartieron estrictas instrucciones para que el confinamiento se cumpla exactamente en sus detalles emanados de la orden imperial. El aislamiento debía ser total.

Los mismos bahá'ís en la Cuna de la Fe fueron sacudidos por esta repentina tormenta de adversidades alrededor de la figura de Bahá'u'lláh.

La Bendita Perfección llegó a esa terrible ciudad-prisión el 31 de agosto del mismo año. Arribaron todos por barco y entraron por una puerta que daba al mar. De inmediato fueron conducidos a las "barracas" en donde fueron encarcelados.

Asíyih siguió demostrando entonces la benignidad de su alma, y personalmente animaba y atendía a los amigos, muchas veces muy enfermos en esa pútrida atmósfera, tomando sobre sus hombros los asuntos caseros, tratando en cada caso de reducir la angustia ajena.

Muchas veces fue ella la profesora de sus niños. En otras ocasiones era Bahá'u'lláh o el tío Mírzá Músá.

Es en esta prisión donde muere Mírzá Mihdí, su joven y muy querido hijo menor. Esto sucedió en el año de 1870, cuando se encontraba él caminando por el techo de la prisión y así, absorto en sus devociones, cayó sin darse cuenta a través de una claraboya, muriendo horas más tarde.

En su lecho agónico este noble joven pidió a su Padre, que su vida sea un sacrificio para que los bahá'ís puedan algún día llegar a Su presencia.

Asíyih Khánum casi no pudo soportar este golpe. La Providencia le había arrancado en Baghdád al menor de todos, cuando no tenía a nadie a la mano para recurrir para su auxilio. Ahora, le quitaba nuevamente a otro en una prueba que parecía exceder la fortaleza mental de esta verdadera santa. Estaba ella transida de dolor y desesperación.

Bahíyyih Khánum, también muy acongojada por la pérdida de su querido hermano menor, relató los sentimientos de su madre: "La muerte de este hijo más joven y niño favorito —de una gentil y suave disposición—, casi rompió el corazón de su madre. Nosotros temíamos por ella. Cuando la Bendita Belleza hubo escuchado de la condición de Su esposa, fue donde ella y dijo: 'Tu hijo ha sido tomado por Dios para que Su pueblo pueda ser libre. Su vida fue para darles el rescate y tú debes regocijarte en haber dado un hijo tan querido a la Causa de Dios'.

Cuando nuestra madre escuchó estas palabras, pareció reanimarse, y después de esto no derramó más lágrimas"⁹.

En verdad, ¡una gran magnanimidad de espíritu!

Pocos meses después todos los prisioneros abandonaron la plaza fuerte y fueron trasladados a una casa alquilada dentro de la ciudad-prisión.

“Su pequeña habitación era simple y sencilla”, un testigo ocular recuerda sus últimos años, “—la blanca y angosta cama, que durante el día servía de sofá, una mesa muy pequeña sobre la cual estaba su libro de oraciones y otros libros sagrados, su Qalam-dán (estuche de plumas) y hojas para escribir; había también su rosario, algunas veces una flor en una maceta, y finalmente una vieja y decorada caja con su otro vestido y sus otras prendas íntimas de vestir.

Bahá'u'lláh tenía sólo dos sacos (hechos de Barak, una tela persa de algodón); estaban casi a punto de ser desechados por su estado, y mucho de su tiempo, yo la recuerdo, se la pasaba parchándolos y zurciéndolos y también Sus calcetines.

Mis ojos siempre miraban su vestido azul, con un blanco niqab^a en su cabeza, y las pequeñas y negras sandalias en sus pies. Su dulce y sonriente faz, y su abrigadora expresión, aparecían cuando ella entonaba sus oraciones en su musical voz”.

Ásíyih falleció en 'Akká en el año de 1886. Sus fuerzas habíanse minado con el correr del tiempo. De acuerdo al testimonio póstumo de *Abdul Baha*, todos los que murieron ese día fueron perdonados.¹⁰

“Un día triste venía de mis clases”, cuenta esa misma fuente, “y encontré a mucha gente reunida allí y en perturbada condición. Yo pregunté: ¿Qué es lo que pasa?

— Tu abuela está muy enferma.

Vi a Bahá'u'lláh que entraba a su habitación; después de un tiempo Él salió; se había ido ello de los días de tristeza y llenos de pena de su vida sobre la tierra.

¡Cuánto nosotros la lloramos! Extrañábamos su bella presencia, su infalible y amorosa bondad, y, su completa falta de egoísmo que la habían hecho querer entre todos nosotros.

Bella, amorosa, fina y delicada, de aguda inteligencia, con más fuerza de carácter que de físico, Un fuerte sentido del humor era uno de sus muchos dones”.¹¹

A su entierro asistieron los principales personajes de 'Akká, sacerdotes cristianos y mahometanos, niños de escuela que cantaban en voz alta poemas expresando su tristeza por la pérdida de esa ilustre dama.

Al año siguiente fallecía Mírzá Músá.

En el edificio de los Archivos Internacionales de la Fe Bahá'í se guardan como preciosas reliquias, su espejo, cabello, pañuelo, lentes (uno de ellos roto) y sus cartas.

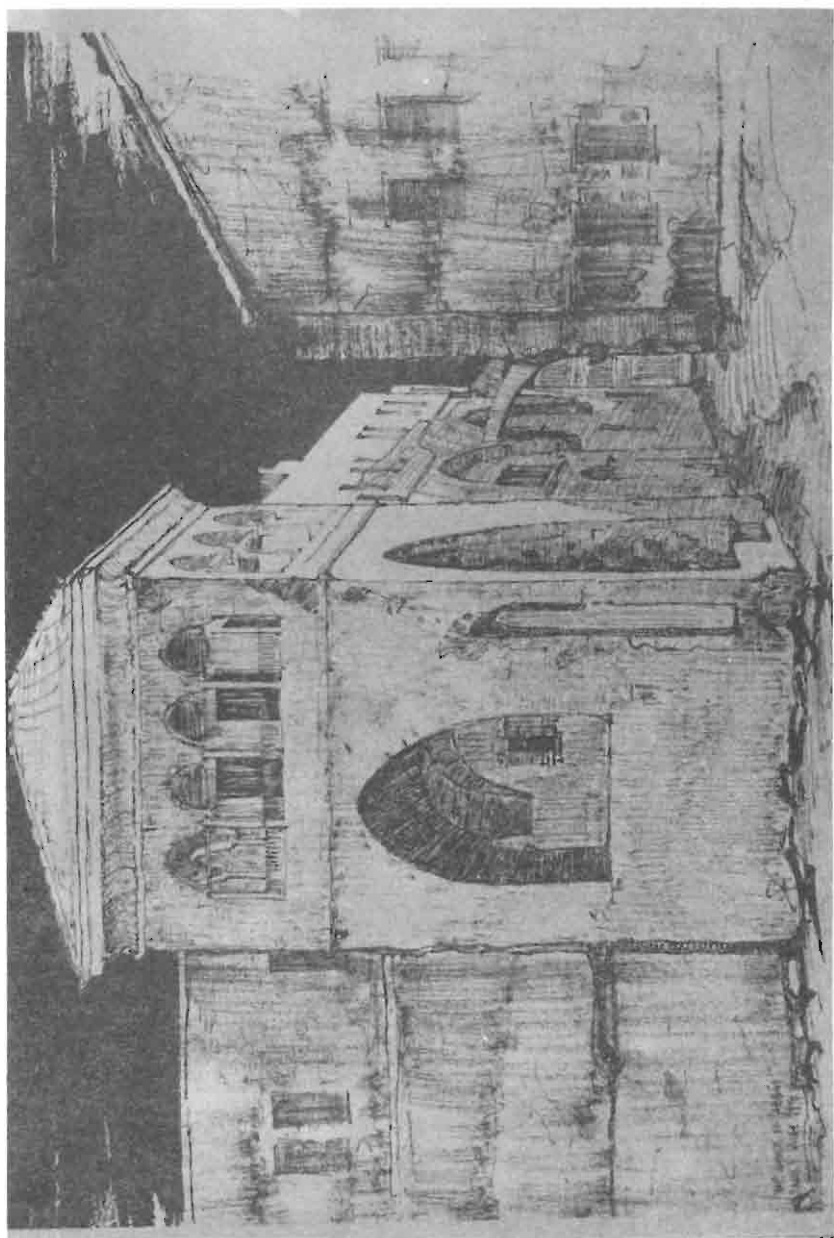
En el año de 1939, el Guardián Shoghi Effendi trasladó de 'Akká a Haifa los restos de Navváb y de Mírzá Mihdí, y construyó para ellos unos dignos mausoleos de mármol sobre el Monte Carmelo, cerca al Santuario del Báb, dentro de

^a. Adorno de la época.

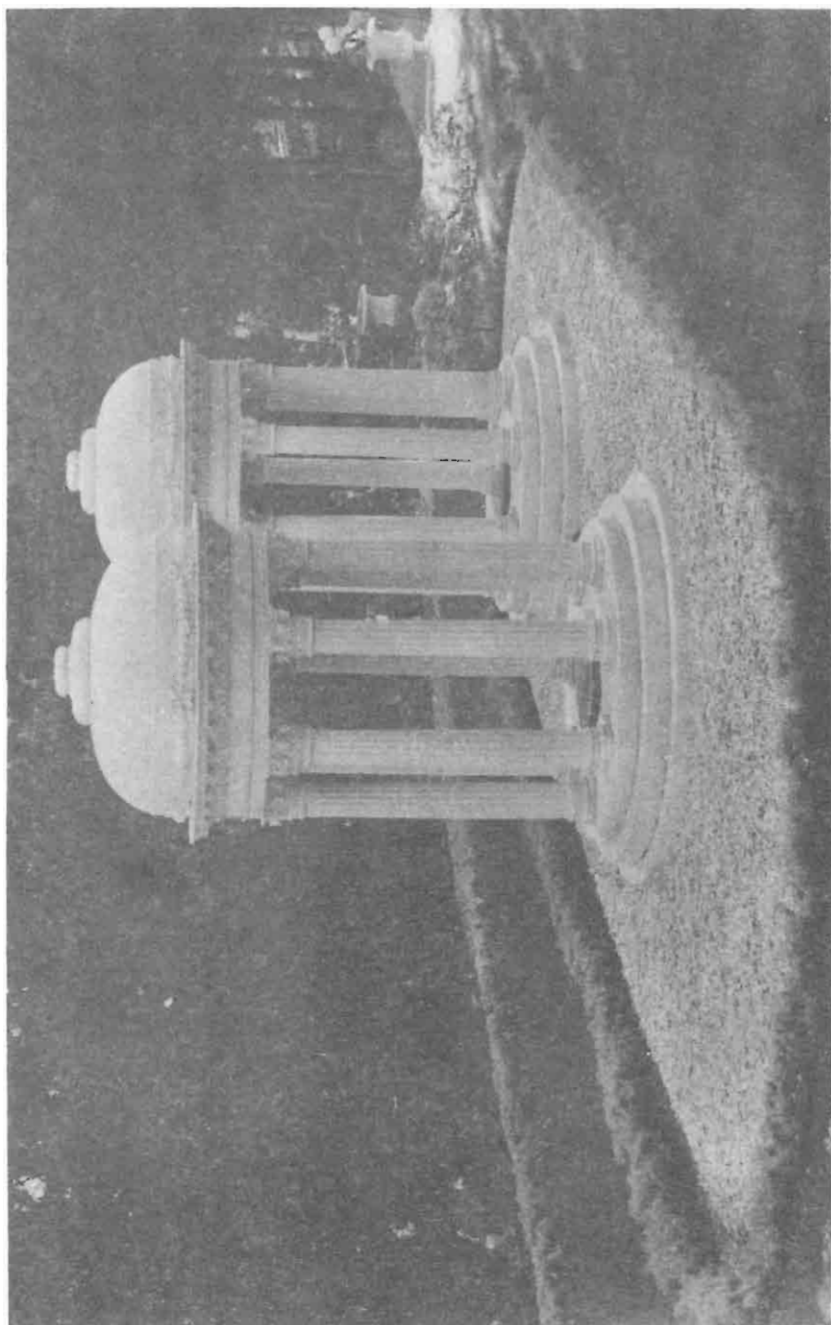
cuyo recinto sagrado está también sepultado 'Abdu'l-Bahá.

El peregrino bahá'í que visita esas dos tumbas gemelas, puede impregnar su alma con la atmósfera santificada de ese lugar sagrado, y rememorar en espíritu de oración, la vida y obra de Nawwáb, la esposa de Bahá'u'lláh.

* * *



La Casa de Abbúd en 'Akká; vivienda de la Familia de Bahá'u'lláh luego del presidio. (Por Dr. David Ruhe)



Sepulcros de Navváb y Mirzá Mihdí en el Monte Carmelo

4. Palabras de Bahá'u'lláh dirigidas a Navváb.

“El primer Espíritu a través del cual todos los espíritus fueron revelados, y la primera Luz por la cual todas las luces resplandecieron, descansen sobre ti, oh Más Exaltada Hoja, tú que has sido mencionada en el Libro Carmesí! Tú eres a quien Dios creó para levantarse y servir a Su propio Ser, y la Manifestación de Su Causa, y la Aurora de Su Revelación, y el Lugar del Amanecer de Sus signos, y la Fuente de Sus órdenes: y Quien así te ayudó para que te vuelvas con todo tu ser hacia Él, en el tiempo cuando Sus siervos y siervas se volvieron de Su faz. Feliz eres tú, oh Mi sierva, y mi Hoja, y la mencionada en Mi Libro, e inscrita por Mi Pluma de Gloria en Mis Pergaminos y Tablas. . . Regocíjate tú, en este momento en la más exaltada Estación y en el Más alto Paraíso, y en el Horizonte de Abhá, tanto como Aquél Quien es el Señor de los Nombres te ha recordado. Nosotros atestiguamos que tú te has vuelto hacia todo bien, y que Dios te ha exaltado así, para que todo honor y gloria circunden alrededor de ti”.

“¡Oh Navváb! ¡Oh Hoja que has brotado de Mi Árbol, y has sido hecho Mi consorte! Mi gloria sea sobre ti, y Mi amorosa bondad y Mi misericordia que ha sobrepasado toda la existencia. Nosotros te anunciamos lo que hará alegrar tus ojos y confirmar tu alma, y regocijar tu corazón. Verdaderamente, tu Señor es el Compasivo, el Todo-Bondadoso. Dios ha sido y estará complacido contigo, y te ha seleccionado para Su propio Ser, y te ha escogido de entre todas Sus siervas para servirle a Él, y te ha hecho la consorte de Su Persona durante el día y la noche.”

“Escuchadme otra vez, Dios está muy complacido contigo, como una muestra de Su gracia y un signo de Su misericordia. Él te ha hecho ser Su consorte en cada uno de Sus mundos y te ha nutrido con Su reunión y presencia, tanto como perdurarán Su Nombre, Su Recuerdo, y Su Reino y Su Imperio. Feliz es la sierva que te ha mencionado, y ha buscado tu complacencia, y se ha humillado a sí misma ante ti, y se ha apresurado hacia el cordel de tu amor. ¡Ay! de quien ha negado tu exaltada posición, y las cosas ordenadas para ti por Dios, el Señor del poderoso trono”.

“¡Oh fieles! Deberías visitar el lugar de descanso de la Más Exaltada Hoja, quien ha ascendido hacia la Gloriosa Compañía, poneros de pie y decir: ‘Saludaciones y bendiciones y gloria caigan sobre ti, oh Santa Hoja que has brotado del Divino Árbol de Loto; Soy testigo que tú has creído en Dios y en Sus signos, y respondido a Su llamado, y te has vuelto hacia Él, y te has sostenido hacia Su Cordón, y asido al borde de Su gracia, y dejado tu hogar en Su sendero, y escogido vivir como una forastera, llena de amor por Su presencia y en el anhelo de servirle. Pueda Dios tener merced sobre aquel que se ha acercado hacia ti, y te ha recordado mediante las cosas que Mi Pluma ha proclamado en esta, la más grande estación. Nosotros oramos a Dios que Él pueda perdonarnos y perdonar

a aquellos que se han vuelto hacia ti, y conceder sus deseos, y conferir sobre ellos, a través de Su maravillosa gracia, lo que sean sus anhelos. El verdaderamente es el Bondadoso, el Generoso. Alabado sea Dios, Quien es el Deseo de todos los mundos, y el Amado de todos los que le han reconocido''¹².

* * *

5. La Esposa del Señor de las Huestes

'Abdu'l-Bahá también quedó muy afligido por la pérdida de Su madre, a quien había llegado a amar con el corazón y el afecto como ningún hijo como Él sobre la tierra pudo hacerlo.

En Sus escritos, posteriormente, esclareció la adecuada posición de su madre dentro del sitio verdaderamente histórico que le correspondía.

En uno de ellos, comentando el capítulo 54 del libro profético de Isaías, a a conocer el correcto significado del versículo concerniente a la "Esposa del Señor de las Huestes".

"Señor de las Huestes", o también "Yahvé de los Ejércitos", es una expresión bíblica que designa la aparición de Bahá'u'lláh en el Día Supremo de Dios.

Escribe el amado Guardián:

"Y finalmente, 'Abdu'l-Bahá Mismo en una de Sus remarcablemente significativas Tablas, ha atestiguado no sólo la exaltada posición de quien cuya semilla heredarán los gentiles', cuyo Esposo es el Señor de las Huestes, sino también los sufrimientos soportados por ella, quien fue su amada madre. 'Referente a tu pregunta concerniente al cap. 54 de Isaías', Él escribe, 'Este capítulo se refiere a la Más Exaltada Hoja, la madre de 'Abdu'l-Bahá. Como una prueba de esto, está dicho: 'Porque más son los hijos de la desolada, que los hijos de la mujer casada'. Reflexiona sobre esta afirmación y entonces sobre lo siguiente: 'Y tu semilla heredarán los Gentiles y harán habitadas las desoladas ciudades'. Y verdaderamente la humillación y el reproche que ella sufrió en el sendero de Dios es un hecho que nadie puede refutar. Porque las calamidades y aflicciones mencionadas en el capítulo entero fueron como las aflicciones que ella sufrió en el sendero de Dios, todas las cuales soportó con paciencia y agradecida a Dios por ello, y alabado sea El, debido a que la habilitó para soportar aflicciones por la causa de Bahá. Durante todo el tiempo, los hombres y las mujeres (Rompedores del Convenio) la persiguieron de una manera sin comparación, mientras ella era paciente, temerosa de Dios, calmada, humilde y contenta mediante el favor de su Señor y por la bondad de su Creador' "13.



VIII

MÍRZÁ MIHDÍ

Intitulado

GHUŞN-I-ATHAR

—LA MAS PURA RAMA—

EL HIJO MÁRTIR DE BAHÁ'U'LLÁH

(1848—1870)

¡Oh Hijo del Hombre!

Medita y reflexiona: ¿Es tu deseo morir en tu lecho o derramar tu sangre en el polvo como mártir en Mi sendero, y así llegar a ser la manifestación de Mi mandamiento y el revelador de Mi luz en el más alto paraíso? Juzga como es debido, oh siervo.

—Bahá'u'lláh—

1. ‘Akká, La Más Grande Prisión

“Bendito el hombre que ha visitado ‘Akká y bendito aquel que ha visitado al visitante de ‘Akká”.¹

—Mahoma—

En los tiempos bíblicos del Antiguo Testamento era muy conocida una ciudad llamada Ptolemías. En el transcurso de los siglos fue conocida con nombres diferentes como Acor, San Juan de Acre y ‘Akká, como lo era en la centuria pasada.

Los estudiosos le dan una antigüedad de cuatro mil años. Ella está ubicada en la Tierra Santa —Israel—, en las proximidades del Monte Carmelo —la Montaña Sagrada de Dios—, sobre las orillas de una de las más hermosas bahías del Mar Mediterráneo.

Las lenguas de los Profetas de Israel se habrían referido a ella y habríanle aclamado y destinado algún día una posición especial en el curso de la historia humana.

En efecto, ‘Akká había sido aludida como la “ciudad fortificada” (Ps. 31:22), como una “puerta de esperanza” (Os. 2:15), en donde aparecería el “Señor de las Huestes”, el “Rey de la Gloria” (Ps. 24:9-10).

Oseas, dos mil quinientos años atrás, había dicho: “Y yo le daré... el valle de Acor por puerta de esperanza”².

David, el Salmista, se había referido a ella como la “ciudad fortificada” y también había cantado la venida de Bahá’u’lláh a sus puertas.

“Bendito sea Jehová que en mí hace admirable su piedad, como en una ciudad fortificada”. “¿Quién me llevará a la ciudad fortificada?”³

En el salmo venticuatro, él exclama:

“Alzad, oh puertas, vuestras cabezas

y alzaos vosotras, puertas eternas

y entrará el Rey de la Gloria

¿Quién es este Rey de la Gloria?

el Señor de las Huestes

Él es el Rey de la Gloria”⁴

Por su parte, Ezequiel, uno de los más grandes y profusos visionarios del pueblo judío, habla así de una de sus maravillosas experiencias místicas:

“Me llevo luego a la puerta que mira hacia el oriente; y he aquí que venía del oriente, y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria. . . Y la Gloria de Dios entró en la casa por la vía de la puerta que daba al Oriente”⁵.

Amós, también había anunciado la venida de Bahá’u’lláh a la Tierra Santa:

“El Señor bramará desde Sión, y emitirá su voz desde Jerusalem; y se lamentarán las moradas de los pastores, y la cima del Carmelo se marchitará”.⁶

Con el transcurso de los años, esta muy bendecida ciudad, había pasado de

ser desde un pueblo de mercaderes, un último bastión de los cruzados, una fortaleza y posteriormente una ciudad-prisión en los tiempos del Imperio Turco, que es cuando Bahá'u'lláh llegó "por la vía de la puerta que daba al Oriente", "al sonido de muchas aguas".

Es pues, con el arribo de la Bendita Perfección a esas playas sagradas en el año de 1868, cuando todas esas expectadas profecías hallaron una feliz consumación, proclamándose por fin que el "Señor de las Huestes, el Rey de la Gloria", había aparecido en Palestina.

Como Dios prometió a la humanidad, Él vendría "desde Asiria a las ciudades fortificadas, y desde las ciudades fortificadas hasta el río, y de mar a mar, y de monte a monte"⁷.

Bahá'u'lláh manifestó allí Su Causa, en lo que constituye el último de sus sucesivos destierros, esta vez, como consecuencia de un edicto del Sultán de Turquía que confinaba tanto a Él, como a la Familia Sagrada y a un grupo de creyentes, a un encarcelamiento de por vida.

Era claro para todos, especialmente para la acongojada comunidad bahá'í en la ahora remota Persia, que los enemigos internos de la Fe, los seguidores de Mírzá Yahyá,^a junto con los enemigos externos, se habrían aliado como nunca para precipitar este severo golpe.

Pero por sobre todo, estaba de por medio la Voluntad y el Plan divinos, y, al pisar la Suprema Manifestación de Dios esas tierras sagradas, se cumplieron cabalmente todas aquellas profecías.

La grandeza de la Fe de Bahá'u'lláh entonces brilló con su máxima luz y los pueblos de la época empezaron a tomar conciencia y despertar al poderoso Llamado.

Dice 'Abdu'l-Bahá': "... Es difícil comprender como se le pudo obligar (a Bahá'u'lláh) a salir de Persia y levantar su tienda en esta Tierra Santa, si no fuera por la persecución de sus enemigos, su destierro, y su exilio. Sus enemigos pretendieron que su encarcelamiento destruyera y aniquilara la bendita Causa, mas esta prisión fue, en realidad, una poderosa ayuda y se convirtió en el instrumento para su fomento. El prestigio divino de Bahá'u'lláh llegó a Oriente y Occidente, y los rayos del Sol de la Verdad iluminaron al mundo entero"⁸.

La trascendencia de la ocasión histórica, empero, ofrecía como el principio de luz y sombra un marcado contraste con la degradación del carácter de la mayoría de la población, reflejado ello en las costumbres y mentalidad de sus autoridades, su clero y el populacho.

Bahá'u'lláh calificó a sus habitantes como la "generación de víboras" y un "nido de serpientes".

Además, la condición abyecta de esa gente no era, a la misma vez, ni peor ni mejor, que la realidad material de la ciudad-prisión. El Sultán de Turquía,

^a. Medio hermano de Bahá'u'lláh.



Mírzá Mindí
La Más Pura Rama



Vista aérea de la citadela de 'Akka

aliado con el Sháh de Persia, no pudo haber encontrado un lugar más detestable dentro de su extenso dominio para consignar a la Manifestación de Dios con el fin de apagar la prístina luz de aquella Lámpara divina.

La Bendita Perfección dijo que era "la más desolada de las tierras". "Según dicen es la ciudad más detestable en clima, y la de agua más inmundada. Es como si fuese la metrópolis de los búhos"⁹. Era popular el dicho que afirmaba que si un ave volaba sobre la ciudad, caería muerta por la pestilencia.

'Akká era por aquel entonces, una de las más duras colonias penales del Imperio. A ella iban los criminales más demenciales, los ladrones irremediables, prisioneros políticos y todo tipo de gente a la que el Sultán deseaba hacer desaparecer.

La ciudad-prisión estaba enmarcada dentro del perímetro irregular de una cadena de muros y era bañada en dos de sus lados por las aguas sucias y contaminadas que el oleaje arrojaba para mayor desgracia.

Escribe el Guardian de la Fe Bahá'í: ". . . Estaba resguardada en todo su contorno por un doble sistema de murallas. . . carecía de toda fuente de agua dentro de sus portones, estaba infestada de pulgas, era húmeda y presentaba una maraña de senderos lúgubres, sucios y tortuosos"¹⁰.

El ingreso era únicamente por dos puertas: Una por mar y otra por tierra. Esta última cerrábase de noche y se le llamaba también "la puerta de las ratas", puesto que luego de que eran cerradas, la gente tenía que pasarla a través de un estrecho agujero en el portón.

En uno de los costados de la ciudadela, frente al mar, se yergue el edificio macizo conocido como el presidio, la plaza fuerte o las barracas.

Había sido este construido en el siglo XIX con la finalidad de albergar a las tropas del ejército y eventualmente había tomado el papel de calabozo. Está hecho, como todavía se puede apreciar, a manera de un pequeño castillo medieval y tiene como único acceso un puente que se suspende sobre una fosa circundante.

La entrada a un espacioso patio en medio del cual existía una pila por la que salía agua sucia y salobre, incapaz de ser ingerida. A un costado del patio se levanta el edificio de las barracas, como se le denominaba, pues estaba destinado originalmente a ser un cuartel y al movimiento de soldados. Constaba de dos pisos y tenía una angosta escalera que todavía lleva a la azotea, un lugar donde acaso se podía inhalar un aire de mejor calidad del de la pútrida atmósfera.

Bahá'u'lláh arribó a la Más Grande Prisión por barco y cruzó la puerta del mar el 31 de agosto de 1868. Venían todos de Adrianópolis.

La tarde de la llegada, una multitud se aglomeró en el muelle para ver al "Dios de los Persas", como habían venido en llamarle, y lanzarle sus invectivas y lo más cruel de su escarnio. Algunos días después, la población se agolpó en la mezquina principal para escuchar el edicto real que ordenaba el estricto encar-

celamiento y señalaba los detalles de rigor.

El grupo de sesenta y siete personas, hombres, mujeres y niños, fueron conducidos inmediatamente al interior del presidio. La Familia Sagrada fue consignada en el segundo piso de las barracas, en unas habitaciones de grueso espesor que daban al mar.

La severidad de las condiciones y lo antihigiénico del lugar se sintieron desde el primer momento. La noche de la llegada les fue negado alimento.

En los días siguientes, los compañeros tuvieron que contentarse con una ración de tres panes negros y salados para cada uno.

Tan penetrante era el clima insalubre, la malaria, la tifoidea y la disentería que reinaban, que tres de los compañeros murieron, hermanos dos de ellos, abrazados el uno al otro. Bahá'u'lláh vendió la alfombra donde dormía para sufragar los gastos del sepelio. El dinero fue entregado a los oficiales de la prisión quienes lo tomaron para sí, y enterraron los cuerpos de las dos desafortunadas víctimas sin ataúd, sólo con la ropa que les cubría.

El dolor y los sufrimientos llegaron a su momento más intenso dentro de las paredes de esta plaza fuerte. Bahá'u'lláh permaneció allí dos años, dos meses y cinco días.

Los peregrinos persas comenzaron pronto a afluir a la Mas Grande Prisión. Muchos hacían el viaje a pie, sorteando muchos riesgos. Estos peregrinos, impedidos de llegar a la celda misma, se paraban en una de las contraescarpas de las murallas, haciendo el esfuerzo por captar siquiera la figura de su Bienamado. Cuando esto lo hacían, algunos con mejor suerte que otros, emprenderían el viaje de regreso portando en su corazón esa experiencia conmovedora para compartirla con los angustiados amigos en la Cuna de la Fe.

Bahá'u'lláh sacaba Su mano a través de los barrotes de la ventana en un gesto de reconocimiento del afecto y del esfuerzo de Sus atribulados discípulos. Varios de ellos se quedaban a merodear por los lugares alrededor y hacían su morada en el Monte Carmelo y otros sitios.

Poco a poco, las condiciones fueron relajándose y la inocencia del grupo de desterrados fue apreciada por la mayoría de las autoridades, varias de las cuales se sentían admiradas por el comportamiento ejemplar de los bahá'ís. Otros, en un inicio muy hostiles, aseguraban que nunca gente tal había pisado 'Akká. Inclusive se llegó a afirmar que el cambio del clima y las mareas que habían mostrado una transformación paulatina y positiva se debía a la presencia de Su Santidad Bahá'u'lláh.

A la Bendita Belleza le fue permitido vivir en una casa alquilada dentro de la ciudad-prisión, pero siempre como un prisionero. El confinamiento en 'Akká se extendió por casi diez años durante los cuales nunca El "había puesto los pies fuera de las murallas de la ciudad, y cuyo único ejercicio había sido caminar, en monótona repetición, por sobre el piso de Su dormitorio"¹¹.

Acontecimientos maravillosos y relievantes ocurrieron en la Más Grande

Prisión, como la revelación del Kitáb-i-Aqdas —el Libro de Leyes—, las Tablas a diferentes reyes del Mundo, y la formulación de una infinidad de enseñanzas para la humanidad.

La Bendita Belleza dijo a ‘Abdu’l-Bahá al llegar a ‘Akká, que en adelante Él se dedicaría a dictar los mandamientos y consejos para el género humano y a reunirse solamente con Sus discípulos, mientras sería el deber de ‘Abdu’l-Bahá de tratar con el mundo exterior y atender los asuntos de la Causa.

“Sabed”, ha dicho Bahá’u’lláh, “que a nuestra llegada a este Lugar, elegimos designarle la ‘Más Grande Prisión’. No obstante haber sido sometido en otra tierra (Teherán) a cadenas y grillos, rehusamos llamarla por ese nombre. Di: Meditad sobre ello ¡oh vosotros que estáis dotados de entendimiento!”¹².

* * *

2. La Más Pura Rama

Dentro de los grises y fríos muros de 'Akká, también entró Mírzá^a Mihdí, el joven y piadoso hijo de Bahá'u'lláh.

Era el tercer vástago del matrimonio de Bahá'u'lláh y Ásíyih Khánúm y cuatro años menor que 'Abdu'l-Bahá.

Nació en el año de 1848 y desde temprana edad debió sufrir el peso de las tribulaciones de su celestial Padre.

Cuando Bahá'u'lláh y Su familia salieron exiliados de Persia con destino a Baghdád —12 de enero de 1853—, Mírzá Mihdí muy pequeño por entonces, debió quedarse en manos extrañas, debido a que se encontraba enfermo y el viaje era muy duro.

Años más tarde, alrededor de 1860, fue traído a Baghdád, después que Bahá'u'lláh regresó de un retiro de dos años a las montañas de Sulaymáníyyih. Desde entonces, empezó a compartir en carne propia el amargo dolor que siempre estuvo presente en los destierros y encarcelamiento de Bahá'u'lláh.

Mihdí nunca asistió a una escuela, pues las circunstancias de su vida no se lo permitieron. Sin embargo, creció en sabiduría y en el cultivo de cualidades espirituales. Por la nobleza de su alma, la Bendita Perfección le confirió el título de la Más Pura Rama.

Se cuenta que era muy parecido a 'Abdu'l-Bahá, su hermano mayor, aunque un poco más alto y delgado. Entre ellos existía mucho afecto.

Debido a su excelente caligrafía, un arte muy apreciado por aquel entonces, se convirtió en amanuense de su Padre en Adrianópolis, logrando destacar en esta habilidad. En esa ciudad, se dedicó devotamente a la transcripción de las Tablas sagradas.

Luego de su trabajo diario, se reunía con los bahá'ís y compartía con ellos pasajes de las Escrituras Sagradas recién reveladas. Con palabras de aliento los confortaba para que sobrelleven con espíritu radiante las inconveniencias de esa vida errante y de privaciones. Era un verdadero ejemplo de fortaleza y sumisión a la Voluntad divina.

La orden del Sultán 'Abdu'l-'Azíz hizo que posteriormente todo el grupo de exiliados junto con Bahá'u'lláh, fueran transferidos a la plaza fuerte de la ciudad-prisión de 'Akká.

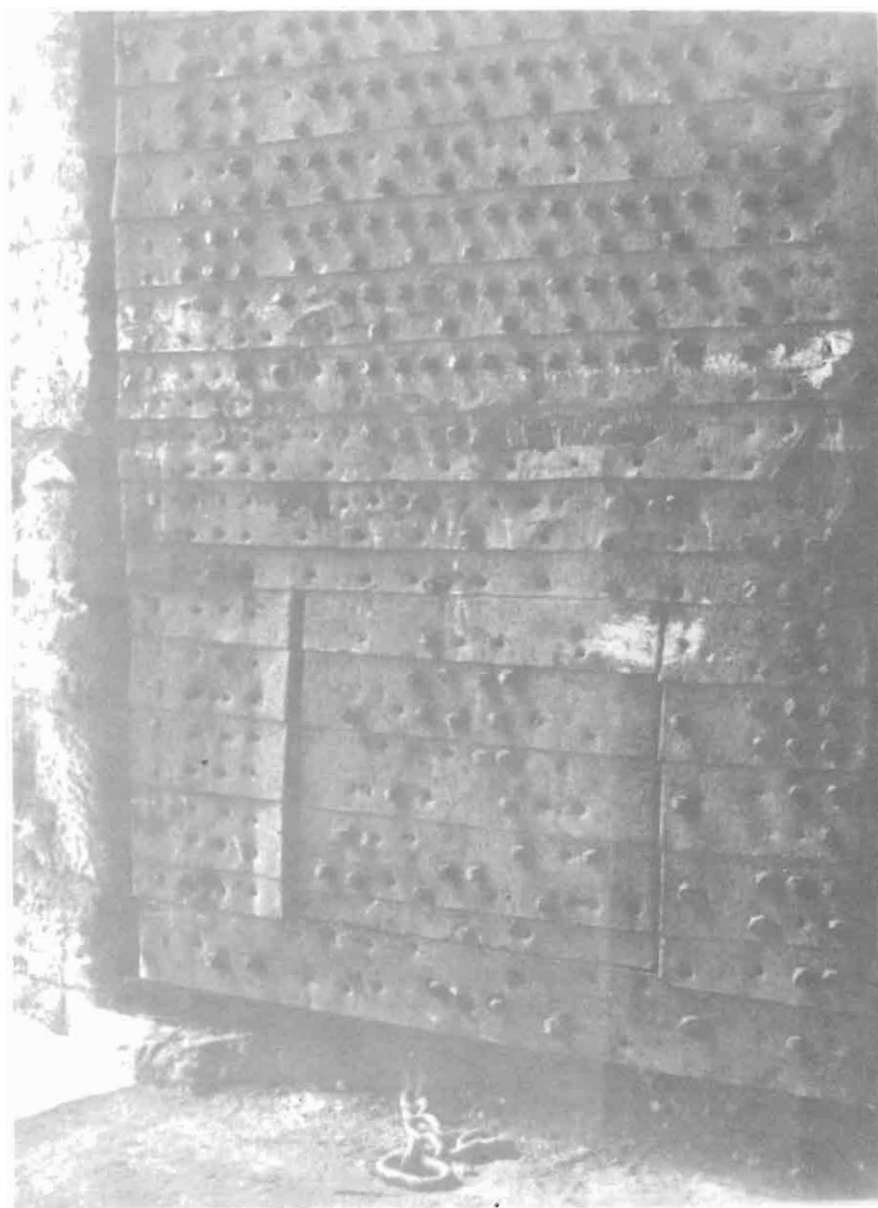
La sentencia del confinamiento sin restricción de duración, estaba formulada con severos detalles como era el no asociarse con la población y de permanecer en el máximo aislamiento.

La desolación de aquel lugar, más el sofocante calor y la pestilente atmósfera, las insoportables condiciones, pueden ser apreciadas mejor en estas palabras del Mensajero Divino:

^a. Mírzá significa señor.



La Puerta por mar de 'Akká



La Puerta por tierra. "La Puerta de las Ratas" (Nótese el agujero).
(Por Hoopen Dunbar, 1975)

“Nadie sabe lo que nos aconteció, salvo Dios, el Todopoderoso, el Omnisciente. . . Desde la creación del mundo hasta el día actual, no se ha visto ni oído de una crueldad como ésta”. “Durante la mayor parte de su vida, Él ha estado dolorosamente puesto a prueba en las garras de sus enemigos. Sus sufrimientos ahora han alcanzado su culminación en esta penosa Prisión, a la que sus opresores lo han lanzado injustamente”¹³.

Mírzá Mihdí estaba también incluido en el farmán^a imperial. En ‘Akká siguió con su labor de transcribir asiduamente la Palabra revelada. Iba por las tardes a la presencia de Bahá’u’lláh y permanecía de esta manera ocupado hasta cuando concluía.

Era su costumbre, subir a la azotea y pasar el tiempo restante dedicado a la oración y meditación. Era en el tejado donde se podía inhalar un aire de mejor calidad del que se respiraba usualmente.

Pero iba a ser ese lugar, donde en el nefasto 23 de junio de 1870, ofrendaría tan trágicamente su alma a Dios, y a su Padre a manera de un rescate, para traer felicidad a los corazones de los amigos impedidos de ver a su Bienamado.

^a. Edicto del Sultán.

3. Los Primeros Peregrinos Bahá'ís.

Es de suponerse lógicamente, que los bahá'ís seguían paso a paso, muy preocupados, el desenvolvimiento de la vida de su Señor. Cuando estos creyentes, tanto en Persia como en 'Iráq, se enteraron de un próximo destierro, de destino incierto e inseguro, se sintieron profundamente afligidos.

"Fue tal el aislamiento que se impuso sobre ellos [los exiliados a 'Akká]", recuerda el Guardián de la Fe, "que los bahá'ís de Persia, perturbados por los rumores que hicieron circular los azalés de Isfáhán, de que Bahá'u'lláh se había ahogado, indujeron a la oficina del telégrafo británico de Julfa, que averigüe por ellos la verdad del asunto"¹⁴.

Estos azalés eran los seguidores del siniestro Mírzá Yahyá; dos de ellos habían sido puestos en la relación de los desterrados y también enviados a 'Akká. Sin embargo, debido a los argumentos oscuros que dieron a las autoridades de la colonia penal, les fue permitido vivir en una casa a la entrada de la ciudadela.

Desde esa estratégica posición, podían fácilmente vigilar la única puerta de acceso y advertir la presencia de los bahá'ís que llegaban allí luego de un arduo viaje de cinco meses promedio de duración.

Apenas detectaban a uno de los creyentes, cuando irían rápidamente a acusarlos a la Gobernación. Así fue como varios bahá'ís fueron detenidos y expulsados luego de la ciudad.

Los anhelantes peregrinos, excluidos de penetrar al recinto donde se encontraba Bahá'u'lláh, iban a una de las fosas que rodeaban la ciudad, y de pie, se esforzaban durante largas horas en captar una vislumbre de Bahá'u'lláh.

El primero de estos peregrinos fue Abu'l-Hasan-i-Ardikání, quien pudo ver a Bahá'u'lláh en el baño público, en un encuentro concertado de antemano y con mucho cuidado, en el cual él no debería dar ninguna señal de ser un bahá'í ni menos acercarse a El. Se cuenta que cuando sus ojos se posaron en su Señor, cayó desmayado de la impresión.

La tensión por el peligro de ser descubiertos era obvia.

Una pareja de esposos que queriendo estar seguros si Bahá'u'lláh estaba realmente encarcelado en 'Akká, partieron de Persia en esa dirección.

Allí, con mucha cautela, se contactaron con 'Abdu'l-Ahad, quien era un distinguido bahá'í que había sido enviado por 'Abdu'l-Bahá a 'Akká con anterioridad a la llegada de Bahá'u'lláh. Había abierto un pequeño negocio y, por supuesto, su identidad era un asunto oculto para todos.

Inclusive él, durante los seis primeros meses del arribo de los compañeros, no podía contactarse directamente con ellos.

Ese especial matrimonio debió esconderse entre unas cajas del negocio del mencionado creyente a fin de no ser descubiertos.

Bahá'u'lláh, a través de canales muy dificultosos, se enteró de la presencia

de ellos y ordenó que regresen a Persia. Estuvieron sólo tres días en la ciudadela, y entonces hicieron el viaje de retorno. Aunque algo desilusionados de no haber contemplado el rostro de la Bendita Perfección, llevaron a las comunidades bahá'ís la buena nueva que su Señor estaba con vida en la Tierra Santa.

Otro de ellos fue Nabíl. Debido a la intervención de los azáfes fue interceptado y después expulsado de la ciudad. Con gran pena debió resignarse a su suerte e iría a cierto lugar para observar con tristeza e impotencia las ventanas de la celda de Bahá'u'lláh.

La Bendita Belleza se dio cuenta de Nabíl y extendió Su mano entre las rejas, expresándole Su amor y reconocimiento. Ese día Él reveló una oración en su honor.

Nabíl fue más afortunado pues, merced a 'Abdu'l-Bahá, fue admitido al interior del presidio por ochenta y un días y pudo así ganar el deseo carísimo de su corazón.

Badí, el inmortal joven de diecisiete años, pudo ingresar a la ciudad disfrazado de azacán sin ser descubierto. Mientras oraba en la mezquita, solo ante su desesperación, entraron 'Abdu'l-Bahá y un grupo de bahá'ís más. Badí les reconoció y alcanzó al Maestro una hoja de papel, sin que nadie lo advirtiese, en la que con dos líneas daba a entender que era un creyente. La noche de su llegada, él consiguió entrar al recinto donde se hallaba Bahá'u'lláh.

De diferentes maneras, tanteando cualquier posibilidad, pasando por graves riesgos, unos con mejor suerte que otros, estos primeros peregrinos bahá'ís trataban de evadir las restricciones y buscar Su presencia.

Hubo quien se disfrazó con el atuendo de los árabes del lugar, alquiló unos camellos y así pudo pisar el interior de la ciudad-prisión.

No pasó mucho cuando llegó también el gran Shaykh Salmán trayendo desde Persia las súplicas de los bahá'ís a Bahá'u'lláh. Cuando en el camino pasó por Aleppo, en Siria, fue detenido bajo sospecha. Lo que hizo fue comerse las cartas a fin de no ser arrestado.

Shaykh Salmán fue igualmente, uno de los primeros que llevó las noticias del confinamiento a los hermanos bahá'ís en Persia.

Se recuerda también a Ustád Isma'íl de Káshán, quien de acuerdo al testimonio del Guardián, "... llegó de Mosul, se situó por fuera de la fosa y, mirando en profunda adoración, a la ventana de su Bienamado, fracasó igualmente, a causa de su mala vista, en ver su rostro, y tuvo que regresar a la cueva que le servía de morada sobre el Monte Carmelo; un episodio que hizo llorar a la Sagrada Familia, que con ansiedad había estado mirando desde lejos y veían la frustración de sus esperanzas".¹⁵

Al igual que Ustád Isma'íl, Nabíl, Abu'l-Hasan Ardikání, y tantos otros, tuvieron que vagar errantes a la espera de que la severidad de las condiciones de la prisión se relajasen.

Tal era el abismo de angustias y aflicción que separaba a los bahá'ís y a su Bienamado.

“Luego entramos a esta prisión”, son las palabras de dolor de Bahá'u'lláh, donde las manos de Nuestros amados fueron arrancadas del borde de Nuestro manto...”¹⁶

El sacrificio de Mírzá Mihdí iba a ser el instrumento por el cual las puertas de la prisión iban a ser abiertas, y los bahá'ís finalmente, podrían entrar a la santificada presencia de la Belleza de Abhá.^a

* * *

^a. Literalmente: Belleza del Más Glorioso.

4. El Tesoro de Dios en la Tierra Santa.

Una tarde, como de costumbre, Mírzá Mihdí se dirigió a la cámara de Bahá'u'lláh con el objeto de cumplir sus obligaciones habituales.

Debido a que no se sentía bien, se le pidió que regresara luego. Varios miembros del grupo se hallaban también delicados de salud.

Mírzá Mihdí subió a la azotea por la angosta escalera y empezó a practicar sus devociones, yendo y viniendo por el techo. Él solía hacer esto. Absorto en sus meditaciones e invocaciones, subiendo y bajando la cabeza, sabía de memoria el número de pasos que debería recorrer para no caer en un tragaluz sin resguardo que daba al piso inferior.

Era el crepúsculo de la tarde y la población local iba recogiendo a sus casas. El bullicio diario se iba apagando mientras que las luces de los hogares se iban prendiendo. Para los habitantes de la fortaleza, inconscientes del drama espiritual que se vivía en sus vecindades, seguramente nada significó la desgracia que pronto sucedería.

Pues, por sobre todo, ¿quién se imaginaría alguna tribulación mayor que las que los compañeros venían soportando? La desolación del lugar, su repugnante ambiente, privados de lazos familiares y alejados de sus amistades, la indiferencia de los lugareños, el incierto deparar del destino, las miserias del presidio, las innumerables privaciones, la injusticia manifiesta, y el completo aislamiento; era difícil pensar en algo más terrible en verdad.

Pero el decreto de la Providencia no debe ser objetado. No es de Sus siervos probarle a Él, sino de Él poner a prueba a aquellos que son Sus amados. A Él no se le debe pedir cuenta de Sus hechos.

Dice la Bendita Belleza:

“¡Juro por Mi vida! Nada puede sobrevenir a Mis amados salvo aquello que les aproveche. Esto lo atestigua la Pluma de Dios, el Más Poderoso, el Todo Glorioso, el Más Amado”¹⁷

Aquel ocaso, cuando las tinieblas empezaban a aparecer en el horizonte del Mediterráneo, Mihdí seguía observando sus ejercicios espirituales en el tajo del presidio.

Se encontraba recitando los pasajes conmovedores de la Oda de la Paloma, un tratado místico en el cual Bahá'u'lláh habla de Su pesadumbre y sufrimiento la vez que se retiró a las montañas de Sulaymáníyyih.

Estaba él cautivado por el tono de profunda congoja de las palabras de su Padre. Sin darse cuenta, tropezó y, perdiendo el equilibrio, cayó por la claraboya que daba al segundo piso, al final del cual hallábanse unos cajones de madera.

Había caído al cuarto de las damas, pero no se encontraba nadie en esos momentos.

Es fácil imaginar lo que sucedió. Sangraba profusamente de su boca. Las astillas de las cajas habían destrozado sus costillas y se habían incrustado en su

cuerpo al punto que era imposible sacarle la ropa que tenía puesta.

El sonido del impacto y los gemidos de la Más Pura Rama atrajeron de inmediato a todos los que estaban cerca. Todos se sintieron sorprendidos y asustados de la escena que estaban presenciando. Apenas sus ojos daban crédito a lo que veían.

¿Por qué Dios ahora, en Su decreto, les había agregado semejante aflicción? ¿Cuál era la sabiduría escondida en esa nueva desgracia?, más de un corazón aturdido se preguntó en su interior.

Con mucho cuidado lo llevaron a su habitación. Todos se reunieron alrededor de su lecho. Estaban desesperados. Ásíyih, su madre, estaba sumida en oprimidora angustia.

‘Abdu’l-Bahá, su hermano mayor, con el corazón en la mano y los ojos llenos de lágrimas, fue a la presencia de Bahá’u’lláh, se echó a Sus pies y le imploró que conceda la curación a su hermano. “Oh Mi Más Grande Rama, dejadlo en las manos de Dios”¹⁸, fueron las palabras Suyas.

La Bendita Perfección se dirigió a la habitación de Mihdí. Por un largo rato se quedaron solos dentro del cuarto. No sabemos qué fue lo que conversaron, pero podemos advertir las palabras de consuelo y confortación que fueron derramadas sobre Mihdí y que mitigaron el agudo dolor que le producían las heridas.

Se llamó a un médico italiano, pero el accidente había sido de tanta gravedad que éste no pudo hacer mucho. Tampoco había hospital alguno dentro de ‘Akká.

En medio del agobiante dolor, se podía ver la longanimidad de la Más Pura Rama al excusarse a los que venían a verle, por la situación de la que él se consideraba causante.

En su lecho de muerte, aún consciente, Bahá’u’lláh le ofreció salvarle la vida como Él tenía el poder de hacerlo.

Le preguntó:

- “¿Cuál es tu deseo? ¿Deseas vivir o prefieres morir? Dime, ¿qué es lo que más deseas?”.

Con la magnanimidad de su ser, le respondió:

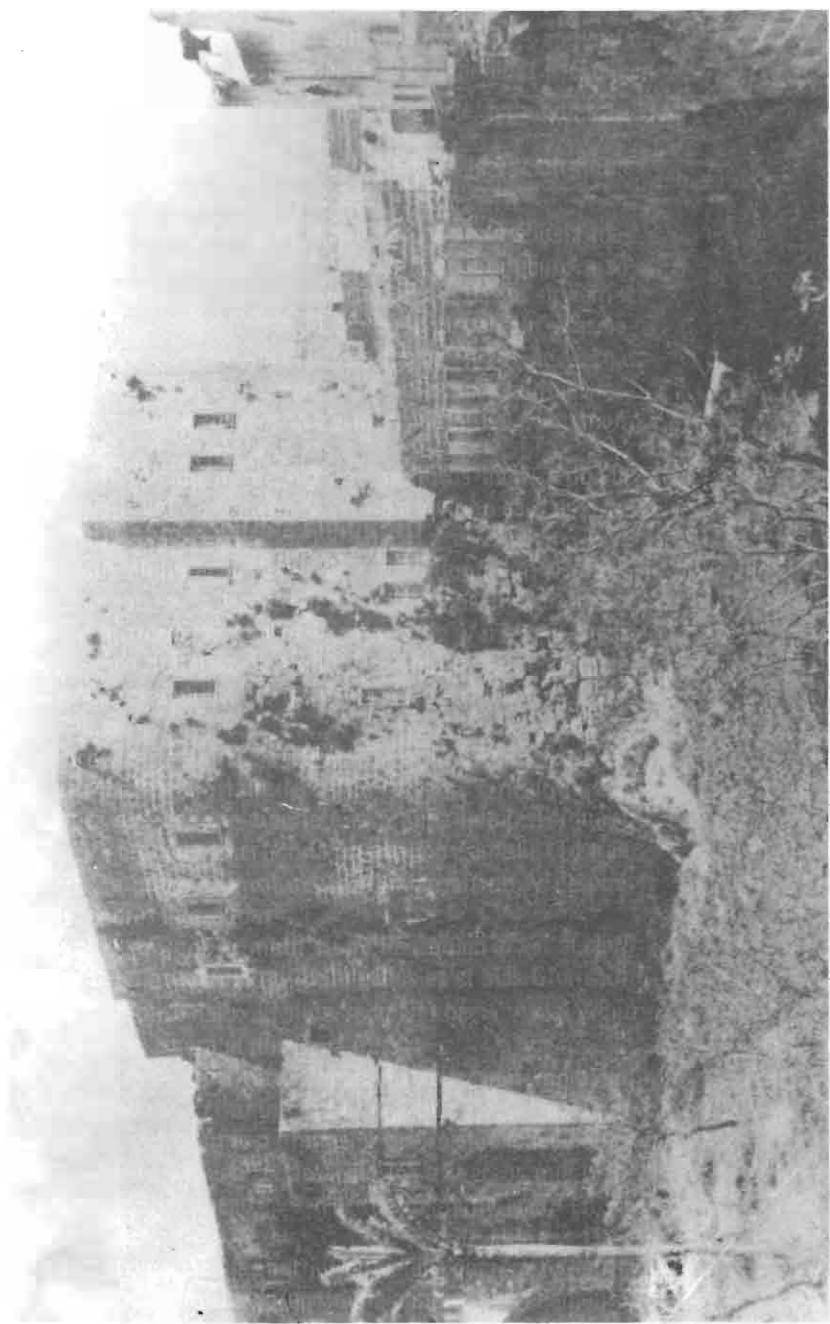
- “Yo quiero que los creyentes sean admitidos a ver a su Señor. Si Tú me lo prometes, es todo lo que pido”.¹⁹

Bahá’u’lláh accedió a su noble petición y expresó que así sería.

La agonía de la Más Pura Rama se prolongó por veintidós horas. El 23 de junio de 1870, cuando tenía veintidós años de edad, él falleció y ascendió al Concurso Supremo.

Es tarea imposible describir la profundidad de la consternación que se apoderó de todos en ese instante de aflicción.

A Bahá’u’lláh, su querido Padre y Señor, muy afectado por la pérdida súbita y prematura, se le escuchaba lamentarse: “¡Oh Mihdí!, ¡Oh Mihdí!”.



“Las Barracas”, Las dos ventanas de la derecha en el segundo piso corresponden a la celda de Bahá'u'lláh



El Sultán 'Abdu'l-'Aziz de Turquía. (Archivo Bettman)

Ásíyih, transida e inconsolable en su pesar, pudo solamente menguar en su abatimiento cuando su Esposo le aseguró que al haber ofrendado su hijo a la Causa de Dios como un rescate para que los creyentes puedan visitar a su Señor, era de por sí un hecho muy meritorio a los ojos de Dios.

‘Abdu’l-Bahá, el Maestro, quien había sido el compañero de su completa juventud acabada en los exilios, estaba también irreprimible en esa explosión de llanto y pena.

Lo era igualmente Bahíyyih Khánúm, su querida hermana mayor. Todo lo que se podía contemplar en esos momentos era un mar de ahogadora tristeza en el que todos estaban inmersos.

Un testigo ocular de esas horas relató:

“Shaykh Mahmúd suplicó al Maestro permitirle lavar el cuerpo y que no permita a nadie de la ciudad de ‘Akká que realice ese servicio. Pusimos el bendito cuerpo en una mesa en medio de una carpa y Shaykh Mahmúd empezó la tarea de lavar lo.

Los amados de Dios estaban llorando y lamentándose con ojos llorosos y, como polillas, daban vueltas en torno a aquella candela que las manos de Dios habían encendido. Trajo agua y me dediqué a lavar el cuerpo. El Maestro estaba yendo y viniendo nerviosamente fuera de la carpa. Su faz delataba señales de profundo dolor...

El cuerpo, después de ser lavado y envuelto, fue puesto dentro de un nuevo ataúd. En este momento el clamor de los llantos y de la aflicción, y de la penosa lamentación, se alzó hasta los cielos. El ataúd fue llevado en los hombros de los guardias fuera de las barracas con la mayor serenidad y majestad”.²⁰

Los creyentes no podían, impedidos como estaban, de acompañar el féretro hasta su última morada. Tan sólo pudieron ver a esa pequeña procesión que desfilaba llevándose a ese “noble y piadoso”²¹ compañero de exilios.

Con ellos sólo quedaba su memoria y su vestimenta manchada de sangre, la cual como una valiosa reliquia, puede ser vista por el peregrino bahá’í en el Edificio de los Archivos Internacionales sobre el Monte Carmelo.

Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Nabí Šálih fuera de la fortaleza de ‘Akká. Cuando estaba siendo sepultado se sintió un fuerte temblor dentro de un radio bastante grande.

Durante tres minutos, en lugares tan alejados como Nazareth, la gente quedó asustada.

Bahá’u’lláh confirma este hecho en una Tabla en la que da póstumo homenaje a Su hijo mártir y en la cual, además, confirma el pronto cumplimiento de la promesa que le hizo.

“Bendito eres tú, y bendito aquel que se ha vuelto hacia ti, y visite tu tumba y se acerque, mediante ti, hacia Dios, el Señor de todo lo que fue y será... Yo testifico que tú has retornado en mansedumbre a tu morada. Grande es tu bendición y la bendición de aquellos que se han adherido al borde de tu desplegado

manto... Tú eres, verdaderamente, la fiducia de Dios y Su tesoro en esta tierra. Antes de mucho Dios revelará mediante ti aquello que Él ha deseado. Él verdaderamente, es la Verdad, el Conocedor de cosas no vistas. Cuando tú eras puesto a descansar en la tierra, la tierra misma tembló en su anhelo por reunirse contigo. Así fue decretado, y aún la gente no lo percibe... Si fuéramos a relatar los misterios de tu ascensión, aquellos que están dormidos despertarían y todos los seres serían encendidos con el fuego del recuerdo de Mi Nombre, el Poderoso, el Amoroso".²²

Cuatro meses después de la tragedia, se cumplió el deseo de Mírzá Mihdí, concediendo Dios respuesta a su súplica.

Mírzá Mihdí se había sacrificado por la felicidad de los bahá'ís, para que los creyentes tengan acceso a la presencia de Bahá'u'lláh, como sabemos.

Una guerra se desató entre Turquía y Rusia y fue necesaria la desocupación de las barracas para la estancia de las tropas.

Las puertas del presidio se abrieron cuatro meses después del sacrificio de la Más Pura Rama, y a Bahá'u'lláh y a los amigos, se les permitió abandonar las barracas y habitar en casas, dentro de la ciudad.

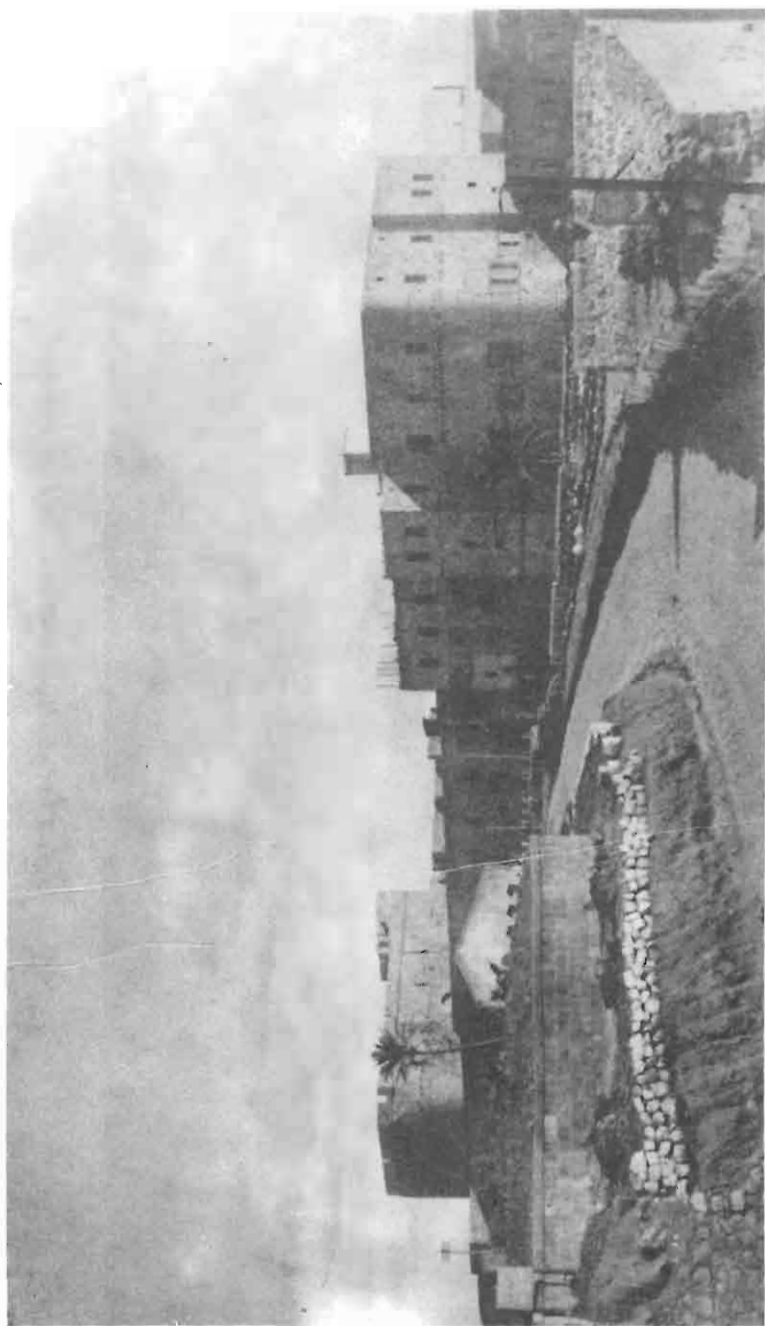
Entonces, los devotos y espirituales peregrinos pudieron llegar a la presencia de la Manifestación de Dios.

En el mes de diciembre de 1939, Shoghi Effendi trasladó sus restos y los de su madre Navváb a un recinto especial en el Monte Carmelo y, edificó unos hermosos mausoleos de mármol sobre sus sepulcros.

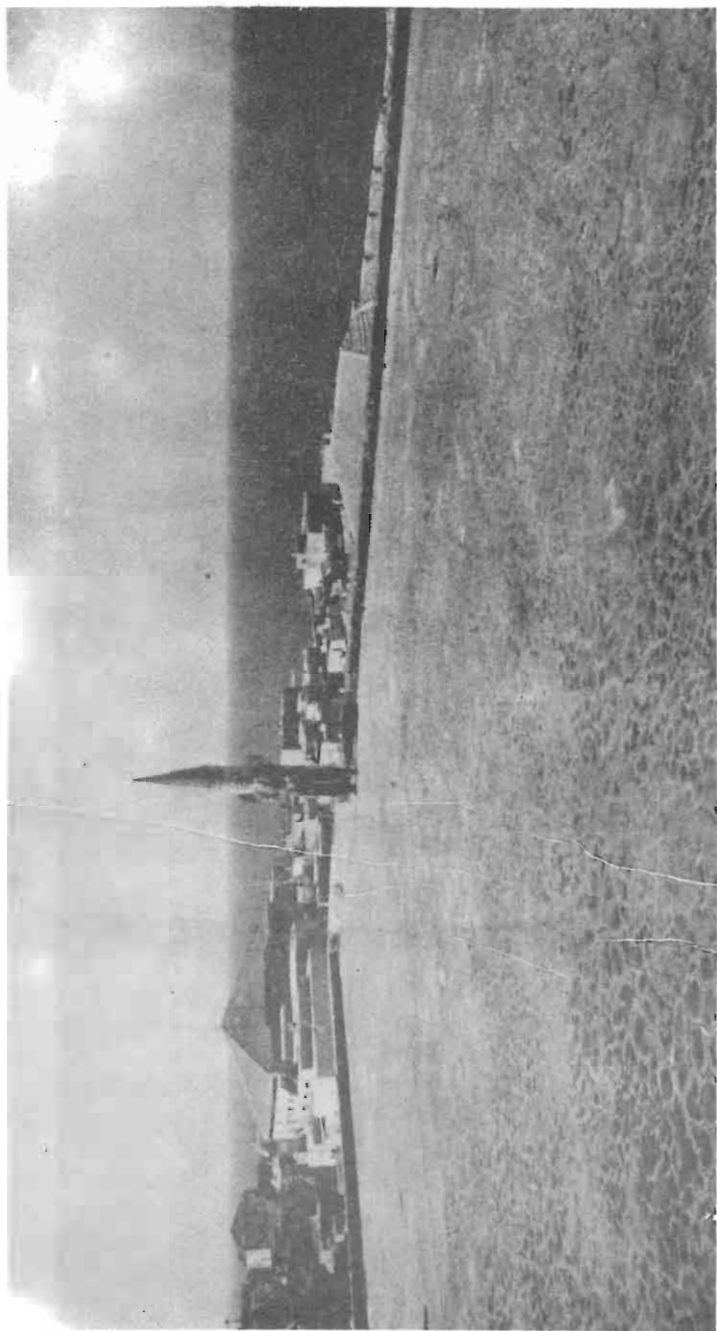
Los peregrinos bahá'ís: hoy en día provienen de todas partes del mundo, sumando alrededor de 2,000 por año.

Ellos tienen la oportunidad de visitar el lugar de descanso de Mírzá Mihdí, y evocar su memoria, y también la de sus antecesores, los abnegados amigos persas.

* * *



Vista del presidio de la Ciudad-Prisión de 'Akká



Tejadg del presidio, en donde Mírzá Mihdí solía ir para orar y meditar

5. El Gran Sacrificio Redentor de la Humanidad

Escribe el amado Guardián:

“En una oración altamente significativa, revelada por Bahá'u'lláh en memoria de Su hijo —una oración que exalta su muerte a aquellas grandes acciones redentoras relacionadas con la intención de Abraham de sacrificar a su hijo, con la crucifixión de Cristo Jesús y el martirio del Imán Husayn— leemos lo siguiente: ‘¡Oh mi Señor! Yo he ofrecido aquello que Tú me has dado, para que Tus siervos puedan ser vivificados, y que todos los que moran sobre la tierra puedan ser unidos’”.²³

Bahá'u'lláh estuvo también presente cuando la Más Pura Rama estaba siendo lavada en el patio de la plaza fuerte. Ese mismo día Él reveló una Tabla a los bahá'ís de Qazvín, en la cual da palabras a Su congoja y testimonia la excelsa posición de esa “fiducia de Dios”, aquel que “había sido creado de la luz de Bahá”, de esa “Rama de Dios” y Su “tesoro” en la Tierra Santa.

Dice Bahá'u'lláh:

“En estos mismos momentos, Mi hijo está siendo lavado ante Mi faz, después que lo hemos sacrificado en la Más Grande Prisión. Esto ha hecho que los habitantes del Tabernáculo de Abhá giman con gran llanto, así como se han lamentado quienes han sufrido encarcelamiento con este Joven en el sendero de Dios, el Señor del Día Prometido. Bajo tales condiciones Mi Pluma no ha sido impedida de recordar a su Señor, el Señor de todas las naciones. Esta emplaza a la gente hacia Dios, el Omnipotente, el Todo Bondadoso. Este es el Día cuando aquél que fue creado de la luz de Bahá ha sufrido martirio, en un tiempo cuando yacía prisionero en las manos de sus enemigos.

Sobre tí, oh Rama de Dios, sea el recuerdo de Dios y Su alabanza, y la alabanza de todos los que moran en los Reinos de la Inmortalidad y todos los habitantes del Reino de los Nombres. Feliz eres tú que has sacrificado a ti mismo ante la faz de tu Señor, el Omnipotente, el Irrestringido.

Tú, en verdad, has sido agraviado, y esto lo atestigua la Belleza de Él, el Que Subsiste por Sí Mismo. Tú soportaste, en los primeros días de tu vida, aquello que ha hecho gemir a todas las cosas, e hizo temblar a cada pilar. Feliz es aquél quien te recuerde, y se acerque mediante ti hacia Dios, el Creador de la Mañana”.²⁴

En una oración igualmente revelada por Bahá'u'lláh y en la que Él comulga con el Creador, encontramos:

“Loado sea Tu Nombre, oh Señor mi Dios. Tú me ves en este día recluido en mi prisión, y caído en las manos de Tus adversarios y contemplas a mi hijo (La Más Pura Rama) recostado yaciendo en el polvo ante Tu faz. Él es Tu siervo, oh mi Señor, a quien Tú has señalado para estar emparentado con Él, Quien es la Manifestación de Ti Mismo y la Aurora de Tu Causa.

Al nacer, él fue afligido debido a su separación de Ti, de acuerdo a lo que

había sido ordenado para él mediante Tu irrevocable decreto. Y cuando él bebió la copa de reunión contigo, fue condenado a la prisión por haber creído en Ti y en Tus signos. Él continuó sirviendo a Tu Belleza hasta que entró a la Más Grande Prisión. Luego de ello Yo lo ofrecí, oh mi Dios, como un sacrificio en Tu sendero. Tú bien sabes que aquéllos quienes Te aman han soportado a través de esta prueba lo que ha hecho que lloren las tribus de la tierra, y tras ellos, se la mente el Concurso en lo Alto.

Yo te imploro, oh mi Señor, por él y por su exilio y su encarcelamiento, que envíes a quienes lo amaron lo que hará aquietar sus corazones y bendecir sus obras. Potente eres Tú para hacer Tu voluntad. No hay Dios sino Tú, el Omnipotente, el Más Poderoso".²⁵



ÁQÁ BUZURG-I-KHURÁSÁNÍ

Intitulado

BADÍ -EL MARAVILLOSO-

¡Oh Hijo del Hombre!
Para todo hay un signo. El signo del amor
es la fortaleza ante Mi decreto y la paciencia
ante Mis pruebas.

—Bahá'u'lláh—

1. **Áqá Buzurg**

Los jóvenes bahá'ís pueden sentirse orgullosos de ser herederos de un valioso legado espiritual, acogiéndose al ejemplo de las generaciones de jóvenes bahá'ís de los primeros años de la Fe de Dios.

En efecto, la juventud dentro de la Fe Bahá'í ha evidenciado siempre una capacidad y potencial especiales para lograr hazañas y grandes victorias. Ellos, dotados de los singulares atributos propios de esa edad, como "espíritu aventurero, vigor, viveza y optimismo",¹ han brillado como estrellas en el firmamento del amor a Bahá'u'lláh.

Ejemplos de este principio hay muchos: El Báb tenía veinticinco años cuando declaró Su misión. Quddús, Su discípulo de rango más alto, contaba con veintidós años cuando abrazó la Fe. Igualmente vemos el sacrificio de Mírzá Mihdí, la Más Pura Rama, a los veintidós años de edad en la Más Grande Prisión. Rúhu'lláh, el niño prodigio de la Fe Bahá'í ofrendó su vida a los doce años prefiriendo morir a este mundo antes que retractarse de su Fe, mientras Badí —de quien nos ocuparemos en este relato— hizo lo mismo a los diecisiete años y fue designado como uno de los diecinueve Apóstoles de Bahá'u'lláh.

Mulla Husayn, la primera Letra del Viviente, es otro buen ejemplo, así como lo es también el joven Nabíl, destinado a ser el Poeta Laureado, cronista e infatigable discípulo de Bahá'u'lláh, quien abrazó y sirvió a la Fe desde los dieciocho años.

'Abdu'l-Bahá —el Centro del Convenio— rindió inapreciables servicios a su Padre durante los sucesivos destierros que sufrió, siendo todavía muy joven.

Shoghi Effendi, asumió el alto cargo de ser el Guardián de la Fe Bahá'í a los veinticuatro años cuando era un estudiante en la Universidad de Oxford, Inglaterra.

La lista proseguiría sin término nombrando a Ashraf, Anís, la joven Zaynab, etc., y continúa hasta la fecha en Irán con recientes martirios de valientes jóvenes bahá'ís, antes de negar su querida Fe.

Las jóvenes bahá'ís tienen en Bahíyyih Khánum, la hija de Bahá'u'lláh, el mejor ejemplo de servicio bahá'í abnegado.

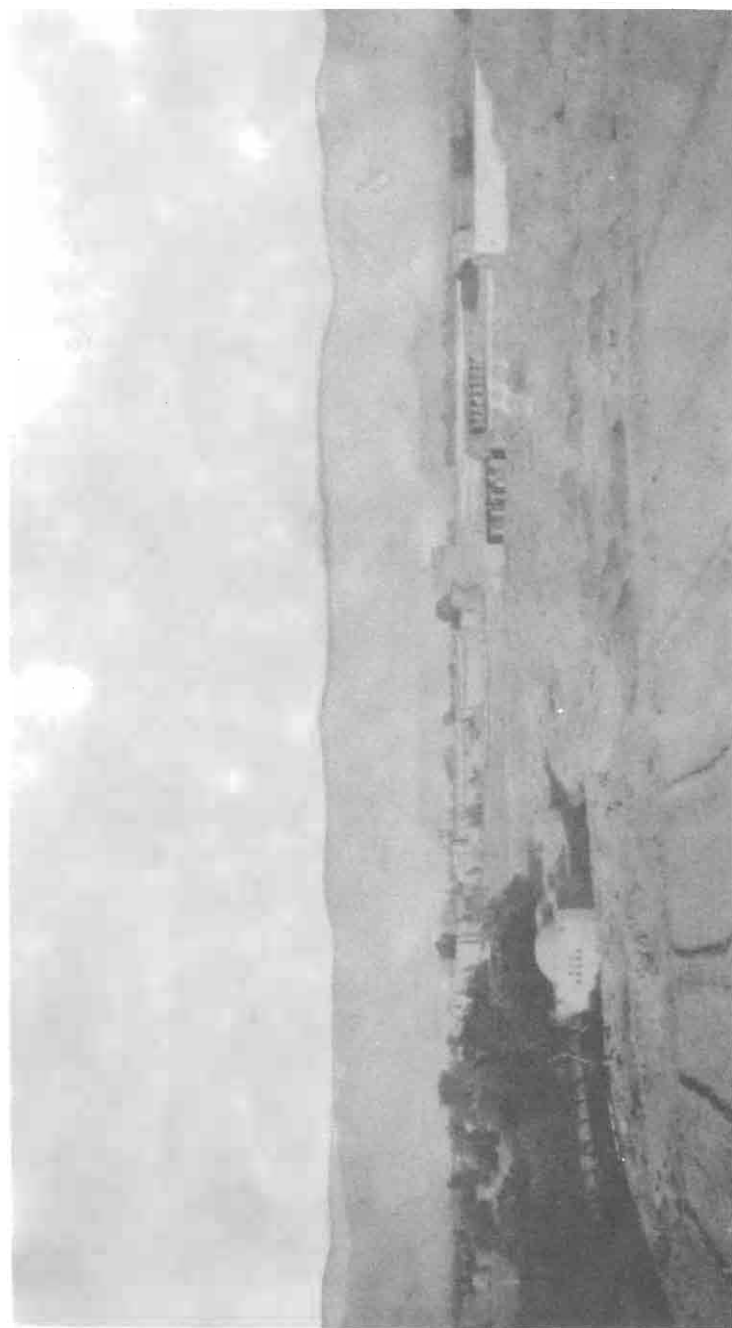
Bahá'u'lláh se ha referido a la inapreciable confirmación divina, que se manifiesta sobre el joven bahá'í que se levanta a servir a Dios y a la humanidad.

"Bendito es aquel que en la flor de su juventud y el apogeo de su vigor se levanta para servir la Causa del Señor del comienzo y del fin, y adorne su corazón con el amor de Él. La manifestación de tal gracia es mayor que la creación de los cielos y de la tierra. Benditos los constantes y dichosos los que son firmes".²

La juventud bahá'í debe reflexionar en estas profundas palabras de la Bendita Perfección y seguir el ejemplo de todas las figuras jóvenes y destacadas de la Fe Bahá'í, por el camino hoy señalado de enseñar la Fe.



Badí
Apóstol de Bahá'u'lláh



El pueblo de Nishápúr

Como el amado Guardián señaló, ellos son la columna vertebral de la comunidad bahá'í.

Una de estas almas especiales fue Aqá Buzurg de Khurásán, conocido más por el nombre que Bahá'u'lláh le confirió: Badí —el Maravilloso—.

Badí era el hijo de un iluminado creyente y a la vez próspero propietario de una mina de turquesas. Se llamaba 'Abdu'l-Majid, pero los amigos en Persia que lo admiraban y apreciaban le dijeron Aba-Badí, padre de Badí.

Siendo adolescente, Badí era un muchacho inquieto, desobediente y hasta rebelde con su padre. No daba signos visibles de seguir los pasos de su progenitor. Algo así como la oveja negra de la familia.

Su deplorable carácter e indiferencia hacia la Fe, había hecho que todos se lamentasen de él y pierdan las esperanzas de traerlo algún día al camino correcto.

Ese era el estado de cosas cuando el notable Nabíl pasó por el pueblo de Níshápúr. Nabíl sería años después el autor del libro "Los Rompedores del Alba", pero por aquel entonces era un dedicado maestro viajero bahá'í. Ya había conocido a Bahá'u'lláh y, por ello, andaba de lugar en lugar, intoxicado del vino del amor de Dios.

Al llegar a esa localidad —en la provincia de Khurásán, se dirigió a la casa de su viejo amigo Abá-Badí.

Nabíl cuenta de aquellos días cuando llega a enterarse de la conducta del joven. Pide entonces que lo traigan donde él, y, al ver en su corazón los rasgos de una pureza espiritual latente pero no descubierta, le cita algunos pasajes conmovedores en los cuales Bahá'u'lláh habla de Sus tribulaciones.

"Yo dije", relata Nabíl, "Tráelo que quiero verlo". "El (Abá-Badí) lo trajo y vi a un alto y delgado joven quien a cambio de perfecciones físicas tenía solamente un corazón simple y le dije a su padre que lo haga mi huésped y entregue su caso a Dios... Entonces, mencioné temas muy conmovedores, los cuales podrían fundir un corazón de piedra..."

"... Al escuchar estos temas divinos, el color del rostro de ese joven se enrojeció, sus ojos se llenaron de lágrimas y la voz de su pena se escuchó. Calmé su agitación, pero durante aquella noche, su enamoramiento y atracción estuvieron ocultos de los ojos de Shaykh Muḥammad^a y de mí mismo. Hasta que la luz apareció, leímos y recitamos la escritura sagrada. En la mañana, cuando preparó el samovar para hacer el té, salió afuera en busca de leche; su padre vino y dijo: "Nunca escuché llorar a mi hijo. Pensé que nada podía afectarlo. Pero ahora, ¿qué es lo que le ha fascinado para que fluyan así sus lágrimas y haga que se lamente y se inflame con el amor de Dios?". Yo dije: 'De cualquier manera, él mismo ya no se puede controlar y tú debes renunciar a él'. Y su padre dijo: 'Este modo de olvidarse de sí mismo es justo lo que quería. Si él queda firme en la Causa de Dios, yo mismo le serviré'.

^a. El tutor de Badí.

Áqá Buzurg^a insistía en acompañarme a Mashhad. Pero su padre dijo: "Traje a Shaykh Muhammad especialmente para que sea su tutor, a fin de que pueda aprender a leer y escribir en corto tiempo y, estudiar el Íqán^b bajo la tutela de Shaykh Muhammad y haga una copia del libro. Si él realiza estas cosas, entonces haré que se le provea con un caballo y todos sus gastos'.

Luego de mi partida a Khurásán y mi llegada a Teherán, Shaykh Fání^c llegó a Nishápúr y mencionó que estaba en camino a Bandar-i-'Abbas, en ruta a Baghdád, para finalmente llegar a la Tierra del Misterio (Adrianópolis) y, tenía el permiso de llevar a otra persona consigo. Jináb-i-Abá-Badí^d proveyó a su querido hijo de un caballo y de dinero, a fin de que pudiera alcanzarme en Baghdád y podamos viajar juntos a la morada del Amado^e

Badí acompañó al Shaykh hasta Yazd, y allí se separaron entregando al Shaykh todo lo que poseía y, completamente solo, partió a pie hacia la Morada de Paz (Baghdád).

Después de su arribo a Baghdád, Áqá 'Abdu'r-Rasúl fue martirizado y, entonces, él se puso a reemplazar al mártir llevando sobre sus hombros los baldes con agua como lo hacía Áqá 'Abdu'r-Rasúl, y, sirvió como el azacán^f de los compañeros en ese lugar. Y cuando los compañeros fueron aprehendidos para ser llevados a Mosul, aquel iluminado joven, aunque herido en diferentes partes por la gente ruin, se trasladó él mismo a Mosul y llegó a aquella ciudad con anticipación al arribo de los cautivos donde, nuevamente, se encargó de llevarles agua. Posteriormente encaminó sus pasos hacia la Tierra Santa y alcanzó la presencia de la Belleza de Abhá^g''³

De esta manera, Badí caminó la larga travesía y finalmente pisó la ciudad-prisión de 'Akká. En esos años era 'Akká una fortaleza rodeada de sólidos muros impenetrables, con una sola puerta de acceso por tierra, por la cual se controlaba a los transeúntes.

En su interior se agolpaban estrechas y laberínticas calles, las que además de la imagen propia de un tugurio, tenían de clima una pestilente atmósfera.

Era en realidad una colonia penal y dentro de sus contornos se hallaba el presidio o plaza fuerte donde Bahá'u'lláh se hallaba encarcelado por mandato del Sultán de Turquía.

- a. Badí
- b. El Kitáb-i-Íqán, Libro de la Certeza, revelado por Bahá'u'lláh
- c. Un bahá'í
- d. Su alteza, el padre de Badí
- e. Referencia a Bahá'u'lláh
- f. Persona que trae agua
- g. Referencia a Bahá'u'lláh

Corría el año de 1869, el segundo del encarcelamiento de Bahá'u'lláh y todavía la rigurosidad estaba fuertemente mantenida. Cualquier peregrino bahá'í que fuese descubierto corría el riesgo de ser echado de la ciudad, sino maltratado duramente.

Badí entró vestido de azacán y así nadie sospechó su condición. Pero su corazón anhelaba fuertemente la reunión con su Señor, de quien había escuchado cosas maravillosas. Este sentimiento fortalecía a cada momento su intrépida valentía juvenil, en esa casi imposible empresa. Al pasar por las calles tortuosas de la ciudad-prisión estaba desesperado por encontrar a alguno de los amigos persas exiliados allí.

Ansiaba encontrar una pista que lo condujera donde ellos, pero en esa búsqueda no podía preguntar a nadie, pues inmediatamente se delataría. Oprimido por esa angustia se dirigió a la mezquita y allí oró hasta desahogar las profundidades de su corazón rogando por la ayuda divina.

Las horas pasaron y repentinamente ingresó 'Abdu'l-Bahá rodeado de algunos creyentes, todos ellos con la indumentaria persa.

Era la hora de la puesta del sol. Badí, aunque incontenible en su emoción, supo controlarse y esperó que terminase la oración. Sigilosamente alcanzó al Maestro una hoja de papel en la que, sin identificarse, escribió unas pocas palabras señalando su calidad de bahá'í.

'Abdu'l-Bahá hizo los arreglos necesarios para que esa misma noche, Badí pueda entrar al interior de las barracas disfrazado de azacán y con sus implementos. De esta manera entró a la presencia de Bahá'u'lláh.

La incomparable bendición de tener a solas una entrevista con la Manifestación de Dios, le fue conferida en dos oportunidades a este especial joven de diecisiete años.

* * *

2. La Tabla al Sháh (Lawh-i-Sultán)

Los destierros sucesivos de Bahá'u'lláh, ordenados por dos poderosos monarcas del oriente, le fueron alejando poco a poco de Su tierra natal, Persia, hasta llevarle finalmente a las playas de la Tierra Santa —Israel—, a 'Akká, la Más Grande Prisión.

En una de las ciudades, donde sufrió la suerte cruel del ostracismo, Adriánópolis se llamaba, la Bendita Belleza reveló Tablas muy significativas dirigidas a los principales reyes, gobernantes y magistrados religiosos del planeta.

Esa trascendental Proclamación del Mensaje de Bahá'u'lláh se extendió a los años del confinamiento en 'Akká.

En esas Epístolas, el Prisionero Divino les anuncia la venida del Día de Dios, con el lenguaje con que un Rey de Reyes se dirige a Sus vasallos. Estos singulares e históricos documentos, a manera de ríos de sabias enseñanzas, contienen además severas admoniciones a aquellos, por entonces, responsables de las vidas ordenadas de sus pueblos, y por ende, de la mayoría de la humanidad.

La Bendita Belleza les presagia además, en lenguaje enfático y a la vez augusto, la naturaleza de las pruebas y las consecuencias que les acarrearía el rechazar al Enviado de Dios y a Su Palabra.

La noticia de la existencia de estas Tablas, pronto se diseminó por Asia y Europa, en periódicos y círculos intelectuales de la época, y muchos quedaron a la expectativa de la realización de estas profecías.

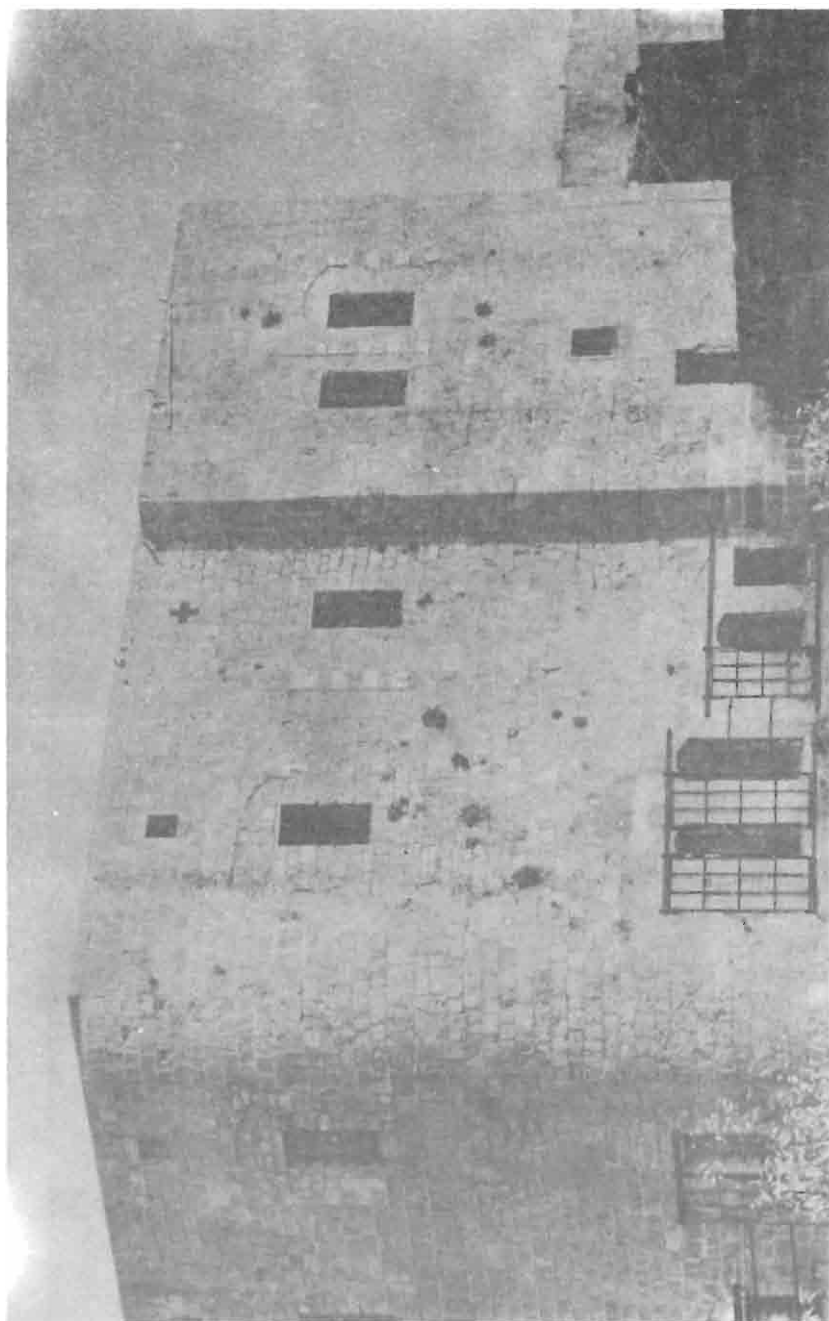
Cuando era evidente para todos el cumplimiento de las calamidades previstas por la Pluma Suprema, la fama de Bahá'u'lláh creció como un sol al levantarse por la mañana. Mucho más aún, cuando esto así sucedió y aquellos potentados cayeron como las estrellas fugaces en el cielo.

Bahá'u'lláh ha dicho de estas Tablas escritas a las "testas coronadas" del mundo:

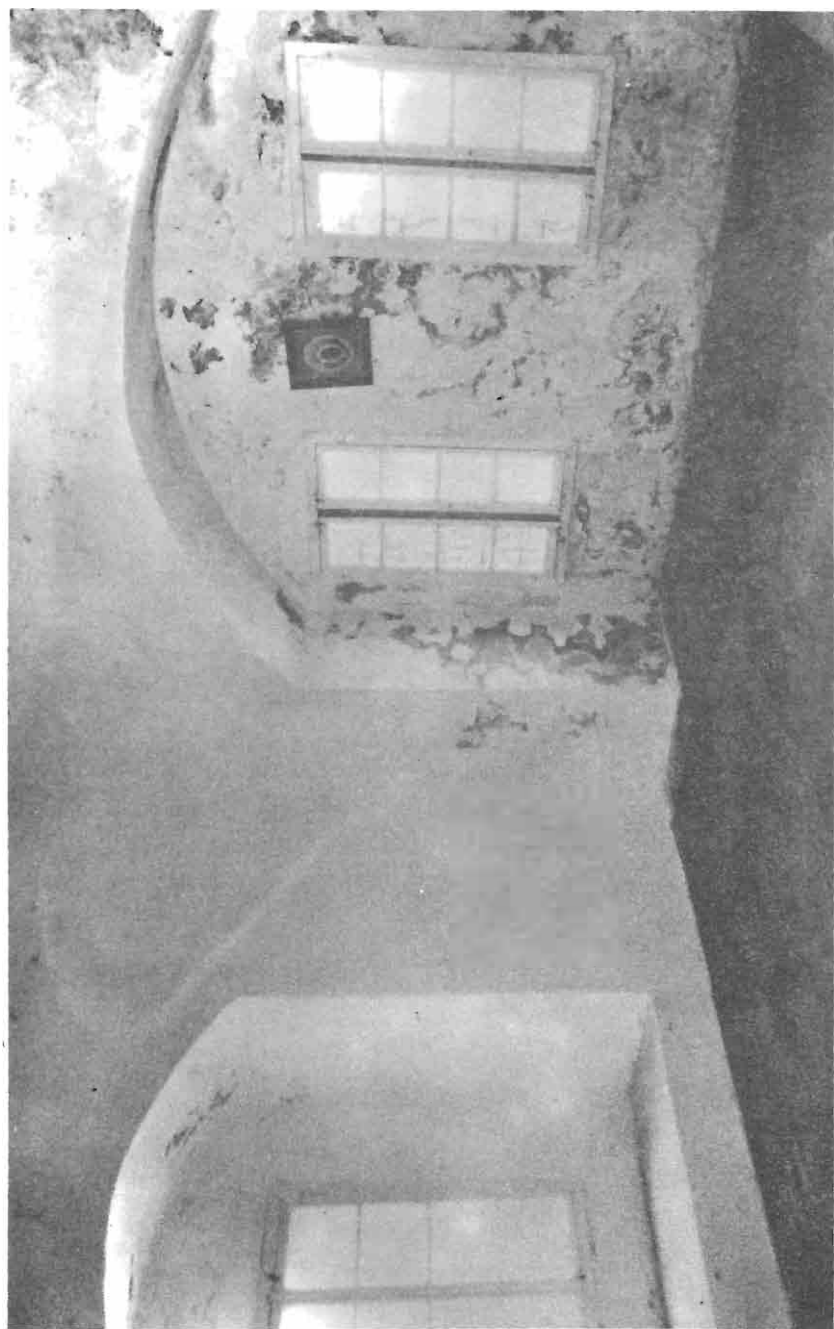
"Cada una de ellas ha sido designada con un nombre especial. La primera se ha llamado 'El Estruendo'; la segunda 'El Golpe'; la tercera 'La Inevitable'; la cuarta 'La Clara'; la quinta 'La Catástrofe'; y las demás: 'El Aturdidor Toque de Trompeta', 'El Evento Próximo', 'El Gran Terror', 'La Trompeta', 'El Clarín' y otras semejantes a fin de que todos los pueblos de la tierra sepan a ciencia cierta y vean, con su vista exterior e interior, que Aquél Quien es el Señor de los Nombres ha prevalecido y seguirá prevaleciendo, en todas circunstancias, sobre todos los hombres... Nunca, desde el principio del mundo, ha sido tan abiertamente proclamado el Mensaje..."⁴

Entre los destinatarios de las Epístolas Sagradas estuvieron:

- La Reina Victoria de Inglaterra.
- El Emperador Napoleón III de Francia.
- El Káiser Guillermo I de Alemania.



Vista de "Las Barracas", tal como es en la actualidad



Interior de la Celda de Bahá'u'lláh en 'Akká

- El Sultán ‘Abdu’l-‘Azíz del Imperio Turco.
- El Zar Alejandro II de Rusia.
- El Emperador Francisco José del Imperio Austro-Húngaro.
- Los Presidentes de las Repúblicas de América.
- El Papa Pío IX.
- Los magistrados religiosos de las religiones cristiana, musulmana, judía y zoroastriana.
- El Sháh de Persia, Násirí’-d-Din Sháh.

La Tabla al Sháh de Persia, particularmente, es la más extensa que fue dirigida a un soberano individualmente. Es más conocida como Lawh-i-Sultán (Tabla al Rey). Su volumen se aproxima a un libro y es un tesoro riquísimo de sabiduría y reprimendas divinas.

Násirí’-d-Dín Sháh, significa el “Defensor de la Fe”, pero debido a su crueldad y tiranía hacia los creyentes y, en general hacia Bahá’u’lláh, hizo que la Lengua de Poder y Fuerza lo estigmatizara como el “Príncipe de los Opresores” y advirtiera que pronto se convertiría en “lección ejemplar para el mundo”.

En efecto, en el año de 1896, fue asesinado públicamente por un musulmán revolucionario, cuando se disponía a celebrar en una fiesta nacional y con una fastuosidad nunca antes vista, el cincuenta aniversario de su ascensión al trono.

Este déspota había sido el responsable de la masacre de miles de creyentes en la Cuna de la Fe y de los sucesivos destierros de la Bendita Perfección, tanto a ‘Iráq, como a Constantinopla, Adrianópolis y ‘Akká.

Durante los cincuenta años de su reinado sumió a la nación en el más profundo caos, bancarrota y opresión. Se alió con los opositores de la Fe y con el Sultán de Turquía, intentando extirpar de raíz la Causa de Dios con todos los medios que su vasto poder le permitió.

Este soberano nunca conoció a Bahá’u’lláh personalmente pero sí al Báb cuando era todavía el heredero al trono. Él fue el responsable de Su martirio en 1850.

Al parecer, no había leído los Escritos Sagrados. Hasta el momento que recibió la Tabla de Bahá’u’lláh, podría decirse quizás y acaso justificarse parcialmente, que su mala información sobre los propósitos de la Fe habían provenido de los fanáticos religiosos de su corte, a quienes siempre escuchaba.

La Bendita Belleza envió pues al valiente Badí para que sorteando las dificultades y el grave peligro que implicaba acercarse a ese orgulloso, le entregara personalmente la sagrada Epístola. Desde el instante cuando esto sucedió, entonces, ya no tendría pretexto alguno que argüir ante el trono de Dios ni ante el juicio de la historia.

La autoridad real falló esa vez a la oportunidad que benévolamente se le brindó, y en lugar de prestar oídos a las palabras de Bahá’u’lláh, prefirió tomar

venganza en la persona de ese inocente muchacho de apenas dieciocho años, incapaz como era de refrenar el odio de su alma y poner en esos momentos sus garras de lobo sobre el Prisionero de 'Akká.

En esta Tabla, entre otros puntos, Bahá'u'lláh le dice:

"Mira a este Joven, oh Rey, con los ojos de la justicia; juzga, entonces, con la verdad acerca de lo que le ha acontecido. Verdaderamente, Dios te ha hecho Su sombra en medio de los hombres, y signo de Su poder para todos los que habitan en la tierra".

"¡Oh Rey! Si inclinases tu oído al chirrido de la Pluma de Gloria y al arrullo de la Paloma de la Eternidad..., alcanzarías una posición desde la cual nada verías en el mundo del ser, sino el resplandor del Adorado, y considerarías tu soberanía como la más despreciable de tus posesiones, abandonándola a quienquiera que la desee, y dirigiendo tu rostro hacia el horizonte encendido por la luz de Su semblante".

"Mucho deseáramos que Su Majestad, el Sháh, examinara él mismo estos asuntos, trayendo esperanza a los corazones. Lo que hemos puesto a tu consideración es de hecho para tu mayor bien".⁵

El Lawh-i-Sultán está escrito en un elevado árabe, el que de por sí, debía ser entregado a los eruditos de su corte para su lectura y comprensión.

La Bendita Belleza le pide que le llame a la Corte Real, para que Él pueda hacerle una exposición y defensa de Sus enseñanzas, ante él y sus dignatarios religiosos. Más aun, le dice que El está dispuesto a mostrar cualquier evidencia o prueba para que la verdad pueda ser aclarada del error.

Es interesante notar que otros Mensajeros de Dios siempre se mostraron renuentes a hacer cualquier milagro o señal, pero en el Lawh-i-Sultán, Bahá'u'lláh acepta cualquier desafío de esta naturaleza.

Se relata que Badí se acercó cortésmente donde el emperador, pero que éste ordenó se le arrebatase la Epístola y que la entreguen a los principales sacerdotes de la ciudad.

El monarca les propuso enfrentar el desafío de Bahá'u'lláh, sin embargo, esto no fue aceptado por los religiosos. También solicitó a siete de los principales y eminentes clérigos de Teherán que preparen una respuesta, pero ellos, también temerosos de una vacilación del rey, le comunicaron que si Su Majestad tenía alguna duda en su mente, pues ellos mismos se encargarían de disiparla.

El Sháh quedó disconforme de la actitud de sus cortesanos y se lamentó de su incapacidad en dar contestación al Mensaje, a pesar del confiado crédito que por tanto tiempo les había deparado.

A pesar de todo ello, despachó la Tabla a su Embajador ante el Gobierno Turco en Constantinopla, el Mushíru'l-Dawlih, para que intervenga y haga más severo el encarcelamiento de Bahá'u'lláh, Su familia y de los amigos en 'Akká.

De esta manera, Násiri'd-Dín Sháh llenó un capítulo negro de su más oscura vida y, se sumergió otra vez en las ciénagas del más horrendo pecado, el

perseguir a un Mensajero Divino.

El Lawh-i-Sultán fue revelado durante el período de Adrianópolis, varios años antes del peregrinaje que hiciera Badí a la Más Grande Prisión.

Ya varios creyentes, destacados y veteranos, sabedores de la existencia de la Epístola, habían pedido ser merecedores del honor de actuar como su portador. Claro estaba, todos conocían de antemano el destino fatal con que terminaría la misión.

Pero Bahá'u'lláh esperó y no aceptó a nadie hasta cuando llegó Badí y le encomendó ser el mensajero. Bahá'u'lláh mencionaba a los creyentes que pronto arribaría el mensajero que la llevase a la presencia del Sháh.

Sobre la cubierta de la Epístola Él escribió —todavía estando en Adrianópolis— las líneas que a continuación siguen, las que por supuesto, estaban dirigidas al gran Badí.

Estas palabras son conocidas como la Tabla a Badí, y le fue entregada momentos antes de emprender su viaje de regreso a Irán.

* * *

3. Tablilla a Badí

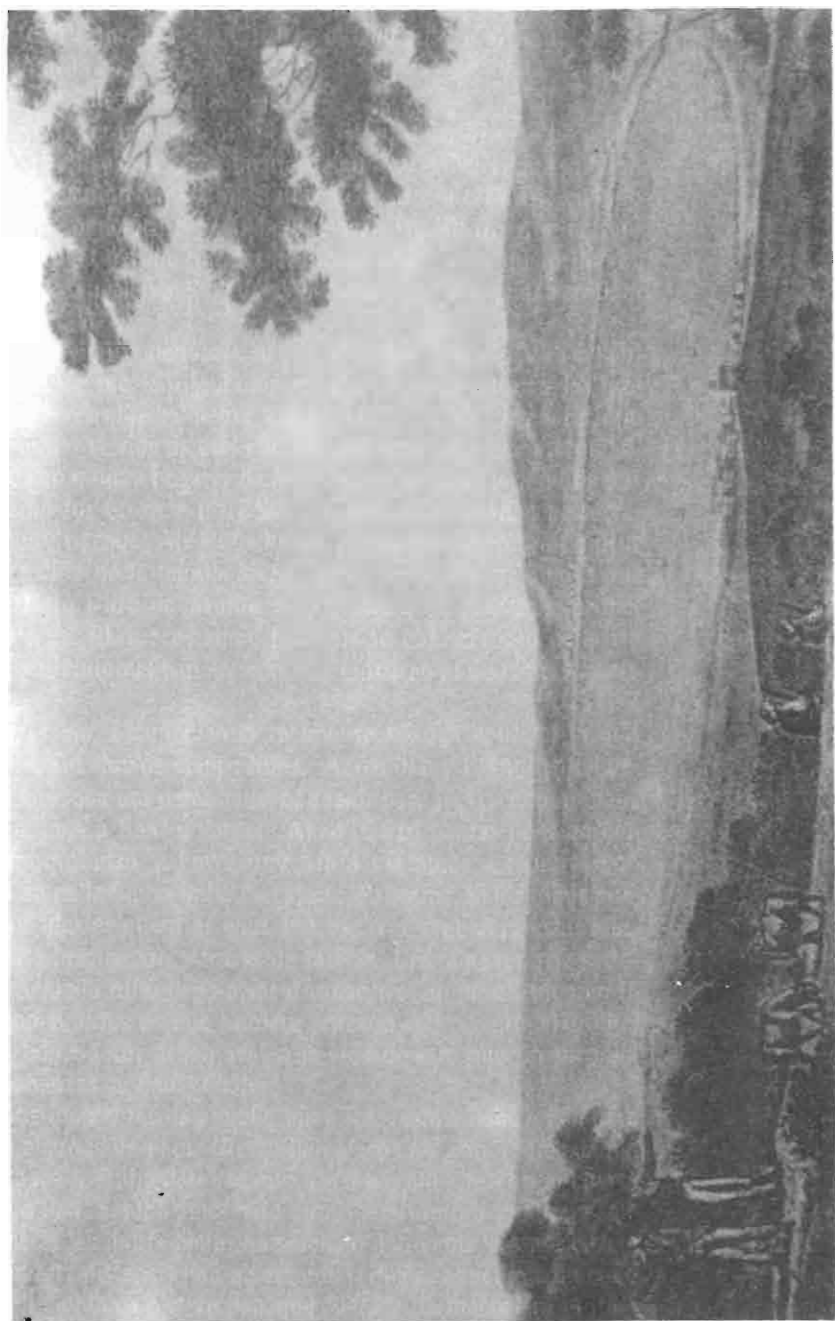
Él es Dios, Exaltado sea.

Pedimos a Dios envíe a uno de Sus siervos y lo desprenda del Ser contingente y adorne su corazón con la insignia de fortaleza y serenidad, para que pueda él ayudar a su Señor en medio del Concurso de las criaturas, y, cuando llegue a ser conciente de lo que ha sido revelado a Su Majestad, el Rey, que pueda él levantarse y llevar la Carta, con el permiso de su Señor, el Poderoso, el Bondadoso, e ir presto a la Morada del Rey. Y cuando arribe al lugar de su trono, llegue a una posada, y no converse con nadie hasta el día cuando salga donde él (es decir, el Rey) ha de pasar. Y cuando los heraldos reales aparezcan, que levante en alto la Carta con la mayor humildad y cortesía, y diga: 'He sido enviado de parte del Prisionero'. Y es de su incumbencia el actuar de tal modo que si el Rey decretara su muerte, él no se turbará dentro de sí, y se apresurará al lugar del sacrificio diciendo, '¡Oh Señor, alabado seas porque Tú me has hecho un ayudante de Tu religión y has decretado para mí, el martirio en Tu sendero! ¡Por Tu Gloria, no cambiaría esta copa por (todas) las copas de los mundos, puesto que no has decretado nada semejante que se le equivalga, ni el Kawthar ni el Salsabíl^a que le rivalizen!' Pero si él (es decir, el Rey) permite que (el mensajero) se vaya, y no interfiere con él, que diga: 'Para Ti sea la alabanza, oh Señor de los mundos! Verdaderamente estoy contento con Tu complacencia y con lo que has predestinado para mí en Tu sendero, aunque quise que la tierra fuera teñida con mi sangre por Tu amor. Pero lo que Tú deseas es lo mejor para mí; verdaderamente Tú sabes lo que está adentro de mi alma mientras yo no sé lo que está dentro de Tu alma; y Tú eres el Omnisapiente, el Informado'.⁶

—Bahá'u'lláh—

* * *

^a. Ríos del paraíso, simbólicamente referidos en el Corán.



La Bahía de Haifa según dibujo de los inicios del siglo pasado. Al fondo se puede apreciar a 'Akká



La Bahía de Haifa y el Monte Carmelo

4. El Orgullo de los Mártires de la Fe Bahá'í

“Recuerda a su Señoría Badí, quien fue el portador de la Tabla a Su Majestad el Sháh y reflexiona sobre la forma en que entregó su vida. Ese caballero que espoleó su corcel en la arena del renunciamiento, arrojó la preciosa corona de la vida por amor a Aquél quien es el Amigo Incomparable”⁷

—Bahá'u'lláh—

Como se señaló anteriormente, Badí fue honrado con dos audiencias privadas con Bahá'u'lláh. Durante una reunión en la que estaban presentes algunos bahá'ís, Bahá'u'lláh agarró la Tabla y preguntó: “¿Quién sera el que la llevará al Sháh de Persia?”⁸

Badí saltó impulsado de su asiento e inclinándose ante el Mensajero de Dios, le dijo: “Yo llevaré esta Tabla”. La Bendita Belleza repitió nuevamente la pregunta y el joven peregrino volvió a suplicar por este honor. Otra vez, Él hizo la misma pregunta y Badí rogó igualmente ser considerado en esa misión.

Bahá'u'lláh aceptó su sincero deseo y le entregó la Tabla, la cual él reverentemente tomó.

Fue en el curso de estas dos reuniones que Bahá'u'lláh le confirió su nuevo nombre de Badí —el Maravilloso—.

Cuenta la Bendita Perfección que Él creó por segunda vez el espíritu de este muchacho. “Tomamos un puñado de polvo, lo mezclamos con las aguas de fuerza y poder y soplamos el espíritu de resolución”,⁹ dijo Bahá'u'lláh.

“En una Tabla revelada en honor al padre de Badí”, escribe el señor Adíb Taherzadeh, “quien fue martirizado pocos años después, la Pluma de lo Más Alto, en gran detalle retrata la manera por la que esta nueva creación llegó a existir. Él describe que cuando el tiempo designado había llegado, la Lengua de Grandeza pronunció ‘una palabra’ que hizo temblar la integridad de su ser, y que si no fuera por la protección de Dios, él habría quedado estupefacto. Entonces la Mano de la Omnipotencia empezó a crear la nueva creación, y ‘sopló en él el espíritu de fuerza y poder’. Tan grande hubo sido la infusión de esta fuerza, como Bahá'u'lláh aseguró, que Badí solo y sin ayuda, pudo haber conquistado todo lo que está sobre la tierra y en los cielos. Bahá'u'lláh menciona que cuando esta creación vino a la existencia, Badí hubo sonreído en Su presencia y manifestado tal firmeza que el Concurso en lo Alto estaba profundamente conmovido y elevado... En la misma Tabla, refiriéndose a la excelsitud de la estación de Badí, Él afirma que ninguna Tabla puede transmitir su significancia, ni ninguna pluma describir su gloria”.¹⁰

Para ese momento ya tenía su nuevo nombre de Badí.

En vista de la peligrosidad a las que estaban sujetos los creyentes, Badí

fue a Haifá. Allí, en el Monte Carmelo, se preparó en oración y esperó hasta cuando vino Hájí Akhund, el Fideicomisario de Bahá'u'lláh, quien le entrega el Lawḥ-i-Sultán y a la vez la Tablilla dirigida a él.

Las instrucciones eran que Badí tenía que hacer el viaje sin compañía y no contactarse con nadie.

Este mismo Hájí Akhund, Mano de la Causa de Dios, relató, posteriormente los momentos finales de la permanencia de Badí en la Tierra Santa.

“Se me dió una pequeña caja de palmo y medio de longitud, de menos de un palmo de anchura y un cuarto de palmo de espesor; se me dijo que se la entregase (a Badí) en Haifa, junto con unas pocas libras. No sabía yo lo que había dentro de la caja. Me encontré con él en Haifa y le di las buenas nuevas que un favor le había sido conferido y se me había encomendado su entrega. Y así fue que salimos de la ciudad al Monte Carmelo y le entregué la caja. Él la tomó con ambas manos y la besó, luego de lo cual se postró en el suelo. Había también un sobre cerrado para él, el cual cogió. Caminó de veinte a treinta pasos del lugar donde estaba y, volviéndose al lugar de la prisión de Bahá'u'lláh, se sentó y la leyó. Entonces se postró nuevamente y su faz estaba radiante de gozo y éxtasis. Le solicité si podía tener el honor de leer la Tabla que había recibido, pero él contestó: ‘No hay tiempo’. Comprendí que era un asunto que no podía ser divulgado. ¿Qué cosa era? No tenía ni idea de lo que estaba pasando, ni de la importancia de la tarea con que había sido comisionado.

Le dije: ‘Ven conmigo a Haifa porque se me ha instruido entregarte una suma de dinero’. El respondió: ‘No iré contigo a la ciudad; anda y tráeme el dinero’.

Fui y regresé, pero no pude encontrarlo en ninguna parte —se había ido. Escribí a Beirut para que le entreguen el dinero pero no lo habían visto pasar. No tuve más noticias de él hasta que escuché los informes de su martirio en Teherán. Entonces comprendí que en esa caja estaba el Lawḥ-i-Sultán, y en el sobre había una Tabla portando las nuevas del martirio de esa esencia de firmeza y constancia...”

“El finado Hájí ‘Alí... solía contar: ‘Desde Trebisonda hasta Tabríz estuve en su compañía (de Badí) en algunas de las etapas del viaje. Estaba él lleno de alborozo, risa, y gratitud y fortaleza. Y, lo único que yo sabía, es que había estado en la presencia de Bahá'u'lláh y estaba regresando ahora a su hogar en Khorásán. Vez tras vez, observé que habiendo él caminado algo como cien pasos, dejaría el camino y, volviéndose hacia ‘Akká se postraría y se le escucharía decir: ‘Oh Dios, aquello que me has concedido por Tu bondad, no me lo quites por Tu justicia, más aún, concédeme la fuerza en preservarlo’.”¹¹

Cuatro meses más tarde Badí arribó a la capital del dominio persa. Una vez allí, guardó un ayuno de tres días mientras averiguaba el lugar exacto donde se encontraba el Sháh.



Badí cuando estaba siendo torturado. Nótese las planchas de hierro



Násirid-Dín Sháh

En esos días el soberano se encontraba en una de sus residencias de verano. Badí se dirigió hacia allá y, vestido enteramente de blanco, permaneció sentado sobre una pequeña colina en los alrededores del lugar donde el Sháh solía estar.

No podía acercarse inmediatamente a las cercanías del primer magistrado debido a la vigilancia y seguridad que se guardaba.

En esta forma, Badí permaneció por cuatro días hasta cuando Násirid-Dín Sháh se percató por sus binoculares de su extraña actitud. Pensó quizás, dentro de sí, que sería uno de sus súbditos deseoso de un favor o en necesidad de justicia, un gesto raro en aquel déspota.

Se disponía a salir de caza cuando ordenó a su guardia que averiguara la intención del extraño. Fueron donde Badí y él les señaló que tenía una Carta muy importante para el Sháh. Los guardias trataron que Badí les entregue la Tabla, pero él no cedió, de manera que fueron donde el Rey quien a la vez ordenó lo trajesen a su presencia.

Badí se le acercó con la Tabla en la mano y, con la "mayor humildad y cortesía".

La apariencia reverente y digna de este joven atrajo la atención de Násirid-Dín Sháh. Con voz resuelta y solemne, le expresó:

"¡Oh Rey! He venido a ti desde Shebá^a con un trascendental Mensaje!"
(Corán 27:22)

Por el tono de esas palabras, el monarca dedujo que Badí era un seguidor del Prisionero de 'Akká. Ordenó que le quitaran la Epístola sagrada y luego lo arrestaran.

De inmediato mandó a sus oficiales, que bajo presión, le saquen los nombres de sus compañeros. Badí no respondió como ellos querían pues, con veracidad, no se había asociado en el viaje con ningún bahá'í de acuerdo a la sabiduría de las instrucciones de Bahá'u'lláh.

— "Danos un completo relato de todo esto", le dijeron.

— "¿Quién te dio esta carta?"

— "¿De dónde la has traído?"

— "¿Cuánto tiempo hace?"

— "¿Quiénes son tus compañeros?"

Badí respondió todas las preguntas menos la última.

Cuando vieron que no conseguían lo que el soberano deseaba, le ofrecieron interceder por él, si tan sólo se retractaba de su fe.

Badí quedó más firme que nunca, más que una montaña. Él sabía desde el inicio de la misión de su último destino. Su corazón estaba lleno del amor por su Señor. ¿Cabría entonces lugar para albergar amor por este mundo?

Durante tres días le siguieron torturando. Le golpearon, por ejemplo, los

^a. Shebá simboliza el desierto.

pies con el castigo del bastinado hasta sangrar y lo trataron en la forma más violenta. Pero Badí era ya la personificación de la "fortaleza y serenidad". Había, como los antiguos apóstoles, sublimizado la agudeza del dolor por las fuerzas inextinguibles del amor a Dios, fruto éste de la abnegación.

Inconciente de sí mismo, y de las atrocidades que caían sobre él, sonreía al asombro de los verdugos.

Con planchas de fierro al rojo vivo le quemaron el pecho. Él les dijo que hagan lo mismo con su espalda, a ver si así podía sentir el fuego del sufrimiento por todo su ser.

Ellos así lo hicieron, pero en su admiración llegaron a pensar que tenían ante sí a alguien diferente de un ser humano. Corrieron donde el Sháh y le informaron de lo que habían hecho y visto.

El soberano ordenó le saquen una foto a Badí y se la traigan, pero que no sea mostrada a nadie por miedo a que se haga un bahá'í. En esta foto vemos a un Badí completamente transformado, forjado con fibra de absoluta calma.

A una orden de Násirid-Dín Sháh, Badí fue finalmente asesinado al ser destrozado su cráneo, literalmente hecho papilla, con la culata de un rifle.

Hasta el último momento de su vida, Badí ofreció gracias a su Señor por haberle permitido servirle con la mayor lealtad y quedar firme en su Causa, ganando para sí la gloria del martirio.

Su cuerpo fue vestido con su mismo ropaje blanco, echado en un hoyo y cubierto de piedras y tierras, en un lugar llamado Galan Duak. Corría el mes de julio de 1869.

A su muerte, Bahá'u'lláh ensalzó su memoria como el Orgullo de los Mártires. Abá Badí, al enterarse de la suerte de su hijo, cayó presa de una infinita pena que no podía reprimir ni menguar.

Desde la Más Grande Prisión de 'Akká, Bahá'u'lláh le escribió una Epístola —de la que se hizo comentario al comienzo de esta sección—, diciéndole:

"¿Pensas que él ha muerto? ¡No, por el Revelador de los Signos! Mediante él, alegremente se ha movido el espíritu de vida en los corazones del universo", que "si se lo hubiésemos ordenado habría sojuzgado todo lo que está en el cielo y en la tierra", "que el júbilo le alcanzó", y que se enfrentó a la muerte "con poder y autoridad, avanzando con una fortaleza tal, como para transtornar al Concurso Supremo y a los moradores de las Ciudades de los Nombres"¹².

Dice el Guardian de la Fe: "Por tres años Bahá'u'lláh siguió ensalzando el heroísmo de ese joven, caracterizando las referencias que Él hizo a ese sublime sacrificio como la "Sal de Mis Tablas"¹³. Un "hambre devastador" "asoló a Persia más o menos un año después que el ilustre Badí había sido torturado hasta la muerte, la que redujo a la población a situación tal que incluso los ricos pasaban hambre, y centenares de madres devoraban, asquerosamente, a sus propios hijos"¹⁴.

Bahá'u'lláh afirmó posteriormente que ese era el castigo divino por haberse dado muerte a Su joven discípulo y que si no hubiera sido por los bahá'ís que vivían en suelo persa, la nación entera hubiera sido aniquilada.

Un bahá'í escribió una súplica a la Manifestación de Dios, en nombre de su pueblo pidiendo perdón, y Él misericordiosamente lo concedió. Entonces, la sequía nunca vista, cesó.

* * *

5. Pasajes del Lawh-i-Sultán

¡Oh Rey! Yo no era más que un hombre como otros; dormía en Mi lecho, cuando he aquí, las brisas del Todo Glorioso soplaron sobre Mí, y Me enseñaron el conocimiento de todo lo que ha sido. Esto no es de Mí, sino de Uno Quien es Todopoderoso, Omnisapiente. Y El Me ordenó elevar Mi voz entre tierra y cielo, y por esto Me sucedió lo que ha hecho correr las lágrimas de todo hombre de entendimiento. La erudicción corriente entre los hombres no la estudié; en sus escuelas Yo no entré. Pregunta en la ciudad donde vivía, para que puedas estar bien seguro de que Yo no soy de aquellos que hablan en falso. Esta no es sino una hoja que los vientos de la voluntad de tu Señor, el Todopoderoso, el Todo Alabado, ha movido. ¿Puede estar quieta en tanto que soplan los vientos tempestuosos? ¡No, por Aquél Quien es el Señor de todos los Nombres y Atributos! La mueven mientras soplan. Lo evanescente es como nada ante Aquél Quien es el que Siempre Perdura. Su emplazamiento que todo lo compele Me ha alcanzado, y Me ha hecho declarar Su alabanza entre todos los pueblos. Yo era de hecho como un muerto cuando fue pronunciada Su orden. La mano de la voluntad de tu Señor, el Compasivo, el Misericordioso, Me transformó. ¿Puede alguien decir por su propia voluntad aquello por lo cual todos los hombres, poderosos y humildes, han de protestar contra él? Nadie, por Aquél Quien enseñó a la Pluma los misterios eternos, salvo aquel a quien la gracia del Todopoderoso, el Omnipotente, ha fortalecido. La Pluma del Altísimo se dirige a Mí diciéndome: No temas. Relata a Su Majestad el Sháh aquello que te sucedió —y su corazón ciertamente está entre los dedos de su Señor, el Señor de Misericordia que quizás el sol de la justicia y munificencia brille sobre el horizonte de su corazón. Así el decreto ha sido irrevocablemente fijado por Aquél Quien es el Omnisciente.

Mira a este Joven, oh Rey, con los ojos de la justicia; juzga, entonces, con verdad respecto de lo que Le ha sucedido. De verdad, Dios te ha hecho Su sombra en medio de los hombres y el signo de Su poder para todos los que habitan la tierra. Juzga entre Nosotros y aquellos que Nos han agraviado sin prueba y sin un libro iluminador. Aquellos que te rodean te aman por tu propio interés, y no ha tenido deseo excepto acercarte a la sede de gracia, y volverte hacia la diestra de la justicia. Tu Señor es testigo de lo que declaro.

¡Oh Rey! Si inclinases tu oído al chirrido de la Pluma de Gloria y al arrullo de la Paloma de la Eternidad que, en las ramas del Árbol del Loto, más allá del cual no hay paso, pronuncia loanzas a Dios, el Hacedor de todos los nombres y creador de tierra y cielo, alcanzarías una posición desde la cual nada verías en el mundo del ser sino el resplandor del Adorado, y considerarías tu soberanía como la más despreciable de tus posesiones, y la abandonarías a quien quiera que la desease, y pondrías tu rostro en dirección del Horizonte encendido con la luz de Su semblante. Ni tampoco nunca querrías llevar la carga del dominio

salvo con el propósito de ayudar a tu Señor, el Exaltado, el Altísimo. Entonces el Concurso de lo alto te bendeciría. ¡Oh cuán excelente es esta muy sublime posición, si pudieras ascender a ella mediante el poder de una soberanía que reconocidamente derive del Nombre de Dios! . . .

¡Oh Rey de la época! Los ojos de estos refugiados se han vuelto hacia la misericordia del Más Misericordioso, y se han fijado sobre ella. Sin duda alguna estas tribulaciones serán seguidas por los torrentes de una misericordia suprema, y estas terribles adversidades serán sucedidas por desbordante prosperidad. Nos desearíamos de corazón, sin embargo, que Su Majestad el Sháh examinase estos asuntos y trajese esperanza a los corazones. Aquello que Nos hemos sometido a tu Majestad es de hecho para tu máximo bien. Y Dios, ciertamente, es suficiente testigo para Mí. . .

Oh, fuera que tú me permitieses, oh Sháh, enviarte aquello que reconfortara los ojos, y tranquilizara las almas, y persuadiera a toda persona de mente justa que con Él es el conocimiento del Libro. . . Si no fuera por el repudio de los necios y la connivencia de los religiosos, hubiese pronunciado un discurso que habría encantado los corazones y los habría llevado a un reino de cuyos vientos puede oírse el murmullo: "¡No hay Dios sino Él!"

He visto, oh Sháh, en el sendero de Dios lo que ningún ojo ha visto ni oído percibido. . . ¡Cuán numerosas las tribulaciones que han llovido, y pronto han de llover sobre Mí! Avanzo con Mi rostro puesto en dirección de Aquél Quien es el Todopoderoso, el Todo Munífico, en tanto que en pos de Mí repta la serpiente. Mis ojos han vertido tantas lágrimas, que Mi cama se ha empapado. Sin embargo, no Me aflijo por Mí Mismo. ¡Por Dios! Mi cabeza anhela la lanza por amor de su Señor. No paso un árbol sin que Mi corazón se dirija a él diciendo: "¡Oh, que fueses derribado en Mi nombre, y Mi cuerpo crucificado sobre ti, en la senda de Mi Señor!". . . ¡Por Dios! Aun cuando el cansancio Me incline, y el hambre Me consuma, y la roca desnuda sea Mi lecho, y Mis compañeros las bestias del campo, no Me quejaré, sino soportaré pacientemente como aquellos dotados de constancia y firmeza han soportado pacientemente, mediante el poder de Dios, el Reino Eterno y Creador de las naciones, y daré gracias a Dios en todas condiciones. Oramos porque El, por Su munificencia —exaltado sea— libere, mediante este encarcelamiento, la cerviz de los hombres de cadenas y trabas, y les haga volverse, con rostros sinceros, hacia Su Faz, Quien es el Poderoso, el Munífico. Él está dispuesto a responder a quienquiera que le llame, y cerca está de aquellos que con El comulgan¹⁵.

—Bahá'u'lláh—



VARQÁ Y RÚHU'LLÁH

“El niño recién nacido en ese Día sobrepasa al más sabio y venerable de los hombres de ahora”...”

—El Báb—

1. La Familia de 'Atrí

En el año de 1850, el mismo del martirio del bendito Báb, pasó por la ciudad de Yazd un campeón de la Fe en esos tiempos. Se llamaba Vahíd —El Incomparable—.

Yazd es una de las ciudades donde se desarrolla con más fanatismo la ortodoxia musulmana de Persia (Irán). Pero aun así, este maestro de la Fe, imper turbablemente, proclamó la Manifestación del Báb e invitó a quienes le escuchaban a unirse a él en el reconocimiento del Señor de la Epoca.

Vahíd era muy famoso por su conocimiento. Durante uno de los discursos públicos que pronunció a una multitud ansiosa por escucharle, se enrolaron un grupo de destacados ciudadanos y religiosos, quienes de inmediato se levantaron con entusiasmo a difundir las enseñanzas que habían abrazado.

Entre este número de conversos se encontraba un clérigo muy querido a causa de su piedad y erudición. Su nombre era Hájí Mullá Mihdíy-i-Yazdí, más conocido como 'Atrí.

'Atrí, al igual que sus compañeros, puso en práctica en su vida personal los preceptos de la naciente Fe y con gran corazón se dedicó a promover sus más altos ideales. Los mullás^a de la ciudad se enteraron de sus actividades —se alarmaron— y de los nuevos creyentes que en consecuencia estaban apareciendo. Se reunieron en un consejo para decretar su suerte por considerarlo un infiel.

Pero uno de estos clérigos, Mullá Báqir de Ardikán, rehusó firmar la sentencia de muerte y, por tanto, 'Atrí fue salvado de una inminente ejecución. Sin embargo, se vio obligado a dejar la ciudad, e ir a vivir por un tiempo en la ciudad de Tabríz.

'Atrí, tuvo tres hijos. Con dos de ellos, Husayn y 'Alí-Muhammad, decidió dirigirse a la morada de Bahá'u'lláh en la Tierra Santa. El viaje resultó ser muy agotador pues él contaba con una avanzada edad. Este impedimento no obstaculizó que superara sus limitaciones y en efecto, continuó resuelto su voto y en los lugares por donde pasaba, desarrolló su labor de enseñanza invariablemente.

Durante el trayecto estuvo encarcelado, caminó a pie las grandes distancias, hasta que finalmente ya exhausto y enfermo al extremo de no poder moverse, llegó a la ciudad de Beirut en las cercanías de 'Akká, en donde Bahá'u'lláh vivía.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para alcanzar la presencia de nuestro Señor y, con los pies magullados a causa de un calzado inadecuado y la fatigosa jornada, con la última onza de energía que le restaba, llegó a la villa de Mazra'ih, en donde no pudiendo ya más, y muy cerca a la prisión de 'Akká, entregó su alma a Dios.

^a. Clérigos musulmanes.

‘Abdu’l-Bahá dijo de este iluminado creyente: “Él era un alma eminente, con su corazón fijo en la belleza de Dios. Desde el día en que fue creado por primera vez y vino a este mundo, él concentró en el único propósito de dedicar todos sus esfuerzos en adquirir gracia para el día en que debería volver a nacer. Su corazón era iluminado, su mente espiritual, su alma aspirante, el Cielo como su destino. . . Que los amantes sean aconsejados por su historia, que ellos sepan como aventuró su vida en su anhelo en pos de la Luz del Mundo. Quiera Dios darle de beber de una rebotante copa en los jardines eternos; en la Suprema Asamblea, quiera Dios derramar rayos de luz sobre su faz. . .”¹.

Su hijo ‘Alí-Muhammad, a quien Bahá’u’lláh honró con la designación de Varqá —candorosa paloma—, era, haciendo honor a su nuevo nombre, un excelente poeta reconocido como tal por los más altos círculos literarios de su patria.

‘Abdu’l-Bahá refirió de él: “. . . Era perfecto en elocuencia, su discurso era convincente, sus argumentos eran evidentes. . . En verso y prosa era único en Irán”². Fue un siervo infatigable de la enseñanza, y por añadidura, muy profundo en disertaciones místicas y religiosas. A la misma vez era reconocido por su virtud, y, con el transcurso de los años, había adquirido un notable conocimiento de química y medicina.

Relata el señor Kazemzadeh: “Cuando ‘Alí-Muhammad Varqá alcanzó la presencia de Bahá’u’lláh, experimentó el sentimiento especial de haberse encontrado con Él un tiempo antes; pero no importaba cuanto se esforzaba, pues no podía recordar ni donde ni cuando. En una ocasión Bahá’u’lláh se dirigió a ‘Alí-Muhammad diciéndole que queme los ídolos de falsas ideas y vanas imaginaciones. Repentinamente ‘Alí-Muhammad recordó un sueño que había tenido siendo niño. Él estaba jugando con los juguetes en el jardín cuando Dios de súbito se le apareció, tomó todos los juguetes y los arrojó al fuego. En la mañana, el niño contó su maravilloso sueño a sus padres. Ellos lo reprocharon señalando que Dios no podía ser visto ni en los sueños. ‘Alí-Muhammad nunca olvidó el sueño. Cuando Bahá’u’lláh le ordenó quemar los ídolos de duda e imaginaciones, él recordó la quema de los juguetes y, muy consciente, encontró la interpretación de su sueño infantil”³.

En ese peregrinaje, Bahá’u’lláh dispuso que Varqá y Husayn regresen a Irán para enseñar la Fe Bahá’í. Ellos así lo hicieron y con el espíritu renovado, dieron lo mejor de ellos en ese servicio.

Anteriormente Varqá, se había casado con Fátimih en la ciudad de Tabríz. Ella era la hija de ‘Abdu’l-lláh Khán,^a un creyente de la Fe muy devoto, y que ocupaba una posición alta en la administración del gobierno.

Pero la esposa de ‘Abdu’l-lláh Khán era su extremo opuesto. Tenía una gran

^a. Provenía de Núr, el hogar ancestral de Bahá’u’lláh.

aversión y enemistad declarada a las enseñanzas bahá'ís. Conservaba dentro de sí un profundo fanatismo musulmán, era rica, y junto a ello, tenía mucha influencia en la ciudad de Tabríz en donde vivían todos.

Del matrimonio de Varqá vinieron al mundo cuatro niños muy especiales. El primero fue 'Azízu'lláh, segundo el inmortal Rúḥu'lláh, después Valí'u'lláh Khán^a y finalmente Badí'u'lláh quien murió en la niñez.

Por esos días estaba de gobernador de la región el príncipe heredero al trono persa. El gustaba de reunirse con gente de ciencia y de letras en su palacio y se interesaba vivamente en sus disertaciones. Entre los asistentes a esas reuniones se encontraba Varqá pues los poetas en Persia tenían un marcado respeto. Como él era un sobresaliente literario, el príncipe llegó a admirarlo y le invitaba con mucha frecuencia a su corte.

Varqá recitaba sus poemas a su pedido, pero se mostraba tranquilo en las discusiones que se suscitaban, especialmente en el campo religioso donde era experto, debido a que eran tiempos muy peligrosos para los bahá'ís.

Se cuenta el incidente producido cuando un mullá de alta jerarquía se refirió a la manera como los bahá'ís convertían a su Fe a la gente, tal como él lo concebía. Él dijo que los creyentes ofrecían dátiles para que la gente los coma, y como estos dátiles tenían un hechizo especial, sus oyentes eran ganados y enrolados. Él afirmó que con el transcurso del tiempo, las personas se habían dado cuenta de esa táctica y, ahora hacían píldoras de la esencia de los dátiles. Mientras los invitados a las reuniones bahá'ís abrían la boca, los creyentes los disparaban y no teniendo los primeros ayuda en esos momentos, se incorporaban mágicamente al número de los seguidores.

Tal era la falacia de los argumentos de los opositores de la Causa. Los demás asistentes a la reunión en la corte, no podían atreverse a discutir con el alto clérigo, aún cuando sentían que estaba diciendo un disparate. Ni siquiera el príncipe, pues en ese entonces la Iglesia musulmana era un Estado-Iglesia y su voz tenía mucha ascendencia, a veces tanto mayor que las mismas autoridades civiles quienes temían enfrentársele.

Varqá pidió la palabra y consiguió desenredar las ideas mal intencionadas del sacerdote a la mirada de los sorprendidos presentes. Indudablemente para hacer esto había que ser valiente. Él dijo que como entendido en temas de química y medicina nunca había escuchado tales cosas.

"Aun si tal esencia existía", él prosiguió, "y estaba disponible en forma de píldoras, ¿no es extraño que estos maestros bahá'ís, de los cuales hemos sido advertidos en contra, nunca yerren en tirar a su blanco? ¿O tenemos que asumir que tuvieron años de entrenamiento en puntería? ¿Y qué habremos de pensar de la audiencia con la boca abierta? ¿Cómo pueden ellos ser tan mal educados —no importando cuán interesante la charla— en sentarse con las bocas muy

b. Posteriormente fué nombrado Mano de la Causa de Dios.

abiertas en derredor del salón, y sin embargo, no advertir lo demás? ¿Y tenemos nosotros que aceptar que ellos se tragaban las píldoras que se arrojaban a sus bocas sin ser concientes de ello?"⁴.

El enturbantado sacerdote se quedó mudo.

* * *



Una vista de Zanján con sus edificaciones de barro



Vali'u'lláh Vargá
(1884 - 1955)
Mano de la Causa de Dios

2. Rúhu'lláh

Con todo la habilidad que le caracterizaba, Varqá dedicóse a viajar por Persia y compartir la Palabra de Bahá'u'lláh con la gente.

Mientras enseñaba en Yazd, su ciudad, fue encarcelado por orden del gobernador y estuvo en la prisión por el período de un año. De Yazd, fue transferido a la prisión de Isfáhán, cuyo gobernador era Mas'úd Mírzá, el hijo mayor del rey. En la prisión de Isfáhán se hizo amigo de otro prisionero, un Khán, es decir un jefe de una tribu de los alrededores. En la cárcel sostuvieron largas conversaciones y por último abrazó la Fe.

Un día Mas'úd Mírzá fue a visitar a este jefe a la prisión. Al ver a Varqá preguntó al guardia de quién se trataba. Recibió la respuesta que era un creyente proveniente de Yazd. Este gobernador, a quien Bahá'u'lláh llamó el "Árbol Infernal"⁵ por su crueldad con los bahá'ís, empezó a burlarse de la condición de Varqá.

Le dijo sarcásticamente que si su profeta era verdadero, no habría ningún problema en que se haga un milagro y lo libere de sus cadenas. Un sirviente del príncipe que se encontraba presente observó a éste que el prisionero era una persona ilustrada y poeta también. Al escuchar esto, Mas'úd Mírzá cambió el tono de su conversación y trató con mayor respeto a Varqá. Entraron a una plática muy animada quedando el príncipe muy positivo con él. Ordenó que le quiten las cadenas y cepos y al ver esto, el Khán exclamó: "¡Mirad!, el Profeta de Varqá ha hecho un milagro!"

Poco tiempo después Varqá fue liberado y pudo dirigirse a Tabríz. Fue en los años de 1890-1891 cuando él, junto con su suegro y sus dos hijos mayores, 'Azízu'lláh y Rúhu'lláh, hicieron un peregrinaje a la Tierra Santa.

Los dos niños menores se quedaron con su esposa y para ese tiempo, podía advertirse la creciente hostilidad por parte de su suegra.

Durante el tiempo que permanecieron en 'Akká, especialmente en la mansión de Bahjí, sucedieron muchas cosas interesantes.

Varqá estaba rebosante de júbilo al estar nuevamente en la presencia de su Bienamado, pues todo allí tenía una especial atmósfera de atracción divina.

Cierta vez, pidió a Bahá'u'lláh le explique el significado del siguiente versículo del "Kitáb-i-Aqdas" (El Libro Más Sagrado):

"Cuando el océano de Mi presencia haya refluído y el Libro de Mi Revaluación haya terminado, tornad vuestros semblantes hacia Aquél a Quien Dios ha designado, Quien ha salido de esta Antigua Raíz"⁶.

La Bendita Perfección le contestó que este versículo se refería a 'Abdu'l-Bahá, Su hijo mayor. El Maestro, como también es llamado, había sido designado con estas palabras como el sucesor de la Manifestación de Dios.

Desde entonces, el amor y admiración por 'Abdu'l-Bahá, no hallaron límites en el corazón de Varqá.

Sucedió también que un día Bahá'u'lláh se enfermó y logró curarse con un medicamento preparado por las manos de Varqá.

Varqá suplicó a la Bendita Belleza le conceda algún día ser un mártir de la Fe. Él hizo este pedido varias veces y Bahá'u'lláh accedió, respondiéndole que su deseo se cumpliría. Pero su inmolación en el sendero de la Causa no tuvo lugar durante el ministerio de Bahá'u'lláh. Cuando una vez más estuvo en la Tierra Santa, dirigió la misma petición al Maestro, Quien le reafirmó la promesa.

Es a Varqá a quien debemos el poseer la única pintura que se ha hecho del Báb. En una oportunidad, se acercó a Bahá'u'lláh y le informó que un creyente persa había hecho un retrato auténtico del Báb. A Varqá entonces se le instruyó para que a su regreso a Irán solicite a ese creyente que haga dos copias en acuarela de ese dibujo, y que una la envíe a la Tierra Santa y la otra se quede con él mismo. Esta única pintura del Báb se encuentra ahora en los Archivos Internacionales de la Fe Bahá'í en el Monte Carmelo, Israel.

Bahá'u'lláh estuvo muy feliz en conocer a Rúhu'lláh, entonces de aproximadamente siete años de edad. Él era un niño excepcional, muy profundo para su corta edad y aunque gustaba mucho de jugar con sus pequeños amigos y era lleno de alegría y vivacidad, tenía gran dominio de temas espirituales. Respondía con facilidad las preguntas que le hacían y con mucho coraje. Siendo de pocos años, con entusiasmo ya enseñaba la Fe Bahá'í a jóvenes y adultos.

El señor Kazemzadeh, biógrafo de Varqá y de su menor, relata: "Un día Bahá'u'lláh preguntó a Rúhu'lláh lo que había estado haciendo. 'Estudiando', el niño respondió. Bahá'u'lláh le preguntó qué tema. Cuando Rúhu'lláh dijo que el tema que había estado debatiendo con su profesor era el 'retorno de los Mensajeros de Dios, Bahá'u'lláh le pidió que interprete la palabra 'retorno'. Rúhu'lláh explicó que por 'retorno' se quería significar la reaparición de cualidades y atributos divinos en un ser humano.

'Esto', comentó Bahá'u'lláh, 'es una repetición literal, a manera de loro, de la explicación dada por tu profesor. ¿Cómo entiendes tú la palabra?'. 'Este año', Rúhu'lláh procedió, 'un rosal produjo una rosa. Nosotros hemos cortado la flor y la hemos puesto en un vaso sobre el estante. El mismo árbol producirá otra rosa al año siguiente, pero esa rosa no será idéntica con la flor de este año, aunque será similar en cualidades: forma, color, aroma'. Bahá'u'lláh alabó a Rúhu'lláh por su entendimiento y desde entonces se refirió a él como su excelencia el profesor".

"Una vez Rúhu'lláh y 'Azízu'lláh estaban visitando a Baha'íyyih Khánum^a la Hoja Más Sagrada, la hermana de 'Abdu'l-Bahá. Los futuros enemigos de la Fe (rompedores del Convenio), sus medio-hermanos, Mírzá Dīá'u'lláh y Mírzá Badí'u'lláh, estaban también presentes. Bahá'íyyih Khánum preguntó a Rúhu'lláh lo que él y su hermano hacían en Persia. 'Nosotros enseñamos la Causa', respondió. Bahá'íyyih Khánum quería saber cómo ellos enseñaban la Fe y lo que decían a la gente. "Nosotros decimos a la gente que Dios Mismo se

^a. Bahá'íyyih se puede escribir también como Bahíyyih.

ha manifestado', el niño dijo. Bahá'íyyih Khánum expresó su sorpresa que Rúhu'lláh decía tal cosa a cualquiera. 'Nosotros no se lo decimos a cualquiera', Rúhu'lláh explicó. 'Solamente lo decimos a aquellos que tienen la capacidad de escuchar'. Bahá'íyyih Khánum les preguntó como ellos determinaban quienes tenían tal capacidad. 'Miramos sus ojos y vemos si a ellos se les debe hablar o no'.

Bahá'íyyih Khánum se rió y dijo a Rúhu'lláh que mire sus ojos y determine si a ella se le podía dar las buenas nuevas. Él se le acercó y miró sus ojos: 'Tú estás siempre convencida (de la Fe)'. Entonces Bahá'íyyih Khánum pidió a Rúhu'lláh observar los ojos de Mírzá Djáu'lláh y Mírzá Badí'u'lláh. ¿Tenían ellos la capacidad de escuchar? Rúhu'lláh los miró fijamente: 'No vale la pena', declaró''⁷.

Probablemente, mucho del éxito de Rúhu'lláh se debe a la atención y ejemplo de su padre, un distinguido poeta y brillante maestro. Vemos como los dos enseñan juntos la Fe inclusive en condiciones muy adversas y logran especial talento en el campo de la composición de poemas místicos.

En muchos de estos, este niño ruega a Dios le conceda libar la copa del martirio y ganar las palmas y la corona de tal honor. Leemos por ejemplo:

“¿Cuándo vendrá el momento, oh Dios,
Para que sacrifique mi vida
Lleno de amor por Tu Faz?
Bendito el día cuando en el campo del amor
Entregue yo mi vida en el camino del Amado.
Dulce es el momento cuando yo proclame
Desde la horca
Abiertamente el poder de Bahá''⁸.

“De la copa de la bondad divina dame de beber
Y aparta de mí el pecado y la debilidad
Pues aunque mis pecados sean verdaderamente grandes
La misericordia de mi Señor es siempre mayor.
¡Bienvenido seas, Sáqí^a del celestial banquete!
Ven tú, refresca mi alma y hazme
Digno de ser sacrificado
En el sendero del Amado''⁹.

^a. Significa Copero.

3. La Abuela Materna

Alrededor de un año después, Bahá'u'lláh ascendió a Lo Más Alto. Era el año 1892. Esta noticia llenó de consternación a los bahá'ís por la desaparición de nuestro Señor.

Bahá'u'lláh en Su testamento, llamado el "Kitáb-i-'Ahdí" (El Libro de Mi Convenio), aseguró nuevamente Su última voluntad de designar a 'Abdu'l-Bahá como la Cabeza de la Fe e Intérprete de Sus enseñanzas. Este documento sagrado en el que se establece el Convenio de Bahá'u'lláh y a 'Abdu'l-Bahá como su Centro, fue abierto nueve días después de Su fallecimiento ante los miembros de la Familia Sagrada y los bahá'ís residentes y peregrinos en la Tierra Santa.

La gran mayoría de los creyentes obedecieron sin reservas las últimas palabras de la Bendita Belleza, pero hubo quienes se rebelaron y siguieron cada cual su camino de error, hacia la perdición espiritual total.

Varqá siguió firme y pocos años después de su segundo peregrinaje, visita nuevamente la Tierra Santa, en donde estaba 'Abdu'l-Bahá.

Se cuenta que Varqá en una oportunidad recitó un poema que había escrito alabando a 'Abdu'l-Bahá en Su delante y de otros bahá'ís. Cortésmente y en tono humorístico, el Maestro le dijo que en vez de encomiar Su rango y atributos, él debería alabar su estación de servidumbre.

En cierto momento, el Maestro quiso probar la firmeza de la fe de Rúhu'lláh y le preguntó, qué haría si después de la venida del Bab apareciere alguien proclamando ser el Qá'im^a y, que a la misma vez, realice milagros y produzca literalmente todos los signos materiales de los que las profecías simbólicamente hablan. La respuesta de Rúhu'lláh fue: "Nosotros tendríamos que enseñarle la Fe".

'Abdu'l-Bahá dijo que Rúhu'lláh se encontraba ahora listo para enfrentarse con un clérigo de alto rango ('ulamá).

Al despedirse de la ciudad-prisión de 'Akká, el Maestro le había dicho mientras le felicitaba con unas cariñosas palmadas en el hombro, que "Si Dios así lo ordena. . . Él proclamará Su Causa a través de Rúhu'lláh"¹⁰. Y Rúhu'lláh siempre mencionaba ese feliz momento con orgullo.

Esta especial familia, Varqá y sus dos hijos mayores, regresó a Persia con ánimos nuevos de seguir sirviendo la Fe. Pero la enemistad de la suegra de Varqá había estado creciendo y buscaba de cualquier manera el deshacerse de los miembros bahá'ís de su familia.

Los opositores de la Fe en Tabríz se aliaron con ella y empezaron a desacreditar a 'Abdu'lláh Khán, el abuelo materno. Fueron donde el príncipe y al gobernador de la provincia, y le dijeron que este personaje estaba hablando mal del gobierno y había puesto su casa a disposición de los bahá'ís.

^a. El Mensajero Prometido en el Islám.

En realidad, en ese tiempo al igual que en los actuales, los bahá'ís en Persia eran víctimas de cualquier injusticia y no tenían derecho a su defensa. Bastaba que los principales sacerdotes se reuniesen y decidieran su muerte, para que esto así suceda.

Como resultado de estas acusaciones, 'Abdu'lláh Khán, a la vez un noble influyente y asociado a la corte, tuvo que escapar hacia la capital.

La tensión venía acrecentándose y esta se acentuó cuando la abuela materna, aprovechándose de la ausencia de su esposo, hostilizó duramente a su yerno bahá'í. Ella era la dueña de la casa. Hizo sobornar a uno de sus sirvientes para que a cambio de una atractiva recompensa de dinero y un caballo, asesinasen a Varqá. Sin embargo, él ya era un bahá'í gracias a los esfuerzos de Varqá. Este sirviente fue donde él por la noche con el pretexto de buscar consejo médico para una enfermedad estomacal y aprovechó de informarle de las intenciones de su suegra.

Esa misma noche el poeta decidió huir. Arrojó sus libros bahá'ís por la ventana para recogerlos una vez fuera de la casa, y se fue a vivir en casa de otro creyente.

Como no pudo ella misma eliminar a Varqá, se dirigió donde un alto personaje quien era un sacerdote pariente suyo, para pedirle que lo condenara a muerte por ser un bahá'í. Para este momento la esposa de Varqá —a causa del influjo de su madre, la abuela materna de Rúhu'lláh— había conseguido su divorcio pues ahora Varqá era considerado un "infiel", y además hubo conseguido la patria potestad de los niños.

El religioso antes de proceder a emitir la sentencia, quiso estar seguro de que en verdad Varqá era un "hereje apóstata del Islám", razón suficiente para que muera. Le dijo a la señora que debería traerle una prueba que justifique su acusación. La abuela le dijo: "Yo puedo traerte una prueba muy amplia. Te traeré a uno de sus propios niños, a quien el mismo Varqá ha enseñado, y después que has visto a este niño, no tendrás más dudas".

La mal intencionada mujer trajo a su nieto Rúhu'lláh quien al ver al clérigo lo saludó a la manera bahá'í con un Alláh-u-Abhá (Dios es el Más Glorioso). Este le pidió que recite una oración bahá'í. El niño se volvió hacia 'Akká y dijo la oración obligatoria larga revelada en árabe por Bahá'u'lláh.

Las palabras de la oración y el espíritu del pequeño impresionaron al sacerdote, tanto que le dijo a la abuela: "¿Cómo quieres que firme la sentencia de muerte de un hombre que le enseña a su niño a orar así a su Creador?"¹¹.

Su fanatismo era recalcitrante y ciego. A pesar de los esfuerzos que hizo, nunca pudo apagar o aun disminuir el fuego que tan intensamente ardía en los corazones de Varqá y Rúhu'lláh.

Varqá pudo finalmente conseguir la patria potestad de 'Azízu'lláh y Rúhu'lláh. Los dos menores restantes se quedaron con la abuela. Forzadamente, ella quería convertirlos en devotos musulmanes. Se sentaba con los niños y de-

cía una oración a cuyo fin los pequeños tenían que decir 'amén'.

Ella decía: "Oh Dios, si estos dos niños crecen como buenos musulmanes, hazlos felices y ricos, dales el gozo de un peregrinaje a la Meca. Pero si ellos llegan a ser como su padre, destrúyelos ahora mismo"¹². Los niños tenían que decir irremediabilmente amén.

Por las presiones constantes Varqá se vio obligado a dejar la ciudad en compañía de Rúhu'lláh y 'Azízu'lláh. Pensó ir a Teherán pero se quedó dos años viviendo en la ciudad de Zanján.

* * *

4. Umm-i-Ashraf

En Zanján, Varqá vivió por un tiempo en la casa de una bahá'í muy conocida llamada Umm-i-Ashraf.

Zanján es una ciudad muy especial dentro de la historia de la Fe. El Báb la llamó Ard-i-A'lá —El Lugar Exaltado—, pues su tierra está regada con la sangre de más de mil quinientos mártires, creyentes que fueron muertos por las fuerzas del gobierno persa durante los años de 1850-1851.

En Zanján nació Siyyid Ashraf, más precisamente cuando se produjo el asedio del que se ha hecho mención. Él fue un joven bahá'í que conoció a Bahá'u'lláh y que a su regreso de Adrianópolis a Persia, fue conminado por los sacerdotes a que niegue su fe en Bahá'u'lláh. Este muchacho se negó a hacerlo y entonces mandaron llamar a su madre, para que ella induzca a su hijo a proceder de esa manera. Su madre, la gran Umm-i-Ashraf (madre de Ashraf) le instó sin embargo a seguir firme hasta el último fin y así contempló la muerte de su hijo.

Siyyid Ashraf fue decapitado, pero antes fue golpeado tan duramente que la sangre corría bajo sus uñas. Bahá'u'lláh ha ensalzado la memoria de madre e hijo con elocuentes términos:

“Cuando los infieles tan injustamente decidieron darle muerte, mandaron traer su madre, que quizás ella pudiera amonestarle e inducirle a retractarse de su fe y seguir los pasos de quienes han repudiado la verdad de Dios, el Señor de todos los mundos.

Tan pronto como vio el rostro de su hijo, le habló con palabras tales que hicieron que los corazones de los amantes de Dios, y más allá de ellos el Concurso en lo Alto, gimieran y se afligieran con gran pena. Verdaderamente tu Señor sabe lo que mi lengua pronuncia. Él mismo atestigua mis palabras.

Y, cuando se dirigía a él, dijo: ‘¡Hijo, hijo mío! No dejes de ofrecerte como sacrificio en el sendero de tu Señor. Cuidado, no traiciones tu fe en Aquél ante cuyo rostro se han inclinado en adoración todos los que están en los cielos y todos los que están en la tierra. Sigue adelante, oh mi hijo, y persevera en el sendero del Señor tu Dios. Apresúrate a alcanzar la presencia de Aquél Quien es el Bienamado de todos los mundos.

Sobre ella sean mis bendiciones, mi misericordia, mi alabanza y mi gloria. Yo mismo repararé la pérdida de su hijo, un hijo que ahora habita dentro del tabernáculo de mi majestad y gloria, cuya faz brilla con una luz que envuelve con su resplandor a las Doncellas del Cielo en sus cámaras celestiales, y aun más allá, a los moradores de mi Paraíso y a los habitantes de las Ciudades de Santidad. Si alguien contemplara su rostro exclamaría: ‘Mirad, éste no es sino un ángel noble’¹³”.

Ashraf murió en 1870. Su padre había corrido igual suerte veinte años atrás con ocasión de los incidentes de aquella masacre.

Varqá se casó con Laqá'íyyih, la nieta de Umm-i-Ashraf. Pronto Rúhu'lláh conquistó el afecto de estas dos damas, particularmente de Umm-i-Ashraf a quien se dirigía como madre. Las palabras del señor Kazemzadeh ilustran la ternura e inocencia de este niño maravilloso:

"Rúhu'lláh frecuentemente preguntaba a Umm-i-Ashraf sobre la ejecución de su hijo, diciéndole que no se aflija. 'Piensa madre', él diría, 'que si Siyyid Ashraf no hubiera sido ejecutado, él habría muerto en su lecho algunos años después. ¿Cuál habría sido la ventaja de eso? Pero ahora él es el orgullo de su familia y amigos, y el objeto de alabanzas y merced interminables de Bahá'u'lláh. Yo deseo alcanzar tal gozo'.

Umm-i-Ashraf replicaría: 'No digas tales cosas. Tú debes vivir para enseñar'. 'Entonces yo te enseñaré', el niño decía, 'tú serás una musulmana y yo un maestro bahá'í. Pero Umm-i-Ashraf no consentiría ser musulmana. 'Después de todo lo que yo he sufrido, no puedo ser musulmana y argüir contigo', ella diría.

Rúhu'lláh dejaría de insistir y en cambio haría una charla sobre la religión de Bahá'u'lláh. Aunque su voz era sonora y clara, ocasionalmente se detenía y tosía, explicando que todos los oradores adultos tosían cuando hablaban..."¹⁴

Hay otro momento de la vida de nuestro pequeño personaje, relatado por el señor Sulaymání, que muestra su carácter alegre.

"Cierta día, Rúhu'lláh y su hermano se encontraban caminando por las calles de Zanján, cuando vino un enturbado Muhtajid^a, de escalofriante apariencia, montado sobre su burro. El Muhtajid dióse cuenta, a juzgar por las ropas de los niños, que ellos no provenían de Zanján.

'¿Niños de quién son ustedes?', les preguntó. Rúhu'lláh contestó: 'Somos los hijos de Varqá de Yazd'. '¿Cuál es tu nombre?', el Muhtajid preguntó al niño. 'Mi nombre es Rúhu'lláh'^b, el niño respondió. '¡Oh! ¡Qué nombre!', dijo el Muhtajid. 'Este es el título de Su Santidad Cristo que resucitaba'. 'Si Ud. monta más despacio, caballero', fue la rápida réplica de Rúhu'lláh, 'yo también le resucitaré'. '¡Tú debes ser un babí!^c, gritó el sacerdote mientras se alejaba rápidamente.¹⁵

Pero los círculos religiosos de Zanján se hallaban perturbados por las continuas actividades bahá'ís de Varqá. Entonces, los clérigos comenzaron a quejarse de su presencia en los templos, reclamando se le expulse de la ciudad. Los mismos individuos que antes habían mostrado su simpatía a los creyentes, ahora, por las presiones del clero local, rehusaban tomar contacto con ellos y los insultaban por las calles.

a. Alto clérigo musulmán.

b. Rúhu'lláh es un término que significa "Espíritu de Dios" y es usada por los musulmanes para referirse a Jesucristo.

c. El término babí siguió siendo usado por muchos años para referirse a los bahá'ís.



Rúhulláh Varqá



De izquierda a derecha: Varqá, Rúhu'Uláh, Mirzá Husayn y Háji Imán en la prisión

Varqá tomó conciencia del latente peligro y sobre todo consideró el holocausto de 1850. Junto con otro bahá'í, suegro suyo, llamado Hájí Imán, decidieron dejar la ciudad e ir a la capital.

Antes de partir fueron a despedirse del jefe de la oficina local de telégrafos. Pero al salir del establecimiento fueron espiados por un musulmán que de inmediato fue donde el gobernador y le dijo que Varqá había enviado un mensaje en contra suya a la sede del gobierno.

Al día siguiente, habiendo hecho los preparativos, y muy temprano por la mañana, Rúhu'lláh, Varqá y Hájí Imán partieron de la población. 'Azízu'lláh había ido por delante algunos días atrás en esa larga ruta de 325 kms.

Mírzá Husayn, un bahá'í de la ciudad, los acompañó hasta la primera parada de la caravana, pues esta era la costumbre de despedida en aquella época. En su temporal ausencia, los guardias del gobernador habían ido a su casa con el fin de arrestarlo, pero al no encontrarlo, irrumpieron en las casas de otros bahá'ís buscando su persona. Estaban ellos arrestando y torturando a los creyentes, cuando Mírzá Husayn regresa a la ciudad y es inmediatamente detenido.

Fue puesto en prisión y sometido a un interrogatorio. Él explicó sencillamente todo lo sucedido durante el día, pero las suspicacias del gobernador fueron mayores y ordenó que salga un regimiento en busca de los viajeros.

Nuestros tres amigos se hallaban en medio de la marcha cuando fueron advertidos por los guardias. Varqá y Rúhu'lláh fueron detenidos y traídos de vuelta a Zanján, mientras que Hájí Imán se había aprovechado de la confusión producida en el arresto y se ingenió para escapar con varias cajas de libros bahá'ís en su poder. Se dirigió a Qazvín donde las dejó en buenas manos y eventualmente regresó a Zanján, pero fue arrestado en el camino y en consecuencia, apisionado junto con los demás.

* * *

5. Arrestados en Zanján

Los guardias hurgaron entre sus pertenencias y se dieron con la sorpresa que el único tesoro que ellos tenían —pues habían escuchado de una fortuna en manos de Varqá—, consistía en cincuenta volúmenes de los Escritos de Bahá'u'lláh, en un papel de fina calidad y con dibujos e iluminaciones.

En la prisión se les ofreció la libertad si tan sólo negaban su creencia en Bahá'u'lláh. Ninguno de ellos decidió obrar de esa manera; preferían el martirio antes de retractarse en su amor a la Bendita Perfección. Se les amenazó con la muerte si ellos seguían firmes en la Fe Bahá'í. Rúhu'lláh cierta vez diría: "Yo he visto a Bahá'u'lláh. No puedo renegar de Él". Y cuando se le preguntaba si era bahá'í, él manifestaba con orgullo: "Sí, soy bahá'í". ¡Tal era la fe de ese niño!

Varqá empezó a enseñarle la Fe Bahá'í al gobernador 'Alá'i'd-Dawlih y dentro de poco tiempo este magistrado derramaba impresión por sus prisioneros bahá'ís. El gobernador arregló reuniones donde estaban presentes los principales mullás e invitó a Varqá y a Rúhu'lláh con los demás encarcelados para que puedan demostrar ante todos la verdad de la Causa que profesaban. Les explicó que deberían basar sus argumentos en las Escrituras Sagradas.

Por tanto, Varqá, Rúhu'lláh y Mírzá Husayn fueron sentados ante la inquisitorial mirada de los dignatarios.

Durante las primeras noches era Varqá y sus compañeros los virtuales triunfadores en cada debate. Ninguna pregunta quedó en el aire sin haberse dado una adecuada y satisfactoria respuesta. Algunas veces Varqá pedía que Rúhu'lláh diera respuesta a las interrogantes. Todos se quedaban maravillados de la capacidad de aquel niño precoz y lo consideraban un milagro viviente.

Los clérigos, en presencia del gobernador, se veían incapaces y a la vez avergonzados de no poder refutar las palabras de los bahá'ís. En su desesperación los llenaban de insultos y falsas acusaciones.

Su exasperación aumentaba noche tras noche. Idearon una manera para silenciar las intervenciones de Varqá. Uno de ellos formulaba una pregunta y cuando el poeta se disponía a dar las explicaciones del caso, entonces, los demás interrumpían con gran bulla y vocerío.

El gobernador empezó a darse cuenta de la vacuidad de conocimientos de los religiosos que rodeaban su corte. Poco a poco iba disgustándose del coro de gritos que levantaban en cada reunión. Claro estaba, él no quería enfrentarse a ellos, pues eran muy influyentes entre el populacho ignorante y ciego y, cualquier enemistad podía acarrearle serias dificultades.

Una noche, muy disgustado les dijo: "Si ustedes tienen preguntas para él, pueden hacerlas una por una, de manera que pueda responderlas".

En algunas ocasiones Varqá tenía cierta oportunidad de actuar y defenderse. En uno de esos momentos se manifestaron al poeta:

- “Si tú consideras que las palabras de Bahá'u'lláh son la prueba de que es un profeta, yo te puedo traer palabras igualmente bellas”.

Varqá replicó:

- “En el tiempo de Mahoma, también hubo quienes sostuvieron esas pretensiones. Ni ellos, ni tú, fueron capaces de consumir tal tarea. Pero si todavía te sientes orgulloso de poder crear hermosas palabras, ¿a quién piensas las atribuirías?”

El sacerdote respondió:

- “Yo diría, que de hecho, son mis propias palabras”.

El maestro bahá'í le tomo la delantera:

- “Ahí está la diferencia. Bahá'u'lláh sostiene que Él no habla de Sí Mismo. Él sostiene que todas Sus palabras son de Dios. No sólo hace Él esta extraordinaria afirmación, sino que miles de personas de diferentes religiones del mundo han aceptado Sus palabras como las palabras de Dios, y cientos de cientos de grandes eruditos, hombres de letras y dignatarios han ofrecido sus vidas como una prueba del poder de estas palabras. Ahora dime, ¿puedes también tú, despues de haber producido tus maravillosos trabajos, sostener que una sola persona podrá ir tan lejos como para afirmar que tú eres el más grande clérigo sobre este mundo?”

El pobre hombre, demás está decir, no tuvo más que hablar.

Otra noche el gobernador se dirigió a Mírzá Husayn:

- “Tú sostienes que ha aceptado la Fe Bahá'í luego de una larga investigación. Pero dime, ¿cómo es que fuiste a investigar donde los bahá'ís; no había acaso suficientes eruditos musulmanes para que vayas y les preguntes?”

Los sacerdotes muy orgullosos empezaban a acomodarse mejor en sus asientos. Mírzá Husayn le contestó:

- “Si una persona desea averiguar del Islám ¿le recomendaría Ud. ir donde un sacerdote cristiano?”

Con esta sencilla explicación, se rompió la pretendida compostura que venían guardando los mullás. Uno más que otro, rabiaron con ganas. Un sacerdote inflamado de ira se adelantó para golpearle con su vara en la cara. Otro más enervado, iba a acuchillarle a la vista de todos, pero el gobernador se interpuso y le previno de hacerlo. Él mismo iría a hacerlo con sus manos, lentamente, en el transcurso de una semana, según lo expresó en ese instante.

Los clérigos le quitaron su turbante de sacerdote, pues él venía de una familia de alta reputación religiosa, y le pusieron un gorro viejo para luego ridiculizarlo.

Alá'í'd-Dawlih consultó al Primer Ministro sobre el curso que debería seguir con sus presos. Desde la capital llegó un telegrama en el cual impartían instrucciones para que los llevaran a la capital encadenados.

El gobernador, a pesar de todo, se sentía renuente a poner a sus prisioneros en una suerte insegura mandándolos a Teherán. Admiraba a Varqá y a Rúḥu'lláh, no sólo por sus habilidades, sino porque nunca había visto en su vida a unos reos de tanta inocencia y piedad.

En una de las audiencias, ofreció a Varqá conseguirle un buen sueldo de parte del soberano y hacerle médico personal del monarca. La condición era de que él y su hijo dijese que no eran bahá'ís.

Como antes lo habían hecho, no cedieron al ofrecimiento ni a las amenazas. Ellos nunca iban a negar a su Bienamado.

Varqá le dijo:

— “¿Piensa usted realmente que yo renunciaría al Mensajero de Dios por los títulos y riquezas que este mundo pueda ofrecer?”

En su deseo de salvarles, 'Alá'ì d-Dawlih le expresó:

— “Pero tú puedes dedicar tu vida a la Causa de Dios y servir al Islám”.

Varqá expuso toda la sinceridad de su corazón:

— “Esto es lo que estoy haciendo. La Fe del Dios Eterno es una. Lo que creo yo es lo que todos los Mensajeros de Dios han enseñado. Son Ellos quienes han dicho en los Libros Sagrados que esperemos el advenimiento del Prometido. Si yo, como un creyente en Dios y en Sus Libros Sagrados, he llegado a reconocer al Prometido que estábamos esperando, ¿puedo entonces retractarme de Él y darle la espalda a causa de beneficios materiales?”

— “Renuncia a esta Fe en frente de los demás, siquiera”, le encareció, “aun cuando creas en ella dentro de tu corazón”.

Varqá no se contuvo:

— “Sería imposible para mí vivir la vida de un hipócrita”.

— “¡Ay! No me dejas alternativa”, exclamó, “Debo enviarte a ti y a tu hijo a la capital para que te entiendas allí con otros, pero con respecto a Mírzá Husayn, mañana será disparado de la boca de un cañón, aquí en Zanján”.

Todos se quedaron atónitos ante el pronunciamiento del gobernador. Cuando transcurrido un rato, pudo Varqá estar sólo con él, le suplico que no lo haga, mas bien que envíe a su compañero junto con todos a la capital.

— “No manche sus manos con la sangre de los bahá'ís, le dijo.

El gobernador finalmente accedió.

6. El Viaje a Teherán

El viaje a la capital fue hecho bajo severas condiciones, pues además era la temporada de mayor frío. El camino se encontraba cubierto de nieve, y ellos avanzaron encadenados y montados a caballo mientras un regimiento los escoltaba en aquel lento desplazamiento. Se detenían en los villorios al costado del camino para descansar y conseguir víveres.

Hájí Imán fue enviado dos días antes en un carruaje tirado por caballos, con sus manos y pies encadenados a los costados del coche.

Por el lado de los otros viajeros, ellos eran el objeto de la curiosidad de la gente que se acercaban a la caravana en cada parada. Igualmente llegaban los religiosos e incitaban muchas veces a la masa para que los ataquen por ser ellos creyentes en Bahá'u'lláh. Pero felizmente los guardias intervenían y salvaban la situación.

En una villa que cruzaron, algunos se enteraron que el famoso poeta estaba detenido. Un mullá le preguntó que cómo era posible que un hombre de tantos méritos sea un apóstata del Islám. Varqá respondió que él no era un apóstata que negaba la Fe de Mahoma, sino que creía en ella y más aún, había reconocido su verdad por ser un creyente en Bahá'u'lláh. Le expresó además que él no podía ser considerado un apóstata pues había heredado la religión bahá'í de su padre y que por su propia conciencia se afirmaba en ella. Les dijo que su hijo Rúhu'lláh era un bahá'í de tercera generación.

Alguien entre los presentes preguntó a Rúhu'lláh su punto de vista y el niño respondió que era igual a él. La persona pensó que Rúhu'lláh había querido decir que era también un musulmán, pero Varqá se adelantó a explicar que el niño al igual que los demás había nacido en la religión de su padre.

La aclaración pertinente molestó a los fanáticos y éstos reclamaron la razón por la cual los pies del pequeño no se hallaban con los cepos. Trajeron un carpintero para que haga los aparatos del caso los cuales trajeron mayor sufrimiento a Rúhu'lláh.

Sin embargo, el muchacho nunca se quejó. Proseguía la marcha con aquiescencia radiante, elevando su espíritu y el de su padre y amigo al entonar sus oraciones y recitar los poemas que componía. Cierta vez, su padre se dio cuenta que Rúhu'lláh cubría sus pies con el abrigo que tenía y le pregunta si estaba avergonzado de sus cadenas. El muchacho respondió con ternura: "No, querido padre. Cubro mis pies porque hace frío. No estoy avergonzado de las cadenas"¹⁶.

De entre los guardias había quienes mostraban afecto por Rúhu'lláh pues nunca había visto niño tan extraordinario y de tanta dulzura. Ellos querían aligerarle la carga de las cadenas pero él les señalaba que deberían cumplir con el deber encargado. Uno de ellos, el oficial a cargo, abrazó la Fe Bahá'í.

Había también otros muy hostiles a los tres prisioneros. A cada momento chequeaban los seguros de la cadena, y por ciertos momentos pensaban que al-

gún grupo atacaría la caravana y otras veces temían que “las cadenas se desprendan hacia el cielo”.

Al llegar a cierta villa un joven empezó a sostener una conversación con Rúhu'lláh. Al verlo, su suegro decidió hacerle una broma pesada y habló con los guardias para que preparasen una escena y lo arresten como si fuera un creyente de la Fe. Uno de los soldados se dirigió al joven y le dijo: “Así que así; tú también eres un babí y tienes que ser encadenado con el resto”. Agarró una cadena y se la puso en el cuello.

El joven estaba tan asustado que lanzó un grito y se desmayó al instante. Algunas personas pensaron que había muerto pero lo reanimaron y él se despertó. Los guardias entonces le explicaron la broma: “¡Qué cobarde te has vuelto! Te estábamos jugando una broma solamente”. El joven le respondió: “¿Qué clase de broma es esta? Por poco me muero de miedo”. Y alguien señaló a Rúhu'lláh: “Mira a este niño, no tiene miedo”. “¡No!”, la sorprendida víctima dijo mirando con admiración al pequeño, “a menos que sea un babí”¹⁷.

De esta manera la caravana siguió avanzando a Teherán. Nadie sabía el destino incierto que les aguardaba en la capital, aunque los bahá'ís tenían en su corazón el anhelo carísimo del martirio llegada la hora.

Varqá sufrió mucho durante las lentas jornadas diarias, pues él era de contextura grande y al moverse el caballo en su desplazamiento, se movía también las pesadas cabalgaduras y además, el peso de los grillos amarrados a sus tobillos que jalaban hacia abajo, agregaban considerable dolor.

El oficial a cargo quiso aliviar la penuria y ordenó que se retiren las sillas de montar a Varqá, pero el guardia no obedeció diciendo: “Estos son infieles. Mientras más sufran, más complacido estará Dios”. Y Varqá replicó: “Que Dios juzgue entre nosotros”.

El mismo guardia desapareció al instante con su caballo, pero poco después el grupo lo encontró en el camino. Estaba con fuertes convulsiones junto a una fuente de agua y quejándose de un agudo dolor en el estómago. Varqá le prescribió una medicina, pero el soldado murió al día siguiente.

Varqá estaba con remordimiento de conciencia: “¿Por qué no soporté la persecución de manos de este hombre. En vez de invocar el juicio de Dios, debí haberle perdonado y orado a Dios para que lo guíe por el sendero de la verdad”¹⁸.

Por fin ellos llegaron a la ciudad capital. Al arribar fueron llevados a un establo y al día siguiente a la casa del hermano del gobernador de Zanján. De este lugar se encontraron con Hájí Imán quien días antes había arribado. De allí fueron conducidos todos por las calles a la cárcel de la ciudad.

En esta prisión había otros sesenta encarcelados; todos ellos pertenecientes a lo más bajo de la sociedad: asesinos, ladrones, etc. Los bahá'ís fueron puestos bajo pesadas cadenas, las cuales en particular fueron muy difíciles de sobrellevar por Rúhu'lláh. Se tuvo que poner unos soportes junto a su cuello para

que pudiera descansar en la noche, pero aún así, Hájí Imán tenía que sujetarlos para que el pequeño pudiera dormir.

El trato a los prisioneros bahá'ís fue peor que el de los demás reos. Frecuentemente se les negaba inclusive la ración de pan magro de cada día. Una vez, un rico que visitaba la prisión con mucha frecuencia para comprar cosas, se enteró que los bahá'ís sufrían hambre y se compadeció. Se conmovió de la injusticia y se acercó a los guardias explicándoles que había hecho un voto para que todos los detenidos pudiesen comer.

El arregló todo, sin embargo los carceleros no permitieron que las raciones lleguen a los cuatro bahá'ís. "Ustedes no están contados con los demás", les dijeron. El rico al enterarse diría: "Los tontos no comprendían de que era por esas rosas, la razón por la cual yo regué todos los espinos". Poco después él repartió tres monedas de plata a cada cual en la prisión con el fin de que los creyentes puedan tener algún medio.

Todas las pertenencias de Varqá le fueron arrebatadas. Tenía en su poder valiosos escritos, fotografías de los bahá'ís y un retrato de Báb. Los guardias entregaron estas cosas al Hájibu'd-Dawlih, el jefe de la prisión y quien a la vez poseía un alto cargo en la corte imperial. Éste pidió que Varqá identifique a los creyentes de las fotos. El poeta escribió atrás del retrato del Báb: "Un retrato de Su Santidad El Siyyid-i-Báb".

Varqá solicitó también al carcelero que avise a Hájibu'd-Dawlih que quería hablar confidencialmente con él. Para esto, un admirador suyo de la capital le transmitió un mensaje donde se le pedía que escriba un poema ensalzando al Sháh y además un pedido para su liberación. Varqá se negó rotundamente aduciendo que su pluma había celebrado las alabanzas a Dios y a Bahá'u'lláh y que no podía ensuciarla encomiando a un tirano.

Por el contrario, él escribió una carta al soberano pidiendo que llamase a una reunión pública invitando a los más prestigiados eruditos religiosos y que lo mande traer a él con el fin de establecer la diferencia entre babís y bahá'ís, y por sobre todo establecer ante sus ojos la verdad de la Causa de Dios. Si se encontrara culpa alguna, Varqá entonces aceptaría ser castigado.

Cuando Hájibu'd-Dawlih fue a ver a Varqá pensó que iba a obtener un soborno. Sin embargo, al enterarse del mensaje de Varqá al Sháh, se llenó de furia y golpeó fuertemente al poeta con una vara. Amargo y decepcionado a la vez, este brutal individuo dijo: "¿Qué? ¿Estás tratando de convertirme? Eres muy arrogante y tu manera de hablar hoy es similar a la de ayer cuando presuntuosamente escribiste en el retrato del Siyyid de Shíráz: 'Un retrato de Su Santidad El Siyyid-i-Báb'. ¿No sabías que podía haber mostrado el retrato al Sháh?"¹⁹.

Arrebatado de odio, dejó la presencia de Varqá y solamente regresó para cometer la mayor atrocidad de su vida.

Y entonces ocurrió en Teherán un hecho que hizo historia. Násiri'd-Dín Sháh, el soberano persa, de quien Bahá'u'lláh había predicho que pronto se con-

vertiría en "lección ejemplar para el mundo", y quien tanto daño había hecho a la Causa de Dios, fue asesinado públicamente el primero de mayo de 1896.

Se disponía él a celebrar el quincuagésimo aniversario de su ascensión al trono en medio de una festividad nacional, cuyos preparativos nunca antes habían sido vistos, en la mayor magnificencia y expectativa. Se rumoreaba inclusive que para esa fecha todos los prisioneros de las cárceles serían liberados.

Násiri'd-Dín Sháh cayó derribado por un pistolero, pero lo subieron al carruaje real como si estuviese vivo, y así se aplazó el anuncio de su muerte, la que fue comunicada poco después.

La conmoción que se apoderó del país cuando se dio a conocer el fallecimiento, precipitó un caos de gran magnitud que engolfó la vida y seguridad de miles de Bahá'ís, pues a ellos se les acusaba de ser los asesinos del rey. Sin embargo, como se probó poco tiempo después, el causante fue un musulmán revolucionario quien durante el juicio admitió su culpabilidad completa.

Pero la atmósfera general e inmediata creada por los enemigos de la Fe, levantó una campaña masiva de desprestigio y represión a los creyentes en la cuna de la Fe de Bahá'u'lláh. Entre ellos estaban Varqá y Rúhu'lláh.

Hájibu'd-Dawlih quien estuvo presente en el momento del asesinato, se enfureció violentamente en contra de los bahá'ís y, dirigiéndose a la prisión de la ciudad, se convirtió en el autor de un crimen horrendo.

Mírzá Husayn vivió para dejar el siguiente relato a la posteridad.

* * *

7. El Martirio de Varqá y Rúhu'lláh

“Una noche”, es la crónica de Mírzá Husayn, “cuando Rúhu'lláh se había dormido bajo las cadenas, vi a su padre acariciar su rostro y susurrar: ‘¡Oh Dios! ¿Es posible que este sacrificio que te ofrezco sea aceptable ante Tu vista?’. Yo estaba muy emocionado. Me incorporé y lloré, agitado por extrañas emociones, aunque nadie supo cómo pasé esa noche... En la mañana relaté a Varqá algo que una vez escuché de un maestro bahá'í. Él había dicho que si sabía donde existía un peligro amenazando su vida, huiría tan rápido como podría, porque Dios nos ha creado para un propósito y nosotros tenemos el deber de cumplirlo en este mundo. Nosotros debemos vivir y servir a nuestros semejantes. Varqá replicó: ‘Es verdad, de acuerdo con las normas de la razón. Pero en los reinos del espíritu, cada uno de nosotros, tiene un camino diferente que seguir’.

Hájibu'd-Dawlih entró a la prisión con unos verdugos vestidos con sus ropas escarlatas y dio órdenes que todos los prisioneros sean encadenados en sus sitios. Nadie sabía lo que él tenía en mente y un miedo terrible se apoderó de cada uno. Entonces el carcelero nos llamó a los bahá'ís y dijo: ‘Vengan conmigo. Se les está esperando en el tribunal’. Nos levantamos y lo seguimos aunque no creíamos en lo que nos dijo. ‘No es necesario que se pongan sus abrigo’, nos dijo, pero Rúhu'lláh insistió en traerlo puesto. Así, nosotros ingresamos al patio de la prisión donde nos sorprendimos al ver a soldados armados y parados en todas partes y quisimos saber si habrían venido a fusilarnos.

Los verdugos se pararon también en una fila y, Hájibu'd-Dawlih mostraba una mirada salvaje en sus ojos. Nadie hacía ruido alguno y el silencio era terrible. Por fin, Hájibu'd-Dawlih pidió al carcelero que abriese los seguros de nuestras cadenas y nos enviaran en grupos de a dos. Las manos del carcelero estaban temblando tanto que no podía abrir los seguros, de modo que alguien intervino y quitó el seguro a nuestras cadenas. Varqá y Rúhu'lláh fueron los primeros en ser llevados. Pasaron por una puerta hacia un largo pasadizo que llevaba a otro edificio, mientras que a nosotros nos ordenaron esperar. Pudimos escuchar algunos sonidos desde el otro lado de la puerta, pero era imposible decir qué estaba sucediendo. Luego de un momento, alguien salió al patio de la prisión y trajo el bastinado^a. Pensamos que ellos iban a poner los pies de Varqá dentro de ellos e iban a golpearle. Yo dije: ‘Me espanta este castigo. Preferiría que me corten la garganta, o me fusilen y todo rápidamente se acabe’.

La puerta se abrió nuevamente y esta vez el carcelero salió llevando una daga ensangrentada la cual trajo al charco del patio y la lavó. En seguida apareció uno de los verdugos con la ropa de Varqá en un atado bajo su brazo. En ese mo-

^a. El bastinado era un castigo de aquella época. Consistía de un palo largo de cuyos extremos pendía una cuerda. Estos extremos tenían la forma de nudos por donde se ponían los pies de la víctima y luego se ajustaban. Dos personas sostenían a cada lado el palo, mientras otro golpeaba fuertemente los pies del castigado hasta sangrar.

mento, estábamos con un estado de terrible ansiedad dentro de nosotros, tanto que difícilmente podíamos creer las cosas que estábamos viendo. Parecía como si nuestras mentes rehusaban aceptar los que nuestros ojos podían ver. La puerta se abrió y nosotros dos fuimos llamados. Al momento de acercarnos a la puerta escuchamos extraños ruidos y conversaciones apuradas, pero nada había que podía hacernos sentir diferentes. Ibamos ya a entrar por la puerta cuando se cerró nuevamente de prisa. Escuchamos que el Hájibu'd-Dawlih decía: 'Ellos pueden esperar hasta mañana'. Él salió rápido con profunda ansiedad y en completa confusión. Dejó su daga en las manos del carcelero y huyó precipitadamente con la cuchillera vacía que colgaba de su cinturón.

Mi amigo y yo fuimos llevados de regreso a nuestra celda donde encontramos que hasta la alfombra donde nos sentábamos se la habían llevado. Nos sentamos en el piso húmedo y barroso y deseábamos saber lo que había tenido lugar detras de la puerta cerrada que llevaba al otro edificio. Si Varqá había sido asesinado, ¿qué había entonces sucedido con Rúhu'Iláh? Estábamos tan estremecidos de la experiencia y tan preocupados de Rúhu'Iláh que no podíamos ni hablar. Estuvimos sentados desde la tarde hasta la medianoche, incapaces de pronunciar una sola palabra. Poco a poco, algunos de los guardias se reunieron alrededor de nosotros, riendo y burlándose y discutiendo entre ellos respecto a cómo se iban a dividir nuestras ropas al día siguiente. Yo escuchaba todas esas cosas, pero ellos no se daban cuenta de mí. Después vi a uno de los carceleros que anteriormente nos había mostrado cierto afecto y, cogiéndole, le supliqué que me contara lo sucedido. Le hice jurar por los santos mártires del Islám que diga la verdad tal como había visto que sucedió.

Esto es lo que relató:

'Hájibu'd-Dawlih dijo a Varqá:

— Hicieron por fin su trabajo^a. ¿Quién desea morir primero, tú o tu hijo?

Varqá respondió:

— Eso no me importa.

Entonces Hájibu'd-Dawlih sacó su puñal y lo incrustó en el corazón de Varqá diciendo:

— ¿Cómo te sientes ahora?

Las palabras de Varqá antes de morir fueron:

— Me estoy sintiendo mucho mejor que tú. ¡Alabado sea Dios!

Hájibu'd-Dawlih ordenó que cuatro verdugos corten el cuerpo de Varqá en pedazos.

La visión de tanta sangre era horrible de verla. Rúhu'Iláh estaba observando en todo momento sobrecogido por la aflicción. Él seguía repitiendo:

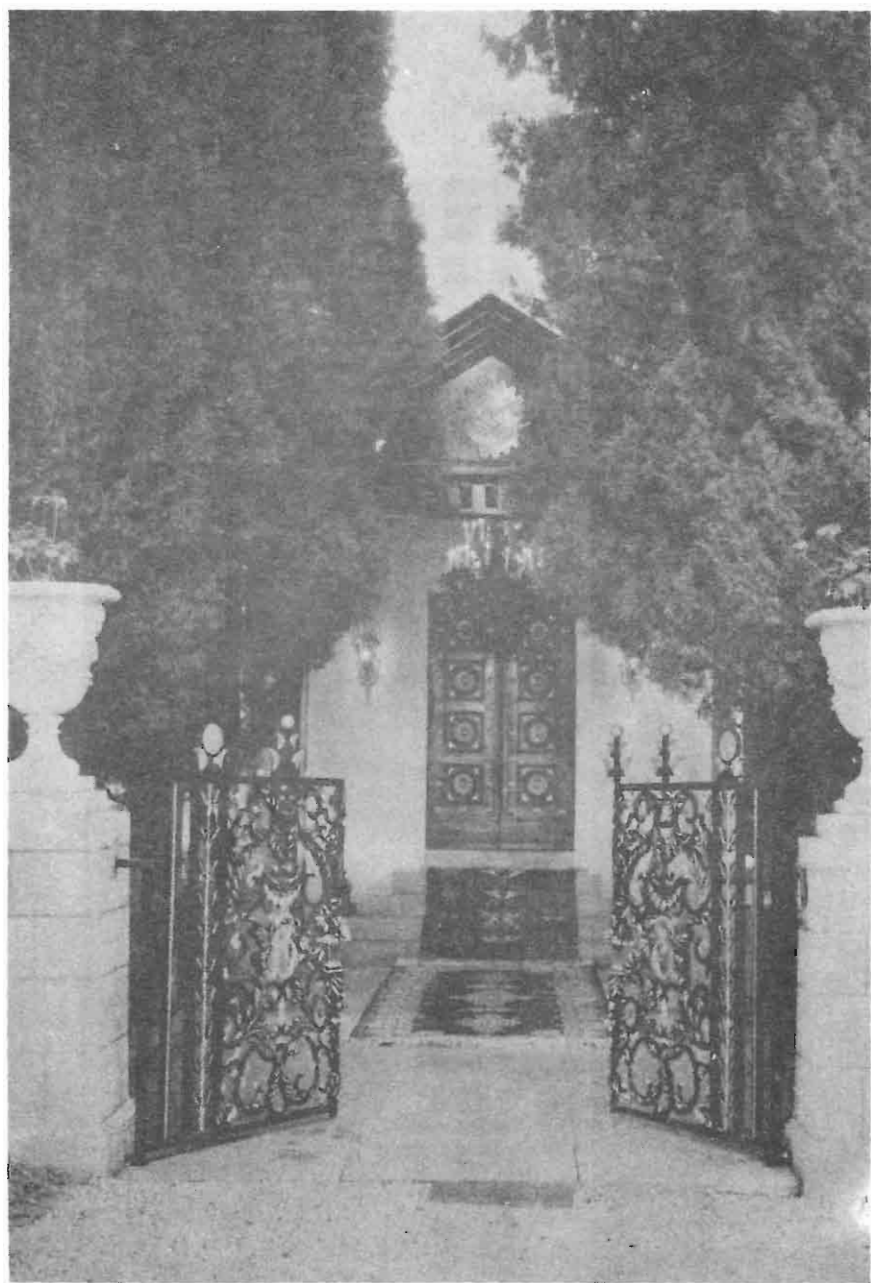
— ¡Papá, papá, llévame contigo!

Hájibu'd-Dawlih se le acercó y dijo:

^a. Se pensaba que los asesinos del Sháh eran bahá'ís.



Dr. 'Alí-Muhammad Varqá
Mano de la Causa de Dios



Entrada al Santuario de Bahá'u'lláh

— No llores. Te llevaré conmigo y te daré un buen salario. Pediré al Sháh te conceda una posición.

Pero Rúhu'lláh replicó:

— ¡No quiero ningún sueldo, ni una posición del Sháh! Yo quiero reunirme con mi papá. Yo quiero estar con él.

Hájibu'd-Dawlih pidió un pedazo de sogá, pero no se pudo encontrar, de manera que trajeron el bastinado y pusieron adentro el cuello de Rúhu'lláh^a.

Dos de los carceleros levantaron el bastinado de uno y otro lado y lo sostuvieron en alto mientras Rúhu'lláh jadeaba por falta de aliento. Tan pronto como su cuerpo estaba inerte, lo sacaron y Hájibu'd-Dawlih ordenó que otros dos bahá'ís fueran traídos.

Pero entonces, el cuerpo del niño hizo un repentino movimiento, se levantó del piso y cayó a cierta distancia. Luego se inmovilizó otra vez. Este incidente impresionó tan duramente a Hájibu'd-Dawlih que no tuvo ánimo para llevar a cabo más asesinatos^{''20}.

* * *

a. La ley islámica prohíbe el derramamiento de sangre de menores, y por eso ahorcaron a Rúhu'Háh.

8. Epílogo.

Hájí Ímán y Mírzá Husayn fueron liberados catorce meses después y vivieron hasta una avanzada edad para relatar sus memorias y seguir sirviendo a la Fe. Mírzá Husayn murió como un mártir de la Causa en Rusia y Hájí Ímán falleció de pulmonía cuando en una temporada muy fría, siendo anciano, se disponía a viajar para lavar el cuerpo de su amigo para el entierro. "Nos prometimos", dijo, "el uno al otro que quien sobreviviera de nosotros realizaría esta última tarea para su amigo".

Hájíbu'd-Dawlih, luego del asesinato de Varqá —de entonces 38 años— y Rúhu'lláh —de escasamente 12 años—, fue reprendido severamente por el Primer Ministro cuando éste se enteró de lo acontecido. Le increpó duramente su acción y le pidió explicaciones. Hájíbu'd-Dawlih atinó a decir: "Yo pensé que quizás los Bahá'ís habían asesinado al Rey, y, deseaba venganza". Pero el Primer Ministro no aceptó su excusa y le observó: "Ud. sabía que el asesino fue un musulmán". Su vida terminó miserablemente, cargando con el remordimiento de la muerte de estos dos amigos bahá'ís. Se dice que temblaba al escuchar solamente el nombre Varqá.

La abuela materna, hasta lo que sabemos, continuó viviendo en la oscuridad. Cuando se enteró del martirio de su yerno y nieto en la prisión de Teherán —luego de aquellos dos meses de encarcelamiento—, invitó a sus amistades y parientes a una fiesta, con músicos y banquetes, a fin de celebrar sus muertes.

El abuelo materno, 'Abdu'lláh Khán, como sabemos, eventualmente conoció a Bahá'u'lláh y estuvo presente cuando sucedió Su ascensión en 1892.

Varqá fue honrado póstumamente por 'Abdu'l-Bahá con el ilustre rango de Mano de la Causa de Dios. Le sobrevivieron dos de sus cuatro hijos: Valí'u'lláh y 'Azízu'lláh.

'Azízu'lláh sirvió a la Causa con el mismo entusiasmo de su querido padre mártir. En lo que respecta a Valí'u'lláh, si recordamos, él se quedó en casa de la abuela materna cuando su padre se vio obligado a abandonar la ciudad de Tabríz. Creció bajo la influencia de aquella señora, quien le había inculcado el odio a los bahá'ís. Valí'u'lláh cuenta en su autobiografía que por las noches él lloraba sinceramente por la condición de su padre. Todo esto sucedió hasta cuando pasó por allí su tío Husayn y arregló para que vaya a vivir con su familia en otra localidad. Pocos años después, bajo la guía de ese pariente, ingresó a la Fe Bahá'í.

En el año de 1909 alcanzó la presencia de 'Abdu'l-Bahá en la Tierra Santa y desde entonces sirvió a su Maestro con toda diligencia.

Estudió en Beirut, cerca a 'Akká, y cada verano era llamado por 'Abdu'l-Bahá, nutriendo así su alma con las bendiciones propias de visitar los Santuarios Sagrados del Báb y Bahá'u'lláh y de estar en la presencia constante del Maestro.

Cuando 'Abdu'l-Bahá visitó el Occidente en Sus memorables viajes,

Valí'u'lláh le acompañó en cierto momento. A la edad de sesenta y siete años, este preclaro hermano de Rúḥu'lláh recibió la designación de ser, al igual que su padre, una Mano de la Causa de Dios, rango conferido por el Guardián Shoghi Effendi.

Por varios años y hasta su muerte acaecida en 1955, sirvió además como custodio del Huqúqu'lláh (Derecho de Dios)^a, y viajó por diferentes lugares del mundo —entre ellos Sudamérica— siguiendo la estela de servicio desprendido de su hermano. Cuando murió en Alemania y la noticia llegó a Shoghi Effendi, él exclamó: "Él era el mejor hombre que teníamos"²².

El 15 de noviembre de 1955, el doctor 'Alí-Muḥammad Varqá, fue designado sucesor de su padre Valí'u'lláh en la posición de Mano de la Causa de Dios y también de custodio del Huqúqu'lláh.

Hasta hoy, este prominente bahá'í sigue prestando sus valiosos servicios en viajes de enseñanza por todo el globo. De la misma manera, un número grande de miembros de la Familia Varqá —los descendientes de 'Atrí—, se encuentran esparcidos por diferentes países como pioneros de la Fe Bahá'í.

Queda finalmente en nuestros corazones el ejemplo de un padre bahá'í para su hijo, y el de un hijo que a la vez muy pequeño, se unió a la gloriosa compañía de los veinte mil mártires de la Fe de Dios.

"Pero", como señaló 'Abdu'l-Bahá, "nadie hasta ahora ha mostrado el gozo, la pasión y el éxtasis mostrado por Rúḥu'lláh en la arena del martirio"²³.

* * *

^a. El Huqúqu'lláh es una provisión del Kitáb-Aqdas de contribuir al Fondo Bahá'í.

9. "Las Rosas Blancas de Persia"^a

Teherán, Persia, tiene tantas fervientes familias bahá'ís que al estar entre ellas le hace a uno pensar: "¡Oh Persia!, tu famosa esencia no viene sólo de tus rosas, el perfume que se difunde por sí mismo a través de las vidas de tus creyentes es la fragancia hasta ahora no igualada en otros países". Si hay una dulzura mayor o tierna historia de devoción a 'Abdu'l-Bahá y a la gran Causa Bahá'í que las vidas de 'Alí-Muhammad Varqá y su pequeño hijo Rúhu'lláh Varqá de Persia, yo no la he oído. Cuando estuve de visita en Teherán, acostumbraba reunirme con 'Azízu'lláh Varqá y su joven hermano Valí'u'lláh Varqá, hijos de 'Alí-Muhammad Varqá, y, a menudo solía preguntarse acerca de su padre y hermano. Toda esta narración es absolutamente verdadera y en ella el lector verá como Dios prepara almas para venir al mundo.

'Alí-Muhammad Varqá era un ardiente Bahá'í de Tabríz, Persia, en los días cuando Bahá'u'lláh estaba prisionero en 'Akká, Palestina desde 1869 hasta Su ascensión en 1892. Él fue exiliado y encarcelado por Sus enseñanzas que son ahora estudiadas por algunos gobernantes, muchos hombres de estado y millones de otras gentes, fueron como aquellas de otros Maestros Mundiales, muy adelantadas a Su tiempo. Para comenzar por el principio, 'Alí-Muhammad Varqá tenía un hijo, 'Azízu'lláh, de 2 años de edad, cuando un día de abril otro pequeño hijo nació en su hogar, y, él y su esposa le llamaron Rúhu'lláh que significa "el Espíritu de Dios".

Hubo regocijante alegría cuando Bahá'u'lláh, desde 'Akká, envió a estos padres una Tabla (carta) acerca de este nuevo bebé y en ella el lector con entendimiento, podrá discernir la introducción a este emocionante relato que sigue.

Bahá'u'lláh escribió:

"¡Oh Varqá! Te corresponde cantar en ambos oídos de este pequeño tres veces: 'Verdaderamente tú has venido por el Mandato de Dios ¡Tú has aparecido para hablar de Él, y tú has sido creado para servir a Él quien es el Querido, el Bienamado!' Mencionamos esto antes cuando su madre nos imploró y ahora estamos mencionándolo de nuevo. ¡Somos el Generoso, el Dador!'. (Su madre envió una petición por carta, pero tal vez cuando este pequeño estaba llegando al mundo ella invocó a Bahá'u'lláh).

Cuando Rúhu'lláh era todavía pequeño, Bahá'u'lláh envió una segunda Tabla. Decía: "¡El es El que Oye y El que Ve! ¡Bendito seas tú, porque tú has atestiguado la grandeza y magnificencia de Dios siendo todavía un niño. Bendita es la madre que te ha nutrido y ha hecho levantarse a lo que ha venido de ella! Pedimos a Dios escribir para ti de Su Suprema Pluma lo que es propio de Su Ge-

^a Este artículo fue escrito por la señorita Martha Root, Mano de la Causa de Dios. El artículo apareció en tres números de la revista "The Bahá'í Magazine" en 1932. Los pasajes han sido extraídos de una traducción hecha y publicada por la Asamblea Espiritual Nacional de Los Bahá'ís del Perú (21 de setiembre de 1971).

nerosa Bondad y Favor. ¡Verdaderamente, Él es el Generoso y el Bondadoso. Alabado sea Dios, el Señor de los Mundos!”

Otra Tabla de Bahá'u'lláh a Rúhu'lláh fue:

“¡Oh tú Rúhu'lláh! ¡Verdaderamente el Más Grande Espíritu se ha inclinado hacia ti desde la Prisión y está mencionándote con tal estación que sus fragancias continuarán tanto como duren Mi Reino y Mi Grandeza! Tú, cuando encuentres y conozcas (la mención) di: “¡Alabado seas Tú, Oh Océano de Bondad! Gracias sean dadas a Ti ya que me has hecho aparecer y en mis primeros días, decir Tu mención y Tu alabanza. ¡Verdaderamente, Tú eres el Perdonador y el Compasivo!”

Más tarde otro hijo vino a bendecir su hogar y fue llamado Valí'u'lláh.

“¿Qué clase de padre fue ‘Alí-Muhammad Varqá?” pueden ustedes preguntarse y “¿Cómo preparó espiritualmente a sus hijos?” Todos los padres que lean esta narración verán en la vida de este Persa el más alto ideal de paternidad, una altura no alcanzada en ningún hogar y demasiada alta para ser entendida por muchos padres. El mismo fue un maestro Bahá'í. El retrato del Báb es preservado por el mundo de hoy porque ‘Alí-Muhammad Varqá guió a un gran pintor a ser creyente. La narración de la familia Yazdí, tan distinguida en Egipto por sus servicios Bahá'ís es otro fruto de las muchas almas a quienes él trajo primero las Enseñanzas en Persia. El nunca estuvo fuera de su país excepto para ir a Palestina, no obstante sus alumnos han servido con gloria en el Cercano Oriente y en Europa.

Siendo un padre sabio, reconociendo realmente en qué consiste la más alta educación, él llevó a sus dos pequeños hijos, ‘Azízu'lláh y Rúhu'lláh (el pequeño Valí'u'lláh en esa época era demasiado pequeño para ir, era sólo un bebé de brazos), a un peregrinaje a Bahá'u'lláh en ‘Akká. Otros padres podrían con provecho seguir ese mismo plan y llevar hoy día a sus niños a reunirse con Shoghi Effendí, Guardián de la Causa Bahá'í en Haifa, Palestina. Si los niños pueden vislumbrar los altos ideales mientras ellos son todavía pequeños, estos ideales pueden ser su excelsa inspiración a través de la vida. Ciertamente esta historia muestra como un pequeño niño llegó a ser un maestro, un poeta, un gran filósofo y un héroe mundial antes de que hubiera cruzado escasamente el umbral de sus doce años. Los educadores deben ver en la vida de este hijo un sorprendente Poder en las Enseñanzas de Bahá'u'lláh.

Muchos fueron los incidentes de aquella histórica visita a Bahá'u'lláh pero sólo contaré a ustedes algunos de ellos. ‘Azízu'lláh Varqá me contó que cuando el abuelo materno, el papá y Rúhu'lláh llegaron a ‘Akká, ellos fueron al cuarto del secretario de Bahá'u'lláh. Estaba amoblado con una alfombra y ellos se sentaron sobre ella porque se les había dicho que Bahá'u'lláh vendría a ese cuarto a reunirse con ellos. A cierta distancia habían escalones que conducían a un cuarto más arriba y el padre pidió a ‘Azízu'lláh que fuera y permaneciera junto a aquellos escalones para esperar la llegada de la Bendita Belleza y para que les

avise a ellos. "El niño fue pero cuando él vio y observó a Bahá'u'lláh en lo alto de la escalera él trepó varios escalones y se arrodilló a los pies de su Señor. Él estaba llorando tan fuertemente que todos sus huesos se sacudían. Bahá'u'lláh se detuvo y lo contentó y ellos bajaron juntos, el pequeño justo al lado de Bahá'u'lláh. Fue una gran reunión, pero cuando la visita se terminó el padre dijo a su niño: " 'Por qué no hiciste lo que te pedí hacer? ¿Por qué no corriste y nos avisastes?' 'Azízu'lláh replicó: 'No sé'. 'No sé como trepé esos escalones, no estaba consciente que subía las escaleras'. Nosotros sabemos como se sintió el Profesor Edward G. Browne de la Universidad de Cambridge, cuando él se reunió por primera vez con Bahá'u'lláh, pero aquí está un relato de lo que significó a un jovensísimo niño Persa...

El pequeño grupo permaneció varios meses en 'Akká y Bahjí. Rúhu'lláh estudiaba escritura Persa cada día y cada viernes en la mañana él acostumbraba mostrar una copia de sus escritos a 'Abdu'l-Bahá quien a menudo lo alababa. El padre de Rúhu'lláh era muy insistente acerca de sus lecciones y muy severo cuando ellos no estudiaban, porque él conocía la importancia de la educación.

'Azízu'lláh refirió otro incidente de la visita diciendo que cuando Bahá'u'lláh deseaba revelar (dictar) una Tabla, El acostumbraba despedir a todos con gran prisa. Él, 'Azízu'lláh, dijo:

"Un día yo estaba en la presencia de Bahá'u'lláh con toda la familia y él pidió al secretario traer tinta y papel rápidamente y en el mismo momento El nos pidió a todos que nos fuéramos. Yo era sólo un niño, pero viendo su prisa en despedir a todos yo tuve un gran deseo de estar presente alguna vez cuando una Tabla era revelada. Había pedido a uno de los miembros de Su familia para que solicite a Bahá'u'lláh si yo podría venir, por favor, a ver cuando una Tabla sea revelada. Unas pocas semanas más tarde en el jardín de Bahjí cuando estaba jugando con algunos otros niños, la puerta de la casa se abrió y un miembro de la familia me llamó y dijo que Bahá'u'lláh deseaba verme. Yo corrí a su cuarto y entrando vi que El estaba cantando Tablas reveladas y poemas. Por lo tanto, entrando a Su cuarto ese día pensé que todo era igual como en otros días, que Bahá'u'lláh estaba cantando. Permanecí junto a la puerta por la que había entrado y a los pocos minutos de estar en él cuando comencé a temblar con todo mi cuerpo. Sentía que ya no podía sostenerme sobre mis pies. Su Santidad Bahá'u'lláh, volviéndose hacia mí me dijo: 'Adiós'. Cuando levanté la cortina para salir caí sobre el umbral y quedé inconsciente. Ellos me llevaron al cuarto de la esposa de Bahá'u'lláh donde vertieron agua de rosas y agua fresca sobre mi cara hasta que reviví. Los miembros de la Familia me preguntaron qué había sucedido y les conté sobre mi ida a escuchar el canto de Bahá'u'lláh. Cuando estaba relatando esto, la dama que me había llamado primero vino y me dijo: 'Tú mismo me habías pedido permiso para estar presente, fue ahora el momento en que estaba siendo revelada una Tabla'. Entonces comprendí por qué Bahá'u'lláh despedía a todos con prisa. Es porque la gente no puede soportarlo, hay tal Poder en el

cuarto”.

‘Azízu’lláh Varqá dijo que su padre tuvo una experiencia similar durante su visita a ‘Akká. Sus propias palabras fueron: “Papá había sido solicitado por alguien que pidiera ayuda a Bahá’u’lláh acerca de cierto asunto y rogarle que enviara una Tabla. Cuando mi padre presentó esta petición, Bahá’u’lláh pidió a un secretario que trajera papel y tinta y Él también mandó por Su hermano Músá Kalím y otro de los parientes. Él puso una mano en el hombro de cada uno y comenzó a caminar de arriba a abajo revelando la Tabla. Él oía la voz de Bahá’u’lláh pero no podía entender Sus palabras. Pasaron algunos minutos y Él los despidió a todos. Luego afuera ellos comenzaron a discutir y ninguno de los tres Lo habían entendido, ellos habían sentido solamente el poder. Es ciertamente interesante escuchar sobre Bahá’u’lláh de aquellos quienes vieron y hablaron con Él. Ellos dicen que no podían mirar Su cara, era tan gloriosa, sus ojos tan brillantes. Había tal vibración que todos comenzaban a temblar y no podían entender Sus Palabras: había tal Poder allí”.

Una noche en ‘Akká, Bahá’u’lláh llamó a ‘Alí-Muhammad Varqá solo ante Su presencia y dijo: “Deseo hablar a solas con usted esta noche. Hay algo en la existencia que en la mayoría de las Tablas hemos llamado el Más Grande Éter. Cuando alguien está dotado con este Éter todos sus hechos y palabras serán efectivos en el mundo”.

Entonces Bahá’u’lláh Se levantó y caminó unos pasos y continuó: “Aun este caminar de la Manifestación es efectivo”. Nuevamente Se sentó y dijo: “Cristo declaró Su Misión. Los judíos Le crucificaron y ellos pensaron que lo que habían hecho era una cosa muy importante y Cristo fue sepultado, pero como Cristo estaba dotado con tal Éter, este Éter no permaneció bajo tierra, se levantó e hizo Su gran trabajo en el mundo”.

Luego Bahá’u’lláh se volvió hacia ‘Alí-Muhammad Varqá y dijo: “Mirad a ‘Abdu’l-Bahá, el Maestro, qué maravilloso efecto tienen Sus palabras y hechos en el mundo”. “Mira cuán pacientemente Él soporta cada dificultad”. El Bahá’í ‘Alí-Muhammad Varqá sintió que Bahá’u’lláh realmente le mostraba la estación de ‘Abdu’l-Bahá, que Él sería el Sucesor mencionado como la Más Grande Rama y ‘Alí-Muhammad Varqá pidió llegar a ser un mártir en el sendero de ‘Abdu’l-Bahá. La Bendita Belleza, Bahá’u’lláh, aceptó este sacrificio y prometió al peregrino que él daría su vida en el servicio a ‘Abdu’l-Bahá.

La gran visita a ‘Akká llegó a su fin y el pequeño grupo partió para Tabríz. En camino ellos fueron por Mazra‘ih, cerca de ‘Akká, para visitar la tumba del padre de ‘Alí-Muhammad Varqá, pues algunos años antes, su padre, Háji Mullá Mihdí^a, con sus dos últimos hijos, uno de los cuales era ‘Alí, habían salido a visitar a Bahá’u’lláh en la gran prisión de ‘Akká. Ellos habían caminado la larga distancia desde Persia, pero el viaje fue muy pesado y Háji Mullá Mihdí había

a. ‘Atrí. Véase el inicio del capítulo, pág. 365.

muerto aquí en Mazra'ih tan cerca del destino de su corazón, 'Akká, lugar al que nunca llegó. Los otros tuvieron que continuar para ver a Bahá'u'lláh. Así el lector verá que 'Alí-Muhammad Varqá había tenido la merced de visitar a Bahá'u'lláh cuando él mismo era todavía un niño. No es de maravillarse entonces que él hubo venido nuevamente y traído a sus hijitos. Ellos oraron en la tumba del padre de Varqá y recordaron con agradecimiento que Bahá'u'lláh Mismo había venido varias veces a esta tumba en Mazra'ih para orar por su amado pariente...

La abuela de Rúhu'lláh por el lado de su padre era muy diferente. Su esposo había hecho venir a un maestro bahá'í a hablar con ella (lo que él hizo sin verla, pues ella se sentaba detrás de una cortina para recibir las lecciones). Cuando ella escuchó acerca de la Causa Bahá'í y que un Profeta había aparecido dijo: "No estamos esperando a un Profeta, he estudiado todos los libros y estamos esperando a una Manifestación de Dios". El maestro había usado la palabra Profeta para no asustarla, para tratar de decirle gradualmente que el gran Maestro Mundial estaba aquí, pero ella era una alma apta y más lista para recibir la Verdad que lo que él había pensado. Ella inmediatamente se hizo creyente.

Un día en Tabríz, un grupo de distinguidos Bahá'ís estaban conversando acerca de quién sería el sucesor de Bahá'u'lláh. 'Alí-Muhammad Varqá dijo que sería 'Abdu'l-Bahá. Otro dijo que sería el secretario y un tercero sostuvo la opinión de que sería Muhammad 'Alí, otro hijo. 'Alí-Muhammad dijo, "Bahá'u'lláh ha establecido de que si hay algo que nosotros no podemos entender, debemos escribirle a Él", así el envió una petición, preguntando esta cuestión. Bahá'u'lláh inmediatamente respondió diciendo que sería 'Abdu'l-Bahá. 'Azízu'lláh Varqá tiene esta Tabla.

Entonces 'Alí-Muhammad Varqá escribió una segunda carta a Bahá'u'lláh pidiendo que no solamente él sino también uno de sus hijos pudieran ser mártires en el sendero de 'Abdu'l-Bahá, la Más Grande Rama. Bahá'u'lláh respondió a esta petición y aceptó sus sacrificios, lo que significaba que ellos llegarían a ser mártires. La familia se trasladaba de lugar en lugar porque él era un maestro Bahá'í y viajaba a través de Persia.

Una vez, cuando los tiempos eran muy peligrosos, una amorosa señora Bahá'í cerca de Teherán llevó a 'Azízu'lláh y Rúhu'lláh a su propio hogar tratando de protegerlos. Esto fue cuando la familia Varqá estaba viviendo en Teherán. El esposo de la Bahá'í, que no era creyente, aunque era un famoso abogado y un gran hombre de estado, puso reparos en tener a los niños en la casa. Dijo: "No puedes hacer esto, nosotros también podríamos ser asesinados". Su esposa respondió: "Déjame preguntarte algo. Si un hombre ha sido carnicero por cuarenta años y una noche oscura alguien le da un perro a matar en lugar de un cordero, ¿tú crees que él cometería el error de matar al perro en lugar del cordero?". Su esposo dijo: "No". Entonces ella respondió: "Puedes estar seguro que no serás muerto en lugar de un Bahá'í". Ella cuidó a los niños por varias semanas y

durante ese tiempo nada sucedió a ninguno de ellos.

‘Alí-Muhammad Varqá tomó a sus dos hijos, ‘Azízu’lláh Varqá que tenía trece años y a Rúhu’lláh que tenía once y fue nuevamente a ‘Akká a visitar a ‘Abdu’l-Bahá en 1895. (Bahá’u’lláh había fallecido en 1892). Valí’u’lláh Varqá, el más pequeño, se quedó en el hogar. Hubo muchos incidentes felices durante los días pasados con ‘Abdu’l-Bahá, pero deseo relatar uno que si bien no fue muy agradable en aquel momento, revela el gran carácter de ‘Abdu’l-Bahá, la presteza en obedecer de un padre y la sabiduría del pequeño Rúhu’lláh. Un gran grupo de niños Bahá’ís estaban jugando juntos cuando un niño profirió una palabra pícaro. Inmediatamente Rúhu’lláh le dio una bofetada en la boca diciéndole que merecía castigo. El niño que había dicho aquella palabra era el hijo de un gran mártir y desde que había llegado a ‘Akká había sido muy favorecido por la Sagrada Familia y todos los creyentes. Los otros niños marcharon en grupo con este niño a hablar con el padre de Rúhu’lláh y a quejarse acerca del asunto. Cuando Rúhu’lláh los vio ir, corrió hacia el interior del patio y subió las escaleras de la prisión atravesando la puerta abierta del cuarto de ‘Abdu’l-Bahá y se sentó bien junto a Él. ‘Abdu’l-Bahá estaba sentado al lado de la ventana escribiendo Tablas. Tan pronto como ‘Alí-Muhammad escuchó la historia de los niños comenzó a buscar a su hijo. Yendo para el interior del patio vio a Rúhu’lláh sentado junto a ‘Abdu’l-Bahá arriba junto a la ventana. Le hizo una seña para que bajara. Rúhu’lláh movió la cabeza enérgicamente diciendo “no” y ‘Abdu’l-Bahá atraído por ese movimiento dijo: “¿Por qué estás moviendo la cabeza en la ventana?”. Entonces Rúhu’lláh repitió toda la historia de como él había abofeteado en la boca al niño y dijo que sabía que si bajaba al patio su padre iba a castigarlo. ‘Abdu’l-Bahá pidió al padre que subiera y le dijo muy severamente: “Nadie debe decir nada a Rúhu’lláh sobre este asunto”. Usualmente ‘Abdu’l-Bahá era muy cuidadoso de que los niños obedezcan a sus padres, pero Él lo repitió por segunda vez: “Nadie debe decir nada a Rúhu’lláh sobre este asunto”. Desde aquel momento ‘Alí-Muhammad Varqá fue muy respetuoso para con su pequeño hijo Rúhu’lláh y nunca más lo reprochó por nada. Él fue un buen padre y Rúhu’lláh fue un buen hijo; él nunca hizo conscientemente nada malo. Durante esta visita ‘Abdu’l-Bahá dio a Rúhu’lláh el título de “Mobaleq” que significa maestro de religión; un maestro bahá’í. Cuando la familia retornó a Persia fueron a vivir en Zanján que está situado en la provincia norteña de Adhirbáyján. El padre ‘Alí-Muhammad Varqá y Rúhu’lláh quien continuaba diligentemente sus estudios de escritura Persa, envió dos líneas de copia a ‘Abdu’l-Bahá para que viera el progreso que había hecho. Cuando llegó la respuesta a la carta del padre, había una Tabla adjunta para Rúhu’lláh que en esta época tenía once años. Esta Tabla era de puño y letra de ‘Abdu’l-Bahá y decía como sigue:

“ ¡Él es el Más Glorioso!

¡Oh Tú que estás cerca de la edad de lactancia! La impresión de la escritura como el almizcle de aquel signo del Amor de Dios (Rúhu’lláh) fue vista.

Verdaderamente, en corto tiempo tú has progresado grandemente y ver este gran progreso es la causa de gozo y alegría. Ciertamente debes esforzarte al máximo para que tu escritura pueda ser mejor día tras día y en el mundo de la escritura pueda volverse la gloria y la bondad de la Suprema Pluma!

Siempre debo saber de ti y tú debes describir y explicar acerca de aquellos a quienes has enseñado (espiritualmente). Sobre ti sea Bahá'í".

Firmado E.E. (Este E.E. significa 'Abdu'l-Bahá 'Abbás)....

...Fueron enviados, encadenados a Teherán y se les tomó una fotografía tan pronto como llegaron. Era la costumbre el tomar fotografías a los prisioneros y enviarlas al estado. La descripción estaba escrita sobre la fotografía. El abá (saco) de Rúhu'lláh y el kulah (gorra) le habían sido quitados y los que aparecen en la fotografía fueron prestados apresuradamente de otro prisionero y puestos sobre el niño. Eran sumamente grandes para él. No eran sus propias ropas en absoluto. Ahora, la familia tiene la fotografía original que estuvo archivada con los informes de la prisión. (En la revolución de 1908, cuando todos los viejos archivos e informes fueron arrojados, un oficial Bahá'í vio esta fotografía y la entregó a 'Azízu'lláh y la acusación escrita, el crimen, es que ellos se habían hecho Bahá'ís).

...Cuando todas estas cosas hubieron pasado y ellos estuvieron confinados en la prisión, 'Azízu'lláh tuvo éxito en lograr permiso para ir a ver a su padre y a su hermano en la prisión. "Rúhu'lláh, ¿Qué necesitas, qué puedo traerte?", preguntó 'Azízu'lláh y el pequeño hermano le dijo ansiosamente: "Por favor, tráeme un libro de las Tablas y el libro de Oraciones para leer en la prisión, pues ellos me quitaron todos mis libros". La comida era muy mala en aquella prisión y el niño tenía muy pocas ropas, pero él no pidió ninguna cosa material...

La historia del martirio de 'Alí-Muhammad Varqá y Rúhu'lláh es absolutamente verdadera. Fue narrada por el tercer prisionero en aquella fila en el corredor, que estuvo parado en el umbral justo detrás de Rúhu'lláh y él continuó residiendo en Zanján hasta su muerte hace dos años.

También el Jefe de la gran Tribu Bachtari, cuyo hijo tiene hoy día un importante puesto en el gobierno, deseando también oír la verdad acerca de este crimen atroz, invitó hace algunos años a aquel ex-Presidente de la Corte (Hají-bu'd-Dawlih) a comer a su casa. Sus hijos estuvieron presentes y algunos otros parientes hombres. Le pidieron a él que les contara toda la historia acerca de la muerte de Varqá padre y su hijo. Había una razón por la que ellos deseaban escuchar pues el hermano del anfitrión se había vuelto Bahá'í años antes a través del maestro 'Alí-Muhammad Varqá. El ex-Presidente de la Corte les contó todo y fue exactamente como el tercer prisionero lo había relatado. El Jefe Bachtari y sus parientes lloraron y estuvieron tan enojados que golpearon al ex-Presidente de la Corte y lo echaron a puntapiés a la calle.

A los treinta años desde que la sagrada sangre de estos mártires fue vertida, una nueva rosa blanca ha comenzado a ser cultivada en Persia, una rosa cuyo per-

fume será mucho más pregonado que todas las esencias de Irán, pues es la rosa de la "tolerancia religiosa". Por más de mil años Persia no ha conocido esta rosa.

Yo había anhelado visitar las tumbas de estos dos mártires, para inclinar mi cabeza en humilde y tierna reverencia donde sus queridos cuerpos heridos fueron puestos a descansar. Un día, esta oportunidad se presentó inesperadamente. Estábamos dirigiéndonos para visitar el cementerio Bahá'í y los amigos dijeron: "Allá en la distancia donde ve los árboles y el jardín está el mausoleo de 'Alí-Muhammad Varqá y su hijo Rúhu'lláh; vamos a llevarle allí después de visitar el cementerio Bahá'í". Yo había esperado ir allá con la familia Varqá pero en los días tan ocupados de charlas y escritos no había habido ninguna hora libre así que parecía bueno ir ahora y fuimos. En los días del fallecimiento de estos mártires no había ningún cementerio Bahá'í y de hecho sus cuerpos fueron ocultados por algunos años. Luego, 'Azízu'lláh Varqá y su joven hermano Valí'u'lláh compraron un pequeño terreno cerca de Teherán (a unos 20 minutos en auto de la Puerta Yussef Abad de la ciudad). Está encerrado por altas paredes y dividido en dos partes por otra pared alta. La primera parte es como una granja en miniatura con un jardín grande con pequeñas casas para el cuidador y su familia. Cada miembro de esta familia campesina estaba tan limpio y era tan dulce, tan espiritual que uno podía sentir que ellos habían sido refinados y ennoblecidos por su estimable tarea de cuidar los jardines donde tan gloriosos santos descansaban.

Ir del primer jardín hacia el segundo fue como entrar en el paraíso. Era invierno todavía, pero los árboles, las viñas, los arbustos de rosas mostraban claramente que en la primavera y verano el lugar es un asilo de sombra y perfume. Era un típico jardín Persa con un soberbio laguito y los pájaros estaban cantando suavemente. El Mausoleo es un hermoso edificio de nueve lados con nueve caminos de acceso a través del jardín y dentro hay nueve lados y todo el lugar es blanco puro.

Oh, qué verdadera paz hay en ese lugar. El sol entraba por las ventanas como si amara venir y habitar allí. Me arrodillé para orar y susurré primero: ¡Oh Bahá'u'lláh, Tú estás aquí con ellos! Es la misma clase de paz que experimenté en Bahjí en Tu Tumba. Tú nunca los has dejado, vivos o muertos Tú estás con ellos siempre". Verdaderamente fue una verdadera comunión orar en ese santo sitio.

Silenciosamente salimos de aquel sepulcro santo, nos apretamos las manos con los cariñosos cuidadores y regresamos al mundo del servicio en Teherán.

Son las vidas como las de 'Alí-Muhammad y el pequeño Rúhu'lláh que reflejan el poder y la belleza de las Enseñanzas Bahá'ís.

Como consecuencia de esta historia, ¿No les gustaría oír acerca de los otros hijos, 'Azízu'lláh Varqá y Valí'u'lláh? Ellos son dos de los más espirituales y eficientes Bahá'ís de Teherán. 'Azízu'lláh fue a París a ayudar a 'Abdu'l-Bahá cuando Él viajó a Europa y Valí'u'lláh fue llamado a ser uno de los secre-

tarios de 'Abdu'l-Bahá durante Su histórico viaje a los Estados Unidos de Norteamérica y Gran Bretaña en 1912. Los amigos en Nueva York recordarán la noche anterior a la partida de 'Abdu'l-Bahá a California. Una gran cantidad de amigos habían venido para despedirse. Valí'u'lláh Varqá estaba abajo en el salón saludando y sirviendo té a cada uno. 'Abdu'l-Bahá bajó las escaleras desde Su departamento, entró en el salón y llamó: "Valí'u'lláh, ven mi alma, mi querido". Él tomó su mano, luego se volvió y sentándose cerca de la ventana se dirigió a los amigos diciendo: "Esta noche les presentaré a Mírzá Valí'u'lláh Khán Varqá. Él es mi hijo, todo lo que dice él es verdad. Creedle". Luego 'Abdu'l-Bahá narró la historia del abuelo de Valí'u'lláh, la historia de su padre y su pequeño hermano Rúhu'lláh terminando con su martirio. Cuando Él hubo terminado subió las escaleras y abajo los invitados silenciosos Le oyeron llorar.

Así, querido pequeño Rúhu'lláh, tú y tu padre no sólo estuvieron enseñando la Causa Bahá'í en Persia, ustedes, están enseñándola eternamente y en cada continente. Cada ojo que lee de ustedes, cada oído que escucha de ustedes es impelido hacia la acción.

Sobre Transliteración de Términos Orientales

El estimado lector advertirá desde el inicio de la obra una suerte de complejidad en la escritura y pronunciación de términos orientales mencionados en el presente trabajo. Las líneas a continuación intentan familiarizarlo con el sistema de transliteración utilizado.

Por definición, transliteración significa la representación de sonidos de una lengua con los signos alfabéticos de otra. Y es que, como sabemos, el alfabeto persa y el árabe tienen en sus signos y fonemas una gran diferencia con el alfabeto español y el inglés.

Existen sonidos en el alfabeto utilizado en Irán, es decir el árabe y el persa, que no tienen equivalencia en esta parte del mundo. En ese sentido, se presenta una guía práctica —aunque incompleta— que pretende introducir estos sonidos orientales a manera de agruparlos por su similitud, con el fin de orientar al lector con una pronunciación aproximada.

Este sistema de transliteración fue el adoptado por el amado Guardián Shoghi Effendi y fue aprobado y reconocido por el Congreso Internacional Oriental de 1923.

Transliteración	Pronunciación
a	a
á	aa (sonido prolongado)
i	e
í	i
u	o
ú	u
b	b
d	d
t	t
ṭ	t, pero explosiva
f	f
j	y
l	l
m	m
n	n
p	p
r	r
v	v

y	y
<u>th</u> , s, ṣ	s
<u>ch</u> , <u>sh</u>	ch
<u>gh</u> , g	g, en gato, guinda
h, h, <u>kh</u>	j
<u>d</u> , <u>dh</u> , z, <u>zh</u>	z
‘	como <u>gh</u> silenciosamente producido con el aliento.
’	Suena similar y representa una pausa.
La combinación aw	Suena como una <u>o</u> alargada.

La mayoría de los términos orientales son palabras agudas. Veamos algunos ejemplos de transliteración y pronunciación.

Término	Pronunciación
Bahá'u'lláh	Ba-jaa-ol-laa
Mihdí	Mejdí
Faqir	Fa-guir
Bathá:	Bat-jaa
‘Uthmán	Os-maan
<u>Khuy</u>	Joy
Hájí	Jaa-yi
Quddús	God-dus
Ridván	Rez-vaan
Rúhu'lláh	Ru-jol-laa
Ádhirbáyján	Aa-zer-baay-yaan
Táhirih	Taa-je-re
Vahíd:	Va-jid
Váhid	Vaa-jed

Para la construcción de nombres de personas debemos considerar que recién en el presente siglo se empezó a utilizar en el oriente, el nombre y el apellido. Anteriormente se acostumbraba indicar a una persona con su nombre de cuna, su ciudad natal o algún título.

— Cuando “í” se encuentra al final de un nombre, significa “natural de”, “perteneciente a”, se forma un gentilicio.

Shírází

natural de Shíráz

Bahá'í de Bahá' (Bahá'u'lláh)

– “i” entre dos términos representa la preposición de.

Umm-i-Ashraf La madre de Ashraf
Kitáb-i-Íqán El Libro de la Certeza

– Los títulos siguientes significan:

Hájí Alguien que ha realizado el peregrinaje a la Meca.
Ej.: Hájí Alí

Mírzá Si antepone al nombre, da a entender una persona educada; “don”. Si viene después significa príncipe
Ej.: Mírzá Músá - Kámrán Mírzá

Abu'l- “Padre de”. Ej. Abu'l-Hasan, el padre de Hasan.

Ibn-i- “Hijo de”. Ej.: Ibn-i-Aşdaq, el hijo de Aşdaq.

‘Abdu'l- “Siervo de”. Ej. ‘Abdu'l-Bahá, el Siervo de Bahá.

Shaykh Líder religioso. Ej.: Shaykh Yúsuf.

Áqá Maestro, señor. Ej.: Áqá Salmán.

Siyyid Descendiente de Mahoma. Ej.: Siyyid Husayn.

Estos títulos pueden combinarse en un solo nombre:

Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí Shirází, que significa:

‘Alí de nombre; que ha viajado a Mecca, y a la vez es de clase educada y descendiente de Mahoma, habiendo nacido en la ciudad de Shiráz.

Algunos nombres son de raíz bíblica:

Ayyúb	Job
Ibráhím	Abraham
Ismá'íl	Ismael
Hannah	Ana
Maryam	María
Músá	Moisés

Sulaymán

Salomón

Yahyá

Juan

Ya'qúb

Jacob

Yúsuf

José

Muhammad es Mahoma, y era y es un nombre muy popular en el mundo mahometano.

REFERENCIAS

Introducción a la Obra

1. Bahá'u'lláh, Las Palabras Ocultas. p. 66 (Ed. Española).
2. Ibid., p. 72.
3. El Báb, Selections from the Writings of The Báb, p. 189.
4. Bahá'u'lláh, El Kitáb-i-Iqán, p. 140.

I. Mullá Husayn Bushrúf

1. Bahá'u'lláh, El Kitáb-i-Iqán, p. 138.
2. Nabil, Los Rompedores del Alba, p. 86.
3. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 3.
4. Ibid., p. 7.
5. Shoghi Effendi, El Día Prometido ha Llegado, p. 141.
6. Bahá'u'lláh, El Kitáb-i-Iqán, p. 43.
7. Bahá'u'lláh, Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh, Pasaje LV.
8. El Báb, Selections from the Writings of The Báb, p. 24.
9. Ibid., p. 13.
10. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 358.
11. Shoghi Effendi, El Día Prometido ha Llegado, p. 40.
12. Ibid., p. 63.
13. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 25.
14. Farzam Arbáb, "En camino hacia la gloria del servicio".
15. Nabil, Los Rompedores del Alba, p. 153.
16. Ibid., p. 265.
17. Ibid., p. 32.
18. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 64.
19. Bahá'u'lláh, El Kitáb-i-Iqán, p. 138.
20. Shoghi Effendi, La Dispensación de Bahá'u'lláh, p. 24.
21. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 29.
22. El Báb, Selections from the Writings of The Báb, p. 47.
23. 'Abdu'l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 7.
24. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 48.

Nota: Los pasajes citados que no aparecen entre comillas corresponden a "Los Rompedores del Alba".

II. Vahíd

1. Nabil, Los Rompedores del Alba, p. 213.
2. Ibid., p. 194.

3. Ibid., p. 196.
4. Ibid., p. 419
5. Ibid., p. 419.
6. Ibid., p. 476.
7. Lady Blomfield, *The Chosen Highway*, p. 22.
8. Nabíl, *Los Rompedores del Alba*, p. 452.
9. Ibid., p. 456.
10. Ibid., p. 476.
11. Ibid., p. 477.
12. Ibid., p. 466.
13. Ibid., p. 470.
14. Ibid., p. 473.
15. Ibid., p. 474.
16. Ibid., p. 477.
17. Bahá'u'lláh, *El Kitáb-i-Íqán*, p. 138.
18. Adib Taherzadeh, *The Revelation of Bahá'u'lláh Vol. I*, p. 276.
19. Nabíl, *Los Rompedores del Alba*, p. 213.
20. 'Abdu'l-Bahá, *Memorials of the Faithful*, p. 200.
21. Shoghi Effendi, *Dios Pasa*, p. 48.
22. Nabíl, *Los Rompedores del Alba*, p. 612.

III Quddús

1. Bahá'u'lláh, *La Epístola al Hijo del Lobo*, p. 75.
2. Corán 24:35.
3. Shoghi Effendi, *Dios Pasa*, p. 179.
4. Ibid., p. 38.
5. Nabíl, *Los Rompedores del Alba*, p. 201.
6. Ibid., p. 103.
7. Ibid., p. 156.
8. Bahá'u'lláh, *Los Siete Valles y las Palabras Ocultas de Bahá'u'lláh*. p. 14.
9. 'Abdu'l-Bahá, *A Traveler's Narrative*, p. 19.
10. Nabíl, *Los Rompedores del Alba*, pp. 164-65.
11. Ibid., p. 165.
12. Ibid., pp. 166-68.
13. Ibid., pp. 198-99.
14. Ibid., p. 164.
15. Ibid., p. 200.
16. El Báb, *Selections from the Writings of The Báb*, p. 90.
17. Nabíl, *Los Rompedores del Alba*, p. 395.
18. Ibid., p. 395.
19. Ibid., p. 164.
20. Shoghi Effendi, *Dios Pasa*, p. 48.

21. 'Abdu'l-Bahá, A Traveler's Narrative, p. 19.
22. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 86.
23. Nabil. Los Rompedores del Alba, p. 104.
24. Ibid., p. 164.
25. 'Abdu'l-Bahá, Contestación a Algunas Preguntas, p. 49.
26. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 48.
27. Nabil, Los Rompedores del Alba, p. 86.
28. Ibid., p. 266.
29. Ibid., p. 267.
30. Ibid., p. 268.
31. Ibid., p. 268.
32. Ibid., p. 272.
33. Ibid., p. 292.
34. Ibid., p. 294.
35. Ibid., p. 295.
36. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 30.
37. Bahá'u'lláh, La Epístola al Hijo del Lobo, p. 152.
38. Nabil, Los Rompedores del Alba, pp. 297-99.
39. Ibid., pp. 299-301.
40. Ibid., p. 552.
41. Ibid., p. 341.
42. Ibid., p. 74.
43. Ibid., pp. 345-46.
44. Ibid., p. 371.
45. Ibid., p. 385.
46. Ibid., pp. 392-93.
47. Ibid., p. 394.
48. El Báb, Selections from the Writings of The Báb, p. 90.

IV Mullá Šádiq-i-Khurásání

1. Shoghi Effendi, El Advenimiento de la Justicia Divina, p. 113.
2. 'Abdu'l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 5.
3. Bahá'u'lláh, El Kitáb-i-Íqán, p. 45.
4. Nabil, Los Rompedores del Alba, pp. 129-30.
5. 'Abdu'l-Bahá, Memorials of the Faithful, pp. 5- 6
6. Nabil, Los Rompedores del Alba, p. 168.
7. Shoghi Effendi, El Advenimiento de la Justicia Divina, p. 123.
8. Evangelio según San Mateo, 24: 27.
9. Momen Moojan, The Bábí and Bahá'í Religions 1844-1944, p. 69.
10. Nabil, Los Rompedores del Alba, p. 203.
11. Ibid., p. 214.
12. 'Abdu'l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 7.
13. Ibid., p. 6.
14. Ibid., p. 6.

15. Ibid., p. 8.
16. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 159.

V Shaykh Salmán

1. Nabíl, Los Rompedores del Alba, p. 119.
2. ‘Abdu’l-Bahá, Memorials of the Faithful, pp. 13-14.
3. Hasan Balyuzi, Bahá’u’lláh The King of Glory, pp. 441-442.
4. Bahá’u’lláh, La Epístola al Hijo del Lobo, p. 61.
5. Hasan Balyuzi, Bahá’u’lláh The King of Glory, p. 344.
6. Ibid., p. 348.
7. Adib Taherzadeh, The Revelation of Bahá’u’lláh Vol. I. pp. 111-13.
8. Ibid., 113.
9. Mírzá Haydar ‘Alí, Stories from the Delight of Hearts, p. 133.
10. Bahá’u’lláh, Pasajes de los Escritos, Pasaje XXIV.
11. Shoghi Effendi, El Advenimiento de la Justicia Divina, p. 69.
12. ‘Abdu’l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 16.
13. Bahá’u’lláh, Pasajes de los Escritos, Pasaje XXI.
14. Ibid., Pasaje CXLVIII.
15. Ibid., Pasaje CLIV.

VI Nabíl-i-Aẓam

1. ‘Abdu’l-Bahá, A Traveler’s Narrative, p. 80.
2. Nabíl, Los Rompedores del Alba, p. 441.
3. Ibid., p. 45.
4. Ibid., p. 543.
5. Ibid., p. 152.
6. Ibid., p. 421.
7. El escritor es Edward Granville Brown; confróntese: Shoghi Effendi - Dios Pasa p. 124.
8. ‘Abdu’l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 33.
9. Ibid., p. 35.
10. Marzieh Gail, Dawn over Mount Hira, p. 100.
11. Nabíl, Los Rompedores del Alba, p. 427.
12. Ibid., p. 429.
13. Ibid., p. 556.
14. Ibid., p. 560.
15. Bahá’u’lláh, El Kitáb-i-Íqán, p. 154.
16. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 108.
17. Ibid., p. 108.
18. Hasan Balyuzi, Bahá’u’lláh The King of Glory, pp. 128-29.
19. Ibid., p. 131.
20. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 128.

21. Ibid., p. 131.
22. Ibid., p. 144.
23. Ibid., p. 145.
24. 'Abdu'l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 33.
25. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 152.
26. 'Abdu'l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 33.
27. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 166.
28. 'Abdu'l-Bahá, Memorials of the Faithful, p. 34.
29. Adib Taherzadeh. The Revelation of Bahá'u'lláh Vol. III. pp. 265-66.
30. Nabíl, Los Rompedores del Alba, pp. 550-54.
31. Mehrabkhaní R., El Esplendor del Día Prometido, pp. 377-79.
32. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 208.
33. 'Abdu'l Bahá, Memorials of the Faithful, p. 35.
34. Adib Taherzadeh, The Revelation of Bahá'u'lláh Vol. II. p. 238.
35. Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh. Pasaje XXXIX.
36. Ibid., Pasaje CXXXIX.

VII Ásíyih Khánúm

1. Shoghi Effendi, Dios Pasa, pp. 102-03.
2. Lady Blomfield, The Chosen Highway, pp. 39-46.
3. Shoghi Effendi, Dios Pasa, pp. 103-04.
4. Lady Blomfield, The Chosen Highway, pp. 46-47.
5. Ibid., pp. 53-54.
6. Rúhíyyih Rabbani, A Manuel for Pioneers, p. 20.
7. Shoghi Effendi, Dios Pasa, p. 152.
8. Ibid., p. 156.
9. Star of the West, Vol. I, p. 3.
10. De una charla dada por el señor Mas'úd Khamsí, Consejero miembro del Centro Internacional de Enseñanza; en Perú, 1980.
11. Lady Blomfield, The Chosen Highway, pp. 93-94.
12. Shoghi Effendi, Guidance for Today and Tomorrow, pp. 72-76.
13. Ibid., pp. 72-76.

VIII Mírzá Mihdí

1. Bahá'u'lláh, Epístola al Hijo del Lobo, p. 157.
2. La Biblia, Oseas, 2:15.
3. La Biblia, Salmos, 31:22, 60:11.
4. La Biblia, Salmos, 24:9-10.
5. La Biblia, Ezequiel, 43:1-2.
6. La Biblia, Amós, 1:2.
7. La Biblia, Miqueas, 7:2;

8. 'Abdu'l-Bahá, *Contestación a Algunas Preguntas*, p. 29.
9. Shoghi Effendi, *Dios Pasa*, p. 174.
10. *Ibid.*, p. 174.
11. *Ibid.*, p. 181.
12. *Ibid.*, p. 174.
13. *Ibid.*, p. 176.
14. *Ibid.*, p. 175.
15. *Ibid.*, p. 176.
16. Shoghi Effendi, *El Día Prometido ha Llegado*, p. 102.
17. Bahá'u'lláh, *Pasajes Inmortales*, Pasaje 57.
18. Adib Taherzadeh, *The Revelation of Bahá'u'lláh Vol. III*. p. 207.
19. *Star of the West*, Vol. I, p. 2.
20. Adib Taherzadeh, *The Revelation of Bahá'u'lláh Vol. III*. p. 209.
21. Shoghi Effendi, *Dios Pasa*, p. 176.
22. Shoghi Effendi, *Guidance for Today and Tomorrow*, pp. 72-76.
23. Shoghi Effendi, *Dios Pasa*, p. 177.
24. Shoghi Effendi, *Guidance for Today and Tomorrow*, pp. 72-76.
25. Bahá'u'lláh, *Prayers and Meditations*, pp. 34-35.

IX Badí

1. Shoghi Effendi, *El Advenimiento de la Justicia Divina*, p. 102.
2. *Mensaje de la Casa Universal de Justicia a los bahá'ís del mundo*, Ridván 1982. Publicado por la Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís del Perú.
3. Hasan Balyuzi, *Bahá'u'lláh The King of Glory*, pp. 294-96.
4. Shoghi Effendi, *El Día Prometido ha Llegado*, p. 68.
5. *Ibid.*, p. 98.
6. Hasan Balyuzi, *Bahá'u'lláh The King of Glory*, p. 299.
7. Bahá'u'lláh, *La Epístola al Hijo del Lobo*, p. 64.
8. *Star of the West*, Vol. 8. p. 174.
9. *The Bahá'í World*, Vol. XV. p. 771.
10. *Ibid.*, Vol. XV. p. 771.
11. Hasan Balyuzi, *Bahá'u'lláh The King of Glory*, pp. 298-99. También: *The Bahá'í World*, Vol. XV. p. 771.
12. Bahá'u'lláh, *La Epístola al Hijo del Lobo*, p. VI.
13. Shoghi Effendi, *Dios pasa*, p. 187.
14. *Ibid.*, p. 218.
15. Bahá'u'lláh, *La Proclamación de Bahá'u'lláh*, pp. 55-58.

X Varqá y Rúhu'lláh

1. 'Abdu'l-Bahá, *Memorials of the Faithful*, pp. 85-86.
2. *Star of the West*, 3. No. 18 (Feb. 7, 1913).
3. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 31.

4. Gloria Faizi, *Fire on the Mountain Top*, pp. 76-77.
5. Shoghi Effendi, *Dios Pasa*, p. 217.
6. Shoghi Effendi, *La Dispensación de Bahá'u'lláh*, p. 58.
7. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, pp. 33-34.
8. *Ibid.*, p. 44.
9. Gloria Faizi, *Fire on the Mountain Top*, p. 92.
10. *Ibid.*, p. 91.
11. *Ibid.*, p. 95.
12. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 35.
13. Bahá'u'lláh, *Pasajes de los Escritos*, Pasaje LXIX.
14. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 36.
15. Gloria Faizi, *Fire on the Mountain Top*, p. 95.
16. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 41.
17. Gloria Faizi, *Fire on the Mountain Top*, p. 87.
18. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 41.
19. *Ibid.*, p. 42.
20. Gloria Faizi, *Fire on the Mountain Top*, pp. 89-91. También: Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 43.
21. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 44.
22. Rúhíyyih Rabbani, *La Perla Inapreciable*, p. 211.
23. Kazem Kazemzadeh, *World Order Winter 1974-75*, p. 44.

BIBLIOGRAFIA

'ABDU'L-BAHA:

- A Traveler's Narrative Bahá'í Publishing Trust; Wilmette, Illinois, EE.UU., 1971.
- Contestación a Algunas Preguntas. EBILA; Argentina, 1972.
- Memorials of the Faithful. Bahá'í Publishing Trust; Wilmette, Illinois, EE.UU., 1980.

ARBAB, FARZAM:

- En camino hacia la Gloria del Servicio. Publicado por la Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de Colombia.

BAB, EL:

- Selections from the Writings of The Báb. Centro Mundial Bahá'í, impreso en Gran Bretaña, 1976.

BAHA'I WORLD. Volumen XV. Centro Mundial Bahá'í; impreso en Gran Bretaña, 1975.

BAHA'I HOLY PLACES AT THE WORLD CENTRE. Centro Mundial Bahá'í; impreso en Gran Bretaña, 1968.

BAHA'U'LLAH:

- El Kitáb-i-Iqán, el Libro de la Certeza. EBILA; Argentina, 1974.
- Epístola al Hijo del Lobo. EBILA; Argentina, 1978.
- La Proclamación de Bahá'u'lláh. EBILA; Argentina, 1978.
- Los Siete Valles y las Palabras Ocultas de Bahá'u'lláh. Editorial Bahá'í de España; Tarrasa, España, 1974.
- Las Palabras Ocultas. EBILA; Argentina.
- Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh. EBILA; Argentina, 1978.
- Prayers and Meditations of Bahá'u'lláh. Bahá'í Publishing Trust; Wilmette, Illinois, EE.UU., 1974.
- Tablas de Bahá'u'lláh. EBILA; Argentina, 1982.

BALYUZI, HASAN M.:

- 'Abdu'l-Bahá, the Centre of the Covenant of Bahá'u'lláh. George Ronald Publisher; Oxford, Inglaterra, 1972.
- Bahá'u'lláh, The King of Glory. George Ronald Publisher; Oxford, Inglaterra, 1980.
- The Báb, the Herald of the Day of Days. George Ronald Publisher; Oxford, Inglaterra, 1974.

BLOMFIELD, LADY:

- The Chosen Highway. Bahá'í Publishing Trust; Wilmette, Illinois, EE.UU., 1975.

FAIZI, GLORIA:

- Fire on the Mountain Top. Bahá'í Publishing Trust; Reino Unido, 1973.

GAIL, MARZIEH:

- Bahá'í Glossary. Bahá'í Publishing Trust; Wilmette, Illinois, EE.UU., 1955.
- Dawn Over Mount Hirá. George Ronald Publisher; Oxford, Inglaterra, 1976.

KAZEMZADEH, KAZEM:

- "Varqá and Rúhu'lláh: Deathless in Martyrdom". World Order Magazine; Winter 1974-1975, Wilmette, Illinois, EE.UU.

MEHRABKHANI, R.:

- El Splendor del Día Prometido. Editorial Bahá'í de España; Tarrasa, España, 1974.
- La Aurora del Día Prometido, Editorial Bahá'í de España; Tarrasa, España, 1974.

MIRZA HAYDAR 'ALI:

- Stories from the Delight of Hearts. Traducido del original en persa por A.Q. Faizí. Kalimát Press; Los Angeles, EE.UU., 1980.

MOMEN, MOOJAN:

- Studies in Babí and Bahá'í History: Vol. I. Kalimát Press; Los Angeles, EE.UU., 1982.
- The Babí and Bahá'í Religions, 1844-1944. George Ronald Publisher; Oxford, Inglaterra, 1982.

NABIL—A'ZAM:

- Los Rompedores del Alba. Traducido del inglés por Shoghi Effendi y al español por Dr. Alejandro Reid. EBILA; Argentina, 1963.

RABBANI, RUHIYYIH:

- A Manual for Pioneers. Bahá'í Publishing Trust; New Delhi, India, 1974.
- La Perla Inapreciable, EBILA; Argentina, 1973.

SEARS, WILLIAM:

- Ladrón en la Noche. Editorial Bahá'í de España; Tarrasa, España, 1975.

SHOGHI EFFENDI:

- Dios Pasa. EBILA; Argentina, 1977.
- El Advenimiento de la Justicia Divina. EBILA; Argentina, 1972.
- El Día Prometido ha Llegado. EBILA; Argentina, 1973.
- Guidance for Today and Tomorrow. Bahá'í Publishing Trust; Reino Unido, 1973.
- La Dispensación de Bahá'u'lláh. EBILA; Argentina, 1973.

STAR OF THE WEST. George Ronald Publisher; Oxford. Inglaterra, 1978.

TAHERZADEH, ADIB:

- The Revelation of Bahá'u'lláh; Volúmenes I, II y III. George Ronald Publisher; Oxford, Inglaterra, 1974, 1977, 1983.

